

**COMENTARIO DEL
EVANGELIO**

Lanza del Vasto

Nihil obstat
P. MENSLER
o.p.

Paris, 15 de noviembre de 1951

Imprimatur
LOUIS LIAGRE
Obispo de La Rochelle y de Saintes
La Rochelle, 26 de noviembre de 1951

VERSIÓN DEL 30 DE ENERO DE 2002

PREFACIO

El Comentario del Evangelio no forma parte de la obra literaria de Lanza del Vasto, sino que pertenece a su enseñanza oral. No estaba destinado a la publicación y se dirigía a un pequeño grupo de fieles compañeros, los cuales —para poner en práctica su doctrina y liberarse de los compromisos, de los abusos, de los encadenamientos del mundo de hoy— se agruparon alrededor de él unidos en el trabajo manual. Carpinteros, cinceladores, tejedores trabajaban en talleres situados en los barrios más populosos y vetustos de París, y cultivaban en los alrededores un huerto. Se reunían todos los viernes en el taller de las hilanderas de la calle Saint-Paul. También asistían algunos visitantes que no se arredraban ante la escalera maloliente, crujiente, negra de siglos.

Dentro reinaba una dulce luz y una agradable calor. Los talleres estaban plegados y las ruecas apoyadas contra la pared. Todos se sentaban en torno a Lanza del Vasto en círculos apretados. Tras un largo silencio de recogimiento, él abría el libro y leía. Y después hablaba, improvisando. Mónica, una adepta llamada la Abeja, tomaba

al vuelo notas que servirían de ayuda a la memoria.

Ahora que el Peregrino se ha hecho trabajador reúne todavía a los suyos en torno del hogar al regreso de los campos, o bien bajo la gran haya durante el estío. Y nuevas notas se han agregado a las viejas.

Nos alegra que el grupo no haya querido ocultar celosamente su tesoro: esos fragmentos verán la luz y en el curso de los años otros habrán de seguirlos. Pensamos que todos los que buscan la verdad (y no tan sólo aquellos que se han consagrado a las disciplinas y a la dirección de vida que Lanza del Vasto da a los suyos) encontrarán en ellos un excelente alimento y un saludable auxilio.

Nos complace que el autor de la Peregrinación haya sentido la necesidad de dar al mundo un testimonio cristiano.

Como Lanza del Vasto ha publicado ya la Peregrinación a las Fuentes y no ha publicado aún la Peregrinación al Sepulcro, suele olvidarse, a pesar de sus vehementes y reiteradas afirmaciones, que es cristiano y sigue siéndolo: que no ha visitado tan solo las riberas del Ganges y las alturas del Himalaya sino también Jerusalén, Nazareth, el mar de Galilea. A pie ha cruzado Grecia, Turquía, Siria y el Líbano «apenas con un manto y sin una moneda en el cinto» como enseña que hemos de marchar el librito que llevaba en las manos y que leía durante el viaje. Sin armas atravesó la Tierra Santa devastada por la guerra y entró en la gruta de Bethlehem en la Navidad de 1938 entre dos filas de tanques. Antes de que se publique —dentro de muy poco tiempo si Dios quiere— esa segunda Peregrinación esperada con tanta impaciencia por los lectores de la primera, el Comentario atestigua que la Gruta de la Natividad y el Santo Sepulcro son en el pensamiento del autor las Supremas Fuentes. Y sobre todo ese librito de la Nueva Alianza, de la Buena Nueva, en que se dice: «Si alguno tiene sed venga a mi y beba. El que cree en mi... de su vientre correrán ríos de agua viva».

Como ha frecuentado a los yoguis del Himalaya y ha atormentado

su cuerpo con sus prácticas para alcanzar o al menos vislumbrar toda la verdad que la naturaleza humana puede obtener de su propio fondo, con harta frecuencia lo han hecho pasar por hindú y hasta por budista —tal es la confusión, la ligereza de los juicios— mientras que en todas sus obras ha hecho profesión de fe católica ferviente:

«Si no hubiera conocido a los yoguis —dice—, si no hubiera sido iniciado en sus métodos, muchas verdades de nuestra fe seguirían siendo para mi, como para muchos de mis correligionarios, fórmulas que se repiten de memoria. Y salvo algún fulgor que pudo traspasar-me en los puntos culminantes de mi vida interior para dejarme más bien deslumbrado en ese instante preciso que debidamente aclarado quizá nunca habría llegado hasta Dios sino por medio de fórmulas. Mientras que ahora he pasado de la repetición mecánica a la conciencia. No por mérito propio, sino como resultado natural del ejercicio, capaz de transformar la materia humana y de hacerla permeable a la luz».

Jacques Maritain al referirse al «inmenso esfuerzo místico que atraviesa el pensamiento hindú» reconoce que ese esfuerzo «pone en marcha los procedimientos naturales de ascesis e intuición que forman como un lugar de espera frente a la Contemplación perfecta».¹ En otro estudio² llega a declarar: «creemos que una reflexión atenta sobre la contemplación hindú obliga a reconocer en gran número de yoguis (por ejemplo, en Ramana Maharishi) la posibilidad de una experiencia mística negativa de orden natural, si no de las «profundidades de Dios» por lo menos del Absoluto «ese Absoluto que es el eje sustancial del alma y, en si y por si, del Absoluto Divino». Comparemos con la declaración de Lanza del Vasto que acabamos de citar, examinemos todos sus términos y deduzcamos si

¹J. MARITAIN, Les Degrés du Savoir, pág. 148.

²Autor citado, L'Expérience mystique naturelle et Le vide, pág. 133 (Études carmélitaines, octubre de 1938).

tienen un carácter más hindú que la del filósofo contemporáneo más celosamente ortodoxo.

En cuanto a la singular estima que Lanza del Vasto siente por las técnicas aprendidas en la India no es cosa de asombrarse, al menos para quienes conocen los notables alegatos del R. P. Poucel en favor del «Arte del recogimiento» ese «recogimiento activo» recomendado a todos los cristianos (y no sólo a los que se inician en las vías espirituales) por todos los Maestros de la Vida interior; ese recogimiento cuya fórmula (Pongámonos en presencia de Dios) encontramos, por las mañanas y las tardes, al comienzo de las plegarias de nuestros catecismos y devocionarios, sin que por desgracia podamos decir que nos facilite en mucho el acceso.

«Hay que reconocer que el recogimiento se practica con muy poca frecuencia —escribía el padre Poucel³—. Es que, por así decirlo, nunca lo aprendemos, cosa monstruosa. Nos instruimos sobre mil trivialidades y tenemos escuelas para todo, salvo para eso. Nuestra época supersticiosa ha instituido culturas de todo y ha olvidado lisa y llanamente la del pensamiento. El resultado de tal omisión es que pocos cristianos saben rezar mentalmente... Pero no me explico por qué motivo el arte del recogimiento habría de ser exclusivo de los budistas o los teósofos, cuando en verdad debería ser virtud natural del bautizado. El arte del recogimiento existe y no es privilegio de nadie». Y en otra obra⁴: «Existen entre los hindúes escuelas de perfeccionamiento respiratorio cuyo objeto es un progreso espiritual... Estos ejemplos extranjeros deberían avergonzarnos. ¿De modo que un cristiano es incapaz de emular la concentración espiritual del musulmán en el instante del rezo o el intenso esfuerzo espiritual del yogui? Podríamos imitar su escuela al menos en esto». Cierto que

³R.P. POUCEL, Mon Baptême, pág. 139 (La Vie intérieure pour notre temps, BLOUD y GAY).

⁴R.P. POUCEL: Plaidoyer pour le corps.

el padre Poucel agrega en seguida: «En cuanto a sus métodos, nada nos obliga, evidentemente, a adoptarlos». Convengamos que eso significa que nada se opone a ello, en todo caso.

Por lo demás si estamos persuadidos de que toda verdad pertenece al Verbo y de él se refiere por derecho propio, si recordamos la sentencia del Apóstol y pensamos que «todo lo que es cierto, todo lo que es venerable, todo lo que es justo, todo lo que es puro, todo lo que es digno de elogio debe formar el objeto de nuestros pensamientos», no comprendemos por qué motivo un cristiano, seguro de la trascendencia de su religión ha de creerse en el deber de cerrar los ojos frente a lo que hay de bueno en una religión extranjera en lugar de reconocer en ella su bien y obtener de ella su provecho.

Hace unos veinte años el R. P. Allo, poco adicto, como es sabido, a los admiradores del pensamiento hindú, admitía la posibilidad de un futuro contacto con dicho pensamiento y veía en él «la oportunidad de un retorno a los mejores principios de nuestra propia cultura, demasiado olvidados o descuidados por la mayoría de los creyentes, tanto laicos como sacerdotes». «Y como el mundo cambia visiblemente —agregaba—, quizá esté a punto de llegar el momento.»⁵ Parece que en verdad ha llegado el momento. Un religioso como el R. P. Dandoy, católicos como Jacques Maritain, Louis Massignon, Emile Dermenghen, Olivier Lacombe y Lanza del Vasto han comprendido que en esta trágica encrucijada de la historia del mundo es más importante destacar los puntos comunes de las religiones que perderse en discusiones estériles acerca de sus diferencias.

No significa esto que no debemos preservar las distinciones: nuestro autor las mantiene con firme honestidad intelectual. Más aún siente horror por las mezclas sincréticas que considera «faltas de buen gusto» y «suciedades».

⁵R.P. ALLO, Plaies d'Europe et Baumes du Gange, pág. 211.

Tampoco su condición de discípulo de Gandhi ha de impedir que los cristianos lo consideren como uno de los suyos. « Si he tomado a Gandhi por maestro es porque sintiéndome cristiano he querido serlo hasta sus consecuencias últimas y no sólo en la doctrina, el rezo y el rito, sino también en mi actitud con respecto a la ciudad humana. Ahora bien he recorrido el mundo y la historia, y en ninguna parte he encontrado una doctrina política, social, económica y práctica que esté, en mi parecer, tan de acuerdo con la doctrina de Cristo como la de Gandhi ». « Si no hubiese conocido a Gandhi —insiste—, pensaría como la mayoría de los cristianos que varios preceptos del Sermón de la Montaña sólo tienen validez en el plano místico y no pueden ser aplicados sino por santos, y que es imposible instaurar su práctica en el mundo actual; para seguir a mi maestro y para hacer ‘mis experiencias con la verdad’ he tenido que ‘ensayar’ de algún modo la solución evangélica para todos mis problemas, desde el de mis pensamientos hasta el de mi pan cotidiano, o el de mis relaciones con mi prójimo o mi adversario. Y cuando encontramos el apoyo exacto para la palanca y hacemos la presión requerida, tan asombroso es el poder adquirido y tan desproporcionado con nuestras fuerzas que nos sentimos inclinados a creer, o sea vislumbrar al ser a través de las apariencias. »

Tal es la influencia deliberadamente aceptada (ya hemos visto con qué ánimo con qué ímpetu) por Lanza del Vasto en el ámbito político, económico, social y práctico. La objeción es previsible: « Por admirables que hayan sido la vida y la muerte de Gandhi, el maestro no ha dejado de profesar, en los planos filosófico y religioso, ciertas opiniones que están en flagrante oposición con el dogma cristiano. Su influencia ¿no ofrecería, en tal caso, un verdadero riesgo para la fe? ». El problema debe plantearse. Y la respuesta es sencilla: el riesgo no fue menor —por el contrario, fue mucho mayor aún— cuando, en tiempos de san Agustín y después de santo Tomás y san Buenaven-

tura, se trató de admitir en la filosofía lo que tenían de cierto las doctrinas de Aristóteles y de Platón. Y algunos agregarán, sin duda, que en nuestra época es necesario vivir enfrentando el riesgo o resignándose a perecer.

Sea cual fuere el valor que asignemos a las concepciones gandhianas aceptadas por Lanza del Vasto, un hecho es innegable: su adopción por los compañeros del « Arca » ha intensificado el carácter cristiano de la vida que se lleva en Tournier. Vida de recogimiento y de trabajo en la caridad fraternal, la pobreza, la simplicidad, la alegría. Más que en una reunión de hastiados, maniáticos del exotismo, hace pensar en aquella comunidad de la cual dice el libro de los Hechos que tenía un solo corazón y una sola alma. Al llamado de la campana responden los rezos matinales y vespertinos, recitados y cantados ante el gran crucifijo de madera, obra de un compañero; antes y después de las comidas el Benedicite y las Gracias; los domingos, partida hacia la lejana iglesia; durante la misa, canto gregoriano; en circunstancias excepcionales (erección de una cruz sobre el erial o fuego de san Juan), bendición por el capellán, sacerdote a quien el obispo de La Rochelle ha encomendado la misión de visitar mensualmente al grupo. Más elocuente aún que las profesiones de la fe del Jefe, más elocuente que este Comentario cuya lectura vais a iniciar, ese testimonio que son los actos de la comunidad toda, ¿no disipa cualquier duda? Al declararlo no hacemos más que cumplir con un deber.

Una observación final: ¿qué pensar de ciertos desbordes verbales de nuestro autor, de esa posición espiritual tan peculiar que a veces lo muestra como un « peligroso innovador », ya que no como herético? ¿Debemos alarmarnos por ello? Por nuestra parte, consideramos que de este frescor, de esta inocencia del lenguaje proviene en buena parte el poder de persuasión y conversión de Lanza del Vasto. De otro modo no habría logrado que las jóvenes generaciones escucharan los

pensamientos eternos.

Por lo demás, no es preciso recurrir a los tecnicismos de los teólogos para reconocer, en este descendiente de santo Tomás de Aquino por su sangre, a un hombre entroncado en la tradición. Quizá no haya una sola de sus audaces fórmulas que no se afirme en alguna cita de san Agustín o de la Imitación, de Tauler o del Bienaventurado Ruysbroek. En esta última obra, su familiaridad con el pensamiento de los Padres y Doctores de la Iglesia es en todo momento evidente.

¿Querrá decir esto que en el Comentario sólo habrán de hallarse cosas manidas? Por el contrario, lo creemos de una profunda originalidad. «Para ser original —suele decir el propio Lanza del Vasto— no hay la menor necesidad de ser novedoso; original significa lo-que-tiene-el-gusto-de-la-fuente. Para ser original basta con ser verdadero, con hablar de una verdad cuyo gusto conocemos.»

«Y ninguno que bebe de lo añejo, quiere luego lo nuevo, porque dice: Mejor es lo añejo. (Lucas, V, 39.)

«Lo que debemos hacer —concluye Lanza del Vasto— no es predicar una nueva religión o corregir la Iglesia: corrijámonos a nosotros mismos. No encontraríamos tantos defectos en nuestra Religión si la practicáramos cabalmente. La verdad es que nuestra Religión sólo tiene un defecto: nosotros.»

ABAD A. VATON,
Capellán del Arca
Navidad de 1949.

CONTENIDO

LIBRO PRIMERO

I	Del Asombro o Introducción al Evangelio . . .	19
II	Principio del Santo Evangelio	27
III	El Principio	50
IV	Principio del Evangelio Según San Juan	84
V	Del Verbo en la Tradición Hindú	94
VI	«Y la Luz Resplandece en las Tinieblas» . . .	101
VII	El Bautismo	106
VIII	De la Tentación De Jesús	117
IX	Fin de la Tentación	133
X	Las Bodas de Caná	139
XI	El Temor de Dios	150
XII	La Natividad	160
XIII	El Misterio de la Navidad	178
XIV	El Niño	184
XV	Las Bienaventuranzas	191
XVI	La Sal de la Tierra	205
XVII	La Lámpara Bajo el Celemín	223
XVIII	Abrogar o Cumplir la Ley	234
XIX	Amad a Vuestros Enemigos o de la Caridad .	242
XX	Fin del Sermón Según Lucas: No Juzguéis . .	268

XXI	El Mayordomo Infiel	276
XXII	Padre Nuestro	289
XXIII	El Ojo es la Antorcha del Cuerpo	307
XXIV	Fin del Sermón Según Mateo	315
XXV	Los Mercaderes Expulsados del Templo	322
XXVI	Nicodemo	329
XXVII	La Multiplicación de los Panes	336
XXVIII	La Mujer Samaritana	346
XXIX	El Sermón en la Barca	355
XXX	Las Vírgenes Fatuas	364
XXXI	Abandono, Recompensa y Gracia.	376

LIBRO SEGUNDO

I	Dios y César	389
II	Los Convidados a las Bodas	398
III	El Hijo Pródigo	404
IV	San Juan Bautista y la Iglesia Invisible	413
V	Un Milagro de la Fe	421
VI	El Enfermo en la Piscina de los Cinco Pórticos	428
VII	La Violación del Sábado	433
VIII	« Yo y Mi Padre »	442
IX	La Vida en Sí	448
X	Cristo Anda Sobre las Aguas	454
XI	La Fiesta de los Tabernáculos	461
XII	La Mujer Adúltera	471
XIII	« Si no Creyéreis que yo Soy »	477
XIV	El Ciego y la Fuente de Siloé	484
XV	La Puerta del Aprisco	492
XVI	La Fiesta de la Dedlcación	498
XVII	La Resurrección de Lázaro	504
XVIII	La Transfiguración	513

XIX	El Servidor del Centurión, El Hijo de la Viuda	517
XX	Los Ramos	526
XXI	Introducción a la Pascua	534
XXII	Judas	541
XXIII	« Éste es Mi Cuerpo », « Ésta es Mi Sangre »	548
XXIV	Anuncio de la Negación de Pedro	556
XXV	El Mandamiento de Amar	565
XXVI	La Viña. El Amor Divino. El Odio del Mundo	573
XXVII	Última Plegaria de Jesús	580
XXVIII	La Agonía	590
XXIX	La Crucifixión	601
XXX	El Cuádruple Suplicio y la Aceptación	609
XXXI	Cristo Después de la Resurrección	616

LIBRO PRIMERO

I

DEL ASOMBRO O INTRODUCCIÓN AL EVANGELIO

11 de Octubre de 1949.

Calle Saint Paul.

DESPUÉS de tantos santos, mártires, doctores, exégetas que se han inclinado sobre este libro, del cual han sacado la sustancia de su vida interior, la virtud de sus milagros, la razón de su iluminación, ¿es conveniente que un cristiano cualquiera añada aún su voz?

Si tengo algo que decir, amigos míos, es que el Evangelio es un libro que conozco demasiado poco. No porque no me haya esforzado en comprenderlo y seguirlo, o porque no lo haya llevado en mis bolsillos o en mis alforjas a través de mis viajes, o porque no lo hojee e interrogue todos los días. Pero sí porque su sentido se me escapa sin cesar. Y hasta suele ocurrirme que durante una conversación o una lectura me quede perplejo ante una frase asombrosa, como si nunca la hubiese oído: y esa frase es una cita de Mateo, de Marcos, de Lucas o de Juan. Al acudir al libro la encuentro y descubro que la he leído ya veinte veces, sólo que ahora se me aparece enteramente nueva

y me quedo boquiabierto.

En tales condiciones parecería vano arriesgarse a un comentario. ¿Cómo podría explicaros algo que, según confieso, apenas comprendo yo mismo? Pero mi designio no es tanto atribuir a tal o cual pasaje un sentido preciso y menos aun afirmar que dicho sentido es el verdadero y el único que pueda encontrarse, cuanto renovar el asombro.

« Encontraréis la verdad —dice un padre oriental (del siglo II, según creo)— y frente a ella sentiréis asombro, y después temor, y por fin amor. »

Asombro en primer término, porque todo empieza en el asombro. En francés, la palabra *étonnement* está relacionada con la palabra *tonnerre* (trueno): es el hecho de quedar ensordecido por el trueno y herido por el rayo. Durante el asombro abrimos los ojos, apretamos los labios, el corazón parece dejar de latirnos, no sabemos si sentimos alegría o espanto, si estamos en nuestro propio cuerpo o en alguna otra parte, si somos nosotros mismos u otra persona, si lo que vemos es real o fabuloso. Súbitamente todo se vuelve incierto: todas las verdades del buen sentido, todas las evidencias pueriles, todo lo que sabemos acerca de nosotros mismos, de los otros y de otras cosas. Platón dijo que el estupor es el comienzo de la filosofía. En todo caso, es el comienzo de la religión.

Y después *temor*. Sí... Porque si es cierto, como Luc Dietrich dice en el *Diálogo de la Amistad*, que « la verdad no puede descender sobre nosotros sino matándonos », es muy explicable que en nuestra flaqueza sintamos temor, puesto que sabemos que todo lo que llamamos « yo », todo lo que es nuestro, todo lo que nos es querido, todo lo que es fuente de nuestros amores, de nuestros odios, de nuestros apegos y nuestras va-

nidades, carece de razón de ser y la verdad habrá de quemarlo, habrá de devorarlo y aplastarlo y herirlo con su rayo. Por eso el segundo sentimiento en presencia de la verdad es de temor.

El tercer sentimiento es, por fin, el sentimiento del *amor*. Pero un amor asombrado, un amor lleno de temor. Tal sentimiento nace el día en que surge una convicción: es Verdad que nos destruirá, ese fuego que nos quemará es preferible a nosotros mismos; esa cosa por la cual seremos sacrificados, esa otra cosa tan sorprendente y extraña, o sea tan *otra*, esa otra cosa es más *nosotros* que nosotros mismos. Y por lo tanto es bueno, justo, enaltecedor que esa cosa sea imperecedera mientras nosotros perecemos. Y esa cosa regocija consigo misma, mientras nosotros sólo podemos sentir vergüenza y el deseo de desaparecer. Y esa cosa es el Yo que ignoramos en nosotros. Y el yo que dice « yo » ha de disminuir para que esa cosa se engrandezca. Nos pasamos así al bando opuesto, tomamos el partido de lo que habrá de destruirnos. Pasamos con nuestra sustancia al bando opuesto y optamos contra nosotros mismos. Y así perdemos nuestra alma para reencontrarla, así morimos para renacer, así no renacemos tan sólo en una vida posterior a la vida sino en el presente inmediato, con la aprehensión inmediata de la eterna Presencia.

Cuántas personas imaginan poseer este amor supremo, cuando en verdad sólo veneran una imagen brillante, fácil y placentera a la mente y sólo veneran la admiración que sienten por sí mismos. En su contento, son más dignos de lástima que las personas que ni siquiera creen en Dios. Están más alejados de la salvación que aquellos que saben que no quieren a nadie y no creen en nada y languidecen a causa de esa incapacidad mortal.

Quiero conquistar ese amor supremo y guiaros hasta él; espero que nuestra meta sea por el encuentro con la verdad y no la fuente de una ilusión. Andémonos, pues, con cautela y procuremos por ahora subir el primer peldaño, que es el del asombro.

Tratemos de encontrar el asombro, fruto de nuestro primer contacto con la verdad; tratemos de reencontrarlo a pesar de la costra que hemos depositado sobre las palabras de vida, a pesar de las puerilidades azucaradas con que han atosigado nuestra fe de niños, a pesar de las naderías morales y teóricas con que se ha atiborrado nuestro juicio de hombres, a pesar de la nauseabunda idolatría expuesta a la adoración de los fieles.

Hagamos en nosotros el vacío por medio de la meditación, limpiémonos de las larvas del recelo, ahuyentemos como a ratas las argumentaciones turbulentas. A solas el libro, abramos los ojos para ver, abramos los oídos para oír, abramos el corazón para consultar el eco.

El primer asombro consiste, pues, en entrar en un jardín donde todo florece bajo la luz de la evidencia, en el que están excluidas la explicación, la discusión y la duda (*en verdad, en verdad os digo...*), en el que sólo se nos habla de cosas familiares, con el lenguaje de todos los días: de trigo, de un grano de pimienta, de una medida de levadura y de una moneda perdida; de una oveja perdida, de un hijo que regresa junto a su padre; del agua, de la sal, del vino, de los peces, de las aves del cielo y de los lirios del campo; de un padre de familia, de los viñadores y de un pastor; de las zarzas, de los higos, del pan y otra vez de la viña... Y en cada página, como un estribillo en las canciones, este grito de advertencia: *¡El que tenga orejas para oír, oiga!*

Y cuando percibimos la voz conocemos un segundo asombro: el comprobar que hemos sido transportados al corazón de otro mundo, que toda esa sencillez que al principio nos había atraído era de doble fondo, que la claridad que nos había impresionado es una claridad abismal, que toda palabra está posada allí como una flor sobre un lago de silencio donde se hunde su tallo y se pierden sus raíces... Es el asombro de comprobar que todas las verdades que ya nos habían convenido tienen su lado opuesto, como para sacudirnos del torpor de la certeza en que empezábamos a amodorrarnos; el asombro de comprobar que el texto es, en verdad un *tejido* cuyos hilos se juntan, se entrecruzan, se ocultan y se sostienen mutuamente; pero un tejido de carne viviente en que ninguna regla mecánica preside el orden de la trama.

Lo que ante todo sorprende —« signo de contradicción »— es que la exposición de los hechos y frases de un mismo hombre se presente en cuatro relatos distintos y convergentes, análogos y autónomos: lo cual exalta y contrarresta la percepción. Es como un prisma de cuatro fases donde la misma imagen aparece inmediata y a la vez proyectada en la lejanía; recta y a la vez de sesgo; fragmentada y a la vez exaltada en su relieve; llameante y a la vez brumosa. Los cuatro relatos son de dimensiones casi idénticas y —a pesar de todo cuanto se ha dicho— del mismo tono y estilo. A tal punto que no sólo los mismos giros, sino además las mismas frases se encuentran en unos y otros. Sin embargo, las mismas frases vuelven a encontrarse en otros contextos, los mismos acontecimientos se refieren a otras épocas y circunstancias, los mismos símbolos sufren otras interferencias y otras refracciones. Ahora bien, el sentido de que están cargadas las mismas palabras y figuras en un

pasaje determinado va a precisar el sentido que adquieren en otro pasaje: lo explican, lo corrigen, lo completan. A tal punto que es necesario maniobrar continuamente el prisma y observar cada punto a través de las cuatro fases sucesivamente, a fin de recomponer el objeto en su consistencia. Y así como en un poema cantado se desprende un sentido de los versos, otro sentido de la música y hasta un tercer sentido de la relación entre la música y los versos, asimismo se desprende un sentido de los textos en sí y un nuevo sentido de la relación entre los textos. Por eso, el primer y mejor comentario del Evangelio es el Evangelio mismo.

Y al velarse y revelarse todo, sentimos un nuevo asombro: ningún jeroglífico de Egipto, ningún libro mágico, ningún arcano de la Cábala o del Hermes Trimegistos, ningún criptograma de Pitágoras, ningún tratado de la piedra filosofal es más arduo ni contiene más escondida esencia que este librito tan divulgado.

Pero no es ése el asombro capital. El asombro capital surge —a través de todos los procedimientos de embalsamamiento y enterramiento que son la composición, la transcripción, la transmisión, la traducción, la impresión y la lectura de un libro— del encuentro con Aquel que lleva entre todos el nombre de El Viviente. Aquel que de sí mismo dijo: «Soy la vida, soy la fuente de las aguas vivas», y con más intensidad, absolutamente: «Soy». Aquel que, entregado a la muerte hace dos mil años, volvió y ha de volver.

Lo mataron en la carne, lo negaron ante Dios; los suyos lo negaron, lo traicionaron, lo olvidaron incesantemente; hasta lo negaron en la carne, trataron de borrar su existencia pasada. Pero todo pasa, y sus palabras no pasarán. Donde haya ser,

vida, presencia; donde alguien diga *yo* allí estará él, presente y oculto:

*He alzado la piedra, lo he encontrado debajo;
he hendido la madera: ¡dentro estaba!*¹.

Allí donde dos o tres se reúnen en su nombre, él está presente y manifiesto. Por lo tanto, también está aquí, mirándonos.

Hoy no lo veis, pero un día habréis de verlo como yo os veo. ¿Cuándo sabréis que lo habéis conocido de veras? Cuando sintáis el asombro. Porque él es el trueno en carne y hueso. Porque él es la Palabra y Dios Encarnado. Ahora bien, Dios Padre habló en épocas remotas mediante el trueno y los relámpagos en el monte Sinaí, y todos los hombres saben desde el comienzo que el Padre de los hombres y de los dioses está armado con el rayo y expresa sus designios a través de la boca del trueno. Así, cuando el Evangelio os asombre tendréis el signo de que Cristo nos ha tocado realmente y estaréis en condiciones de oírlo.

Pero todavía deberéis pasar por un tercer asombro: el de comprobar que el Hijo de Dios, nacido del Espíritu Santo por la Virgen María, crucificado bajo Poncio Pilatos, que descendió a los infiernos y está hoy sentado a la diestra del Padre, no es otro que vosotros mismos, puesto que *él ha concedido a quienes creen en su nombre que se conviertan en los hijos de Dios*, es decir, en él mismo. Es el asombro de comprobar que él no vi-

¹Citado por DEBEJKOWSKY en *Cristo desconocido*. Aprovecho la ocasión para rendir homenaje a este hombre de fe y de corazón, a este viviente. *Cristo desconocido* y *Cristo se acerca* son libros hermosos, a pesar de sus disposiciones teológicas, obstáculos para su gran deseo de lograr la reconciliación de las Iglesias cristianas.

no al mundo solamente en la carne de Jesús de Nazareth, bajo Herodes y Tiberio, sino después, y en más baja sustancia, en vuestra carne y en vuestro corazón.

Por consiguiente, todos los milagros y las promesas de este libro llamado *La Buena Nueva* o *El Venturoso Anuncio*, todas sus amenazas y sus sufrimientos, todas sus órdenes también se dirigen rectamente hacia vosotros y os hablan de vosotros mismos.

Este último asombro se llama *conversión*, o sea conmoción.

II

PRINCIPIO DEL SANTO EVANGELIO LA GENEALOGÍA DE JESÚS EL EVANGELIO Y LA HISTORIA

18 de Octubre de 1946.

¿CÓMO empieza el Evangelio, según cada uno de los Cuatro?

El primer Evangelio empieza por la Genealogía de Jesucristo, o sea diecinueve siglos antes de su nacimiento.

El segundo empieza treinta años después de su nacimiento, con el Bautismo.

El tercero empieza con la Natividad de san Juan Bautista.

El cuarto empieza por el principio, o mejor dicho antes del principio de los tiempos: *En el principio era el verbo, y el verbo era con Dios y el verbo era Dios.*

Cuatro comienzos y cuatro concepciones del comienzo que no se contradicen, que se completan revelando, en gradación ascendente, las cuatro razones por las cuales el Hijo del Hombre resume y supera a todos los hombres.

El primero lo instaura en la herencia de la Alianza, en la tradición del Pueblo elegido, en su dignidad real y sacerdotal.

El segundo lo presenta en el Bautismo, que para nosotros es el segundo nacimiento y la primera elevación al plano del espíritu y que fue la segunda encarnación y el segundo descendimiento, puesto que el Bautismo es la asunción de los pecados del mundo y el ingreso en la vida pública.

El tercero, que tanto insiste en la figura del Precursor, el último de los grandes profetas de Israel, que lo designa como su sucesor y superior, lo sitúa en su línea espiritual y consagra su autoridad frente a su pueblo.

El cuarto, que se inicia con una inaudita proposición teológica, lo muestra superando por su índole a la humanidad, la creación y el tiempo.

Abordemos con sencillez la genealogía de Jesucristo:

Consiste en catorce nombres que se extienden entre Abraham y David en otros catorce entre David y Jechonías, durante la transmigración de Babilonia, y por fin en otros catorce entre la transmigración y *José, esposo de María, de la cual nació Jesús que es llamado el Cristo*.

Comparémosla con la otra genealogía que figura en Lucas III, 8, que se remonta a cinco veces catorce generaciones más tres hasta Adán, hijo de Dios.

Debemos observar que Lucas da el nombre de Helí al padre de José, mientras que Mateo lo llama Jacob; que de Abraham a Jesús, Lucas cuenta cuatro veces catorce generaciones, y Mateo tres veces catorce; que salvo los nombres de David y Abraham, las listas no concuerdan en ningún punto. Y hay más aún: en Mateo, la lista de los reales descendientes de David, que es paralela a las enumeraciones históricas del Antiguo

Testamento, tampoco concuerda con ellas, puesto que los Paralipómenes citan diecisiete Reyes cuando el Evangelio menciona catorce.

Los antiguos exégetas torturaron en vano la lógica para disipar desavenencias tan constantes; recurrieron a la cláusula de la Ley que prescribe al hermano desposar a la viuda de su hermano difunto —se necesitarían demasiados hermanos para llenar las lagunas—; declararon que Mateo seguía el orden de la generación carnal y Lucas el de la generación de adopción, como para demostrar, según añade agudamente san Agustín, «que si llegamos a ser hijos de Dios es por adopción».

Pero hay en todo esto algo que hubiese debido impresionarnos y detenernos hace mucho tiempo: las genealogías acaban todas en José, precisamente en aquel que no era el padre de Jesús. Por consiguiente, si la genealogía carnal es ya de adopción, la otra lo es dos veces, a menos que lo sea tres o cuatro veces catorce veces.

Como podemos suponer, se hicieron todos los esfuerzos posibles por salvar el inconveniente afirmando que la virgen María era de la misma tribu que su esposo y descendiente, asimismo, del rey David. Pero si no está absolutamente probado, es al menos infinitamente probable que esa afirmación sea inexacta, ya que el Evangelista nada dice de ello. Ahora bien, eso era lo único que debía establecerse aquí. Necesidad de veras urgente, puesto que la conversión de Israel dependía de ello. En efecto, para responder al anhelo de su pueblo (a quien liberaría y vengaría de todas las naciones) y para corresponder a la imagen que los profetas habían forjado de él a través de los siglos, el Mesías debía ser *de la simiente de David, un retoño del tronco de Jessé*. El silencio del Evangelista, ¿no indicaría muy

a las claras que la cosa no es así? Y el propio Jesús, ¿no parece hablar en cierta ocasión con palabras poco veladas en este sentido? Pues los guardianes de la pura tradición, los escribas, los fariseos, los sacrificadores ignoran sus orígenes o no hacen el menor caso de él, lo desdeñan como no perteneciente a su casta y puestos en el atolladero, no se desdican de su opinión y arguyen: «El rey David, inspirado por el espíritu, cantó:

El Señor dijo a mi Señor.

¿Cómo habría de llamar David Su señor al Mesías si era su hijo? »

Pero el silencio del Evangelista prueba, además, otra cosa: prueba la verdad histórica del Evangelio, incapaz de registrar un hecho si no es seguro, siquiera por las necesidades de la causa, siquiera por la edificación de las almas. Prueba, asimismo, la fidelidad de la Iglesia al preservar y transmitir la Escritura, ya que los pasajes que en toda época le causaron más dificultades nos han sido legados, intactos, con el resto.

Quizá haya alguien que sonría al oírme hablar de la verdad histórica del Evangelio inmediatamente después de las comprobaciones que hemos hecho a propósito de las Genealogías, pero sostengo lo que he dicho y a ello he de volver muy pronto.

En cuanto concierne a las Genealogías, es evidente que la enumeración no se desarrolla al azar, como suele ocurrir con las generaciones humanas, sino que se ha vertido voluntariamente en el molde del número catorce, transliteración cabalística de la palabra DAVID. La división de la línea en tres troncos iguales corresponde a las tres épocas que se sucedieron en Israel: 1^o, la de los Jueces; 2^o, la de los Reyes; 3^o, la de los

Pontífices. Lo cual significa que la autoridad primordial de los Jueces, la majestad de los Reyes y la suprema dignidad pontifical desembocan en el Heredero, que las reúne en sí como estaban reunidas en los Patriarcas, que reinaban por derecho divino de sabiduría y gracia profética. Y éste es el motivo por el cual san Lucas evoca el nombre de los Patriarcas para coronar su lista y concluir en Dios.

Todo esto ya está contenido en los tres nombres del primer versículo de Mateo: *Generación de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham.*

Pues Cristo significa *El Ungido*, y la unción esta reservada a la consagración del Gran Sacerdote desde Aarón y a la consagración de los Reyes. David significa *El Fuerte por Su mano*, el Príncipe por la Espada¹. Abraham significa *Padre de los Pueblos Numerosos*, el Pastor de hombres, el Sacerdote y Padre que gobierna en nombre y lugar del Padre.

Pero si todo esto puede caber en tres nombres, ¿por qué diluirlo en tres o cinco secuelas de catorce nombres?

«Si esta parte de la Escritura consiste en una serie de nombres —se pregunta Juan Crisóstomo—, ¿existe algún motivo para pensar que no podamos extraer de ello nada precioso? No admitamos semejante cosa; procuremos, en cambio, escudriñar el pasaje: hay un tesoro abundante en los nombres desnudos.»

El nombre, en efecto, indica la esencia, el meollo de la persona; si la persona se distingue, se condensa y empieza a ser, es en virtud del nombre. El nombre atrae sobre el que lo lleva la protección y una gracia particular del cielo; lo reviste de la imagen guardiana y rectora de los Santos y los grandes que lo

¹Otros dicen: *El Bienamado*.

llevaron antes; le traza un destino; es como una plegaria y una evocación perpetua que surge desde el corazón de la tierra.

Recitaré, pues:

... Zorobabel engendró a Abiud. Y Abiud engendró a Eliacim. Y Eliacim engendró a Azor. Y Azor engendró a Sadoc. Y Sadoc engendró a Achim...

El ritmo mide mi respiración y apacigua mi corazón como las ondas iguales de las letanías.

Ahora bien, Zorobabel quiere decir *El Guarda de la Puerta de Dios*.

Y Cristo dice: *Soy la Puerta del Aprisco*.

Pero nosotros:

Corazón de Jesús, Puerta del cielo y Morada del Padre, *miserere nobis*.

Abiud quiere decir *Mi Padre es Él*.

Y Cristo dice: *Yo y mi Padre somos uno*.

Pero nosotros:

Jesús, esplendor del Padre, *miserere nobis*.

Jesús, Padre del siglo venidero, *miserere nobis*.

Eliacim quiere decir *Dios que Resucita*.

Y Cristo dice: *Yo soy la Resurrección y la Vida*.

Pero nosotros: Jesús, senda y vida nuestra *miserere nobis*.

De la muerte perpetua, *libera nos, Domine*.

Azor quiere decir *La Ayuda*.

Y Cristo dice: *Estaré con vosotros hasta el fin de los tiempos*.

Pero nosotros:

Corazón de Jesús, fuente de todo consuelo, *miserere nobis*.

Sadoc quiere decir *El Justo*.

Y Cristo dice: Toda Justicia ha sido puesta entre las manos del Hijo.

Pero nosotros:

Jesús, sol de Justicia, *miserere nobis*.

Jesús, sabiduría eterna, *miserere nobis*.

Corazón de Jesús, abismo de todas las virtudes, *miserere*.

Achim quiere decir *Éste es mi Hermano*.

Y Cristo dice: *Aquél es mi hermano quien cumple la voluntad de mi Padre que está en los cielos*.

Y nosotros:

Jesús, dulce y humilde de corazón

haz nuestro corazón semejante al tuyo...

Eliud quiere decir *Aquí está mi Dios*.

Y santo Tomás exclama: *Mi señor y Mi Dios*.

Y nosotros:

Jesús, Rey de Gloria, *miserere nobis*.

Jesús, Blancura de la eterna Luz, *miserere nobis*.

Corazón de Jesús, Deseo de las Colinas eternas, *miserere nobis*.

Eleazar quiere decir *Ayuda de Dios*.

Y Cristo dice: *Aquel que me ha enviado está conmigo*.

Y nosotros:

Jesús, nuestro Refugio, *miserere nobis*.

Jesús, Tesoro de los Fieles, *miserere nobis*.

Jesús, Fuerza de los Mártires, *miserere nobis*.

Jesús, Corona de todos los Santos, *miserere nobis*.

Mathan quiere decir *El Don o El Donante*.

Ahora bien, *Dios amó tanto al mundo que le dio su Hijo único*.

Y nosotros:

Corazón de Jesús, fecundo para todos los que te invocan, *miserere nobis*.

Corazón de Jesús, hoguera de Caridad ardiente, *miserere nobis*.

Corazón de Jesús, esperanza de los que mueren, *miserere nobis*.

Corazón de Jesús, delicia de todos los Santos, *miserere nobis*.

No hago más que recitar los diez nombres que preceden al de Jacob o *El Suplantador*, el cual engendró a José, que significa *El Crecimiento o Aquel que Hace Crecer La Simiente*, el cual desposó a María o *La Estrella del Mar* y sirvió de padre a Jesús o *Dios, el Salvador*.

Ahora bien, la Letanía (con la salmodia y el rosario) es un instrumento espiritual de gran eficacia. Es la flor y nata de las plegarias. Libera la razón razonante, transformando en un arroyo de agua viva las palabras con que aquélla se arma y acoraza; supera la imaginación multiplicando las imágenes hasta diluirlas en la luz simple.

Por consiguiente, ¿no es muy verosímil que, leída en su lengua original, la primera página del Primer Evangelio haya tenido una función litúrgica? Al celebrar de ese modo los méritos y excelencias de Cristo, hacía más accesible al oído y el corazón de los prosélitos y los fieles la recepción de su doctrina y la conmemoración de su paso entre los hombres. Cuando no

consiste más que en una recitación de nombres, el sentido de los nombres es una pura alabanza de Cristo. Cuando los nombres evocan figuras conocidas como las de Abraham, Jacob o Salomón, se cargan de significación más rica y viva, y tienden un puente entre el Hijo del Dios viviente y los ejemplares más perfectos de la especie humana. Y cuando los nombres son los de personajes maculados por la infamia —como es el caso de casi todos los reyes de Judá, con respecto a los cuales la Escritura, para emplear las palabras de Eusebio, relata más de una monstruosidad, *plurima enormia*—, implora al Encarnado que ha tomado sobre sí todos los crímenes del mundo y grita como la Letanía del Santo Nombre:

De todo mal, libéranos Jesús;

De la cólera, libéranos

De las acechanzas del Diablo, libéranos

De la negligencia de tus inspiraciones divinas,

Libéranos.

Volvamos ahora a esa escisión entre el Hijo del Hombre y sus abuelos, a esa grieta por donde se sustrae a su propia generación carnal. En vez de negar la escisión o de disimularla con explicaciones, mirémosla de frente; en vez de resignarnos a que sea para nosotros fuente de oscuridad y confusión, procuremos «escrutar el pasaje». Qué deducimos, sino esto: el espíritu adonde quiere sopla, Dios se encarna a su antojo, no está ligado a nada, no debe rendir cuentas a nadie. Y además esto: la sabiduría y la gracia son una simiente que a través de

los tiempos pasa de sabio a santo, de profeta a rey, por la sangre y por cualquier otra vía, pero sobre todo por la sangre, ya que la sangre nos llega desde todas partes: cuatro eran nuestros abuelos y cuatro veces dieciséis los de ellos, de modo que al cabo de catorce generaciones tenemos tantos abuelos como hombres la tierra. Pero lo que forma la ola no es otra ola que la precede y empuja, sino el viento que llega desde más allá y empuja a todas las olas y sopla adonde quiere. El que sigue una tradición no abraza esa tradición ni es abrazado por ella: apoya en ella su espalda mientras conserva libres el rostro y las manos. Jesús deja que el pueblo lo llame Hijo de David porque para el pueblo *Hijo de David* significa *Mesías*, pero él se llama a si mismo Hijo del hombre, traducción de *Bar Adam*. Y Lucas termina así su genealogía: *... que lo fue de Seth, que lo fue de Adán, que lo fue de Dios*. Al declararse Hijo de Adán y no Hijo de David, Jesús hace valer sus derechos a una nobleza mucho más antigua, a un reino mucho más dilatado, a un título que pertenece a todos, pero que sólo él puede atribuirse. De modo que cualquier árbol genealógico puede pertenecerle. Por eso exclama el Profeta: *¿Quién contará hasta el fin su generación?* (Isaías, 3).

Por lo tanto, Jesús se muestra cada vez tal como los Profetas lo han descrito y al propio tiempo absolutamente distinto, ya que es el Hijo de David y no lo es, es el vencedor del centro de hierro que destroza a los Reyes como vasijas y no lo es, es el salvador de Israel y no lo es. Algunas decenas de detalles tangibles y asombrosos (como la túnica inconsútil por la que echan suertes en el Gólgota) se encuentran diseminados en los libros de los Profetas, pero en medio de otros centenares que no pueden aplicársele. Si reuniéramos todas las visio-

nes e indicaciones dispersas y contradictorias de la Biblia y les agregáramos las del Libro de Enoch y otros libros proféticos, no creo que pudiéramos componer una imagen plausible del Mesías (pues la profecía, dice san Pablo, es un don incompleto). En todo caso, de la persona de Jesús de Nazareth, y de su carácter, Y de sus milagros, y de su doctrina, y de su obra esencial de fundador de religión y Maestro de vida interior, no se dice absolutamente nada. Éste es el punto en que sus discípulos más fieles vacilan, retroceden, se azoran y a pesar de todos los milagros que han presenciado sólo recobran su firmeza con lentitud y penoso esfuerzo. Más aún, el Ángel enviado «ante la faz del Señor para aparejar sus caminos», el propio Juan Bautista, en vísperas de su muerte le manda preguntar rudamente desde el fondo de su prisión: *¿Eres tú el que ha de venir o esperamos a otro?*

Pero si Dios quiso manifestarse para salvar al mundo, ¿por qué no lo hizo de manera menos equívoca? ¿Por qué su llegada no fue como el relámpago que hiende el cielo de Oriente a Occidente.

Si Dios no se apodera de nosotros, aun cuando se lo suplicamos, es para salvaguardar el privilegio más precioso que nos haya acordado: la libertad, privilegio tremendo, y también peligroso. Si renunciamos a él, lo hacemos por voluntad propia y por lo tanto libremente. Si nos encadenamos no es precisamente a Dios, pues Dios no lo consiente. Sólo podemos encadenarnos al pecado, a la naturaleza, a la necesidad, al Demonio. Pero a Dios debemos consagrarnos libremente. La libertad es el intervalo entre el plano terrenal y el plano espiritual. En el plano terrenal, el juego de causas y efectos no tiene fallas, pero quien se consagra a Dios franquea el in-

tervalo y de tal modo ingresa en la libertad. La fe es un acto libre de la inteligencia. Reconocer la divinidad de Jesucristo no es el resultado de una operación automática de cierta facultad nuestra que nos permite reconocer que dos más dos son cuatro, o creer en la presencia de un objeto duro por el solo hecho de que damos contra él. La inteligencia que permanece ligada a las reglas de la lógica, a la impresión de los sentidos y al mundo externo es incapaz de un acto libre: está sujeta al encadenamiento de causas y efectos. Puesto que el movimiento natural de la inteligencia es el de *descender* hasta el objeto, sólo podemos conocer por su intermedio un mundo inferior a nosotros. Torced hacia el cielo la cabeza de la vaca: pondrá los ojos en blanco para no quitar la mirada del suelo. La inteligencia humana tiene ojos de vaca. La inteligencia que alza los ojos se llama fe. Y de tal modo la inteligencia deja de ser pasiva y de recibir impresiones para volverse activa; no es ya una facultad, pero sí una virtud. La fe, pues, es el fruto de un trabajo de inteligencia sobre sí misma, la consecuencia de un enderezamiento de una inversión y, para emplear la palabra exacta, de una *conversión* de la inteligencia. «¿Qué podemos hacer? —dicen las gentes—. No tenemos fe». Un suspiro suele acompañar esa comprobación. Si en lugar del suspiro hubiera en esas personas una aspiración del ser íntegro a llenar esa laguna por la cual su vida es sólo el vacío, entonces los ojos de su inteligencia se levantarían por sí solos y la gracia haría el resto. Porque no basta con que los ojos se abran y miren hacia donde deben; es preciso además que existan la luz y el objeto. La Luz y el Objeto son la gracia, pero la gracia no fuerza a quien se aparta de ella o a quien no se toma el trabajo de acercarsele: tal es la exquisita discreción del Todopoderoso.

Si la Escritura opone al libre ejercicio de la curiosidad y de la crítica tantas fosas y barreras, es para invitar a la inteligencia a desandar el camino. La fe que es inteligencia convertida, es decir *regresada*, no es un conocimiento oscuro y vacilante; por el contrario, es ella quien ha de esclarecernos las cuestiones de este mundo cambiante y limitado, señalarnos los caminos y las puertas que llevan al Ser. Por lo tanto, es preciso que ella sondee la realidad de las cosas y encare los hechos y considere las leyes del mundo y se apoye en buenas razones.

Por lo tanto si se comprobase que los hechos narrados en la Escritura son falsos y la doctrina absurda; que es la obra de unos cuantos alucinados, o bien de poetas anónimos que habrían urdido ese cuento y esos apólogos sobre una base filosófica y moral, o bien de un clérigo cuyo objeto era aprovecharse de nuestro candor y mantenernos sumisos, nuestra fe perdería sus raíces y se extraviaría.

Henos aquí pues conducidos al tema que no hemos hecho más que rozar hace un instante: el valor histórico de los Evangelios.

Después de los «filósofos» del siglo XVIII, que atacaron la religión con la cabeza exponiendo a las luces de la razón la oscuridad de los dogmas, probando con los descubrimientos de la física la imposibilidad de los milagros, midiendo la grosera barbarie de la Historia Sagrada, según los cánones del decoro mundano y las reglas del buen gusto clásico, convirtiendo, en suma, todo ello en pretexto de palabras bonitas y agudezas maliciosas, aparecieron los sabios del siglo XIX para atacarla por los pies, quiero decir para desmenuzar bajo ella el terreno de los hechos.

Se consagraron al análisis crítico de los textos, a la inves-

tigación de las fuentes, al estudio de la época y la región. El parto de este monte de pacientes trabajos es muy parecido a un ratón: no poseemos ninguna seguridad sobre la fecha de composición de los cuatro relatos, la identidad de sus autores ni sobre los hechos que refieren.

Que esta conclusión no nos sorprenda: no es sino el resultado del método empleado. Ese método consiste en conceder valor histórico únicamente a los hechos confirmados por los documentos, monumentos o escritos contemporáneos (ninguno de los cuales da la menor indicación sobre el profeta errante que era Jesús) y a los hechos que presentan todas las garantías de la verosimilitud. Ahora bien, si Jesús entró en la historia es por sus milagros, y su vida toda es un milagro. Si Jesús hubiera hecho tan sólo cosas naturales y razonables, Jesús no sería Jesús y los incalculables resultados de su advenimiento no se explicarían de ningún modo. Sin embargo, se hicieron ensayos para urdir historias de Jesús sin milagro y sin misterio. La más célebre de esa clase de reconstrucciones históricas es la *Vida de Jesús* de Renán, el cual a un rico fondo de erudición añade los recursos literarios de los novelistas de la época. Pero según san Juan, Jesús es el Hijo de Dios y nos trae nuevas de la Eternidad, mientras que el Jesús de Renán es una elucubración de Renán.

Pienso que a un cristiano poco ha de servirle el estudio de las obras de la escuela llamada «Crítica liberal». Esa gran tarea de insectos roedores sólo ha producido polvo y vacío. Su odio astuto, tenaz y taimado de todo lo que es profundo, espiritual y sagrado es digno de la mayor piedad. Pero nosotros, que creemos que el Evangelio es una historia verdadera, e incluso históricamente verdadera, examinemos en qué sentido

puede serlo y cuando lo hayamos comprendido, comprendemos también por qué hay tantas personas a quienes tanto les cuesta creerlo.

Es tan falso decir que esta historia es falsa como pretender que no ha sufrido un tratamiento especial en la presentación. Por otro lado, toda historia lo sufre. La Historia nunca tiene fin y razón en sí misma. Pues así como los hombres nada hacen sin fin y sin razón, tampoco vuelven sobre los hechos pasados sin fin y sin razón. Ya sea su objeto presentar ejemplos de virtud a las generaciones nuevas o predicar una reforma o una revolución, el historiador siempre tiene algo que demostrar o mostrar, y es en este sentido que escoge los hechos, los encadena, los ilumina y los destaca, sin llegar a inventar o mentir si no quiere cortarse la hierba bajo los pies. Asimismo, el Evangelista tiene su razón y su fin: son muy claros y no se aparta un ápice de ellos. Consisten en presentar al mundo ese ejemplo perfecto, el único que merece recordarse, y predicar la revolución interior, exponer la verdad no mediante teorías y sistemas, sino con palabras de vida mediante una historia. Tal historia es la de la Verdad Encarnada: no contiene un solo hecho que no sea una enseñanza o un signo. A nosotros nos corresponde dar con su significado, puesto que el narrador nunca lo explica por temor de perder el contacto con lo concreto y con el sabor de la vida. Por eso las escenas de la vida de Jesús impresionan tan vivamente nuestros sentidos y nos conmueven casi corporalmente. Más que un relato, más que una representación son una presencia. Cómo dudar de algo que se nos muestra de tal modo. Y sin embargo ni un solo color se nombra, ni un rostro, ni un paisaje se describen; y henos aquí cara a cara y a solas con las cosas.

Sí, pero ¿no será ése un efecto del arte? El Cíclope de Homero nos pone los pelos de punta, pero eso no verifica la aventura de Ulises. ¿No es característico de los mitos antiguos presentar las grandes verdades por medio de historias?

El Evangelio sería en tal caso un poema, un mito, y Cristo una personificación, ya que no una persona. . . ¡Ah!, si yo pudiera demostrar eso, se dice el Crítico, acabaría de un plumazo con el Evangelio y arruinaría la religión cristiana.

Esa idea genial prosperó en el cerebro de cierto Dupuis, que fecha su libro en el año III de la República; y su tesis progresó notablemente en los siglos XIX y XX. En su última fase se la formula de la siguiente manera: al igual que Piel de Asno o Barba Azul, el Evangelio es un cuento popular muy hermoso, con todos los rasgos de los cuentos tradicionales que los pueblos se transmiten sin conocer su sentido esotérico. Hay en él reminiscencias de doctrinas iniciáticas y una transcripción realista de ciertos mitos de la antigüedad; el Cristo no es más que un disfraz folclórico de Osiris, cuya desmembración lloraba Egipto, o de Adonis, cuya sangre corría por todas las anémonas del Líbano; es sólo una figuración del sol en su recorrido a través de los signos del Zodíaco, de su tormento invernal y su resurrección primaveral. . .

Y así el crítico se convirtió en poeta a pesar de sí mismo; y la rata, a fuerza de roer y roer, encontró un rubí que conviene reponer en la corona de gloria del Señor.

Pues esa relación entre: «Había una vez un joven príncipe» y «Entonces Jesús dijo a sus discípulos. . . » nos recuerda al menos una verdad hartamente olvidada en nuestros días: que el advenimiento de Cristo no respondía sólo a la espera de Israel ni estaba prefigurado únicamente por los patriarcas y profe-

tas de la Biblia; satisfacía el ansia de todo el mundo pagano, que saludaba su reflejo en los dioses solares. Así lo expresa en cuatro palabras el admirable verso del *Dies Irae*:

Teste David cum Sibylla.

Había en los cultos astrológicos una introducción del alma a las exultantes grandezas de la luz y, en los Misterios Mayores, a las profundidades terribles de las tinieblas divinas: una comunicación establecida con las bellezas y los secretos de la creación. La Iglesia naciente sólo los destruyó para restaurarlos y purificarlos. El juego de resonancias y concordancias universales que se establece en la persona y en la vida de Cristo permite esa reabsorción que, en efecto, se afirma de manera flagrante en la liturgia oriental y romana, en la distribución de las fiestas en los puntos cardinales del año, en la simbología de los ornamentos sacerdotales y los ademanes rituales, en la estructura, la orientación y la decoración de las basílicas.

Pero si Cristo es una realidad espiritual, me diréis vosotros poco importa saber si ha existido o no ha existido, si es una invención y una fábula, siempre que esa figura obre en nosotros como ha obrado. Basta con que su figura represente un «Ideal» elevado y perfecto. ¡Oh, no digáis tal cosa! Ante todo suprimid esa palabra de vuestro vocabulario, ese sustantivo sin sustancia. Anulemos esa nadería, esa carne sin vida, ese dios hueco que pretende ocupar el lugar de la Verdad y de Dios. El Ideal es el dios de quienes no tienen Dios. Un dios inexistente, un dios vaporoso y facultativo, un dios que nada exige de sus fieles, que cierra los ojos ante sus faltas y sus mentiras y su indiferencia. Es un dios moderno y cómodo. No es el Dios que dictó la Ley y que nos «ve en el secreto», el Dios

que dirige, corrige y salva. Nadie le reza, nadie espera nada de él. Otro es el origen de su fuerza: surge desde abajo a quienes invocan el Ideal. Y esas fuerzas inferiores se dirigen hacia sus fines naturales, mientras que el Ideal le sirve de máscara, de manto y de bandera. Pero quienes creen en Dios reciben la fuerza desde lo alto: de Él no acude para justificar, sino para juzgar. Y juzga a sus fieles con más severidad que a los otros. Ésta es la enseñanza de la Biblia en cada una de sus páginas: Dios es el Dios Viviente, el Dios poderoso, dinámico, creador. En cuanto al Evangelio, que es el complemento de la Ley, nos enseña que para despertarnos a las *realidades* espirituales *Dios mismo se encarnó*. Qué lejos estamos de las dulzonerías del Ideal. Y como todo lo que vive, Cristo es terriblemente contradictorio, asombroso, indemostrable, imposible de inventar a priori. Se distingue con nitidez perfecta de todo lo que es fábula y de todo lo que es mito y de todo lo que es fabricación filosófica. Creer en Él no es sólo cuestión de fe, sino también de olfato. Al ver un fresco o un cuadro, ¿no sabemos distinguir si se trata de una invención o de un retrato? ¿Acaso no sabéis reconocer a primera vista que una cabeza de Ghirlandaio, por ejemplo, es siempre un retrato y por añadidura *parecido* (aunque no tengáis frente a vosotros el modelo ni podréis tenerlo nunca), mientras que una cabeza de Miguel Ángel nunca es un retrato y no se parece a ningún rostro humano, puesto que es una creación ideal? ¿No podéis distinguir que una figura de Brueghel, por ejemplo, es transcripción de la realidad mientras que una escultura de una catedral romana no es copia de ninguna realidad visible?

Es conveniente ejercitar una intuición análoga (que no habrá de procurarnos ninguna erudición) con los textos sagrados

para saber si las personas y los hechos que nos presentan son meras figuras o seres vivos, realidades concretas y espirituales. Escuchad bien: al propio tiempo que el sentido, el sonido del texto y la calidad de la voz. Y vuestros ojos de vida verán lo que no vieron esas presuntuosas gafas de la objetividad crítica: que la figura del hombre Jesús, Hijo del Hombre, por ser radiante de colores y plena de sentido no es menos real y viva, o más real y viva que cada uno de nosotros.

Si la realidad de Cristo nos emociona a tal punto es porque nos habla de nosotros; si creemos en Él es porque creemos en la mejor parte de nosotros mismos, porque lo sentimos en nosotros o acaso porque sentimos la falta de esa parte más noble, hueco tan bien colmado por la realidad de Cristo. Cristo nos habla con voz de la que no dudamos porque la reconocemos al escucharla por primera vez. ¿Cristo es un mito solar y el Evangelio una creación literaria, la exposición por imágenes de una doctrina filosófica o de un modelo moral?... Palabrerío. Nadie, ni el pueblo inculto, ni el poeta, ni menos aún el filósofo podrían crear una figura tal como la de Cristo; una figura cuyo poder de realidad es tal que conmovió todas las reglas del arte, y la moral, y la lógica, y la filosofía. Si fuera la creación del pueblo ignorante, no encontraríamos en ella las llaves de la vida interior, una ciencia oculta, un conocimiento de todos los secretos. No encontraríamos ese texto donde residen todos los grados del conocimiento a que podemos elevarnos, puesto que está por encima de nosotros. Si fuera una obra literaria, estaría compuesta según los cánones del tiempo. Pero lo cierto es que se opone por completo a tales cánones. Probablemente no representaba ninguna forma de belleza para sus contemporáneos. Es tan hermosa y conmovedora preci-

samente porque nada hay en ella de estético, porque no trata de gustar ni de conmover, porque su belleza no es arte ni literatura, pero sí naturaleza y espíritu. ¿Escenificación filosófica y moral? ¡Escándalo y escándalo para los judíos, y locura para los griegos, horror de las gentes de bien y repugnancia de los filósofos! Si fuera una fabricación de los sacerdotes, supongo que los sacerdotes no habrían tenido la imprudencia de fabricar un instrumento tan incómodo de manejar. Pues quien se atreve a enseñar el Evangelio corre el riesgo de ver alzarse contra él las grandes y terribles verdades que el propio Evangelio afirma.

No es cosa extraña que los enemigos de un hombre se unan para condenarlo y quitarle la vida; pero que veinte siglos después de su muerte haya motivos para resucitar su proceso y condenarlo a no haber vivido nunca, es una aventura que sólo a Jesús podía ocurrir.

Aunque admitamos que para sostener una hipótesis tan atrevida como la inexistencia de Cristo —nunca insinuada antes, siquiera por los enemigos más encarnizados de la religión cristiana ni por los herejes más extremados— basta con alegar la ausencia de documentos históricos; aunque admitamos que los seis testimonios que datan del primer siglo son insuficientes; aunque admitamos que a Tácito, Suetonio, Plinio el Joven, Flavio Josefo, que hablan de Cristo como de un hombre crucificado por Poncio Pilatos, pueda acusárseles de información precipitada, así como a los rabinos del Talmud, que lo maldicen, o a san Pablo, cuyos escritos son sin duda más antiguos aún que el Evangelio mismo y pudo estar en connivencia con la parte encausada, queda todavía un séptimo testimonio que no es romano, ni judío, ni cristiano, ni humano: es éste. (Lan-

za muestra la Santa Faz del Sudario de Turín.) Ya lo conocéis. No es una imagen, no es una imagen piadosa, no es el fruto de la imaginación, no es la obra maestra de un pintor ilustre: ningún pintor, por grande que sea, podría pintar un rostro semejante. También este documento ha sido protestado, juzgado, analizado por los sabios y los críticos y los químicos. Desde luego, ninguno de ellos tiene medios para afirmar que esta imagen sea auténtica. Pero al menos han demostrado la extrema improbabilidad de una falsificación. Algunos no han olvidado señalar que hay varios sudarios propuestos a la veneración pública, pero éste se distingue de todos los demás, de todos los velos de Verónica, de todos los santos sudarios conservados en Besançon y en otras partes, y la comparación misma de esta reliquia con las imitaciones nos da una prueba innegable de su verdad. Pues en todas ellas puede verse de qué imaginación provienen y qué medios técnicos se emplearon para fabricarlas: la pintura o diversas manchas que pueden aislarse y reproducirse. Mientras que de éste sabemos por lo menos que es una tela que se remonta a la época de Cristo; sabemos además que esta imagen sólo pudo producirse mediante la aplicación de un rostro ungido con mirra y áloe. Ungiendo el rostro de hombres tras una dura agonía y aplicando una tela se obtuvieron huellas semejantes. Es preciso saber además que si se deja demasiado tiempo la tela sobre el rostro, quiero decir, más de tres días, la imagen se borra como una placa fotográfica expuesta demasiado tiempo a la luz. Por lo tanto es necesario que las condiciones de impresión de ese rostro sean las de la permanencia del Señor en el sepulcro desde las once del viernes hasta la mañana del domingo². Además

²Estudios recientes tienden a aprobar que la crucifixión ocurrió el

es necesario saber que esta imagen se conservó durante varios siglos *sin que nadie la viera*. Podemos verla desde hace poco tiempo porque la fotografía la descubrió. Esta imagen no es la fotografía del Santo Sudario, sino una reproducción del negativo fotográfico. En efecto, las huellas negras sobre la tela sólo pueden resultar de las partes del rostro aplicadas sobre la tela, mientras que las huellas blancas representan las cavidades que se llenan de sombra, y, por lo tanto, de negro. La imagen, tan impresionante aquí, es irreconocible en la tela misma. No sólo conserva las huellas de todos los vejámenes soportados por el Señor y de los cuales nos hace el Evangelio un relato preciso y espantoso, sino que además agrega detalles acerca del suplicio siempre ignorados por la tradición cristiana: por ejemplo, que los clavos no atravesaron la palma de las manos sino que se hundieron en las muñecas. ¿Cómo habría sabido eso el falsificador? ¿Cómo habría pensado en señalar la diferencia entre la sangre viva que brotó de las llagas del látigo, las espinas y los clavos, y la sangre muerta (mezclada con agua) de la herida del costado? Esta imagen, piadosamente conservada desde la época de los Discípulos, nunca había sido vista. Sólo se reveló en nuestros días y como respuesta al nuevo esfuerzo de este mundo para borrar las huellas del Crucificado, incómoda para su conciencia.

Y mientras los escribas actuales demuestran que el Hijo del Hombre nunca existió, así como los de hace veinte siglos demostraban que no era Hijo de Dios y merecía la muerte, desde el fondo de la noche el rostro de Cristo resurge en silencio co-

miércoles (y no el viernes) y que la permanencia en el sepulcro fue de tres días. « Y lo reconstruiré en tres días... ». *Les dates de la Vie du Christ*, por el R. P. de CURSAC y GUILBERT DE CHAMBORTAND.

ronado con sus llagas y se muestra sin mirar a nadie.

Esta huella, en que veo toda la Pasión escrita con letras de sangre —la Flagelación, la Coronación de espinas, la Crucifixión, el lanzazo del centurión— la proclamaría yo como el quinto evangelio reservado a este siglo incrédulo.

Aquellos a quienes he propuesto esta imagen como tema de meditación, conocen la virtud que hay en ella. Poco ha de importarles lo que otros digan, supongan, demuestren u opongán. Podrán « hablar lo que vieron ».

III
 EL PRINCIPIO
 SEGÚN MARCOS Y LUCAS
 O
 SAN JUAN BAUTISTA Y JESUCRISTO

*Enero de 1949.
 Tournier.*

OIGAMOS el primer rugido de Marcos, el León: *Principio del Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios*. Desde el primer paso Marcos parece ganar ventaja a Mateo, que dice en el mismo lugar: *Hijo de David, Hijo de Abraham*. Pero el graduar los cuatro Evangelios o las enseñanzas y revelaciones de un mismo Evangelio según un orden progresivo es imposible. Si es verdad que Mateo espera hasta el capítulo XIV para enunciar el título de «Hijo de Dios», ya en el parágrafo vigésimotercero del primer capítulo nos muestra de qué manera concreta y corporal se produce tal filiación. Ninguno de los cuatro tiene miramientos para con nuestra incrédula imbecilidad ni pierde tiempo con nuestra ignorancia. Desde el comienzo ponen ante nuestros ojos las afirmaciones más misteriosas, más des-

concertantes, más absolutas. Es probable que la verdad acerca del Hijo del Hombre no se haya revelado en la conciencia de los apóstoles sino por grados o destellos intermitentes, hasta la iluminación definitiva del Pentecostés. Pero el Evangelio parte desde el punto de llegada. No es un método. Cosa que, en su sencillez, hace tan difícil su acceso. Se ha exagerado mucho, por ejemplo, la distancia que separa el Cuarto Evangelio de los otros tres y se lo ha llamado el *Evangelio espiritual*. Pero los cuatro merecen por igual ese título y los cuatro no son más que uno. Cosa que destaca la Iglesia cuando dice: «el Santo Evangelio según Mateo o según Juan». La imaginaria tradicional atribuye uno de los cuatro animales de la visión de Ezequiel (Ezequiel, I) a cada uno de los Evangelistas: así encontramos a san Mateo junto a un Toro, a san Marcos junto a un León, a san Lucas junto a un Ángel, a san Juan junto a un Águila. Los Padres explican que el Toro (llamado Buey y hasta Ternero) es el animal de los antiguos holocaustos y por lo tanto símbolo del sacerdocio; que el León es el signo del Rey; que el Ángel (u hombre) expresa la Humanidad y el Águila la Divinidad. Tales atributos serían los elementos constitutivos y por así decirlo las puntos cardinales de la grandeza de Cristo. Pero es digno de observarse que san Agustín atribuye el León a Mateo el Toro a Lucas el ángel a Marcos. Mientras que los doctores griegos asignan el Ángel a Mateo el Toro a Lucas el León a Juan y el Águila a Marcos. Lo cual demuestra a las claras que sólo hay un Evangelio en cuatro libros y que los cuatro animales son Cristo. A Él pertenece la fuerza vital de la Tierra que es el Toro puesto que *todo lo que fue hecho era vida en Él*; a Él el reino del Fuego purificador y transfigurador que es el León alado, a Él que *bautiza en fuego y en espíritu*; a Él, al Hijo

del Hombre la plenitud del Hombre alado; a Él la seguridad del Águila posada en la cima del cielo; a Él la hosca pureza, el pico fulminante y la garra terrible del Águila cuando se arroja sobre el corazón de la Víctima. Pues los cuatro animales componen la Esfinge enigmática y sonriente en la encrucijada de todos los caminos.

Si debemos atribuir a Marcos un carácter particular habremos de aludir a la fogosa brevedad de su palabra aprendida sin duda de su Maestro san Pedro. En efecto según la tradición Marcos es discípulo inmediato del Primer Apóstol cuyas memorias habría recogido en Roma. Proseguimos:

Así como está escrito en Isaías el profeta: He aquí yo envío a mi ángel delante de tu faz, que preparará tu camino delante de ti. Voz del que clama en el desierto: Aparejad el camino del Señor, haced derechas sus sendas.

Estaba Juan en el desierto bautizando y predicando el bautismo de penitencia para remisión de pecados. Y salía a él toda la tierra de Judea, y todos los de Jerusalén, y eran bautizados por él en el río Jordán, confesando sus pecados.

Y Juan andaba vestido de pelos de camello, y traía un ceñidor de piel alrededor de sus lomos, y comía langostas y miel silvestre. Y predicaba diciendo: «En pos de mi viene el que es más fuerte que yo, ante el cual no soy digno de postrarme para desatar la correa de sus zapatos. Yo os he bautizado en agua, pero él os bautizará en el Espíritu Santo.»

Ése es, breve y perfecto, el retrato de Juan Bautista. La voluntad de condensarlo todo mueve al Evangelista a fundir dos profecías la de Malaquías, III, y la de Isaías, XL, 3, para desembocar de inmediato en la realidad: *estaba Juan en el desierto bautizando.*

Juan es el mensajero delante de la faz del Señor para preparar su camino para hacer derechas sus sendas. Las sendas son los caminos que llevan al Camino. Para acceder al camino real de la vida interior es preciso enderezar las vías humanas. Es preciso guiar los pasos del hombre por la rectitud antes de abrirle el camino antes de señalarle con el dedo a Aquel que dice de sí mismo: *Yo soy el camino.* Y si el Señor es *el Verbo*, el anunciador del Señor es *la Voz, la Voz del que clama en el desierto.* La voz es la sustancia terrena de la palabra; suena antes de que la palabra sea oída y adquiera sentido. Suena y llama. Es un grito que de generación en generación resuena en Israel y en la tierra entera; y esa voz dice: «¡Ha de venir! ¡Viene, viene ya aquel que es plenitud de vida, el que hará que no hayamos vivido en vano ni con el solo fin de morir!»

Y esta voz que clama en el desierto es el anuncio de la *luz que brilla en las tinieblas y que las tinieblas no recibieron*, el anuncio de Aquel *que vino entre los suyos y que los suyos no recibieron.* La voz resuena entre los sordos, entre millones de simientes desecadas y convertidas en arena, entre millones de endurecidos que voluntariamente se consagraron a la inmensa perdición de las soledades...

¿Qué hacía Juan en la muda desolación del desierto? Llamaba. ¿Qué ofrecía en lo hondo de esas regiones áridas? El Baño.

Y de la Tierra Santa y de la Ciudad Santa las gentes iban hacia Juan para el baño. Pues, ¿cómo puede ser santa una ciudad si tantas gentes se mueven en ella impulsadas por la codicia de las riquezas por el placer de la carne y las vanidades? No hay más tierra santa que el desierto. Hay que sudar mucho, padecer la sed, correr el riesgo de las fieras y los ladrones, sufrir la

quemadura del día, el hielo de las noches y la arena del viento para merecer por fin un baño que lava para toda la vida.

Pues al fin del camino pedregoso corre el Jordán, el más inhumano de los ríos, entre sus márgenes de rocas. Llega desde las nieves del Hermón, se hunde en dos desiertos para desembocar en el estanque de betún y sal del Mar Muerto. Es como una corriente y un vínculo entre el cielo y el infierno, es el río de la penitencia.

Para entrar en él las gentes dejan sus alforjas y se quitan sus ropas. Y Juan empuja hacia el agua al penitente, desnudo como en el día de su nacimiento, lo empuja bajo la superficie y le apoya su pesada mano sobre la cabeza. Así lo mantiene unos segundos, con el aliento suspendido en la negrura y el frío, hasta que todo pensamiento abandona al penitente, salvo su respiración furiosa en el aire libre la luz. El hombre queda así brillante y nuevo: no solo ha dejado caer sus ropas y su haber, sino también el bagaje de sus hábitos y la envoltura de su persona. De tal modo iniciaba, renovaba y desligaba Juan.

Y Juan andaba vestido de pelo de camello porque el camello es el más sobrio y el más humilde de los animales de carga, que se arrodilla para que depositen sobre él los fardos y los lleva a destino a través de distancias sin agua y sin palmas. Y Juan llevaba un ceñidor de piel en torno al talle porque tenía un dominio circular y completo de sus deseos y apetitos. Comía langostas que, como las opiniones exaltadas y las fantasías atrevidas, saltan en el aire por todas partes para volver a caer un poco más allá. Y sabía atraparlas, secarlas al sol de la Verdad, reducirlas a polvo y alimentarse con su pulpa. Conocía el gusto de la miel que hay en lo hondo de las rocas, la sustancia de alegría y dulzura que oculta la ruda y terrible

corteza de las cosas.

También Mateo lo presenta, en el capítulo III, 4, con dos trazos inolvidables. Y esos trazos nada tienen de descriptivo o de pintoresco: al hablar de las ropas y el alimento hablan de la esencia. Esos dos trazos nada tienen de exterior, porque nada queda de exterior en el hombre espiritual. Su hábito, sus hábitos, su lenguaje y sus pensamientos, sus obras y su actitud no son ya productos del artificio y efectos de la convención, sino que están destinados a la expresión y al mensaje. Es el momento en que no existe el azar en la vida del hombre espiritual y los accidentes mismos acentúan su significado. El nacimiento, las jugadas del destino, la muerte son cosas contra las cuales nada podemos y por eso las padecemos; pero el hombre espiritual las asume y sabe informarlas. Por eso nos cuenta Lucas el nacimiento de Juan Bautista y hasta empieza con esa historia su Evangelio.

Hubo en los días de Herodes, rey de Judea, un sacerdote nombrado Zacharías, de la suerte de Abías, y su mujer de las hijas de Aarón, y el nombre de ella Elisabeth.

Y eran ambos justos delante de Dios, caminando irreprehensiblemente en todos los mandamientos y estatutos del Señor.

Y no tenían hijo, porque Elisabeth era estéril, y ambos eran avanzados en sus días.

Y aconteció que, ejerciendo Zacharías su ministerio de sacerdote delante de Dios en el orden de su vez,

Según la costumbre del sacerdote, salió por su suerte a poner el incienso, entrando en el templo del Señor;

Y toda la muchedumbre del pueblo estaba fuera orando a la hora del incienso.

Y se le apareció el ángel del Señor, puesto en pie a la derecha del

altar del incienso.

Y Zacharías al verle se turbó, y cayó temor sobre él.

Mas el ángel le dijo: No temas, Zacharías, porque tu oración ha sido oída; y tu mujer Elisabeth te parirá un hijo y tu le llamarás por su nombre que es Juan;

Y tendrás gozo y alegría, y se gozarán muchos en su nacimiento;

Porque será grande delante del Señor; y no beberá vino, ni sidra, y será lleno del Espíritu Santo aún desde el vientre de su madre;

Y a muchos de los hijos de Israel convertirá al Señor Dios de ellos.

Porque él irá delante de él con el espíritu y verdad de Elías, para convertir los corazones de los padres a los hijos, y los incrédulos a la prudencia de los justos, para aparejar al Señor un pueblo perfecto.

Y dijo Zacharías al ángel: ¿En qué conoceré esto?, porque yo soy viejo, y mi mujer está avanzada en días.

Y respondiendo el ángel le dijo: Yo soy Gabriel, que asisto delante de Dios; y soy enviado a hablarte, y a traerte esta feliz nueva.

Y tú quedarás mudo, y no podrás hablar hasta el día en que esto sea hecho, porque no creíste a mis palabras, las cuales se cumplirán a su tiempo.

Y el pueblo estaba esperando a Zacharías, y se maravillaban de que se tardase él en el templo.

Y cuando salió, no les podía hablar, y entendieron que había visto visión en el templo. Y él se lo significaba por señas, y quedó mudo.

Y cuando fueron cumplidos los días de su ministerio, se fue a su casa;

Y después de estos días concibió Elisabeth su mujer, y se estuvo escondida cinco meses, diciendo:

Porque el Señor me hizo esto en los días, en que atendió a quitar mi oprobio de entre los hombres.

Y al sexto mes, el ángel Gabriel fue enviado de Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazareth, a una virgen desposada con un varón, que se llamaba José, de la casa de David, y el nombre de la virgen era María.

Y habiendo entrado el ángel adonde estaba, dijo: Dios te salve, llena de gracia; el Señor es contigo; bendita tu entre las mujeres. Y cuando ella esto oyó, se turbó con las palabras de él, y pensaba, qué salutación fuese ésta.

Y el ángel le dijo: No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios.

He aquí concebirás en tu seno, y parirás un hijo y llamarás por su nombre que es JESÚS. Éste será grande y será llamado Hijo del Altísimo y le dará el Señor Dios el trono de David su padre; y reinará en la casa de Jacob por siempre. Y no tendrá fin su reino.

Y dijo María al ángel: ¿Cómo será esto porque no conozco varón? Y respondiendo el ángel le dijo: El espíritu Santo vendrá sobre ti y te hará sombra la virtud del Altísimo. Y por eso lo santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios.

Y he aquí Elisabeth tu prima también ella ha concebido un hijo en su vejez; y este es el sexto mes a ella, que es llamada la estéril; Porque no hay cosa alguna imposible para Dios. Y dijo María: He aquí la esclava del Señor hágase en mi según tu palabra. Y se retiró el ángel de ella.

Y en aquellos días levantándose María fue con prisa a la montaña, a una ciudad de Judá. Y entró en casa de Zacharías y saludó a Elisabeth. Y cuando Elisabeth oyó la salutación de María, la criatura dio saltos en su vientre; y fue llena Elisabeth del Espíritu Santo; Y exclamó en alta voz y dijo: Bendita tú entre las mujeres bendito el fruto de tu vientre. Y, ¿de dónde esto a mí que la madre de tu Señor venga a mí? Porque he aquí luego que llegó la voz de tu salutación a

mis oídos la criatura dio saltos de gozo en mi vientre. Y bienaventurada la que creíste porque cumplido será lo que te fue dicho de parte del Señor.

Y dijo María: Mi alma engrandece al Señor,

Y mi espíritu se regocijó en Dios mi Salvador.

Porque miró la bajeza le su esclava,

Pues ya desde ahora me dirán bienaventurada todas las generaciones; Porque me ha hecho grandes cosas el que es poderoso y santo el nombre de él.

Y su misericordia de generación en generación sobre los que le temen.

Hizo valentía con su brazo: esparció a los soberbios del pensamiento de su corazón.

Destronó a los poderosos y ensalzó a los humildes.

Hinchó le bienes a los hambrientos, y a los ricos dejó vacíos.

Recibió a Israel su siervo, acordándose de su misericordia tal como dijo a nuestros Padres, Abraham y a su descendencia por los siglos.

Y María se quedó con ella unos tres meses; y se volvió a su casa.

Todo el primer capítulo de Lucas está dedicado al nacimiento de Juan Bautista. Lejos estamos de la ruda brevedad de Marcos. Y si nos gustan las historias tenemos aquí con qué complacernos. Pero también tenemos de qué sorprendernos, pues si el primer capítulo comprende ochenta versículos y termina diciendo: *Y el niño crecía y era fortificado en espíritu; y estuvo en los desiertos hasta el día que se manifestó a Israel* el segundo capítulo, que habla del nacimiento de Cristo, sólo comprende cincuenta y dos y termina: *Y Jesús crecía en sabiduría y en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres.* Mientras que el tercer capítulo vuelve a Juan Bautista.

De esta observación se deduce que el honor concedido a Juan supera al de todos los santos, puesto que su vida y su figura se consideran paralelas a la de Cristo. Una segunda lectura hace que el paralelo se perfile con más nitidez aún. Las mismas precisiones acerca de la rectitud y pureza de los padres (los de Juan, de rango social más elevado y distinción personal más evidente que los de Jesús), sus orígenes (más claros en Elisabeth que en María, aunque se agrega que ambas son primas), la aparición del ángel a Zacharías en el templo, a la derecha del altar del incienso a la hora del incienso, mientras el pueblo todo aguarda orando, y la anunciación del ángel a María, seis meses después, en Nazareth, sin que nadie sepa nada, salvo María. Después la visitación de ambas mujeres en la montaña, la salutación de Elisabeth y el Magnificat de la Virgen, la profecía de Zacharías durante la circuncisión de Juan, las profecías de Simeón el Justo y de Ana la profetisa, durante la circuncisión de Jesús. Imposible poner en duda que Lucas quiso pintar un díptico.

Juan es la sombra del cuerpo de Jesús, y la sombra es el cuerpo gris y chato que marcha junto al cuerpo, a ras de tierra, en el camino. Y la sombra se parece al cuerpo, rasgo por rasgo, y se opone a él.

Juan es el hijo de la esterilidad y de la vejez, es del tronco de Israel antiguo y seco, un retoño digno de su alta nobleza. Y abandona el templo y la ciudad y se hunde en el desierto.

Jesús nace de la Virgen intacta, es *el sol naciente que visita el mundo* la fuente de agua viva, el esposo. Llega desde una aldea alejada y cruza el desierto, mas para dirigirse a las ciudades y para enseñar en el templo. Juan se abstiene de pan y de vino, o sea de los bienes de la naturaleza y de las ofuscaciones

espirituales, pero Jesús come y bebe y se da a sí mismo como pan y como vino.

El ángel del Señor que se aparece a Zacharías en el templo es el ángel de la Inspiración.

Su índole activa se revela en esto: *aparece a la derecha, puesto en pie*. Y dice de sí mismo: *Yo asisto delante de Dios, asto ante Deum*. Por lo tanto, es el Inspirador de las grandes acciones que, superiores a la fuerza humana y a las más audaces previsiones, deben cumplirse por las vías naturales en el mundo exterior. No es sólo el ángel que anuncia la victoria, sino el que trae la concepción y el proyecto y nos da la orden de iniciarlo. El anuncio de las grandes cosas que hará el hijo que nacerá de nosotros: así trae el proyecto el ángel de la Inspiración, pues la gran acción inspirada que ha de surgir no será obra nuestra sino que se hará por sí sola, siempre que nos dejemos atravesar por la Gracia. Ahora bien, Zacharías, una vez recobrado del terror que cayó sobre él, *qui irruit super eum*, se queda vacilante y dudoso ante la figura del ángel. *¿En qué conoceré yo esto?*, responde, lo cual significa: no puedo creerlo. No porque no crea en Dios, pero sí porque duda de sí mismo. Pues está viejo y decepcionado y aunque siempre *ha caminado en todos los mandamientos y estatutos del Señor*, su mujer es estéril. En otros términos, falta a su naturaleza ese fermento de ardor que hace creadoras a otras naturalezas menos nobles. Zacharías es sacerdote de raza, de oficio, de vocación. Nunca ha pensado que Dios no se contentaría con pedirle que consuma su vida como ese incienso, en volutas de olor agradable.

Y no será ya en el templo sino en su casa donde habrá de consagrarse, por la salvación del pueblo, por su dicha y gloria eternas, a una obra de carne oscura. Pero su recelo hace

que el ángel le anude la lengua para castigarlo y también para protegerlo: el consejo de la alta empresa ha de madurar en el silencio. Por lo demás, aunque Zacharías dispusiera del libre uso de su lengua y de la elocuencia más acabada, ¿cómo explicar al pueblo lo que ha ocurrido y lo que ocurrirá? El pueblo aguarda fuera del templo la gracia de Dios, mientras el sacerdote intercede, y la gracia ya ha llegado y llegará al pueblo, pero por sendas que el pueblo desconoce y que el propio sacerdote sólo conoce a medias. Por eso sólo podrá hacer señas hasta el día del nacimiento: *erat annuen illis*. Y por eso Elisabeth se oculta durante los primeros meses de su preñez.

Pero el ángel que al sexto mes se presenta para saludar a la Virgen: *Dios te salve, llena de gracia; el Señor es contigo; bendita tú entre las mujeres... he aquí, concebirás en tu seno y parirás un hijo...* no se aparece a María. El ángel Gabriel no *se aparece* a María, sino que *entra donde ella estaba, ingressus Angelus ad eam, dixit*.

Es el ángel de la Contemplación, es la cercanía de la unión en el éxtasis.

No se nos dice si el ángel surgió a derecha o a izquierda, si estaba en pie o volaba; y acaso la propia María no lo sabe. Si estaba en mi cuerpo o fuera de él no lo sé, dice san Pablo, Dios lo sabe. Entra el ángel y todo se hace luz. Y esa luz celeste no está hecha para los ojos; y esa voz divina no está hecha para el oído. No se detiene en la punta del intelecto ni en el ápice del corazón. Desciende a las profundidades del alma virgen e inviolada, descende más bajo aún y penetra en la carne como una herida y descende todavía hasta lo que el cuerpo tiene de más corporal, hasta el reducto más ciego, mis sordo, más tenebroso: el vientre. ¡Ah, hijos míos, qué revelación acerca de la

realidad de las cosas espirituales y la espiritualidad de las naturales, acerca de las relaciones y la trama de lo que es alto y lo que es bajo!... Que la verdad aclare la inteligencia es hermoso, pero no es menester destacarlo; que el corazón se depure e ilumine es cosa buena en el orden de las cosas; pero que el Espíritu Santo deje su marca en la carne y el ser se sienta avasallado y todo se cumpla... ¿Cómo será esto?, pregunta María asombrada, pero sin dudar como el viejo sacerdote, ya que es nueva, abierta, dispuesta a todo. Y el ángel le enseña este arcano de diez palabras, las más claras que sea posible encontrar divinamente o humanamente: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y te hará sombra la virtud del Altísimo. Entre estas palabras hay una que sólo se dijo en esta ocasión única: es un verbo pleno, verde, vibrante, sonoro y vertiginoso como un gran árbol en la brisa, el verbo *obumbro*. *Spiritus Sanctus superveniet in te et virtus Altissimi obumbrabit tibi*. San Gregorio observa que «la sombra está formada por la luz y el cuerpo». El hermoso verbo es, por lo tanto, exacto: expresa la encarnación de la luz divina. El adorno le las bodas espirituales de Ruysbroek el Admirable, el *Diálogo del Amigo y el Amado* del bienaventurado Raimundo Lulio, *Las Moradas* de santa Teresa, la *Noche Oscura* de san Juan de la Cruz, el último canto del *Paraíso* de Dante, el *Cantar de los Cantares* son el perfume y la frescura del jardín que llegan hasta el caminante demorado ante la reja; y el jardín es el misterio de la Sombra. En ninguna parte del Evangelio se habla tan difusamente de la Virgen María como en este primer capítulo de Lucas. En otras partes, aquí y allá, más que evocada aparece indicada. Aunque todo lo relacionado con ella nos conmueve, la Escritura no nos da ninguna imagen suya. Los pocos rasgos que la caracterizan la sitúan de inmediato en el

centro de uno de los hogares más vivos de la devoción cristiana, pero en cuanto alzamos los ojos hacia ella advertimos que no la vemos y que casi nada sabemos de su persona.

Y acaso es natural que así sea, puesto que lo mismo ocurre con nuestra alma; sabemos que existe, sabemos su importancia capital y escondida, sabemos que para nosotros es más esencial que el mundo entero, pero nuestros sentidos no nos revelan su figura. En verdad, media un vínculo tan estrecho entre la Virgen y el alma que no podríamos buscar la una sin dar con la otra. La Virgen es un ser divino. No es, sin embargo, una diosa. Es mujer y santa, pertenece a nuestra propia naturaleza y la veneración que le profesamos participa del amor que sentimos hacia las criaturas y de la adoración que sólo debemos a Dios; asimismo, el alma es de esencia divina, pero ha sido creada y su inmortalidad conserva el equilibrio entre el tiempo que arrebató toda cosa y la eternidad que pertenece a Dios. La Virgen es una criatura reservada, fuente de gracia para todo ser; asimismo, el alma es el punto más sensible del ser y el más transparente. Es la flor en el puro vientre mediante la cual cúmplese la conjunción con el Espíritu Santo, de modo que el germen de la vida interior allí fructifica y el embrión de Cristo allí es concebido. *Puerta del Cielo* cuyas fronteras azules no franquean nuestros ojos, *Estrella de la mañana*, luz de nuestra noche que sobrevive en los umbrales del día, *Torre de marfil* de preciosa reclusión, *Arca de la Alianza* donde están guardadas la ley y los sellos, *Rosa mística* donde se dilata la dicha celestial entre los pliegues circulares de una carne purificada y abierta en perfumes. Así el cristiano que ora ante una imagen de la Virgen eleva un *Espejo de Justicia* en que el alma descubre su propio rostro, desconocido para ella misma. Y el que

evoca a la Virgen evoca su propia alma, en la cual están inscritos toda ciencia, todo profundo saber y de la cual emana todo consejo de sabiduría. Y en ella encuentra la pureza original de su esencia, al abrigo de las acechanzas del mundo, *Refugio de los pecadores, Consuelo de los afligidos*, porque los dolores y los pesares, los deseos y las malicias son de la carne; y en ella encuentra —puesto que ya no está sumida en el olvido, sino restituida a la luz— el receptáculo de las bellezas de lo Alto, el *Vaso espiritual, Causa de nuestra alegría*. Por eso la oración a la Virgen es una operación filosófica de alto valor, una llave de ese Conocimiento-de-sí-mismo que para los orientales es el fin supremo y verdadero de toda religión y para nosotros su condición indispensable.

Tratemos ahora el segundo de los «Misterios gozosos», que en el lenguaje de los imagineros y les devotos lleva el título de *La Visitación*.

Ocurre en el sexto mes de la preñez de Elisabeth. Por eso es justo celebrar el nacimiento de san Juan Bautista al comienzo del verano, si situamos la Navidad en la Época en que el sol está más cerca de la tierra, aunque aparentemente exilado y casi aniquilado. Un nuevo signo de que ambas figuras, la de Jesús y la de Juan, deben considerarse como dos polos.

De modo que María *se levanta* en ese abril de esperanza, *exurgens autem Maria in diebus illis*, y gana la montaña en su premura de subir. También la mueve la prisa de reunirse con aquella de quien el ángel le ha hablado, la única que puede recibir su secreto: su venerable y anciana parienta que, como ella, se oculta porque Dios le ha hecho una merced semejante e inversa. Y María saluda a Elisabeth. Ved cómo el saludo de María a Elisabeth recuerda —repetición en *pianissimo* de

la misma nota en una sinfonía— el saludo del ángel a María. Pues así como el saludo del ángel anuncia que el Espíritu Santo sobrevendrá en María y que la virtud del Altísimo suscitará al Hijo en su carne, el saludo de María hace que el hijo formado en Elisabeth se conmueva de modo maravilloso, pero no milagroso ante la presencia de su Salvador. Y el Espíritu Santo colma entonces a Elisabeth, pero sólo llena su alma. Y reconociendo en la joven María a la madre de su Señor, Elisabeth profetiza como treinta años después lo hará su hijo en la plenitud de sus fuerzas y de su conciencia.

A lo cual responde María con el Magnificat. Y éstas son casi las únicas palabras de la Virgen que han llegado hasta nosotros, salvo su pregunta al ángel: *Cómo será esto?*, y su respuesta al ángel: *He aquí la esclava del Señor, hágase en mi según tu palabra*.

El Magnificat, donde se engarzan como perlas versículos de los Salmos, de Samuel, de Habacuc, de Malaquías, de Isaías, de Jeremías —antiguas voces reunidas en un coro nuevo y refrescadas por labios casi infantiles— es el primer fragmento de la liturgia oriental y romana, y el modelo de todos los demás, puesto que la propia Misa no está compuesta de otro modo.

Es, asimismo, el modelo de nuestro rezo espontáneo; por sincero y profundo que sea el ímpetu que lo lleva a nuestros labios, nunca rebasará la medida de las fórmulas tradicionales; las colmará, las vivificará amoldándose a ellas. Porque si nos entregamos por entero a la invención del momento, corremos el riesgo de balbucear y presentar una ofrenda verbal incompleta y apresurada. Y si por el contrario nuestras palabras fluyen con facilidad, el peligro está en dejarnos arrastrar por la complacencia oratoria y lírica, y en escucharnos a noso-

tros mismos en vez de hacer que Dios nos escuche. Es preciso que la plegaria sea perfectamente hermosa (pues de lo contrario es blasfemia) a causa de la majestad de Aquel a quien se dirige; es preciso, por otra parte, que no podamos enturbiar esa belleza con ninguna vanagloria, con ninguna afirmación de nuestra persona. Propósito al cual se ajustan perfectamente las fórmulas ancestrales. Gracias a ellas, por lo demás, los vivos prestan su voz a los difuntos, y santos y profetas rezan con nosotros, los pecadores.

No faltan motivos para que en su acción de gracias la Virgen emplee las palabras que la Escritura pone en boca de Ana, madre de Samuel, que redimida de su esterilidad por la bendición de Elías y por merced del Señor, consagraba su hijo a Dios. Y es éste Samuel, último de los Jueces, quien debía ungir a David Rey: *Mi corazón se regocija en Jehová, mi cuerpo es ensalzado en Jehová; mi boca se ensanchó sobre mis enemigos, por cuanto me alegré en tu salud.* (I Sam. II, 1.)

Y María: *magnificat anima mea Dominem.* No nos sorprenda que cambie la palabra « corazón » por la palabra « alma », pues ella es el Alma. Con esa palabra imprime su sello en la antigua fórmula, así como también cambia « mi cuerpo es ensalzado » (o sea mi fuerza y mi dirección, ya que el cuerpo es el emblema del conductor del rebaño) por « mi espíritu se regocijó ». Pero como ya hemos observado, nada hay en la Virgen de personal o de peculiar: todo cuanto a ella se refiere es esencia y entraña un valor universal. Por eso no sólo las palabras que escoge, sino también el cambio que introduce en ellas está cargado de significación.

En verdad, las tres primeras frases después de la partida del ángel formulan por sí solas los fundamentos del conoci-

miento interior del Hombre.

Pues la primera de esas frases nos habla del Cuerpo, la segunda del Alma y la tercera del espíritu. Y las ciencias tradicionales nos enseñan que de esos tres elementos está hecho el hombre interior. El Hombre interior, en el cual habita la verdad, según san Agustín: *in interiore homo habitat veritas.*

La primera de esas frases es su respuesta al ángel, que le ha revelado cómo su carne concebirá el Verbo y será desposada por el Espíritu Santo.

La segunda y la tercera son los dos primeros versículos del Magnificat: el *alma* engrandece al Señor y el *espíritu* se regocija en Dios, su Salvador.

Volvamos a la primera, que contiene un postulado capital del Evangelio y toda enseñanza religiosa: el cuerpo, « ese nido de errores, ese nudo de pecados », ese saco de inmundicias, ese fardo de orgullo, ese depósito de ofuscamiento, y concupiscencia debe convertirse en un instrumento de conocimiento, en una lámpara de verdad, en un canal de salvación, en un templo; debe ser asumido por el espíritu, transmutado en su sustancia, transportado en la gloria celeste para que la redención de la criatura sea perfecta. Quien negara este punto no podría llamarse cristiano, porque si el cuerpo careciera de todo valor, la encarnación del Verbo no tendría razón de ser y el dogma de la Resurrección de la Carne carecería de sentido.

Pero no se trata tanto de rechazar o aceptar cuanto de entender debidamente la proposición. Y el primer paso consiste en entender que no es fácil de entender.

Considerad el modo en que habláis del corazón: cuando decís que alguien tiene una *enfermedad del corazón* y cuando decís que queréis a un amigo *con todo el corazón*, es eviden-

te que por una parte concebís el corazón como un órgano de carne y, por la otra, como la fuente de un noble sentimiento. En otros términos, distinguís entre un corazón carnal y un corazón interior. Pero lo que admitís con respecto al corazón es válido para el cuerpo todo. El cuerpo natural supone un cuerpo invisible y este último supera al primero en la misma medida en que la hoguera del coraje y el amor es superior a la bomba de sangre que también se llama corazón.

Por consiguiente, el primer error que debemos evitar es pensar que el cuerpo no es sino una masa dada de materia corruptible. Por lo demás, todos sabemos que al cabo de siete años ni una partícula de la materia que compone un cuerpo subsiste en ese cuerpo que, mientras tanto, permanece invariable. Lo que hace que el cuerpo siga siendo el mismo en su forma. Dicha forma no le es impuesta por los cuerpos vecinos ni por los accidentes externos, sino que trabaja la carne desde dentro, la hace y la rehace día y noche. Es como un filtro a través del cual pasa la materia. La forma del cuerpo pasa, asimismo, desde el nacimiento hasta la muerte, pero más que de un pasaje tratase de un desarrollo incesante. La verdadera forma del cuerpo es este desarrollo, o más bien la causa y ley de ese desarrollo.

El cuerpo es, por lo tanto, *un principio formal activo* que toma del exterior un material determinado para desecharlo, ya quemado, una vez que ha extraído de él sus fuerzas. Este principio formal no resulta de la materia misma ni reside en ella; está en la vida, o sea en el alma. Y cuando el alma se retira del cuerpo para pasar, por medio de la muerte, a otro plano, se lleva consigo ese principio formal que le crea un nuevo cuerpo de materia o de luz, según el mundo en que le permite ingre-

sar la calidad de sus méritos. Esto es lo que enseñan todas las grandes religiones con imágenes diferentes, aunque muy poco diferentes en lo esencial, ya hablen de la reencarnación terrena de las almas no purificadas, ya les asignen otros lugares de expiación, por lo demás imprecisos. Por eso la religión se ocupa del cuerpo del hombre con solicitud maternal y severa, y lo vigila casi tanto como a su alma y su espíritu, sin ignorarlo ni olvidarlo ni desdeñarlo nunca. Lo cual no significa que no le imponga privaciones —medicina fortalecedora—, ni le ordene castigos —excelente prueba de amor—, ni lo exponga cuando suene la hora del sacrificio total de la envoltura exterior y sufriendo —supremo honor y sostén de sus primeros pasos en la gloria de la resurrección.

Ahora bien: ¿qué nos enseña acerca del cuerpo este coloquio entre el ángel y la Virgen? La voz del ángel nos dice: que el cuerpo puede convertirse en la morada y en el esposo del espíritu y el verbo del Padre.

La voz de la Virgen formula la primera condición para que ello ocurra: *He aquí la esclava del Señor*. Es preciso que el cuerpo se someta, que sirva a Dios. Todos creemos que nuestro cuerpo nos obedece y que lo llevamos a nuestro antojo y que es para nosotros un instrumento de trabajo en este mundo. En realidad, es él quien nos maneja de acuerdo a sus fines y quien nos impone deseos y rumbos, pues tiene sus razones que la razón y el corazón no conocen, tiene su voluntad propia, que doblega la nuestra al menor descuido, tiene su inteligencia particular, astuta y obstinada. No bien se encuentra en situación de peligro, o de necesidad, o de dolor, ya están nuestra alma de destino divino perturbada por la agitación y nuestra inteligencia, capaz de grandes descubrimientos, consagrada a en-

contrar un expediente para ponerlo a salvo. Porque todos los trabajos de los hombres, el trabajo sobrehumano de las máquinas, toda la colosal maquinaria social, con sus tribunales, sus ejércitos, todo eso no se pone en marcha sino para asegurar el alimento, el reposo, la protección, el placer de nuestro amo y señor: el Cuerpo.

Reducir ese amo al estado de servidumbre no es, por lo tanto, empresa desdeñable. Los ascetas se consagran a ella con la paciencia y la audacia que requiere. Los ambiciosos de toda clase también lo intentan, sabiendo que de tal modo adquirirán un poder incommovible en este mundo.

Lo primero, pues, ha de ser obtener imperio sobre el cuerpo y someterlo a la voluntad; lo segundo, forzarlo al servicio de Dios, obligarlo o inducirlo a actuar con verdad y caridad. Pero el Cuerpo come, duerme y puede reproducirse mediante la cópula. El ciclo de sus acciones naturales muy poca relación tiene con la verdad o la caridad, cosas del espíritu y el alma. El Cuerpo sólo puede romper su círculo poniéndose al servicio del alma y del espíritu.

Pero el Cuerpo presta ese servicio que rompe su círculo o lo priva de su centro para defenderse, por así decirlo. Ese primer paso es de lucha y de táctica. La razón y la bondad empujan hacia un lado, el Cuerpo y sus deseos hacia el otro: entre los dos el hombre vacila y se angustia. Y eso dura mientras la ley permanece exterior, escrita y aprendida o bien encarnada en la autoridad de otro. Después el hábito de obedecer y conformarse se transforma en necesidad. Del hábito se dice que es una segunda naturaleza; del hábito de las virtudes puede decirse que es un segundo cuerpo, un Cuerpo de Justicia. Bienaventurado el que tiene sed de justicia, bienaventurado el que llega

a convertir la justicia en la exigencia de una necesidad carnal, pues con ello prueba que desde ese momento posee un cuerpo espiritual y que será un habitante del Reino. Suele ocurrir que el cuerpo invisible así formado se trasluzca a través del cuerpo natural y que emita su luz como la aureola de los santos; que sostenga o aligere el cuerpo y lo haga caminar sobre las aguas o remontar vuelo; que descargue por medio de él sus fuerzas para curar a los enfermos que lo tocan. Y si he hablado del Cuerpo como de uno de los tres elementos del hombre interior, me he referido a ese segundo Cuerpo: el único capaz de sostener la verdad, la envoltura material desechada por la liberación. Lo cual justifica la frase de san Pablo: de nada sirve la carne. Y también ésta: *la considero como el fango* (quasi *stercora* arbitrario). únicamente el segundo Cuerpo está destinado a las bodas espirituales. Pero no ha de entenderse esta frase como una imagen poética, sino como una realidad experimental y sensible. Los grandes místicos tocan esa realidad cuando los arrebatan al éxtasis, pero quien la posee plenamente es la Virgen, que no es *arrebata* sino, por el contrario, *dada y restituida*. Y la Virgen merece el título de Reina de todos los santos porque realiza la santidad más profundamente que todos los demás, o sea en el plano *más bajo*.

Os explicaré: el cuerpo carnal y el cuerpo espiritual tienen el mismo nombre porque derivan del mismo principio y los unen abundantes e íntimas relaciones, por lo demás difíciles de elucidar. Cuando se forma el cuerpo espiritual, no es imposible que estalle a través del otro; y al cabo lo asume por completo y se confunde con él. Es lo que ocurre en grado supremo en el cuerpo del Señor, que es santo y fuente de salvación en su realidad temporal y hasta en su imagen. Y es lo que ocurre

con la Virgen, que recibe *en su vientre* el espíritu y concibe el Verbo de Dios *en su vientre*, mientras que los demás santos lo conciben en su espíritu y lo reciben en su alma. Que no sólo el alma y la inteligencia sino también el cuerpo sea invitado al banquete divino: ése es el hecho sobrenatural. Y cuando no se trata únicamente del cuerpo sutil, del cuerpo de justicia, sino además —milagro único— de la carne mortal y dolorosa, entonces se inicia el misterio de la Encarnación y nos hallamos en el recodo capital de la historia espiritual del mundo.

Lo que es preciso comprender claramente es que estas bodas del espíritu con la carne no son una caída ni una subversión, pero sí la realización suprema. Pues la carne, aunque débil, aporta una dote inestimable. Cuando he dicho que el cuerpo y sus funciones tienen escasa relación con la verdad y la caridad, no he expresado del todo mi pensamiento. Porque las funciones del cuerpo establecen relaciones de intercambio con todos los elementos del mundo y prueban su real identidad con ellos. Y esta realidad se traduce en términos de vida y de gozo. Si el cuerpo es incapaz de verdad no lo es en su ser, sino en sus limitaciones, en sus excesos y rechazos. Por el contrario, gracias al cuerpo la inteligencia logra asir la verdad: toda idea que carece de cualquier verificación en la experiencia y no trasciende a las cosas por intermedio del cuerpo debe clasificarse, por grande que parezca o pretenda ser, entre las frivolidades. Las cosas de la fe deben ser puras de todo lo ficticio y abstracto; deben tener una verdad concreta, completa, presente, breve: una verdad verdadera.¹

Del Alma y del Espíritu hemos hablado hasta aquí como

¹«Pues la verdad divina abomina de la ficción». SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Del verbo encarnado*.

todo el mundo, o sea suponiendo que nosotros y los que nos escuchan sabemos exactamente qué son: algo tan evidente que sería superfluo demorarse en explicarlo. Y como nadie alza su voz cedemos a la tentación de demorarnos un instante: tan inasibles se vuelven las cosas que parecían muy próximas cuando las enfrentamos.

Alma proviene de una palabra que significa hálito y movimiento. Es la sustancia viviente del ser, su vida en sí. Definirla de esta suerte es implicar su inmortalidad, puesto que un hombre puede morir en el sentido de que lo abandona la vida, pero la vida no puede abandonar la vida. La perennidad es, por otra parte, cualidad común a toda sustancia e inclusive a la materia: lo que *es*, aunque se trate tan sólo de un guijarro, no puede dejar de ser. Podemos reducir a polvo el guijarro y esparcirlo a los cuatro vientos; por eso no deja de ser lo que *es*, y ninguna de sus partículas puede ser excluida del ser. Pero la vida es una fuerza unificadora y su sustancia es una. Esta unidad la relaciona con Dios, que es el Uno. En la medida en que el alma se recoge y guarda así su unidad innata, ingresa en Dios y se eleva. Ingresar en Dios en la medida en que ingresa en sí misma. Pero se pierde en la medida en que se dispersa apegándose a las cosas. No puede conocer a Dios sino asemejándose a Dios y conociendo en él su propia unidad. Como la gota de rocío refleja todo el cielo, así el alma contiene a Dios cuando es pura, condensada y reflejada sobre sí misma.

Y la Virgen, que es el alma, ¿qué dice del Alma? Dice: *Mi alma engrandece al Señor*. Pero el Señor es infinitamente grande. ¿Cómo podrá engrandecerlo, magnificarlo mi alma, que es una gota de agua? Allí está el gran misterio de la grandeza de Dios, que no es, como el espacio, una inmensidad vacía,

muerta y fija, sino una inmensidad viviente, o sea que se rebasa incesantemente a sí misma. Ese perpetuo desborde es la creación. Así el infinito se desborda en lo finito, la grandeza en la pequeñez. Ahora bien: la superabundancia de Dios vertida en la criatura, su inmensidad condensada en un punto particular es el alma; y la razón de ser y el destino del alma consisten en acrecentar en sí la infinitud divina oculta en su sustancia como una minúscula simiente. Por eso el alma puede y debe decir: yo ínfima, magnífico al Infinitamente Grande.

Y mi espíritu se regocijó en Dios, mi Salvador: aquí tenemos, presentado en la actitud que le cuadra, el tercer elemento del Hombre interior, el Espíritu. Si el Cuerpo es la relación del alma con las cosas y las gentes, del hombre con sus inferiores y semejantes, el Espíritu es la relación y la junción del alma con Dios.

En Occidente suele asimilarse el Espíritu con la Inteligencia y ambos términos se emplean indiferentemente. Contraintentido que acarrea las más enojosas consecuencias, hace incomprendibles los puntos capitales de la Escritura y cierra los caminos del conocimiento y la religión.

Pero la confusión oculta una profunda verdad y el error es un contrasentido, pero no algo que carece de sentido. Basta con volver del revés ese error para dar con la verdad escondida. Basta con volver la inteligencia para dar con el espíritu: el espíritu es la inteligencia subvertida.

Cuando se dice que la inteligencia es la más noble de las facultades humanas, que es divina por esencia, se dice verdad. Ese carácter divino de la inteligencia está indicado por la noción del Infinito y de la Perfección que, en efecto, sólo en ella es innato. No puede venirle de fuera, mediante la aprehensión

de cosa alguna, puesto que todas las cosas son finitas e imperfectas. Esa noción es en la inteligencia la marca de su propia esencia y de acuerdo a ella regula su conocimiento de todas las cosas finitas y particulares en las ciencias. Los números alcanzan su lugar en escalas que llegan al infinito y por medio de ellos todo se mide; los puntos encuentran su lugar en líneas que llegan al infinito y las formas geométricas —gracias a las cuales todo lo que es sensible alcanza una consistencia aprehensible— se construyen por intersección de planos infinitos. Los fenómenos y acontecimientos se comprenden mediante un encadenamiento de causas que es infinito. Si me objetáis que es imposible concebir el infinito y que no bien lo intentamos nos arrebatara el vértigo, respondo que es imposible no concebirlo y que basta con imponer un límite —por amplio que sea— al espacio o al tiempo o a los valores para que la inteligencia lo traspase con una carcajada victoriosa.

Pero es necesario que la inteligencia se subvierta, se renuncie, se *convierta* para que podamos hablar de espíritu, tal como lo entiende la Escritura. Y el primer vuelco consiste en dirigirse directamente a la Infinitud en cuyo seno está contenida toda cosa conocida, sin que esa infinitud llegue a ser nunca objeto de conocimiento. Y tal infinitud, que da vértigo porque no podemos siquiera concebirla en nosotros, así como nada podemos concebir sin ella, ha de transformarse en la suprema certidumbre y llamarse valerosamente con su verdadero nombre, que es Dios. Esta primera subversión de la inteligencia se llama Fe. La segunda subversión es la siguiente: en lugar de partir desde el creyente para llegar, a través de las cosas, hasta el infinito, el Espíritu desciende desde los confines del horizonte y desde el ápice del cielo para incidir sobre el creyente.

Esto es lo que se llama Inspiración. El encuentro del impulso ascendente de la fe con el sopro descendente de la inspiración afirma la comunicación entre el Hombre y Dios y completa la concepción misma de Dios, porque es en el alma donde el infinito alcanza la unidad y la vida, y de tal modo se condensan los tres atributos principales de Dios. Y el alma se expande por ese contacto, reluce y rebota en espíritu y puede decir *Mi espíritu se regocija*, puesto que salta hacia el principio de su ser, de su amor, de su eternidad, *en su Salvador, Dios*.

Y la analogía de lo que ocurre en el espíritu de la Virgen y en su vientre está formulada en una frase de Beda el Venerable: pues el espíritu de la Virgen se regocija en la eterna divinidad de ese mismo Jesús, o sea del Salvador, cuya carne forma ella en una concepción temporal: *Quia ejusdem Jesús, idest salvatoris, spiritus virginis aeterna divinitate laetatur, cujus caro temporali conceptione foetatur*. Y san Ambrosio concluye: «Que en cada ser exista el alma de María y que esa alma engrandezca al Señor; que en cada ser exista el espíritu de María y que ese espíritu se regocije en Dios: pues si tan sólo hay una madre de Cristo según la carne, según la fe Cristo es el fruto de todos, puesto que toda alma recibe el Verbo de Dios».

De la exaltación de la grandeza de Dios en el alma, del regocijo del espíritu en Dios, ¿qué puede resultar para el hombre si no la conciencia de su bajeza, de su nulidad? Así veis cómo nace la primera de todas las virtudes religiosas, la fundamental: la Humildad. Y en efecto, la Virgen continúa: *Porque miró la bajeza de su esclava*. Los siete últimos versículos del Magnificat celebran la bienaventuranza de esa disposición, que atrae el poder de Dios. Un gran servidor de Dios, un bus-

cadador de la verdad², excluyó la Humildad de los votos que él mismo se impuso e impuso a los suyos porque, según observaba, «no es posible querer ser humilde». Sólo es posible obligarse a hablar con modestia, y eso es habilidad. Así caemos en la hipocresía. En realidad, no podemos hacernos humildes esforzándonos por serlo, pero por otra parte no podemos dejar de serlo si tenemos la atención constantemente fija en la grandeza de Dios. Pues la inmensidad es una medida a que nada se resiste. Adquirir conciencia de la grandeza divina es al mismo tiempo adquirir conciencia de la nulidad de todo y de nosotros mismos. Considerarnos importantes, demostrar seguridad, envanecernos es sencillamente olvidar a Dios. Afirmar a Dios es reducirnos a nada. Por eso no puede existir religión —o sea afirmación de Dios y vínculo entre Dios y el hombre— sin humildad. El método que suele recomendarse a quien desea adquirir humildad es que haga cuenta de sus faltas, de sus yerros pasados, y que recuerde sus vergüenzas; buena práctica, aunque no siempre conduce a la humildad. Pues los orgullosos se aferran constantemente a esa clase de pensamientos, lo cual no hace más que irritar su orgullo. Asimismo, si queréis curar a alguien de su orgullo, aunque se trate de un niño, no emplearéis un buen método humillándolo. Prepararéis en él desquites terribles y explosivas cargas de odio. Lo único que cura al hombre de todo envanecimiento es enfrentarse con las cosas celestes.

El orgulloso es el que elige la medida más pequeña. No es difícil sentirnos grandes: es suficiente compararnos con lo más pequeño que encontremos. El orgulloso se compara sin cesar con los demás y busca sin cesar a quienes son más pequeños

²Gandhi.

o más falsos que él para comparárselos. Y cuando él es el más pequeño, sólo tiene que considerar la parte inferior de quienes lo superan, o bien atribuirles infamias imaginarias para rebajarlos. Es el móvil principal de la maledicencia, el alimento de la vanidad. Pero manteneos en constante comparación con el abismo y no necesitaréis haceros violencia para comprender que nada valéis, que nada podéis. Y no necesitaréis siquiera recordar vuestras maldades, puesto que vuestras dotes, vuestros talentos, vuestros méritos son del todo míseros. En realidad la humildad es el rasgo de las almas nobles y graves, de todas las almas consagradas a la perfección suprema. Pero la insolencia armoniza perfectamente con la bajeza. La lección que nos dan las palabras de la Virgen es casi exclusivamente una lección de humildad. La enseñanza de Juan Bautista es también una lección de humildad, y también la de Jesús. Así encontramos, en tres planos superpuestos, la misma lección. La de Jesús es el rechazo de las riquezas, del poder; es la aceptación del suplicio infamante con su compensación de triunfo y de gloria: es una humillación trágica, desgarradora, tremenda. La humildad de san Juan arde y aúlla y lo lleva a testimoniar la grandeza del Otro. La humildad de la Virgen es la más completa, pues la Virgen sólo aparece para borrarse, sólo habla para recaer en el silencio.

María permanece junto a Elisabeth hasta que ésta da a luz —no se nos dice si asiste al parto, a tal punto se respeta su voluntad de ocultarse— y después regresa a su casa.

Y éste es el punto en que volvemos a Mateo, al pasaje en que lo habíamos dejado (ved qué meandros es necesario seguir para no perder el hilo de la historia), al momento en que (cap. I, 9) José la descubre encinta y, justo cómo es, se dispone

a abandonarla en secreto sin querer denunciarla. Entonces el ángel lo visita en sueños y le advierte que *lo que en ella ha nacido, del Espíritu Santo es*. Por lo tanto no ha de temer en recibirla por mujer. Y José obedece, a fin de que se cumpla la profecía de Isaías (VII, 14).

Es ésta la tercera aparición del ángel. Pero no dejaréis de ver cómo difieren las apariciones según la dignidad de los tres santos y la importancia de su papel en el drama divino. Para la Virgen, la llegada del ángel *es un hecho*; para Zacharías, es una visión; para José, es un sueño. Es evidente que hay tres grados y que el más alto es el primero, el único milagroso. Que un ángel se aparezca en sueños a un hombre es cosa natural y, muy poco extraña, sea cual fuere la opinión de los psicólogos profesionales. Los sueños premonitorios y reveladores abundan y se manifiestan a personas que nada tienen de santos. Las visiones figuran entre las gracias espirituales menos raras y preciosas. Pero la visita del ángel a María, tal como la describe Lucas en cuatro palabras, es un hecho sobrenatural. Insisto aquí en algo que no he dejado de precisar desde el comienzo: el valor religioso de una verdad se mide por su arraigo en la tierra y por su compenetración en la trama de lo cotidiano.

Mas a Elisabeth se le cumplió el tiempo de parir, y parió un hijo,

Y oyeron sus vecinos y parientes que el Señor había señalado con ella su misericordia, y se congratulaban con ella.

Y aconteció que al octavo día vinieron a circuncidar al niño, y le llamaban del nombre de su padre Zacharías.

Y respondiendo su madre, dijo: De ningún modo, sino Juan será llamado.

Y le dijeron: Nadie hay en tu linaje, que se llame con este nombre.

Y le preguntaban por señas al padre del niño, cómo quería que se

le llamase.

Y pidiendo una tableta escribió, diciendo: Juan es su nombre. Y se maravillaron todos.

Y luego fue abierta su boca y su lengua, y hablaba bendiciendo a Dios.

Y vino temor sobre todos los vecinos de ellos, y se extendieron todas estas cosas por todas las montañas de la Judea;

Y todos los que las oían, las conservaban en su corazón, diciendo: ¿Quién pensáis que será este niño? Porque la mano del Señor era con él.

Y Zacharías, su padre, fue lleno del Espíritu Santo, y profetizó, diciendo:

Bendito el Señor de Israel, porque visitó e hizo la redención de su pueblo:

Y nos alzó el cuerno de salud en la casa de David, su siervo.

Como habló por boca de sus santos profetas, que ha habido de todo tiempo:

Salud de nuestros enemigos, y de mano de todos los que nos aborrecen,

Para hacer misericordia con nuestros padres, y acordarse de su santo testamento.

El juramento, que juró a nuestro padre Abraham, que él daría a nosotros,

Para que librados de las manos de nuestros enemigos, le sirvamos,

En santidad y en justicia delante de él mismo, todos los días de nuestra vida.

Y tú, niño, profeta del Altísimo serás llamado; porque irás ante la faz del Señor, para aparejar sus caminos.

Para dar conocimiento de salud a su pueblo, para la remisión de

sus pecados.

Por las entrañas de misericordia de nuestro Dios, con que nos visitó de lo alto el oriente;

Para alumbrar a los que están de asiento en tinieblas y en sombra de muerte, para enderezar nuestros pies a camino de paz.

El nacimiento del Precursor es semejante al de todo hombre, salvo por la avanzada edad de sus padres. Pero allí están los parientes y los amigos y sus felicitaciones y las ceremonias habituales para que el acontecimiento pase por cosa corriente.

Y después la circuncisión y la consagración de ese primogénito del Señor, como es tradición en Israel desde los tiempos de la huída de Egipto. Pero esta consagración, sólo ritual y conmemorativa en las familias, recae aquí sobre uno de aquellos que le dan su significación cabal y para el cual parece haber sido instituida y preparada a través de los siglos.

Por eso la imposición del nombre adquiere asimismo todo su sentido. El nuevo circunciso no llevará pues el nombre impuesto por el hábito y la convención. No porque el nombre de Zacharías carezca de sentido (todo nombre tiene un sentido), sino porque olvidamos ese sentido cuando obedecemos al hábito y a la convención. El niño tendrá *su nombre*, el que Dios mismo le ha dado de antemano y el que anunció el ángel de la visión: *Juan*, que significa *Dios es gracioso* o *Gracia de Dios*, así como Emmanuel significa *Dios es con nosotros* y Jesús quiere decir *El Salvador*. Del significado de los nombres propios ya hemos hablado bastante a propósito del capítulo I de Mateo. Que ese pasaje nos haga reflexionar acerca del nombre que llevamos y sobre el que damos a nuestros hijos. Pues el nombre es el índice de un destino y pone al que lo lleva dentro de una red particular de protecciones.

En el momento en que Zacharías da al niño su nombre obedeciendo al ángel, su lengua se libera, y ve y dice el destino resumido en el nombre.

Y su profecía es la continuación del Magnificat. Y empieza por desarrollar su último párrafo. Zacharías bendice al Señor, que se ha acordado de Israel y logra su salvación cumpliendo su promesa a los Patriarcas y la profecía de los Profetas. Y el padre habla, no de su hijo, pero si y en primer lugar del *cuerno de salud alzado en la casa de David*. Esta preferencia acordada a otro más grande, ya afirmada aquí por Zacharías como lo ha sido antes por Elisabeth (aunque en ella, durante su diálogo con María, sólo como una confesión que el alma se hace a sí misma, y en su esposo, por el contrario, frente a todos los parientes reunidos) volverá a concederla treinta años después el propio Juan Bautista, que la grita al desierto y al mundo entero.

Zacharías habla en segundo término del hijo que ha alzado en sus brazos y le aplica las palabras de Isaías y de Malaquías: caminará ante el rostro del Señor para prepararle sus caminos. Y en dos palabras condensa toda la misión de su hijo:

Para dar conocimiento de salud a su pueblo, para la remisión de sus pecados.

¿Qué ciencia es ésa de la salvación?

Esto nos lleva al capítulo III de Mateo, completado por el capítulo III de Lucas, donde se enuncia la enseñanza de Juan Bautista: *Todo valle se henchirá, y todo monte y collado será allanado, y lo torcido será enderezado, y los caminos fragosos allanados*. Lo cual proviene de Isaías y se reitera en el Evangelio, que sentencia: *los primeros serán los últimos*. Lo que Juan grita en la turba a los fariseos, *raza de víboras y no queráis decir de vosotros mismos:*

a abraham tenemos por padre se reitera mil veces en el Evangelio.

Y asimismo: *Todo árbol que no hace buen fruto, cortado será, y echado en el fuego*.

Y asimismo lo que dice al pueblo: *El que tiene dos vestidos, dé al que no tiene*.

Y asimismo lo que responde a los publicanos, cuyo oficio es arrancar por la fuerza el dinero a las gentes, y a los soldados, cuyo oficio es matar al prójimo: por vil que parezca a las gentes el oficio de los primeros, aunque honesto, por honroso que parezca el de los segundos, aunque nefasto, deberán llenar su misión con desapego y probidad mientras no puedan desprenderse de ella para ir hacia Dios en el desierto.

Todo lo que Juan enseña, pues, vuelve a enseñarlo Jesús y todo lo que se dice de Juan es un evangelio previo al Evangelio.

Pero todo lo que está en el Evangelio no ha sido predicado por Juan, sobre todo el punto sustancial y capital, que es la Eucaristía o *sacrificio total de caridad* o mejor aún *conformidad perfecta del hombre con Dios en la unión*.

Juan Bautista, el Asceta, practica el ejercicio de la purificación que es la preparación del otro, pero lo que es absolutamente puro está como vacío de sí. Por eso he comparado a Juan con la sombra y a Jesús con el cuerpo.

Pero como el Evangelio es el itinerario y la visita a las moradas del Espíritu, es natural que encontráramos en él como umbral y vestíbulo la historia de Juan el Purificador.

Pues si todo lo que va hacia el Padre pasa por el Salvador, todo lo que va hacia el Salvador pasa por la purificación.

IV

PRINCIPIO DEL EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN

25 de octubre de 1946.
Calle Saint-Paul.

PRINCIPIO del Evangelio según quien ha comenzado antes del comienzo de los tiempos en la eternidad. No es hábito del Evangelio dar directamente revelaciones metafísicas. El Evangelio se expresa por historias sencillas. El Evangelio es toda revelación, o sea velo que cubre la verdad. Pero esta página del Evangelio, la primera de san Juan, puede llamarse la revelación de las revelaciones, es decir, uno de los raros instantes en que el velo cae. El primer velo, al menos, puesto que las palabras mismas son velos, las palabras humanas pronunciadas...

Ahora bien, esta página, preciosa entre todas, se repite todos los domingos después de la misa, en el momento en que las gentes se retiran ruidosamente, de modo que no la oyen porque no tienen oídos para oír y porque tienen el espíritu vuelto hacia otro lado.

En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Éste era en el principio con Dios.

La Palabra de Dios: declaración hartamente extraña por cierto. «Virtud, sólo eres una palabra» decía el sabio al morir, lo cual significa: no existes. Los hombres tenemos la costumbre de oponer la palabra a la realidad: «No son más que palabras», *words, words, words*, dice Shakespeare. Desde la antigüedad se nos han dado varias definiciones de Dios: Dios es el Ser en Sí, Dios es el Motor Inmóvil, Dios es puro Espíritu. ¿Cómo se nos dice aquí que es *palabra*?

Logos significa en griego *palabra* y significa también *pensamiento*, puesto que la lógica, o sea la ciencia del logos, no es sino la ciencia del pensamiento. No hay *separación* entre pensamiento y expresión, aunque siempre ha de haber *distinción*. El pensamiento no formulado no existe. Os equivocáis si creéis lo contrario. Sí, os creéis capaces de pensar sin formular vuestro pensamiento en lenguaje humano y claro. Pero la palabra pronunciada o escrita no es más que el modo de expresión más completo, más acabado, el que resume y contiene todos los modos posibles de expresión. Si en lugar de decir que no podemos pensar sin *hablar interiormente* dijéramos que no podemos pensar sin que de inmediato se forme en nosotros una expresión cualquiera de nuestro pensamiento, haríamos una afirmación menos objetable. En efecto, la primera expresión, la expresión bruta del pensamiento se presenta mezclada, formada en parte por palabras, en parte por signos, en parte por imágenes. Sólo después, al término de una elaboración más o menos penosa, esta expresión confusa puede filtrarse en un lenguaje comprensible para los demás, exterior y correcto. En esa filtración —que es traducción— parte del sabor de la pri-

mera expresión suele perderse, a menos que sea un gran poeta quien se expresa. El poeta es el que conserva en la expresión elaborada el sabor de vida, la íntima penetración del signo y de la significación que ocurren en el primer movimiento de la concepción. Un pensamiento enteramente desprovisto de signos, enteramente falto de todo modo de expresión no existe ni puede existir. El pensamiento (emplearé la palabra *pensamiento* como la emplea Descartes, en el sentido de toda modificación psíquica consciente) no se hace consciente sino cuando se expresa, así como la luz no se hace visible sino cuando se refracta. En el interior mismo del pensamiento hay como un bisel que la divide sutilmente. El pensamiento es, pues, doble desde el principio y no puede no serlo. Tal dualidad no es forzosamente una ruptura de unidad, puesto que es en el interior mismo de la unidad donde se produce esa división. Por eso podemos decir que la conciencia es una relación con nosotros mismos. Como en toda superficie, por delgada que sea, hay un dorso y un reverso, así la conciencia tiene una faz exterior y una faz interior. Y todo ser tiene un lado manifiesto y otro no manifiesto. Ser *uno mismo* implica esa ida y venida del ser. *Uno* es el principio y *mismo* es la vuelta del principio sobre uno mismo. Por eso todo ser es uno y al propio tiempo que es *él mismo* es *otro* que *él mismo*. Y ese otro sigue siendo *él mismo* no está separado de él. Y puesto que no ocurre tal separación, existe un vínculo entre el uno y el otro. Ese vínculo es el tercero que une a los dos.

« En el principio era el Verbo y el Verbo era con Dios ». El Verbo es con Dios y permanece en Dios. Se distingue del principio, pero no se aparta del principio, o si se aparta —pues hemos de ver que se apartó en una historia eterna— se aparta sin

apartarse. Y allí reside el misterio de la Segunda Persona: del Verbo encarnado y también del Verbo creador. Pues si el Verbo se manifestó en Jesús de Nazareth, no se manifestó únicamente en él, sino en toda manifestación de Dios: es Dios mismo y preside, pues, en toda creación, como nos lo demostraron los escultores de los pórticos de las catedrales al representar al Creador ya con la figura de tres personas, ya únicamente con la de Cristo.

Todas las cosas fueron hechas por él; y nada de lo que fue hecho se hizo sin él. Si en la tradición griega *Logos*, el Verbo, significa *Pensamiento*, en toda la tradición hebraica y egipcia ese mismo término significa *acción*. En este sentido se lo emplea en un libro sagrado de los egipcios que se llama *El libro de la verdad de palabra*. « La palabra justa que *hace existir* lo que nombra », la *palabra* tiene aquí el sentido de *acción mágica*. El mago poderoso *hace existir* lo que nombra, hace surgir, mediante el poder de la palabra justa y la entonación justa, lo que evoca. Es precisamente lo que hace Dios: obra mediante el poder de la palabra. El pensamiento, la palabra y la acción, o sea la acción completa, la acción divina, la acción total, la creación a partir de la nada, son una sola y misma cosa y basta con decir *hágase la luz* para que la luz *sea*. Al nombrar los animales, las plantas, las aguas, los elementos, los astros, el hombre los hace existir.

Ahora llegamos —en el texto griego y en la Vulgata, tal como la leían y comentaron los Padres— a una de las revelaciones que contiene esta página capital de Juan. Tal revelación ha sido borrada y perdida y escamoteada, no por omisión ni por corrupción del texto, ni por error de traducción —puesto que aquí la encontramos transcrita palabra por palabra— sino por el desplazamiento de un punto. Así se lee hoy el texto en

los misales actuales: *Et sine ipso factum est nihil quod factum est*. Punto. Y se traduce: *y nada de lo que fue hecho se hizo sin él*. Y continúa: *in ipso vita erat, en él estaba la vida*. Pero ya nos lo ha dicho y redicho, nos lo ha dicho al derecho y al revés. ¿No es suficiente? La elocuencia bíblica tiene sus reglas; una de las más notorias consiste en redoblar las comparaciones y en reforzar las afirmaciones mediante la negación de su contrario. Pero ninguna regla obliga al Apóstol a repetir palabras inútiles y sin sentido. *De lo que fue hecho*: cinco palabras inútiles que nada expresan. Sobre todo porque *quod factum est* no puede traducirse por *de lo que fue hecho* y sencillamente significa *lo que fue hecho*. Releed ahora y comprobaréis que *lo que fue hecho* no se relaciona con nada, por lo menos con nada de lo que precede. Es conveniente, por lo tanto, separar lo que precede con un punto y empezar a leer: *Lo que fue hecho...* y seguir adelante, según la tradición, buscando qué verbo se refiere a tal sujeto. Es el verbo ser, la clave de un precioso arcano sobre el ser, la naturaleza y la vida, pues está escrito:

En él estaba la vida

¿Qué es la vida, si no la exaltación del Ser sensible a sí mismo? Todos creemos ser y vivir, pero ésa es una ilusión que la Fe desmiente y que, en todo caso, habrá de disipar la muerte. Puesto que no somos el ser y no tenemos la vida en nosotros. No poseemos el pasado, ni el futuro, ni el presente, que deja de ser en el momento en que es.

«¡Oh Señor!, quién vive, pues, la verdadera vida —se pregunta Rainer María Rilke en un poema conmovedor—. ¿Acaso los árboles exultantes en la paz, acaso los pájaros abiertos al cielo? ¿Acaso tú, Señor? ¿Eres tú quien la vive?» Pero ya hay

respuesta para esa pregunta doliente, vacilante, más suspirada que dicha: Así como el Padre tiene en sí la vida, dice Cristo en las vísperas de su pasión, así ha concedido al Hijo tener la vida en sí. Es, por lo tanto, el privilegio del Hijo, del Verbo, de Cristo; es el signo de su divinidad. Nosotros no somos, pasamos. Lo que es no pasa. La vida pasa, se dice. No: nosotros somos quienes pasamos en la vida. Y nuestro paso en la vida se llama Tiempo. Y porque pasamos en la vida, hemos de perderla, hemos de morir. Pero la vida no morirá, seguirá adelante. La vida no puede morir como la materia. Si existe, no puede dejar de existir. Asimismo, nada de lo que ha vivido se pierde. La vida, al menos, no se pierde. Nosotros, los vivos, somos olas sobre el rostro de la vida y nuestra desaparición nada quita a la vida. La vida es un modo inmutable del Ser. Por lo tanto, lo que tenemos de más genuinamente nuestro, nuestra alma misma, nuestra vida misma, nosotros mismos, no nos pertenece y no reside en nosotros. Nuestro ser pertenece al Ser en sí, nuestra vida pertenece a la Vida, nosotros mismos pertenecemos al Ser en Sí, o sea Dios. En él está el Ser de todos los seres. En él y no en ellos, en Él está la sustancia y la simiente de los seres, y también su Idea, para hablar como Platón, que no entiende por Idea la imagen abstracta sino, por el contrario, el cuerpo real del que las cosas, los animales, las gentes que aparecen y desaparecen en el mundo no son más que una sombra proyectada, vaciada, deformada, multiplicada sobre la pared de la caverna.

En él estaba la vida

La forma pretérita *estaba* indica que todo lo que fue hecho era vida *en el principio*. En otros términos, todo lo que fue he-

cho era vida antes de ser hecho; *in principio* significa *en el principio* y al mismo tiempo *en principio*. La palabra latina *principium*, como la palabra griega *arjé*, entraña la idea de prioridad, de primacía y de predominancia. Ahora bien, ese Principio (hablo humanamente, como decía san Pablo, a causa de la flaqueza de nuestra carne) era en el tiempo en que no existía el tiempo. Por eso subsiste presente en todos los tiempos. Y ese Comienzo o Principio subsistirá luego de la destrucción del mundo y la consumación del tiempo. En este Principio que no ha empezado nunca ni acabará jamás, en este tiempo que no es tiempo, en este Principio que no es un lugar, en este punto que no está en parte alguna, que nada contiene, pero que lo contiene todo, en él conoció la plenitud de su ser todo lo que fue hecho: la exaltación de su ser sensible a sí mismo, su vida. Y todos los seres vivos que se combaten, se oprimen y se devorarán mutuamente en este mundo estuvieron armoniosamente fundidos en la vida eterna del Verbo. Sí, la Vida, esa forma superabundante y desbordante del Ser, reside en el Verbo, que es la sustancia más viviente y la Vida misma del Dios vivo. Nosotros distinguimos en nosotros mismos el Ser, la Vida, la Conciencia como tres grados de una misma cosa. En Dios, los tres grados no se superponen: se igualan, porque uno y otro son igualmente inmensos, se suponen mutuamente y se componen entre sí. El Ser conviene al Padre, la Vida al Hijo, que es el Verbo, la Conciencia al Espíritu Santo. Sin embargo, puesto que las tres Sustancias o personas divinas no aparecen mencionadas en el texto y únicamente se habla de la segunda con el nombre de Verbo, no hemos de insistir sobre este punto.

Y la vida era la luz de los hombres

La vida es lo que hay de más oscuro, íntimo y recogido en el Ser. Es el reducto cuyo secreto es imposible penetrar o forzar. La luz es lo manifiesto, lo que se expande igualmente sobre todo, en todo momento, lo que invade en un instante el espacio entero. Al pasar bruscamente de la Vida a la Luz después de haber situado la vida de toda cosa en el Verbo, el Apóstol une los extremos, junta el fundamento y la cima, la profundidad y la altura, el alfa y el omega.

Así como la palabra es la primera, la más perfecta, la indispensable manifestación del pensamiento, la luz es el primero de los seres en este mundo, el primero creado según el Génesis, el más perfecto, el más completo, el más cercano a Dios. Y en todas las religiones y en todas las sabidurías Dios se presenta y se manifiesta como Luz. Digo bien *que se manifiesta* como luz, puesto que como no manifestado es noche. Pero más allá del horizonte de nuestras miradas y de nuestras concepciones, luz y oscuridad se confunden. Manifestado en el mundo es ante todo Luz.

La visión que las ciencias actuales nos dan de la materia nos permite comprender nuestro texto de un nuevo modo, que en nada se opone a la tradición, puesto que la Luz es a la vez materia y no lo es, es a la vez finita e infinita, se propaga con una rapidez dada que se ha podido calcular y, sin embargo, esa rapidez tiene un máximo, una rapidez que no puede superarse, ya que todo lo que llegara a tal velocidad perdería su naturaleza propia para convertirse en luz, como todo lo que se inflama pierde su naturaleza para convertirse en fuego. La luz es una pura vibración y parece que todos los seres, todas las gamas del ser, el pensamiento y el alma misma son formas de la onda y pertenecen a la jerarquía de las ondas, o sea de la luz.

La luz, en efecto, existe en el principio; después se convierte en fuego, que es una luz inferior, y después el fuego se extingue y se convierte en materia. El mundo entero no es más que «una enfermedad de la luz», según la expresión de un sabio moderno; una degradación de la luz. Y llegará el día en que todo lo que existe volverá a pasar por el fuego y volverá a la luz, como lo enseñan desde el principio los textos sagrados. Pero en ellos no se dice tan sólo que la vida era la Luz; se precisa además que *era la luz de los hambres*, para indicar que esta luz de vida y de abismo no es aquella cuya rapidez miden los sabios con instrumentos de precisión, ni la que ven los animales con ojos semejantes a los nuestros. Trátase de la iluminación interior, cosa que nos recuerda esta severa promesa: nos mira.

PREGUNTA DE UN COMPAÑERO: Has hablado de tres sustancias divinas, pero con excesiva brevedad. De la tercera sólo tengo una idea muy vaga. ¿Cuál es, exactamente?

RESPUESTA: Es el vínculo entre la primera y la segunda. No quería desarrollar aquí este punto porque el texto no habla de ello. Pero si debemos llamarla por su nombre, la Tercera Sustancia es lo que la teología llama el Espíritu Santo. Si Padre e Hijo se comunican, es mediante el Espíritu. Este vínculo entre Padre e Hijo es un lazo vivo, un *lazo de amor*. En Occidente existe el hábito tan enojoso de confundir *espíritu* con *intelecto*. De esa mala costumbre resulta la idea de que el Espíritu Santo representa el conocimiento o la sabiduría divina. Pero ese conocimiento, esa sabiduría son precisamente los atributos del Verbo, o sea de la Segunda Persona. El atributo de la Tercera es el amor, el amor puro, o sea el amor de sí mismo. La Tercera Persona está ligada a la Segunda como el calor a la luz en

el fuego. Y en verdad, sus símbolos litúrgicos son el fuego y el color rojo. En las Escrituras aparece como la Paloma —ave del amor— o las lenguas de fuego del Pentecostés. Los Padres de la Iglesia la llaman *Fruición* o *Gozo*, lo cual equivale exactamente a lo que los hindúes llaman *ananda*, o sea beatitud. Los hindúes expresan la Trinidad de Dios en una sola palabra: *Satchitananda*, que se divide en tres: *sat*, el Ser; *chit*, Conocimiento del Ser, y *ananda*, Beatitud. De suerte que Dios es ante todo Causa Primera, Padre y Creador de todo y, antes de ese todo, Ser no expresado. También es Verbo. Y por fin el Primero se da al Segundo y el Segundo al Primero en la forma del amor pleno, dichoso, cálido vivificante, creador, forma que expresa su esencia común: el Espíritu. Y Dante dice del Espíritu Santo:

... *E il terzo era di foco*

Che quinci e quindi igualmente si spira

(«...Y el tercero era de fuego, que a una y otra parte igualmente...» falta la palabra en español: habría que decir «se sopla», «pasa como un soplo entre el Padre y el Hijo igualmente».) La Tercera Persona mantiene a las otras dos como en equilibrio sobre dos platillos. Y ésta es una balanza viviente. Por eso esta Relación Viviente se representa como una paloma con las dos alas extendidas.

V

DEL VERBO EN LA TRADICIÓN HINDÚ

*1 de noviembre de 1946.
Calle Saint-Paul.*

EN la palabra Verbo hemos rastreado la palabra Logos, las dos corrientes del pensamiento, dos tradiciones que se cruzan: el sentido conceptual que los griegos dan a la palabra Logos y el sentido activo y mágico que los hebreos dan a la misma palabra. Ahora bien, esas dos tradiciones no son las únicas que confluyen en esta página. Hay otras, y acaso todas las tradiciones humanas confluyen en ese mismo punto. Lo demostraré partiendo de la tradición hindú.

El Brihadaranyaka-Upanishad (I, 15, 18) dice: « En verdad, es la Palabra divina el medio por el cual todo lo que Él dice viene a la existencia » (*Él* significa, desde luego, el Creador). Y el Shatapatha Brahma dice: « El Eterno, Avatar a su vez, tal como el hijo de un padre sin bondad, exige un nombre, pues mediante el nombre puede rechazarse el mal ». Y el mal, como sabemos, es la nada (asat), la oscuridad (tamas), el momento « en que los nombres no son proferidos », según el Rig-Veda.

Sabemos qué significa Avatar: la encarnación de Dios. Para lo hindúes no sólo es cosa posible, sino además algo que se produce cada vez que el mundo lo necesita. Así Krishna y Rama son avatares, o sea encarnaciones completas de Dios. La teología hindú enumera diez encarnaciones en su propia tradición y admite de buen grado que acaso se produjeron otras en otros lugares y que se producirán en el futuro. Poco cuesta a los hindúes considerar a Cristo como un Avatar. Pero de tal modo su concepción de Cristo es absolutamente diferente de la cristiana, no sólo porque el papel de Cristo no es para ellos el del « Hijo Único », sino también porque no representa la Segunda Persona de la Trinidad. Y en el texto que acabamos de citar podemos palpar la diferencia entre Cristo y el Avatar, aun cuando se trate del « Eterno Avatar », puesto que, Eterno Avatar él mismo, aguarda de la Palabra divina que formule un nombre para ser, y mientras no lo reciba permanece en estado de existencia larval, como el niño abandonado. San Juan responde a esto diciendo que Dios no puede compararse en modo alguno y en ningún momento con « un padre sin bondad » y que el Eterno Avatar no aguarda nada para ser, ni aguarda nada de la Palabra divina, porque Él es la Palabra, y *en el principio era el Verbo y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios.*

Toda la Creación o Manifestación, según los textos hindúes, es el Reino del nama-rupa. Y *nama* significa nombre, y *rupa* significa forma. *Nama* significa nombre, pero también significa *esencia*; y *rupa* significa forma, pero también significa *sustancia*. El nombre es, pues, la razón eterna de las cosas. Lo cual armoniza con la concepción platónica de las Ideas, que no son, como en nuestros lenguajes, un acto del intelecto humano, sino los prototipos perfectos de las cosas cuya sombra proyecta

la luz celeste sobre el fondo abigarrado y deformante de la materia, donde se quiebran y multiplican como en un muro desigual, mientras los cuerpos de que emanan subsisten en el empíreo, o sea en el cielo.

Y el Rig-Veda (I, 155, 6): «Mediante el nombre de las Cuatro Él ha hecho girar la Rueda Redonda». Él continúa siendo el Creador. Las Cuatro son evidentemente las cuatro estaciones y la Rueda Redonda es la del año. Mediante sus nombres el Creador da existencia y movimiento a esa rueda. El Creador le *dice* y la rueda *es*, así como Dios dice en el Génesis: «Sea la luz» y la luz fue.

«Varuna (Dios) conoce los nombres secretos. Hace florecer muchas locuciones, así como la luz del cielo hace florecer todas las especies» (VII, 41, 5). Esto nos lleva a nuestro texto, en el cual acababa yo de señalaros el paso casi insensible de la palabra a la vida y de la vida a la Luz: «El Verbo era la Vida, y la Vida era la Luz de los hombres».

«La palabra *nacido* hace nacer. Al decir *las vidas* el Creador anima a todos los vivientes.»

Pero así como Platón va desde las ideas hasta la idea del Uno, el Uno que es el Ser (TO ON, TO EN), antes que él los hindúes van desde la manifestación a su causa. «Mediante sus palabras —dicen de las criaturas— hicieron múltiple al que es Uno». Asimismo van desde el mundo de los nombres-formas hasta el *Único Denominador de los Dioses*. «Como los ríos al fluir se dirigen hacia el mar, y allí sus nombres y formas son destruidos, y ya no se habla sino del mar» (Prashna-Upanishad, VI, 5). Y el Mundaka-Upanishad (III, 18, 19) dice lo siguiente: «Cuando ya no está alimentado por el nombre y la forma, el Conocedor alcanza esa Persona Celestial (Purusha) que

está más allá del más allá, y al conocer a Brahma se convierte en Brahma».

Pero con el Creador, Dios manifestado, idéntico a Dios no manifestado, el Conocedor puede unirse gracias al conocimiento del Nombre único que es el resumen del Ser y el principio eterno de toda la Naturaleza. La definición que podríamos dar de tal Nombre se asemeja mucho a la que podríamos dar del Verbo de san Juan. Ahora bien, este nombre tiene para los hindúes una enunciación humana. Los hindúes no pueden pronunciarlo sin veneración y los vedas dicen de esa emisión de voz que al conocerla se lo conoce todo. Y tal nombre es AUM (debe pronunciarse Om), que pasa de la vocal más abierta a la consonante más cerrada y crea un círculo en la voz. AUM se considera el mantra de los mantras, el instrumento del llamado, de la meditación por excelencia. Pero la eficacia del mantra en general está íntimamente ligada al valor creador de la Palabra divina, que se repite o refleja, empuñada y al revés, como todas las cosas divinas, en el alma y La vida humana. Según una definición hindú, todas las palabras son «derivados de acciones», embriones de creación. Hay todo un libro sagrado, el llamado Purva Mimansa, que se ocupa del lenguaje no bajo el aspecto gramatical o lingüístico, sino en especial bajo el aspecto místico, insistiendo en la proposición de que «los sonidos articulados son eternos».

Encontraríamos una concepción y definiciones muy semejantes en la Cábala, que se basa enteramente en el aspecto general de la lengua hebrea y en el sistema numérico ligado a las letras de la Escritura. En las lenguas sagradas, la relación entre el sonido y el sentido no es convencional. A través de ellas se vislumbra un lenguaje primordial universal que pro-

vendría de Dios o —cosa que en el fondo es lo mismo— de sabios que conocían en Dios la naturaleza de las cosas. Pero nosotros no podemos remontarnos a ese primer lenguaje. Por lo demás, quizá nunca existió históricamente; por eso podemos decir que existió siempre y que siempre existirá, ya que esa relación entre el sonido y el sentido se establece naturalmente en todas las lenguas cuya existencia y origen son uno de los misterios más insondables de la naturaleza humana, de la historia y de la religión.

Algunas lenguas dejan entrever más fácilmente esa significación universal del sonido; se las llama lenguas sagradas o lenguas mágicas y sus últimos representantes son el latín y el griego de la liturgia, el pésimo latín y el mediocre griego de la Iglesia.

Pero, ¿por qué y cómo puede ser poderoso y religiosamente válido un nombre? Si Dios hace nacer a los seres nombrándolos, los seres humanos hacemos nacer a Dios invocándolo, ya que si no tuviéramos a nuestra disposición ni *nama* ni *rupa*, ni invocación ni imagen, ¿cómo podríamos aproximarnos a la inmensa e inasible verdad de Dios? El nombre, la palabra puede no ser más que una moneda de cambio o un instrumento de especulación abstracta; en tal caso el pensamiento pasa sobre ella para utilizarla tan sólo como punto de apoyo en el cual se apoya lo menos posible mientras, por lo demás, procura hacer intercambiables las palabras.

Pero hay otra manera de emplear el lenguaje. Consiste en utilizar la palabra como *monumento*, si damos al término el sentido de *lo que fija la memoria y recuerda el acontecimiento*. La palabra, la imagen o la palabra-imagen es el medio más poderoso de condensar el pensamiento; y aunque es medio de in-

tercambio. y, por consiguiente, de tránsito, puede convertirse además en un medio de fijación, de profundización, siempre que tengamos habilidad para emplearla de tal modo. Todas las religiones sin excepción, la emplean así. La invocación asidua del simple nombre de Dios ha sido para una multitud de religiosos de todos los países, todas las sectas y todas las tradiciones, el más eficaz para llegar a la palabra primera, a la palabra del enigma, a la « palabra perdida ». a la « palabra impronunciable », al silencio que está detrás de las palabras y en el cual todos los sentidos reencuentran su unidad. El nombre puede ser el camino hacia el silencio. Es un instrumento de condensación y poco antes si he dicho que la invocación hacía *ser* a Dios en nosotros, al mismo tiempo nos hace *ser* al condensarnos; pues el estado de dispersión es el estado del no-ser: no hay otro no-ser posible, ya que el no-ser absoluto no es en modo alguno. Todo lo que nos ayude a condensarnos, a reunirnos, a impedir que nos dispersemos, que huyamos y nos diluyamos, nos hará *ser*. Así la evocación del nombre del Ser *tiene el poder de hacernos ser* y éste es el uso universal del mantra, del cual habéis adquirido un esbozo de experiencia en vuestros ejercicios, puesto que es precisamente de este modo como habéis aprendido a emplear las palabras de una fórmula dada. La fórmula os es concedida con conocimiento de causa en un momento determinado de vuestra evolución, y se os clava como un palo en vuestras ruedas para deteneros en mitad de la pendiente, o bien se enciende como una mecha el día en que toda la pólvora se ha acumulado en vuestros depósitos. Y la palabra, la palabra del lenguaje profano, la palabra semejante a todas las palabras que empleáis a diario, esa palabra puede suscitar en vosotros una explosión, una revolución,

una revelación.

Lo que acabo de deciros acerca del Verbo en la tradición hindú inspirándome en los trabajos de Coomaraswami, podría confirmároslo con citas, no menos abundantes ni menos fehacientes, de la tradición china; bastaría con reunir las que contiene el admirable libro de Granet. Y Moret tiene, todo un capítulo acerca de este punto en la tradición egipcia.

El Verbo Dios es, pues, un nombre cargado de verdad. Esta denominación de la Segunda Persona de la Trinidad está legitimada ante todas las tradiciones religiosas, pero no es el verdadero nombre del Señor, al menos para el propio san Juan, que dice en el Apocalipsis (XIX, 12): «Y sus ojos eran como llama de fuego, y llevaba en su cabeza muchas coronas, y tenía un nombre escrito, que ninguno ha conocido sino él mismo». Asimismo, el *Libro de Verdad y de Palabra* de los egipcios dice: «He evocado y clamado todos Sus nombres, salvo el verdadero, que sólo ÉI mismo conoce».

VI

«Y LA LUZ RESPLANDECE EN LAS TINIEBLAS»

*8 de noviembre de 1946
Calle Saint-Paul.*

RETOMEMOS pues nuestro texto, la primera página del Evangelio de Juan. Tampoco avanzaremos mucho esta vez. Bástenos reflexionar sobre la siguiente frase: *Y la luz en las tinieblas resplandece, mas las tinieblas no la recibieron. ¿Cómo es posible? Si encendéis una lámpara en un cuarto a oscuras, ¿cómo es posible que la oscuridad pueda no recibir la luz? La oscuridad del cuarto no puede resistirse, no puede tergiversar: no bien aparece la luz, le cede su lugar. ¿Cómo explicar que las tinieblas humanas, las tinieblas interiores, puedan resistirse a la luz de los hombres? Puesto que hay un hecho cotidiano, comprobado en vosotros mismos y a vuestro alrededor: la simple pura aparición de la luz no basta para iluminaros. Es decir, que las tinieblas interiores tienen, por así decirlo, sustancia y resistencia propias, una vida y una fuerza características —la fuerza de las tinieblas—; no son la nada pura y simple, la pura y simple ausencia de la luz. Son esa misma luz y esa misma*

sustancia que por un vuelco incomprensible se alzan contra la sustancia y la luz. Y en verdad observaréis que el mal es siempre una forma del bien, que el mal absoluto no existe ni puede existir en parte alguna. ¿Por qué las tinieblas no reciben la luz? Porque no son puras tinieblas. Las puras tinieblas recibirían la luz y no podrían resistirse. Pero las tinieblas impuras son las que impiden brillar a la luz.

El mal humano tiene tres orígenes y en cada clase hay tres especies. El mal existe en el ámbito de la simple naturaleza. Nuestro mal es nuestra limitación, primera forma del mal. La huída es la segunda forma, y la tercera es el apego a nuestros límites y huidas. Pues aunque esas limitaciones son la flaqueza que nos condena a la muerte y el dolor, equivocadamente las tomamos por nuestro ser. Cuando el hombre dice: soy esto o aquello, observaréis que esto o aquello no es sustancia, sino límite. Advertidlo en vosotros mismos cuando tratéis de definiros. ¿Y qué es lo que defiende el hombre cuando defiende y cuando lucha? Defiende su flaqueza, su límite, y no su sustancia, que no tiene la menor necesidad de defensas. ¿Y la huída? Porque como nuestra naturaleza es fugitiva y transcurre en el tiempo y este paso nos lleva a la muerte, nuestra huída es el principal objeto del deseo y el principal resorte de la voluptuosidad. Puesto que todo lo que consideramos placentero, todo lo que llamamos distracción o diversión o deseo, todo ello es huída y dispersión y agua que mana hacia la nada.

Más arriba, por encima de ese mal natural, existe el mal que se llama con propiedad pecado, el mal voluntario, el mal mediano que no es el más bajo ni el más alto. Y el pecado es sobre todo orgullo, mentira, ignorancia. Orgullo, o sea satisfacción dentro de los límites. Mentira, o sea huída espiritual,

huída ante la verdad. Ignorancia o inconsciencia, o sea lo contrario de inocencia. Los hindúes, que en materia de pecado se conocen muy bien, sólo hablan de un pecado que es la *Ignorancia*. Y sólo porque nuestra moral es la más degenerada que pueda darse podemos hablar de la ignorancia como de una coartada, como de una excusa. La ignorancia, la inconsciencia no son circunstancias atenuantes; son el pecado mismo en toda su inmensidad, en toda su profundidad, en todo su horror. Es, en cierto modo, el pecado del pecado. Sí: vuestro pecado, vuestro crimen os será perdonado si sois inconscientes, o si os ha arrastrado la pasión, o si estáis ebrios. Vuestro crimen os será perdonado porque vuestro crimen es cosa ínfima comparado con esa ignorancia y esa inconsciencia que no os será perdonada. No debéis ser inconscientes, no debéis ser ignorantes. La ignorancia de que os hablo no es el hecho de ignorar la fecha del nacimiento de Artajerjes o cuál es la capital de Camboya. La ignorancia de que os hablo es negarse a conocer esa verdad que no aprendemos por intermedio de los demás y que sólo aprendemos en nosotros mismos. Es negarse a consagrarle una atención constante, a estudiar y estudiarse, a trabajar y trabajarse para penetrar y profundizar esa verdad que todos llevamos en nosotros mismos desde nuestro nacimiento. No es preciso leer libros o escuchar conferencias para preguntarse: ¿Quién soy? ¿Qué he venido a hacer aquí? ¿Hago acaso, lo que estoy destinado a hacer? ¿Pago mi deuda? Todos tenemos en nosotros los elementos y los medios para adquirir este conocimiento, que es la conciencia.

Pero más arriba aún existen tres formas del mal que forman las tinieblas rebeldes, que podríamos llamar *falsa luz*. Son las formas superiores del mal y quizá a ellas aluda Cristo cuan-

do habla de los pecados que no serán perdonados. Son el *falso saber*, la *vanagloria* y la *virtud de convención*.

Del pecado nos hablan abundantemente el Antiguo Testamento y la Ley Antigua y nos previenen contra él. Nos dan remedios, porque todas estas cosas caen bajo la Ley. Pero el Nuevo Testamento fustiga con especial vehemencia esta tercera especie de mal: el mal superior, el pecado en espíritu. Nuestras faltas son cosa nefasta y peligrosa, difunden a nuestro alrededor muchos males, matan a las personas, las enferman, las deprimen, las entristecen, las extravían. Pero nuestras virtudes... ¡Oh, qué estragos pueden causar nuestras virtudes! Como estimulan y animan la Ignorancia, la Inconsciencia de que acabamos de hablar, la fuente más negra del pecado. Qué obstáculos pueden ser nuestras virtudes, y con ellas nuestras curiosidades científicas y nuestra cultura y nuestro amor a la gloria y nuestro deseo de alabanza y todo lo que nos hace brillar ante los ojos de los demás. Cómo nos impiden recogerlos y buscar la luz verdadera. Cuánto tiempo consagramos —a pesar de ser criaturas de tiempo limitado— a resolver problemas que no nos conciernen, a adquirir ciencias que no nos iluminan, a cumplir con deberes que no nos sirven ni a nosotros ni a los demás, que sólo sirven a nuestra vanidad, a nuestro secreto deseo de justificación. Ésta es, sin duda, la razón del terrible veredicto de Cristo contra el pecado del espíritu: no será perdonado. Quienes lo cometen no encontrarán perdón porque el perdón supone el arrepentimiento y éstos se justifican ante sí mismos y se glorifican los unos a los otros. ¿Qué parte pueden tener en la misericordia divina? ¿Y cómo podría llegarles esa misericordia?

Si queréis, pues, que las tinieblas reciban la luz, tratad de

que sean puras vuestras tinieblas. Si queréis ser iluminados, extinguid las luces falsas, puesto que si tenéis ante los ojos las luces de la ciudad no veréis la estrella: y si estáis llenos de saber de satisfacción, de gloria y de contento, ya seguís al Príncipe de este Mundo que, en efecto, se llamaba Lucifer, o sea el Portador de la Luz, y fue precipitado en el fuego satisfecho con la luz que llevaba.

Buscad la pureza interior, la pura oscuridad: olvidad lo que habéis aprendido; no os crispéis en vuestros esfuerzos; manteneos calmos y libres en vuestra acción exterior y en el cumplimiento de vuestros deberes exteriores así como se os enseña a manteneros corporalmente distendidos durante el ejercicio, a fin de que la luz no encuentre un obstáculo en el momento de penetrar en vosotros. Si queréis ser iluminados, oscurceos, retiraos al interior donde todo es negro, remontad todas las pendientes en vez de deslizaros por ellas, remontad la pendiente de los deseos, evitad la distracción, recordad lo esencial, el punto pequeño, pequeño, pequeño, más pequeño que el grano de mijo en la sombra del corazón, entrad por la puerta estrecha, humillaos, porque si no os humilláis no seréis ensalzados y si os eleváis seréis precipitados.

Pero sobre todo que esto os dé ocasión para un examen de conciencia No me escuchéis como se escucha un discurso, no me escuchéis sino para recogeros en vosotros, para escucharos a vosotros mismos. Cread el silencio interior y buscad la oscuridad: nada aprenderéis de vuestras propias luces; nada conseguiréis con vuestras propias fuerzas. Vuestras virtudes de nada os servirán. Recelad de vuestras virtudes y de vuestros conocimientos. Nos recogeremos por un instante. ¿Estáis dispuestos?

VII

EL BAUTISMO

*15 de noviembre de 1946.
Calle Saint-Paul.*

DESPUÉS de la frase que hemos comentado días pasados: «Y la luz en las tinieblas resplandece, mas las tinieblas no la recibieron», se inicia una especie de paréntesis acerca de Juan Bautista. Consta de pocas palabras y más adelante será desarrollado: *Fue un hombre enviado de Dios, que tenía por nombre Juan. Éste vino en testimonio, para dar testimonio de la luz, para que creyesen todos por él. No era él la luz, sino para que diese testimonio de la luz.* Las frases que siguen están ligadas a las que hemos comentado: *Era la luz verdadera, que alumbró a todo hombre, que viene a este mundo. En el mundo estaba, y el mundo por él fue hecho y no le conoció el mundo. A lo suyo vino, y los suyos no lo recibieron.* El período es doble, según el estilo profético hebreo, pero este desdoblamiento no es redundancia. Las dos frases: «En el mundo estaba, y el mundo por él fue hecho, y no le conoció el mundo» y «A lo suyo vino, y los suyos no le conocieron», están bordadas sobre el mismo tema, pero tocan

planos de la realidad diferentes. Ambas se unen con la primera: «Y la luz en las tinieblas resplandece, mas las tinieblas no la recibieron». Tinieblas, mundo, hombres. Recibida, conocida, perdida.

Las tres frases se refieren a los tres mundos y, por así decirlo, los iluminan: el mundo metafísico, el mundo natural, el mundo humano. Y en los tres mundos el mismo rechazo: no recibida, no conocida, no recibida. «El Príncipe de este Mundo» se llama también el «Príncipe de las Tinieblas», y el Príncipe de este Mundo es, sin duda, el más justificado según la ley de los hombres.

Mas a cuantos le recibieron, les dio poder de ser hechos hijos de Dios, a aquellos que creen en su nombre. Con esta declaración empieza el escándalo. Todo hombre de bien, temeroso de Dios y súbdito de la Ley Mosaica, debe abominar de esa mezcla audaz y escupir al oír un montón de palabras a tal punto blasfemas: «Hijo de Dios». Porque Jesús de Nazaret dijo de sí que era «Hijo de Dios», fue crucificado. «Escándalo para los judíos y locura para los griegos». Ahora bien, el Evangelista no dice únicamente que Jesús era hijo de Dios y en Dios desde el Principio, sino que además agrega que «aquellos que creen en su nombre» pueden a su vez convertirse en Hijos de Dios, o sea (como lo desarrolla a continuación) que son nacidos no de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, mas de Dios.

También los hindúes llaman *dos-veces-nacidos* a quienes entran en la conciencia y en el espíritu: nacidos una vez de la sangre y de la voluntad de la carne, y nacidos por segunda vez en espíritu, liberados de las condiciones de este mundo que llaman karma, de la ley de sus propios actos, de la igno-

rancia primera, de las tinieblas nativas, del apego en que todo hombre nace. Este paso se cumple en nosotros mediante el Bautismo. Y en efecto, poco después aparece el Bautismo en el texto del Evangelista. Con el bautismo empieza la vida de Jesús como Maestro. Y puesto que en él empieza para acabar en la Cruz, podemos considerar como dos piezas paralelas el Bautismo y la Muerte.

¿Qué es en efecto, el Bautismo? ¿El Bautismo que dispensa Juan y del cual nos habla esta página sagrada? Es el bautismo del agua: «Yo bautizo en agua; mas en medio de vosotros estuvo uno, a quien vosotros no conocéis»... y ése bautizará en fuego y en espíritu. ¿Cuál es el bautismo del agua? La inmersión: inundarse, lavarse, lavarse de toda la vida pasada, lavarse de todas las faltas cometidas. La ablución es una práctica universal. El musulmán no entra a la mezquita sin lavarse; grandes estanques enmarcan los templos hindúes en que los devotos se sumergen hasta el cuello y hasta por encima de la cabeza antes de entrar al santuario. El baño en el Ganges tiene el mismo sentido que el baño en el Jordán. Lavarse, lavarse, ser destruido por el agua como el Diluvio destruyó la primera creación que se había corrompido. Destruirnos, si por ese *nos* entendemos *nuestro límite, ese nudo de carne y deseos, de faltas, de ignorancias, de pecados, de errores* que cada uno de nosotros llama *yo*. Juan imparte el bautismo del agua a todo el pueblo para disponer los corazones al arrepentimiento. Es un rito, y un rito no es un gesto, sino un acto, el más completo de los actos: no sólo dispone la inteligencia y el corazón, sino también el cuerpo, ese cuerpo que tiene una voluntad propia que no es la nuestra, ese cuerpo mortal que lleva la muerte consigo, ese cuerpo que es la corteza de la resistencia, ese cuerpo que debe

ser forzado, apartado, hendido, a fin de que lo que existe en nosotros de luminoso pueda adquirir la luz y darla. El cuerpo, y mediante el cuerpo el corazón, y mediante el corazón la inteligencia, es lo que debe ser lavado según un hábito que le es familiar. Debe reiterar ese gesto cotidiano dándole un significado nuevo, total y místico.

Juan bautiza, a las gentes en agua, pero él mismo es bautizado en fuego y espíritu. *En espíritu* porque es «profeta y más que profeta»; *en espíritu* porque es «la voz del que clama en el desierto» y porque es «el que da testimonio de la luz». *En fuego* porque viene del desierto y en él vive. Y qué hace en el desierto sino hundirse no en el agua vivificante y dulce, mas en el fuego devorador de la penitencia. También estos símbolos son universales. Los ascetas hindúes se visten con túnicas rojas, se frotan con cenizas y a veces se tiñen el pelo con *henna*, cuando no se lo rasuran. Con todo ello significan que pasan por el fuego, y tapas significa *fuego*. El Bautista es bautizado en fuego y espíritu, pero a los demás los bautiza en agua porque no hace más que aperebirlos a «Aquél». Sólo Aquél puede bautizar en fuego a los hombres. ¿Cuándo lo hará? En ocasión del segundo bautismo, en la Crucifixión y en la Sangre, pues en la Epístola I de Juan, V, se dice: *... tres son los que dan testimonio en la tierra: el espíritu, el agua y la sangre*. La sangre, en efecto, es la íntima mezcla del agua y del fuego. De la una tiene la fluidez, la dulzura y el don de la vida; del otro el calor y el rojo. El bautismo del agua se da a todos, puede concederse hasta a un ser inconsciente como es un recién nacido: al darle el bautismo del agua acumulamos un tesoro invisible del que luego podrá aprovechar, pues es para él una *disposición* para ser bautizado *en fuego y en espíritu*. Así se di-

ce: «Muchos serán llamados». Pero pocos serán los elegidos, pues sólo serán bautizadas en fuego y en espíritu quienes den testimonio con la sangre. Con la sangre visible de los mártires o con la sangre vertida en secreto por todos los que aceptan un sacrificio voluntario y consciente. El segundo bautismo no se imparte en la inconsciencia, en la dulzura de la infancia, ni durante una fiesta familiar: es el desapego de todo mediante una elección decisiva de quien se somete a él, de quien cree. pues únicamente con la fuerza de la fe podemos remontar la pendiente de la vida.

El cuarto Evangelio omite (¿lo habéis observado?) el Bautismo. Nos dice el testimonio de Juan Bautista y sabemos por los demás Evangelistas que es en el instante del Bautismo cuando Juan testimonia: «Que vi el Espíritu que descendía del cielo como paloma, y reposó sobre él». Al día siguiente, en cuanto el Bautista exclama: «He aquí el Cordero de Dios», dos de sus discípulos lo abandonan para seguir a Jesús y corren en busca de otros dos y después de otros dos más. Y así empieza la vida pública de Jesús. Ahora bien, en los demás Evangelistas lo que sucede inmediatamente al Bautismo (y lógicamente, como hemos de verlo) es: «Entonces Jesús fue llevado al desierto por el Espíritu, para ser tentado del diablo».

Esta nueva contradicción de los relatos no ha de ser un motivo de duda, sino la incitación a trascender la anécdota. Sepamos que no habría razón alguna para ofrecernos cuatro relatos, ligeramente o absolutamente diferentes, de los mismos hechos si no mediara el intento de completarlos e interpretar los mutuamente. Si un Evangelio cuenta que después del Bautismo Jesús fue llevado al desierto para ser tentado mientras que otro cuenta que entonces, empieza sus prédicas y sus mi-

lagros, debemos creer que ambos hechos son dos fases de una misma verdad. Debemos remontarnos hasta ese punto en que no hallamos entre los dos relate más diferencia que entre *Y la luz en las tinieblas resplandece, mas las tinieblas no la comprendieron* y *A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron*. Es el mismo advenimiento a este mundo visto desde dos ángulos diferentes.

He aquí el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo: así saluda Juan a Jesús. Este nombre no nos es desconocido. Juan saluda a Jesús con un nombre conocido por todos. El profeta Isaías, en otros tiempos, había hablado del Cordero que borra los pecados del mundo (*qui tollit peccata*), y «tollit» quiere decir a la vez *quita y toma sobre sí*, ya que se dice «tollere» por «arrebatar» se dice «tollere sponsam» por «tomar esposa». Esta es la profecía de Isaías acerca del Cordero de Dios:

Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto: y como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos.

Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido.

Más él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados: el castigo de nuestra paz sobre él; y por su llaga fuimos nosotros curados.

Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino: mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros.

Angustiado él, y afligido, no abrió su boca: como Cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores enmudeció, y no abrió su boca. (Isaías, 53, 3-7.)

Recordad bien lo que acabo de citar y veamos cómo los tres Evangelistas introducen de Bautismo de Jesús. Lucas dice: Y

aconteció que como recibiese el bautismo todo el pueblo, también fue bautizado Jesús, y estando él orando, se abrió el cielo... (y ya conocéis la continuación). Marcos: *Y aconteció, que en aquellos días Jesús vino de Nazaret de Galilea, y fue bautizado por Juan en el Jordán. Y subiendo luego del agua vio los cielos abiertos...* (y ya conocéis la continuación). Mateo: *Entonces vino Jesús de Galilea al Jordán a Juan, para ser bautizado por él. Mas Juan se lo estorbaba, diciendo: Yo debo ser bautizado por tí, ¿y tú vienes a mí? Y respondiendo Jesús, le dijo: Deja ahora; porque así nos conviene cumplir toda justicia. Entonces lo dejó. (Suprimo dos oraciones.) Y he aquí se le abrieron los cielos...* y ya conocéis la continuación).

«Deja ahora», dice el único Evangelista que es explícito acerca de este punto. «Porque así nos conviene cumplir toda justicia». Frase asombrosa. ¿Por qué, explicádmelo, es justo que el limpio se lave y el que no puede ser tachado de pecado pida el bautismo a otro que se reconoce más pequeño que él? Extraña justicia... Es la justicia de Dios, y no es la de los hombres. Sin duda el bien y el mal están unidos como el hilo blanco y el negro en la trama, y no sabemos de dónde viene, ni adonde va, ni a quién pertenece, y el bueno y el malo participan de ella misteriosamente, pero tanto el uno como el otro tienen el poder de salir por caminos que la razón ordinaria o los códigos o las morales no enseñan. ¿No se dijo que el pecado de Adán es haber comido del árbol del conocimiento del Bien y del Mal? La *separación* del bien y del mal ya es, por lo tanto, un mal. Adán cometió pecado por el solo hecho de que el pecado se distinguió de la justicia. ¿No dice san Pablo que quien ignora la Ley no puede pecar? No porque la Ley sea mala, sino porque el mero conocimiento del pecado lo exalta desmesuradamente. Y llega a afirmar que no codiciaría si

la Ley no le dijera: No codiciarás. Sí: mientras haya dos que luchan la lucha continuará infinitamente, y no es el que tiene razón quien tiene razón; tiene razón el que se aparta de la lucha. Y el que obra según la Ley y hace el bien que le enseñan no está salvado: está salvado el que, mediante un nuevo bautismo, sale de la Ley para entrar en una nueva tierra y en cielos nuevos donde la Ley no reina: «Pues la Ley ha sido traída por Moisés, mas la Gracia por Jesucristo».

Mediante el misterio del bautismo salimos del reino de la moral para entrar en el de la vida interior.

¿Cómo entró Jesús en las aguas del Jordán venciendo la resistencia de Juan? ¿Por qué? Llegaba al bautismo desde el otro extremo, no como nosotros, que acudimos a él para limpiarnos de nuestras suciedades innatas. Él llegaba, desde lo alto, para sumergirse en ellas. Al descender a las aguas del Jordán entró en nuestra vida. El bautismo es para Cristo un segundo nacimiento, o con otras palabras una segunda caída. Para nosotros es un camino de salida, Un huída y una liberación del mal. Para él es un camino de entrada en la Caída. Y en verdad, los tres primeros Evangelistas hacen que Jesús entre con el bautismo en la tentación mientras que para el cuarto entra en el mundo de los hombres para enseñar y, al fin, para sufrir en él la condena. Entra, pues, por segunda vez en este mundo, en el mundo de las tinieblas y en el mundo de los hombres. ¿Y qué tomó del agua del Jordán, en el agua limosa que corre entre desiertos para desembocar en el mar Muerto? Tomó todos los pecados que los demás dejaron dentro. Es el Cordero que quita y lleva y toma sobre sí todos los pecados del mundo. Deja que entre en el bautismo, dice a Juan, «porque así nos conviene cumplir toda justicia». Y de tal modo se con-

vierte en el Cordero, se carga con nuestros males y cumple la profecía de Isaías que os he leído. Toma los pecados y los lleva durante tres años, durante los cuales, en efecto, es despreciado y rechazado como un leproso, como alguien «herido de Dios y abatido». Y se abate hasta la muerte, hasta una muerte in-noble. «Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados: el castigo de nuestra paz sobre él; y por su llaga fuimos nosotros curados».

Según una antigua costumbre de Israel, todo el pueblo era convocado una vez por año: tomaban un macho cabrío negro que, ¡pobre animal!, desde entonces había empezado a representar entre los hombres al Espíritu Maligno y a soportar las consecuencias. Sobre esa pobre bestia el sacerdote depositaba todos los pecados del pueblo. Después de lo cual arrojaban el macho cabrío a páramos donde moría lastimosamente. Con esta misma intención, en tiempos prehistóricos, se quemaban animales considerados impuros en hogueras que después y no sin razón, se llamaron de San Juan. Y esas hogueras, al quemar los animales impuros, quemaban y se llevaban nuestras impurezas. Y ved cómo los símbolos, mediante Un magia y una poesía de que muy pocas veces son capaces los hombres, van transformándose al purificarlos el fuego del Espíritu: el antiguo chivo negro se convierte en Cordero blanco y Dios reemplaza al Diablo. Y ya tenemos el Cordero de Dios que, como el chivo emisario, toma sobre sí los pecados del mundo. Los asume mediante el bautismo del agua y se libera de ellos mediante el bautismo de la sangre, al cabo de tres años de pruebas. Y después de la muerte los lava y los borra definitivamente mediante el glorioso bautismo del Espíritu, el de la Resurrección.

UNA COMPAÑERA: ¿De modo que el segundo bautismo se recibe al margen de todo sacramento visible?

RESPUESTA: El segundo bautismo, si por ello te refieres al bautismo de la sangre, no es una figura. Es el sacrificio. Ahora bien, todo rito es sacrificio figurado; y todo sacrificio real, todo martirio es a su vez rito, puesto que se colma de significaciones simbólicas. La palabra sacrificio, como todas las demás palabras que hoy empleamos, es una moneda cuya efigie se ha borrado con el uso. La empleamos en cualquier ocasión: todo el que se priva de algo por algún motivo confunde su pesar con un «sacrificio» y quien ha sufrido suele hablar de sí mismo como de un «mártir». Pero *mártir* no significa en modo alguno *alguien que ha sufrido*. Mártir es la palabra que san Juan emplea en la primera página que hemos leído, y significa: «testigo». «Éste vino en testimonio, para dar testimonio de la luz», dice san Juan empleando dos veces la palabra mártir. Mártir significa «sufrimiento del que testimonia». Pero el sufrimiento padecido no es en absoluto martirio, y el sufrimiento del que sufre sin testimonio, del que sufre porque le ha acaecido una desgracia y sólo una desgracia, no es sacrificio; los que mueren o son atormentados por causas únicamente humanas o accidentales no son mártires. Por lo demás, nadie puede ser mártir a pesar de sí mismo. Sólo podemos ser mártires cuando nos hacemos cargo de algo porque así lo hemos querido, según dice el texto de Isaías que acabo de leeros. El mártir es consciente de lo que representa, sabe adonde va, adonde quiere ir. Toma su vida íntegra la arroja en una dirección determinada; la arroja como una afirmación y se convierte así en una palabra. *El mártir es aquel que se expresa mediante su muerte...* Y pensad qué hermosa es la palabra *expresar*: precipitarse

hacia fuera, arrojarse hacia delante. Y qué bien armoniza con la expresión *morir como mártir*.

VIII

DE LA TENTACIÓN DE JESÚS

22 de noviembre de 1946.

Calle Saint-Paul.

MATEO, IV, 1: *Entonces Jesús fue llevado al desierto por el Espíritu, para ser tentado por el diablo.*

Y habiendo ayunado cuarenta días y cuarenta noches, después tuvo hambre.

Y llegándose a él el tentador, le dijo: Si eres hijo de Dios, di que estas piedras se hagan panes.

El cual le respondió y dijo: Escrito está: no solo de pan vive el hombre, mas de toda palabra, que sale de la boca de Dios.

Y entonces le tomó el diablo, y le llevó a la santa ciudad, y le puso sobre la almena del templo.

Y le dijo: Si eres hijo de Dios, échate de aquí abajo, porque escrito está: Que mandó a sus ángeles cerca de tí, y te tomarán en palmas, para que no tropieces en piedra con tu pie.

Y Jesús le dijo: También está escrito: No tentarás al Señor tu Dios.

De nuevo le subió el diablo a un monte muy alto; y le mostró todos los reinos del mundo, y la gloria de ellos.

Y le dijo: Todo esto te daré, si cayendo me adorares.

Entonces le dijo Jesús: Vete, Satanás: porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él sólo servirás.

Entonces le dejó el diablo: y he aquí los ángeles llegaron y le servían.

Marcos, I, 12, es más breve. Pero no dice menos en su brevedad: *Y luego el Espíritu le impelió al desierto.*

Y estuvo en el desierto cuarenta días, y cuarenta noches; y le tentó Satanás y moraba con las fieras, y los ángeles le servían.

Lucas, IV, 1: *Mas Jesús lleno del Espíritu Santo, se volvió del Jordán, y fue llevado por el Espíritu al desierto.*

Estuvo allá cuarenta días, y le tentaba el diablo. Y no comió nada en aquellos días; y pasados éstos, tuvo hambre.

Y le dijo el diablo: Si Hijo de Dios eres, dí a esta piedra que se vuelva pan.

Y Jesús le respondió: Escrito está: Que no vive el hombre solo de pan, mas de toda palabra de Dios.

Y le llevó el diablo a un monte elevado, y le mostró todos los reinos de la redondez de la tierra en un momento de tiempo.

Y le dijo: Te daré todo este poder, y la gloria de ellos, porque a mí se me han dado y a quien quiero, los doy.

Por tanto, si postrado me adorares, serán todos tuyos.

Y respondiendo Jesús, le dijo: Escrito está: A tu Señor Dios adorarás, y a él sólo servirás.

Y le llevó a Jerusalén, y lo puso sobre la almena del templo, y le dijo: Si eres el Hijo de Dios échate de aquí abajo.

Porque escrito está que a sus ángeles mandó de ti, que te guarden;

Y que te sostengan en sus manos, para que no hieras tu pie en alguna piedra.

Y respondiendo Jesús, le dijo: No tentarás al Señor tu Dios.

Y acabada toda tentación, se retiró de él el diablo hasta el tiempo.

Acerca de este relato debemos hacer una primera observación. Casi todos los demás relatos del Evangelio son obras de testigos oculares: los discípulos cuentan o repiten lo que han visto, lo que han oído. Pero esta escena ocurre entre Jesús y Satanás. ¿Quién la presenció? ¿Quién asistió a ella? ¿Quién puede contarla?

Los críticos liberales nos declararán que esta historia se parece singularmente a los cuentos de hadas; que es un encantador episodio del folclore; que trasunta una ingenuidad primitiva. Nosotros, los muy-intelectualizados, los perfectamente civilizados, no creemos en el Diablo. Esas son patrañas para las nodrizas y los curas aldeanos. Algunos de entre nosotros no se avergüenzan de creer en Dios. Pero la mayoría—aún entre los que ahora me rodean— enrojecerían al confesar que creen en el Diablo. Todos o casi todos nosotros, los muy-civilizados, cedemos al influjo de la civilización en que estamos atrapados y recludos, y nos hacemos del mundo la imagen que esta civilización se ofrece a sí misma. No creemos en el Diablo, no creemos en las hadas, no creemos en los espíritus como los primitivos, los niños y las mujeres simples. Vemos el mundo como un desarrollo de leyes mecánicas: el sol es una máquina y todos los astros engranan sus ruedas en esa rueda central trabada a su vez con otras ruedas desconocidas. Y todas las cosas siguen sus leyes, se encadenan unas a otras sin que podamos distinguir el comienzo o el fin, la meta o la dirección. Y no sólo somos incapaces de oír la voz de

Dios en el trueno, o de ver las raíces de los árboles en que los enanos custodian tesoros y construyen maravillas, o de escuchar en los arroyos a las ninfas que discurren y cantan; más aún, suele ocurrir que vemos a los hombres, contemporáneos y prójimos nuestros, como máquinas que funcionan y que en ocasiones chirrían y se descomponen. Y de este modo, a fuerza de inteligencia, a fuerza de resistir a toda creencia, a fuerza de librarnos de lo que nuestros abuelos creyeron y de lo que creyeron y creen todos los pueblos del mundo, llegamos a creer ciegamente en lo absurdo y negamos la realidad más tangible y observable (observable en el único punto en que el universo es enteramente observable, por fuera y por dentro a la vez) en nosotros. En nosotros, en nuestro cuerpo. en nuestro espíritu, en nuestro corazón, en la intimidad de lo más íntimo, en ese punto donde nuestra retina no registra ninguna imagen, donde nada puede engañarnos. Allí no nos sentimos como una máquina: allí sabemos que vivimos. Y si hemos olvidado que todo vive es porque hemos rehusado penetrar hasta ese punto en que estamos vivos para nosotros mismos.

Reprocho a los muy-inteligentes de nuestro Tiempo que no sean bastante intelectuales y, en todo caso, sistemáticamente superficiales. Lo que depende del intelecto, del puro intelecto, es superficial. La inteligencia sólo aprehende las superficies y la extensión infinita de las superficies no le da ninguna sensación de hondura. Bergson hizo una observación digna de un gran filósofo: «La inteligencia humana se distingue por una incompreensión nativa de la vida». Si nuestra ciencia es exclusivamente intelectual, ignoraremos por fuerza la sustancia y la realidad de las cosas y, sobre todo, la vida, la simple vida que nos revela la experiencia cotidiana, el contacto directo con

nosotros mismos y con todos los seres que llamamos vivos. Y éste es el motivo por el cual los niños, las nodrizas, los curas aldeanos —o sea el idiota de la aldea— son los llamados a conocer lo que es inasible para los doctores y los sabios.

Como este Evangelio habla del Diablo, los Muy inteligentes deducen que es ingenuo. Ingenuo es más bien el que cree ingenuo al Evangelista. No hay una sola palabra en estos textos que sea vacua, superflua, insignificante, redundante o ingenua (en el sentido de estúpida). Si el Evangelista habla del Diablo con tanta sencillez, me parece que quien se avergüenza de creer en el Diablo debería avergonzarse de su propia falta de sencillez.

Cuando hablamos de existir, de ser, muy pocas veces nos tomamos el trabajo de explicar, o siquiera de comprender qué estamos diciendo. Muchos filósofos nos demuestran la existencia de Dios a partir de Aristóteles, hasta Descartes y aún después de él. En tales demostraciones nos definen abundantemente a Dios y la concepción que de él se han formado. Pero todos olvidan decirnos qué entienden por *existir*. Y al preguntarnos qué significa etimológicamente esa palabra, ya comprobamos que la demostración misma cae en el absurdo. *Existir* quiere decir mantenerse, establecerse (*sistere o stare*); *ex*: hacia afuera. En suma: ser un objeto. Ahora bien, una concepción correcta de Dios nos enseña precisamente *que no es un objeto, que no está en lo exterior, sino «en el interior de lo interior»*, como dice el Libro de Verdad de Palabra de los egipcios. No es objeto para nadie, es el sujeto del sujeto, el ser del ser, lo oculto de lo oculto, es aquel que nadie ha visto, pues sólo vemos lo que está fuera, y no podemos ver lo que está detrás de los ojos, y sólo vemos lo que tenemos ante los ojos. Por con-

siguiente, Dios *no existe: es*, cosa absolutamente diferente. Y cuando decimos *ser* aludimos a lo que es *uno, eterno, indiviso* y por lo tanto *interior* y por lo tanto *no-ex-sistente*.

En cuanto al Diablo, es aún más fácil demostrar metafísicamente que no existe, o más bien, a la inversa de Dios, que *existe* aunque *sin ser*. Porque el Diablo es el pecado, es el mal, es la sombra, es la destrucción, o sea la vuelta a la nada. Es la nada. La nada, en efecto, no existe en el absoluto. La nada no existe en el nivel de Dios, pero como nosotros no estamos en ese nivel no podemos decir o creer que no existe. Para nosotros existe tanto como nosotros mismos. Y pronto comprobaréis hasta qué punto es exacto el *tanto*.

¿Y nosotros? ¿Es que nosotros *somos*? Nosotros, que hoy estamos aquí y muy pronto estaremos en otra parte, que hoy estamos vivos y mañana estaremos muertos... Nuestras palabras resuenan en el aire, y en el instante mismo en que las percibimos ya no son. Lo que *es* no puede dejar de ser. Lo que *es* subsiste tal cual es. Dios dice de sí mismo a Moisés: «Soy el que es, el que *soy*» (para que conserve la primera persona el Verbo que expresa la Primera Persona). Pero nosotros *no somos*, apenas *transcurrimos en el ser* y lo que llamamos *nosotros* no es nosotros, así como eso que los demás consideran «nosotros» no es nosotros. Eso que los demás ven de nosotros es nuestro cuerpo; eso que nosotros mismos vemos de nosotros mismos es nuestra persona. Pero sabemos que no somos nuestro cuerpo ni nuestra persona. Y aún quienes saben que no son su cuerpo ni su persona, ignoran lo que son. El común de los hombres (y la mayoría de nosotros en la mayoría de nuestros instantes) se considera a sí mismo lo que en verdad no es. Llamamos *yo* a todo lo que nos limita y nos niega; lla-

mamos yo a lo que nos excluye de todo, a lo que nos recluye en un círculo estrecho y nos reduce a una forma tangible o sensible, y, por ende, pasajera: nuestra sombra, nuestra nada, nuestro demonio, el diablo familiar ligado a cada uno de nosotros. Nuestra voluntad propia, como diría san Bernardo; nuestro amor propio, fuente de todo mal. Bajo el sol de Dios, como bajo el sol del cielo, nuestra sombra esta ligada a nuestro cuerpo, sin que podamos arrancárnosla y saltar por encima de ella. Y como sólo tenemos nuestra sombra ante los ojos, llegamos a creer que esa sombra es nuestro cuerpo y que el diablo es nosotros mismos. le suerte que al fin nuestro propio diablo, nuestro demonio, nuestro tentador es nosotros mismos. Oh! Quien se observe sabrá que el diablo existe, que esa nada, esa sombra vive y puede matar, que ese fantasma puede atraernos hacia sí.

Si Jesús es hombre, además de ser Hijo de Dios, también tendrá un diablo ligado a sí: no sería hombre sin ello, apenas fingiría serlo. Ahora bien, varios pasaje de los Evangelios —y entre otros el que se tarde comentamos— prueban que Jesús no fingió al nacer, ni al morir, ni al sufrir, ni siquiera al ser tentado.

Pero Cristo no es un hombre cualquiera. Es el Hijo del Hombre o sea el Hombre íntegro. El demonio ligado a él no será, pues, un diablo familiar, pero sí el Príncipe de los diablos: el propio Satanás. Y el Hijo de Dios es tentado. Es tentado Aquel¹ que pudo decir: «¿Quien de vosotros puede vencerme de pecado?» Él, imagen de la perfección, impecable, es tentado. Y en verdad, si no hubiera sido tentado no habría

¹Lo cual no significa que haya en Cristo esa complicidad del deseo que siempre acompaña la tentación en nosotros.

sido perfecto, no habría sido impecable, puesto que entonces su perfección carecería de todo sentido. Si no hubiese existido para Él la posibilidad de pecar, su perfección habría tenido un carácter mecánico y su humanidad viviente habría sido comprometida y falsificada.

¿Cuáles son las tres tentaciones enumeradas por los Evangelistas y qué significan? Y ante todo, ¿por qué la Tentación sucede inmediatamente al Bautismo, o sea a la purificación? Ya hemos dicho qué es el bautismo de Cristo: no la purificación de un pecado que no tenía, sino la entrada en el pecado, la asunción de los pecados ajenos. Es natural, pues, que la Tentación suceda inmediatamente al Bautismo. Pero esta tentación aparece extrañamente combinada con un ayuno de cuarenta días en el desierto. Después del bautismo del agua, Cristo se someterá al bautismo del fuego de que ya hemos hablado con respecto a Juan Bautista. La purificación de la carne y del Espíritu, después de la purificación ritual. Y Jesús se retira para entregarse a lo que se llama la ascesis, o sea el *ejercicio* (única traducción correcta de esa palabra).

Durante cuarenta días... ¿Por qué durante cuarenta días? Nunca, sabedlo bien, emplean un número los Evangelistas sin que a él vaya unida la significación correspondiente en el lenguaje simbólico de los nombres. Imagino que todos sabéis que el número Cuatro representa la Naturaleza. El número Cuarenta, compuesto de cuatro decenas, significa los cuatro ciclos o etapas de la naturaleza. Si se nos dice, pues, que Cristo ayunó durante cuarenta días, que se ejercitó en el desierto durante cuarenta días colmado por el Espíritu Santo, es porque atravesó los cuatro ciclos de la naturaleza toda, resumida en su cuerpo como está resumida en todos los cuerpos humanos.

Debéis saber que la ascesis no es únicamente penitencia, como suele creerse, sino también método de conocimiento; que la privación a que se entregan los ascetas tiene por objeto el conocimiento de sí mismos. ¿Cómo puede lograrse esa ciencia? También los sabios, para saber cuál es la causa de un fenómeno, suprimen la presunta causa del fenómeno para comprobar si desaparece: si el fenómeno, en efecto, desaparece, el sabio declara que ha descubierto su causa. Si queremos conocer los recursos de nuestra naturaleza sólo tenemos que emplear el mismo método. Si queremos saber qué es el alimento, ayunemos y estudiemos los resultados de esa experiencia. Si queremos saber qué es el sueño, velemos y estudiemos los resultados de esta experiencia. Si queremos saber qué es respirar, regulemos nuestra respiración, suspendámosla o apresurámosla voluntariamente, y estudiemos los resultados de esta experiencia. Así el Ayunador que está en el desierto, mediante el ayuno considerado como el conjunto de las privaciones explora todas sus funciones y todos sus recursos, conoce, penetra, profundiza todos los reinos que existen en la naturaleza y que se encuentran en el hombre: el reino mineral, el reino vegetal, el reino humano y por fin el reino espiritual, o sea las cuatro formas de la realidad. Por eso necesita cuarenta días para ese viaje, para ese descenso a los infiernos y para esa ascensión.

El Espíritu lo impulsa, el Diablo lo tienta. Y se nos dice que los ángeles lo servían, y se nos dice que estaba con los animales salvajes. ¿Os parece sin sentido todo ello? ¿No habéis observado nada mientras os leía?

Ved cómo el Espíritu Santo, el Espíritu y el Diablo se aproximan en la frase de Lucas: *Mas Jesús lleno del Espíritu Santo, se volvió del Jordán, y fue llevado por el Espíritu al desierto. Estuvo*

allí cuarenta días y le tentaba el diablo. El Diablo recibió de Dios no sólo el permiso de tentar a los hombres, sino también de tentar a su Hijo mismo: tened la certeza de que recibió *la orden*, tened la certeza de que representa (quizá a pesar de sí mismo, aunque no a pesar de Dios) el designio de Dios.

Y moraba con las fieras, y los ángeles le servían, dice Marcos. No lo dudéis: las fieras y asimismo los ángeles estaban en Cristo y estaban junto a Cristo y eran Cristo. Quien haya intentado la experiencia de una ascesis de cualquier índole comprenderá lo que quiere decir el Evangelio. La fiera y el ángel están junto a nosotros y en torno de nosotros después de ese incendio que nos ha agostado. Y el Espíritu Santo nos entrega al Diablo, y el Diablo y el Espíritu Santo están con nosotros, y nosotros estamos entre ellos, y ellos están en nosotros. Y la Tentación sucede al bautismo del agua y al de fuego. Y cuanto más avanza el asceta, mayor es la tentación. ¿Cómo podría no serlo? Sabéis por experiencia que cuanto más os priváis, más exasperáis el deseo. Y si ese método de conocimiento que es la ascesis consiste en privarse de todo, es preciso que el deseo crezca desmesuradamente. Y por lo tanto la pureza se hace más ardiente, y aumenta el riesgo de caer en el fuego, y el hombre sigue superando su propia naturaleza y corre el peligro de caer desde más alto. Y sus dos naturalezas, la angélica y la bestial, se revelan mutuamente, se separan y se miran.

La experiencia de las terribles tentaciones del asceta se popularizó en la leyenda de san Antonio del Desierto, al que se representa acompañado por cerdo. Innumerables imágenes, cultas o populares, y a veces poseedoras de gran belleza, nos muestran a san Antonio rodeado de diablos, de fieras diversas, de fantasmas horrendos, de formas seductoras, en medio

de piedras y espinos. Pero cuando comparamos las Tentaciones de san Antonio de Breughel el Viejo o de Jerónimo Bosco —y aún la alambicada y excesiva Tentación de Flaubert— con el sobrio texto que acabamos de leer, podréis medir la grosería de quienes hablan de una muestra de folclore. Pues en Las representaciones populares y aún las cultas hay tantas trivialidades como misterios en la nuestra. ¿Qué tienta al santo en el desierto? Sólo el recuerdo de los grandes y hermosos festines, de las mujeres seductoras. O bien el temor de Las fieras o de los fantasmas que su imaginación alucinada le hace ver para borrarlos en el instante mismo en que tiende las manos para asirlos. ¿Cuáles son las tentaciones de Jesús en el desierto? *Y habiendo ayunado cuarenta días y cuarenta noches, después tuvo hambre. Y llegándose a él el tentador, le dijo: si eres hijo de Dios, di que estas piedras se hagan panes.* Qué simple es. ¿Tienes hambre? Come. ¿Tienes poder absoluto? Haz un milagro y come. La respuesta de Jesús es menos simple; es, en verdad, muy extraño: *No sólo de pan vive el hombre, mas de toda palabra que sale de la boca de Dios.* Este folclore es difícil de descifrar, ¿no os parece? «Haz un milagro que te aproveche», dice el Demonio al Hijo de Dios, el cual demostrará después que es capaz de hacer cuanto se le antoje, aunque nunca querrá hacer nada que le sea útil. La palabra latina empleada para milagro es *signum*: signo. Un signo es algo que significa. Hacer pan con las piedras cuando se tiene hambre nada significa; pero todos los milagros de Jesús significan, expresan, enseñan, como hemos de verlo en seguida, al menos en la medida en que somos capaces de descifrar tales signos.

En todo caso, el milagro provechoso es cosa que el todopoderoso Jesús desdeñó. Y si alguna vez rehusó hacer un mila-

gro, sólo fue cuando ese milagro podía serle útil. Cuando los saduceos acuden a tentarle y se burlan de él y lo desafían a que haga «un signo en el aire», o sea que haga estallar un trueno que los confundiría, Jesús les responde con una imprecación y les niega cualquier otro rayo. Y cuando Herodes, «el zorro», le pide un milagro como pediría brincos a un saltimbanqui, Jesús permanece inmóvil, mudo. Sin embargo, su muerte o su liberación dependen del capricho del rey. Y cuando, clavado en la cruz, es expuesto a las pullas de quienes pasan y le gritan: «Si eres el Hijo de Dios, bájate de allí», ni siquiera les mira y persiste hasta el último instante en su deber, que es sufrir y morir.

Jesucristo no cae en la gran tentación en que el mundo actual sucumbe, y que consiste en hacer milagros útiles, en hacer presente la voz de los ausentes, en hacer que podamos volar por los aires, en hacer manteca con el aire y salchichas con la madera y cualquier cosa con cualquier cosa. Que consiste, en suma, en falsificar, reducir, trastornar, afear, cambiarlo todo de manera provechosa. Jesús no es de aquellos que, engegucidos por el cebo de lo útil, no ven cómo caen en la trampa del Diablo, de la cual no saldrán jamás, y no comprenden que al falsificar y mezclar y desplazar se encadenan a todas las fuerza que liberan, de modo que serán destruidos por lo que han inventado. Y mientras aguardan su propia destrucción, son corrompidos, extraviados, enloquecidos por todos los sistemas que son ardidés del Diablo, del diablo que estaba en ellos y que era ellos mismos: su pereza, sus deseos de abusar de los demás, sus deseos de no pagar por las cosas el precio de fatiga que merecen. Así han caído en la tentación de hacer pan con las piedras; pero cuando se hayan tragado ese pan, la piedra

se les queda en el estómago.

No es éste el sentido de un milagro: muy otro es su sentido, y esto es lo que nos explicará la respuesta de Jesús. De esta piedra no he de hacer pan, no he de extraer fuerzas que me alimenten y aprovechen; si quisiera comer pan no necesitaría marcharme al desierto, y si tengo el poder de hacer milagros no lo demostraré porque tú me lo pidas, ¡oh Diablo! Está escrito: el hombre se alimentará de toda palabra que sale de la boca de Dios. Pero ya sabemos nosotros qué es *la palabra que sale de la boca de Dios*. La Palabra que sale de la boca de Dios es Él, el Verbo; y el pan que alimentará a los hombres es Él. Jesús no acudiría a las piedras para alimentarse: se dará Él mismo como alimento a los hombres. Y éste es un milagro, éste es el sentido en que ha de acudirse al Espíritu: suscitando las fuerzas superiores, no las inferiores; sirviendo al Espíritu por medio del sacrificio y del don, y no sirviéndonos del Espíritu para lograr provecho. Los sabios y técnicos de nuestros días son los instrumentos del diablo, puesto que no sirven al Espíritu, sino que se sirven de él y lo someten a las necesidades del cuerpo. Y las consecuencias no han tardado en revelarse; ya las sentimos. Es el castigo de esa monstruosa subversión de las cosas, de este uso invertido de la inteligencia que los altos espíritus del mundo rechazaron siempre. No nos maravillemos de las invenciones actuales, puesto que, sin duda alguna, los sabios de otros tiempos sabían o podían saber lo que los nuestros saben. Pero es seguro —y tenemos de ello pruebas irrefutables— que nunca publicaron o divulgaron semejante ciencia, porque también sabían adonde podía llevarnos tal saber en manos y en poder de las naciones y las multitudes. Y como estas conversaciones nuestras no son alardes de elocuencia, sino ocasiones para la

reflexión, retened lo que voy a deciros: seremos tomados en la medida en que tomamos, nos será dado en la medida en que nos damos y donde nos damos. Tal es la enseñanza de esta tentación de Jesús, la del pan.

Segunda tentación: la de los Reinos. Jesús, el Cristo (Cristo significa Rey): el rey, término antiguo, venerable, divino. El rey es el hombre que representa el Espíritu, la Fuerza de la Ley, del Juicio y de la Gracia, la majestad terrible y dulce, la paternidad. El rey es el representante de Dios ante los pueblos, « rey por la gracia de Dios ». Los emperadores de la China se decían « Hijos del Cielo », y a cada uno de sus gestos se asignaba la virtud de distribuir el sol y la lluvia sobre el país. Los faraones se identificaban con el propio Dios y tenían las llaves de la vida. Y hasta los emperadores romanos eran divinizados. Representaban como podían ese papel terriblemente difícil; pero el papel existía, y también un ritual particular que era al mismo tiempo un sostén y un medio de controlar que llegaba a borrar los defectos de la humanidad del rey, o a disimularlos ante los ojos de todos, de modo que el rey podía considerarse un Rey. Es que los hombres pensaron al principio que la salvación podía venirle desde lo alto por medio de la fuerza de la ley. Al propio Mesías aguardaban los judíos como a su rey, como a su liberador. Los judíos, pueblo desdichado entre todos, esclavo entre todos, aplastado por la fuerza romana, odiaban esa fuerza más que ningún otro pueblo y esperaban durante años y años la liberación como el que se ahoga busca el aire. En tiempos de Jesús, toda la región estaba asolada por revueltas; toda clase de bandoleros se arrebataban el cetro y la espada de la rebelión, y se declaraban el Mesías aullando: « ¡Que Dios sea nuestro único Señor! » Las legiones romanas

hacían incursiones, mataban a esos infelices y pendían de cruces a los sobrevivientes.

Jesús es el primero, o uno de los primeros, en enseñar que la salvación no puede llegar bajo las especies de la fuerza, el poder y la riqueza. Y la segunda tentación está inmediatamente ligada a la primera. Ni el provecho ni el poder: eso es lo que ambas tentaciones dicen. Sabemos que, extendida la fama de sus milagros, Jesús debió ocultarse con frecuencia para que no le ensalzaran como rey. Rechazó ese papel y todos aquellos que lo aceptaron en su nombre demostraron que no creían en ese nombre o que no habían comprendido una de sus primeras enseñanzas: no es con la fuerza de las armas ni con la riqueza como se obtiene el Reino de los Cielos, el verdadero reino.

¿Sabéis vosotras qué es un rey bajo sus gloriosas apariencias? La Biblia nos lo enseña por boca de Samuel: « ... tornará vuestros hijos, y pondrálos en sus carros, y en su gente de a caballo, para que corran delante de su carro; y se elegirá capitanes de mil, y capitanes de cincuenta: pondrálos asimismo a que aren sus campos, y sieguen sus mieses, y a que hagan sus armas de guerra, y los pertrechos de sus carros; tomará también vuestras hijas para que sean perfumadoras, cocineras y amansadoras ». Todo príncipe participa del poder del Príncipe de este Mundo, que es Satanás: suyo es el dominio de todos los reinos, y lo concede a quienes se prosternan ante él, aceptando el compromiso de violencia y de mentira en que ningún régimen político se sostiene.

Esta es la respuesta de Jesús: « ... escrito está: Al Señor tu Dios adorarás y a él solo servirás ». A cualquier otro señor y príncipe negarás no sólo adoración y la prosternación, sino también servicio; y sólo has de obedecer, ¡oh justo!, a Aquel

cuya fuerza es amor, cuya ley es libertad.

Y Jesús, hijo de carpintero, nació pobre, permaneció pobre y murió como el más pobre de los hombres. Él, que hacía milagros y curaba a los enfermos, huyó cuando quisieron exaltarlo y recomendaba callar a los que su poder sanaba. Sólo acepta una corona, la de espinas, que la fuerza deposita en su cabeza; sólo acepta una púrpura de irrisión y de sangre; sólo acepta una caña por cetro.

¿Y la tercera tentación? El Diablo lo lleva a la techumbre del templo y le dice: «Si eres hijo de Dios, échate de aquí abajo, porque escrito está: Que mandó a sus ángeles acerca de tí, y te tomarán en palmas, para que no tropieces en piedra con tu pie». ¿Que significa caer desde la almena del templo, arrojarse desde allí? La tentación de las tentaciones, la tentación que las resume todas, la tentación de la caída. Piensa, le dice el Diablo; puedes caer, puedes pecar. Piensa. Qué agradable es esto. Y puesto que eres Dios, puedes hacer que el mal no sea mal, ya que si caes tú, que eres Dios, ¿dónde está el mal, dónde está el bien? Y los Ángeles te sostendrán por temor de que tu pie de contra una piedra ¿Quién poda reprocharte tus pecados, puesto que tú mismo eres la medida del pecado y de la salvación? Puedes anular el mal y trastrocarlo todo. Hoy se te ofrece la ocasión única. ¡Piénsalo, piénsalo! Si yo fuera el Hijo de Dios, no perdería semejante oportunidad, dice el Diablo².

²*El Diablo.*

¡Ea!, Hijo de Dios, Dios tú mismo en persona,
arrójate en el pecado, hacia abajo.
¡Salta! No puedes cometer el mal
ni hacerte mal. Que tu caída,
oh Dios, haga que el mal sea bien, y alto lo bajo y verdadero lo falso,
y que de ese modo todo el daño se borre.

La Pasión, acto I.

IX

FIN DE LA TENTACIÓN LOS DOS DISCÍPULOS DE JUAN

29 de noviembre de 1946.

Calle Saint-Paul.

TENGO que hacer aún dos observaciones acerca de la tentación de Jesús.

Y Jesús respondió: *También está escrito: No tentarás al Señor tu Dios.* ¿Qué significa esto? ¿Qué significa tentar a Dios? No es posible tentar a Dios en el sentido de inducirlo al pecado; pero es posible «intentarlo», atraerlo a una trampa: es posible tenderle una trampa divina.

Tentar a Dios es emplear con él un procedimiento que — en virtud de una gracia del propio Dios— obra poderosamente sobre Dios. Toda religión, todo acto religioso y ritual, comporta por ambas partes cierto grado de compromiso: por parte de Dios y por parte del Hombre. Y constituye, por así decirlo, un pacto. En la Historia Santa tenemos un ejemplo explícito y manifiesto de semejante pacto. Por ejemplo: el pueblo de Israel era el pueblo elegido porque había un pacto entre él y Dios, y

ese pacto se conservaba, debidamente sellado, en el Arca de la Alianza. Pero entre Dios y toda criatura religiosa hay un pacto, un mutuo compromiso: el propio Dios inspira a aquel con quien sella un pacto las condiciones y las cláusulas, los actos y los gestos y las palabras que tienen el poder de recordarle su promesa y obran sobre Él. Ahora bien, debemos observar una cosa en este pacto entre Dios y el hombre: el inmenso abismo que separa a los dos contratantes y la diferencia que media entre ellos. Porque el pacto es unilateral en cuanto a las ventajas (es siempre el hombre quien saca provecho) y también en cuanto a la posibilidad de violarla, pues sólo el hombre, únicamente el hombre, puede traicionar, flaquear y hacer de este modo nulo el trato o *eficaz al revés*. Debemos insistir sobre este último punto: *eficaz al revés*. puesto que el pacto en que Dios se ha comprometido no puede no ser eficaz. Lo ha sellado Aquel que nunca flaquea. La promesa es válida y sigue siéndolo por siempre; bien lo saben los hindúes, que enseñan que una plegaria mal dicha cae sobre quien la dice mal y atrae así la gracia en sentido inverso, a tal punto que la fórmula hace daño cuando se esperaba de ella el bien. ¿Y no es éste el secreto de nuestros fracasos en el ámbito de la plegaria, ya que nos ha sido prometido que si pedimos se nos dará?

Pero si Jesús es el Hijo de Dios hay, sin duda, un pacto aún más firme, más indiscutible, entre Dios Padre y Él. Existe, pues, un poder más grande que en cualquier hombre de utilizar ese vínculo con Dios en el buen sentido o en cualquier otro sentido. Esta respuesta de Jesús al Diablo tiene doble sentido y doble sesgo. Por una parte significa: «Yo, el Hombre Jesús, no tentaré al Señor mi Dios»; por la otra: «Tú, el Diablo, poseedor de fuerza sobre este mundo, no tentarás al Cristo, Hijo

de Dios, Dios tuyo». Así esta respuesta acaba con la entrevista. Y Lucas agrega: «Y acabada toda tentación, se retiró de él el diablo hasta el tiempo».

«Hasta el tiempo»: hasta que llegue una ocasión favorable. ¿Tuvo el Diablo otra oportunidad en la vida de Jesús? ¿Se presentó alguna vez esa ocasión favorable? Y si nunca se presentó: ¿por qué habría agregado esa frase Lucas, que no dice nada en vano?

La sabiduría de la Iglesia nos da una respuesta para este problema: ¿sabéis que los cuarenta días de la Cuaresma son una evocación de los cuarenta días pasados por Jesús en el desierto y, por lo tanto, un recuerdo de la tentación? ¿Y cuándo sitúa este recuerdo la liturgia? Precisamente antes de Pascua, antes del memorial de la Pasión. Así como los cuarenta días de ayuno que señalan el comienzo de la vida pública de Cristo concluyen con la tentación, la infinita purificación que es la Agonía precedente al Sacrificio concluye con una nueva y última tentación marcada con letras de fuego y de sangre en el relato de los cuatro Evangelistas. Es el sudor de sangre en el Huerto de los Olivos, es la súplica: *Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz*, es la angustia y las tinieblas que preceden al desgarramiento. Es la realización de todos los males, de todos los pecados, de todos los sufrimientos que el Hijo del Hombre ha tomado sobre sí. Es, acaso, y en última instancia, el temor de que todo ello sea vano: la certeza de que para algunos habrá de ser vano durante largo tiempo. ¿Y no vemos en todo esto las formas de la tentación. Podemos vislumbrar así que el Evangelio —a primera vista un montón de anécdotas, de discursos reunidos al azar que en un Evangelista tiene un sentido y otro diferente en el que sigue— es por el contrario un

gran poema, una sinfonía en que cada acorde está perfectamente calculado, una composición sabia y llena de sentido en sí misma. El Evangelio está construido como un *vitrail*, con sus partes que se responden. Durante nuestro comentario hemos de ver cómo se dibuja esta arquitectura secreta. Y veremos, sobre todo, cómo están equilibrados el comienzo y el fin. Las enseñanzas y los acontecimientos, las parábolas y los milagros sólo en el sacrificio final adquieren su plena significación.

Retomemos la narración de Juan donde la habíamos dejado. Suele oponerse el Evangelio de Juan a los otros tres, aduciéndole que es el Evangelio espiritual. Pero Juan obra exactamente como los otros tres: emplea palabras sencillas, habla de cosas sencillas. Hemos dado precisamente con uno de los pasajes más sencillos y más vivos y también más conmovedores:

*Al día siguiente otra vez estaba Juan, y dos de sus discípulos.
Y mirando a Jesús que pasaba, dijo: He aquí el Cordero de Dios.
Y lo oyeron hablar dos de sus discípulos, y siguieron a Jesús.*

Tenemos aquí un excelente ejemplo de nuestro santo Patrono¹; cosa buena será que mediten acerca de él y aprendan su lección quienes formen parte de un grupo espiritual. Juan es quien dice: «He aquí el Cordero de Dios», a fin de que sus discípulos lo dejen para seguir al recién llegado. Lo cual debe enseñarnos que la verdad no es un partido ni una empresa provechosa, y que quienes sigan nuestro método no son clientes a los cuales debemos seducir y retener y sustraer a otras enseñanzas. Debemos saber que no somos los únicos depositarios de la verdad; que si existen muchos caminos, muchos maestros, es porque así lo ha querido Dios: pues si la Verdad

¹San Juan Bautista es el patrono de los compañeros del Arca.

es Una, los hombres son muchos. Y como son diversos, sólo pueden acercarse a ella por un camino, un camino determinado hecho para ellos o al cual pueden amoldarse. Por consiguiente, es preciso no guardar rencor a quienes se apartan de nosotros.

*Y lo oyeron hablar dos de sus discípulos, y siguieron a Jesús.
Y volviéndose Jesús, y viendo que le seguían, les dijo:
¿Qué buscáis?*

Ambos discípulos ven la espalda de aquel a quien Juan ha señalado. Esos discípulos han buscado la verdad, la han buscado por los caminos más arduos, por el camino de Juan, a través del desierto y de todas las austeridades: y de pronto Juan les señala a un desconocido y Él dice «Aquél es». Y los discípulos lo siguen. Súbitamente ocurre algo asombroso: Jesús se vuelve y les dice: *¿Qué buscáis?* Aquí es el estupor, el tumulto interior... Hay tantas cosas que no pueden formularse: *¿Qué buscáis?* Buscamos la luz, buscamos la verdad, buscamos al Maestro, buscamos al Salvador de Israel, buscamos... Ellos le dijeron: *Rabí (que quiere decir maestro), ¿en dónde moras?* Respuesta de quien no sabe qué decir, de quien no se atreve, de quien ya no sabe dónde está. Si lo siguen, si le preguntan: *¿Dónde moras?*, es para saber otra cosa. Y aquí sentimos que Jesús parpadea apenas y sonrío ante su confusión, puesto que *Les dijo: Venid, y vedlo. Ellos fueron, y vieron en donde moraba. ¡Oh!, qué poesía sublime, suprema, si la poesía consiste en mostrar las cosas encubriéndolas y en decir cosas simples que resuenan infinitamente en el alma. «Ellos fueron, y vieron en donde moraba».* Sí, y el Evangelista nada nos dice de lo que vieron. A tal punto que nosotros vemos dónde moraba

Jesús sin ver nada, así como los discípulos nada pudieron ver en medio de su turbación y de su asombro, pues no era eso lo que buscaban. . . *y se quedaron con él aquel día; era entonces como la hora de las diez.* Y el Evangelista se cuida muy bien de decir qué ocurrió, qué palabras se cambiaron. Acaso no cambiaron una sola palabra. fue ésa una de esas visitas como se estila en Oriente, donde prescinden de las palabras vanas y de las zalemas que disipan todo el contenido del contacto: el visitante entra en la cámara y se sienta frente a la persona a quien visita, a quien desea ver. La *ve*, «toma su vista», y calla.

X

LAS BODAS DE CANÁ

*6 de diciembre de 1946.
Calle Saint-Paul.*

HEMOS llegado a la página de Juan que podemos llamar con propiedad el Evangelio, puesto que evangelio significa el anuncio de la buena nueva. Ésta es la buena nueva que se difunde, que chisporrotea y avanza como el fuego en las zarzas secas: Juan ha dado su testimonio después del bautismo, y dos discípulos siguen a Aquel por quien Juan ha dado su testimonio.

Y Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos, que había oído decir esto a Juan, y que habían seguido a Jesús.

Este halló primero a su hermano Simón, y le dijo: Hemos hallado al Mesías (que quiere decir el Cristo).

Y le llevó a Jesús. Y Jesús le miró, y le dijo: Tú eres Simón, hijo de Jonás: Tú serás llamado Cefas, que se interpreta Pedro.

Es facultad de Jesús ver a través de los hombres como si fueran de vidrio, y reconocer sus cualidades fundamentales, y

percibir su sustancia. Jesús nombra a Simón al nombrarlo lo conoce, lo ve. Esa palabra tan simple demuestra que Jesús conoce a Simón aún antes de su nacimiento. Y no es una apariencia visible a todos esa firmeza de Pedro que se manifiesta en el nombre dado; pues durante mucho tiempo Pedro vacila. Pedro teme y Pedro es quien renegará, Pedro es quien huirá con los demás en el momento de peligro. Pedro no está al pie de la cruz: allí sólo han quedado Juan y la Madre de Jesús. Pedro se ha escondido, temeroso de los servidores y de lo que dicen los servidores. Y aún después, en los Actos de los Apóstoles, lo vemos dudar, temer a los judíos, esconderse. Mucho tiempo pasará antes de que se convierta en la roca sobre la cual se asentará la Iglesia. Por lo tanto la denominación es menos la expresión de un hecho que la visión de un destino; y sin duda contribuyó a formar ese destino. El conocimiento del Hijo del Hombre es un conocimiento divino, o sea creador: al mismo tiempo que nombra conoce, al mismo tiempo que conoce hace. Y la naturaleza de Simón, que vacila durante tanto tiempo, se fijará gracias al nombre recibido.

El día siguiente quiso ir a Galilea, y halló a Felipe. Y Jesús le dijo: Sígueme.

Es innecesario aclarar que Felipe lo siguió y que le basto con ello. El fruto estaba ya maduro, a punto de caer. Y Jesús siente que sólo debe tender la mano para recogerlo: Felipe lo sigue. No sólo va tras Jesús, sino que además corre a difundir la nueva: *Felipe encontró a Nathanael, y le dijo: Hallado hemos a aquel de quien escribió Moisés en la ley y los profetas, a Jesús, el hijo de José, el de Nazareth.* Nathanael, un verdadero judío, frunce el ceño, se enfada y dice: *¿De Nazareth puede haber cosa buena?*

Nazareth es de Galilea y Galilea es provincia apartada, medio pagana: una provincia limítrofe y turbia. En ella los propios judíos se han unido con las hijas de la región y de las regiones vecinas, con mujeres paganas; y los ídolos han entrado en las casas, y en los rincones, a escondidas, reciben adoración alguna diosa, algún dios sanguinario o lujurioso. ¿Qué puede venir de bueno de Nazareth? Y Nathanael se muestra lleno de recelo para con el nuevo profeta. *Felipe le dijo: Ven y vélo.* Es cierto, Felipe: con verle basta. Pero también es necesario ir en su busca. Vio Jesús a Nathanael, que venía a buscarlo, y dijo de él: *He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño.* Y Nathanael, ya desarmado: *De donde me conoces?* Ciertamente es, mas, ¿cómo lo sabes?, pregunta el hombre de bien, maravillado al comprobar que han reconocido el metal con que está hecho: la lealtad. Pero es la suya una lealtad que se defiende, que no se deja malear. Ciertamente es, mas, ¿cómo lo sabes? *Respondió Jesús, y le dijo: Antes que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi.* Te vi: con ello basta. Esta vez, como otras tantas veces, no se nos dice qué ha visto Jesús. No se nos dice qué hacía Nathanael bajo la higuera: si meditaba, si oraba, si robaba higos. Pero lo cierto es que su naturaleza se mostró claramente ante los ojos del Hijo del Hombre. Y Nathanael, sintiéndose visto, exclama súbitamente: *Maestro, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el rey de Israel.*

Jesús respondió, y le dijo: Porque te dije: Te vi debajo de la higuera, crees; mayores cosas que éstas verás.

Y le dijo: En verdad, en verdad os digo, que veréis el cielo abierto, y los ángeles de Dios subir, y descender sobre el Hijo del Hombre.

La revelación de Cristo no es sencillamente psicológica y personal, sino también universal y metafísica. Y obra en el

corazón del hombre: verdadera o no, crea cambios enormes en el corazón, arrebatada y une los corazones y cambia así la faz de las cosas. Pero hay más aún: es verdadera, o sea fundada en Dios y manifestada al mundo. Y ésta es la explicación de esta respuesta: «Te vi». ¿Sólo por eso me crees? Pero en verdad —*en verdad, en verdad*, repite Jesús— has de ver cosas mayores. Yo te he visto bajo la higuera; tú eres quien me verá ahora y quien vera mi naturaleza. Tú has de ver el cielo abierto y los ángeles subir y descender sobre el Hijo del Hombre

Y de allí a tres días se celebraron unas bodas en Caná de Galilea; y estaba allí la madre de Jesús.

Y fue también convidado Jesús, y sus discípulos a las bodas.

Y llegando a faltar vino, la madre de Jesús le dice: No tienen vino.

Y Jesús le dijo: Mujer, qué nos va a mí y a tí? Aún no es llegada mi hora.

Dijo la madre de él a los que servían: Haced cuanto él os dijere.

Y había allí seis hidrias de piedra conforme a la purificación de los judíos, y cabían en cada una dos o tres cántaros.

Y Jesús les dijo: Llenad las hidrias de agua. Y las llenaron hasta arriba.

Y Jesús les dijo: Sacad ahora, y llevad al maestresala. y lo llevaron.

Y fue que gustó el maestresala el agua hecha vino, y no sabía de qué era (aunque los que servían lo sabían), porque habían sacado el agua, llamó al esposo el maestresala.

Y les dijo: Todo hombre sirve primero el buen vino; y después que han bebido bien, entonces da el que no es tan bueno; mas tú guardaste el buen vino hasta ahora.

Este fue el primer milagro que hizo Jesús en Caná de Galilea; y manifestó su gloria, y creyeron en él sus discípulos.

Éste es el primer milagro relatado por Juan, aunque no por los demás Evangelistas. Hemos dicho que milagro se dice *signum* en latín y *semeion* en griego, es decir, *signo*. Este milagro es, entre todos, un signo cuyo significado es preciso descubrir. Ante todo os pido que reparéis en el escenario de este milagro en los comienzos de la vida pública de Cristo. Os pido que reparéis en esa fiesta, esa fiesta de bodas en una casa rica, puesto que hay en ella un maestresala, o sea un jefe de servidores. Las bodas ocurren poco tiempo después del bautismo y de la estadía de Jesús en el desierto. Esta proximidad no carece de importancia. Jesús es el mismo en el desierto y en la fiesta: la primera conclusión que debernos sacar. Es tan asceta como Juan Bautista, pero está libre, inclusive de la ascesis: no ese aprisionado en un personaje, sabe permanecer invariable, manifestarse y ocultarse dondequiera que esté. Ésta no es una descripción de sus perfecciones, sino un ejemplo que debéis seguir. Debéis saber que la virtud, la fuerza, la presencia de la verdad no residen las apariencias. Y no es posible decir a un hombre: si quieres ser santo asume tal o cual actitud, haz tal o cual obra, sigue tal o cual regla. El santo puede hacer cualquier cosa; san Agustín lo dice: «Ama y haz lo que quieras». . . Jesús no es un profesor de moral; es un maestro de vida espiritual, de vida interior. Y continúa siendo un santo sentado a la mesa entre borrachos.

Ésta es la ocasión en que aparece por primera vez la madre de Jesús en este Evangelio en que no se habla del nacimiento, de la renunciación, de la milagrosa natividad, de la infancia. Como siempre, su figura es muy borrosa. Pero algo se dice

de ella que es muy preciso: está entre los discípulos y conoce el poder de su hijo. Falta el vino, y la Madre dice: *No tienen vino*. La apena la confusión que en medio de la fiesta tendrán sus huéspedes. Pero a la postre esta fiesta no es más que una fiesta y este gran pesar no es más que un gran pesar de amor propio. Es un pesar que no merece la piedad. Lo cual explica la resistencia de Jesús para hacer el milagro. Si me fiara de la traducción que tengo ante los ojos, os leería sin pestañear la conocida respuesta de Jesús a su Santísima Madre: *Mujer, ¿qué nos va a mí y tí?* Respuesta extraña y extrañamente brutal. Hay muchas otras del mismo tono, por cierto, en el Evangelio. Quien se proponga hacer de Jesús un Dios bonachón para familias, desaprovecha su enseñanza y falsifica su doctrina. Pero aquí, en verdad, no hay problema; sólo tenemos que recurrir a los textos. Leamos: *Quid tibi et mihi?* Y en el griego: *Ti émoi kai soi*. es decir (si traducimos sencillamente y correctamente): «¿Qué, a tí y a mí?» La frase ha de traducirse palabra por palabra¹. ¿Qué, a tí y a mí? O sea: ¿Qué puede importarnos? Falta Vino... Pues deja que falte, eso no tiene importancia. Muy claro hasta aquí. *Aún no es llegada mi hora*, es mucho menos claro, pero el propio texto lo aclara a continuación. ¿Cómo es posible que la Madre tome semejante respuesta por un consentimiento? Sin duda por la expresión del rostro, siempre visible en el Evangelio, aunque nunca se la describe. La Madre dice a los servidores: *Haced cuanto él os dijere*. Ahora bien, había allí seis vasos de piedra «para la purificación de los judíos». Ya empe-

¹Esta observación de Lanza del Vasto se explica porque en su traducción francesa del Evangelio, la frase de Jesús resulta en verdad confusa: *Femme, qu'y a-t-il entre toi et moi?* [*Mujer: ¿qué hay entre tú y yo?*] (N. del T. de la 1ª edición española)

zamos a penetrar en el significado del milagro: nunca se dice en vano una frase de esa índole. Recordad que estamos cerca del bautismo. Y tenemos aquí el agua de la purificación: no es un agua cualquiera la que se ha transformado en vino, y no se ha transformado para el placer de tal o cual persona o para acceder a la súplica de un enfermo o de un hombre de fe (puesto que ninguna súplica llega hasta Jesús, salvo la observación de su Madre). Y este milagro previene la desdicha, antes de repararla. El milagro se hace, como Jesús lo ha dicho, aunque el asunto no nos interese. Pero el milagro se hace porque es válido por sí mismo, por su significación, y porque la historia que hemos empezado a descifrar continúa. El agua de la purificación, o sea el agua del bautismo, es transformada en vino. Y ya empezamos a entrever el encadenamiento de los símbolos que se desarrolla a través de las enseñanzas y de los acontecimientos, a través de los milagros y de las parábolas. El agua se hace vino, el vino se hace sangre, la sangre se hace fuego y espíritu: cinco motivos que se suceden a través del Libro. La tierra se hace pan, el pan se hace carne, la carne se hace sustancia, la sustancia se hace verdad: otros cinco motivos que se suceden. Y ahora estamos en condiciones de comprender esta frase misteriosa: «Aún no es llegada mi hora». No ha llegado mi hora, pero ha llegado la hora de anunciar que la hora llegará. Si indagamos qué acontecimientos correspondientes a esta época narran los otros Evangelistas, comprobamos que Cristo anuncia el Reino. También aquí, sin predicar ni hablar, anuncia el Reino: o sea el sacrificio y la alegría. Que el vino significa la sangre, que el vino bebido significa la sangre dada y el sacrificio consumado, el texto mismo nos lo dirá más adelante. Las mismas palabras: «Aún no es llegada mi hora»,

se repiten dos o tres veces en este Evangelio hasta el momento en que, ya en la cruz, Jesús prueba el vinagre, el vino agrio del sacrificio, y dice sacudiendo la cabeza: *Consumado es*. Esta vez ha llegado su hora. Y durante la última cena, cuando ofrece a sus discípulos el cáliz y les dice: En adelante beberéis este vino como recuerdo del sacrificio que ha de consumarse, cuando les dice: Bebed, ésta es mi sangre, comprendemos qué significa el vino. El agua de las purificaciones, el agua de los ejercicios ascéticos, el agua de los sufrimientos, el agua de la naturaleza fugitiva, viviente y perecedera, es transformada en vino, o sea en algo que se asemeja a su contrario, como un agua penetrada de fuego: tal es el vino y tal es la sangre. Y si los hombres gustan del vino y lo celebran, es porque el vino es alegría, embriaguez, huída, y nada complace tanto al hombre como huir de sí mismo, con placer o sin él, ¿Cómo se explica, entonces, que en todas las religiones, a través de todos los siglos, el vino simbolice un hecho místico: el gran Vino vertido en los misterios griegos y ya bajo la forma del Soma celebrado en los himnos védicos? En este símbolo de doble faz, Jesús sabe señalar el límite y discernir ambas, partes. No hay en él ninguna confusión entre la exaltación de la embriaguez y la exaltación santa. Cosa que subraya la reiteración de la frase: «Aún no es llegada mi hora» y el eco que esta imagen del vino encuentra en la del vinagre de la pasión. La hora del gozo celestial es la hora del sacrificio, y el vino es al propio tiempo la uva pisada. Mi hora no se ha consumado en las bodas o los festines; mi hora llegará en la última cena, en la cruz. La embriaguez, sí... Pero no la embriaguez sin el sacrificio, más lejos, más hondo que los dolores. Huída de sí mismo, sí... Pero una huída que en nada se parece a las otras que co-

nocemos nosotros, los que escapamos de nosotros mismos en todo momento, en toda circunstancia, en todos nuestros gestos, en todas nuestras palabras, en todos nuestros deseos, en todos nuestros fines. Y todas estas huidas, alegres o tristes, son pérdidas, son una manera de morir, son lo que debemos combatir, son el pecado mismo. El que permanece en el interior de sí mismo, el que remonta la pendiente, el que se vuelve no puede pecar, entra en sí mismo, se recoge (como se dice tan bien), se arranca desde el exterior para recluirse en el interior, y en esa paz se condensa y puede encontrar un remedio para los males exteriores, para las tinieblas exteriores donde hay lamentos y crujir de dientes, como está escrito pero donde hay también risas y cantos.

Sin embargo, esta condensación, esta entrada en sí misma no es la meta. Es sólo un pasaje; anuncia una salida de sí mismo, una salida por la puerta estrecha y en la única forma lícita, una salida en el interior mismo y hacia lo alto, mas no una salida hacia afuera, o hacia abajo, con el placer del abandono. Esta salida, este surgimiento, sólo se alcanza al precio de una sublimación de todo el ser; esta salida es un salto en la luz y es una alegría, pero rara y difícil, que acaso sólo se alcanza en el instante de la muerte, o en el límite de la mortificación.

¿Habéis observado que nadie repara en este milagro? El maestra sala felicita al esposo por que ha guardado el buen vino hasta el fin, contrariamente a las costumbres de la época, en que cuando todo el mundo estaba ebrio se distribuía vino aguado. Únicamente los servidores, que han asistido al milagro y callan, saben lo que ha sucedido; y también los discípulos de Jesús, y su Madre. Esto es, asimismo, una enseñanza: que en el ruido del festín pase inadvertido el milagro; que na-

da ocurra para las gentes que se divierten; que la fiesta continúe sin que nadie la interrumpa; que sólo oigan los que tienen oídos para oír y sólo vean los que tienen ojos para ver las transformaciones que se producen en la sustancia y para comprender los signos que anuncian las grandes nuevas del espíritu.

Y como hemos hablado del vino, es ésta una buena ocasión para leer un poema célebre y hermoso:

«Hemos bebido a la memoria del Bienamado un vino que nos ha embriagado antes de la creación de la viña.

Nuestro vaso era la luna llena, y ese vino es un sol, y una media luna lo hace circular; cuántas estrellas resplandecen cuando es vertido.

Sin su perfume, yo nunca habría encontrado el camino de sus bodegas; sin su resplandor, la imaginación no podría concebirlo.

Tan poco lo ha conservado el tiempo, que es como un secreto escondido en el fondo de los pechos.

Si su nombre es citado en la tribu, el pueblo se embriaga sin deshonor, sin pecado.

Poco a poco fue alzándose desde el fondo de las ánforas y en verdad ya no queda de él sino el nombre.

Presentase un día al corazón de un hombre: de él se apodera la alegría y el pesar huye.

La sola vista del sello sobre las ánforas hace que los convidados caigan en la embriaguez.

Si con tal vino se regara la tierra de una tumba, volvería el alma al muerto y se animaría su cuerpo.

Tendido a la sombra del muro de su vida, el enfermo ya agonizante recobraría de súbito su fuerza.

Cerca de sus bodegas anda el paralítico y los mudos se echan a hablar cuando recuerdan su gusto,

Si las ondas de su aroma se difunden en Oriente, un hombre privado de olfato se vuelve capaz de percibirlo en Occidente.

El que alza la copa con la palma enrojecida por ese vino, no ha de extraviarse nunca en la noche: tiene un astro en su mano.

Un hombre nacido ciego que lo recibiera en su corazón adquiriría la vista de inmediato. El zumbido de su filtro hace oír a los sordos.

Aquel cuya mano nunca conoció la generosidad se hace espléndido; aquel que ignoraba la grandeza de alma aprende a moderarse en la cólera misma.

Si el más estúpido de los hombres pudiera besar la tapadera de su ánfora, llegaría a comprender el sentido de sus perfecciones.

Me dicen: descríbelo, tú que tan bien conoces sus virtudes. Sí, en verdad sé cómo describirlo. Es una limpidez, y no es el agua; y es una fluidez, y no es el aire; es una luz sin fuego y un espíritu sin cuerpo. »

Este poema, que parece esbozar la vida del Hijo del Hombre y sus milagros, se llama *Elogio del Vino*. Es de Omar Ibn el Farid, musulmán (bebedor de agua pura)².

²ÉMILE DERMANGHEN hizo de este poema una traducción y un comentario.

XI

EL TEMOR DE DIOS

*13 de diciembre de 1946.
Calle Saint Paul.*

HEMOS llegado así a las últimas semanas del Adviento. Adviento es palabra situada entre *advenimiento* y *venida*. Es la venida del Señor, el advenimiento de Cristo. Hay, además, una palabra que se parece a ésta por su origen: la palabra *aventura*. Y ésta es la gran aventura en la historia eterna, en la historia histórica y en la historia interior. Se dice que cuando los pastores recibieron la nueva en la montaña, un gran temor se apoderó de ellos al oír la voz de los ángeles: un gran temor primero, y en seguida una gran alegría. En nuestro comentario de hoy nos detendremos en la palabra temor. Recuerdo la confusión que esa palabra ha suscitado en mis oyentes cada vez que he hablado del temor de Dios, y las discusiones que ha provocado entre vosotros y de las cuales he sido informado. Más aún, varias almas piadosas, varias gentes de bien han llegado a separarse de mí, indignadas ante la idea de que intento restablecer esa negra costumbre que es temer a Dios. Y has-

ta se nos ha acusado de no ser cristianos, o al menos de serlo al modo de la oscura Edad Media (pues esa época, intensa de colores y llena de luz, es oscura para nosotros, los grises). Se nos ha objetado que si el temor es el sentimiento fundamental que inspira el Antiguo Testamento, el Nuevo Testamento es la revelación del Cristo, de un Dios que es todo amor y que hace desaparecer el temor. Pero han olvidado oponernos al único texto cristiano que, según creo, pudieron citarnos para defender su tesis. Es nada menos que la *Primera Epístola Católica de san Juan*, donde se dice: *En la caridad no hay temor mas la caridad perfecta echa fuera el temor, porque el temor tiene pena; y así el que teme, no es perfecto en la caridad. Pues, amemos nosotros a Dios, porque Dios nos amó primero.*

Cuando nos muestran tan dulce al dulce Jesús, olvidan la mitad o las tres cuartas partes del Evangelio; olvidan que el dulce Jesús fustigó a los hipócritas y a los poderosos de este mundo casi tanto como cualquiera de los Profetas de Israel; olvidan que el dulce Jesús no sintió aversión ni remordimiento al armarse de un látigo para azotar a los mercaderes que habían invadido el templo y al derribarles las mesas. Y que está lleno de palabras duras, ásperas, punzantes, desgarradoras. ¡Para no ver el fuego hay que escuchar y leer el Evangelio con los oídos y los ojos tapados! ¿Es posible que los cristianos hayan vaciado de sentido su propia tradición al punto de ignorar el sentimiento fundamental de su religión y de todas las religiones? ¿Que hayan perdido toda su sal? ¿Que ignoren el carozo del fruto y olviden que en el centro y al final de toda cosa está la cruz, la cruz, los clavos, la esponja embebida de vinagre, la lanza, la flagelación, la coronación de espinas, el «Señor, señor, ¿por qué me has abandonado?» ¿Es todo ello

tan dulce, tan delicado, tan delicioso y amable? Sí, Cristo es todo amor, sí, es todo el amor. Pero no sería todo el amor si fuera tan dulce. Pues el amor, el amor que enseña Cristo, es el amor del que uno se muere. Ese amor es un abismo, un fuego devorador, como dice san Pablo. «Nuestro Dios es un fuego devorador, una espada de doble filo que separa el hueso del meollo, que penetra todos los pensamientos y el corazón, y cada uno está desnudo ante el ojo de Dios». ¿Tan dulce es esto?

Y además, ¿cómo acaba el Evangelio? ¿El Nuevo Testamento? Acaba como todo ha de acabar. Después de nuestras obras, buenas o malas, ¿qué debe ocurrir? ¿Cuál es el fin del libro de Dios y del libro del Mundo? El Apocalipsis, con sus pestes, sus flagelos, sus animales que salen del mar, su sol como un saco de crin y sus estrellas que caen como higos verdes, ¿es, acaso, tan dulce?

Cada vez que Dios se revela directamente en el Evangelio o en otra parte, cada vez que los discípulos o los asistentes tienen la sensación inmediata de la presencia de Dios, el temor surge inevitablemente. Después de la pesca milagrosa, cuando Pedro siente a Dios en Jesús. le grita que se aleje, ya que se considera un hombre culpable. Y cuando Jesús reúne a Pedro, a Juan y a Santiago en el monte y se transfigura ante ellos, ¿qué ocurre? ¿Acaso alegra tanto a esos discípulos la presencia de ese Dios que es todo amor, de ese Dios a tal punto amable? Caen con el rostro vuelto hacia tierra; y ésa es la actitud que conviene, la única posible cuando Dios se revela de verdad, cuando se revela en algo más que en palabras o en desvaídas imaginaciones.

Leeré algunos textos de los Padres griegos. Clemente de

Alejandría dice: *El primer paso hacia la salvación es la fe. Le siguen el temor, la esperanza, la penitencia, el dominio de sí mismo y la paciencia, que desarrollándose nos conducen a la caridad y al conocimiento.*

Evagrio dice: *La fe, hijos míos, se basa en el temor de Dios. El temor, a su vez, en dominio de nosotros mismos. Afirman este dominio la paciencia y la esperanza, de las cuales nace la libertad interior, que engendra la caridad.*

Máximo el Confesor dice: *Llegar a la posesión habitual de esa caridad es cosa imposible mientras guardemos apego a un objeto terrestre. La caridad nace de la libertad interior, la libertad interior de la esperanza en Dios, la esperanza de la paciencia, la paciencia de un alerta dominio sobre nosotros mismos este dominio del temor de Dios y el temor de la fe en Cristo. Cuando el conocimiento de Dios arrebatara el espíritu por medio de la caridad y ese espíritu percibe la infinitud divina, herido de estupor como Isaías adquiere conciencia de su propia bajeza y repite con convicción las palabras del Profeta: « ¡Ay de mí perdido estoy, pues soy hombre de labios mancillados! ¡Vivo en medio de un pueblo de labios mancillados y he visto con mis ojos al Rey, Señor de los ejércitos! »*

Otro Padre dice: *Quien cree en el Señor teme el castigo; quien teme el castigo domina sus pasiones; quien domina sus pasiones soporta pacientemente las aflicciones; quien soporta pacientemente las aflicciones alcanzará la esperanza de Dios y la esperanza de Dios separa el espíritu de todo apego terrestre. Y el espíritu así desapegado poseerá el amor de Dios.*

Observaréis que en estos textos, admirablemente precisos y reveladores de una vida espiritual profunda y disciplinada, hay algunas diferencias en el encadenamiento de las virtudes. Pero qué importan las diferencias: vaya el temor antes o des-

pués de la esperanza, lo cierto es que la serie es redonda, que el último eslabón se une con el primero. No hay antes ni después, cosa tan clara como esta otra: el eslabón del temor no falta nunca.

Oíd ahora una observación importante de Máximo el Confesor: *Hay dos temores de Dios: uno que nace en nosotros bajo la amenaza del castigo y engendra sucesivamente el dominio sobre nosotros mismos, la confianza en Dios, la libertad interior, madre de la caridad. El otro compañero inseparable de la caridad misma mantiene incesantemente el alma en el respeto, por miedo de que la familiaridad inherente al amor degenera en subestimación de Dios. Y ésta es la respuesta a la frase de Juan: La primera clase de temor, la caridad perfecta lo expulsa del alma, que al poseerla no teme ya el castigo. Mas la segunda, como acabo de decirlo, se une a ella y no la deja nunca. A la primera se aplican estas frases: «El temor del Señor aleja siempre el mal; el temor del Señor es el comienzo de la sabiduría». A la segunda: «El temor del Señor es puro y subsiste por siempre. Nada falta a quienes le temen».*

Evagro dice: *Por eso la Escritura dice unas veces: Teman al Señor los que están consagrados, y otras: Amen al Señor los que son sus santos, A fin de que sepamos bien que al justo en vía de purificación el temor, como ha sido dicho, acompaña a un amor mediocre. Mientras que a los purificados corresponde el amor perfecto. En ellos ya no existe el pensamiento de un temor cualquiera, mas sí un abrazo incesante, una continua unión del alma en Dios por obra del Espíritu Santo, según ha sido dicho: «Mi alma está unida a tí y tu mano me ha tomado».*

Sí, estas distinciones entre temor y temor deben profundizarse. Por mi parte, creo que pueden señalarse tres especies de temor:

Existe un primer temor que podríamos llamar sencillamente miedo. Y ese temor no es inoportuno cuando se trata de la contemplación de Dios. Es fundamental e inevitable, es natural, proviene de una simple conciencia de nuestra fragilidad, de la muerte que nos aguarda indudablemente y que nos lleva a la presencia de Dios, de tal modo que la presencia de Dios evoca la muerte cuando se hace sentir en nuestra vida. Pues toda cosa limitada ha de pasar, y sabemos así que nosotros hemos de pasar: es ley divina que todo lo que no es divino ha de pasar. Llamamos a Dios el Creador, pero Dios es también el Destructor, puesto que destruye todo lo que ha sido creado, puesto que el hombre pasa como la flor de la hierba cuando el soplo de Dios cae sobre ella como la hoz sobre la hierba. Es natural que todo contacto viviente y real con Dios nos evoque el sentimiento de nuestra desaparición y que nuestro amor hacia Dios vaya inmediatamente acompañado por el temor de la muerte. Y si no ocurre así es porque no se ha producido el contacto. A menos que estemos a tal punto purificados, a tal punto desapegados de nuestra persona y de nuestra vida, a menos que nos sintamos tan superiores a todo sufrimiento que la pérdida de un miembro de nuestro cuerpo no nos haga pestañear. Si hemos llegado a tal perfección, no tenemos en verdad ninguna razón para sentir miedo, un miedo cobarde y corporal, ante la presencia de Dios. «Ámalo con todas tus fuerzas, con todo tu espíritu, con toda tu alma. Témelo con todo tu cuerpo».

Hay otra clase de temor, que destacan enérgicamente todos los padres de la Iglesia y todos los textos sagrados. Un temor superior aún al del sufrimiento y la muerte: el temor de sufrir después de la muerte, el temor del juicio y de la condena. A

ese temor alude la epístola de Juan: *Porque el temor tiene pena*. Dicho temor se borra en la caridad perfecta o sea en la unión consumada, y nunca antes de esa unión. Dicho temor no es un mero sentimiento natural, es un deber. Sirvamos a Dios con el temor que le debemos, dice san Pablo. La frase está dicha en el sentido de la deuda y el deber. Soy un hombre de labios mancillados que vive en medio de un pueblo mancillado y he aquí que veo al Señor Dios de los ejércitos, dice el profeta Isaías. Y releed las muchas páginas de la *Imitación de Jesucristo* que comentan los Salmos de la penitencia y en las cuales se habla del temor.

Dios ha de ser temido. Es justo temer a Dios porque Dios es justo, porque Dios es un Dios de justicia, porque la cólera de Dios es una ley justa, que sabemos justa y que no podemos dejar de temer, a menos que seamos absolutamente inconscientes o absolutamente puros. Sin duda recordáis que todos los textos citados hablan del temor como de la base del dominio sobre nosotros mismos. El temor es el comienzo de la sabiduría. El temor es el medio principal de la Ley y Jesús dice de sí mismo: «He venido a cumplir la Ley, mas no a abolirla». ¿Cómo y dónde se nos dice que no hemos de temer la justicia de Dios? Todo el Evangelio enseña lo contrario con palabras claras y estremecedoras.

La decadencia religiosa de Occidente se debe en gran parte al olvido del temor, a la familiaridad degenerada en menosprecio de Dios. Por eso insisto particularmente en este punto. Todos los falsos profetas, todos los falsos místicos abundan en palabras melosas. Hay que decir, ¡ay!, que las iglesias cristianas han olvidado el sonido de las prédicas que estremecen. A decir verdad, ya sabemos qué es la Ley. Nuestra posición

religiosa es falsa y peligrosa porque el Evangelio se predica entre nosotros a gentes que no conocen la Ley. Y el Evangelio está lleno de enseñanzas que suponen el conocimiento de la Ley, la obediencia de la Ley y los sentimientos apropiados a la obediencia de la Ley. Hablo de una ley única, como la Ley de Moisés o la Ley de Manú. Y Occidente no la ha conocido nunca. ¿Cuál es el fin, cuál el sentido de la Ley de Moisés o de Manú? El fin es la pureza; su instrumento, el temor de ser mancillado. El pecado es una inmundicia, una mácula, un obstáculo para la vida. La Ley trae la luz y el agua y el fuego, instrumentos indispensables para la desinfección. Todos los pueblos que la conocen y practican, la exaltan como un bien. La Ley de Moisés tiene tal horror de la mezcla que dice al hombre: «No mezcles el hilo de algodón con el hilo de lana». Sé puro en tu vestidura, puro en tu alimento, puro en tus contactos con hombres y mujeres, puro y límpido en tu cuerpo (rasgos comunes de la Ley mosaica y de la Ley de Manú). Si no eres puro, si tu desdicha es de esta índole, has de lavarte de este modo: haz esto o aquello y serás purificado. ¿dónde tenemos nosotros una ley semejante? ¿Qué ley conocemos nosotros? La ley civil y la ley moral. ¿Cuál es el fin de esas leyes? La utilidad. La utilidad personal o la utilidad social o una mezcla de ambas. Y una vez admitido este fin y este principio, sólo tenemos que deducir racionalmente y seguir el hilo hasta dar con la ley de Kant, donde no se habla en modo alguno del pecado, ni de la purificación, ni de la redención, ni de la salvación.

Pero no hemos hablado de la ley sino en cuanto a su faz exterior. El fundamento de la religión no es social, ni natural. Sus cimientos están en la vida interior. Y la entrada en la

vida interior es el temor, una tercera forma del temor que llamaré *vértigo*. Después del temor-miedo, el temor del castigo, el temor que es respeto, viene el temor que es vértigo. El contacto interior del Dios interior, espiritual, es al mismo tiempo contraste y sentimiento de ese contraste, la revelación abrumadora de nuestra propia pequeñez, de nuestra propia miseria e indignidad. Y esto nada tiene que ver con la lógica o la moral. La experiencia interior de la revelación divina es ese contraste desgarrador, puesto que constituye la unión inverosímil de dos seres totalmente desiguales y opuestos. Y entre ambos, entre Él y yo, media un abismo. ¿Cómo no ha de ser vertiginoso y lleno de espanto ese abismo? Este es el abismo de que habla con palabras de fuego el *Apocalipsis*, que no significa fin, fin del mundo, destrucción, sino sencillamente *revelación*.

Ahora bien, tened presente que las personas que deben temer todo son precisamente las que nada temen. ¡Ah, inquietaos por vosotros mismos si no teméis! El temor-*vértigo* de la unión es semejante al pudor en cualquier amor: quien ignora el pudor ignora el amor. Me objetaréis que en el amor perfecto, en el entendimiento total, ya no hay pudor. Os responderé que el pudor subsiste o debe subsistir; de lo contrario, el amor deriva hacia una familiaridad que engendra el «menosprecio» de que habla Máximo el Confesor, hacia un habito, una vulgaridad, un olvido de lo que existe de más valioso en el amor: su novedad, su extrañeza. Si se borra ese sentimiento de extrañeza, el amor está perdido. Sea como fuere, el amor de Dios es inseparable de esa virginidad perpetua. El contacto con Dios es siempre *primer contacto*, puesto que es el contacto con el principio. Si no es primero, no es amor de Dios.

Quienes más deben temer, decía poco antes, son los que nada temen, los que no sienten vergüenza. ¿Cuáles son las personas que ignoran el pudor y la vergüenza en el amor? La prostituta que acecha en una esquina y a la cual acuden los demás en pos de la vida vergonzosa, ésa no tiene vergüenza: y grita a cada transeúnte su falta de vergüenza. Y nosotros, que desconocemos el temor, que charlamos con tanta facilidad sobre las cosas de Dios sin que el Santo Nombre nos queme la boca, ¿qué estamos revelando si no que las dulzuras místicas y los éxtasis que profesamos se parecen a las delicias amorosas que la prostituta promete al que pasa?

Y Jehová dijo más: *No podrás ver mi rostro: porque no me verá hombre, y vivirá.*

Y dijo aún Jehová: He aquí lugar junto a mi y tú estarás sobre la peña.

Y será que, cuando pasare mi gloria, yo te pondré en una hendidura de la peña, y te cubriré en mi manto hasta que haya pasado:

Después apartaré mi mano y verás mis espaldas; mas no se verá mi rostro. (Éxodo, XXXIII, 20-23.)

Y Jehová le dijo: *Sal fuera, y ponte en el monte delante de Jehová. Y he aquí Jehová que pasaba y un grande y poderoso viento que rompía los montes y quebraba las peñas delante de Jehová: mas Jehová no estaba en el viento. Y tras el viento en terremoto: mas Jehová no estaba en el terremoto.*

Y tras el terremoto un fuego: mas Jehová no estaba en el fuego. Y tras el fuego un silbo apacible y delicado.

Y cuando lo oyó Elías, cubrió su rostro con su manto, y salió, y parose a la puerta de la cueva. Y he aquí que llegó la voz de él diciendo: ¿Qué haces aquí Elías? (III Reyes, XIX, 11-13.)

XII

LA NATIVIDAD
LOS MAGOS Y LOS PASTORES

*3 de enero de 1947.
Calle Saint-Paul.*

HEMOS empezado nuestro comentario en el mes de octubre y desde entonces no hemos girado en torno de este acontecimiento —que es, sin embargo, el inicial— a fin de hacerlo coincidir con la época del año en que lo celebramos.

Mateo, II, 1-12: *Pues cuando hubo nacido Jesús en Bethlehem de Judá en tiempo de Herodes el rey, he aquí unos Magos vinieron de Oriente a Jerusalén,*

Diciendo: ¿dónde está el rey de los judíos, que ha nacido? Porque vimos su estrella en el Oriente, y venimos a adorarle.

Y el rey Herodes, cuando lo oyó, se turbó, y toda Jerusalén con él.

Y convocando todos los príncipes de los sacerdotes, y los escribas del pueblo, les preguntaba dónde había de nacer el Cristo.

Y ellos le dijeron: en Bethlehem de Judá: porque así está escrito por el profeta:

Y tú, Bethlehem, tierra de Judá, no eres la menor entre las principales de Judá; porque de tí saldrá el caudillo, que gobernará a mi pueblo de Israel.

Entonces Herodes llamando en secreto a los Magos, se informó de ellos cuidadosamente del tiempo en que les apareció la estrella.

Y encaminándolos a Bethlehem, les dijo: Id e informaros bien del niño; y cuando le hubiéreis hallado, hacédmelo saber, para que yo también vaya a adorarle.

Ellos, luego que esto oyeron del rey, se fueron. Y he aquí la estrella, que habían visto en el Oriente, iba delante de ellos, hasta que llegando se paró sobre donde estaba el niño. . .

Y cuando vieron la estrella, se regocijaron en gran manera.

Y entrando en la casa, hallaron al niño con María su madre, y postrándose le adoraron; y abiertos sus tesoros, le ofrecieron dones, oro, incienso y mirra.

Y habida respuesta en sueños, que no volviesen a Herodes, se volvieron a su tierra por otro camino.

Lucas, II, 1-20: *Y aconteció en aquellos días que salió un edicto de César Augusto, para que fuese empadronado todo el mundo.*

Este primer empadronamiento fue hecho por Cirino, gobernador de la Siria.

E iban todos a empadronarse cada uno a su ciudad.

Y subió también José de Galilea de la ciudad de Nazareth, a Judea, a la ciudad de David, que se llama Bethlehem; porque era de la casa y familia de David.

Para empadronarse con su esposa María, que estaba preñada.

Y estando allí aconteció que se cumplieron los días en que había de parir.

Y parió a su Hijo primogénito, y lo envolvió en pañales y lo recostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el mesón.

Y había unos pastores en aquella comarca, que estaban velando, y guardando las velas de la noche sobre su ganado.

Y he aquí se puso junto a ellos un ángel del Señor, y la claridad de Dios los cercó de resplandor, y tuvieron grande temor.

Y les dijo el ángel: No temáis; porque he aquí os anuncio un grande gozo, que será a todo el pueblo:

Que hoy es nacido el Salvador, que es el Cristo Señor, en la ciudad de David.

Y ésta os será la señal: Hallaréis un niño envuelto en pañales y echado en un pesebre.

Y súbitamente apareció con el ángel una tropa numerosa de la milicia celestial que alababan a Dios y decían:

Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad.

Y aconteció, que luego que los ángeles se retiraron de ellos al cielo, los pastores se decían los unos a los otros: Pasemos hasta Betlehlem, y veamos esto, que ha acontecido, lo cual el Señor nos ha mostrado.

Y fueron apresurados, y hallaron a María, y a José, y al niño echado en el pesebre.

Y cuando esto vieron, entendieron lo que se les había dicho acerca de aquel niño.

Y todos los que lo oyeron se maravillaron, y también de lo que les habían referido los pastores.

Mas María guardaba todas estas cosas, confiriéndolas en su corazón.

Y se volvieron los pastores glorificando, y loando a Dios por todas las cosas, que habían oído y visto, así como les había sido dicho.

La tradición y las imágenes nos muestran a los pastores y a los reyes en un mismo cuadro, pero como habéis comproba-

do el Evangelio los presenta en cuadros diferentes. Ya al comienzo se plantean dos problemas: ¿Quiénes eran los Magos? ¿Quiénes eran los Pastores? ¿Por qué reyes y pastores fueron advertidos del nacimiento del niño? Es obvio que no sabremos quienes son los pastores ni quienes son los reyes si ignoramos quién es el Niño.

Lo que nos impresiona en este relato es que un acontecimiento que conmoverá la historia y trastornará el mundo ocurra en semejante silencio. Casi nadie lo advierte; tiene lugar en el fondo de una gruta y el protagonista es un niño pobre, tendido sobre la paja. A la hora en que están cerradas las casas, cuando ya no hay sitio en las posadas. Los hombres corrientes, los hombres que trabajan, los hombres de provecho, los poderosos, los ricos, los saciados, los dormidos, la ciudad entera ignora el acontecimiento. Cada uno está acostado en su cama, con las ventanas cerradas, con el cerrojo echado en las puertas. Y la noche, fuera, es fría y hermosa. Y en las posadas, en los lugares de paso, en esos lugares tan semejantes a ese lugar que es el hombre corriente, nadie sabe que el Niño ha nacido. A nadie ha sido anunciado, salvo a los Magos y a los pastores.

¿Quiénes son los Magos? ¿Qué significa magia? *La magia es el poder de la autoridad.* Creo que ésta es una definición correcta. Es el poder del saber de vida: autoridad es palabra que proviene de *auctor*, de *augere*, que significa *aumentar*, hacer crecer. Tiene autoridad el que hace crecer lo que custodia. Tiene autoridad el que hace germinar las simientes a su alrededor. Todos los hombres poseen una semilla de vida espiritual muy escondida; casi siempre se pudre o se seca porque quien la lleva la ignora, porque quien la lleva se ocupa de todo, salvo de esa semilla: y con todo lo que hace, con todo lo que desea, con

toda codicia logra sofocar esa semilla. Tiene autoridad el que consigue revelar esa simiente a quien la lleva, y de tal modo le ayuda a fecundarla, a hacerla crecer.¹ Mago, maestro de Magia es el sabio poderoso. El concepto mismo de Magia es difícil de admitir en este siglo, que es el siglo de la separación. La magia es el *poder espiritual no separado*. En ella, poder y saber son una sola cosa; pensar y obrar son una sola cosa; conocer y vivir son una sola cosa: para nosotros, todas esas cosas son distintas y opuestas, se desarrollan en personas diferentes, se manifiestan en corrientes contrarias. Tenemos una ciencia que ignora la vida, que rechaza y niega el espíritu. La magia es una ciencia que conoce y favorece la vida y afirma el poder del espíritu. Nuestra ciencia es un conocimiento de la superficie y de la forma de las cosas, y de las relaciones exteriores de los cuerpos y de los objetos separados y sometidos a la ley de la oposición. Lo que está separado puede reunirse en el ámbito abstracto por medio de leyes, las leyes mecánicas. Las únicas leyes que

¹La porción desde el principio de este párrafo hasta este punto fué sustituido en la segunda edición por los siguientes dos párrafos:

El mago es aquél que conoce el poder de los signos y los maneja como claves para entrar en los misterios de la naturaleza. Se muestra capaz de ejercer una acción persuasiva e incluso constringente sobre los hombres, las bestias, las plantas, y sobre la sustancia de las cosas. Y al igual que Dios creó las cosas por su Verbo, las *llamó* a la existencia, igualmente el sabio posee el poder de « hacer ser aquello que nombra » y de transformar lo que es.

No hace falta decir que es muy grande la tentación de abusar de tales poderes cuando se los tiene y, para varios que no los tienen, de hacer creer que los tienen. Tan populares son los brujos y los charlatanes que la palabra magia se ha hecho sospechosa. Pero es cierto que sin magia no hay poesía ni religión posibles. El valor de los ritos proviene de una magia divina. Y sea como fuere, los magos de la Epifanía son personajes venerables cargados de misteriosos tesoros milenarios de la filosofía oriental.

conoce el intelecto son las leyes de las cosas que, empujándose unas a otras, se definen por oposición. Dondequiera que las cosas se presentan como unidas y fundidas, el intelecto y la ciencia no penetran. Sólo penetra en ellas por medio del análisis, o sea desintegrando, dissociando, separando: en suma, matando. Por eso nuestra ciencia puede definirse como una ciencia de muerte y una ciencia que lleva a la muerte; desarrolla un poder considerable de disyunción y destrucción. Y todas las obras de paz y de intensa producción se encaminan directamente a la guerra y prolongan la guerra en la paz y la destrucción de la vida, la vida natural y animal, y la destrucción aun más encarnizada de la secreta y espiritual. Pero no es ésta la ciencia que los antiguos sabios conocieron. La ciencia interior que empieza por el conocimiento del hombre, por el conocimiento de lo que existe de esencial en el hombre: no su máquina visible, pero sí la escondida simiente. Ciencia acompañada de poderes, o sea de la capacidad de hacer germinar la simiente. Pero como lo que es esencial, central y oculto en el hombre es asimismo esencial, central y oculto en todas las cosas, el Mago va extendiendo su poder sobre los animales y los elementos. Por eso se dice que Orfeo calmaba las fieras con su canto; por eso nos enseña la historia que los alquimistas eran capaces de transmutar los elementos, o sea que en vez de analizar, descomponer, matar los cuerpos minerales, penetraban su esencia íntima y su oculta vitalidad, y las hacían pasar rápidamente por una evolución, que en la naturaleza y según la corriente ordinaria de las cosas, duraba siglos enteros. Así se definen, en grandes líneas, los Magos que la tradición de los imagineros nos presenta como reyes. Pero sin duda habéis advertido que el texto no habla de reyes; podemos creer muy

bien que los Magos eran filósofos errantes de mantos raídos. La transmutación del oro nunca enriqueció a los sabios que poseían el secreto, puesto que no buscaban la posesión del *oro muerto*. Los alquimistas llaman oro muerto o vulgar al oro que nosotros conocemos, el oro que se acuña. Pero el oro de que ellos hablan es el oro vivo, el oro viviente, el oro de la vida, la simiente fija, la simiente de la luz. Y su manera de transmutar es un arte de jardinero, pues la simiente del oro se planta como una semilla que, una vez plantada, crece y multiplica, crece y se multiplica sólo para el sabio, por obra del sabio y en presencia del sabio. El que sin saberlo quisiera entregarse a la misma operación, únicamente podría cocer y recocer una materia muerta. Todo Mago es rey y las imágenes no se equivocan. Rey en el sentido en que la palabra se emplea cuando se habla del «yo real». El yo real consiste en dominar los sentidos, los poderes del hombre. Y cualquier realeza tiene sólo un prestigio mágico. Si la realeza ha desaparecido casi por completo de la tierra en nuestros días, es porque la realidad mágica ha desaparecido de nuestro mundo: y con ella esa fusión del saber, el poder y la vida (el poder de aumentar la vida mediante el saber y no de disociarla y desearla y dispersarla y mecanizarla). Ahora bien, los Reyes Magos que se representan justamente como ancianos venerables, presentan su ofrenda al Niño: es el homenaje de toda la sabiduría antigua al Príncipe de la nueva sabiduría. ¿Y en qué consiste esa ofrenda, ese tesoro? En el Oro, el Incienso y la Mirra. Los tres principios empleados por los alquimistas, a saber: la Sal, el Azufre y el Mercurio. El Azufre es el poder transfigurador del Fuego, es el principio del Fuego. Para sublimarse, o sea para cambiar de naturaleza, las cosas deben pasar por el Fuego, pero antes (el

paso por el Fuego, como lo habéis advertido, está representado por el Incienso), las cosas han sido lavadas con agua, con el Agua de Vida, como decían los alquimistas: con el Mercurio. Puesto que no se trata sólo de transmutar los elementos minerales, sino principalmente (si no únicamente) los elementos interiores, ya tenemos aquí figurados los dos bautismos de que hemos hablado: el bautismo del Agua, el del Fuego, la Sangre y el Espíritu. En cuanto al Oro, representa la Sal filosofal. La sal es lo que condensa; por eso se asocia a ella la idea de la sabiduría, a la vez *principio concreto* y *principio sabroso*. El Oro, el oro vivo, es el resultado de todas las operaciones de la Sal, del Azufre y del Mercurio. Es la sublimación de la materia. El oro es una gota de luz obtenida del fondo de la materia, y la sal blanca es el principio que subsiste al desechar la materia en bruto, negra. El oro luminoso o rojo, metal o piedra (metal, o sea materia que devuelve la luz; piedra, o sea materia que se penetra de luz y no da sombra) es la materia que ha llegado al límite último de su purificación, densa y clara. Los principios que logran la transmutación son, pues, uno fluido (la Mirra, que representa el mercurio y el agua) y otro volátil (el Incienso, que representa el fuego y el humo, y también el perfume de este humo sutil entre todos: el humo de la transfiguración interior). Pero el objeto es la condensación, la simiente es una simiente densa y de ella brotarán poderes que después de dispersarse en el aire y en la luz confluirán hacia un punto. Y para representar mejor la verdad de lo que acabo de deciros, quien lleva el oro es un Mago de color negro, que representa la materia primera y la tierra madre.

Pero miremos más de cerca el triple tesoro de los Magos como elementos de la vida interior.

La Mirra es el bautismo del agua, el bautismo de Juan, la penitencia y la purificación ascética. Es el Ejercicio.

El Incienso es la Plegaria y el sacrificio, la consumación de la caridad y del fervor, el bautismo de fuego de Cristo.

El Oro es el fruto del trabajo espiritual: la concentración, el principio del ser nuevo, la condensación y la fijación de la Luz.

Y los Magos ofrecen ese tesoro a quien será Rey de los Reyes, Pastor de los Pastores, Mago de los Magos, simiente viva entre todas. Todos los milagros de magia no están destinados sino a desarrollar, a reconocer y a glorificar, a presentir y acercar el retoño verde, la simiente viva de la vida interior, el Niño misterioso nacido en el fondo de la tierra, en la gruta, en medio de la noche, en el momento más oscuro y más frío del año. El Evangelio tampoco da este detalle: la sabiduría de la Iglesia y de la tradición predicó y fijó la fecha del nacimiento haciéndola coincidir con el solsticio hiemal, la puerta fría del año. Es el instante en que los días del sol comienzan a crecer y la simiente de la primavera se hunde en la tierra y ya existe en secreto lo que al cabo de meses verán todos los ojos. Los acontecimientos más profundos ocurren en secreto, y en secreto se condensan los poderes más grandes. Laotzé ya enseña que el tierno retoño es más poderoso que el árbol de tronco macizo y ramas retorcidas: y el niño es más poderoso que el hombre formado. En efecto, todo árbol está ya en la simiente, y todo hombre en el niño. Mas cuánto más existe en el niño y en la simiente, que poseen de todas las dones el más precioso: la fusión de las partes, que irá perdiéndose en el desarrollo a través del tiempo y el espacio. Cuántos poderes existen en el punto secreto que no llegarán a conocer la luz: en el punto se-

creto existe todo. El centro de cada cosa es el centro de todo: y quien llega al centro de sí mismo alcanza el poder de todo, toca el punto del Poder absoluto.

¿Y por qué, con y antes de los Sabios o Reyes o Magos, los Pastores? Los Pastores representaron en la historia humana un papel único. Pensad en el papel legendario y poético que representa el pastor en la erudición griega. ¡Y en la tradición hebrea! La Historia Santa parece desde el principio hasta el fin obra de pastores que eran al mismo tiempo reyes. El Patriarca es pastor, rey y sacerdote; reina sobre el rebaño de los hombres como sobre el rebaño de animales, sobre unos y otros igualmente. El pastor es independiente, vive en las soledades, vive de su rebaño y no necesita de nadie. Está solo bajo el cielo, durante el día y la noche; se guía por las estrellas —como en alta mar— a través de las grandes llanuras. Debe conocer las estrellas y las hierbas. Y los pastores fueron mágicos rústicos hasta los comienzos de nuestros tiempos. Hasta el siglo XVII los calendarios de los pastores son breves tratados de ciencia oculta. Sin duda hay en ellos viles brujerías, pero lo que es bajo fluye siempre desde lo que es alto, y cuando ya no son brujos tampoco son magos.

La breve homilía de san Ambrosio que se lee durante la misa de Navidad desarrolla en pocas palabras el símbolo de los pastores. Los pastores son los que velan en mitad de la noche y preservan el rebaño de las fieras. A ellos hablan los ángeles, a los que velan en la noche y cuidan de sus rebaños y los protegen contra los lobos nocturnos. Los rebaños del pastor son cada hombre, su propio cuerpo, sus propios deseos; y los monstruos nocturnos sus pecados y sus insensatas imaginaciones. Y a los pastores hablan los ángeles, o sea las voces

sobrenaturales. Pero los Magos acuden guiados por la estrella, la estrella que la Tradición llama *milagrosa* y cuyo milagro, sin duda, es un milagro de conocimiento.

Al estudiar el estado del cielo, Copérnico señala que unos siete o seis años alrededor del comienzo de nuestra era el sol entraba en Piscis. Lo que ignoraba Copérnico es que, en efecto, el comienzo de nuestra era no coincide exactamente con el nacimiento de Cristo. Sólo en nuestros tiempos hemos reparado en ese error y así hemos advertido que la entrada del sol en ese signo —que anuncia en efecto la llegada de un Salvador para el mundo— coincide exactamente con el nacimiento de Jesús en Bethlehem. Por eso conocieron los Magos, merced a su ciencia astrológica, el lugar del nacimiento y la calidad de quien había de nacer. Y así fue como la estrella los guió gracias a un milagro del saber luminoso.

Los Magos representan la sabiduría, las vías del saber. Los Pastores representan, en su simplicidad, las vías de la santidad, de la humildad, de la ternura piadosa. Los Pastores representan la realeza sobre nosotros mismos que proviene de la Fe. Los Magos, la realeza sobre nosotros mismos y sobre el mundo que proviene del conocimiento. Por ese motivo, esas dos clases de hombres fueron los primeros escogidos, entre todos los hombres, para conocer el Gran Acontecimiento.

EPIFANÍA

La Borie-Noble, 1969

¡Así pues es fiesta y tenemos el deber de estar alegres! ¡Nuestro deber más religioso es ser felices!

A veces es difícil ser feliz... Nuestro más alto deber es no trabajar... ¿Pero cómo? diréis vosotros, ¡nuestro deber es trabajar!

¡Si, trabajar por nuestra alegría y por la de todos!

Es difícil ser ociosos y alegres mientras tenemos necesidades, preocupaciones, deudas. Es imposible estar alegres cuando se piensa en tantos hombres en la desgracia de la guerra... .

Todos los pueblos dicen: Estemos alegres en el día de la fiesta. ¿Qué significa eso?

«Hijos míos, dice san Pablo, ¡estemos siempre alegres!»

San Pablo lo decía cuando las persecuciones... sobre los cristianos, se lo decía a gente que iba a ser echada a las fieras al día siguiente.

Nosotros hemos leído en la oración de las 10 el saludo de un santo que, en la víspera de su martirio, exhorta a sus amigos a regocijarse.

La alegría no es la buena-hora. La buena-hora es una buena fortuna, un azar. Si las gentes tienen buena-hora, es que, por azar, están a gusto, lo cual viene de afuera. No es de ese buena-hora de lo que se nos puede dar la obligación. Si se nos ordena la alegría con tanta insistencia, es que esta alegría debe venir de dentro. Es la alegría lo que intentamos alcanzar. Si no llegáis a ella, tendréis que aparentarla.

No es por hipocresía, sino gracias a un triunfo sobre sí mismo, que se permanece sereno y sonriente en las calamidades.

Hablemos hoy de la Epifanía. Palabra admirable: no hace falta saber griego para cogerle el sentido. En nuestro idioma, *diáfano* se dice de una cosa transparente.

Otra palabra que responde al mismo sentido es la palabra *revelación*, pues dice el velo y la transparencia del velo.

A través del velo la luz aparece. A través de qué velo A través del velo de las palabras, de los símbolos, de las personas, de los acontecimientos, de los objetos, que son todos signos y palabras. A través de ellos trasparece el *Sentido*.

Se le podría dar el nombre de fanía a toda la Revelación, toda la Biblia es fanía. *Epi* significa: *de más* o también: para después. ¿Qué quiere decir eso? Quiere decir revelación hecha a los Gentiles, a los no-Judíos. El Antiguo testamento es la revelación a los hijos de Israel, al pueblo de Dios. Desde el principio el pueblo de Dios ha estado consagrado a Dios, Dios habló directamente a sus padres: Patriarcas, Legisladores, Jueces, Reyes, Profetas, Su Libro lo testimonia. «Dios dice: Yo, Tu Dios...» Este pueblo ha guardado celosamente su herencia en medio de vecinos hostiles que ardían en deseos de exterminarlo y esta Palabra de Dios tenía un lado maravilloso y un lado severo, sacrificial. Su minuciosa exigencia sobre todos los gestos de la vida, restrictiva, opresiva, te forma, te impide hacer, e incluso pensar ciertas cosas: es un recuerdo perpetuo. Vosotros, Hijos del Arca, sabéis lo que es el «recuerdo». A cada instante debes acordarte de ti mismo y de esa forma de Dios. Su ley recuerda sin cesar al israelita que él le pertenece a Él, por los siglos de los siglos.

Y un día por fin se cumple la aspiración eterna de este Pueblo. ¡El Mesías esperado viene! Y ya los Profetas anunciaban que la venida del Mesías sería la extensión a toda la tierra de

la Revelación del Dios de Israel.

Pero cuando se yergue el Profeta judío la que el mundo entero iba a prestar oídos, el Pueblo judío no lo reconoce, y esto en virtud de la Ley, de las Prohibiciones, de las Profecías que le preparaban a reconocerle.

«Yo he venido, dice el Cristo, a cumplir la Ley y no a abolirla.» En realidad este cumplimiento era completamente diferente de lo que entendían sus contemporáneos. Este cumplimiento les parecía a ellos una abolición.

El nuevo les ofende en su apego a las formas de la tradición, el Mesías les decepciona en sus esperanzas terrenas. Ellos se ponen de acuerdo con los paganos para crucificarle. En lugar de lanzarse a la conquista espiritual del mundo, hecho posible por la unificación romana, se lanzan a la revuelta y se hacen aplastar. De ello resulta la ruina del Templo y la dispersión definitiva del Pueblo judío, y lo que podría haber sido la expansión se convierte en el anquilosamiento de la forma hebraica.

A partir de entonces el Pueblo de la Revelación es un vaso que se rompe y esparce su sustancia y su esencia. Su sustancia se esparce por el mundo entero bajo la forma de grupos de Hebreos fieles que forman sinagogas (escuelas y lugares de oración y no templos). Su esencia, su perfume, no fué otro que la Cristiandad, la cual comenzó en las sinagogas de la Diáspora (Dispersión).

En aquellos tiempos el espíritu profético de Israel, bajo la forma de apostolado cristiano, se dirigió igualmente a los hebreos y a los gentiles, y acabó por dirigirse solamente a los gentiles. ¿Sabéis todos vosotros el sentido exacto de esta palabra?

El sentido corriente es el de *cortés, amable, gracioso*: la palabra viene del latín *gens*, que quiere decir *familia* y sobre todo *familia noble*. Se la encuentra en gentilhomme y en gentleman. De hecho es eminentemente noble el permanecer sonriente hasta en las tribulaciones, cortés incluso en la cólera y el combate, mientras que aquél que se apoca (achane), hace muecas o gruñe se muestra « villano » e « innoble ».

Pero el « gens » latino significa también *gentes, pueblos, naciones*, y éste es el sentido que nos interesa aquí. El término hebreo Goïm, se traduce más bien por las « Naciones ».

Cuando una judía toma por esposo a uno de entre nosotros y presume con sus congéneres, contándoles los hechos y gestas de ese ser, ella le designa con una tierna ironía bajo el nombre de « mi goÿ ».

Los Goïm son esos extranjeros, orientales, griegos, latinos o bárbaros. Esos paganos de malos modales con costumbres extrañas, si no abominables, de ritos impíos, de creencias aberrantes incluso cuando pretenden apoyarlas sobre la Biblia... En breve, la opinión de los judíos sobre los gentiles resumida en la palabra « Goïm » es apenas más gentil que la de los llamados gentiles sobre « los Judíos ».

Es en medio de estas « naciones » donde después de la destrucción de Jerusalén los hijos de Israel deben subsistir en oscuros agrupamientos minoritarios en los barrios reservados, rodeados de desconfianza, golpeados por numerosas prohibiciones, cargados de maldiciones y considerados como la causa mágica de todas las calamidades naturales o sociales, — perseguidos y masacrados de una época a otra, obstinados a pesar de todo a sobrevivir y a permanecer ellos mismos.

Aquí es el lugar de regresar sobre lo que hemos dicho sobre

la substancia y del perfume que, surgidos juntos del vaso roto, van a separarse más y más.

Después de la Diáspora el espíritu profético de Israel parece agotado. Todo su esfuerzo religioso se concentra sobre el esfuerzo heroico de mantenerse fiel a la ley y a las observancias, a guardarse de la contaminación por las costumbres extranjeras.

Sin embargo hay algunos que piensan que el papel de Israel no es el de defenderse y de cerrarse sobre sí mismo, sino el de intentar la conquista de las naciones esparciendo el mensaje profético de Cristo. Tales son los Apóstoles.

Las naciones tenían sed de este mensaje que prende en ellas como el fuego. Cada apóstol convirtió a centenas de Gentiles que a su vez convirtieron a miles y millones aunque, desbordados por el éxito de su obra, el apóstol se encuentra absorbido por la masa de sus conversos al mismo tiempo que su comunidad de origen le persigue. Desde el primer siglo, el apóstol se hace perseguir por la sinagoga y deja de ser judío. El perfume se separa de las substancia y va a impregnar el mundo occidental entero.

¿Cuál es la relación con la fiesta que celebramos?

Este episodio que todos vosotros conocéis: He aquí hombres sabios del Oriente, Magos, que vienen a preguntar: ¿dónde está el niño? Y que vienen a traerle presentes. Es el anuncio de lo que va a ser: la gran conversión del mundo no judío. Estos Magos son los no-judíos que saben, por vías distintas a los Libros Santos, que el Salvador del mundo debe venir. Ellos llegan y le preguntan a los rabinos y a Herodes: Dinos, ¿dónde está el Niño? Inmediatamente todo Jerusalén es turbado y los rabinos responden sin dudar: debe nacer en Belén, la ciudad

de David, pero no saben cuando.

Los otros no sabían el lugar pero sabían que había nacido, gracias a las estrellas. La conjunción era tal que en esta época precisa y aproximadamente en este lugar, debía nacer. El Mago es un astrólogo, un maestro de la vida interior, un inspirado, un meditador. Existe eso, pues, fuera del Pueblo elegido? Eso ha sido el gran asombro de los apóstoles educados en la convicción de que el Pueblo de Dios era el único que conocía las cosas de Dios. Jesús también, en tanto que hombre, se maravilla de la fe del centurión... Pedro es invitado a casa de un romano, ¡un pagano! ¡no! puesto que se ha convertido, pero conserva sus costumbres de pagano. Entonces, yo, judío, ¿puedo cenar sin cumplir los ritos? Y puedo cumplir estos ritos sin perder a mi neófito?... Pedro de Tarso es más alerta, él los conoce, ¡a los paganos! él se los encuentra todos los días bajo los pórticos de Tarso. Tenía amigos entre ellos. Los dos apóstoles disputan. Pedro termina por ceder a la razón práctica...

Así, la Epifanía es la revelación transmitida a los no-hebreos. Por tanto, para nosotros, no-judíos, esta es la verdadera fiesta de Navidad. Para nosotros, los Gentiles (quiera Dios que merezcamos ese nombre), esta es nuestra Fiesta. Es también una fiesta especial del Arca. Si quisiéramos definir el Arca, diríamos que es el Arca de la Epifanía.

El Arca a caballo de todas las religiones, de todas las tradiciones. Lista a desollar, tanto como sea posible, las formas tradicionales de la religión en la que fuimos educados, para ir a encontrar a otros. Sobre mi cayado figuran, entre los retratos de familia, los Reyes Magos. Nuestra nobleza es muy antigua, se remonta a Melquisedek, del cual no se sabe de dónde viene,

que celebra el Sacrificio del Pan y del Vino, a quien Abraham rinde homenaje y del cual él recibe la bendición. Por tanto nosotros enlazamos con la primera Alianza de la cual la alianza hebraica es un paréntesis.

Yo recomiendo a los compañeros que quieran hacer un peregrinaje, ir a Milán a visitar la tumba de los Reyes Magos. Los tres juntos, se entiende, pues iban juntos, dormían juntos... Se les ve así en el tímpano de Autun, durmiendo bajo la misma cubierta, su corona suspendida en el mismo porta-manto. Ellos deben haber muerto el mismo día y deben, lógicamente, haber sido enterrados en Milán juntos, y la prueba es el bello mármol dónde esto está escrito.

Si pertenecemos a esta tradición, esta tradición de la Transparencia, entonces ¡debemos estar siempre alegres!

XIII

EL MISTERIO DE LA NAVIDAD

*18 de diciembre de 1947.
Calle Saint-Paul.*

MIS queridos amigos, nos apercibimos a celebrar la Navidad, pero contentarnos con festejos aderezados con chocolate no sería una buena manera de celebrarla. Las fiestas son esos grandes momentos de suspensión que nos aguardan en las encrucijadas, en los puntos cardinales del año. Las fiestas son misterios. Los misterios no son algo que no debemos intentar comprender: por el contrario, tenemos el deber de reflexionar y meditar acerca de ellos.

La Navidad es la fiesta de la Encarnación, o sea el descenso de lo más alto a lo más bajo. El signo de un trastocamiento eterno y secreto.

Ya hemos hablado de los Pastores y de los Magos; ya hemos dicho por qué, únicos entre los humanos, conocieron el gran misterio, el misterio oculto a los hombres de dinero, oculto a los hombres de saber, oculto a los hombres del deber, oculto a los hombres de poder, oculto en el lugar más oculto, oculto

en el hueco del infierno, oculto en el fondo de la noche, oculto en el fondo de la tierra, en una gruta.

No hemos hablado de la gruta, no hemos hablado del pesebre y de la paja, no hemos hablado de la Virgen, no hemos hablado del Niño, no hemos hablado del buey y del asno, testigos inconscientes, pero no insignificantes, iniciados en el corazón del hecho. Empecemos por ellos, por esas dos bestias que los imagineros nunca olvidan. Aunque no las cite el Evangelio.

El asno y el buey son la humanidad ignorante y laboriosa, la que prepara el gran acontecimiento; es la fatiga y el dolor en la gran masa humana, en la masa sin rostro. Por eso esta humanidad no se presenta con cara de hombre, sino con hocico de bestia. Y con su aliento humeante da calor al niño desnudo.

La gruta, la entrada de la gruta, es la introducción al Misterio. La gruta está en el interior del monte y el monte es el impulso de la tierra hacia el cielo. La gruta es el reverso del monte, el alma de ese cuerpo. Y si el monte es la altura, la gruta es la profundidad. Los santuarios más antiguos de la humanidad son, en verdad, grutas. Los lugares más santos de la India son, aún hoy, las Cuevas del Himalaya. Los templos hindúes son imágenes geométricas del monte. La gruta de Lourdes es la última consagrada, pero tiene tras sí una larga ascendencia. Las grutas eran los lugares escogidos para los misterios antiguos, que se desarrollaban en torno del grano de trigo y del fruto de la vid. Los laberintos de Egipto eran grutas geometrizadas. La gruta es el vientre y la vulva de la tierra, el lugar de las concepciones.

La gruta es, pues, una introducción al misterio de la Virgen Madre. La importancia cada vez mayor de este culto en

la Iglesia desagradó a algunos cristianos, que vieron en él una reminiscencia pagana. La crítica profana ha reabierto en nuestros días ese proceso y, según parece, ha dado con la identidad del personaje: la joven de Nazaret llamada María creció para después borrarse al punto de confundirse con la Gran Madre adorada en Creta, con la Afrodita de Chipre, con Seres, con Isis, con la Cali de los hindúes. Y ha vuelto a encontrársela en el fondo de los Hipogeos egipcios, con su divino hijo en el regazo, y ha vuelto a encontrársela en la China y el Japón. . . Más aún, se ha descubierto que las vírgenes negras de los santuarios más frecuentados por la cristiandad podrían ser muy bien estatuas drúidicas bautizadas. El color negro, de acuerdo con la simbología tradicional, evidentemente representa en ellas la tierra, así como el verde de las túnicas que las cubre es imagen de la vegetación.

¿Habrá que repudiar esas analogías con horror puritano o, por el contrario, aceptarlas con poética indulgencia? Creo que lo fundamental es mostrarnos rigurosos en cuanto a las distinciones esenciales. Por lo demás, la Santísima Virgen no es en modo alguno una diosa: no la adoramos, sino que adoramos a Dios en ella. Por alto que sea su lugar en la jerarquía celeste, no está incluida en la Trinidad, que es la suprema intimidad divina. Y no pierde su condición de mujer. Como mujer es simbólicamente mucho menos que una diosa. Pero concretamente es mucho más, puesto que es, mientras que las diosas no son. Y asimismo es la puerta por la cual entró Dios en este mundo.

No es posible decir que se trata de un mero objeto propuesto a un movimiento de piedad milenario y por lo general humano. Es preciso admitir que la realidad de este objeto, y

sin duda la vida y la santa voluntad que en él residen, transmutaron activamente la índole de esa piedad y mudaron su dirección.

La Virgen no es, como las diosas, una personificación del Amor, del Poder y de la Gloria, sino la encarnación de la pureza en el Amor, de la delicadeza en el Poder y de la humildad en la Gloria. Es, por lo tanto, un filtro y la plegaria se purifica al pasar por él. La virgen es el espejo de justicia que no podemos contemplar sin que nos lleve hasta nosotros mismos. Pues no hemos de encontrarla en el cielo exterior y remoto, pero sí en la sombra del corazón, en el secreto de nuestra humanidad, Arca de la Alianza, torre de marfil, morada de oro, causa de nuestras delicias, ánfora espiritual, alma nuestra.

En cuanto al Niño, no es tan solo niño y santo, sino también Dios. Es, sin embargo, un niño desnudo, un niño pobre, un niño nacido fuera de su casa, un niño que no tiene siquiera lo que tiene el hijo del campesino el día de su nacimiento: una cuna. Ese tendido en el pesebre, entre el oro pobre de la paja. Y qué pobre es, en verdad, el oro de la paja; es la materia más seca, más muerta, más común, y a pesar de ello tiene el aspecto de la cosa más preciosa. El pesebre, con el Niño en el centro, es una reducción, una imagen, un trastocamiento del sol escondido en el hueco de la tierra helada. El niño irradia entre la paja. . . Oh, no brilla con luz deslumbrante, sino con una luz filtrada, trémula como la de una bujía. Y la bujía debe protegerse entre las manos para que no la apague una corriente de aire. Tal es la nueva imagen de Dios, la imagen absolutamente nueva del Todopoderoso; tal es la inversión y el escándalo, la locura para los paganos de antaño y los paganos de hoy. Porque está inerte y necesitado; porque está desnudo y escondi-

do; porque podríamos aplastarlo de un puñetazo, acudimos y nos arrodillamos frente a Él. Y por eso nos atrae con seducción tan intensa; por eso nos arrebató desde dentro como el anzuelo en la boca del pez.

No fue así como Dios se presentó por vez primera a los hombres. Al comienzo se presentó con la imagen ruidosa del Trueno, con la imagen brillante del Sol. Terrible, y destructor, y hasta incomprensiblemente cruel en ocasiones, más poderoso. Era el Dios viviente, el Señor de los Ejércitos. Y así permanece: es el Todopoderoso, el Padre Eterno, el Rey del Cielo, el creador del Cielo y de la Tierra, el creador del Cielo y del Infierno, el que viene de la Muerte y acude en el Juicio, el que pasa en el fuego y las plagas, el que destrozará a los reyes como vasos, el que golpea a los fuertes con su vara de hierro, el que romperá los cuellos erguidos, el que sondea los corazones, el que nadie consigue rehuir, el que hace su voluntad sin dignarse explicárnosla. Aún permanece en la eternidad el Dios terrible y celoso, el Dios que nos quiere enteramente y nos ama hasta la muerte, el Dios que es como un fuego devorador. Pero súbitamente se nos muestra con otra forma, y de exterior, celeste y solar, tórnase terrestre, interior, tierno, hasta débil. De modo que nos arrebató desde lo alto y nos toma desde abajo. Para adorarlo tendremos, pues, que trastocar el orden de nuestros sentimientos, invertir la escala de los valores y el sentido de nuestro amor. La Navidad abre nuevas perspectivas, crea nuevas dimensiones para que, según dice san Pablo, «Conozcamos la altura, la anchura, la longitud y la profundidad de nuestro amor». Es un amor nuevo que ignoran los paganos este amor revelado en el Misterio de este Nacimiento. Un amor que nos llama a un segundo nacimiento, a

un nacimiento celeste en la carne, en el tiempo, en el siglo, en este mismo corazón nuestro y en este cuerpo de siempre: nos llama a nacer, a renacer nosotros mismos.

El Misterio de la Pascua es el de la resurrección en el otro mundo, pero el Misterio de la Navidad es el de nuestro segundo nacimiento en este mundo, el de la entrada al Reino de los Cielos que es en nuestros corazones, el de la introducción al conocimiento del Cristo que está en nosotros y que es nosotros mismos:

«Ese Otro que es, en nosotros, más nosotros mismos que nosotros»...¹

¹Cet Autre en moi plus moi même que moi. PAUL CLAUDEL.

XIV

EL NIÑO

LA DEGOLLACIÓN DE LOS INOCENTES

*10 de enero de 1947.
Calle Saint-Paul.*

A LA entrada de la caverna, Elías sintió levantarse un gran viento que desbarró el monte y rompió las rocas, y Dios no estaba en el viento; hubo después un temblor de tierra, y Dios no estaba en el temblor de tierra; atravesó después un fuego y el Señor no estaba en el fuego; oyóse al cabo un silbo dulce sutil, y el Profeta se cubrió la cabeza con el manto, pues Dios estaba en el silbo dulce y sutil. Tal es el Niño: un silbo dulce y sutil en el cual está Dios.

Es natural que la adoración humana acuda a lo que es fuerte y brillante. Pero hay algo más fuerte que la fuerza: pues toda fuerza encuentra otra que la limita y anula, mientras que lo infinito ignora la fuerza y la flaqueza. Así, la fuerza que es más fuerte se muestra a los ojos del mundo como una flaqueza y una dulzura. Para los ojos del mundo, es desdeñable: por eso el Niño nace en lugar oculto, entre la paja, de padres humildes

y oscuros. Ninguna casa lo recibe, ni siquiera una posada; y nace durante un viaje, sin que nadie, salvo algunos extranjeros, conozcan su nacimiento. Ésta es la gran enseñanza que Cristo ha venido a traernos. Mas Cristo dice de sí mismo que no ha venido a trastocar la ley, sino a cumplirla. La verdad es que encontramos esa enseñanza en todas las religiones, en todos los climas, y expresada de otras mil maneras. Que la vida espiritual sea cosa íntima y secreta, que incite al despojo y a la pobreza, que no halague los ojos mediante una apariencia deslumbrante, es cosa que los monjes de todos los tiempos y todos los países enseñaron siempre. Que Dios no sea únicamente un juez terrible, sino también un padre, es cosa que todas las religiones enseñan. El Dios principal de los paganos se llamaba Júpiter, es decir Jov Pater, «el padre de los dioses y de los hombres», según Homero. Llamarlo Padre Nuestro no es, por lo tanto, una novedad. Pero las cosas eternas nunca son nuevas y siempre son nuevas: siempre tienen el gusto de la fuente, siempre provocan la perplejidad de la novedad. Pero esta perplejidad no pasa como pasa el asombro que sentimos ante lo nuevo, pues una novedad repetida dos veces ya no es novedad, mientras que una verdad repetida mil y mil veces es cada vez más nueva y cierta.

Nuestro propósito no es dar una enseñanza religiosa particular sino insistir en lo que tienen de común todas las enseñanzas religiosas a partir de estos puntos.

Dice san Agustín: «La que hoy llamamos religión cristiana ya era conocida desde el comienzo de los tiempos; pero la llamamos Cristiana desde que Cristo se encarnó». Cuando una religión se convierte en sociedad —o sea en templo, casta, secta— entabla transacciones con el Príncipe de este Mundo

y el sentido íntimo, sin perderse del todo, se encubre bajo un manto de hierro más o menos incrustado de joyas. Y la fuente secreta de toda religión se seca. Por eso quienes aspiran intensamente a ella se muestran como asombrosos revolucionarios. Y en efecto son reveladores, aunque no digan nada que no sepamos desde siempre, nada que no sepamos por nosotros mismos. Sus revelaciones consisten en auxiliarnos a conocer lo que ya sabíamos. «Existe una verdad que no conocerás por los demás», decía Marpa. Esta verdad es la que enseñan los grandes maestros. No la enseñan directamente. Nos enseñan a aprenderla por nosotros mismos, nos enseñan a concentrarnos en nosotros, a descender en esa gruta escondida, a buscar en ella una fuente de vida cuando hayamos habituado nuestros ojos a la oscuridad del lugar. Ocurre, asimismo, que la religión degenera en otro sentido y su enseñanza, en vez de secarse, se pudre y en vez de hacerse cada vez más distante y terrible, la figura divina se hace en nosotros cada vez más vacua y blanda. Al cabo de ese proceso acabamos reemplazando a Dios por eso que las gentes de hoy llaman Ideal. El Ideal es el dios absolutamente despojado de toda vida, de toda realidad, de todo valor. Es el dios que no permite esperar gracia, el dios cuyo juicio no puede temerse, el dios muerto, el dios de los muertos. A este vacío se dirige una piedad sin dirección, una especie de residuo de todas nuestras ternuras sin destino y de todos nuestros instintos mal guiados. Esta piedad desvaída admirablemente por medio de la estatuilla de yeso, la oleografía devota y los himnos que nos abrevan so pretexto de satisfacer nuestra sed de perfección y de hacernos adorar al Perfecto. Entonces es cuando debemos recordar que ese Niño inocente, pobre, pequeño, no es un motivo de

indulgencia sentimental y familiar. Ese Niño está destinado a un fin trágico; asimismo, cuando el profeta Elías oye el silbo dulce y sutil siente la necesidad de cubrirse la cabeza con el manto, pues no lo aterra el viento, ni el temblor de tierra, ni el fuego, sino precisamente el silbo dulce y sutil.

Y en efecto, Mateo (II, 16) completa el relato de la Navidad con lo que sigue:

Entonces Herodes, cuando vio que había sido burlado por los Magos, se irritó mucho. Y enviando hizo matar a todos los niños que había en Bethlehem y en toda su comarca, de dos años y abajo, conforme al tiempo, que había averiguado de los Magos.

Entonces fue cumplido lo que se había dicho por Jeremías el profeta, que dice:

Voz fue oída en Ramá, lloro y mucho lamento: Rachel llorando sus hijos, y no quiso ser consolada, porque no son.

Las crónicas de la época no registran ninguna matanza de niños por parte de Herodes. Por lo demás, de los cuatro Evangelios sólo uno habla de tal matanza. Ciertamente que Judea es una provincia perdida y Bethlehem una ciudad sin importancia. No es imposible que haya ocurrido una matanza. Pero cierta o no, su valor es simbólico, como todo lo que relata este libro.

¿Os acordáis del nacimiento de Krishna? Habían anunciado al rey Cansa que de la descendencia de los Yadú nacería un niño que lo mataría, y el rey Cansa hizo matar a los siete hijos primeros de Devaki, su nieta. Cuando supo que había conseguido huir con su octavo hijo, Cansa hizo degollar a todos los niños de la raza de los Yadú. Un monje recitaba este pasaje del Prem Sagam a un rey penitente, que le preguntó: ¿Por qué debía acumular Cansa crimen sobre crimen? Y el monje respondió: Para que Dios se encarnara más pronto.

Por una economía de la naturaleza difícil de comprender, por una justicia de Dios difícil de admitir, la Matanza de los inocentes es en cierto modo el precio de la Navidad.

En el texto que os he leído veo un ligero error de traducción. El profeta no dice que Rachel llore a sus hijos y no quiera ser consolada porque ya no existen. Dice: no quiere ser consolada *porque no son, quia non sunt*. Puesto que toda la historia, real y verídica, es al propio tiempo una alegoría de la vida interior, preguntémos: ¿Quiénes son los inocentes que han de perecer para que nazca en nosotros el Niño divino, para que ingrese en nosotros la inocencia absoluta, la inocencia consciente? ¿Quiénes son los que deben perecer sin haber siquiera vivido? ¡En todos nosotros hay inocentes! Astutos conversadores, diestros cantores, hábiles seductores, personajes apreciados en el mundo, personajes llenos de saber y de gracia. Personajes que, unos después de otros o todos a la vez, se llaman yo y no son yo ni nada que *no son*, como dice el Profeta. Pues son las máscaras y los disfraces con que me presento ante el mundo y en los cuales, ciego dormido que suena, creo reconocerme. Todos ellos, con sus risas, sus palabras, sus actos, su prestigio y sus dones, deben morir o reservarse para el sacrificio esta es la verdad trágica acerca de la condición humana que expone este breve relato Pues los ignorantes asesinados han caído en lugar de un inocente que se salvará, aunque sólo para ser a su vez sacrificado. ¿Quién mata a los inocentes? Herodes, el avaro, el celoso, el tiránico, el estúpido, el cobarde. Herodes es el tirano que los pérfidos entronizan en sí mismos y que se encarga de matar en sí mismo y en los demás. La palabra *matanza* y la palabra *sacrificio* son dos facetas de la misma palabra y de la misma cosa. Los inocentes están consagrados a

una o a otra cosa; y el que no ha sido sacrificado no rehuye la muerte. El mal es la muerte de lo que no quiere morir. El bien, el bien absoluto, es la muerte de lo que quiere, de lo que debe morir.

En la Matanza de los Inocentes hay como una figuración del *Sacrificio del Inocente*. Es como la sombra que proyecta un cuerpo situado en la luz. Pero entre ambos extremos se presenta a nuestra memoria un símbolo no menos intenso que los une: es el *Sacrificio de Abraham*. Lo que Herodes hace movido por los celos, la cólera, el miedo, la ambición y la indiferencia hacia el objeto sobre el cual han de caer sus golpes, Abraham está dispuesto a hacerlo en su hijo Bienamado, con su primogénito único.

Os leeré ese relato que todos conocéis. Es una de las páginas más conmovedoras del Libro Sagrado. Tratad de escucharla como si nunca la hubierais oído hasta hoy, cosa que dependerá de vosotros mismos. Os leeré lentamente, porque tengo entre manos una edición vieja y casi ilegible, una vulgata en latín que iré traduciendo:

Tentó Dios a Abraham y le dijo: Abraham. Y él respondió: Héme aquí. Y dijo: Toma ahora a tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas, y vete a tierra de Moriah, y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te diré. Y Abraham se levantó muy de mañana y enalbardó su asno, y tomó consigo dos mozos suyos, y a Isaac su hijo: y cortó leña para el holocausto, y levantóse, y fue al lugar que Dios le dijo. Al tercer día alzó Abraham sus ojos y vió el lugar de lejos. Entonces dijo Abraham a sus mozos: Esperaos aquí con el asno, y yo y el muchacho iremos hasta allí, y adoraremos, y volveremos a vosotros. Y tomó Abraham la leña del holocausto, y púsola sobre Isaac, su hijo: él tomó en su mano el fuego y el cuchillo; y fueron

ambos juntos. Entonces habló Isaac a Abraham su padre, y dijo: Padre mío. Y él respondió: Héme aquí, mi hijo. Y él dijo: He aquí el fuego y la leña, mas, ¿dónde está el cordero para el holocausto? Y respondió Abraham: Dios se proveerá de cordero para el holocausto, hijo mío. E iban juntos. Y como llegaron al lugar que Dios le había dicho, edificó allí Abraham un altar, y compuso la leña, y ató a Isaac su hijo, y púsole en el altar sobre la leña. Y extendió Abraham su mano, y tomó el cuchillo, para degollar a su hijo. Entonces el ángel de Jehová le dio voces del cielo, y dijo: Abraham, Abraham. Y él respondió: Héme aquí. Y dijo: No extiendas tu mano sobre el muchacho, ni le hagas nada, que ya conozco que temes a Dios, pues no me rehusaste tu hijo, tu único.

La intención del sacrificio basta, pues la renunciación es total, ya que el sacrificio está cumplido: el Eterno lo recibe en secreto porque el hombre lo ha cumplido en secreto. Y esto nos demuestra que si queremos ver admitida nuestra plegaria y si queremos que el ojo de Dios penetre en nuestro interior debemos sacrificar desde el fondo del corazón aquello que más amamos: eso y no otra cosa.

Y si pensamos que Dios es un maestro muy duro recordemos a fuer de cristianos que Dios Padre no encontró un ángel que apartara su brazo cuando Él mismo dio al mundo y sacrificó a su Primogénito.

XV

LAS BIENAVENTURANZAS

*17 de enero de 1947.
Calle Saint-Paul.*

EL Evangelio encierra tres clases de enseñanzas. La primera es la que podríamos llamar *enseñanza de vida*: que se imparte mediante los hechos y los gestos porque la historia misma del Señor es íntegramente simbólica y significativa. La segunda es la *enseñanza velada*, que se imparte por medio de parábolas, imágenes, historias. Era la enseñanza reservada a las multitudes. La tercera clase de enseñanza es la *enseñanza descubierta*, la afirmación pura y simple de los fundamentos de la ley espiritual, sin explicación ni comentario.

Hasta ahora hemos comentado el bautismo, la navidad, la aparición de San Juan Bautista, la tentación en el desierto. En todo ello no puede haber sino enseñanza de vida. Hoy entramos en el corazón de la enseñanza descubierta pues leeremos juntos el capítulo V de Mateo y el VI de Lucas que son lo que se llama el Sermón de la Montaña.

Mateo: *Y viendo Jesús a las gentes, subió a un monte, y después de haberse sentado, se llegaron a él sus discípulos.*

Y abriendo la boca les enseñaba diciendo:

Bienaventurados los pobres de espíritu; porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados los mansos; porque ellos poseerán la tierra.

Bienaventurados los que lloran; porque ellos serán consolados.

Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia; porque ellos serán hartos.

Bienaventurados los misericordiosos; porque ellos alcanzarán misericordia.

Bienaventurados los de limpio corazón; porque ellos verán a Dios.

Bienaventurados los pacíficos; porque hijos de Dios serán llamados.

Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia; porque de ellos es el reino de los cielos.

Y Lucas: *Y aconteció en aquellos días, que salió al monte a hacer oración, y pasó toda la noche orando a Dios.*

Y cuando fue de día, llamó a sus discípulos; y escogió a doce de ellos (que nombró Apóstoles). [Salto el pasaje en que enumera a los doce.]

Y descendiendo con ellos, se paró en un llano. [salto otro pasaje en que se habla de la multitud que allí encontró.]

Y él, alzando los ojos hacia sus discípulos, decía: Bienaventurados los pobres porque vuestro es el reino de Dios.

Bienaventurados los que ahora tenéis hambre; porque hartos seréis. Bienaventurados los que ahora lloráis; porque reiréis.

Bienaventurados seréis, cuando os aborrecieren los hombres, y os apartaren de sí y os ultrajaren, y desecharen vuestro nombre, como malo por el Hijo del Hombre.

Gozáos en aquél día, y regocijaos, porque vuestro galardón grande es en el cielo; porque de esta manera trataban a los profetas los padres de ellos.

Mas, ¡ay de vosotros, los ricos; porque tenéis vuestro consuelo!

¡Ay de vosotros los que estáis hartos; porque tendréis hambre!

¡Ay de vosotros, los que ahora reís; porque gemiréis y lloraréis!

¡Ay de vosotros, cuando os bendijeren los hombres; porque así hacían a los falsos profetas los padres de ellos!

Cuando Jesús hablaba así en el monte, ese monte se reflejaba en el mar de Galilea, que bañaba sus pies. Y la imagen invertida de la montaña en el lago terso se parecía a la montaña. En su enseñanza, asimismo, en la enseñanza descubierta, hay una inversión parecida. La primera afirmación revelada, la primera enseñanza directa es que todos los que quieren iniciarse en los misterios del espíritu deben aprender a invertir todas sus maneras de ver, sus maneras de hacer, la dirección de sus deseos, el diseño de su vida. Acaso seguirán las mismas leyes y mostrarán en la nueva vida un carácter semejante al que ya habían revelado en la vida natural, pero al mismo tiempo hay similitud e inversión.

¿Qué desean los hombres en la vida? Ser ricos, ser felices, ser prósperos, ser sabios, ser admirados, ser rodeados. Y en los portales del espíritu se les dice: bienaventurados seréis si nada de eso os ocurre, y aún si os ocurre lo contrario: bienaventurados seréis si os mantenéis pobres, si estáis afligidos, si sois denigrados, si la injusticia os hiere y os persigue.

Precisemos exactamente el plano en que es preciso situar esta enseñanza. Ambos Evangelistas lo definen claramente cuando hablan del monte y la meseta. El primero dice: *Y viendo Jesús a las gentes, subió a un monte, y después de haberse senta-*

do, se llegaron a él sus discípulos. Y abriendo la boca, les enseñaba. Es evidente que Jesús se aleja de la multitud, sube a un monte, que es lugar inaccesible, y se dirige a sus discípulos, solamente a ellos. De lo contrario hubiese hablado por medio de parábolas y de manera velada, de modo que no entendieran los que no deben entender y que no vieran los que no tienen ojos para ver. Esta enseñanza se revela en secreto: es una primera enseñanza de los misterios.

El segundo Evangelio no es menos explícito: *Y aconteció en aquellos días, que salió al monte a hacer oración, y pasó toda la noche orando a Dios. Cuando fue de día, llamó a sus discípulos; y eligió a doce de ellos.* Vemos así que esta enseñanza es la primera, fundamental y preparatoria, que Jesús da a los Doce escogidos entre todos. Sigue la enumeración de los Doce. Después dice Jesús: *Y descendiendo con ellos, se paró en un llano, donde se encontraba el resto de sus discípulos, y un gran gentío de toda la Judea, y de Jerusalén, y de la marina de Tiro, y de Sidón, que habían venido a oírle, y a que los sanase de sus enfermedades. Y los que eran atormentados de espíritus inmundos, eran sanos. Y toda la gente procuraba tocarle, porque salga de él virtud, y los sanaba a todos.* Mas a continuación: *Y él, alzando los ojos hacia sus discípulos, decía...* Esta enseñanza no se dirige, pues, a la multitud, que en efecto había acudido para otra cosa: para verlo, para oírlo, para ser curada. Y esta cura se cumplía mediante el solo contacto: *porque salía de él virtud y los curaba a todos.*

Pero a quienes da enseñanza es a los Doce, y en la meseta. Así traduzco yo la expresión más vaga de Lucas, que dice: *se paró en un llano —stetit in loco campestri.* La meseta es el plano intermedio entre la cima de la montaña y el llano: el lugar campestre entre el monte salvaje y las ciudades.

En la meseta, Jesús está a mitad de camino. Allí se dirige a quienes le sirven de puente con la multitud. Se dirige a sus Doce, a sus discípulos. Y los previene desde el principio. Jesús no es de esos que atraen a los hombres con palabras dulces y promesas seductoras; en seguida les dice qué les espera, insiste en el dolor del desapego, en el sacrificio absoluto sin el cual —ardua prueba de fuego— no es posible entrar en el Reino de los Cielos.

El texto de Mateo es más completo, ya que desarrolla las ocho Bienaventuranzas. El de Lucas enumera sólo cuatro en orden ligeramente diferente, pero ofrece una compensación: a los «bienaventurados, bienaventurados», siguen los «¡ay de vosotros... ! ¡Ay de vosotros!», de suerte que la misma verdad se muestra por el lado oscuro. Y además asocia la palabra *spiritu* a *beati* y no *pauperi*: *Bienaventurados en espíritu los pobres.*

1. *Bienaventurados los pobres de espíritu, dice Mateo; porque de ellos es el reino de los cielos.*

Es la primera de las Bienaventuranzas. La traducción corriente es «los pobres de espíritu», pero el texto latino dice *spiritu* y el texto griego *pnevmati*. En ambos casos, el sentido puede variar entre «pobre por espíritu, pobre en espíritu, pobre para el espíritu, pobre a causa del espíritu». Y Lucas dice sencillamente: *Bienaventurados los pobres.* La frase está dirigida a los discípulos, que sin duda han elegido el estado de pobreza por amor al espíritu. Por lo tanto, se trata de una pobreza como la entendemos corrientemente: como despojo y carencia. Bienaventurados los menesterosos, los discípulos que están necesitados. Eso en Lucas. Y el otro Evangelista: «Bienaventurados los pobres de espíritu». De modo que Lu-

cas parece aclarar el sentido: pobres por el espíritu o a causa del espíritu aquellos que se han despojado conscientemente y voluntariamente, puesto que tienen en sí el espíritu y no necesitan de las riquezas que buscan y veneran los demás hombres. En cuanto al sentido de «pobres de espíritu», es un desarrollo de los mismos principios. No basta despojarse de las riquezas vulgares; es preciso además despojarse de las riquezas raras, de las riquezas del intelecto, de las riquezas de la cultura: todo ello debe repudiarse. Un pobre, un menesteroso a causa del espíritu puede ser rico por la satisfacción de su propio saber: es rico, está contento, saciado con los goces que su espíritu se procura a sí mismo. Pero el hombre del espíritu —y no el hombre de *espíritu*— debe saber (o al menos querer) renunciar a esas riquezas para hacerse simple. Debe buscar la simplicidad que es signo y símbolo de la unidad. Pues las riquezas del intelecto producen el mismo efecto que las demás riquezas; una satisfacción inmediata y fácil. La riqueza es mala porque procura satisfacciones artificiales y fáciles e inmediatas; la pobreza es buena porque todo lo hace valioso haciéndolo difícil y enseñando al que quiere vencer su propia pobreza — *vencerla*, y no huir de ella— a despojarse del deseo y del objeto de deseo, para retomarlos después ya dirigido hacia un objeto eterno. El conocimiento del intelecto llena el alma de una multitud de objetos, divide el alma, multiplica las ocasiones en que el alma puede distraerse. ¿Por qué es mala la riqueza? Porque es una distracción inmensa o al menos una distracción tan fuerte que es casi irresistible. ¿Y de qué podemos distraernos? De nosotros mismos. Y la tentación no es menor, sino por el contrario más secreta y penetrante, cuando las riquezas son imágenes, talentos, conocimientos; cuando son riquezas

del espíritu. Así la traducción corriente: «bienaventurados los pobres de espíritu», que nos da la idea de hombres ingenuos, estúpidos y poco instruidos, no debe desecharse por completo. Recordemos con qué rigor excluía y rechazaba los libros san Francisco, que se había consagrado a la pobreza; recordemos cómo maldijo, sin perdón y con temible dureza, al discípulo que se hizo profesor de la Universidad de Bolonia. Esto nos indica cuántos sentidos diferentes existen en *pobres en espíritu* y *pobres de espíritu*.

Por consiguiente, la pobreza que es objeto de la primera enseñanza de las Bienaventuranzas es una pobreza total: pobreza del cuerpo, del corazón y del espíritu. Pobreza real y pobreza simbólica. Los menesterosos tienen hambre, tienen sed, piden, tienden la mano. Para tender la mano se sitúan en el peldaño más bajo de la escala humana, bajan la cabeza, afirman su propia indignidad, olvidan su orgullo, renuncian al espíritu de lucha que insta a cada hombre a buscarse un sitio al sol. Semejante a la actitud del menesteroso es la del discípulo que quiere entrar en el Reino de los Cielos: se sitúa en lo más bajo y tiende la mano. Sed menesterosas del espíritu, sed mendigos del espíritu, mendigad el pan del espíritu a quien puede darlo sin temor de humillaros ante Él, como hace el mendigo con el primer hombre que pasa. Esa es la condición: y cuando la hayáis cumplido, habréis adquirido el espíritu mismo, pues ambos textos no dicen «de vosotros *será* el Reino de los Cielos» sino «de vosotros *es* el Reino de los Cielos». Por el solo hecho del despojamiento total, habréis entrado por completo en el Reino de los Cielos. Si no estáis en él, es porque vuestro renunciamiento es defectuoso y porque de algún modo estáis ligados a alguien o a algo. Es porque en lo más hondo de vo-

sotros mismos hay alguna riqueza que os retiene. Si el renunciamiento fuera absoluto, la victoria no sería una promesa sino un hecho que comprobaríais por vosotros mismos.

2. *Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.*

La palabra «manso» traduce la palabra latina *mites* y la griega *hoi praeis*. *Mitis* es *dulce* y al mismo tiempo *calmo*: bienaventurados los dulces, humildes y calmos. Humilde es palabra que proviene de *humus*; y *humus* quiere decir la tierra, la tierra nutridora, la tierra de donde salen las plantas. El humilde es semejante a la tierra que alimenta las simientes y produce el fruto. Como la tierra, el humilde está en lo bajo; como ella, es indiviso, es el punto de la no-separación, ya que todo acaba volviendo a la tierra, y el pájaro que vuela o el hombre que se enorgullece vuelven a la tierra y casi con igual rapidez. Bienaventurados los humildes, porque ellos heredarán la tierra. Es justo, pues lo semejante se dirige siempre hacia lo semejante. El manso es el lado pasivo y negativo de la sabiduría y al propio tiempo su solidez fundamental: es la tierra de la sabiduría, Por eso la herencia de la tierra ha sido prometida a los mansos, así como el Reino de los Cielos es patrimonio de los ardientes de la sabiduría, que renuncian a todo y por ella sufren persecución (1ª y 8ª Bienaventuranza). Los que se enorgullecen volverán a la tierra, caerán en la tierra, se aplastarán contra la tierra, perecerán en la tierra. Pero los dulces, los mansos, los que no se elevan, heredarán la tierra cuando la voluntad de Dios se haga así en la tierra como en el cielo. Todas las ambiciones de los tema caerán sobre sí mismas y se destrozarán mutuamente. Los mansos acabarán siendo más fuertes que los fuertes; tal es la promesa de esta Bienaventuranza.

3. *Bienaventurados los que lloran; porque ellos serán consolados.*

¿Qué es llorar? Es el primer grito, la primera expresión del hombre, algo común al hombre y el animal joven. El llanto es el grito del niño cuya madre aleja. Nacer es alejarnos de nuestra madre. Todos los que lloran evocan la sombra de una madre o de la Gran Madre Tierra, o de la Gran Madre Espíritu. Y al llorar expresan el sentimiento de la separación, el dolor de la separación, el deseo de volver al ámbito cálido, cerrado, profundo, al ámbito original. Los que lloran son los que se saben separados y desean retornar al vientre de la unidad. Y el texto no dice «porque sois consolados», sino «porque seréis consolados» (y en Lucas: «porque reiréis»). Los que lloran no son, como los pobres, establecidos en el Reino de los Cielos; pero son dichosos porque hay para ellos una promesa. Al cabo del camino de las lágrimas, de la pendiente del espíritu que se inclina hacia la ternura y el regreso a la unidad, está el paraíso primero y el Reino de los Cielos. «Porque serán consolados»... La palabra consolados es hermosa porque contiene la palabra solo, *solus*, y la palabra *cum*, que significa *con*. Ser consolado: dejar de ser separados, encontrarse a solas con el Único¹.

Bienaventurados los que ahora lloráis; porque reiréis y hay de los que ahora reís...

¿Qué es reír? Es bailar la danza del cráneo en torno del pilar en que está expuesto aquel que, por inconsciencia o torpeza, ha violado la costumbre de nuestro clan; es demostrar que nos apartamos de él ostentadamente mirándolo desde fuera

¹Etimología imaginaria (nota del autor).

y desde arriba, y que nos resistimos triunfalmente a la tentación de ceder al suplicante es confesar que, con irreprochable ligereza, placer sin sombra, nos situamos en el círculo de los danzarines justicieros, en esa fiesta fraternal de la venganza. La risa nada tiene de natural, puesto que ningún animal padece de esa ligera demencia artificial y contagiosa; tampoco tiene nada de razonable o de espiritual. Y desdichados los que ríen, pues están segregados de la naturaleza y apartados de toda inspiración o gracia superior, están arraigados en un estado de ceguera salvaje fuera de sí mismas; como en la ira. La cordialidad de la risa es resultado del espíritu de cuerpo, es un abandono vulgar y no una fuente de caridad, un don de sí, La alegría que proviene de la risa es un placer horrisono, pero no una dicha perdurable.

¿Por qué se ha prometido, entonces, *bienaventurados los que ahora lloráis; porque reiréis*? ¿Cuándo reiréis vosotros, hijos míos, si no el día de vuestra muerte, el día en que llorarán los que sólo creen en la carne? Ese día dejaréis que los muertos entierren a los muertos, dejaréis que las gentes se ocupen de vuestro cadáver y embalsamen la carroña y la entierren con pompa. Pero vosotros hubieseis bailando una danza salvaje, os apartaréis con ímpetu de ese cuerpo que durante toda la vida pretendió ser vosotros mismos y ligaros a su destino, que es pudrirse, y que pretendió sumiros en la inconsciencia y hacemos tropezar. Y lo miraréis desde fuera y desde arriba. Resistiréis a la tentación de ceder a la ternura y el pesar; y con ligereza adquirida a fuerza de saber luminoso y de virtud franca tomaréis parte —con alegría sin reverso y sin cambio— en la fiesta de la Iglesia triunfante y de la Jerusalén celestial.

4. *Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia; porque ellos serán hartos.*

Si tenéis hambre y sed, salís en busca de alimento y de agua sin daros tregua hasta que los encontráis. Las necesidades de vuestro cuerpo se el móvil de vuestros actos, los dolores del cuerpo os agitan, os hacen gritar y desfallecer. Pero os sentís menos acuciados por cumplir la voluntad de Dios que para correr a almorzar si tenéis hambre. Y la injusticia más grande del mundo —a menos que hiera vuestros intereses o el de los vuestros— os hace menos daño que un furúnculo. ¿Qué significa ésto, si no que estáis en vuestros cuerpos y sentís las necesidades, los deseos, los dolores y las fallas de vuestros cuerpos, pero ignoráis los del alma, porque no estáis en vuestra alma? Pero la *justicia* es el alimento del alma, y la *virtud* es la fuerza que da este alimento: y si sentís que faltan en vosotros como sentís el hambre y la sed, cumpliréis todo lo que debéis cumplir, pero no lo haréis por deber. Lo haréis porque entonces tendréis que alimentar un cuerpo espiritual cuya hambre y cuya sed exigirán satisfacción. Bienaventurados, pues, los que tienen hambre y sed de justicia porque serán hartos. Pues la justicia siempre existe, igual a sí misma, asentada en los fundamentos de la creación, oculta en la naturaleza de las cosas, y no puede apartarse de quien la busca. Somos nosotros quienes nos apartamos de ella e ignoramos el placer de encontrarla.

5. *Bienaventurados los misericordiosos; porque ellos alcanzarán misericordia.*

¿De quién obtendrán misericordia? No lo dice el texto, mas es evidente. Obtendrán misericordia de Dios, y todos sienten

necesidad de misericordia. Pues si observara las iniquidades, como dice el rey David, ¿quién de nosotros se sostendría? Pero todo el Evangelio nos enseña que seremos medidos con la misma medida que empleamos para medir a los demás. Y si queremos una medida llena de misericordia, *una medida bien colmada y que desborde*, es preciso que demos una medida plena de misericordia.

6. *Bienaventurados los de limpio corazón; porque ellos verán a Dios,*

como si el corazón fuera el vidrio, el agua en que Dios se refleja cuando son puros. Cuando el vidrio está limpio puede verse a través de él. Cuando el agua es calma, las imágenes se forman en ella y se vislumbra el fondo. Lo que os impide ver a Dios es un corazón sucio y agitado. Si queréis ver a Dios, ocupaos de vuestro corazón, no os estudiéis sino a vosotros mismos, volved los ojos hacia vuestro interior. El Reino de los Cielos está en vuestro corazón. Si queréis ver al Rey de ese Reino y estableceros en el eje de ese mundo, buscarlo en vuestro eje, en vuestro centro, que es el centro de toda cosa.

7. *Bienaventurados los pacíficos; porque hijos de Dios serán llamados.*

Pacífico quiere decir apacible. Los pacíficos no son quienes permanecen tranquilos, al abrigo de los golpes. EL propio Cristo dijo: *No penséis que vine a meter paz sobre ta tierra; no vine a meter paz, sino la espada...* La palabra pacífico está compuesta de un sustantivo que significa *paz* y de un verbo que significa *hacer*. Los pacíficos son quienes *hacen la paz*, quienes

la hacen de la nada, quienes la componen a partir del desorden, quienes la crean como Dios creó el Mundo de la nada y lo moldeó en la masa del caos. Y cuando Dios creó el Mundo, *vio que su obra era buena*, o sea que vió en ella la paz. Y la paz es el sello de Dios. *Paz* contiene la misma raíz que *pacto*, la misma raíz que *compacto*: alcanza la paz lo que está armoniosamente unido en la justicia; la paz es la plenitud en la unidad. Y lo que trastorna la paz es el pecado de la separación: el orgullo, la curiosidad, la ambición, la avaricia. Es pacífico el que en sí y en torno de sí extingue el orgullo, la curiosidad, la ambición, la avaricia y también la pereza y el miedo. El que «pone amor donde hay odio, el que pone perdón donde hay ofensa, el que pone unión donde hay discordia», según la plegaria de san Francisco que repetimos a diario. Aquel que con trabajo infatigable se consagra a restaurar la obra de Dios en la tierra merece el título más alto que pueda aplicarse a una criatura humana, el título propio del mismo Cristo, el título de *Hijo de Dios*. Porque su acción prolonga la del Creador y de tal modo lo asemeja a Dios.

8. *Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos.*

La octava Bienaventuranza termina como la primera: *porque de ellos es el Reino de los Cielos*. No basta con desprenderse, con aceptar o usar la pobreza voluntaria, el dolor y el sufrimiento, con recibirlo como una esperanza de consuelo, con purificarse para comprender la absoluta pureza del cielo. Es preciso, además, que los mansos, los que desean el bien, los que dicen verdad, los que tienen hambre y sed de justicia, los que han encontrado la paz, los que han creado la paz (la paz

que no puede dar el mundo), es preciso que todos ellos sufran por la injusticia de los demás, que la padezcan en su cuerpo. Pues entonces podrán regocijarse, ya que esa injusticia no puede dañarlos y sólo puede destruir en ellos lo que debe ser destruido, lo que ellos mismos desean destruir. De suerte que quienes los persiguen obran con el permiso de Dios, y creyendo hacerles mal los liberan de los bienes inútiles, entre ellos del aliento vital, ya que según ha sido dicho, sólo encontrarán el aliento de la vida quienes lo hayan perdido.

XVI

LA SAL DE LA TIERRA

*24 de enero de 1947
Calle Saint-Paul.*

EL Sermón de la Montaña es el núcleo, la alhaja de la doctrina. Por eso debemos leer, releer, meditar y penetrar en las palabras de este texto, sagrado entre todos. En la lectura de hoy no hemos de avanzar mucho. Leeremos la frase que sigue a la parte comentada en nuestra última reunión:

Mateo, V, 13: Cristo dice a sus discípulos: *Vosotros sois la sal de la tierra. Y si la sal pierde su sabor, ¿con qué hacérselo recobrar? No vale ya para nada sino para ser tirada y pisada por los hombres.*

«Sal de la tierra», «sal que pierde su sabor»... ¿No se habla de eso en otra parte del Evangelio? Sí, en Marcos, IX, 48: *Porque todos serán salados con fuego. La sal es cosa buena: mas si la sal perdiese su sabor, ¿con qué la sazonaréis? Tened sal en vosotros mismos y tened paz entre vosotros.*

Y en Lucas, XIV, 34: *Buena es la sal, sin duda, pero si la sal se volviese insípida, ¿con qué podrá devolversele el sabor? No vale ni para tierra, ni para abono; hay que tirarla. Quien tenga oídos*

para oír que escuche. Y vosotros, ¿habéis entendido? ¿Os parece cosa fácil de entender? Es preciso confesar que al principio somos duros de oído y no comprendemos nada. Busquemos el origen de esas tres frases acerca de la sal. La primera, la de Mateo, proviene de la 8ª Bienaventuranza: *Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia; porque de ellos es el reino de los cielos.* Y del desarrollo de ese tema: *Bienaventurados seréis cuando, por mi causa, os maldijesen, y os persiguiesen, y dijese todo mal contra vosotros, mintiendo. Gozáos y alegraros, porque vuestra recompensa será muy grande en los cielos; pues así también persiguieron a los profetas anteriores a vosotros.* ¿Comprendéis la relación que media entre lo que acabo de leer y la frase sobre la sal? No.

Veamos si en Marcos IX está más clara: *Y llegaron a Cafarnaúm. Y cuando estaban en la casa, les preguntó: ¿De qué discutáis por el camino?. Jesús habla en tono tranquilo, sin subrayar sus palabras, pero los discípulos están muy turbados. Mas ellos callaban; porque en el camino habían discutido entre sí sobre cuál de ellos era el mayor.* En verdad, no vale la pena ser santos y mártires en perspectiva para reñir como los mundanos y los cortesanos acerca de una cuestión de primacía. Basta que Cristo los interrogue para que ellos mismos se avergüencen y callen.

Entonces, sentándose, llamó a los doce, y les dijo: Si alguno quiere ser el primero, tendrá que ser el último de todos, y el siervo de todos. Y tomando a un niño, le puso en medio de ellos; y después de haberlo abrazado, les dijo: Cualquiera que reciba a uno de estos niños en mi nombre, a mí me recibe; y todo el que a mí me recibe, no me recibe a mí, sino a aquel que me envió.

Y Juan dijo: Maestro, hemos visto a uno que arrojaba a los demonios en tu nombre, pero se lo vedamos porque no es de los nuestros.

No se lo vedéis, respondió Jesús. Porque nadie que haga milagros en mi nombre habla después mal de mí. Porque el que no está contra nosotros, está con nosotros.

Y cualquiera que os diere a beber un vaso de agua porque sois seguidores de Cristo, en verdad os digo, que no perderá su recompensa.

Y todo aquel que escandalizare a uno de estos pequeñitos que creen en mí, más le valdría que se le atase al cuello una piedra de las que mueve un asno, y que se le echara al mar.

Así, si tu mano te hace caer, córtala; más te vale entrar manco en la Vida, que tener dos manos, e ir al quemadero (basurero) de fuego que nunca se apaga. Y si tu pie te hace caer, córtatelo. Más te vale entrar lisiado en la vida que, teniendo dos pies, ser arrojado en el quemadero de fuego que nunca se apaga. Y si tu ojo te hace caer, sácatelo; más te vale entrar tuerto en el reino de Dios, que tener dos ojos y ser arrojado en el basurero de fuego, donde el gusano del arrojado no muere y el fuego no se extingue. Porque todos serán salados (conservados) con fuego. Buena es la sal: mas si la sal perdiere su sabor, ¿con qué la sazonaréis? Conservad la sal en vosotros mismos y tened paz entre vosotros. ¿Habéis comprendido ahora? Veo que no.

A decir verdad, esta serie de proposiciones presenta un aspecto incoherente. Resumamos: Se nos enseña que si queremos mandar, debemos servir. Hasta ahora comprendemos y el precepto es claro. Pero de inmediato se nos habla de recibir a un niño como se recibiría a Cristo y al propio Dios. Y súbitamente se nos habla de uno que arrojaba demonios y no seguía a los Apóstoles. Y después se nos habla de un vaso de agua. A continuación se vuelve otra vez a los niños y se nos enseña que no debemos escandalizarlos. Tras ello se nos dice que más vale cortarse la mano y el pie y arrancarse un ojo que

caer íntegros en el infierno. Y después, para terminar, que la sal es cosa buena. . .

Papias, contemporáneo de los Evangelistas, nos informa que Marcos, discípulo de san Pedro, había recogido los hechos y dichos de Jesús y los redactó «sin orden». La página que acabamos de leer es acaso resultado de tal desorden.

Volvamos a Lucas, el más cultivado de los Evangelistas, el de estilo más elegante, y veamos cómo trata este asunto (XIV, 25): *Mucha gente iba con él, y volviéndose a ellas, les dijo: Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre y madre, y mujer e hijos, y hermanos y hermanas, y aun también su vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleve su cruz a cuestas, y me siga, no puede ser discípulo mío. Porque, ¿quién de vosotros queriendo edificar una torre, no se sienta primero para calcular los gastos que son necesarios, viendo si tiene para acabarla. No sea que después de haberle puesto el cimiento, no la pudiese acabar, y todos los que lo vean, comiencen a hacer burla de él, diciendo: este hombre comenzó a edificar, y no ha podido acabar? O, ¿qué rey a punto de salir a pelear contra otro rey, no se para a considerar antes de nada, si con una fuerza de diez mil hombres podrá hacer frente a la que viene contra él con veinte mil, y si no le es posible, mientras el otro todavía está lejos, envía su embajada, pidiéndole tratados de paz? Pues así cualquiera de vosotros que no renuncie a todo lo que considera suyo, no puede ser mi discípulo. Buena es la sal, sin duda, pero si la sal se volviese insípida, ¿con qué podrá devolvérsele el sabor? No vale ni para tierra, ni para abono; hay que tirarla. Quien tenga oídos para oír que escuche..*

¡Oh, hijos míos, hijos míos!. ¡Qué difícil es esto!. Resumamos. Se nos dice: odiarás a tu padre, a tu madre, a tus hermanos, a tus hermanas, tomarás tu cruz. Después se nos habla de una torre, después de un rey que lucha; después se nos dice

que es preciso renunciar a todo; y por fin se nos dice que la sal es cosa buena. Y al cabo este desafío: *Quien pueda entender, entienda.*

Hemos hablado ya de las tres enseñanzas de Cristo: la enseñanza velada, por medio de palabras encubiertas, o sea con parábolas; la enseñanza de vida, o sea la enseñanza por medio de los actos y hechos; y por fin la enseñanza con palabras descubiertas. Tenemos aquí un ejemplo de la pura enunciación de la verdad: pura y simple. Simple para quienes tienen oídos para oír. Si Cristo no se toma el trabajo de explicar llanamente lo que quiere decir, tiene sin duda un motivo. Y el motivo es claro: ya lo ha explicado en otra parte. Es que «las perlas no son para los puercos» y la comprensión de la verdad no ha de ser cosa fácil, sobre todo cuando se formula en palabras descubiertas.

No estoy aquí para instruiros, para alimentar vuestra curiosidad; al cabo de un año de comentarios no tendréis que aprobar ningún examen. Estoy aquí pan agujonearos, o sea para daros elementos de trabajo, de trabajo interior. Si queréis comprender el Evangelio no esperéis de mí que os lo haga comprender (admitiendo que yo mismo lo comprendo). Si queréis de veras seguir mi enseñanza, es preciso que seáis actores y no espectadores, Es preciso que busquéis esa verdad que sólo uno mismo encuentra, por medio de la iluminación interior. El Evangelio no es una ciencia universitaria, no es una lección que debamos estudiar. Si se expresa mediante enigmas, es para que el espíritu nunca permanezca pasivo frente a él, aguardando que la Verdad se le ofrezca ya digerida.

Si queréis tener oídos para oír, si queréis leer el Evangelio provechosamente, cuando hayáis logrado una profunda con-

centración en el ejercicio, abrid el libro después de éste. Y abridlo preferentemente en la página que hemos comentado durante la semana. Cuando los nervios están distendidos, el intelecto apaciguado, el corazón clarificado, estaréis en condiciones de leer. Y las palabras resonarán en vosotros, y seréis penetrados por su sentido, sobre todo si habéis rogado que se os conceda la inteligencia, gracia inmensa y siempre inmerecida.

Entonces tendréis el único conocimiento valedero del texto. Estos comentarios no os servirán sino como aproximaciones. Para ello indagemos si no hay una pendiente por la cual podamos deslizarnos hacia el sentido. «Pues así, cualquiera de vosotros, que no renuncie a todo lo que considera suyo, no puede ser mi discípulo...» Ese *pues así* es un vínculo lógico con lo anterior. Y lo que precede es la historia de la batalla, de la batalla y de quien debería sentarse a gestionar la paz; y antes de la historia de la batalla está la historia de la torre, del hombre que debería sentarse y calcular antes de lanzarse en gastos inútiles por temor de que el mundo se burle de él. Volvamos a la fórmula e invirtamos la ecuación; quizá comprendamos mejor el pensamiento tomándolo por el otro extremo. Digamos, pues: quien no renuncia a lo que posee y quiere ser mi discípulo, es como el rey que con diez mil hombres marcha al encuentro de otro rey que acude a atacarlo con veinte mil, sin tomarse el trabajo de sentarse y reflexionar y enviar a un embajador para concertar la paz, mientras el otro rey todavía está lejos. Y es como el hombre que desea construir una torre sin darse el trabajo de pensar si tiene los medios de terminarla...

En efecto, el que posee debe ocuparse de lo que posee y

debe defender lo que posee; mas para ser mi discípulo debería también ocuparse de las cosas espirituales y defenderse de los compromisos. Pero esto no es posible, es algo insensato, ridículo, digno de hacer reír a las gentes. El que posee se mostrará en vano como el más apacible de los hombres, dirá en vano que no se propone hacer daño a nadie, que, por el contrario, desea ser generoso. Su fortuna trabaja contra los demás en su provecho. Su fortuna —en tierras o en negocios— dirigida por los administradores, explota a las gentes. Y si él mismo no defiende su fortuna, la defenderá el Estado; por consiguiente, la adquisición o la gestión de su fortuna lo envuelve en una empresa semejante a la construcción de una torre. Y para defender lo que tiene —o para que lo que tiene se defienda por sí solo— se mezclará en la marcha de los asuntos públicos. Mejor haría si reflexionara y adquiriera un poco de sal, o sea un poco de sabiduría, a fin de comprender que es inútil tratar de poseer su casa, su comercio y su tierra, y al mismo tiempo ser discípulo de Cristo. Si cree que lo conseguirá es un insensato, y si pretende que sólo conserva sus bienes para emplearlos al servicio de Cristo es dos veces insensato; a menos que sea un hipócrita. La relación de los párrafos queda así explicada y podemos leer sin tropiezos todo el desarrollo, a partir de: *Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre y madre, y mujer e hijos, y hermanos y hermanas, y aún también su vida, no puede ser mi discípulo.* En otras palabras: para ser discípulos míos debéis renunciar a vuestros afectos y a vuestros apegos humanos¹, a vuestros vínculos domésticos y a vuestros asuntos. Y si

¹En efecto así ha de traducirse, sin traicionarlo, el pensamiento oculto tras el duro precepto *Odiarás*. No puede tratarse de *odio*, sino de *desapego*. Tal distinción total y profunda no podía señalarse en la lengua que hablaba

queréis conservarlo todo al mismo tiempo, si queréis tenerme y tener al mismo tiempo las riquezas y honores del mundo, si queréis servir al mismo tiempo a Dios y a Mammon, sois insensatos y no hay ni una pizca de sal en vosotros.

Hay en vosotros una sal, una sabiduría que ha perdido su sabor, o sea su razón de ser: acaso seáis muy inteligentes en vuestros asuntos, pero habéis olvidado lo esencial; sois astutos y trapaceros, pero eso no os salvará del desastre, de un desastre ridículo. Siempre encontraréis a alguien dos veces más fuerte que vosotros que os aplastará. Ay de vosotros los reyes, si vuestro objeto es extender vuestros dominios hasta los confines de la tierra. Estáis haciendo un agujero en el agua. Mejor haríais sentándoos y reflexionando. Esto es dicho a las multitudes que marchaban junto a Jesús: por eso el discurso concluye con las palabras: *Quienes tengan oídos para oír, que oigan*. Porque es evidente que la multitud no ha comprendido nada de este discurso. Cuántos de entre nosotros formamos parte de esa multitud y seguiremos formándola hasta el fin.

Las multitudes siguen a Jesús porque Jesús es un personaje prestigioso, porque Jesús hace milagros asombrosos, porque seguirlo les parece interesante, curioso, divertido, acaso provechoso. Y Jesús, volviéndose, les dice: «Si queréis seguirme, no será con vuestros pies; si queréis oírme, no es con los oídos que aguzáis y que os permiten oírme. Si alguien quiere venir a mí, puede hacerlo, ninguna barrera le opongo. No alardeo de inaccesible, no me protejo con falsos misterios, no oculto mis verdades en los subterráneos de un templo. Digo la verdad

Jesús y tampoco en la de los Evangelios traducidos palabra por palabra del arameo o escritos en griego por judíos que seguían pensando en su propia lengua, falta de términos abstractos y vocablos psicológicos.

abiertamente, pero es preciso que sepáis entenderme. Doy la beatitud, prometo la salvación y doy la salvación. Y no pido ningún óbolo a cambio. Sólo pido esto: renunciad a vuestro padre, madre, hijo, hija, hermano, hermana y otros. Renunciad a vuestras fortunas, a vuestras empresas, a vuestras ambiciones políticas, a vuestras esperanzas nacionales. Renunciad a todo lo que poseéis y venid. Entonces estaréis en condiciones de recibir la dicha que ofrezco, que prometo y doy: que no sólo prometo sino además doy, que ya es vuestra cuando habéis renunciado a todo». *Bienaventurados los pobres*, porque el Reino de los Cielos *está* en ellos.

Y ahora retornemos a Marcos. En Marcos (no sé si lo mismo os ocurre a vosotros) lo que más me ha impresionado es una frase asombrosa: «Porque todos serán salados con fuego». «Serán salados con fuego». ¿Dónde está situada esta frase? ¿Entre qué otros pensamientos se ha insertado éste? — ¡Córtate la mano!. ¡Córtate el pie!, ¡arráncate el ojo!, pues más vale todo eso que ser precipitado en el infierno donde no muere el gusano, donde el fuego no se extingue.

Y enseguida, después de este fuego de infierno: «Porque todo hombre será salado con fuego».

Y en seguida, después de esta sal de fuego: «La sal es cosa buena».

«Mas si la sal perdiese su sabor, ¿con qué la sazonaréis? Tened sal en vosotros mismos y tened paz, paz entre vosotros». ¡Cuántos fuegos para llegar a la paz!

Y toda víctima será salada con sal. La sal no es únicamente sabiduría. Recordemos el capítulo II del Levítico, párrafos 11 y 13, donde se enuncian las condiciones de un sacrificio válido: *Todo presente que ofrecieres a Jehová ha de ser preparado sin*

fermento ni miel.. Y un poco más adelante: Sazonarás con sal toda ofrenda; en todas tus ofrendas jamás faltará la sal de la alianza de tu Dios.

La sal es lo que preserva de la podredumbre; es, con el agua y el fuego, uno de los medios de purificación. Por eso se la imparte, en el Bautismo, con el agua. Está escrito: *No ofrecerás nada fermentado*, pues la levadura es una especie de corrupción. Los hindúes rechazan todo lo que está fermentado y todo lo que se parece a las cosas fermentadas: tanto el alcohol como el queso o los hongos. La miel está asimismo excluida del sacrificio, aunque se trate de un azúcar solar: pues la miel es símbolo de dulzura y facilidad. Pero la sal es *cosa buena*, es cosa que preserva de la corrupción, que resulta desagradable si se toma sola. Es cosa desagradable si se toma sola, pero da gusto a todo lo que comemos y sólo es menester una cantidad ínfima para dar gusto a todo el alimento. Su gusto es irremplazable. Nada existe, salvo la sal, que tenga su gusto. Y si la sal pierde su sabor, nada existe en el mundo que pueda reemplazarlo, que pueda dar a la sal el gusto salado.

Porque todos serán salados con fuego. Este fuego es doloroso: está situado muy cerca del fuego del infierno para que no sea un fuego doloroso. *Todo hombre será salado con fuego*, todo hombre bueno o malo, sabio o necio, piadoso o criminal. Todo hombre será salado con fuego, todo hombre pasará por la purificación del dolor y de la muerte. Pero esta purificación será su destrucción o su salvación dependiendo de que *su ser* esté situado en el lado *purificable* de su naturaleza o en el lado *corruptible*. Todo hombre pasará por el dolor y por la muerte, pero este dolor y esta muerte, este mismo dolor y esta misma muerte lo matará o lo hará vivir. Lo matará o lo lavará. Por eso

es sabio y prudente y sensato preferir la purificación. Puesto que no escaparéis al dolor y a la muerte, servíos del dolor y de la muerte, sabed cuánto valen, sabed adónde pueden llevaros, convertidlos en algo saludable y no esperéis que ellos hagan de vosotros una carroña, un condenado. Esa es una sal sabrosa, ese conocimiento es una sal sabrosa: y todo otro conocimiento, toda otra sabiduría es sal insípida. Observad que en los tres textos la frase acerca de la sal sigue a la idea del despojamiento, de dolor y de purificación, tanto en Mateo, donde figura después de *Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia; porque de ellos es el reino de los cielos*, como en Marcos, donde figura después de *Y si tu mano te hace caer, córtala*, como en Lucas, donde figura después de *Pues así cualquiera de vosotros, que no renuncie a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo*.

La sal de fuego se refiere, por lo tanto, a la *purificación por el sacrificio*. Sois la sal de la tierra significa: sois esa pizca de sustancia que purifica a la masa inerte de la humanidad ordinaria y que da a su sacrificio un gusto agradable al Señor, pues esa masa esta destinada a morir. Pero no quiere perecer, no sabe por qué ha de padecer. Vosotros lo sabéis. Vosotros, dichosos en la pobreza, en las lágrimas, en la persecución. Porque sabéis a qué esplendor, a qué goce, a qué paz os conduce esa filtración, esa transmutación, esa sublimación. Éste es el único sabor sabroso, la única sabiduría saludable. No la perdáis: de lo contrario todo se perdería, incluso el dolor y la muerte. ¿Qué es, pues, la sal sin sabor? *Es el cristiano que no querría morir* y no sabe por qué sufre, es el que no querría perder a su padre, ni a su madre, ni a sus hijos, ni a su mujer, ni a su hermana, ni su cuerpo, ni sus bienes, ni sus prerrogativas, ni sus

esperanzas de adquirirlas algún día, ni sus privilegios entre los cristianos. Ese que se volvería así todo él un contrasentido, ese falso puro atiborrado de vana filosofía y de saber abstracto, no sería bueno ni para la tierra ni para el abono (según la vigorosa frase de san Lucas): ni para la tierra, puesto que se siembra la sal como signo de esterilidad; ni para el abono, puesto que la sal impide al abono su cálida fermentación por la que fecunda la tierra. En otros términos, ese Cristiano no sería bueno ni para el espíritu ni para la naturaleza: y se lo echa afuera.

Pero volvamos a Marcos, donde todavía nos queda por resolver más de un enigma. Habíamos quedado en la discusión de los discípulos: ¿quién será el mayor? Para demostrarles energicamente que su discusión carece de sentido y, más aún, que es la negación de su razón de ser, *la destrucción del sabor de su sal*, Jesús les imparte la enseñanza que hemos leído. Los gestos interrumpen en ella las palabras, pero sin duda gestos y palabras deben vincularse secretamente. *Y sentándose llamó a los doce, y les dijo: Si alguno quiere ser el primero, será el postero de todos, y el siervo de todos. Si no os resulta bastante claro, no tenéis más que proseguir hasta el capítulo siguiente (X, 35), donde se reproduce la misma situación, o parecida: Los hijos de Zebedeo, Santiago y Juan, se acercaron a él y le dijeron: Maestro, queremos que nos concedas todo lo que te vamos a pedir. Y él les dijo: ¿Qué queréis que haga por vosotros? Ellos dijeron: Concédenos que en tu gloria nos sentemos el uno a tu derecha, y el otro a tu izquierda. Jesús les respondió: No sabéis lo que pedís: ¿podéis beber el cáliz que yo tengo que beber; o recibir el bautismo que yo tengo que recibir? Y ellos le dijeron: Podemos. Y Jesús les dijo: Vosotros en verdad beberéis el cáliz que yo he de beber; seréis bautizados con el*

bautismo con que yo seré bautizado; mas sentarse a mi derecha, o a mi izquierda, no me toca a mi concederlo, sino que es para aquellos a quienes está reservado. Y cuando los diez oyeron eso comenzaron a indignarse contra Santiago y Juan. Mas Jesús los llamó y les dijo: Sabéis que aquellos que son tenidos por jefes de los pueblos los gobiernan con despotismo, y que los príncipes abusan de su autoridad sobre sus pueblos. Mas no es así entre vosotros; antes el que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro criado; y el que quiera ser el primero entre vosotros, que sea siervo de todos. Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos. La misma disputa, idiota y detestable, surge entre los discípulos la víspera de la Pasión. Y la misma respuesta les es dada, de modo aún más sobrecogedor e intenso, mediante el lavado de los pies. Observad, pues, cómo volvemos siempre al sacrificio, a la preeminencia del sacrificio; de donde resulta que la autoridad, la grandeza, la gloria y el lugar principal corresponden a quien es, a quien desea y debe ser el más sacrificado. Al revés de cuanto ocurre en el mundo, donde el más grande es quien sacrifica a los demás, donde el más grande es servido por todo el mundo y a nadie sirve, donde el más rico es quien se beneficia sin dar.

Esta inversión de la autoridad es, por lo tanto, la primera ley del Reino anunciado por el Evangelio. Y al cabo de mil años durante los cuales el Evangelio predica y predice esta inversión, la Cristiandad se obstina en fingir que nada de ello ha sido prescrito o precisado: ya siga el kepi de un dictador o el gorro frigio de Mariano, continúa gobernando o dejándose manejar como en los tiempos de Tiberio o de Herodes. Como entonces, ella da al César lo que es del César. Mas no de acuerdo a lo que Cristo enseña, sino de acuerdo a lo que exige

el César; no sólo el oro, sino también la ofrenda de la sangre y los honores divinos. Como entonces, los grandes siguen oprimiendo a los pueblos; y los apocados, por la promesa de un magro salario o por miedo a la pira, los llaman *benefactores*. Las revoluciones, es cierto, han conmovido el mundo, pero sin lograr la inversión total ordenada por el Evangelio: han cambiado la persona de los dominadores, pero en modo alguno el carácter de su dominación y su complemento de servidumbre; y nunca dieron el poder al jefe que el Mesías señala como único legítimo. Ha sido preciso que al fin surgiera un Hindú para mostrar al mundo incrédulo el ejemplo de un maestro que reina sobre un gran pueblo por Derecho Divino de Santidad y Sabiduría, que posee el Derecho de Paz, de Gracia y de Justicia, que posee el Reino —puesto que es pobre a causa del espíritu y sufre persecución por causa de la Justicia—, que ejerce el poder por deber y manda para servir, que es puro hasta el extremo de tomar sobre sí las faltas ajenas y de castigarse por quienes le desobedecen, que es el liberador y el conquistador de la sangre de sus hermanos, que opone el amor a sus enemigos y la verdad a sus maniobras, que es el primero porque está más dispuesto que nadie al sacrificio².

Volvamos ahora a Marcos, IX. Después de decir una frase que es clara, Jesús hace algo que no lo es tanto: *Y tomando a un niño, le puso en medio de ellos; y después de haberlo abrazado, les dijo: Cualquiera que reciba a uno de estos niños en mi nombre, a mí me recibe; y todo el que a mí me recibe, no me recibe a mí, sino a aquel que me envió*. Aquí el nexo lógico parece romperse; y aún más extraña es quizá la interrupción de Juan acerca del

²Un año después Gandhi probaba casi a diario que es estrictamente cierto y definitivo lo que su discípulo dice de él aquí.

hombre que hace milagros en nombre de Jesús y a quien los discípulos se lo quieren impedir porque no es de los suyos. Jesús les ordena que no se lo veden, subrayando así que no desea que sus discípulos formen una especie de escuela cerrada o de secta que pretenda monopolizar la verdad. Jesús enseña que su verdad pertenece todos los que trabajan por la verdad y no trabajan en contra de él que es la verdad; que la verdad no es una propiedad, que la verdad no debe ser defendida como se defienden las riquezas o las tierras. En suma: la verdad no ha de convertirse en objeto de apego y fuente de ganancias.

Pero de pronto aparece otro salto lógico que nos detiene: *Y cualquiera que os diere a beber un vaso de agua porque sois seguidores de Cristo, en verdad os digo, que no perderá su recompensa*. ¿Qué relación tiene ese vaso de agua con la aspiración de cada uno de los discípulos a ser el más grande y a mandar? ¿Qué relación tiene el niño que Jesús toma en sus brazos con esa discusión entre los discípulos sobre quién es el más grande? La relación se explica en otra parte: «si no sois semejantes a este niño no entraréis en el reino de los cielos».

El niño representa lo contrario de quien se considera maestro: es quien debe aprenderlo todo, quien está forzado a obedecer, quien es puro e inocente. Y Jesús lo toma en sus brazos como para decir —y en efecto lo dice— que ese niño está en él y que ese niño es él. Y todo el que reciba a ese niño, o sea esa inocencia, esa sumisión, esa humildad, esa simplicidad, y «cualquiera que reciba a uno de estos niños en mi nombre, a mí me recibe; y todo el que a mí me recibe, no me recibe a mí, sino a Aquel que me envió», es decir, al propio Dios. Vosotros reñís acerca de quién es el más grande: el más grande será semejante a este niño; ése tendrá el mando entre vosotros,

y no el que juega al rey, el que juega al capitán, el que juega al dictador, el que juega al hombre importante. Y cualquiera os dará a beber un vaso de agua porque pertenecéis a Cristo (Cristo quiere decir rey)... De autoridad hablaba, ¿no es cierto? De autoridad sigue hablando. No hay saltos lógicos en el Evangelio, no hay distracción en el Evangelio, pero si en quienes leen el Evangelio. Jesús sigue hablando de autoridad: si queréis mandar, *mandad* como se *pide*, y los que os obedezcan os obedecerán como si diesen un vaso de agua al sediento; a vosotros, que necesitáis que se cumpla la ley, a vosotros, que tenéis *sed de justicia*, os darán el vaso de agua de su obediencia. Nadie rehúsa un vaso de agua y nadie rehusará obedeceros si pedís, si mandáis como se pide. Y cualquiera que os de un vaso de agua en mi nombre, o sea porque tenéis la autoridad de Cristo, y no porque sois más inteligentes o más fuertes, sino porque tenéis sed de justicia, ése os obedecerá porque lo conquistará vuestra caridad y el amor de vosotros: y yo lo tomaré bajo mi protección, lo guiaré por mis caminos y no habrá desperdiciado su esfuerzo.

Como veis, el discurso es muy lógico y sigue desarrollándose: *Y todo aquel que escandalizare a uno de estos pequeñitos que crean en mí, más le valdría que se le atase al cuello una piedra de las que mueve un asno, y que se le echara al mar.* Pero si vosotros, los Doce, los Discípulos, los Cristianos, los que debéis tener autoridad, los que debéis tener esa autoridad que consiste en hacer observar la ley, la ley de Cristo, si vosotros escandalizáis al Niño, si violáis la pureza interior (y la violáis si pretendéis ser grandes y dominar como dominan los tiranos), más os valdría ser arrojados al mar. Reñís por la grandeza; no tratéis de ser grandes, tratad de ser puros. Más bien temed ser grandes,

temed ser ya demasiado grandes. El mundo juzga a las gentes por la grandeza de sus medios: éste es grande porque es Hijo de rey, aquél es grande porque es rico; y aquel otro es grande porque tiene gran talento, gran inteligencia, vasta cultura. Pero no es así como Dios juzga a los hombres. La grandeza de un hombre nada tiene que ver con la grandeza de sus medios. El que ha recibido grandes dotes tiene una deuda enorme: en vez de alegrarse por los medios que ha recibido debería temblar y temer que esos grandes medios sean para él una ocasión de caída. Muy lejos de procurar aumentar su grandeza, debería considerar que cuanto le pertenece, cuanto le ha sido dado, todo eso de lo cual no puede prescindir, es quizás superfluo. Por eso está escrito: «Si tu mano te hace caer, córtala, si tu pie, si tu ojo... » arráncalos. ¡Pobres, pobres necios!. Queréis ser grandes, queréis tener grandes medios y no sabéis a qué os liga todo eso y en qué riesgo os pone. ¡Incluso el pie, la mano, el ojo!. El pie, o sea las bases, los fundamentos de vuestra vida; la mano, o sea vuestros medios de acción; el ojo, o sea vuestros conocimientos y vuestras luces. Todo eso os ha sido prestado. Y de todo eso debéis obtener fruto. Si no os lleva adonde debéis ir, renunciad a lo que es vuestro, a lo que llamáis *yo*. Y sigue: si no odiáis/renunciáis a vuestro padre, a vuestra madre, a vuestros hijos, a vuestra hermana, incluso a vuestra propia vida; todo el discurso continúa ahora hasta la sal, hasta la sal de fuego, hasta la sal del sacrificio, de la sabiduría, de la alianza, hasta la sal de sabor irremplazable.

Este sabor « irremplazable » me hace pensar en un verso de Valéry:

L'Inimitable saveur que l'on ne trouve qu'à soi même.

Sabía el poeta lo que decía? Lo dudo. Sin duda; hay algo de complacencia y lo de ironía en este verso. Pero lo que tal vez no quiso decir el poeta está dicho, de todos modos; es la fortuna de los poetas, que dicen más de lo que saben.

Sentimos en nosotros mismos un sabor inimitable porque nos amamos, porque no amamos sino a nosotros mismos. Ese inimitable sabor que sólo encontramos plenamente en nosotros lo reencontramos hasta cierto punto en todo lo que amamos: es el sabor, la sal irremplazable que encontramos inexplicablemente en la criatura que amamos. Ese gusto de nosotros mismos reencontrado en otra persona es lo que llamamos amor. Y si por *nosotros mismos* entendiéramos de veras lo que esa expresión significa, si por ello no entendiéramos falsamente nuestro cuerpo o nuestra persona o nuestra inteligencia, sino *nosotros-mismos-nosotros*, el *Mismo* tras el *Nosotros*, el meollo del Yo en el hueso del Mi, entonces podríamos percibir ese gusto inimitable en toda cosa. Porque toda cosa encierra ese meollo, esa médula sabrosa. Y amar es paladear esa sal, esa sal de fuego, esa sal que debe destruir en nosotros todo lo que es podredumbre, o sea todo lo que ahora llamamos nosotros mismos: el cuerpo corruptible y la inteligencia vacua, el sabor vano, las pretensiones y las glorias que deben caer como viejos desechos, como las vestiduras de un fantasma. Ese gusto nos enseñaría así el *sentido del sacrificio*. Y entonces no cumpliríamos con nuestro deber por deber, sino que iríamos al sacrificio por amor, por hambre, por sed. Y ése sería el sabor sabroso, la sabiduría saludable que tiene gusto, que tiene el gusto de la substancia. La Sal es el gusto de la Substancia.

XVII

LA LÁMPARA BAJO EL CELEMÍN
Y LAS PERLAS A LOS PUERCOS

*14 de febrero de 1947.
Calle Saint-Paul.*

RETOMEMOS el texto de Mateo, V, 14:

Vosotros sois la luz del mundo. Una ciudad, que está puesta sobre un monte, no se puede esconder.

Ni encienden una antorcha, y la ponen debajo del celemín, sino sobre el candelero, para que alumbré a todos los que están en la casa.

A este modo ha de brillar vuestra luz delante de los hombres para que vean vuestras buenas obras, y den gloria a vuestro Padre, que está en los cielos.

Y al cabo de la aventura de Nicodemo:

... la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz; porque sus obras eran malas.

Porque todo hombre, que obra mal, aborrece la luz, y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas;

Mas el que obra de verdad, viene a la luz, para que parezcan sus obras, porque son hechas en Dios (Juan, III, 19-21).

Todo esto es manifiesto y claro. Sin embargo, al mismo tiempo nos recuerda mandamientos semejantes, mandamientos contrarios. Por ejemplo, un poco más lejos, en el propio Sermón de la Montaña (VI, 1-6):

Mirad, que no hagáis vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos de ellos; de otra manera, no tendréis galardón de vuestro Padre, que está en los cielos.

Y así cuando haces limosna, no hagas tocar la trompeta delante de ti, como los hipócritas hacen en las sinagogas y en las calles, para ser honrados de los hombres. En verdad os digo, recibieron su galardón.

Mas tú, cuando haces limosna, no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha.

Para que tu limosna sea en oculto, y tu Padre, que ve en lo oculto, te premiará.

Y cuando oráis, no seáis como los hipócritas, que aman el orar en pie en las sinagogas y en los cantones de las plazas, para ser vistos de los hombres. En verdad os digo, recibieron su galardón,

Mas tú cuando orares, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre en secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará.

Hay otros pasajes, demasiado abundantes para ser citados, que se resumen en esta frase de fuerza tan grande: *Ni echéis vuestras perlas delante de los puercos, no sea que las huellen con sus pies, y revolviéndose contra vosotros os despedacen.* Y las advertencias que se reiteran casi en cada página: *Si alguno tiene orejas para oír, que oiga...* «Yo os digo cosas, pero a las gentes de fuera no las digo más que en parábolas a fin de que, teniendo orejas, no oigan, y teniendo ojos, no vean».

Esta invitación a manifestarse claramente, este mandamiento que exige mostrar las propias obras y predicar la verdad y

toda la verdad sin embozos, con palabras descubiertas y a todo el mundo, esta orden no es en modo alguno unívoca. Tratemos de explicarnos esta doble actitud.

¡Pero si es evidente! Existen muy buenas razones para mostrarse y muy buenas razones para ocultarse. Y mostrarse, y mostrar las buenas obras, y hacerlas resplandecer como la antorcha sobre el candelero, y decir a gritos las verdades más profundas, todo eso puede tener consecuencias malas y hasta desastrosas.

Veamos ante todo cuáles son las buenas razones para mostrarse y hablar. Están formuladas al final de los dos pasajes en que se presenta el mandamiento: «... para que vean vuestras buenas obras, y den gloria a vuestro Padre, que está en los cielos». «... para que parezcan sus obras, porque son hechas en Dios». Éste es el motivo, ésta la condición para que las buenas obras y la verdad sean vistas; y ésta es, asimismo, la medida para comprobar si es conveniente o no que la verdad y la bondad se manifiesten públicamente. Esa manifestación, ¿se inspira en el deseo de glorificar Dios o en el afán de glorificarnos a nosotros mismos, en nuestra persona, como hacen los hipócritas que hacen tocar la trompeta en las plazas públicas para anunciar que distribuirán la limosna y rezarán en voz alta (cosa que ya no se hace, pero que tiene sus equivalentes)? ¿A quién corresponde la gloria? Eso es lo que debe preguntarse el que se muestra y habla. ¿Y quién es el que habla? ¿Es mi persona o es mi Yo, y Dios es mi Yo? Si es mi persona, que calle y desaparezca, que haga lo único por lo cual es tolerada: servir, servir y significar algo que no es ella misma, servir a la Suprema Cosa.

Pero basta el escrúpulo más delicado para invitarnos a es-

condernos y callar si no es la verdad la que habla en nosotros. Y un cuando es la verdad la que habla en nosotros, es preciso que en ocasiones sepamos callar. Los sabios de todos los tiempos, y el primero Jesucristo, nos aconsejaron callar y ocultarnos, callar y ocultar lo mejor de nosotros mismos para no buscar nuestra recompensa al mostrarlo. Pero también por temor de riesgos mayores. Los sabios de otros tiempos extremaron el secreto, y no sin motivo; por cuatro razones principales, a las que añadiría yo una quinta.

La primera: saber es poder. Y no es conveniente entregar ese poder a los indignos, cosa que Jesús expresa con estas palabras: «...no sea que los puercos las huellen con sus pies, y revolviéndose contra vosotros os despedacen». Si tenéis un revólver, no convendrá que lo pongáis en manos de un loco furioso; si tenéis una navaja, no convendrá que la pongáis en manos de un chimpancé que corre por una casa llena de niños, porque el chimpancé —como sus colegas, los demás civilizados— podría degollar a todos los habitantes de la casa, e inclusive a él mismo. Éste es, sin duda, el motivo por el cual los grandes secretos de la ciencia permanecieron ocultos con el mayor sigilo hasta nuestros días. Ocultos por los sacerdotes egipcios que los habían estudiado y los conocían, ocultos por los sabios de la China y por los sagaces emperadores que los gobernaban, ocultos hasta en imperios tan pervertidos, tan podridos de vicios como el Imperio Romano. Ha sido precisa nuestra locura para permitir —y con qué satisfacción, con qué inconsciencia, con qué criminal imbecilidad— que la ciencia extienda sus estragos y difunda sus frutos mortíferos. Y éste es el motivo por el cual los alquimistas de la Edad Media, que estaban en contacto diario con las fuerzas formidables

de la naturaleza y que las conocían perfectamente —mucho mejor, sin duda, que los químicos actuales— callaron con tanto celo. Bajo pena de muerte no podía revelarse un secreto de técnica que se transmitía únicamente a discípulos de largo aprendizaje. Y el resultado de las experiencias no se inscribía sino en un lenguaje cifrado incomprensible para los no iniciados; aún hoy nos encontramos con textos que nos llenan de estupor. Los sabios comprendían que el saber no es un bien sino cuando está armonizado con todas las virtudes del que sabe; que un saber desbordante, desproporcionado, infiltrado en una naturaleza baja, no solamente deja de ser bien sino que es además un mal absoluto. Para transmitir al adepto una verdad (y sólo hablo aquí de verdades exteriores y naturales), era necesario que el carácter del hombre fuera templado, iluminado, y la dirección de su vida asegurada, y la buena intención de sus indagaciones demostrada, y su absoluto desinterés probado por completo. Entonces, una a una, con infinita lentitud, podían confiársele las perlas del saber, la simiente fija, el oro vivo, la piedra filosofal, la piedra de la transmutación, el principio del cambio interior, a fin de que la luz se hiciera en su espíritu, a fin de que el corazón diera las gracias a Dios. Y no para entregarlas a las fábricas y los ejércitos, en pos de ganancias materiales, condecoraciones y títulos honoríficos.

La segunda razón para callar y ocultar lo que sabemos reside en que conocer es un modo de nacer, una operación de vida, y toda vida se oculta. No existe criatura viviente, siquiera sea una mosca, que no oculte y mantenga en secreto el principio que la hace vivir. Si abris una semilla, ha de secarse; si abris un lagarto, ha de morir; si exhibís una verdad, ha de extinguirse. Para que la verdad sea una verdad viviente es preciso que su

centro sea profundo, escondido, contenido en una forma que se muestra ocultando su secreto. Por consiguiente, toda verdad, y en la medida en que la verdad es preciosa y profunda, exige el pudor. Por eso las religiones no explicaron nunca el objeto de la adoración ni lo demostraron: lo revelaron, o sea que lo mostraron bajo un velo luminoso. Por eso lo que existe de más brillante, la Luz misma, Dios mismo, es al propio tiempo lo más tenebroso, lo más espantosamente secreto; por eso ningún profano podía pronunciar en una ocasión cualquiera las cuatro letras del Nombre del Señor. Más allá de este pudor espiritual no hay sino vulgaridad y blasfemia.

La tercera razón para callar es el respeto hacia la dignidad del saber, puesto que el saber está hecho para la admiración de la naturaleza, para la adoración del Creador. Tal es el motivo por el cual el hombre ha sido dotado de razón: y cualquier malversación de ese poder divino, de esa luz divina, no es un simple pecado entre otros: es el Pecado, es el hecho de morder, de morder el fruto, el Fruto del Conocimiento. El respeto hacia la dignidad del conocimiento indica que es sacrílego permitir que el conocimiento sea adulterado, que el objeto del conocimiento sea opuesto al conocimiento mismo. Es criminal y es monstruoso; y todos aquellos que, conscientemente o no, se consagran a ese fin serán castigados. Es monstruoso que el conocimiento se emplee con fines utilitarios. Es repugnante que el hombre lo emplee para tratar de eludir las leyes de la condición humana, puesto que debe ganarse el pan con el sudor de su frente y lejos de hacer trampas debería emplear ese esfuerzo para redimirse, al menos en parte, o al menos para preparar su redención. Es repugnante y monstruoso que se emplee el saber para fabricar máquinas cuando el saber nos ha sido

concedido para adquirir lo contrario de la máquina: la conciencia. Y todos los que se consagran a esa tarea infernal serán destruidos, serán castigados, como ya empiezan a serlo. Es monstruoso que el hombre emplee el conocimiento, el divino conocimiento, para hacer que triunfe su bestia, pan servir sus apetitos, Y si al menos se tratara únicamente de apetitos. . . Pero también existen las ambiciones artificiales. Es monstruoso que la bestia humana triunfe por medio de la inteligencia hasta convertirse en una plaga para todas las criaturas. Para los antiguos, las Matemáticas, tal como las practicamos nosotros, y la Física, tal como la practicamos nosotros, eran una abominación. Matemáticas significa para Platón la contemplación de los Números; y la especulación matemática era un ejercicio espiritual como lo es para los hindúes —que la practican mediante la contemplación del yantra o forma geométrica que resume los atributos de la divinidad y expone las facetas de la unidad suprema—: no es, como entre nosotros, una ciencia del cálculo, no es un cálculo de mercader, de técnico, de artillero.

Otra razón para ocultarse y callar la verdad es la siguiente: el que busca la verdad ama la verdad. Y el que ama se abstiene de publicar, de exhibir el objeto de su amor. Se abstiene de fragmentarlo, de descomponerlo y recomponerlo por diversión o con la esperanza de ganar. Por el contrario, quiere que el objeto de su amor esté revestido de belleza: por eso la ciencia de los antiguos sabios y la sabiduría profunda de las religiones se expresaron siempre en poemas y cantos de belleza absolutamente incomparable a la de los cantos que sólo están hechos para ser hermosos. Si tenéis un poco de piedad por la naturaleza humana no podéis comparar la Biblia o los Upanishad o el Libro de los Muertos de los egipcios o el Evangelio

con la obra maestra más importante que un gran artista haya escrito para expresarse, para agradarnos, para distraernos o para conmovernos. Esa belleza sobrecogedora sólo pertenece a los Libros Sagrados, porque únicamente de ellos puede decirse que «la belleza es el resplandor de la verdad».

La quinta razón para callar y ocultar la verdad, o al menos para callarla durante largo tiempo y haciendo sentir que podríamos y querríamos mostrarla, reside en que la verdad es la cosa más preciosa que existe: y quien la adquiere debe sufrir para saber, para sentir, para gustar todo su valor. Es preciso que luche para conseguirlo, que supere todas las etapas, que sude sangre y agua, que esté dispuesto a darlo todo, a abandonarlo todo. Por lo tanto es piadoso que si tenéis una verdad para enseñar a alguien no se la arrojéis a la cara el primer día. Por lo demás, nadie la comprendería. Podéis poner la antorcha sobre el candelero: no dará luz al ciego, y todos nosotros hemos nacido ciegos y vivimos ciegos. Ciegos para la luz invisible. Y nuestra ceguera para la luz invisible no es una injusta invalidez que nos impone el cielo. Porque si no es siempre una ceguera voluntaria, hasta cierto punto es siempre una falta de voluntad de ver claro. La adquisición de esa voluntad de ver claro y el desarrollo de esa voluntad en el hombre natural, es decir ciego, son los dones que otorga la claridad. Y esos dones pueden suscitarse mostrando o escondiendo la verdad, según los casos.

He expuesto las razones que los sabios tienen para callar; he dado las buenas razones para callar. Hay además otras razones: las malas. También las formula el texto: «Porque todo hombre, que obra mal, aborrece la luz, y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas». Lo mismo puede decirse

de la mentira o la ignorancia y también del mal, que no son en el fondo más que una sola cosa. La ignorancia se esconde, y el ignorante hábil, el idiota ingenioso emplean para ocultar su ignorancia los mismos métodos que los sabios empleaban para ocultar su saber. Así el charlatán y el falso profeta se rodean de un misterio espectacular y conocen el arte de decir y no decir. Y unas veces se muestran y otras se ocultan y calculan sus entradas, sus salidas, sus muecas.

Eso no es todo: guardar entre varios un secreto es una posibilidad real de unión, y de esta unión nace una fuerza que puede ser provechosa al dueño del secreto. Por eso puede ser ventajoso para el taimado fingir un secreto que no existe con el fin de reunir a su alrededor a los cándidos y a los cómplices, a los semicándidos y a los semicómplices que guardan el secreto y el juramento del secreto, la fraternidad del secreto, y amparados por esta fraternidad desarrollan un poder equívoco. Así se difundieron y perpetuaron (si es que no se fundaron de este modo) las sociedades secretas que aún hoy infestan nuestra civilización. Por lo demás, ocurre a veces que a fuerza de guardar el secreto, a fuerza de evitar huellas que puedan seguirse fácilmente, los supuestos guardianes del secreto acaban olvidándolo. Si es cierto que los francmasones descienden en línea directa de los constructores de catedrales (cosa que no está probada ni puede estarlo), habrán tenido secretos, y secretos venerables, y tales secretos explican sin duda el origen de su poder, que no podría explicar una mera superchería. Pero sabe Dios cómo —y acaso sencillamente por «exceso de secreto»— su secreto fue perdiéndose poco a poco. Cuando pensamos que el «filósofo» Voltaire estaba iniciado y recibió el delantal de manos de Helvecio, cuando pensamos en los poli-

tiqueros que poseen altas dignidades en esas asociaciones misteriosas y han pasado por no sé qué iniciaciones más o menos egipcias, lo menos que podemos creer de ellos es que no están en el secreto de las cosas.

El problema, por lo tanto, se planteará siempre de este modo: ¿Hasta qué punto hay que guardar el secreto? ¿Hasta qué punto debemos mostrarnos? ¿Hasta qué punto la prédica es una vulgarización y una vulgaridad, hasta qué punto es un martirio, es decir, un testimonio? ¿En qué forma es necesario enseñar la verdad, y a quién, y en qué momento? ¿Habrá que enseñarla de un modo a algunas personas y de otro modo a las restantes? ¿Será preciso que unos enseñen de una manera determinada y los demás de otra manera? Y unos y otros, ¿afirman acaso, la misma verdad en planos distintos, aunque las formas difieran y hasta sean opuestas?

Creo que para este problema los textos que comentamos en este momento dan una solución, y la Iglesia un ejemplo. Estos textos, como sabéis, se han difundido por todo el mundo, podemos leerlos y oírlos todos los días y a cualquier hora del día; tienen un aire de sencillez, de claridad infantil y, en efecto, son infantiles. Pero, ¿quién de nosotros es bastante niño para comprenderlos? Están abiertos a todos, son una antorcha sobre el candelero y sólo pueden verlos quienes tienen ojos. Podemos declamarlos y mimarlos de mil maneras distintas: frente a quienes no tienen orejas, su verdad —como la verdad de todo lo que vive— se defiende por sí sola. La Iglesia, como todas las grandes escuelas de la sabiduría, enseña a todos un catecismo y una moral de valor universal y posee a la vez una teología con su lenguaje secreto: el latín. Y con el mejor de los criterios prohíbe que se lea la Biblia en romance

sin comentarios y ofrece a todos los hombres sus ceremonias, con sus símbolos asombrosos y admirables, insondables, mil veces milenarios, sin explicarlos a nadie. «Quien tiene ojos de ver, que vea, quien tiene orejas de oír, que oiga». Muchos serán llamados, pocos serán elegidos. Porque existe una barrera infranqueable para los profanos. Una barrera que Jesús anuncia muy claramente a las multitudes que le siguen: si no odias a tu padre, a tu madre, a tus hijos, tu vida misma; si no tomas tu cruz, no puedes ser mi discípulo. Pero si tienes la dicha de ser perseguido, si tienes la dicha de derramar lágrimas, si tienes la dicha de ser pobre en espíritu y a causa del espíritu y menesteroso del espíritu, si tienes el corazón puro, o sea purificado por la larga busca de la luz por los largos desgarramientos y desapegos que te son exigidos antes de cubrirtte con las vestiduras de fiesta, entonces has de ver a Dios y podrás mostrar tus obras sin orgullo, puesto que no te ensalzarán a tí, mas glorificarán a Dios. Y tú has de entrar en la gloria al morir: has de entrar vivo en la gloria.

XVIII

ABROGAR O CUMPLIR LA LEY

21 de febrero de 1947.
Calle Saint-Paul.

No penséis, que he venido a abrogar la ley, o los profetas: no he venido a abrogarlos, sino a darles cumplimiento.

Porque en verdad os digo, que hasta que pase el cielo y la tierra, no pasará de la ley ni un punto, ni un tilde, sin que todo sea cumplido.

Por lo cual quien quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y enseñare así a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; mas quien hiciere y enseñare, éste será llamado grande en el reino de los cielos (Mateo, V, 17-19).

No es innecesario indagar de qué *Ley* se trata. Si hojearnos la Biblia, buscamos el Levítico y lo leemos cuidadosamente, desde el principio hasta el fin comprobaremos forzosamente que ni un solo punto, ni un solo tilde de la letra subsistió para quienes siguieron a Cristo.

La Ley dada por Moisés a su pueblo se divide en tres partes:

La primera es la *Ley Sagrada*, la Ley del Sacrificio, las prescripciones rituales para el sacrificio de los animales, de la harina, del aceite y de la sal.

La segunda parte es lo que podríamos llamar la *Ley de Pureza*, es la serie de rigurosas prescripciones relativas a la pureza personal, la manera de lavarse de las máculas a la vez corporales e invisibles, puesto que no se trata en absoluto de limpiarse de lo que hoy llamamos suciedad. No está sucio quien está cubierto de polvo o de pringue; está sucio quien ha tenido contacto con un animal o una persona declarados impuros, está sucio quien ha cometido una acción —siquiera involuntariamente— declarada impura. Lavarse de esta clase de impurezas impone abundantes abluciones, retiros y sacrificios en el templo.

La tercera parte se refiere a los *Mandamientos morales* y trata de los diferentes crímenes: incesto, adulterio, robo, mentira, sodomía, bestialidad, hasta alguna indelicadeza o dureza de corazón. Esta Ley, tajante y feroz, ordena al hombre de bien no cosechar enteramente su campo ni recoger los frutos caídos en el huerto, a fin de que el pobre y el extranjero tengan algo que espigar.

De todo este imponente edificio que un pueblo mantuvo en pie durante siglos a fuerza de privaciones y fatigas, no queda más que el templo de Jerusalén. Sin duda todas las abominaciones enumeradas en la tercera parte de la Ley son reprobadas y castigadas entre los cristianos, pero éste es rasgo común a todos los pueblos del mundo y no hay ningún motivo para creer que tales interdicciones —sin las cuales ninguna sociedad podría subsistir— nos vienen de Moisés.

Las otras dos partes de la Ley han perdido todo vigor en

otros pueblos que el israelita de pura observancia (del que no quedan muchos sobrevivientes). Es preciso decir que el primero en dar la señal de la gran demolición fue el propio Cristo. Buena parte de su enseñanza es una negación, en palabras y actos, de los mandamientos, pequeños y grandes, de la Ley de Moisés. No es por casualidad como multiplica los milagros en el día del Sabbat, cuando la Ley ordena que en ese día todo hombre permanezca en su casa sin hacer nada. No es sin intención como permite a sus discípulos sentarse a la mesa sin lavarse las manos, cosa que sería un sacrificio para los judíos y para los hindúes actuales. No es por casualidad como sus imprecaciones caen siempre sobre los fariseos y los escribas, es decir sobre los sabios y los puros, los puros observadores de la Ley. Entre todos los profetas hebreos, Jesús se distingue porque no fulmina contra los pecadores, sino contra los puros o quienes se dicen puros, No es que permita el pecado ni que demuestre indulgencia, porque no deja de amenazar con la justicia divina a quienes faltan a sus deberes. Pero insiste poco en esa amenaza, y más en el perdón. ¿Cómo entender, entonces el pasaje que acabamos de leer?

Otro pasaje nos dice que no conviene tomar la ley ni la enseñanza «según la letra, mas según el espíritu». Esta frase, por lo demás, tiene doble filo, pues traducimos «según la letra» en el sentido latino: al pie de la letra significa para todos los latinos en sentido bruto, o sea falto de interpretación. No creo que para cualquier israelita el sentido de la frase fuera el mismo, En efecto, ya en tiempos de Jesús existía la tradición filosófica que recibe el nombre de Cábala. Y la Cábala podría llamarse *Interpretación de los textos al pie de la letra*. Cada letra del lenguaje sagrado tendría una correspondencia numérica,

una correspondencia astral, una correspondencia mágica, una correspondencia metafísica, y las palabras de un texto, por el solo hecho de estar compuestas de letras, comportarían muchas significaciones que la lectura pura y simple de la frase no puede dar. Así, un doctor cabalista puede jactarse de extraer toda una metafísica de un párrafo cualquiera de la Biblia, por ejemplo de una enumeración de nombres propios. Os daré un ejemplo de esta suerte de especulación: Sabéis que en el Génesis, el Creador recibe el nombre de Eloim. Eloim es sencillamente el plural de la palabra Elí, que significa *Señor*, plural de respeto. El sutil rabino divide en dos esa palabra y encuentra así en ella la palabra *elé*, que significa *eso*, y la palabra *im* que, según él, es inversión de *Mi*, que significa *Quien*. Al principio, dice el doctor, *Quien* era el único existente (Aquel que es por sí solo, el *Ser*, como dirían los hindúes) *Quien* existía y se llamaba *Mi*, pues ninguna otra cosa existía entonces. Pero hoy, que el mundo ha sido creado y nosotros, las criaturas, vemos a *Quien* desde el fondo del mundo, lo vemos desde abajo y como a la inversa: por eso su nombre es *Im* y no *Mi*. De esta lectura de letras se deduce toda una descripción de la creación del mundo y una serie de imágenes, por lo demás admirables y luminosas, a las que sólo podemos hacer un reproche: su absoluta falta de relación con el Génesis. Cuando Jesús dice que no debemos tomar los textos y las leyendas *al pie de la letra*, mas según el espíritu, quiere decir sin duda que conviene tomarlos de acuerdo al espíritu con que los dictó el Legislador sin añadir interpretaciones fantásticas, por hermosas que puedan ser. Pero esto no impide que el error de traducción (si así puede llamarse) contenga en sí una verdad. Ésta es la única interpretación que la Iglesia y toda la tradición cristiana

conservaron. Y esta interpretación, aunque sea falsa, enuncia una gran verdad y contiene un precepto muy útil, sobre todo para nosotros, los occidentales de hoy que sentimos la tentación de tomarlo todo al pie de la letra y nos jactamos de nuestra innata incapacidad para la simbología. En otros términos: «tomad los textos según el espíritu» sólo admite una interpretación; «no los toméis según la letra» admite dos interpretaciones opuestas e igualmente válidas.

Si no hemos entendido claramente el sentido del precepto y de esta profecía acerca de la Ley, no tenemos más que seguir la lectura para ver mejor de qué se trata:

Porque os digo, que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y de los fariseos, no entraréis el reino de los cielos.

Oísteis lo que fué dicho a los antiguos: No matarás; y a quien matare, obligado quedará a juicio.

Y quién dijere a su hermano: Raca, obligado quedará a concilio. Y quien dijere: Insensato, quedará obligado a la gehenna del fuego.

Por lo tanto, si fueres a ofrecer tu ofrenda al altar, y allí te acordares, que tu hermano tiene alguna cosa contra ti,

Deja allí tu ofrenda delante del altar, y ve primeramente a reconciliarte con tu hermano, y entonces ven a ofrecer tu ofrenda.

Éste es, pues, el sentido del «mandamiento más pequeño» observado en sus menores detalles. *No ensucia al hombre lo que entra en la boca; más lo que sale de boca, eso ensucia al hombre.* O sea los malos pensamientos que colman el corazón, o sea las maledicciones, o sea las frases vanas...: todo eso ensucia al hombre. No son los contactos con las cosas declaradas sucias las que manchan al hombre: es la perturbación del corazón la que ensucia al hombre, es la avidez, la avaricia. Allí está el Complemento de la Ley: *Oísteis lo que fué dicho a los antiguos...*

Mas yo os digo... Toda la continuación, o buena parte de ella, del Sermón de la Montaña sería una enunciación de ese Complemento de la Ley. Las observancias exteriores no son válidas por sí solas. Purificaos desde dentro, obrad bien, con pureza y secreto, puesto que vuestro Padre os ve en secreto, y lo que es glorioso ante los hombres de nada vale ante Dios. Las obras importantes y útiles para los ojos ajenos no tienen ningún valor entre las cosas invisibles.

El Complemento de la Ley no es otra cosa que el cumplimiento de la Ley «en profundidad»: es su aplicación «por dentro», en espíritu y en verdad. El Complemento de la Ley no es la promulgación de una nueva lista de acciones lícitas y defendidas, pues las mismas acciones que ayer estaban prohibidas en nombre del Eterno lo estarán siempre, y todas las acciones lícitas y obligatorias desde el principio continuarán siéndolo hasta que llegue el Reino en que ya no será necesaria la Ley, pues todo se hará en él por amor y por gracia. El Complemento de la Ley no es una nueva lista de prescripciones, un ritual más escrupuloso y minucioso que el de los antiguos: es una vuelta a nosotros mismos, y ésa es la esencia de la Ley. El Complemento de la Ley de Purificación será un dominio absoluto de nosotros mismos, de la concupiscencia de los sentidos, de las curiosidades del intelecto, del desenfreno de la imaginación y la lengua (timón que puede llevar la nave entera a la perdición); será el repudio de lo impuro, de las mentiras y los compromisos. El Complemento de la Ley Sagrada será una íntima efusión en el seno del Divino Padre y en secreto.

Así interpreta esta parte del Sermón la tradición occidental; pero va demasiado lejos, porque la interpretación no puede ser exclusiva de la letra.

Y no sólo ha desechado el punto y el tilde de la letra, sino además la letra, y la frase toda, y los párrafos, uno tras otro, con su sentido, y con ellos el espíritu del Legislador.

Porque si Cristo levantó su voz contra los abusos paralizadores y adormecedores de las observancias, contra el orgullo y la astucia de quienes buscan amparo en la Ley y se creen justificados por ella, nunca renegó de esta Ley ni del Espíritu de esta ley. Su historia demuestra que se sometía a los ritos tradicionales como todo buen hijo de Israel, y que todos los años subía al templo de Jerusalén para celebrar la Pascua y aún con riesgo de su vida.

El mundo occidental ha llegado a considerar que nada es impuro, que nada está sucio, que nada es indigno de ser tocado, que nada es indigno de ser dicho, que nada es indigno de ser pensado. Hemos olvidado que la condición de la purificación del espíritu es cierta purificación del cuerpo, que no es lícito tocarlo todo, decirlo todo, complacerse en la impureza, presentarse frente a Dios de cualquier manera sin lavarse previamente. Hemos olvidado asimismo el *sacrificio sangriento*. No echo de menos es carnicerías sacras, pero Cristo no abolió el Sacrificio, sino que él mismo lo cumplió. Cristo quiso ser el cordero de los sacrificios degollado en el Templo por el pecado de quien lo presentaba. Y Cristo nos enseña que no hay víctima propiciatoria para nuestra propia purificación, que somos nosotros mismos quienes debemos ofrecernos en holocausto. Yo agrego lo que falta a los sufrimientos de Cristo: *Adimpleo quae desunt passionibus Christi*, dice san Pablo.

Cuando hacemos de la religión cristiana una efusión sentimental, la falseamos por completo, la desnaturalizamos y la ensuciamos.

Considero que entre nosotros la misión de un reformador actual consistiría en restablecer de algún modo la Ley de Purificación. ¿Por qué todo el siglo es blasfemia impureza fealdad? Por olvido de la Ley de Purificación. A causa de esta abrogación el cuerpo está escindido del espíritu y la vida cotidiana de toda significación religiosa y la apariencia de la realidad.

Sería una misión muy alta restablecer con formas nuevas, para nosotros mismos y para nuestras familias, las dos partes primeras y principales de la Ley, hoy caídas en desuso: la Ley del Sacrificio y la Ley de Pureza, a fin de que el hombre se disponga íntegramente (en cuerpo y alma) a entrar en la vida espiritual, y para que una vez llegado a esa vida espiritual se exprese con plenitud en todos los planos. Todo discípulo de Gandhi sabe qué quiero decir: para él, las tres partes de la Ley son válidas en espíritu y en verdad.

Asimismo, quien enseñe a los hombres a observar los mandamientos más pequeños (o sea los mandamientos que se refieren a las observancias exteriores), a observarlos según su espíritu, *ése será llamado grande en el Reino de los Cielos*.

XIX

AMAD A VUESTROS ENEMIGOS O DE LA CARIDAD

*28 de febrero de 1947.
Calle Saint-Paul.*

LA coherencia del Sermón de la Montaña, según Mateo, no se descubre a primera vista: ese texto parece, en efecto, una acumulación de discursos diversos. Refuerza esta impresión el hecho de que en los otros Evangelistas encontramos algunos pasajes dichos en circunstancias diferentes. El Sermón, según Mateo, parece reunir lo mejor de toda la prédica del Señor. Tal vez sea así, pero es indudable que el Evangelista no reunió esas espigas al azar. Por el contrario, seguía un plan determinado y si creemos ver soluciones de continuidad entre una imagen y otra es porque no penetramos en esas imágenes ni captamos su significación. Las significaciones se suceden perfectamente. Para resumir, podemos seguir el camino trazado desde las Bienaventuranzas hasta el punto a que hemos llegado: las Bienaventuranzas expresan la transfiguración de nuestra naturaleza toda para entrar en el camino nuevo:

Bienaventurados los pobres, bienaventurados los que lloran, bienaventurados los perseguidos, bienaventurados los que el mundo cree desdichados. Después, a partir de este pensamiento, las frases acerca de la sal de la tierra, la sal del dolor, el sacrificio necesario para entrar en el camino. Después, el anuncio de la luz: este camino es el camino de la luz y esta luz debe brillar. No está hecha para ser puesta bajo el celémín, sino para iluminar a los hombres y glorificar a Dios. Y esta luz proviene de la Ley nueva. Ahora bien, esta nueva Ley no es nueva. ¿Cómo podría ser nuevo lo eterno? Cada vez que se afirma una cosa eterna, se presenta con el fulgor de la novedad absoluta y nos produce la impresión de las grandes sorpresas. Pero al revés de las sorpresas corrientes —que dejan de serlo y de impresionarnos en cuanto nos habituamos a ellas— las novedades eternas nos impresionan con fuerza cada vez más profunda, a medida que penetramos en ellas y ellas nos penetran. Y Cristo dijo: *No he venido a abrogar la Ley, sino a darle cumplimiento.* Y sigue la enunciación de la Ley nueva, de la eterna Ley nueva: *Oísteis que fué dicho a los antiguos: no harás esto, no harás aquello. Mas yo os digo...* Así se formula el *Complemento*. El Complemento de la Ley no es sino un ahondamiento en la Ley. Dijeron los antiguos: No matarás, y yo te digo que si te encolerizas con tu hermano ya eres pasible de condena, como si lo hubieras matado. Dijeron los antiguos: No cometerás adulterio, y yo te digo que si miras a la mujer de otro con avidez ya has cometido adulterio. Dijeron los antiguos: No perjures, y yo te digo que no debes jurar, porque el que jura siempre puede exponerse al perjurio; el que jura por su cabeza sólo debe abstenerse de jurar, porque ningún poder tiene sobre su cabeza. Que diga tan sólo: «Sí, sí. No, no», Bas-

ta con ello, y que no evoque el Nombre de Dios en vano, como ya lo prescribió la Ley Antigua.

Hemos así llegado a un punto culminante, si no al punto culminante de esta Ley Nueva:

Habéis oído que fué dicho: Ojo por ojo, y diente por diente.

Mas yo os digo, que no resistáis al mal; antes si alguno te hiriera en la mejilla derecha, párale también la otra.

Y a aquel que quiere ponerte a pleito, y tomarte la túnica, déjale también la capa.

Y al que te precisare a ir cargado mil pasos, ve con él dos mil más.

Da al que te pidiere; y al que te quiera pedir prestado no le vuelvas la espalda.

Habéis oído que fué dicho: Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo.

Mas yo os digo: amad o vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen, y rogad por los que os persiguen y calumnian;

Para que seáis hijos de vuestro Padre, que está en los cielos, el cual hace nacer su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos y pecadores.

Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? No hacen también lo mismo los publicanos?

Y si saludareis tan solamente a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen esto mismo los gentiles?

Sed, pues, vosotros perfectos, así como vuestro Padre celestial es perfecto (Mateo, V, 39-8).

Cuando digo que éste es el punto culminante y principal, encuentro confirmación en el hecho de que en Lucas, el mismo pasaje figura inmediatamente después de las Bienaventuranzas, como su complemento. Oigámoslo:

Mas dígoos a vosotros, que lo oís: Amad a vuestros enemigos,

haced bien a los que os quieren mal.

Benedicid a los que os maldicen, y orad por los que os calumnian.

Y al que te hiriere en una mejilla, preséntale también la otra. Y al que te quite la capa, no le impidas llevar también la túnica.

Da a todos los que te pidieren; y al que tomare lo que es tuyo, no se lo vuelvas a pedir.

Y lo que queréis que hagan a vosotros los hombres, eso mismo haced vosotros a ellos.

Y si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tendréis?, porque los pecadores también aman a los que los aman a ellos.

Y si hicieréis bien a los que os hacen bien, ¿qué mérito tendréis?, porque los pecadores también hacen esto.

Y si prestáreis a aquellos, de quienes esperáis recibir, ¿qué mérito tendréis?, porque también los pecadores prestan unos otros, para recibir otro tanto.

Amad, pues, a vuestros enemigos; haced bien, y dad prestado, sin esperar por eso nada; y vuestro galardón será Grande, y seréis hijos del Altísimo, porque Él es bueno aun para los ingratos y malos.

Sed, pues, misericordiosos como también vuestro Padre es misericordioso (Lucas, VI, 27-36).

E inmediatamente después: No juzguéis. . .

Hemos llegado así al meollo de la Ley Nueva tan nueva para nosotros que, después de promulgada, no hemos vuelto a oírla en dos mil años. Y no es ésta la primera vez que es promulgada pues dice Isaías: He ofrecido la espalda a quien me golpeó, he tendido el rostro a quienes me arrancaban las barbas. Tono muy raro en el Antiguo Testamento, acento perdido en el fragor de las voces opuestas. Pero acento claramente percibido en otros climas, ya que es uno de los puntos principales de la enseñanza de Buda. Por lo demás, interrogado por el fa-

riseo que trata de pescarlo en falta: *Maestro, cuál es el grande mandamiento de la ley?*, Jesús responde: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y de toda tu alma, y todo entendimiento. Este es el mayor, y el primer mandamiento. Y el segundo semejante es a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo* (Mateo, XXII; Marcos, XII; Lucas, X). Y el fariseo, reconociendo la autoridad del texto, no encuentra qué responder.

Pero, ¿qué amor es éste, que no es la unión de los esposos, ni el ardor de los amantes, ni el acuerdo de los amigos, ni la predilección de los prójimos, sino el amor del prójimo, o sea de cualquiera, del que está allí? ¿Qué amor es éste, que no es una dulce y confortante efusión del corazón, y no es intercambio de beneficio, sino don y abandono total, sin cálculos?

Y ante todo: ¿es que tiene nombre? Sí, y un nombre divinamente hermoso, pues se llama *Caridad*. Y si este nombre, que significa *Gracia*¹, ha perdido su sal, ¿con qué lo sazonzaremos, con qué sal de fuego?

Hoy solemos hablar de «hacer caridad», cosa que con frecuencia no tiene más relación con la caridad que «hacer el amor» con el Amor y «hacer gracias» con la Gracia. No. La caridad es algo que no puede *hacerse*, es increada, es el soplo mismo de Dios.

La Caridad es la sobreabundancia de la Justicia y la Ley de Libertad, es la ruptura de todos los lazos, la liberación absoluta, el reverso del amor propio y de la concupiscencia, la dicha en el sufrimiento y el sacrificio espiritual, la comunicación con la Gracia, el don y el descubrimiento de la esencia, el conocimiento perfecto de la verdad viviente, siete puntos que

¹La relación entre *caritas* o *charitas* con el griego *charis* es objetable: tanto peor. (Nota del autor.)

procuraremos aclarar sucesivamente.

Ante todo es importante saber que la Caridad no es un afecto. Si lo fuera, no podría ser objeto de un mandamiento, ya que podemos obedecer cuando tenemos afectos, pero no podemos contraer ninguna clase de afecto por obediencia. El amar que es objeto del «mayor mandamiento» no pertenece, pues, a la sensibilidad, sino a la voluntad. No es un sentimiento, pero sí una virtud. Este amor no roza ningún aspecto de nuestro ser, pero nos consagra íntegramente a la obra: Amarás con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu entendimiento. Del corazón pasa a la cabeza y del alma al cuerpo para traducirse en obras. Esta virtud es, por lo tanto, el complemento, la realización, la plenitud de toda nuestra naturaleza.

Por lo demás, todo amor llena nuestra medida y desborda de ella. Todo lo que odio me aísla, me endurece dentro de mis límites, me restringe, mientras que si me engrandezco es gracias a lo que amo. ¿Cuál es el límite de lo que es «yo» y «mío», si no los demás, sus derechos y sus fuerzas? Pero si amo a los demás, ¿dónde está mi límite? Al oponer nuestras fuerzas las anulamos, al conjugarlas las multiplicamos. Al participar de las fatigas ajenas las disminuyo; al participar de sus alegrías las multiplico. Saco provecho de lo que recibo, y esto es más de lo que doy. Sí, pero como dice Valéry:

... *vendre la lumière,*
Suppose d'ombre une morne moitié.

Si recibís el sol en la cara, la espalda os queda en la sombra y todo vuestro cuerpo proyecta una sombra sobre la tierra; lo mismo ocurre con el Amor. Todo amor del corazón o de la carne tiene su reverso de odio y con frecuencia el reverso es

mayor que el anverso. Si quiero con pasión a una mujer, odio a todos aquellos que podían hacerle o desearle mal, así como a quienes tienen la poca consideración de no admirarla. Pero con ello no me basta: odio también a quienes la quieren demasiado y procuran atraerse sus favores. Pero esto no es nada. Porque si esa mujer se enamorara de otro y me infligiera la suprema injuria de encontrar su bien fuera de mi mismo, mi gran amor me llevaría a odiarla a muerte.

Qué decir del apego avaro y celoso de las familias, hundidas en su satisfacción y sus riñas. Qué decir de su *afecto*, si no que la palabra se parece a *infecto* y se aplica también con respecto a las enfermedades. En esta tibieza se agrian los humores y se pudre el corazón, mientras la indiferencia con respecto al mundo entero se espesa. . .

Por eso Cristo gritó a las grandes multitudes que lo seguían: El que no odia a su padre, y a su madre, y a su mujer, y a sus hermanos, y a sus hermanas. . . Y por eso pregunta: ¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?

Pero qué decir de esos ardores que pueden abrasar a millares, a millones de hombres: el amor de la Patria, la pasión del Partido, tan impetuosos que en muchos hombres hacen las veces de la religión. Juzgad el árbol por sus frutos, que son: guerra, sedición, matanza, cautiverio, opresión, ruina. Este amor no es sino un contra-odio: ¿queréis la prueba? Dejad que los partidarios y los compatriotas se las entiendan entre sí, y veréis cómo se destrozan mutuamente. Lo único que une a la horda es el odio común contra cualquier otra horda.

Y, sin embargo, con todas sus manchas, con todas las plagas y crímenes que acarrea, el amor es la fuente de toda vida y sin él nada vale nada.

Pero si la Caridad se distingue de cualquier otro amor, ¿qué señal permite reconocerla? La siguiente: es un amor ilimitado. Pues si el amor que nos permite superar nuestros límites es en sí limitado, nos hace salir de nosotros para meternos en un callejón sin salida.

El límite del amor es la indiferencia, la enemistad, la reprobación. Pero frente a la Caridad no hay indiferencia, no hay enemistad. ¿Dónde está, pues, su límite? La Caridad es infinita, infinitamente buena como Dios mismo, lo cual prueba que es de Dios, que es el Espíritu de Dios. Recae igualmente sobre todos sin las consideraciones propias de la justicia. ¡Y cuánto mejor es que la justicia!, porque la justicia es el «mal menor», mientras que la Caridad es el bien supremo; porque la justicia devuelve ojo por ojo y diente por diente y mal por mal, a fin de obtener un equilibrio en el mal e impedir que el desorden lo arrolle todo, mientras que la Caridad paga el bien con el bien y el mal con el bien, y cuando la malicia se le opone, aumenta su ardor para compensar y, si es posible, romper y quemar esa barrera. Por consiguiente, es exacto decir que la Caridad es la *sobreabundancia de la justicia y el complemento de la ley*. Y no soy yo quien habla, sino el propio Cristo, que dice: Si vuestra justicia no abunda más que la de los fariseos, si amáis a los que os aman y hacéis el bien por la recompensa, ¿qué habréis hecho de más; *quid faceritis amplius?* La Caridad es lo que Santiago llama la *Ley de Libertad* (II, 25). ¿Quién es libre, si no el que hace lo que desea? Pero si yo deseo pecar ejerciendo el libre albedrío que me ha sido concedido desde mi nacimiento, no seré libre: mas habré elegido libremente la esclavitud del pecado. *Todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado* (Juan, VIII, 34). No, no soy libre para pecar: es una libertad que me

tomo, lo cual significa que no la tengo. Y así es tomado el que cree tomar.

Por otra parte, si quiero someterme a la Ley, pero lo hago de mal grado, ¿soy libre? Sí, porque hago lo que quiero; no, porque me fuerzo a ello.

Por consiguiente, no alcanzo la libertad por la Ley ni en contra de ella, pues la Ley limita mi libre albedrío y el pecado impide mi liberación.

Pero si amo, ¿es acaso la Ley la que me impide matar, robar, engañar, insultar al que amo? ¿Es la Ley la que me fuerza a darle lo que le debo? Ignoro la Ley y sus imposiciones, pero no la violo ni la abrogo: por el contrario, la cumplo, colmo su medida y la hago desbordar. Pero no me conduzco al azar (*Caritas non agit perperam*, I Cor., 13), y, por ende, no me precipito en el desorden: sigo libremente la Ley Nueva; por eso dice san Agustín: « Ama y haz lo que quieres », *ama et quod vis fac*.

El carácter infinito de este amor hace que en vez de cautivar-me me libere. porque mientras el Amor es limitado, es un lazo, un apego y, por consiguiente, un estorbo para la libertad.

Un amor irresistible y más fuerte que yo no puede liberarme en modo alguno, ni guiarme hacia la superación; por el contrario, me arrastra y me empuja hacia donde no quiero. Su causa no está en mí; por él estoy encadenado a lo que ignoro y destinado a las tinieblas.

Para que la fuerza del gran amor me haga crecer verdaderamente, debe surgir del fondo y del medio de mí mismo; por eso la caridad es voluntaria en su germen. Es una *buena voluntad*, más que un *buen sentimiento*. Y hasta es una voluntad que se opone a todos mis sentimientos: a mis repugnancias irrazonables, a mis preferencias injustas, a mis deseos y placeres, a

mis intereses y admiraciones.

Ésta es la conversión o inversión de todas las cosas anunciada y predicada en cada página del Evangelio: « Quemarás lo que has adorado, adorarás lo que has quemado » podemos decir a todo converso. Odiarás lo que has amado, amarás lo que odiabas y quienes de odian, tus enemigos. Considerarás a tus prójimos como a extraños y al que pasa como a tu hermano.

Todo el amor humano se ordena en torno de dos polos que son el amor propio y la concupiscencia. El amor propio² es la violenta preferencia que cada uno siente por lo que llama *yo*. Es la raíz contumaz de todo amor. De esta raíz nace un tronco que se llama *apego*, mediante el cual el amor de nosotros mismos se prolonga y extiende hasta nuestros prójimos, hasta quienes consideramos los nuestros. El ramaje del árbol es la *concupiscencia* o deseo. Por ello nuestro amor se dirige a los demás, a fin de recibir en cambio deleite, provecho, protección o glorificación.

La Caridad trastorna de orden. Es un amor sin apego ni atracción. Y mientras el apego me retiene en el círculo de los prójimos y los semejantes, mientras la atracción me lleva hacia las personas brillantes, nobles, generosas, refinadas u honorables, la caridad me impulsa hacia el pobre, el leproso, el forzado, y me hace atravesar el mar para correr en auxilio del huérfano chino, del esclavo negro o del salvaje.

Pero existe un hombre más difícil de amar que el pobre y el extranjero: es el enemigo, el que me ataca y me escarnece, pues

²Esta designación, vaciada de su sustancia, ha llegado a significar *vanidad ridícula*. Su sentido verdadero es *amor de sí*. En la jerga habitual se la reemplaza por la palabra *egoísmo*.

el amarlo me expone a la ruina, al ridículo y quizá a la muerte. El hombre que es capaz de este amor rompe su último lazo y se acerca a la perfección del Padre Celestial, que da su lluvia y su sol tanto a los ingratos como a los justos.

Este amor no sigue la pendiente de mi naturaleza, no me deja en reposo de día ni de noche arruina todos mis placeres, pues mis placeres me repugnan en medio de un mundo que sufre, y mis privilegios... legios me horrorizan, y mi bien se convierte en un abuso intolerable, y siento los pesares ajenos en mi propia carne, se acuestan en mi cama y me acosan de todas partes.

Es, en verdad, un amor difícil y peligroso. Para desarrollarse necesita del sufrimiento tanto como el otro amor necesita de la dicha. Exige un dominio de los sentidos más severo que cualquier ascesis; es un fuego purificador y un sacrificio perpetuo. «Prefiero la Caridad al Sacrificio», dijo el Señor. Pues la Caridad es el más genuino y valioso de los sacrificios.

Pero es un sacrificio que deja viva a su víctima y hasta le insufla una vida nueva. ¿Cómo sabemos que la vida nueva ha nacido?: porque en lo más hondo del sufrimiento y de las fatigas impuestas por el servicio existe la alegría y, vaciada de toda emoción espontánea, existe la abundancia del corazón. De suerte que la Caridad es su propia recompensa. Si hacemos el bien a los demás para hacernos el bien a nosotros mismos, no somos caritativos. Pero basta ser caritativos, o sea hacer el bien a los demás olvidándonos, para unirnos a quienes hemos hecho el bien hasta el punto de sentir como bien nuestro el bien que les hacemos, pero mucho más que ese bien importa la unión que hemos creado; y es justo decir que todo lo que hemos abandonado es «centuplicado» después de esta vida.

La Gracia es la que da su nombre a la Caridad. La Caridad no es un sentimiento, es una voluntad de bien que acaba por crear un sentimiento que brota de nosotros y de lo Alto y merece el nombre de Gracia.

La Caridad es, pues, la transposición del amor al plano del Espíritu: y transporta al que ama al reino de los Cielos.

He hablado muchas veces del paso de un plano al otro como de una inversión de las mismas leyes. Encontramos en el plano superior (lo que está arriba es como lo que está abajo) la misma cosa y su contrario, formando una sola y misma cosa. Hemos visto que el amor humano oscila entre dos polos, que son el Amor Propio y la Concupiscencia. Ahora bien: la Caridad es el bien contrario al Amor Propio, puesto que es el olvido de nosotros mismos por el bien ajeno, puesto que es el Amor Común de que habla san Bernardo, dando a la palabra *común* no el sentido de vulgaridad, sino el de comunión. La Caridad es asimismo lo contrario de la Concupiscencia o Deseo, que es la busca en los demás de nuestro goce y nuestro provecho, puesto que es un amor desinteresado, casto y sufriente. Pero ese deseo que lleva a todo hombre hacia el que es más hermoso, más fuerte, más glorioso que él, para que en ese otro ser encuentre su bien y su exaltación, ¿se ha extinguido en el santo, constantemente inclinado por la Caridad hacia los más despojados? No extinguido, pero sí consumido. Porque el deseo del santo se ha elevado directamente hasta el más hermoso, el más fuerte, el más glorioso: el Señor mismo, a quien su alma, revestida de pureza y de justicia, ha escogido como esposo y en honor del cual entona el Cantar de los Cantares. Después de semejante deleite, el transporte de los amantes no es más que un juego de niños que chapotean en el fango. Y

el amor de sí, ¿se habrá extinguido? Tampoco: se ha consumido. Si el Amor Propio es odioso es porque es un amor de sí insuficiente, así como la Concupiscencia es un deseo insuficiente de bien y dicha. El Amor de sí está comprendido en el enunciado del Mayor Mandamiento, y es la base misma de la Caridad, puesto que se ha dicho: « Amarás a tu prójimo *como a ti mismo* ». Si no me amara a mí mismo, ¿cómo podría amarlo como a mí mismo? Si quisiera mi propio mal y mi destrucción, ¿cómo podría hacerle el bien? No son los santos quienes quieren su propia muerte, su propia destrucción, sino los viciosos, los apasionados, los desenfrenados, que buscan su propio mal. Amarnos a nosotros mismos y querer el propio bien es vivir sanamente, sabiamente, santamente. Pero ante todo es preciso conocer el propio bien, que es la salvación y la beatitud, y conocernos a nosotros mismos. Aquí es cuando surge la falta esencial del Amor Propio, que es la ignorancia y el desconocimiento de nosotros mismos. En verdad, lo que cada uno de nosotros llama « yo », lo que ensalzamos con detrimento de los demás, lo que procuramos hacer triunfar sobre todo el mundo es lo que todo el mundo ve y conoce: nuestro cuerpo, nuestra persona y nuestro nombre. Pero lo que cada uno podría conocer de sí mismo por medio de sí mismo y solamente en sí mismo, el alma y el ser, eso le es extraño y no forma parte de sus cuidados. Si todo hombre buscara su alma, si no chocara con nadie, si se apartara de todos para encontrar esa alma suya, encontraría a todos los demás, porque en ello encontraría el ser que es común a todos. Y de ese modo su amor propio se convertiría en « amor común ». La Caridad brota de una fuente profunda, de lo que existe de más profundo, más secreto, más íntimo en el hombre: él mismo. Pero, ¿cómo puede el hom-

bre dar lo que no posee? ¿Lo que ignora? ¿Lo que está fuera de su alcance? « ¿Cómo puede un pobre dar a un pobre? — pregunta santa Catalina—. ¿Cómo puede un muerto enterrar a un muerto? » Es preciso llegar a la fuente de donde brota la Caridad. « Cuando distribuyere todos mis bienes en dar de comer a los pobres, y si entregare mi cuerpo para ser quemado, de nada me valdrá si no tengo Caridad ». Ahora bien, yo puedo darlo todo y no tener Caridad: puedo dar el cuerpo como la amada entrega el cuerpo a su amante, y dar dinero como el príncipe da dinero al súbdito para sujetarlo aún más, mas no puedo tener la Caridad si no tengo acceso a la fuente de la Caridad, que es el conocimiento de mi mismo y de Dios. ¿Cómo logra el santo amar al pobre más de lo que se aman esposos y amigos? ¿No ve, acaso, que ese hombre en quien gasta tanto amor es indigno de él? ¿Que es viejo, feo, enfermo, ingrato, borracho, culpable? El santo lo ve muy claramente, lo ve demasiado, pero no cree en lo que ve, cree en lo que sabe. « Hay en éste lo que hay en mí, lo que hay en Dios. Este hombre es yo mismo, este que pasa es Dios. » ¿He blasfemado al decir: « este que pasa es Dios »? No, no he blasfemado ni he hablado por mi cuenta, pues ha hablado el Señor: « Señor, ¿cuando te vimos hambriento, y te dimos de comer; o sediento, y te dimos de beber?... O ¿cuándo te vimos enfermo, o en la cárcel, y te fuimos a ver?... en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos pequeñitos, a mí lo hicisteis » (Mateo, XXV, 37-40). Mediante la purificación, y la vuelta sobre nosotros mismos, y la busca de la esencia, podemos llegar a la Caridad, puesto que ser caritativo es conocer—y no por medio del intelecto, sino con la prueba de fuego del ser íntegro— que nuestro yo es el mismo en todas partes. El hombre caritativo puede mirar

al más desdichado y culpable de los hombres diciendo: Esos pecados, esos sufrimientos son los míos; puede mirar al mas puro, al mis grande, a Cristo, y decir: Yo sería Él si supiera ser yo mismo.

La Caridad es el reconocimiento de nosotros mismos en los demás, el conocimiento concreto y viviente del ser: es el ingreso en lo vivo de la Verdad.

Esto explica la extraña conclusión de la célebre página de san Pablo sobre la Caridad, donde dice que todas las ciencias tendrán fin, porque lo que es perfecto reemplazará lo que es imperfecto: « Cuando yo era niño, hablaba como niño, sentía como niño, pensaba como niño; mas cuando fui ya hombre hecho, di de mano a las cosas de niño » (I Cor., XIII, 11). De modo que, contrariamente a lo que piensa un pueblo vano, la ciencia no es más que una puerilidad, un « don incompleto » que habrá de borrarse cuando « el don será completo ». Mientras tanto, agrega el Apóstol, « vemos como por espejo en oscuridad; mas entonces cara a cara. Ahora conozco en parte; mas entonces conoceré, como soy conocido ».

Ahora bien, hemos de admitir que el conocimiento perfecto, según la acepción tradicional de las palabras, es únicamente, pero plenamente la distinción entre *lo que es* y *lo que no es* entre lo que es interior y lo que es exterior, entre lo que es *Yo* y lo que es *Otro*. Tanto en mí como en los demás. Puesto que hay una parte en que yo soy otro para mí y hay una parte en que el otro es yo mismo, tanto como yo y quizá más. Si es yo mismo más que yo, es mi Señor. Si yo soy otro en mí más que yo mismo, estoy en la ignorancia, en la impureza, en el pecado, soy para mí mismo el enemigo y el demonio, estoy en las « tinieblas exteriores ». Pero si me establezco en el interior

de mí mismo ya no encuentro rastros del cuerpo ni « mitad de triste sombra », porque la luz penetra allí como en el corazón del diamante y se multiplica sin interrumpirse. Allí estoy en la fuente de la vida; mi alma es una sola con el ser, con la vida, con el amor, con ese amor que me permite ingresar en el ser de todos los seres. Éste es el motivo por el cual el precepto que hemos leído termina con estas palabras: « Sed, pues, vosotros perfectos como vuestro Padre Celestial es perfecto ».

Pero lo que he dicho presenta aún muchos puntos oscuros ¿Queréis hacerme observaciones y preguntas?

UNA DAMA: Me asombra la desdeñosa severidad con que se refiere usted al amor familiar. El hogar cristiano, ¿no es el lugar natural de los sentimientos más nobles y delicados?

RESPUESTA: Tiene usted razón, señora, al obligarme a poner cada cosa en su lugar. Nada más conmovedor, en efecto, que la devoción de una madre inclinada sobre su hijo; la vigilante bondad paternal, la piedad filial, la fidelidad fraternal. Todo eso es bueno y hermoso en el plano natural. « Los animales salvajes también quieren a sus crías », y no hay razón para tratar severamente lo que es ornamento y honor de la naturaleza. Pero lo que es preciso tratar con severidad es esa confusión de los planos en que hoy nos complacemos. Lo que nos disgusta justamente es que tengamos por divinas cosas que son perfectamente naturales; mejor dicho, que confundamos la fachada convencional y la parte noble de la naturaleza con su totalidad. Por severo que me muestre con respecto al apego familiar, lo soy menos que el Evangelio: « Por mí el hijo odiará al padre, la hija a la madre ». Sigue la enumeración de los grados de parentesco más diversos; sin hablar ya de la respuesta del

niño Jesús a sus padres, que lo habían buscado durante tres días con afecto trémulo y desesperado por los caminos y en la ciudad, hasta encontrarlo al fin discurriendo con los doctores: «¿Para qué me buscabais? ¿No sabíais que en las cosas, que son de mi Padre, me conviene estar?» Dureza de diamante, ¡oh, sabia y santa inhumanidad! La santificación del apego familiar (hoy sobreestimada en la medida en que se torna rara) proviene de una confusión que es apenas menos grosera que la de los paganos, divinizadores de la voluptuosidades eróticas. Pero tampoco quiero hablar con severidad de la voluptuosidad, a la cual debemos tantos cantos sublimes y sin duda la vida misma.

UNA COMPAÑERA: Nuestros padres y parientes, ¿estarían por lo tanto naturalmente excluidos de nuestra caridad?

RESPUESTA: Si he definido la Caridad como un amor sin límite es porque nadie en el mundo debe estar excluido de ella. El amor a nuestros parientes puede transformarse en caridad (con la condición de que no se mezclen los planos). Es la razón principal del sacramento del matrimonio, en que se basa la familia. Más de un santo, más de un gran hombre aprendieron en su propia casa y durante su niñez la santidad y la grandeza que después les hicieron abandonar esa misma casa. Pero la facilidad del sentimiento natural y las grandes probabilidades que todos tenemos de contentarnos con él, explican el llamado del Evangelio y el abandono de los elegidos, con frecuencia revestido de una aparente ingratitud. Es frente al desconocido, el pobre, el enemigo, como la caridad se revela en estado puro. Por lo demás suele ocurrir que encontremos entre nuestros parientes al enemigo más íntimo, tan mortal que después per-

donar a los demás se convierte en un juego de niños. A causa de esa inversión de que hemos hablado, el primer acto de caridad pura con relación a un pariente nos hará mirarlo como a un desconocido y por otra parte nos reserva muchas sorpresas y descubrimientos maravillosos.

UN VISITANTE: ¿Qué diferencia existe entre la caridad y la piedad?

RESPUESTA: Rothschild era un faro, un puerto para todos sus correligionarios desdichados. Un pobre judío acudió a él y en el tono apropiado para leer la página de Jeremías ante el Muro de las Lamentaciones, se despachó acerca de sus penurias, las de su padre y su madre y su hermano y su hermana. El relato conmovió al sensible barón, que llamó a su *valet* y le ordenó: «José, échalo afuera: me destroza el corazón».

UN COMPAÑERO: Si la caridad es, como dices, «un amor que desciende», ¿qué derecho tenemos para mostrarnos caritativos con nuestros hermanos y nuestros iguales? ¿No será ésa una arrogancia? ¿Nuestra caridad no implica la pretensión de ser superior a ellos?

RESPUESTA: Observación justa y pregunta oportuna. Sí, la caridad es incompatible con la bajeza. El alma caritativa es elevada y profunda, está en lugar seguro y su sentimiento desciende hasta aquel que sostiene y auxilia. La ofensa más común a la caridad es, en efecto, esa satisfacción íntima del que da, esa piedad en que tanto se complacen los piadosos, ese don que en el pecho del socorrido pesa tanto como la rodilla del vencedor. Tal es la odiosa parodia que enturbia la beneficencia mundana y a quienes en ella buscan su recompensa. La Caridad es una

virtud teologal y proviene, por lo tanto, del conocimiento de Dios.

Pero del conocimiento de Dios y de una confrontación asidua con el Altísimo surge necesariamente la más profunda humildad. El orgullo, que es la exaltación del espíritu de segregación, destruye toda caridad. La humildad del hombre caritativo normaliza la situación y devuelve su propia estima al que es socorrido. La Caridad empieza por el necesitado, pero se extiende a los iguales y hasta los superiores. Porque el hombre más eminente, el más poderoso y rico, el más célebre, el más seductor es también un mortal: ha sido niño, envejecerá, es vulnerable y frágil, está sujeto al error y a la perdición. Ahora bien, al admirarlo no hemos de amarlo por su aspecto brillante sino por su debilidad, o sea por sus faltas. Puede llegar un momento en que necesitará de nosotros. Y nos reservamos para ese día. Esa inversión de todas las cosas según la cual los últimos serán los primeros hace que nos consagremos a la estimación del mísero y a la conmiseración de los grandes.

UNA COMPAÑERA ANCIANA: Has dicho que debemos evitar la emoción. Creo que la emoción es lo que me sostiene y me ayuda.

RESPUESTA: Pero si la emoción te sostiene, ¿quién sostendrá la emoción? Pues sabes que la *emoción* es por naturaleza algo que se mueve (la palabra misma lo dice) y que por lo tanto se va. Y cuando se haya marchado la emoción, caerás en tierra. No he dicho que debas evitar la emoción, pero sí que debes crearla. No es la emoción la que ha de hacerte a ti: tú debes hacerla. Si *Ama!* es un mandamiento, es porque el Amor es una *Obra* y no una *emoción*, porque nadie puede emocionarse por obe-

diencia. Y ante todo, cada hombre debe hacer lo que es justo y bueno, aun sin sentirlo: ése es el deber y la justicia. Pero la caridad exige un trabajo doble: debemos hacer la obra caritativa y también *hacer el sentimiento* que le corresponde, hacerlo brotar de nosotros mismos: entonces la caridad produce su fruto sabroso. No está prohibido, no es malo hacer el bien a nuestros amigos. Es cosa muy buena, pero sobre todo muy placentera, y, por consiguiente, poco meritoria. Lo que se exige de nosotros es que hagamos el mismo bien a quienes no pueden gustarnos y nada pueden devolvernos: al pobre, a nuestro enemigo, a los muertos. Cosa ya muy meritoria, aunque cada vez menos fácil. Hay una tercera salida: que a fuerza de obrar con el corazón seco, a fuerza de obrar con perseverancia sobre nuestros sentimientos, acabemos por sentir lo que nos proponemos y lo que debemos sentir, y amemos así al más alejado de los hombres. Entonces tendremos a la vez el mérito y el placer, un placer inmenso y transparente, sin reverso de falta y sin límite de pesar: el placer celestial, *el estado de gracia* que se llama Caridad.

UN JOVEN: Quizá sea un monstruo, pero no estoy seguro de amar ese amor que me presentas como divino. No estoy seguro de si me gustaría ser amado con ese amor, que consiste en buscar lo mismo en todo el mundo y en amar a todo el mundo de la misma manera.

RESPUESTA: Tu resistencia proviene de dos desdenes: uno hacia *lo mismo*, otro hacia *todo el mundo*. Esos desdenes provienen de que me he expresado mal y de manera incompleta. Cuando digo que amar es encontrar *lo mismo* en los demás, no quiero decir que todas las almas sean indiferentes, como piezas de

un mismo metal impresas con el mismo sello. Ese *mismo* no debe en modo alguno asimilarse a un espacio homogéneo hecho con puntos vacíos de cualidades propias que serían las almas. *Mismo* no quiere decir *uniforme* y no quiere decir *idéntico*. De lo contrario, cada vez que por gracia del amor llegara al fondo de un ser me decepcionaría y exclamaría impaciente: ¡Otra vez la misma cosa! Cuando digo *mismo* pienso que en cada alma reside la misma maravilla y el mismo misterio, porque encuentro en ella el mismo sabor, el mismo valor que en mí mismo, porque las veo por dentro como me veo a mí mismo por dentro, porque son únicas como yo soy único. La Caridad es una compenetración de las esencias, un reconocimiento, un conocimiento, pero nada es menos abstracto y general que este conocimiento. La Caridad se dicuerpos y en sus necesidades. En cuanto al amor de la Humanidad entera, se resuelve en palabras y sólo llena los poemas y los discursos políticos. La Ley religiosa nunca dijo: Amarás a todo el mundo. Sagaz y precisa, dice: Amarás a tu prójimo. La Caridad es un amor infinito por su intención y por su cualidad, no por la extensión y por la cantidad. Me es espiritualmente y materialmente imposible amar a multitudes de personas que no conozco y a las que ningún bien puedo hacer. Mi deber es amar al que se encuentra a mi alcance, mi deber es servirlo, conocerlo, alegrarlo, salvarlo, amar *en él* a la humanidad toda, puesto que la representa y la contiene.

UN COMPAÑERO: ¿Querías leernos la página de san Pablo que todos conocíamos, aunque sin comprenderla del todo? Ahora sabremos hasta qué punto nos la has aclarado.

LECTURA: «Si yo hablare lenguas de hombres y de ángeles, y

no tuviere caridad, soy como metal que suena, o campana que retiñe. Y si tuviere profecía, y supiere todos los misterios, y cuanto se puede saber; y si tuviese toda la fe, de manera que traspasase los montes, y no tuviere caridad, nada soy. Y si distribuyere todos mis bienes en dar de comer a los pobres, y si entregare mi cuerpo para ser quemado, y no tuviere caridad, nada me aprovecha. La caridad es paciente, es benigna. La caridad no es envidiosa, no obra precipitadamente, no se ensoberbece. No es ambiciosa, no busca provechos, no se mueve a ira, no piensa mal; no se goza de la iniquidad, mas se goza de la verdad; todo lo sobrelleva, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. La caridad nunca fenece, aunque se hayan de acabar las profecías, y cesar las lenguas, y ser destruida la ciencia; porque en parte conocemos, y en parte profetizamos. Mas cuando viniere lo que es perfecto, abolido será lo que es en parte. Cuando yo era niño, hablaba como niño, sentía como niño, pensaba como niño; mas cuando fui ya hombre hecho, di de mano a las cosas de niño. Ahora vemos como por espejo en oscuridad; mas entonces cara a cara. Ahora conozco en parte; mas entonces conoceré, como soy conocido. Y ahora permanecen estas tres cosas, la fe, la esperanza, y la caridad- mas de éstas, la mayor es la caridad ».

¿Han quedado aclarados todos los puntos?

EL COMPAÑERO: Sí, salvo el último: ¿cómo situar en relación a la caridad las otras dos virtudes teológicas?

RESPUESTA: Encontrarás la clave de esa pregunta en el enunciado del Primer Mandamiento: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu inteligencia... y del segundo: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Lo cual, como hemos

visto, comporta tres mandamientos correlativos:

Amarás a Dios,
Amarás a tu prójimo,
Amarás a ti mismo.

Y esos tres amores no serán más que uno. Amarás a tu prójimo por amor a Dios y a ti mismo, te amarás a ti mismo por amor al prójimo y a Dios

La Fe corresponde al amor de Dios,
La Caridad, al amor del prójimo,
La Esperanza, al amor de nosotros mismos.

Y estas tres virtudes determinan un triángulo equilátero enclavado en Dios. Cada una de estas virtudes requiere al hombre todo y ocupa todas las fuerzas que existen en él; sin embargo, cada una corresponde más particularmente a una de las tres «naturalezas» o «almas» constitutivas del Hombre, según la tradición. La Fe es el amor y la virtud del alma de la cabeza o inteligencia. La Caridad, del alma del corazón o coraje, sensibilidad y voluntad. La Esperanza, del alma de las entrañas o instinto. La Fe es el amor de lo más elevado que existe en el Ser, por medio de lo más elevado que existe en el Hombre: la inteligencia. Gracias a la Fe, la inteligencia, que es una fuerza rapaz y devoradora, ama y se da: libre y rauda como el águila, se ata; soberana y dictaminadora, se somete; luminosa y luciferina, se renuncia testimonia por lo que la rehuye, pero no rehuye lo que la supera y de tal modo, en lugar de comprender las cosas, ella misma es comprendida por la verdad: tal es la Fe.

La inteligencia avanza a brincos. El corazón se aproxima

lentaconsigo todo lo que en el amor es Deseo, exaltación, arrebatado de los sentidos. Mientras que hacia el Próximo, el corazón vuelve un amor descendiente. «La luz interior —dice santa Catalina de Siena— hace ver al alma que el amor que siente por su Creador no puede ser de ninguna utilidad a Dios: entonces lo que no puede hacer por Él, lo hace por el Próximo, y por amor a Dios.»

Y ve otra cosa, agregaría yo: ve en cada criatura la marca del Creador y ama en ella la imagen del que ama. Por eso el vínculo lógico entre el Primer Mandamiento y el Segundo está señalado por estas palabras: «El Segundo *semejante* es a éste». Lo cual significa: Amarás a tu prójimo porque está hecho a imagen y semejanza de Dios y lo amarás con amor semejante al de Dios mismo hacia todas las criaturas, y así llegarás a ser semejante a Dios y perfecto como Él es perfecto.

Otra vez hemos vuelto al amor de sí. Porque es deber y virtud amarnos a nosotros mismos —ya que Dios se ama a sí mismo—, amarnos como unidad interior, como espíritu y alma y conciencia. Así es como el hombre se sitúa en el eje y la perspectiva divina. Así es como aprehende la imagen divina y reconstituye la semejanza, imagen y semejanza que no podría reconocer en los demás por medio de la Caridad si no la hubiera reconocido en sí por medio de la Conciencia. Pero no sería conocernos cabalmente el tomarnos por una pura unidad interior, puesto que el alma permanece ligada al cuerpo, que le pesa, y maculada por el pecado, que la amenaza y estorba. Por eso, este amor de la unidad propia es en el hombre un deseo que se llama Esperanza.

EL COMPAÑERO: ¿Hay alguna relación entre las tres virtudes teologales y las Tres Personas de la Trinidad?

RESPUESTA: Sí, sin duda. Aunque cada una de las personas posee las tres virtudes en grado supremo, la tradición atribuye «por modo de apropiación» la Caridad al Espíritu Santo. La *apropiación* se hace por analogía y el papel que desempeña la Persona divina en la economía de la Trinidad es su razón. Ahora bien, el Espíritu Santo es el vínculo entre el Padre y el Hijo, y ese vínculo es Amor. Se atribuye, pues, particularmente al Espíritu Santo la inspiración de todo amor santo. El Espíritu Santo concede además el don de Sabiduría y Ciencia, aunque no es sabiduría y ciencia, puesto que es el Verbo, la Sabiduría y la Ciencia de Dios. Pero con el vehículo del Amor, el Espíritu Santo destaca el gusto del saber, y tal es el don de la Sabiduría.

Pienso que debe atribuirse la Fe al Padre. ¿Por qué? Porque «nadie ha visto a Dios». El Padre se revela mediante el Verbo y el Espíritu. En sí es el Oculto de los Ocultos, y por lo tanto sólo puede ser objeto de ese conocimiento oscuro y voluntario que es la Fe.

Al Verbo, que es Jesucristo, debe atribuirse por fin la Esperanza, ya que Él se hizo semejante a nosotros para que nos hiciéramos semejantes a Dios por Él, y su encarnación, su revelación, su sacrificio y su resurrección gloriosa abrieron el camino a nuestra inteligencia, a nuestra alma y por fin a nuestro propio cuerpo.

EL COMPAÑERO: ¿Por qué se ha dicho que de las tres virtudes, la Caridad es la mayor?

RESPUESTA: El propio san Pablo lo explica. Porque la Caridad no morirá nunca. La Fe pasará «entonces»: «cuando conoceré como soy conocido», cuando veré «cara a cara». La Fe

desaparecerá para convertirse en conocimiento y visión. Y la Esperanza pasará «entonces», para volverse posesión y beatitud. A causa del estado de imperfección de ambas virtudes (la condición humana las hace necesariamente imperfectas) no pueden ser *apropiadas* a una de las Personas de la Trinidad, sino tan sólo *relacionadas* a una de ellas. Pero la Caridad o Amor seguirá siendo Caridad y Amor, puesto que «donde hay Caridad y Amor, allí está Dios».

Y ahora pongámonos de pie y cantemos juntos este himno:

*Ubi caritas et amor
Deus ibi est...*

XX

FIN DEL SERMÓN SEGÚN LUCAS: NO JUZGUÉIS
CIMENTAR SOBRE ROCA

7 de Marzo de 1947.
Calle Saint-Paul.

A PARTIR de las últimas palabras citadas en nuestra reunión anterior, a partir del precepto: «No juzguéis», podemos pasar del Sermón de la Montaña, según Mateo al Sermón de la Montaña, según Lucas. Vamos a ocuparnos del Sermón según Lucas. En conjunto, es mas breve que el de Mateo: casi la mitad. Falta en él gran número de motivos que por lo demás aparecerán en otra parte. El Sermón, según Lucas, es de unidad más evidente. Tras las Bienaventuranzas, pasamos al primer precepto: Amad a vuestros enemigos. Ya lo hemos comentado, de modo que seguiremos leyendo:

No juzguéis, y no seréis juzgados; no condenéis, y no seréis condenados. Perdonad, y seréis perdonados. Dad, y se os dará: una buena medida apretada, colma y rebosante os echarán en vuestro regazo. Porque con la misma medida con que midierais, se os medirá a

vosotros. Y les hablaba también en proverbios: ¿Acaso podrá un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán ambos en el hoyo?

El discípulo no es superior el maestro, pero todo discípulo bien instruido será como su maestro.

¿Por qué te fijas en la mota de polvo el ojo de tu hermano, y no reparas en la viga que tienes en tu ojo? ¿Cómo puedes decir a tu hermano: Déjame sacarte esa mota del ojo, cuando no ves la viga que hay en el tuyo? Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo, y después verás claro para sacar la mota del ojo de tu hermano.

No hay buen árbol que de frutos malos, ni mal árbol que de buenos frutos. Así, cada árbol es conocido por su fruto. Porque ni se cogen higos en los espinos, ni se vendimian uvas de las zarzas. El hombre bueno saca bien del tesoro de bondad que hay en su corazón, y el hombre malo saca el mal de su maldad. Porque de lo que rebosa el corazón habla la boca.

¿Por qué me llamáis: Señor, Señor, y no hacéis lo que digo? Todo el que viene a mí, y oye mis palabras, y las cumple, os mostraré a quién es semejante. Semejante es a un hombre que, al edificar una casa, cavó bien hondo y cimentó sobre roca. Cuando vino una inundación, el torrente de aguas dió impetuosamente sobre aquella casa, pero no pudo moverla, porque estaba sólidamente edificada. Mas el que escucha mis palabras y no las pone en práctica, semejante es a un hombre, que construyó su casa sobre tierra, sin cimientos; y cuando el torrente chocó impetuosamente contra ella, al instante se vino abajo y fue grande la ruina de aquella casa.

«No juzguéis». ¿Por qué figura ese precepto inmediatamente después de «Amad a vuestros enemigos y sed misericordiosos»? ¿Y qué significa exactamente juzgar? Juzgar es desapegarse y ponerse por encima de las cosas. No es posible juzgar las cosas desde abajo. El que juzga se considera, por

lo tanto, superior al juzgado. Y al juzgar da por sentado que posee el conocimiento de la Ley y dispone de los rayos del justiciero. Supone, además, que conoce a fondo el ser de aquel a quien juzga. Cuando juzgamos a nuestro semejante, es decir, a nuestro igual, nos ponemos en una posición falsa y afrontamos inconscientemente riesgos tremendos. Ante todo, por el mero hecho de pretender que conocemos a fondo la Ley, nos arriesgamos a encallar en ese estado ilusorio, sin avanzar en el conocimiento. Juzgamos y, es obvio, condenamos a quien aplicamos la Ley. Pero, ¿qué podemos juzgar en él? Su apariencia. Como los magistrados a quienes los hombres confieren esa peligrosa función, podemos hacer una lista de acciones buenas y una lista de acciones malas, y aplicar la Ley mecánicamente. Lo cual nos condena a juzgar falsamente, puesto que no existe ninguna acción buena de por sí, como no existe ninguna acción mala de por sí: existen acciones más o menos útiles, más o menos agradables para nuestros ojos. La acción sólo puede ser buena con relación a la actitud interior de quien se expresa mediante ella; y nosotros nunca conocemos esa actitud interior: apenas la suponemos. Y suponiendo mala la actitud escondida tras la acción que se nos muestra, aplicamos la Ley del modo más arbitrario y con severidad tanto mayor cuanto más oscuro es para nosotros el objeto que juzgamos.

Pero eso no es todo. Para aplicar la Ley, aun cuando la conociésemos cabalmente, y aun cuando conocemos cabalmente a la persona que juzgamos, necesitamos algo más. Es preciso que nosotros mismos no caigamos bajo esa Ley, es preciso que nosotros mismos seamos puros. Si consideramos que un castigo es necesario para vengar una afrenta infligida a la Ley, antes de erigirnos en ejecutores de la Ley es preciso que hayamos re-

conocido nuestras faltas con respecto a la Ley y vengado esa ley con nuestro propio castigo.

De modo que al juzgar y condenar, cometemos o corremos el riesgo de cometer tres pecados: el primero contra Dios, el segundo contra nuestro prójimo, el tercero contra nosotros mismos.

Contra Dios: porque con la mayor llaneza, con la más absoluta inocencia, no hacemos más que ponernos en su lugar. Juzgar quiere decir ponerse en lugar de Dios, porque sería preciso estar en su lugar para juzgar con justicia, o sea con pleno conocimiento de causa.

Y nosotros nos instalamos tranquilamente, instalamos nuestro rotundo trasero humano en el trono de fuego del Todopoderoso.

Contra nuestros hermanos cometemos el pecado de apartarnos de ellos. Pues juzgar es sobre todo condenar, es separarse. Es olvidar el vínculo que nos une a todos. Si algo tiene de bueno el mal, es que hace que nos demos cuenta de que todos estamos unidos y englobados en el mal y la vergüenza y en la misma condena, de modo que a favor de nuestra oscuridad nos confundimos con nuestros semejantes y nos enriquecemos gracias a todo el que peca y sufre. Mas si condenamos sin tomarnos el trabajo de salir del pecado, destruimos hasta ese bien que existe en el mal. A decir verdad, olvidamos que estamos vinculados en una trama donde el hilo blanco y el hilo negro se entrecruzan. Olvidamos que si alguien peca, todos pecamos por medio de él. Por cierto que no habría tantos males si los buenos tuvieran la virtud de los pérfidos. Si los buenos pusieran en su bondad la energía, la voluntad, la clarividencia, la destreza, el tacto, la atención que un ladrón,

por ejemplo, pone al robar. No habría tantos descreídos si los creyentes poseyeran más fe y mostraran virtudes más admirables. Si los predicadores de la verdad condujeran a sus pueblos hacia Dios con la gracia y el calor con que un seductor persuade a su placer a una joven.

Al juzgar cometemos, por fin, el pecado supremo contra nosotros mismos, el pecado de olvidarnos. El juicio nos ha sido concedido para que nos guiemos en la vida. Para que de ese modo podamos alcanzar la salvación. Al ocuparnos de los demás nos olvidamos de nosotros mismos, pero no como nos olvidamos en la caridad, como es justo que nos olvidemos. Pues no olvidamos nuestra persona, no olvidamos nuestros intereses, no olvidamos nuestras pasiones. Nos olvidamos, nos olvidamos de nosotros mismos, nos olvidamos de aquello de que debemos ocuparnos ante todo. La Ley y el juicio nos han sido concedidos como una gracia de Dios para que nos corriamos, para que la sigamos, y no para que nos diluyamos en observaciones y discusiones acerca de la conducta ajena.

Pero todavía hay más en ese pequeño párrafo: hay una enseñanza de alcance incalculable, pues es clara como una ecuación, es evidente, y no recordamos que ningún texto sagrado la haya expresado antes con claridad: *No juzguéis, y no seréis juzgados; no condenéis, y no seréis condenados. Dad, y se os dará: una medida plena y rebosante, porque con la misma medida con que midierais, se os medirá a vosotros.* Prestad atención, prestad atención a ese «dad». Dad, es decir, esforzáos en *justificar* al otro, esforzáos por *corregiros* a vosotros mismos y en *justificar* a los demás: es lo contrario de lo que hacéis. Vosotros tratáis de corregir a los demás y de justificaros, y el solo hecho de juzgar quiere decir que os justificáis, que os sentís justificados.

Un nuevo riesgo que afrontáis a causa de vuestra precipitada severidad. Además de todas las iniquidades que el juicio acarrea, de todos los errores y confusiones que lo acompañan, existe esa imprudencia de que hablan varias parábolas, entre otras la del «Mayordomo injusto», que no hace más que desarrollar este párrafo.

¿Cómo pasamos al párrafo siguiente?: *Y les dijo también esta parábola: ¿Acaso puede un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán ambos en el hoyo?.* ¿Qué nexos tienen estas frases con las anteriores? Es muy sencillo. Deduzcámoslo.

No juzguéis a vuestro semejante, mas emplead vuestro juicio para descubrir vuestra dirección. Ahora bien, si seguís a un guía para encontrar vuestra dirección, tenéis el derecho de juzgar si la dirección es buena y si el guía ve con claridad. ¿Cómo lo haréis? Si tomáis un maestro, es sin duda para someteros a él. No os está vedado someteros a alguien, no os está vedado juzgar a alguien superior a vosotros. Mas si no se os ha permitido juzgar, es precisamente porque el juicio supone que os consideráis superiores. En cierto modo, estáis forzados a juzgar al que os guía, ya que debéis juzgaros a vosotros mismos y el que os guía es, provisionalmente al menos, vosotros mismos: lo situáis en vosotros por encima de vosotros para que os guíe. Porque lo juzgáis mas iluminado que vosotros. Y es muy difícil para quien ve poco, juzgar lo que ve aquel que suponemos ve más. Pero asimismo el que emprende la difícil, la peligrosa tarea de guiar a otros debe tener el valor de exponerse al juicio legítimo, al juicio profundo de aquellos a quienes guía.

Y la continuación del discurso viene a confirmar que no hemos equivocado el sentido del párrafo anterior: *El discípulo*

no es superior el maestro, pero todo discípulo bien instruido será como su maestro. A continuación volvemos al juicio de nuestros semejantes: *¿Por qué te fijas en la mota de polvo el ojo de tu hermano, y no reparas en la viga que tienes en tu ojo?... Y esta conmovedora delicadeza: Déjame, hermano, sacarte la mota de tu ojo. Dulce ímpetu de caridad. Qué dispuestos nos mostramos para auxiliar a nuestro semejante cuando nosotros mismos somos los menesterosos de auxilio. Hipócrita, dice Cristo, saca primero la viga de tu ojo. ¿Por qué hipócrita? Porque en esa obra buena y caritativa, en ese interés tan vivo por el prójimo se ocultan todas las pretensiones y todos los olvidos de que hemos hablado.*

No hay buen árbol que de frutos malos, ni mal árbol que de buenos frutos. ¿Cómo juzgáis a las gentes? Nunca juzguéis el árbol, es decir, el ser. Nunca digáis de alguien: es eso, es aquello. Juzgad el fruto, juzgad según lo que os da el árbol, con juicio que os concierna directamente; juzgad a los otros así, no de manera absoluta, rechazando y condenando su ser. Juzgad de acuerdo a lo que os aportan. Y muy especialmente juzgad de este modo al que os guía en alguna disciplina, pues son éstos los casos en que os faltan más datos y conocimientos sobre el ser. Pero, ¿cómo juzgaréis que es bueno vuestro maestro? Mediante el fruto, mediante el alimento que tomáis de él o desecháis. Desde que lo conozco, ¿me siento iluminado, depurado, he corregido mi vida, me ha ayudado en ese sentido o en el contrario? Sobre esto debéis fundar vuestro juicio.

Todo el que viene a mi, y oye mis palabras, y las cumple, os mostraré a quién es semejante. Semejante es a un hombre que, al edificar una casa, cavó bien hondo y cimentó sobre roca. Cuando vino una inundación, el torrente de aguas dió impe-

tuosamente sobre aquella casa, pero no pudo moverla, porque estaba sólidamente edificada.

*¿Por qué me llamáis: Señor, Señor, y no hacéis lo que digo?. Y la conclusión del discurso: Todo el que cumple mis palabras es semejante a aquel que cimentó sobre roca. Pero citando de memoria he olvidado lo esencial: Es semejante a aquel que cavó bien hondo para cimentar sobre roca. ¿Qué debéis hacer para obrar rectamente, para seguir la ley, para encontrar al maestro? Cavar, cavar, descender en vosotros, porque vuestras obras buenas y malas os sacan de vosotros; igualmente vuestros pensamientos y vuestros estudios os sacan de vosotros; y asimismo vuestros juicios sobre los demás os sacan de vosotros; y todo eso no es más que olvido, todo eso carece de fundamento. Todo eso puede y debe hacerse, pero después y no antes de haber encontrado el fundamento, de llegar a la roca, a la piedra. La lengua hebrea, poética entre todas, carece de palabras abstractas, y la palabra *piedra* quiere decir *principio*. Este lenguaje, por lo demás, fué transmitido a los Alquimistas: la piedra filosofal es el principio de la transformación: cavad, cavad y encontraréis la piedra, encontraréis el principio, el fundamento, Cuando hayáis encontrado la piedra podréis construir la casa, y la lluvia de los acontecimientos cotidianos y los torrentes de vuestras propias pasiones no podrán derruirla.*

XXI

EL MAYORDOMO INFIEL

Y decía también a sus discípulos: Había un hombre rico, que tenía un mayordomo; y éste fue acusado delante de él, como disipador de sus bienes. Y le llamó y le dijo: ¿Que es esto, que oigo decir de ti? Da cuenta de tu gestión, porque ya no podrás ser mi mayordomo. Entonces el mayordomo dijo entre sí: ¿Qué haré, porque mi señor me quita la mayordomía? Cavar no puedo, de mendigar tengo vergüenza. Yo sé lo que he de hacer para que, cuando fuere apartado de la administración, haya quienes me reciban en sus casas. Llamó pues a cada uno de los deudores de su señor y dijo al primero: ¿Cuanto debes a mi señor? Y éste le respondió: cien barriles de aceite. Y le dijo: Toma tu escritura, siéntate rápido y escribe cincuenta. Después dijo a otro: y tú, ¿cuánto debes? Y él respondió: Cien coros de trigo. Y le dijo: Toma tu vale y escribe ochenta. El señor alabó al mayordomo infiel, por su astucia; porque los hijos de este mundo son, para con su generación, más sagaces que los hijos de la luz. Y yo os digo: Que os ganéis amigos con las riquezas injustas; para que, cuando éstas os

falten, os reciban en las eternas moradas (Lucas, XVI, 1).

El octavo domingo después de Pentecostés, tras la lectura de este divino precepto, de esta sencilla historia que encierra una verdad mística, viene una prédica que debería comentar el texto. Nunca he tenido la suerte de escuchar una que no me haya decepcionado. Y cada vez me he llevado la molesta impresión de que el texto y el predicador hablaban de cosas diferentes.

En primer lugar, los predicadores se apresuran a advertirnos y enseñarnos que no se trata de una apología del robo, o siquiera del abuso de confianza (cosa que en ningún momento se nos ocurrió pensar). Después la emprenden contra nuestras posesiones terrenales para demostrarnos cuán frágiles y arbitrarios son nuestros derechos sobre ellas. Y discuten nuestros diferentes medios de adquirirlas, conservarlas y transmitir las. Y nos prueban que, consideradas a la luz de la justicia absoluta, pueden clasificarse bajo el rubro de las «riquezas de iniquidad». ¿Qué recurso nos queda, en tal caso, para justificarlas? Si es cierto que frente a nuestro Señor, que nos las confió en depósito, podemos ser acusados, como el mayordomo injusto, de haberlas usurpado, al menos podremos aspirar a la benevolencia ajena y al perdón. Y cierra la prédica esta frase célebre: «Pues la limosna y la caridad cubren muchos pecados», introducción elegante y natural a la colecta inminente.

Los propios exégetas parecen encontrar en este relato un enigma indescifrable y se pierden en explicaciones embarazosas y opuestas.

Pero el Evangelio prueba que no hay en todo ello ningún enigma. En efecto, cada vez que los discípulos de Cristo (que no eran doctores ni escribas, sino predicadores incultos) en-

cuentran un obstáculo en la enseñanza, no dejan de murmurar entre sí: « ¿Qué ha querido decir con esas palabras? ». E interrogan al Maestro para recibir de Él respuestas sustanciales y palabras de vida. Mas en esta ocasión no demuestran la menor sorpresa: debemos concluir, pues, que esos simples de espíritu y corazón puro, como tenían orejas para oír oyeron de inmediato la verdad que el Señor les exponía en el lenguaje, ya familiar, de las parábolas.

Olvidémonos de argucias y hagamos como ellos. Abordemos el texto con espíritu simple y así lo entenderemos sin esfuerzo. Asegurémonos antes de que el Maestro no quiere confundirnos con un lenguaje diferente del que estamos habituados a escucharle.

Una parábola es una historia que se desarrolla en el ámbito de la vida cotidiana; para extraer de ella el juego de la verdad es necesario trasladarla al plano de la vida interior. Cuando el Señor nos habla del grano de mostaza, que es el grano más pequeño, pero que plantado en la tierra se convierte en el árbol más grande del jardín, no tomaremos sus palabras como un consejo para sembrar especias: buscaremos su significación fuera de los límites de la horticultura. Asimismo, cuando nos habla de un mayordomo infiel, no tenemos ningún motivo para sacar conclusiones de índole económica.

Es evidente que el relato no trata de posesiones terrenas, ni de fraudes financieros, ni de limosnas.

Observemos ante todo que la historia no nos dice que el mayordomo injusto, sorprendido en medio de sus cuentas adulteradas y seguro de perder su empleo, haya distribuido el fruto de sus ganancias ilícitas con la intención de granjearse amigos. Su manera de favorecer a las gentes cuya buena voluntad

procura atraerse está descrita con absoluta precisión: no les *da* nada, les *aligera* en parte la deuda que tienen *con su señor*. Si de esto queremos sacar la conclusión de que las limosnas cubren muchos pecados, o que es posible adquirir méritos disponiendo caritativamente de bienes mal adquiridos, quizá formulamos una verdad edificante, pero caemos en el error de responder a la pregunta hablando de otra cosa. Aligerar una deuda y dar son cosas completamente diferentes, Los términos del razonamiento no son los mismos en las premisas y en la conclusión. En esta interpretación de la parábola cometemos dos faltas de método que nos llevan a un dilema que ningún alarde de ingenio podrá resolver. Ambas faltas son correlativas: en lugar de trascender el plano de la vida cotidiana en que la parábola formula el problema, cambiamos los términos del problema sin cambiar de plano.

Volvamos la espalda al orden económico y busquemos el plano en que todo se aclara. Repito una vez más que no se trata aquí de un consejo de prudencia financiera, ni una invitación a la limosna, si no de una severa advertencia acerca del pecado y el juicio.

¿Cuál es esa deuda de que siempre habla el Evangelio? ¿Esa deuda invocada en las palabras del *Padrenuestro*: «Y perdónanos nuestras deudas, como nosotros perdonamos a nuestros deudores»? ¿Cuáles son las cuentas que hemos de rendir a nuestro Señor? ¿Cómo, y cuándo, pagaremos la deuda del pecado?

En el Juicio.

¿Y de qué modo nos erigimos, en este mundo, en los mayordomos del Señor de todas las cosas? Mediante el juicio, que sólo a él pertenece, pero que administramos en todo momento

y sin que esa misión nos haya sido encomendada. Con qué seguridad y autoridad juzgamos los actos ajenos, con qué vigilancia y perspicacia descubrimos sus móviles, con qué firmeza exigimos la humillación del orgulloso y la condena del que miente. Es que estamos imbuídos de la Ley y ponemos todo nuestro empeño en la justicia. Y si volvemos hacia el criminal un rostro de piedra, no es por maldad; y si tratamos de atrapar al ladrón, no es por interés.

Pero llegados a este punto, el Señor nos detiene y nos recomienda prudencia: Los hijos del siglo más sabios son que los hijos de la luz. Porque los hijos del siglo llevan sus cuentas, saben la fecha del vencimiento, previenen y obran. Mas vosotros no lleváis vuestras cuentas interiores e ignoráis vuestros futuros riesgos. Cuando exigís con intransigencia que se haga justicia, os mostráis menos malignos que imbéciles.

Pues si se hace justicia con los demás, también se hará justicia con vosotros.

Y con la misma medida con que hayáis juzgado a los demás, se os juzgará.

Ahora bien, desde los abismos podéis clamar: «Señor, si observaras las iniquidades, ¿quién de nosotros se sostendría?».

Si esperáis obtener gracia para vosotros mismos, demostrad gracia hacia vuestros hermanos.

Y oigamos una parábola semejante a la anterior por su contenido:

Por esto el reino de los cielos es semejante a un rey que quiso entrar en cuentas con sus siervos. Y habiendo empezado, se presentó uno que le debía diez mil talentos. Y como no tuviese con qué pagarlos, mandó su señor que fuese vendido él, y su mujer, y sus hijos, y cuanto tenía, para que así le pagase. Entonces el siervo,

arrojándose a sus pies, le rogó, diciendo: Señor, ten paciencia conmigo que todo te lo pagaré. Y compadecido el señor de aquel siervo, le dejó libre, y le perdonó la deuda. Mas al salir aquel siervo halló a uno de sus compañeros, que le debía cien denarios, y agarrándolo por el cuello le ahogaba diciendo: Paga lo que me debes. Y arrojándose a sus pies su compañero le rogaba, diciendo: ten un poco de paciencia, y todo te lo pagaré. Mas el no cedió y lo hizo meter en la cárcel, hasta que pagase lo que le debía. Y viendo los otros siervos sus compañeros lo que pasaba, se entristecieron mucho; y fueron a contar a su señor todo lo que había pasado. Entonces le llamó su señor, y le dijo: Siervo malvado, toda la deuda te perdoné, porque me lo rogaste; ¿no debías tú también tener compasión de tu compañero, como yo la tuve de ti? Y enojado el señor le entregó a los verdugos, hasta que pagase todo lo que debía. Del mismo modo hará también con vosotros mi Padre celestial si no perdonáis de corazón cada cual a vuestro hermano (Mateo, XVIII, 23).

Historia que ilumina las palabras del *Padrenuestro* citadas poco antes: *Et dimitte nobis debita nostra sicut et nos dimittimus debitoribus nostris*. Cuando se ha meditado sobre los términos de esta parábola, ya no se puede tener la menor duda sobre los términos de la otra, que son los mismos. Pero la segunda no es la réplica de la primera, ni trata del mismo asunto.

La segunda nos muestra el encarnizamiento del hombre que reclama su derecho cuando él mismo no ha cumplido con su deber. Así obtiene lo que exige, pero al mismo tiempo pierde todo derecho a la indulgencia de quien tiene poder sobre él, pierde a su mujer, a sus hijos y todo lo que posee, y se ve arrojado a la cárcel hasta que pague. Esta parábola nos invita a perdonar las ofensas de quienes nos han ofendido.

La primera enseña al pecador la oportunidad *de no exigir*

todo el pago de la deuda al señor. Nos aconseja suspender nuestra reprobación, refrenar nuestra ira vengadora y nuestros juicios sobre las obras ajenas *que no nos conciernen*. Esta parábola insiste en el mandamiento: No juzguéis. Y esto no es justicia, pero sí prudencia y sabio recogimiento en nosotros mismos.

Sin duda, valdría más que fuéramos mayordomos justos, exactos al rendir cuentas a nuestro Señor, en lugar de obligar a los demás a rendirlas en nombre del Señor. Es justo gritar a esos hombres vestidos con largas túnicas que se hacen saludar en las asambleas y se ciernen sobre las casas de las viudas, es justo gritar a los escribas y los fariseos que son unos hipócritas, es justo declarar a los hombres de noble apariencia y llenos de podredumbre que son sepulcros blanqueados; es justo afirmar del rey Herodes que es un viejo zorro. Pero además es preciso que podamos declarar sin temor de que nos desmientan: ¿Quién de vosotros puede convencerme de pecado?

Para nosotros, lo justo sería decir que eso *sería* justo. Sería justo si tuviésemos la justicia en nosotros, la justicia por nosotros y el derecho de juzgar. Pero sabemos de sobra que nos conviene conducirnos con prudencia.

«Quien esté sin pecado, que arroje la primera piedra». Y los asistentes abren la mano uno tras otro, bajan la cabeza y se marchan. Mujer, ¿dónde están tus acusadores?

La parábola del Mayordomo infiel utiliza, pues, uno de esos temas que recorren todo el Evangelio como motivos musicales, y se revela como uno de los pilares del edificio.

Ahora que ya hemos recuperado el dato fundamental de la parábola, descendamos a los detalles.

Una parábola no es válida únicamente por su sentido general. Cada uno de los toques que le dan color y animación

de vida tienen un contenido simbólico y un complemento de doctrina.

Ante todo fijemos la atención en esta frase que el Mayordomo, lleno de inquietud, se dice a sí mismo: *Cavar no puedo, de mendigar tengo vergüenza*.

En otros términos: habituado a aprovecharme del trabajo de mis subalternos y las riquezas de mis superiores, me sería imposible consagrarme al trabajo honrado y útil, y ganarme el pan con el sudor de mi frente. Sería incapaz de merecer mi bien y de sostenerme por mí mismo.

Si trasladamos esta constatación al plano de la vida interior: sería incapaz de reformar mi conducta y hacerme justo, fuerte... *Y de mendigar tengo vergüenza*: Tampoco sabría adoptar la actitud humilde de quien, reconociéndose vencido, se resigna a suplicar la ayuda de los demás en vez de procurar sacarles ventaja.

De haber disipado el bien de mi señor no me avergüenzo, eso no. Tampoco me avergonzaré de recurrir a un ardid para salir del mal paso que mis otros ardidés me han hecho dar. Pero yo, el ladrón, me avergonzaría de mendigar.

En suma: sería incapaz de mostrarme bastante irreprochable para prescindir de perdón y bastante piadoso para suplicar perdón.

Todo lo cual precisa la clase de hombre a quien está dirigida la parábola: al hombre corriente, al que no puede ni quiere vivir como sabio ni como santo. Y el consejo dado será un consejo de prudencia: mide el rigor de tu juicio según el rigor de tu propia conducta.

Yo sé lo que he de hacer para que, cuando fuere apartado de la administración, haya quienes me reciban en sus casas... Y yo os

digo: Que os ganéis amigos...

Al condenar al culpable, al exigir al deudor que pague al señor toda su deuda de dolor, «lo arrojáis de entre vosotros», como decía el Antiguo Testamento, le volvéis la cara, os apartáis de su humanidad. Pero en cuanto suspendéis el juicio (aunque sólo sea por prudencia), en cuanto dais al inculcado el beneficio de la duda y en lugar de aprovecharos de su falta para abrumarlo, os afligís por su falta por afecto a él; si resistís al arrebató de una cólera impensada y consideráis que cualquier hombre cae en el error tarde o temprano y que vosotros mismos no estáis exentos de culpa, el vínculo fraternal subsiste y así evitáis la falta de no ver en el pecador lo que es digno de compasión, la falta de injuriar la imagen y semejanza de Dios escondida en todo hombre, por bajo que haya caído. Queda entonces una oportunidad para que la injusticia de la indulgencia se convierta en riqueza de caridad.

Y así podemos dar con la razón última de esta prudencia que se nos encomienda. Es una prudencia que ha de abrirnos las vías de la caridad.

De esa caridad que resume toda la Ley y los profetas, esa caridad que san Pablo opone invariablemente a la ley del pecado y a la justificación por la ley. Basta una pizca de esta levadura para levantar toda la masa del mundo, basta una chispa de este fuego para inflamar y reducir a cenizas todo el edificio justiciero. Es hacia ella que se dirige la enseñanza íntegra del Hijo del Hombre.

Pero en este discurso la caridad se insinúa con discreción extrema y por medio de una sola palabra: *Amigos*, término cuya gama de sentidos abarca toda la extensión del alma, desde el contacto cordial de los camaradas hasta el hecho sublime de

la unión espiritual.

El mayordomo injusto compromete a las personas sólo para que lo reciban en sus casas. Pero los hijos de la luz son invitados a hacerse de amigos por medio de la indulgencia.

... Para que, cuando éstas os falten, os reciban en las eternas moradas.

¡Qué palabras asombrosas!, en especial cuando son emitidas como si no exigiesen ninguna explicación.

¿Cómo? ¿*Las eternas moradas*, no son, acaso, el paraíso? En efecto: no es posible dar otro sentido a esas palabras.

¿Y quién debe admitirnos en el seno del paraíso? ¿El Señor, el Padre? No, o todavía no. ¿Cristo, humano y misericordioso? Tampoco. ¿El ejército centelleante de los ángeles, la familia solemne de los santos? No, sino, ante todo, aquellos que menos pensábamos encontrar allí: son los que debían al Señor, son los pecadores perdonados.

Perdonados gracias, quizá, a nosotros. Y gracias a ellos podemos participar de la gracia. Y esto de dos maneras: porque habiéndoles mostrado indulgencia, nos hemos atraído la indulgencia de Dios; y habiendo suplicado su perdón, habremos obtenido el nuestro por añadidura.

Pero aquí se oculta una temible amenaza para el acusador inexorable: Cuidado, vosotros los que condenáis como si pudierais sondear hasta el fondo el alma de los demás hombres, como si poseyerais por completo el conocimiento de la Ley, como si fuerais dueños de la perfecta equidad que es propia del Juez. Porque ese mismo pecador alcanzará quizá más pronto que vosotros el perdón, y quizá ocupará en las eternas moradas un sitio que os será negado.

Porque Dios, el único que sabe, juzga como quiere, y no

como juzgáis vosotros. Dios paga, si ésa es su voluntad, el salario de la jornada íntegra al obrero de la undécima hora, y llama a su reino al ladrón que expira en la cruz, y borra todos sus crímenes por una sola palabra susurrada en el arrepentimiento y en una súbita apertura del corazón en los umbrales de la muerte. Dios redime a la mujer adúltera y a la prostituta. Dios perdona mucho a los hombres y mujeres que lo aman mucho.

Queda por aclarar por qué motivo el Señor nos imparte esta vez su enseñanza por medio de una historia escandalosa e inmoral. ¿No podía elegir otra imagen? Si quería disponernos a la indulgencia, al respeto del prójimo, ¿por qué comparar esas virtudes con un fraude interesado, con una treta repugnante?

Es que hemos dado con uno de esos puntos en que Cristo era escándalo para los judíos (y todavía lo es para el judío que está en nosotros, los cristianos).

¿Cómo es posible?, se pregunta el hombre de pura observancia. A pesar de que la Ley exige ojo por ojo y diente por diente, ¿os atrevéis a mostrar indulgencia y consideración por las gentes? Eso es para nosotros relajamiento y complicidad. Desdichado el que mezcla la compasión con las cosas de la justicia. Si alguien transigiera, ¿cómo podría subsistir esa institución divina que es la Ley de Moisés?, ¿y qué sería del Templo, del Sacrificio, de las Escrituras y del Arca de la Alianza?

Todo judío es un justiciero nato. En Israel, el juez entrega al condenado al pueblo para que lo lapide. El pueblo elegido es justiciero, o sea que es al propio tiempo juez y verdugo. Decirle «no juzguéis» es negarle su razón de ser. Si nos negáis el juzgar, ¿qué nos queda? Os queda el recurso de juzgaros a

vosotros mismos y de arrepentiros, podría decirles Jesús; os queda el recurso de atraer a los demás con vuestro ejemplo, en vez de precipitarlos al suplicio.

Sin embargo, ni un punto, ni una tilde de la letra será cambiado. El propio Cristo es el gran justiciero. El único legítimo. (Que no tengamos la desdicha de ver su rostro iracundo vuelto contra nosotros y su brazo vengador abatido cuando aparezca entre la gloria de las nubes, tal como lo muestra el Apocalipsis).

No he venido a abrogar la Ley, sino a cumplirla.

San Pablo, fariseo convertido, es decir, vuelto en/hacia sí, anunció con más intensidad que nadie cómo ha de ser ese cumplimiento de la Ley, esa Ley de caridad, de libertad y de gracia, fundamento de la nueva tierra y los nuevos cielos prometidos para el fin de los tiempos.

Pero es obvio aclarar que tal cumplimiento no puede consumarse sin trastocar todas las actitudes, todos los hábitos, todos los apegos de los súbditos de la Ley Antigua, para quienes la Ley es una posesión y un privilegio en que se instalan orgullosamente: los escribas, los fariseos y también nosotros, que nos llamamos cristianos y que en gran medida no somos otra cosa que escribas y fariseos hipócritas.

Todo el drama cristiano es el choque de ambos aspectos de la Ley: toda la vida cristiana no es más que el sufrimiento del parto de la Ley Última. Es necesario que paulatinamente la Ley Nueva reemplace la Antigua, que se insinúe y le arrebathe su lugar: por eso la Ley Nueva no es el reposo, sino la espada; no es la indulgencia, sino el fuego.

Sin embargo, para el anciano es injusto no condenar la injusticia, y es por ello un escándalo. Por eso Cristo, al hablar

a los hombres en su lenguaje, no teme representar el perdón como *Mammona iniquitatis*, el Mammón de la Injusticia.

XXII

PADRE NUESTRO

*24 de mayo de 1946.
Calle Saint-Paul.*

Cuando oréis —dice Jesús (Mateo, VI, 2)—, no habléis mucho, como los gentiles; quienes creen que hablando mucho serán escuchados. No queráis asemejaros a ellos; porque vuestro Padre sabe lo que necesitáis antes que se lo pidáis.

Si lo sabe de antemano, ¿no es inútil rezar, aún empleando pocas palabras? Para Dios sí, porque ve en el secreto y oye en el silencio; para nosotros no, porque necesitamos de las palabras a fin de que nuestro pensamiento se haga inteligible y nuestro sentimiento adquiriera consistencia y nuestro ímpetu encuentre su dirección. Y la plegaria es ya su propia respuesta favorable, puesto que la primera gracia que nos hace Dios es dirigirnos a Él, ligarnos a Él, comunicarnos con Él interiormente. Por virtud de las palabras, el deseo se eleva a la conciencia; por virtud de la conciencia es aclarado, vivificado, fortificado, expuesto a la luz de la verdad divina. De modo que nada oscuro o impuro puede subsistir en él. Entonces el

deseo es ofrecido, o sea, convertido: en efecto, lo propio del deseo es arrebatarse, pero por virtud de la plegaria se abre y se entrega como una flor, como una flor cortada. Así nuestra plegaria nos lleva de la súplica al desapego. Pues basta que gracias al deseo la plegaria nos haya conducido a la presencia de Dios, que es el bien supremo, para que el bien particular que procurábamos obtener nos parezca inútil y vano. Por eso la plegaria perfecta reduce la súplica a pocas cosas, si no a nada. Tal es la plegaria dominical, la que Dios mismo nos enseñó a rezar.

Padre Nuestro que estás en los cielos. La primera palabra en que debemos hacer hincapié es *nosotros*. No soy yo quien reza, somos nosotros. Aislados o juntos, somos nosotros los que suplicamos. Suplicamos al Dios y al Padre de todos los hombres. Hay una frase del Evangelio que dice: *Allí donde haya dos o tres reunidos en mi nombre, estoy yo*. ¿Por qué motivo? Porque la unidad de Dios no es abstracta, no es singular. Tal unidad es en sí Relación, tal unidad no es sencillamente unidad, sino unión. *Allí donde haya dos o tres reunidos en mi nombre* se plantean dos o tres términos y la relación se establece por sí sola. Tal relación es el Nombre en nombre del cual los dos o tres se vinculan. Cuando decimos *Padre Nuestro que estás en los cielos*, la palabra *Nuestro* debe reunir en nosotros la humanidad toda. Y hemos de rezar en nombre de todos nuestros hermanos, presentes o ausentes, vivos o muertos.

Padre Nuestro... Jesús introduce una gran revolución mística en la tradición de Israel al enseñar a los suyos a llamar Padre Nuestro a Dios, el Señor, el Altísimo, el Señor de los ejércitos. Y esa revolución es un retorno a los orígenes.

Porque todos los pueblos primitivos adoran el alma de sus

padres mezclada con las fuerzas de la naturaleza y elevada, después, al cielo, desde el cual todavía vigila y protege a la Tribu. Quizá sea este el origen de los dioses paganos, ya que el primero de ellos tiene como nombre Júpiter, o sea Jov Pater o Dios el Padre.

Pero una cosa es divinizar falsamente el alma de los antecesores y otra llamar «Padre Nuestro» al Dios verdadero, a aquel que es El-Que-Es, aquel cuyo nombre es Yo-soy, aquel rodeado de relámpagos y terror, aquel cuya Gloria hizo volver la espalda a Moisés, porque el hombre no puede enfrentarla sin morir. Jesús abatió las murallas de ese respeto convertido en espanto, de esa grandeza convertida en alejamiento. Jesús recordó que el amor salva las distancias y franquea los abismos, y que el Rey del Cielo, invisible y vertiginosamente alto, es sensible y está presente en la sombra del corazón.

Que estás en los cielos. ¿Por qué ha de ser el Cielo el lugar divino? ¿No es cierto, acaso, que Dios está en todas partes? Sí, pero el cielo manifiesta su presencia, porque el cielo es abierto, inmenso, circular, elevado y puro. En el cielo se alzan las montañas, y las montañas representan el Principio, la Roca de la Estabilidad. En el cielo o firmamento brillan las estrellas, y la palabra *firmamento* significa *lo que es firme*, lo que no cambia. Aunque las nubes lo crispan, lo turban, lo velan, sabemos que el cielo conserva tras ellas su limpidez y lucidez inalterables. Del cielo proviene la luz, y la luz es el bien y la realidad primordial. Es la realidad material que no está sujeta a todas las leyes de la materia y reina sobre todos. Y por esa difusión uniforme sobre todas las cosas, por esa vibración eterna, por los beneficios que concede, por la alegría que da a los ojos y al corazón, es la primera imagen, la imagen sin imagen, la imagen

deslumbrante de la Divinidad.

Padre Nuestro que estás en los Cielos, santificado sea tu Nombre. ¿Por qué esta insistencia en el Nombre? ¿Por qué es tan importante que el Nombre de Dios sea respetado y santificado? ¿Por qué? ese Nombre ha de ser en nuestra boca tan santo como lo es en la realidad? Ese Nombre está asentado en la realidad, ese nombre no es una abstracción, no es una convención. ¿Cuál es la importancia primordial del Nombre en materia religiosa? ¿Cuál es la importancia de la fórmula exacta, bien pronunciada, si llega a los labios, y bien pensada, si no hacemos oír nuestra voz? Es que sin el Nombre no hay condensación ni concentración posibles ni puede haber entendimiento entre los que rezan juntos. Las palabras «Tu Nombre» vienen a recordarnos el sentido de la palabra «Nuestro». Sin ese nombre que nos une, ya no habría «nosotros», ya no habría vínculo. Y sabéis que somos múltiples, no solamente entre nosotros sino también en nosotros; que somos una multitud vaga y contradictoria, brutal y estúpida cuando no tenemos leyes, reglas, signos, nombres que nos guíen, que nos fijen en nosotros mismos y entre nosotros. Por su poder de concentración, la palabra tiene fuerza y no solo sentido. En ese poder de concentración reside el secreto de la materia. ¿Como explicar que un mago sea poderoso sobre el bien y el mal? Porque tiene el poder de condensar su pensamiento, de dominarlo, de guiarlo en determinado sentido. Y la experiencia prueba que el pensamiento condensado, la voluntad concentrada y proyectada sin acción hacia su blanco tiene eficacia sobre las cosas. Éste es el principio común de la magia y de la religión, pero el uso y la intención distinguen al mago del devoto o del sacerdote. El hombre que reza puede y debe ser un gran mago blanco, sin

voluntad de poder, pero poderoso por su buena voluntad; y si no es poderoso no es bueno, pues la buena voluntad de nada vale sin la voluntad; y la plegaria en estado de ausencia es una mentira que decimos a solas y sin engañar a nadie.

Santificado sea tu Nombre. ¿Por qué es un crimen la blasfemia, cuando sabemos que el hombre que blasfema no sabe lo que dice? Ése es el crimen, ése es todo el crimen: nadie tiene derecho a pronunciar semejante Nombre sin pensar en lo que dice. *No pronunciarás el Nombre de Dios en vano:* mandamiento tan intenso, tan absoluto como No matarás. Pues casi es preferible matar a un hombre, que tarde o temprano morirá, a matar el Nombre pronunciándolo impensadamente. El Nombre eterno: el Nombre de que viven los hombres, el Nombre que crea todas las cosas, el Nombre que da valor a todo el resto, el hombre que concita las voluntades, ordena los poderes, justifica las leyes, ilumina toda verdad.

Santificado sea tu Nombre, venga a nosotros tu reino. Tu Reino, el Reino de Dios ha sido prometido para el fin de los tiempos. ¿Por qué hemos de pedirlo, entonces? Dios es quien hace el Reino de Dios, mas no sus criaturas. ¿Pero habéis observado que desde el comienzo de esta plegaria nada hemos pedido para nosotros? No hemos pedido: hemos dispuesto nuestro deseo a la aceptación: *venga a nosotros tu Reino.* Vendrá, pero lo importante es que lo deseemos para que no venga a confundirnos. La lluvia cae sobre buenos y malos, y las desdichas caen sobre sabios y necios. «El sabio y el necio van al mismo lugar, pero el sabio tiene dos ojos en la frente y el necio anda en la noche», dice el Eclesiastés. Las mismas cosas ocurren a uno y a otros, desdichas y venturas. El Reino de Dios vino a nosotros desde el principio y abierto está a todos, pero pocos

son los que entran en él. En la vida espiritual, como decíamos hace poco, lo primero es la actitud, la actitud de aceptación, de sinceridad, de coraje. Todo lo que ocurre es en sí indiferente. Quiero decir que todo, lo bueno y lo malo, puede llevarnos al bien cuando la actitud es buena, y al mal cuando la actitud es mala. El propio advenimiento del Reino de Dios es una desdicha para quien se niega a entrar en él.

Venga a nosotros tu Reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo. En el cielo se ha hecho Tu Voluntad, pero en la tierra, hija del cielo, no se ha hecho todavía. Comprobación profundamente misteriosa: la voluntad del Todopoderoso no se ha hecho aún en la tierra. ¿Dónde está, entonces, su Poder absoluto? ¿Lo limitarán, acaso, las astucias y miserias, el mal y la muerte? Debemos pensar que el Poder absoluto no es lo que imaginamos, sino que supera en mucho lo que imaginamos, puesto que ese Poder absoluto tiene sobre sí el poder de limitarse voluntariamente. Es preciso saber que Dios, que todo lo puede y no quiere poderlo todo, no quiere ejercer todo su poder. ¿Por qué? Para que nosotros, para que todos los seres espirituales (y quizá todos los seres son espirituales hasta cierto punto) podamos ejercer a nuestro antojo un poder divino. Éste es el don de vida, el don de libertad merced al cual no hemos sido arrojados como fichas en la mesa de juego, gracias al cual no caemos como piedras en el vacío, gracias al cual hay algo que depende de nosotros, aún cuando nuestro destino está trazado de antemano, y nuestro patrimonio de felicidad y desdicha, nuestras diferentes aventuras y accidentes están escritos desde siempre. Pero hay algo que no nos ha sido dado: el modo en que aceptaremos ese patrimonio, el grado de conciencia que adquiriremos y nuestra libertad,

la libertad que dependerá de esa conciencia. ¿Está el hombre determinado o tiene libre albedrío? Lo tiene, pero está más o menos determinado en la medida en que ignora que lo tiene. La libertad verdadera no es un don: hay que lograrla. Por eso debemos saber que somos responsables también de nuestras ignorancias, de nuestros olvidos y de lo que sirve de excusa a la mayoría: que actúan sin poder hacer de otra forma.

*Danos hoy el pan nuestro de cada día*¹ He aquí pues que hemos pasado de cielo a tierra; e incluso, si el giro no fuese tan retorcido, preferiría decir la línea precedente como en el griego y el latín: «Que Tu voluntad se haga como en el cielo así en la tierra».

Hemos pasado de la glorificación a la demanda. Y ¿qué pedir cuando se tienen los pies sobre la tierra? — A comer!. Es humano. La primera demanda que se hace es por tanto la del pan cotidiano ¡es natural!. Observemos que la demanda o petición ha aparecido de forma extraña: pues si este pan es «nuestro» y es «cotidiano» ¿por qué pedirlo? ¿No sería mejor decir simplemente: Danos pan todos los días?

Por otro lado, es sorprendente que Jesús nos dicte una petición tal cuando nos ha enseñado insistentemente en otra parte que nada nos hace falta. «¿Por qué os inquietáis, hombres de poca fe? No os preguntéis «¿Qué comeremos mañana y con qué nos vestiremos?». Ved los pájaros del cielo... ved los lirios del campo... Dios Sabe bien de qué tenéis necesidad... Ocupaos ante todo del Reino de los Cielos y el resto os será da-

¹El comentario de esta parte no es de la misma fecha que los otros. Es de 1966. Fué, dos años después, el tema de debate con el Padre Rouget, dominico, miembro de la comisión de traducción ecuménica, y el Padre Charlier, benedictino y biblista eminente.

do por añadidura... ».

Recurramos por tanto a las fuentes. Desgraciadamente, no disponemos más que de traducciones, de las que la más antigua y la más segura es la griega, seguida de la de Jerónimo en latín, llamada la *Vulgata*. ¿Y qué nos encontramos en Mateo?

τὸν ἄρτον ἡμῶν τὸν ἐπιούσιον δόξ ἡμιν σήμερον

y en la *Vulgata*:

Panem nostrum supersubstantialem da nobis hodie

¡He! ¿Dónde está el «de cada día» o «cotidiano» en esa frase?

Cotidiano, en griego, se dice *Kathêmeros*. *Epiousios*, por muchas vueltas que se le dé, no dice ni *día* ni *cada*.

La dificultad es que la palabra [*epiousios*] no existe y no se encuentra en los diccionarios clásicos.

Es pues una palabra falsificada. Se distingue en ella claramente el prefijo *épi* y una raíz que tiene algo que ver con *ser*.

«Epi» tiene varios sentidos, no se puede enumerarlos todos: sobre, en la superficie, por encima, contra, cerca de, dentro, entre, y con frecuencia *después*.

«Ousios» se parece al participio del verbo *εἶμι*: *ser*, se combina con *épi* y da *épéimi* que quiere decir: *ser después*, *venir después*. Su participio es *épôn*, *épousa*, *épon* — pero ¿*épiousios*?

«*Ousía*» quiere decir *esencia* y es, según toda la evidencia de donde los evangelistas Mateos y Lucas han sacado su «*épiousios*» que significa pues *sobre-esencial*.

Simone Weill, que era excelente helenista, traduce «nuestro pan sobrenatural». De hecho, san Jerónimo traduce de Ma-

teos: «*Panem nostrum supersubstantialem*» o nuestro pan *supersubstantial*.

Es algo muy distinto que «cotidiano»². ¡Es incluso lo contrario! Los Evangelistas, con esta palabra nueva quieren insistir sobre el carácter metafísico, místico, eucarístico de este pan.

¿Cómo y cuándo se introdujo en la tradición cristiana este error capital sobre una frase capital? Ciertamente, en un tiempo muy antiguo, pues me ha ocurrido que lo he encontrado en un texto de Raimundo Lulio (principios del siglo XIII) y el Bienaventurado exclama: «¿Quién es el pan nuestro de cada día? ¡Tú, Señor, Tú, Tú eres el pan nuestro de cada día!»

Un proverbio árabe dice: «Dios escribe derecho con renglones torcidos». Igualmente el hombre de Dios sabe sacar el significado justo de un texto falseado.

Además, tengo ante mis ojos una *Vulgata* del siglo XVII y en Lucas XI, encuentro «*quotidianum*». ¿Es posible que san Jerónimo haya traducido a Mateos como se debe y a Lucas no cuando los dos usan la misma palabra? ¿O la falta proviene de un copista ulterior?

Sea como fuere, es una falta, y reparar la falta es evitar introducir una fisura y una caída en el centro de esta oración de divina belleza.

Pero falta por corregir un punto. La palabra «*supersubstantial*» es única en el evangelio y completamente extraña al estilo evangélico. Suena a argot filosófico. No se puede creer que esta enorme máquina verbal haya tenido su lugar en

²El «*Donne-nous aujourd'hui notre pain de ce jour*» que se nos hace recitar hoy día es todavía más bestia y no tiene el apoyo de ningún texto antiguo, en ninguna lengua (nota de 1973).

la lengua de Jesús³. De hecho el arameo resuelve la cuestión mediante la simple palabra vibrante de esperanza:

Mañana

Y he aquí las palabras de Jesús reencontradas:

(El) *Pan Nuestro de Mañana, dámoslo hoy.*

Está claro que hay que comenzar la frase por

Pan Nuestro

como la primera parte de la oración que comienza por

Padre Nuestro

pues así es tanto en griego como en latín

Pater Noster...

Panem Nostrum...

Falta comprender por qué los dos evangelistas (o sus traductores), contrariamente a sus buenas costumbres, no han elegido la palabra simple y justa.

Me parece que es precisamente para evitar que se vaya a pensar que se trata de pan a guardar para mañana en la despena, es para insistir sobre la esencia *sobrenatural* de este pan.

³Nosotros dudábamos de ello si bien que, en los años 1950, teníamos por costumbre recitar: «Nuestro pan reservado dámoslo hoy» (Reservado se entiende como de más allá y para el porvenir). Pero es un exégeta protestante, Jeremías, quien ha puesto el dedo sobre las citas precisas y nos proporciona la solución definitiva: «San Jerónimo», nos informa él, «nota que el texto de los hebreos dice: 'Mahar' que significa *Mañana*. Se trata del texto arameo. Se puede observar que este Evangelio es menos antiguo que la versión griega y que ha probablemente sido recompuesto a partir de ella según costumbre de las Iglesias Sirias que son de la misma lengua que el Señor. Incluso si esto es cierto, añade él juiciosamente, es muy probable que la oración dominical haya sido transmitida de boca en boca durante siglos sin alteración, y que, contrariamente al resto, no haya sido vuelta a traducir.»

Otra razón es que el público al que se dirigían era el de Alejandría o de las ciudades de Grecia y de Asia Menor entre los que el lenguaje de los gnósticos y de los neoplatónicos había llegado hasta el pueblo, como entre nosotros los filosofemas de Hegel y de Marx circulan ahora por las calles... Y el resultado es que en otros tiempos y en otros países las gentes, sin haber comprendido nada del vocablo insólito, lo han recortado a su medida. Así, de lo simple y grande, se complica y se lo infla, para caer al fin en la simpleza.

Buena lección para los traductores demasiado humanos que quieren poner los textos sagrados «al alcance de las gentes».

Prosigamos:

Kaï aphès hêmîn ta opheilèmata hêmôn

Y perdónanos nuestras deudas

hôs kaï hêmeis aphêkamen tois opheilétais hêmôn

como nosotros perdonamos a nuestros deudores.

Aquí la traducción latina es, palabra por palabra, perfecta y de un sonido aún más bello:

Et dimitte nobis debita nostra,

sicut et nos dimittimus debitoribus nostris.

Mientras que el francés: «Et pardonne-nous nos offenses comme nous pardonnons à ceux qui nous ont offensé»⁴ no merece el nombre de traducción. Sin duda, la deuda de la que se trata es la del pecado, y es todavía más formal en Lucas, XI. Pero ¿pensamos que el Cristo usa al azar una palabra en lugar de otra? ¿Y que nos esté permitido explicar mejor que Lucas lo que Él quiere decir?

⁴Y perdónanos nuestras ofensas como nosotros perdonamos a aquellos que nos han ofendido. (N. del T.)

¡Cuántas parábolas tienen por objeto el explicar esta deuda! Entre otras la del Mayordomo injusto, y aquí los mismos que ponen tanto celo para reemplazar la palabra *deuda* por la palabra *ofensa* olvidan el pecado y el juicio, a propósito del Mayordomo y, a pesar de que se defiendan de ello, hacen de la parábola un elogio del fraude.

Pero sobre todo no olvidemos que la «Deuda» es algo mucho más grande y profundo que «las ofensas». Pues incluso sin las ofensas la deuda subsiste. ¿Cuál? A Dios debemos todo: la vida el espíritu, el ser; por tanto, desde el momento en que cesamos de dar gracias, estamos en deuda; desde que omitimos el volver hacia Él lo que de Él hemos recibido, estamos en deuda. Estamos igualmente en deuda hacia todo el mundo y todo el mundo hacia nosotros, pues sin un intercambio de buenas acciones y de gracias entre todos los hombres y con la naturaleza entera, no podemos nada. Y tu tienes razón de quejarte de la ingratitud de tu hijo que olvida todo lo que has hecho por él, pero tu, ¿no te olvidas todos los días de lo que Dios ha hecho por tí?

Kaï mê eisenenkês hêmas eîs perirasmon

Et ne nos inducas in tentationem

Pero aquí el francés zozobra en la paráfrasis. «Et ne nous laisse pas succomber à la tentation»⁵ es bastante bonito y conmovedor, pero yo no veo nada en *eisenenkês* o en *inducas* que se parezca a *dejar* o a *caer*, sino que veo ahí un verbo que quiere decir *empujar*, *meter*, *poner* y un prefijo que significa *dentro*. Si, lo sé, tenemos motivos para que nuestra sensibilidad se vea afectada... Lo sé, la gente podría no comprender, podrían creer que... mientras que nosotros sabemos que Dios no es ten-

⁵Y no nos dejes caer en la tentación. (N. del T.)

tador (y Santiago lo dice bien claro). Si, lo sé: es el diablo el que nos hace eso... Es cierto, y tendríais razón en glosar, moralizar, ordenar el asunto tanto como podáis, pero el texto es el texto. No intentemos mejorar la ortodoxia de Jesucristo.

Digamos, si queréis, «y no nos sometamos a la tentación» a fin de rebajar el filo sin dejar de ser precisos⁶.

Una meditación asidua de esta palabra divina nos ahorrará quizás la tentación de considerar al diablo como un contradios igual al Padre o poco menos y capaz de ponerle en jaque. Él, ellos, todos aquellos que se oponen a la voluntad de Dios o creen hacerlo, juegan a pesar de ellos y sin saberlo su papel previsto en el Plan Divino. Lo saludable, por tanto, no es echarnos sobre ellos para hendirles, sino, el permanecer en Dios. Pues esto es lo que debemos pretender cuando pedimos no ser sometidos a la tentación. De hecho, esto no es la expresión de un deseo natural. Por naturaleza no pedimos más que ser tentados. Es muy divertido ser tentado. Se gana de todos modos, pues si se sucumbe a ella, se gusta el fruto del pecado (también se sufrirá, pero más tarde); y si se resiste se gusta la gloria de ser muy fuerte. La gente también busca la tentación más que el dolor. Corre, se apresura, se precipita. Emprenden viajes y negocios a fin de dar más facilidades a la tentación, pagan su entrada, y bien cara, para ser tentados. Este mundo, es todo él tentación: «codicia de carne, codicia de los ojos y orgullo de la vida» (I Juan, 2-16).

Aquel que vence la tentación y combate victoriosamente a los malvados y a los demonios demuestra que tiene mucha fuerza, y esta fuerza (tanto si la ha pedido como si no) viene de Dios; lo cual celebran los Salmos en todas las páginas. Pero

⁶Afortunadamente es la fórmula adoptada hoy en día (1973).

aquel que no es tentado y que no experimenta ningún deseo secreto de serlo, ése no es de este mundo, sino que permanece en Dios y el Reino de los Cielos está en su corazón.

Allà rhusai hêmas àpo toù ponêrou

Mas líbranos del mal

O bien: del Maligno

Es imposible determinar por el genitivo griego *toù ponêrou* o por el ablativo latino *a malo* si la palabra es un neutro o masculino. Es más probable que haya que decir «del Maligno» y esto completaría mejor el párrafo sobre la tentación, pero otorguemos a la versión ordinaria el beneficio de la duda. Sin embargo, para no terminar con la palabra *Mal*, añadamos la frase que figura en gran número de manuscritos antiguos, la cual, después de un gran ciclo vuelve a llevarnos a la glorificación inicial.

PADRE NUESTRO QUE ESTÁS EN LOS CIELOS

SANTIFICADO SEA TU NOMBRE,

VENGA A NOSOTROS TU REINO,

HÁGASE TU VOLUNTAD

COMO EN EL CIELO ASÍ EN LA TIERRA.

PAN NUESTRO DE MAÑANA

DANOS HOY

Y PERDÓNANOS NUESTRAS DEUDAS

ASÍ COMO NOSOTROS PERDONAMOS A NUESTROS DEUDORES

Y NO NOS SOMETAS A LA TENTACIÓN

MAS LÍBRANOS DEL MAL

Pues a Tí pertenecen
el Reino, el Poder y la Gloria
por los siglos de los siglos.

Amén.

Cuando recéis, y en especial cuando recéis el Padre Nues-

tro, dad a las palabras el tiempo de nacer, de crecer y profundizarse. Afincaos en ellas, aprehended su sentido, haced que el sentido os penetre. Y después, con un esfuerzo del ser todo, lanzad la palabra, impulsadla hacia lo alto. Por lo tanto, debéis rezar en dos tiempos: un primer tiempo que es toma de conciencia, de penetración; y un segundo tiempo que es de don. Pronunciad cada frase y repetidla sólo cuando no estéis del todo penetrados, porque con las plegarias aprendidas es muy grande la tentación de transformar las palabras en ejercicios de respiración y restablecer el régimen tibetano del molino de rezos. Pronunciad la frase y aguardad un momento para que adquiera en vosotros su pleno sentido. Si algunas partes de la frase se os escapan, repetidlas, no para «hablar mucho», sino para comprender las pocas palabras que habéis dicho. Sabed que, en todo caso, un don es un presente, y la plegaria es un don, y es imposible hacer un presente cuando estamos ausentes. Sabed que vuestra plegaria de nada valdrá si no estáis en ella y que vuestros ejercicios nada os habrán enseñado si no os han enseñado a estar en la plegaria. Estad presentes, pues, en la plegaria y presentes ante Dios en la plegaria, presentes ante vosotros mismos en la plegaria, presentes vosotros mismos en Dios por la plegaria.

APÉNDICE⁷

Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo: con esta frase termina la primera parte de la plegaria, que es de aceptación y glorificación, y empieza la segunda parte, que es de súplica. La petición es sobria: *Danos hoy* el pan nuestro de cada día (Lucas, XI, 3). Es como si pidiéramos: no nos des nada más que el pan, danos lo necesario para subsistir, no nos des lo superfluo, que nos arrastrará y pervertirá. Está escrito que el hombre no se alimenta

⁷En este apéndice se reproduce el texto que completaba este capítulo en la primera edición de esta obra.

más que de pan. Y en verdad el texto de Mateo dice: nuestro pan substancial (Mateo, VI, 11). Danos el pan natural y danos también nuestro pan espiritual, o sea Tú mismo.

Y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores, según Mateo, y según Lucas: *Y perdónanos nuestros pecados, así como nosotros perdonamos a los que nos deben*. La traducción francesa que habitualmente se recita es, sin duda, exacta en el fondo, pero es una paráfrasis y no una traducción. Es gran audacia alterar las palabras que el propio Señor pone en nuestros labios. No en vano habla Cristo del pecado como de una deuda y recuerda con qué tasa habrá de ser pesada, ya que seremos medidos con la misma medida que empleamos para medir a los demás: dad y se os dará, no juzguéis y no seréis juzgados, absolved y seréis absueltos. ¿Pero cómo atreverme a hablar de tal modo, como si desde el fondo de mi corazón hubiera perdonado todas las malas obras de los demás? ¿Puedo rezar y a la vez mentir? Más vale abstenerme de rezar mientras no esté en condiciones, pues según se me advierte: *Si fueres a ofrecer tu ofrenda al altar, y allí te acordares, que tu hermano tiene alguna cosa contra tí, deja allí tu ofrenda delante del altar, y ve primeramente a reconciliarte con tu hermano, y entonces ven a ofrecer tu ofrenda*. La súplica tiene, pues, doble filo: uno le pide a Dios el perdón y al mismo tiempo se lo exige a sí mismo. Así es cómo se desarrolla la plegaria y crea a veces las disposiciones que la hacen válida.

Y no nos induzcas a la tentación. Frase difícil de entender y que nos llena de confusión. Para resolver esta confusión los traductores encontraron lógico cambiar las palabras que el propio Señor quiso poner en nuestra boca y dijeron: «No nos dejes caer en la tentación». Lo cual no es traducción, sino paráfrasis. Objetaréis que es decir la misma cosa de manera más clara (y menos chocante), pero os respondo que son dos cosas absolutamente diferentes por el plano en que se sitúan y por el alcance que tienen.

Lo que nos confunde y alarma es que la súplica «no nos induzcas a la tentación» implica lógicamente que Dios puede ser tentador, cuando en verdad sabemos que ésa es la misión del diablo. Y la epístola de Santiago nos lo confirma: «*Non est tentator Deus*, Dios no es tentador». La única respuesta es la siguiente: ante las palabras de Jesucristo debemos esforzarnos por comprenderlas y hacerlas nuestras comprendiéndolas, en vez de discutir las y menos aún de alterarlas porque no las comprendemos.

En efecto, Dios no nos induce a la tentación como un mal amigo nos induce a la tentación con sus malos consejos, como el demonio nos insufla el

mal deseo y nos empuja al pecado por los hombros, como nosotros mismos nos inducimos a la tentación cuando nos divertimos, cuando abusamos de nosotros mismos, pues nosotros somos nuestro peor amigo, nuestro propio demonio. Si somos tentados es porque nos ha arrebatado el mundo exterior y nos hemos desgarrado en la lucha de la vida.

Pero Dios creó este mundo y nada se hace en él sin que el Todopoderoso no lo quiera o permita. Por eso no suplicamos al diablo que no nos induzca a la tentación, mas rogamos a Dios que no nos envíe el Diablo ni que nos envíe al Diablo.

El Diablo aparece dos veces en persona en las Escrituras: durante la tentación de Cristo en el desierto y en el Libro de Job. En el desierto, asistimos a la lucha entre el Hijo del Hombre y el Diablo, pero también les vemos relacionándose y dialogando. En el Libro de Job, Satanás se presenta familiarmente ante el trono de Dios, como un bufón cortesano. Y Dios le pregunta de dónde viene y le da el permiso, si no la orden, de tentar al Justo, su servidor. Estos ejemplos nos demuestran que el Diablo tiene una misión en la economía de la creación, y Jesús hace que nos dirijamos lisa y llanamente a Dios, prescindiendo del desdeñable intermediario, para suplicarle: «No nos induzcas a la tentación», o sea: presérvanos en tu seno, que es nuestro refugio, contra la tentación y no nos arrojes al mundo. Presérvanos en la vida interior y en el amor hacia tí, en que la tentación se hace imposible, porque la vacilación dolorosa, el desgarramiento trágico entre lo que nos complace y lo que le complace a Él no puede subsistir en el amor de Él, ya que no puedo amar a alguien sin repudiar de inmediato cuanto le desagrada. Jesús no nos enseña a pedir fuerzas para triunfar en la lucha entre el bien y el mal, sino a liberarnos de esa escisión entre el bien y el mal que es ya un mal con relación a la unidad y la paz divinas. No es éste un pedido de ayuda en el ámbito práctico y moral, sino un llamado al amor en el ámbito místico. Por lo mismo, los profanos han de encontrarlo alarmante, incomprensible y perturbador.

Como las otras demandas de la oración dominical, «No nos induzcas a la tentación» más que expresar la aspiración común se refiere a un estado que debemos tratar de alcanzar. La aspiración común es correr hacia la tentación como corremos a la feria y a la fiesta. ¿Por qué el niño protegido en el seno de su familia sueña con que le suelten en el mundo? ¿Por qué el campesino deja su terruño para precipitarse en la ciudad y el burgués sus asuntos para marchar a la guerra? ¿Por qué, si no porque la Tentación

los tienta? En verdad nada nos complace tanto como ser tentados, pues la naturaleza humana saca astutamente su ganancia en cualquier caso: el placer del pecado si sucumbe, la exultación del orgullo si se muestra virtuosa, Pero, ¿quién dirá desde el fondo de su corazón:

Líbranos del mal, y de la lucha, que es un mal, y del deseo, que es un mal, y del mundo y del Príncipe de este mundo y de las tinieblas exteriores?

La plegaria no se detiene aquí, sino que vuelve a la glorificación, al menos en la versión protestante, cuyos autores no debieron inventar el texto:

Pues a ti pertenecen el Poder y el Reino y la Gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Cuando recéis, y en especial cuando recéis el Padre Nuestro, dad a las palabras el tiempo de nacer, de crecer y profundizarse. Afincaos en ellas, aprehended su sentido, haced que el sentido os penetre. Y después, con un esfuerzo del ser todo, lanzad la palabra, impulsadla hacia lo alto. Por lo tanto, debéis rezar en dos tiempos: un primer tiempo que es toma de conciencia, de penetración; y un segundo tiempo que es de don. Pronunciad cada frase y repetidla sólo cuando no estéis del todo penetrados, porque con las plegarias aprendidas es muy grande la tentación de transformar las palabras en ejercicios de respiración y restablecer el régimen tibetano del molino de rezos. Pronunciad la frase y aguardad un momento para que adquiera en vosotros su pleno sentido. Si algunas partes de la frase se os escapan, repetidlas, no para «hablar mucho», sino para comprender las pocas palabras que habéis dicho. Sabed que, en todo caso, un don es un presente, y la plegaria es un don, y es imposible hacer un presente cuando estamos ausentes. Sabed que vuestra plegaria de nada valdrá si no estáis en ella y que vuestros ejercicios nada os habrán enseñado si no os han enseñado a estar en la plegaria. Estad presentes, pues, en la plegaria y presentes ante Dios en la plegaria, presentes ante vosotros mismos en la plegaria, presentes vosotros mismos en Dios por la plegaria.

XXIII

EL OJO ES LA ANTORCHA DEL CUERPO

14 de marzo de 1947.

Calle Saint-Paul.

EN nuestra última conversación hemos terminado el comentario del Sermón de la Montaña, según Lucas. Volveremos al de Mateo para detallar, aquí y allí, los párrafos que no hemos comentado, ya directamente, ya indirectamente, por comparación con otros textos.

Volvamos, pues, al capítulo VI, 23: *El ojo es la lámpara del cuerpo. Por eso, si tu ojo está sano, todo tu cuerpo estará iluminado. Mas si tu ojo está malo, todo tu cuerpo estará a oscuras. Y si la luz que hay en ti es oscuridad, ¡qué oscuridad tan profunda!*

He aquí una revelación capital sobre el bien y el mal, y sobre el deber del hombre, ¿Cuál es el deber indicado en este párrafo? El deber de iluminarnos a nosotros mismos: encended vuestra lámpara, sabed adónde vais, no tropecéis en las tinieblas, vuestro deber primero es ver claro. Ignorar no es excusa para todos los pecados. «No sabía lo que hacía —decimos de un criminal—; obraba inconscientemente». Y eso

lo excusa todo. Mas para los sabios y religiosos de todos los tiempos y todos los climas, ésta no es excusa para ningún pecado: es el pecado mismo. Los hindúes sólo conocen un pecado, que llaman *Ignorancia*. Y Sócrates, como los hindúes, afirmaba que no hay más pecado que la ignorancia, pues quien *sabe* no puede pecar.

Encontramos la misma tesis, aunque encarada de otro modo, en quien considerábamos padre del racionalismo, en Descartes. Como «el buen sentido es la cosa mas asequible en el mundo», afirma el filósofo, la inteligencia que se consagra debidamente a la busca de la verdad no puede equivocarse. Si el hombre se equivoca, peca «por presunción», dice Descartes: puesto que afirma saber una cosa que ignora. Su voluntad de afirmar se precipita imprudentemente antes de poseer las pruebas de su afirmación. Es ésta una de las verdades del reflejo en un hombre que no entendía la verdad como la entiende el texto del Evangelio y que no entendía la verdad como la entienden los hindúes, o siquiera como la entendía Sócrates. Descartes habla de una verdad exterior, de una verdad científica, de una verdad de superficie y lo que dice es una afirmación de superficie. Más profunda es la exclamación de Pascal: «Error, castigo de los que pecan». No, no pecamos al equivocarnos, subentiende él, sino que nos equivocamos porque somos pecadores. En efecto, si Dios es el Dios de Verdad, cómo es posible que se equivoque quien vive en Dios, quien obra en Dios, quien piensa en la luz de Dios. ¿Cómo es posible entrar en la gracia de Dios y seguir equivocándose?

Estas verdades tradicionales pueden parecernos chocantes porque nuestro lenguaje ha degenerado, porque no entendemos las mismas cosas mediante las mismas palabras. No

creáis que afirmo que para salvarse es necesario convertirse en sabios. Todo este Libro (el Evangelio) es una prueba de lo contrario. Si contra alguien la emprende este Libro es precisamente contra los sabios. Y uno de los primeros párrafos de este Sermón de la Montaña que nos ocupa dice: *Bienaventurados los pobres de espíritu*. San Francisco odiaba los libros con la misma intensidad y por el mismo motivo con que odiaba el dinero. Conviene despojarse de las riquezas de la inteligencia como de cualquier otra riqueza para alcanzar la verdad. Lo cual tampoco significa que quienes estudian e investigan estén necesariamente condenados. Pero están necesariamente condenados quienes ponen toda su fe en creer que saben y en creer que su saber ha de salvarlos.

Juana de Arco decía de sí misma: «No se ni A ni B». Y no poco esfuerzo le costó al cura de Ars hacerse ordenar, pues no podía aprender el latín. Y el sabio más grande de la India actual, uno de los que llaman Yogui del Conocimiento, frecuentó apenas la escuela durante su infancia e hizo en ella muy triste figura.

El verdadero conocimiento no es función de la inteligencia, no es noción del intelecto. El verdadero conocimiento puede estar vedado a los doctores y revelarse a los niños. En otra ocasión hemos afirmado algo semejante, cosa que sobresaltó a varios de entre vosotros. Dijimos que *el amor no es un sentimiento*. Asimismo, hoy os pido que consideréis esto: *el conocimiento no es un saber*. El amor no es un sentimiento, el amor es un acto total que comprende al hombre total: *Amarás a tu Dios con todo tu corazón y toda tu inteligencia, con toda tu alma y con todas tus fuerzas*. Estas palabras no son redundantes; estas palabras destacan los tres elementos de que está compuesto

el hombre: corazón, inteligencia y voluntad. Y estas palabras oponen, además, los dos aspectos: *el alma*, que comprende corazón e inteligencia, y el *cuerpo*, que concentra las fuerzas y las traduce en actos. El amor no es un sentimiento, pero es también un sentimiento; y el conocimiento, asimismo, no es un saber, pero es también un saber: Conocerás con toda tu inteligencia, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Se dice de Dios que Dios es verdad; se dice de Dios que Dios es amor. Y todo ello bien dicho está. Conocemos el amor y el conocimiento como dos cosas que rara vez coinciden en nosotros o que no coinciden nunca. Pero en Dios, donde todo es uno, coinciden y son una sola cosa, y lo son todo, son el anverso y el reverso de la misma medalla, pero de una medalla sin espesor; son los dos caminos hacia la misma meta, que es la unión. Cuando la unión se ha logrado, ¿qué importa el camino!. Ambos caminos tiene el mismo nombre en el punto donde se reúnen, y si no están destinados a encontrarse, extravían a quien los emprende. El conocimiento que no lleva al amor es un conocimiento abstracto, práctico, espiritualmente vacío, prácticamente nefasto: un conocimiento que lleva a la muerte, a la destrucción, a la división, y crea maravillosamente los instrumentos del odio. Y el amor que no lleva al conocimiento se llama pasión, se llama extravío, se llama tiniebla, se llama pecado.

El deber primordial del hombre es encender su lámpara, es buscar una doctrina recta y seguirla, es iluminarse y después obrar en la luz. Creer que conocemos en lugar de creer en la verdad es condenarnos a las luces engañosas que impiden a las tinieblas recibir la luz. Precipitarse en la acción con toda suerte de virtudes, con valor y abnegación, mas sin co-

nocer las causas por las cuales combatimos, es consagrarse a la perdición, es cometer un mal peor que el de los cobardes y los pèrfidos. Todos nuestros grandes desórdenes y nuestros grandes desastres no provienen tanto de nuestros malos instintos cuanto de nuestros grandes conocimientos, de nuestras virtudes que, mal dirigidas, trabajan para el mal. No hay inocencia en estos extravíos que arrebatan a pueblos enteros y no hay excusa para quienes se abandonan a ellos. Porque no reflexionan, y ése es su crimen. El mal sólo puede hacerse con virtudes y talento. No puede hacerse con defectos. Porque con los defectos, que son incapacidades, nada puede hacerse. El que se equivoca en la doctrina que sigue, el que difunde el error, el que sirve al error peca, al menos por omisión por precipitación. Y nuestro Evangelio nos da otro motivo para su falta, ya que el parágrafo que acabamos de leer sucede inmediatamente a éste: *No queráis atesorar para vosotros tesoros en la tierra, donde herrumbre y polilla los destruyen, y en donde los ladrones los desentierran y roban.* Y el parágrafo siguiente dice: *Ninguno puede servir a dos señores: porque o aborrecerá al uno, y amará al otro, o atenderá al uno, y al otro despreciará.* Y a continuación: *Por tanto os digo, no andéis preocupados en vuestra vida sobre que comeréis.* Si el parágrafo sobre el ojo y la verdad está situado entre esas dos afirmaciones, no es por casualidad. El que se preocupa por saber qué comerá mañana, el que se consagra a reunir un tesoro que los ladrones pueden arrebatarle, ése no puede servir a dos señores, a *Dios y a Mammón*, ése no puede servir a la verdad y a su vientre. El que desea encender su lámpara, ocúpese primero de su lámpara y no olvide nunca tenerla encendida y verter en ella el aceite y guardar la llama y protegerla contra el viento. Para arder, esta lámpara no ha

menester de grandes estudios, ni ha menester de un genio excepcional. Sólo necesita una atención constante: arde por la fuerza de la atención. Si la atención se desvía, extingüese la llama. Y no es posible prestar atención a dos cosas al mismo tiempo. Error, ignorancia: pecado de los encadenados.

El comienzo del Sermón de la Montaña nos decía: *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios*. En ese comienzo, como en el parágrafo que comentamos, encontramos la palabra *ver*, y en el mismo sentido. ¿Queréis ver, queréis ver la verdad? Purificad vuestro corazón. ¿Queréis saber la verdad? no ejercitéis vuestro intelecto, no llenéis vuestra cabeza. vaciadla, más bien: vaciadla de todas esas nociones distintas, de todas esas verdades claras y distintas de que nos habla el filósofo. Más que distintas llamémoslas separadas, o mecánicamente estructuradas en sistema: hermosas máquinas que os mandarán muy lejos de la meta. Encended vuestra lámpara, despojaos de lo superfluo: que vuestro corazón sea como un espejo, que la luz brille en él sin interferencia de objeto o de noción. Todo lo que es separado está muerto o es falso: y es dos veces falso si lo creemos viviente y verdadero, si nos encadenamos a ello.

Si ya las luces que hay en ti son tinieblas, ¿cómo habrán de ser tus tinieblas? Si tu conciencia se baña ya en lo negro, ¿en qué infierno de oscuridad estarán perdidas tus pasiones e instintos? Si tu ciencia es falsa, ¿cómo serán tus errores?, y si tus virtudes son imaginarias, ¿a qué vicios te llevará tu imaginación? Pero si tu visión de las cosas es justa, por débil y vacilante que seas, acabará llevándote a la justicia. Pues allí donde la serpiente ha puesto su cabeza pasará el resto del cuerpo.

Y ahora os leeré, casi sin comentarios —tan comentadas

están por si solas—, unas palabras que las gentes quizá se saben de memoria y que, sin embargo, olvidan a diario. Y que, más aún, procuran olvidar asiduamente: que olvidan por deber moral. *Por tanto os digo, no andéis preocupados por vuestra vida (que comeréis o qué beberéis), ni por vuestro cuerpo (qué vestiréis). ¿No es más vuestra vida que el alimento, y el cuerpo más que el vestido?* Estos son los pensamientos concretos del Evangelio. Esta sencilla frase acerca del cuerpo, ¿no es más instructiva y persuasiva que todas las demostraciones, aunque vengan de Platón, sobre la inmortalidad del alma? Pues es ese el sentido de la frase: « ¿No es más vuestra vida que el alimento, y el cuerpo más que el vestido? », ya que el cuerpo mismo es un vestido, y « ¿No es más la vida que el alimento? » traduce: « *nonne anima plusquam esca?* ». *Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. Y, ¿no sois vosotros mucho más que ellas? ¿Y quién de vosotros discurrendo puede añadir un codo a su estatura? ¿Y por qué andáis preocupados por el vestido? Considerad cómo crecen los lirios del campo: no trabajan, ni hilan. Pues yo os digo, que ni Salomón en toda su gloria fue cubierto como uno de éstos. Pues si Dios viste así al heno del campo, que hoy es, y mañana es echado en el horno, ¡cuánto más a vosotros, hombres de poca fe!. No os inquietéis, pues diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o con qué nos cubriremos? Los gentiles se afanan por estas cosas; y vuestro Padre sabe que tenéis necesidad de todas ellas. Vosotros preocupaos primero del reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas se os darán por añadidura. No andéis preocupados por el día de mañana, porque el día de mañana ya traerá sus propias inquietudes. A cada día le basta con sus pesares.*

No sólo es pecado la ignorancia. También la preocupación

es pecado. Y el encadenamiento, aunque sea al deber, es pecado. Pues vuestro deber no es sino el reverso de vuestro haber. Vuestro deber espiritual es pagar vuestras deudas para liberaros del deber. Mas no es deber vuestro hundiros en nuevos deberes por deseo o por aceptación de nuevas cargas, nuevas ventajas y nuevos honores.

Y así volvemos al *No juzguéis* de que hemos hablado a propósito de Lucas. Pero aquí aparece inmediatamente después de estas consideraciones acerca del saber y el encadenamiento. La situación misma del párrafo lo ilumina, pues, con un nuevo sentido: no juzguéis, porque no sabéis; no juzguéis, porque estáis encadenados, así como están encadenados aquellos a quienes juzgáis. Para juzgar es preciso ser libres y conocer.

XXIV

FIN DEL SERMÓN SEGÚN MATEO

*21 de marzo de 1947.
Calle Saint-Paul.*

PARA terminar el Sermón de la Montaña según Mateo, solo tenemos que ocuparnos de algunos párrafos diseminados aquí y allá:

VII, 7: *Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo el que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá.*

Tres caminos: pedir, buscar, llamar. Pedir, o sea rezar; buscar, o sea iluminarse, ejercitarse, trabajarse; llamar, o sea obrar.

Pedid, y se os dará. Para que sea cierto que el hombre que pide recibe, ¿qué pedir, y cómo? El mismo Sermón nos lo ha enseñado: el *Pater* resume y enumera los pedidos justos. Pero más importante aún que el objeto del pedido es la actitud interior del que pide: *Bienaventurados los que tienen hambre y sed; porque ellos serán saciados.* Bienaventurado el que sabe pedir como quien tiene hambre y sed; el que sabe rezar como el sediento y el hambriento; el que no pide acuciado por sus pro-

pios deseos, que tal vez son el deseo de superar y aplastar a los demás; el que pide vaciado de su propia sustancia, como clamando socorro.

Buscad, y hallaréis. Este precepto está vinculado con el tema que hemos desarrollado en nuestra reunión anterior: el pecado de la Ignorancia (El ojo es la lámpara de tu cuerpo...). En cierto modo, es un comentario de ese tema y nos hace una promesa que lo justifica. En efecto, el *conocimiento* imprescindible al justo, ese conocimiento sin el cual todo lo que hacemos es pecado, nada tiene que ver con los conocimientos oficiales que sólo pueden adquirirse en determinadas circunstancias sociales, con determinadas facultades y determinadas disposiciones intelectuales. La falta de este conocimiento es la *falta de no haber querido conocer*, porque *todo el que busca, halla*, todo el que quiere iluminarse se ilumina y nada puede cerrarle el camino ni impedirle que abra la puerta a la cual llama, si esa puerta es su propia alma. ¿Quién puede impedir a un hombre que se recoja en sí mismo? ¿Quién puede impedirle que se dirija a su propia alma y que busque en ella la salvación? ¿Quién puede impedirle el arrepentimiento? Y esa alma que existe en él, que es él mismo y de la cual se aparta diariamente, ¿cómo puede ignorarlo si él la busca, si se dirige a ella? ¿Si busca en ella su refugio, su paz, su fuerza, su alegría? Solamente él puede impedírselo a sí mismo con sus faltas, su distracción, su injustificable indiferencia.

Llamad, y se os abrirá. He dicho que éste es el tercer camino, el camino de la acción. Y es un precepto sobre la manera en que obra en el mundo el hombre espiritual: obra como alguien que llama a una puerta. Su acción es un interrogante discreto, pero insistente. Cada una de sus obras escudriña en las formas

de las cosas, en el umbral de las verdades. Llama para que le abran, obra para comprender. Tal es el objeto de la acción: entrar en la verdad por medio del contacto con la realidad, con esa verdad menor, esa semi-verdad, esa verdad para el cuerpo que es la realidad. La realidad es una verdad para el cuerpo y es una puerta, la puerta de la verdad para el espíritu.

Vemos así que la plegaria, la búsqueda y la acción se suceden, y cada una de ellas es plegaria, búsqueda y acción. Y este pasaje en que se nos habla de llamar nos recuerda una sabrosa parábola que se encuentra en Lucas (XI, 5): *Les dijo también: Si uno de vosotros teniendo un amigo va a él a medianoche, para decirle: Amigo, préstame tres pones, porque acaba de llegar de viaje un amigo mío, y no tengo qué ponerle delante. Y el otro respondiese desde dentro, diciendo: No me molestes: ya está cerrada la puerta, y mis criados están también como yo en la cama, no me puedo levantar a dártelos. Y si el otro perseverare llamando a la puerta: os digo, que aunque no se levantara a dárselos por ser su amigo, por su importunidad se levantaría, y le daría cuantos panes hubiese menester. Y yo os digo a vosotros: Pedid, y se os dará; buscad y hallaréis; llamad, y se os abrirá.* En las palabras de Cristo suele haber un toque risueño que no hay por qué suavizar. Esta candorosa presentación de Dios como ese amigo a quien molestamos en mitad de la noche y que acaba tirándonos a la cabeza todo lo que tiene a mano para librarse de un fastidioso, es de puro estilo evangélico. Y nos enseña eficazmente a obrar, a salir de nuestra escrupulosa discreción; de nuestra delicadeza excesiva, cuando no se trata de satisfacer nuestras necesidades. En efecto, cuando se trata de cosas espirituales nos volvemos dulzones, débiles, abstractos. Para el Evangelio como para los hindúes lo espiritual es opuesto de lo vaporoso y lo abstracto: ¡despertad!, «Yo

vine a traer un fuego sobre esta tierra; yo vine a traer la espada, no el reposo». El Reino de los Cielos *sufre violencia, y los violentos lo arrebatan* se dice en Mateo, XI, 12. Y en Lucas, XVI, 16 *Todos hacen fuerza sobre él*. Frases que podrían interpretarse como la promesa de una especie de Walhalla para los violentos: pero eso sería forzar el texto y violar el Evangelio, que dice bienaventurados los mansos, bienaventurados los pacíficos. La fuerza, sí. Pero la fuerza de la dulzura, la fuerza de la plegaria, la fuerza de la caridad que abate las puertas del Paraíso y doblega la terrible Justicia divina. Esa fuerza consigue que el brazo vengador no caiga sobre el culpable, pero lo obtiene únicamente cuando esta dulzura es fuerte, cuando es más fuerte que la fuerza, cuando el violento parece al lado al manso un dormido que se agita en una pesadilla. Pero si el manso flaquea, si el pacífico se adormece, ya no existe salvación para nadie.

El día de la Navidad de 1644, Nuestro Señor dijo a Marie des Vallées:

« Todo el que quiera hacer guerra a Dios y obtener la victoria necesita tres armas que os he dado.

Los pecadores se jactan de pisotear mis mandamientos, pero la ira de Dios no deja de vengarse por ello y de exterminarlos.

Mas la persona armada con estas tres armas opone a la ira de Dios *mi Pasión* y le demuestra que está mas que satisfecha por la satisfacción que exige, y la ira de Dios se ve como *forzada* a admitirlo.

Entonces el Poder Absoluto de Dios se levanta para lograr lo que no ha podido la ira, mas se le opone *el conocimiento de sí mismo* y se esfuma ante él. Se oculta en su nada, de modo

que el Poder Absoluto, al no encontrar contra quién combatir, se ve *obligado* a retroceder.

Después de lo cual se presenta la Justicia para lograr lo que otros no han podido, pero se le opone un *gran odio del pecado* que arguye a la Justicia que solo puede juzgar al pecador en razón de su pecado. Y no habiendo ya pecado, el pecador es la criatura de Dios a quien él no quiere destruir.

Con estas tres armas, Nuestro Señor ha vencido a Dios y ha destruido el pecado¹ ».

Salto un párrafo del Sermón y continúo. Os señalo que a pesar de los párrafos saltados, el discurso no pierde ilación. La construcción del Sermón de al Montaña es imbricada. Los párrafos parecen entrelazados, las verdades parecen desaparecer para reaparecer un poco más lejos, como en una trenza.

VII, 13: *Entrad por la puerta estrecha, porque ancha es la puerta, y espacioso el camino, que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella. Pero, ¡qué angosta es la puerta, y qué estrecho el camino, que lleva a la vida, y que pocos los que lo encuentran!*. Suele traducirse, y no sin razón: fácil es el camino que lleva a la perdición. Pero el sentido no está completo; en ninguna parte se dice: tomad el camino *escabroso*. Sólo se dice: *estrecho*. Sentimos que el camino debe ser escabroso y ascendente; pero hay algo más aún: es el camino que remonta las vías ordinarias, es el camino interior, y es ahí donde está la *puerta estrecha*. ¿Qué puede ser más estrecho que el Uno? ¿Y qué puede ser más difícil de alcanzar y penetrar que el centro de un punto? No hay espacio en un punto, no hay espacio en la vida inte-

¹ÉMILE DERMENGHEM: *La Vie Admirable et les Révélations de Marie des Vallées*, ed. Plon.

rior, y la vida interior empieza por un estrangulamiento, una entrada difícil en el gollete de un pozo. Hay que ser lo bastante simple, pequeño, desnudo para entrar por él; hay que estar lo bastante desapegado de todo lo que nos liga, y nos estorba, y nos infla, y nos impide pasar. Por ello es difícil el camino: no por escabroso ni por ascendente. Mas sí por estrecho y porque solo puede tomarlo quien es estrictamente simple, quien está estrictamente desnudo. Y acaso no sea un camino ascendente, sino descendente: acaso es el camino que desciende a los pozos.

Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces: Por sus frutos los reconoceréis. ¿Por ventura se cogen uvas de los espinos, o higos de los abrojos? Así, todo árbol bueno lleva frutos buenos; y el mal árbol lleva frutos malos. Y algo más lejos: Todo árbol que no da buen fruto, es cortado, y arrojado al fuego. Desconfiemos de los falsos profetas y en especial de los que prometen victorias fáciles. Pero, ¿no se nos enseña que no hemos de juzgar. ¿Cómo diremos de un profeta que es un falso profeta? ¿Cómo juzgaremos nosotros, que no somos en modo alguno profetas, lo verdadero y lo falso en materia de profecía y enseñanza? Y en general, ¿cómo juzgaremos, ya que esa misma frase acerca del fruto viene en el otro Evangelista inmediatamente después del precepto: No juzgarás? Sí, no juzgarás el árbol, porque no ves el árbol ni sabes cuál es. No trates de juzgar en tus prójimos qué son. No digas: son malos. Mas juzga el fruto, o sea la parte de tu prójimo que se te ofrece y que puedes comer, que puedes probar y puedes juzgar, mas juzgar en relación a ti y no en relación a la justicia absoluta que no te pertenece ni tiene que ver contigo. A todo hombre, y en especial al hombre que se erige en profeta o en maestro, has de juzgarlo por el fruto, o

sea por lo que recibes de él y por los resultados que percibes. No juzgues mala a una persona: aléjate de ella si es malo su fruto. Lo que esa persona da te destruye, te daña, te disminuye. Quizá es porque tienes mal estómago, quizá el fruto sea excelente y tú eres incapaz de morderlo. Eso no importa.

No todo el que me dice: ¡Señor, Señor!, entrará en el reino de los cielos, sino sólo quienes hagan la voluntad de mi Padre celestial. Esto para completar las frases y promesas acerca de la plegaria, esto para contradecir a quienes afirman que con la fe basta, que con la gracia basta, y que una vez recibidas podemos obrar de cualquier modo y hacer cualquier cosa. La gracia puede recaer sobre un indigno, porque Dios llueve tanto sobre los buenos como sobre los malos, y las leyes naturales que Dios sostiene siguen funcionando aun cuando el que las use lo haga torcidamente. Lo mismo ocurre con los dones espirituales, como son el expulsar demonios o curar a los enfermos. Y a quien no busca más que su placer o su propia gloria, Dios concede la gloria que pide. Y aunque el pedido sea malo, el hombre recibe el placer que busca y la gloria que busca, si los busca con destreza terrena. Mas desdichado de él, porque «habrá recibido su recompensa». Y que no suponga que puede cubrir su obra profana o mala con palabras piadosas, con justificaciones rituales. El Señor le dirá: Nunca te he conocido. Señor, Señor, acaso no hemos profetizado en tu nombre, y en tu nombre expulsamos demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Pero entonces yo les diré claramente: Nunca os conocí; apartaos de mí, vosotros que obráis el mal.

Hemos terminado el Sermón, puesto que hemos llegado el punto ya comentado en Lucas, que cierra ambos discursos: *El que escucha mis palabras edificará su casa sobre roca.*

XXV

LOS MERCADERES EXPULSADOS DEL TEMPLO

*18 de abril de 1947.
Calle Saint-Paul.*

VOLVEREMOS hoy al Evangelio de Juan después de nuestro largo viaje por los otros tres. Este Evangelio, por lo demás, habrá de llevarnos de nuevo a los otros. Habíamos quedado en las Bodas de Caná, o sea en el comienzo de la prédica.

Después de lo cual, Jesús va a Cafarnaúm, donde permanece «no muchos días». Y después sube a Jerusalén, en tiempo de Pascua. II, 14: *Y halló en el templo gente vendiendo bueyes, y ovejas, y palomas, y a los cambistas sentados. Y haciendo un látigo de cuerdas trenzadas, los echó a todos del templo, y las ovejas, y los bueyes, y arrojó por tierra el dinero de los cambistas, y derribó las mesas. Y dijo a los que vendían las palomas: Quitad esto de aquí, ¡no hagáis un mercado de la casa de mi Padre!. Y se acordaron los discípulos que está escrito: «El celo por tu casa me devora». Y los judíos le preguntaron: ¿Qué señal nos muestras para poder actuar así? Jesús les respondió, y dijo: Destruid este templo, y en tres días lo levantaré. Los judíos le dijeron: ¿En cuarenta y seis años fue he-*

cho este templo, y tú lo levantarás en tres días? Mas El hablaba del templo de su cuerpo. Y cuando resucitó de entre los muertos, se acordaron sus discípulos que que había dicho eso, y creyeron en la Escritura y en la palabra que dijo Jesús.

Los otros Evangelistas relatan este mismo episodio, mas lo sitúan en otro momento de la vida de Jesús: precisamente el día de Ramos o el siguiente. Os leeré los otros tres relatos semejantes a éste.

Mateo XXI 12: *Y entró Jesús en el templo de Dios y echaba fuera todos los que vendían y compraban en Templo; y volcó las mesas de los banqueros, y las sillas de los que vendían palomas. Y les dijo: Escrito está: Mi casa, casa de oración será llamada; mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones.*

Marcos XI, 15: *Vienen pues, a Jerusalén. Y habiendo entrado en el templo comenzó a echar fuera a los que vendían y compraban en el templo; y volcó las mesas de los banqueros, y las sillas de los que vendían palomas. Y no consentía que ninguno transportase mueble alguno por el templo; Y les enseñaba diciendo: ¿No está escrito: mi casa, casa de oración será llamada por todas las gentes? Mas vosotros la habéis convertido en cueva de ladrones.*

Lucas XIX, 45: *Y habiendo entrado en el templo comenzó a echar fuera a todos los que vendían y compraban en él, diciéndoles: Escrito está: Mi casa, casa de oración es. Mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones. Y cada día enseñaba en el templo. Mas los príncipes de los sacerdotes y los escribas y los principales del pueblo, le querían matar; pero no sabían como hacerlo, porque todo el pueblo estaba pendiente de él, escuchándole.*

Lo primero que nos impresiona, lo primero que nos preguntamos al leer este episodio es: ¿Qué se ha hecho de la no violencia de Jesucristo? Pero es que nos hacíamos de la violen-

cia y de la no violencia ideas perfectamente falsas si creíamos que la no violencia consiste únicamente en pronunciar palabras untuosas y en hacer ademanes corteses y en bendecir a derecha e izquierda para que a nuestra vez nos bendigan. La no violencia es un arma de ataque y también un arma de defensa; y la caridad puede traducirse mediante el azote y también mediante el beso. No hay en esta actitud de Cristo ninguna forma de violencia si violencia significa infracción a la ley por pasión, interés o ceguera. Al anudar los siete nudos en la cuerda Jesucristo estaba sereno sin duda. Y la fuerza de su actitud está sostenida por su impasibilidad interior. ¿Habéis visto el fresco italiano que representa esta escena? Los banqueros caen de nariz en tierra, las palomas ligadas de a dos echan a volar, las mesas y los escabeles se derriban. Y Cristo avanza en medio de esta ruina de cuerpos; sus vestiduras forman hermosos pliegues, tiene un brazo alzado y su rostro es de un óvalo perfectamente liso, semejante al rostro de Buda en meditación. Creo que ese fresco está en San Geminiano, o quizá en la iglesia de los Servi, en Siena, o quizá no exista. Pero de todos modos lo he visto.

No es un arrebato de malhumor lo que mueve al Profeta; no es uno de esos arrebatos de malhumor que pueden llamarse noble indignación: es una enseñanza, y las enseñanzas de Cristo, como hemos visto, nos llegan por medio de palabras, y mucho más por medio de gestos, y de obras, y aún de milagros. Cada uno de sus pasos, cada una de sus palabras es una enseñanza. Y este gesto es una enseñanza cuya importancia no ignora ninguno de los Evangelistas, ya que uno la sitúa en el principio mismo del ministerio de Cristo y los demás en el fin. Lo cual no es sino la misma cosa, y significa: esto es

importante, esto está ligado a lo más secreto de su doctrina.

¿Dónde está la no violencia de Cristo en esta acción? O más bien: ¿dónde está su caridad? Y mejor aún: ¿dónde está su justicia? Jesús entró en el Templo y encontró en él a los vendedores *sentados* como dice poderosamente el texto: *sentados y bien sentados, instalados y bien instalados, gozando de todo su derecho para meterse allí dentro*. Porque si no hubiesen tenido derecho, los sacerdotes y sacrificadores los habrían expulsado. Su presencia formaba parte de todo un sistema secularmente establecido. Y al cabo esos vendedores no hacían ningún mal: ahorran a los compradores la fatiga de ir a comprar las palomas, los corderos, las víctimas del sacrificio en las tiendas situadas al otro lado del templo, más allá de los grandes patios, más allá de las empinadas escaleras. Y si Cristo dice: «Vosotros la habéis hecho cueva de ladrones», no indica que no fueran mercaderes honrados. Es muy probable que fueran mercaderes muy honrados, que no robaran a los compradores más que los tenderos de Saint-Sulpice. Lo que no era honrado, lo que era intolerable era su presencia en ese lugar. «Pero... tengo derecho. —Pero, pero si tengo permiso... — ¡Fuera de aquí!». Es todo. Esa no es la justicia de los hombres: es la justicia de Dios, sin disputas ni razonamientos. Es la justicia que cae como el rayo. «Salid, retirad de aquí estas inmundicias, retirad este dinero y sobre todo retiraos vosotros mismos. No transportéis nada, no aumentéis el desorden». En los templos de la India aún podemos encontrar a los mercaderes *sentados*, y también en nuestras iglesias, entre los cirios y la pila del agua bendita, frente a una modesta mesa. En todas las iglesias pueden verse muchos mercaderes; y los sacerdotes los protegen y armonizan con ellos. Y en ocasiones los reemplazan.

El sacrificador se indigna al ver que Jesús se atreve a expulsar a los mercaderes. «Perdón, señor: ¿qué derecho tiene usted? Somos nosotros quienes cuidamos del templo. ¿Quién le ha dado a usted atribuciones? ¿Qué señas nos da usted de su autoridad?». Y la respuesta: Destruid este templo y lo reconstruiré en tres días. Pero él hablaba del templo de su cuerpo, dice el Evangelista. Y por eso sus discípulos, recordando sus palabras después de la resurrección, creyeron en él. Sí, habla del templo de su cuerpo, pero también habla del templo de Jerusalén. En el Evangelio, un sentido no impide que otro sentido atraviese las mismas palabras y las mismas sílabas. Y en efecto, el templo fue destruido y reconstruido, más amplio y alto, por obra de quien había expulsado a los mercaderes. Tal es la seña de quienes tienen derecho para erigirse en jueces de una tradición religiosa; y sólo pueden hacerlo cuando dan la seña. Solamente el espíritu puede investiros de semejante autoridad, solamente el espíritu puede hacerlos jueces. El espíritu, que sopla donde quiere, como dirá algo después este mismo Evangelio de Juan.

Éste es el momento más oportuno para recordarlo, puesto que hoy las gentes y diarios mis innobles rebosan de injurias contra la Iglesia, puesto que no hay reformador social o cosa por el estilo, así sea un minúsculo autor de panfletos, que no se erija en juez y salpique las ropas de los sacerdotes. ¿Qué seña nos dan? ¿Qué han construido o reconstruido? ¿Acaso el templo de su cuerpo? ¿Acaso surgirá de ellos una nueva Iglesia? ¿Lo creen ellos mismos? ¿Qué ha surgido del racionalismo de los últimos siglos, qué surgirá, qué podrá surgir del existencialismo? Una palabra que se pega a los labios y le cuesta salir. ¿Acaso sopla sobre ellos o por medio de ellos ese espíritu que

sopla donde quiere? No creo que muestren las señas, no creo que sus críticas tengan el poder de hacer que algo renazca, de enderezar algo, de aclarar a alguien. Su violencia no es impasibilidad, sus violencias calculadas o apasionadas provienen de la ceguera, provienen de la confusión de los planos, provienen de que razonan acerca de las cosas santas con argumentos profanos, provienen sobre todo de que se justifican. Desean justificarse porque han prescindido del culto público debido a Dios. Es fácil encontrar que ese culto no es digno de sus altos pensamientos ni de sus puros sentimientos; que la familia humana que rinde ese culto no es digna del Dios que adora, de la enseñanza que transmite; que los sacerdotes son ignorantes y mentirosos. Y asimismo, puesto que todo es agua para su molino, pueden invocar el ejemplo de lo que acabamos de leer y decir: ¿Acaso el propio Cristo no se armaría de un látigo si volviera, y no arrojaría a los mercaderes sentados en medio del templo? Los mercaderes son todos aquellos que transforman la casa de oraciones en lugar de ganancias. Pueden estar frente a la mesilla, junto a la pila del agua bendita; pueden sentarse en el sillón, junto al altar, con la mitra en la cabeza. Todos los que entran en el templo en pos de riquezas o de honores o de tranquilidad o de seguridad, todos los aprovechadores son mercaderes del templo. Y a todos los expulsa o habrá de expulsarlos Jesús, vivos o muertos. Pero a él, solamente a él corresponde distinguirlos y expulsarlos. Solamente a él, o quien pruebe con seña decisiva que viene en su nombre.

Quien no es profeta debe resignarse a la mediocridad de los hombres; debe evitar las actitudes más grandes que él y que recaerían sobre él; debe guardarse de formular juicios que su cabeza no puede contener. Midamos nuestras revueltas

según nuestra certeza de estar en la verdad. Y aún cuando tengamos dicha certeza, pensemos si tenemos la autoridad requerida para juzgar. San Francisco, un verdadero reformador de la Iglesia, uno de esos que realmente vieron el mal y lo corrigieron en sí y a su alrededor, nunca tuvo una palabra de ira contra los escándalos de la Iglesia de su época. Durante mucho tiempo, señalado ya por la santidad, rechazó las órdenes porque se consideraba indigno del sacerdocio. Y cuando encontraba en su camino a un monje o a un cura, se arrodillaba frente a él y le pedía la bendición, suponiéndole una santidad de que carecía. Con esa arma poderosa hizo más que todas las críticas posibles: hizo que el hombre falto de santidad se llenara de vergüenza ante el homenaje y tratara de llenar el vacío que le obligaban a sentir en su interior.

No avanzaremos más por hoy. ¿Tenéis alguna pregunta que hacerme?

ALGUIEN: La no violencia de Gandhi, ¿es de la misma especie?

RESPUESTA: Si, de la misma especie, y más ruinosa aún para la mesa de los banqueros y para los mercaderes sentados.

XXVI

NICODEMO

*25 de abril de 1947.
Calle Saint-Paul.*

REANUDARÉ nuestra lectura donde la habíamos dejado. Estábamos en el capítulo III de san Juan. Leo el texto:

Y había entre los fariseos un hombre llamado Nicodemo, magistrado de los judíos. Este hombre fue a ver a Jesús de noche, y le dijo: Rabbi, sabemos que eres maestro venido de Dios; porque ninguno puede hacer estos milagros que tu haces, si Dios no estuviese con él. Jesús respondió, y le dijo: En verdad, en verdad te digo, que no puede ver el reino de Dios, sino aquel que renaciere de nuevo. Nicodemo le dijo: ¿Cómo puede un hombre nacer, siendo viejo? ¿Por ventura puede volver al vientre de su madre, y nacer otra vez? Y Jesús respondió: En verdad, en verdad te digo, que no puede entrar en el reino de Dios, sino aquel que fuere renacido de agua y de Espíritu Santo. Lo que es nacido de carne, de carne es; y lo que es nacido de espíritu, espíritu es. No te maravilles, porque te dije: Os es necesario nacer otra vez. El viento sopla donde quiere; y oyes su sonido, mas no sabes de dónde viene, ni adónde va. Así ocurre con todo aquel que nace del

Espíritu. Respondió Nicodemo, y le dijo: ¿Cómo puede hacerse esto? Respondió Jesús, y le dijo: ¿Tu eres maestro en Israel, y esto ignoras? En verdad, en verdad te digo, que lo que sabemos eso hablamos, y atestiguamos lo que hemos visto, pero vosotros no aceptáis nuestro testimonio. Si os hablo de cosas terrenas y no las creéis, ¿cómo vais a creer cuando os hable de las celestiales? Y nadie ha subido al cielo sino el que ha descendido del cielo, el Hijo del Hombre. Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así también es necesario que sea levantado el Hijo del Hombre. Para que todo aquel que crea en él tenga vida eterna. Porque de tal manera amó Dios al mundo, que dió a su Hijo unigénito para que todo aquel que crea en él no perezca sino que tenga vida eterna. Porque no envió Dios su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él. Quien en él cree, no es juzgado; más el que no cree ya ha sido juzgado; porque no cree en el Hijo Unigénito de Dios. Mas éste es el juicio: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz; porque sus obras eran malas. Porque todo hombre que obra mal aborrece la luz, y no se acerca a la luz para que sus obras no sean reprendidas; Mas el que obra verdad viene a la luz, para que se vean sus obras, porque son hechas en Dios.

He aquí el drama. El drama que se prolongará durante toda la vida de Jesús: es el encuentro del Inspirado con el Autorizado. Y vosotros sabéis cómo acaba este drama. Acaba con la condena y la muerte ignominiosa del Inspirado. El que está directamente inspirado por Dios habla en nombre de Dios y no se preocupa de los hombres. Y va a dar contra quienes custodian una tradición como si fuera un patrimonio. Estos últimos no tienen en sí la luz y toda su autoridad proviene de que otros, antes que ellos, tuvieron esa luz. Y de que su función es conservar el recuerdo, es prolongar y difundir en la medida

de las posibilidades humanas los buenos resultados, los beneficios y las bendiciones de ese recuerdo. Pero de pronto surge un nuevo Inspirado que trastorna sus hábitos, y conmueve los fundamentos de su autoridad, y los inquieta y fastidia infinitamente. Y la batalla, si no es inevitable, por lo común acaba estallando. Ya sabemos, en el caso de Cristo, cómo estalló y cómo terminó.

Esta vez no es uno de esos autorizados obstinados orgullosos y pérfidos el que acude ante Jesús. Es sencillamente un débil. Este príncipe de los sacerdotes sabe muy bien que la luz está de parte del recién llegado, pero sólo de noche se atreve a abordarlo. Teme a sus colegas. Acude, pues, de noche y le dice: Sé que eres un doctor enviado de Dios, porque no podrías hacer los milagros que haces si Dios no estuviera de tu parte. Y la respuesta de Jesús es hartamente asombrosa, ya que le dice sin vacilar: «En verdad, en verdad te digo, que no puede entrar en el reino de Dios, sino aquel que renaciere de nuevo». Una muestra del estilo elíptico y enigmático del Evangelio. El nexo lógico es fácil de restablecer, sin duda: sólo falta una frase desagradable con respecto al príncipe de los sacerdotes. Esta frase es, poco más o menos, la siguiente: Sin duda, soy un doctor enviado de Dios, pero tú, pobre amigo mío, nada puedes saber de ello, ya que no tienes en ti la medida para juzgar lo que es de Dios y lo que no es de Dios. Algo te falta para ello: nacer por segunda vez.

— ¿Cómo es posible nacer de nuevo?— pregunta el príncipe de los sacerdotes.

Y Jesús no le da la respuesta. Contesta con un reproche: ¿Eres doctor en Israel e ignoras estas cosas? ¿Te consagraste a la instrucción de los demás y no sabes el A B C? Sí, renacer de

agua y de espíritu, ha dicho Jesús. Y ambas palabras deben entenderse en dos sentidos. Primer sentido: renacer de agua, o sea ritualmente, mediante la purificación ritual. Y de espíritu, o sea mediante la vitalización real o espiritual. Segundo sentido: renacer de agua mediante una purificación humana, mediante un trabajo ascético y voluntario, mediante la práctica de la virtud y los ejercicios espirituales. Y renacer de espíritu, o sea renacer en la Gracia, por efecto de la misericordia del Todopoderoso, el único que puede conceder frutos infinitos con esfuerzo finito y frutos celestes con esfuerzo humano y natural.

Tres métodos existen para preparar el renacimiento y la vida nueva, una nueva vida y un ser nuevo en nosotros, un ser compuesto de alma y cuerpo, un alma nueva y un cuerpo nuevo, ese segundo cuerpo que, según está escrito, resucitará al fin de los tiempos. Existe en nosotros, existe en todos nosotros, pero en estado de simiente, de huevo, acaso de gelatina. Es preciso que nazca y adquiera forma el segundo cuerpo. Un cuerpo es una forma y un sistema de sentidos, es un instrumento del alma. Un alma nueva necesita un cuerpo nuevo. Un alma nueva puede obtenerlo por la plegaria, si Dios quiere concedérselo como el sol concede vida al grano de trigo. Pero el cuerpo se forma por obra del ejercicio. El ejercicio, o sea el esfuerzo de concentrar el espíritu, libera el corazón, despoja y supera los deseos. El ejercicio tiene por resultado la formación, en nuestro interior, de una densidad que no teníamos en estado natural: un cuerpo que ya no es gelatinoso e informe, sino conformado, poderoso, capaz de revelarse hasta en el mundo de los cuerpos visibles. Pero ya ha nacido cuando se revela a quien lo posee.

El que posee este cuerpo espiritual posee, asimismo, sentidos espirituales. Cuando habla de cosas espirituales, no habla de lo que ha aprendido o leído, mas da testimonio de lo que ha visto, como dice nuestro texto. El que posee un cuerpo espiritual no juzga el bien y el mal según la doble lista que le inculcaron de niño ni de acuerdo a las normas de las gentes. Para él, el mal apesta. Para él, la verdad tiene un resplandor, una solidez de diamante. Puede tocarla. Puede palparla. Y la justicia es un objeto hermoso, pues existen ojos para ver la luz, existen oídos para escuchar las armonías de la bondad.

Este cuerpo no se forma sin esfuerzo, pero el esfuerzo no es lo único que lo forma. Este cuerpo aspira a recibir el soplo de la vida. Clama por ese soplo, por ese soplo vivificador, por ese soplo que viene de lo alto. No siempre lo recibe, ni siquiera necesariamente cuando lo pide. Pero si estando ya formado lo recibe, puede conservarlo. Mientras que si no se ha formado ese cuerpo espiritual, la gracia cae sobre el alma como el agua en un vaso roto. La gracia recae sobre la vida de casi todos los hombres un día u otro, lo cual puede ser peor que si no cayera. Porque entonces agosta nuestra vida y la llena de tristeza y hace que nuestras faltas sean dos veces culpables. Temed la Gracia que viene y no ha de volver. No os contentéis, pues, con pedir gracias, siquiera espirituales. Preparaos para un esfuerzo constante y que dure la vida entera; preparaos a convertirlos en vaso y receptáculo capaz de conservar las gracias y devolverlas.

Esta es la primera verdad formulada en el comienzo del discurso de Nicodemo. Pero este discurso contiene una segunda verdad, y el paso de la una a la otra está señalado en el duodécimo versículo: Si no me creéis cuando os hablo de

cosas terrenas, ¿cómo vais a creer cuando os hable de las cosas celestes? Pues cuando hablábamos del cuerpo nuevo y del alma nueva, seguíamos hablando del hombre. Y ésta es, por tanto, la segunda parte, puesto que hasta ahora no hemos hablado más que de cosas terrenas, aunque hayamos descrito el cuerpo y el alma espirituales. Llega ahora la revelación sobre las cosas celestes, y esta revelación es semejante a la primera. La primera revelación nos enseña que el hombre debe crearse un hijo desde el fondo de sí mismo; existe en medio del Ser un Ser hijo de Sí Mismo, un Ser del Ser, un Corazón del Corazón, un Espíritu del Espíritu: el Nuevo Hombre. Y es a ese Hombre al que se ha prometido vida eterna. Ese Hombre será hecho hermano del Hijo, hijo de Dios. Ahora bien, en su reino de luz, el Dios eterno e impasible, el Dios infinitamente grande, *amó tanto al mundo que le dió a su Hijo único, y su Hijo Único es Dios Mismo*. Dios Mismo se dió a Sí Mismo por este mundo ínfimo: Él, que de nada ha menester. Esta es la segunda y sublime revelación del discurso a Nicodemo: para formar y para llevar su cuerpo espiritual, para realizar su destino de hombre, el hombre debe darse, debe entregarse, debe sacrificarse, debe trabajarse lentamente, o darse de una sola vez en el martirio. Pero por su parte, Dios no recibe la ofrenda como un tirano recibe el homenaje de los pueblos que desprecia. Dios no se ha instalado en lo alto sobre un trono orgulloso desde el cual arroja sobre los desdichados humanos una lluvia de desgracias, o de venturas, cuando su vanidad ha sido halagada por las alabanzas de los fieles. No. Y únicamente el que tiene ojos para ver y oídos para oír, el que toca y ve las cosas espirituales está autorizado a decirlo, pues ése lo sabe. Dios se hizo víctima del sacrificio y responde al sacrificio del hombre

con su propio sacrificio. Si existe un amor del hombre hacia Dios, también existe un amor de Dios hacia el hombre, cosa que el Inspirado debe revelar, pues ni es evidente de por sí, ni la lógica puede descubrirla, ya que no hay nada que permita deducirla a quien razona, ya que nadie puede explicarla a quien vive la vida exterior, ya que es una especie de inmensa, sublime locura.

dió a los discípulos, y los discípulos a las gentes. Y comieron todos, y se saciaron. Y llenaron con las sobras doce cestos. Y el número de los que comieron fueron cinco mil hombres sin contar mujeres y niños.

Este relato se repite con términos poco más o menos idénticos en los cuatro Evangelistas (Marcos, VI, 31, Lucas, IX, 3, Juan, VI, 10). No siempre tenemos la suerte de encontrar tan perfecta unanimidad en cuanto a las circunstancias y detalles de un acontecimiento. En los cuatro Evangelistas figuran cinco panes y dos peces. Después, una o dos páginas más adelante, en Mateo, XV, 32: *Mas Jesús llamando a sus discípulos dijo: Tengo compasión de estas gentes pues llevan ya tres días conmigo, y no tienen qué comer, y no quiero despedirlas en ayunas porque no desfallezcan en el camino. Y le dijeron los discípulos: ¿Cómo podremos hallar en este desierto tantos panes que hartemos tan grande multitud de gente? Y Jesús les dijo: ¿Cuántos pones tenéis? Y ellos dijeron: Siete, y unos pocos pececillos. Y mandó a la gente recostarse sobre la tierra. Y tomando los siete panes y los peces, rezó la acción de gracias, los partió y los dio a sus discípulos, y los discípulos los dieron a la gente. Y comieron todos y se hartaron. Y de los pedazos que sobraron llenaron siete cestas. Y los que comieron fueron cuatro mil hombres sin contar los niños y mujeres.*

Este relato se repite aproximadamente en Marcos, VIII, 1, donde también se habla de siete panes, algunos peces, cuatro mil hombres y siete cestos de sobras. Este es el milagro o signo (como dicen los latinos y los griegos). Un milagro no tiene ninguna relación con un prodigio de prestidigitación o con los encantamientos de un hechicero. Un milagro es un signo y tiene su significado; un milagro es un hecho extraordinario cuyo objetivo es difundir la enseñanza. Es además un lenguaje profético que en la vida de Jesús anuncia el signo capital y

XXVII

LA MULTIPLICACIÓN DE LOS PANES

*2 de mayo de 1947.
Calle Saint-Paul.*

HABLAREMOS hoy de la multiplicación de los panes.

Los Evangelios nos dan no menos de cuatro versiones de este milagro. En efecto, ignoro si vosotros, ¡oh, lectores asiduos del Evangelio!, habéis reparado en esto: dos Evangelistas nos hablan de dos multiplicaciones de panes, mientras que los restantes sólo nos refieren la primera.

Leeré el texto de Mateo, XIV, 13: *Y cuando desembarcó vio una gran multitud de gente, y tuvo compasión de ellos, y sanó a los enfermos de entre ellos. Y venida la tarde se acercaron a él sus discípulos y le dijeron: Desierto es este lugar y la hora ya es pasada: despacha a las gentes, para que vayan a las aldeas y se compren comida. Y les dijo Jesús: No tienen necesidad de irse; dadles vosotros de comer. Le respondieron: No tenemos aquí más que cinco panes y dos peces. Jesús les dijo: Tráedmelos acá. Y habiendo mandado a la gente, que se recostase sobre el heno tomo los cinco panes y los dos peces y alzando los ojos al cielo bendijo y partió los panes, y se los*

último, la suma de todos sus milagros, de todos sus signos y todas sus enseñanzas: la Pasión, la Resurrección y la Cena, o distribución de sí mismo entre los hombres para la salvación de muchos hombres.

Que es cierto lo que os digo, puedo probarlo citándoos a Mateo, a Marcos y también a Lucas.

En Mateo por ejemplo, capítulo XVI, 5, leo: *Y pasando sus discípulos a la otra ribera se habían olvidado de llevar pan. Jesús les dijo: Mirad, y guardaos de la levadura de los fariseos y los saduceos. Mas ellos comentaban entre sí: Es que no hemos traído pan. Y Jesús dándose cuenta de ello, les dijo: Hombres te poca fe, ¿por qué estáis ahí debatiendo que no tenéis pan? ¿No comprendéis aún, ni os acordáis de los cinco panes para cinco mil hombres y cuántos cestos recogisteis? ¿Ni de los siete panes para cuatro mil hombres y cuantas cestas recogisteis? ¿Cómo no comprendéis que no me refería al pan cuando os dije: Guardaos de la levadura de los fariseos y de los saduceos?. Y vosotros, ¿os habéis quedado sin comprender?, ¿o sabéis, acaso, de qué habla Jesús y podéis responder? ¿De qué habla Jesús? Lo que os he leído está en Mateo.*

Y en Marcos VIII, 17: *¿Tan ciegos estáis? ¿Teniendo ojos no veis?, ¿y teniendo orejas, no oís? ¿No os acordáis de cuando repartí cinco panes entre cinco mil personas?, ¿ni cuántos cestos llenasteis de sobras? Doce, le respondieron. ¿Y cuando repartí siete panes entre cuatro mil?, ¿cuántas cestas de restos recogisteis? Siete le dijeron. Y les decía: Pues, ¿Cómo no entendéis aún?. Y por mi parte agrego: ¿comprendemos nosotros?*

Ninguna explicación ulterior nos ha llegado. Pero disponemos de bastantes datos para comprender que cuando Jesús habla de la levadura de los fariseos no piensa en panes. Y asimismo, cuando Jesús hace un milagro con panes, hemos de ver

otra cosa que panes en ello. Y este enigma, el último que he leído, nos indica que la clave del problema está en la consideración de los números citados aquí. *Tratase de una especulación matemática*, como las que practicaban los rabinos de la Cábala, los discípulos de Pitágoras y en general todos los sabios. Pues *matemáticas* no significa práctica y ciencia del cálculo, sino contemplación de los Números y de su significación. Para resumir, veamos cómo se plantea este problema de matemáticas. No hago más que repetir las palabras de Jesús: Cinco panes y algunos peces divididos por cinco mil dan doce cestos. Siete panes y algunos peces divididos por cuatro mil dan siete cestos. ¿Estamos sordos y ciegos, no tenemos memoria? ¿Tenemos el corazón de piedra? ¿O comprendemos?

Pero es necesario plantear un problema previo que atañe al objeto del milagro: el pan y el pescado. Procuremos aclarar primero el objeto; después procuraremos comprender por qué el milagro se repite dos veces y cuál es la significación de ambos milagros.

Con respecto al pan, poco nos costará dar con su significado. Ya hemos encontrado muchas veces este símbolo. En Juan, y no muy lejos del primer milagro de la multiplicación, leemos (capítulo VI, 26): *Jesús les respondió, y dijo: En verdad, en verdad os digo: Me buscáis, no por las señales que visteis mas porque comisteis pan hasta que os saciasteis. Trabajad no por la comida que perece mas por la que permanece para vida eterna, la que os dará el Hijo del hombre. Pues él es a quien señaló Dios el Padre. Poco más adelante dicen los discípulos: Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito: Pan del cielo les dió a comer. Y Jesús les dijo: En verdad, en verdad os digo: No os dió Moisés pan del cielo; mi Padre es quien os da el pan verdadero del cielo. Porque*

el pan de Dios es aquel que descendió del cielo, y dio vida al mundo. Ellos pues, le dijeron: Señor, danos siempre este pan. Y Jesús les dijo: Yo soy el pan de vida: el que a mí viene nunca tendrá hambre, y el que cree en mí jamás tendrá sed. Palabras claras, proféticas, que como os decía anuncian la Pasión, la Resurrección y la Cena. El pan que proviene del trigo, especie solar de los vegetales, unión íntima de la tierra y de la luz, se convierte en verdadero alimento para el cuerpo primero y el cuerpo segundo: el cuerpo espiritual y glorioso. El pan simboliza y encierra, cuando está debidamente consagrado, esa fuerza mediante la cual todo vive y vegeta, mediante la cual todo vive en la carne y el espíritu.

¿Y los peces? Este símbolo es menos frecuente. El pez es también el signo de Cristo. Lo encontramos en todos los monumentos antiguos y era una señal de alianza secreta entre los cristianos. Se dice, exteriormente e incompletamente, que la palabra griega *Ichthys*, que significa pez, contiene las letras de Jesús Christos Theu Uíós Sóter, o sea Jesucristo, el Hijo de Dios, el Salvador. Hay otros motivos que explican la adopción de este símbolo. En general, en cada símbolo se entrecruzan numerosos sentidos. El pez, en las religiones antiguas cuyas significaciones y ornamentos pasaron al cristianismo, es el signo de uno y otro sexo. Venus era simbolizada por un pez. Por eso aún hoy los cristianos comen pescado los viernes, día de Venus, costumbre que los gentiles observaban mucho antes del advenimiento de Cristo. Y Cristo es por así decirlo la conjunción secreta del Creador y la criatura, el acto de engendrar, el paso de la simiente. Y algún texto de los Padres dice que Cristo es «*Sperma Patris*». El pez significa el espíritu del agua o el espíritu que penetra en las aguas, el espíritu de las pro-

fundidades. El pez acorazado de escamas y de luz, que vive en las profundidades con su vivacidad fulgurante, representa el descendimiento del Espíritu en la Creación. Y la primera encarnación —y digo bien *encarnación*— de Vishnú, dios hindú, tiene lugar en el pez. Es preciso agregar que el nacimiento de Cristo coincide con el comienzo de la era de los Peces, y por ello conocieron sin duda los Magos la natividad. Por todos estos motivos, el pez representa a Cristo. ¿Por qué dos peces? Debemos ver en ello una alusión a la dualidad masculina y femenina de toda la naturaleza creada.

El milagro representa, pues, el don de sí mismo que el Salvador del mundo se dispone a hacer dolorosamente y en su propia carne. Se expresa de antemano mediante el milagro de los panes y los peces, como mediante el milagro del vino durante las bodas de Caná. Mas, ¿por qué dos milagros? En el primero, como hemos visto, se habla de cinco panes, de cinco mil hombres y de doce cestos de sobras. Cinco es el Número del Hombre, es —como el Pez— el signo de Venus: la conjunción del masculino *tres* y del femenino *dos*. Y lo masculino y lo femenino coinciden en todo hombre y toda mujer, aunque en proporciones diferentes. Los *cinco mil* hombres representan el número *cinco* o número del hombre y los *cinco* panes significan que hay en el pan divino un elemento, una virtud para responder a cada una de las virtudes, a cada uno de los elementos del hombre. Y los doce cestos de sobras significan que cuando esas virtudes se han multiplicado en otros tantos hombres como puedan encontrarse para aprovechar plenamente del don, aún resta con qué proveer, alimentar y sostener toda la Creación, puesto que el número *doce* es el número del círculo, del cielo, de los ciclos de la historia. Y los cestos que al fin del

milagro aparecen en número mayor que los simples panes del principio son el signo de la ofrenda. *Hay doce cestos llenos*: o sea que con las virtudes divinas que no pude absorber quien participa del divino Banquete todavía resta con qué difundir la Gracia sobre todas las criaturas.

Estudiemos ahora el segundo milagro, en que se habla de siete panes, de cuatro mil hombres y de siete cestos de sobras. Habéis observado que el relato del segundo milagro es casi idéntico al del primero; que Jesús empieza por *compadecerse* de quienes se encuentran junto a él. Pero en el segundo milagro hay un detalle que merece ser destacado. En el primer milagro, o al menos en una de sus versiones, se dice: «y Jesús tuvo compasión de ellos, porque eran como ovejas que no tienen pastor». En el relato del segundo milagro encontramos: «llevan ya tres días aquí». Durante tres días esa multitud de hombres estuvo junto a Jesús en el desierto. Y no se había cuidado de comer y de beber. Y es Jesús quien piensa en ellos y en sus necesidades: no son ellos quienes se preocupan de satisfacerlas. Hay en todo esto algo más que en el primer milagro: no se trata sencillamente de un rebaño sin pastor, como es el hombre común. Se trata ya de un rebaño que ha encontrado a su pastor y lo ha escogido y le sigue y le prefiere a sí mismo, y en el que cada uno olvida su persona y sus necesidades para mantenerse a su lado. Y los números nos muestran que debemos trasladarlo todo a un plano superior, ya que siete es el número de la plenitud: siete son los dones del Espíritu Santo. Dicen los maestros de la Cábala y también los chinos que si *cinco* es el número del hombre natural, *siete* es el número del hombre espiritual. El primer milagro trata de los pecadores, de los que no tienen guía, de quienes vacilan y marchan tan-

teando y al azar: y el Salvador de los hombres se presenta ante ellos como un remedio, como una ayuda, como un suplemento de fuerzas para que subsistan, para que no se pierdan. El segundo milagro se dirige al hombre espiritual que ya está encaminado. Los *siete* panes representan el don del Espíritu y este don se dirige a *cuatro* mil hombres. El número *cuatro* es, por así decirlo, el cuerpo del número *siete* en el que *tres* forma la cabeza. El número *siete* es la conjunción de lo natural y lo espiritual; por ello es símbolo del hombre superior, mientras que el número *cinco* es la conjunción de lo masculino y lo femenino, o sea de dos oponentes que se encuentran en el mismo plano. Mientras que la conjunción que tiene lugar en el *siete* es vertical y existe desproporción entre ambos conjuntos, entre el *cuatro* natural y el *tres* espiritual y divino. Y cuando el *siete*, cuando los siete panes han sido distribuidos, divididos o mejor dicho multiplicados en los *cuatro* elementos naturales del hombre añadiéndoles ese elemento que no es humano; cuando el Espíritu ha llenado todas las copas que se han presentado para la bebida, aún *subsiste tal cual*, aún quedan *siete* cestos. Tal cual, puesto que el número que indica el sobrante es el mismo, y más rico y abundante todavía, ya que el *pan* se ha convertido en *cesto*. ¿Quiere alguien hacer preguntas?

UN VISITANTE: ¿Cree usted en la realidad del milagro?, ¿en la realidad del símbolo enunciado? ¿Es que hubo realmente siete panes y siete cestos de panes?

RESPUESTA: Para nosotros, los cristianos, todos los hechos que relata el Evangelio siguen siendo hechos, aunque sean simbólicos. Es muy importante señalar la diferencia específica entre una fe religiosa y una especulación filosófica. No exis-

te especulación filosófica en el Evangelio, gracias a Dios. El Evangelio nos ofrece una filosofía concreta. Por eso el Evangelio es el remedio de uno de los venenos de nuestra época: el de perdernos agitando ideas vacías, ideas abstractas, mientras buscamos la verdad únicamente con el Intelecto. Como todo texto religioso, el Evangelio no se dirige únicamente al intelecto ni a ninguna parte o función del hombre en especial. Por lo tanto, no podemos tratar de ver en él un disfraz simbólico de alguna doctrina filosófica. La simple lectura de los textos nos disuadirá de inmediato. Tampoco es el Evangelio un ímpetu del corazón, una especie de canto poético y sentimental. No es ninguna de esas cosas superficiales, puesto que es superficial toda aprehensión de las cosas en un plano único, ya sea el del intelecto o el del corazón. Es con su ser todo como el hombre ha de abordar las cosas para que el secreto de las cosas le sea revelado. Es con su cabeza, con su corazón, con su cuerpo como ha de encararlas. Para que un conocimiento sea profundo, es necesario que baje de la cabeza al corazón y del corazón al vientre. Ver la verdad con los ojos del intelecto especulativo es muy fácil; verla y saberla con las entrañas es cosa difícil y profunda, mas también eficaz y real. Por eso la enseñanza de Cristo nos llega principalmente por medio de hechos, porque la primera de sus enseñanzas es su nacimiento, porque la última de sus enseñanzas (o más bien la penúltima) es su muerte y porque de la una a la otra, todo el resto de sus enseñanzas se imparte en obras, milagros, gestos, palabras que son gestos y obras. Por eso tal enseñanza es un alimento. Y por eso puede decir de si mismo: «Yo soy el pan de vida», y por eso Jesús puede decir de los Puros y los Sabios: Desconfiad de su levadura. La levadura es lo que llena el pan de agujeros y

de aire. Y Lucas agrega: De su levadura, que es la hipocresía. Aún cuando no sea la hipocresía, el gran mal de los sabios, la levadura de los sabios consiste en estar vacíos y en no saber de qué hablan cuando hablan del conocimiento. Porque conocen las leyes morales, convencionales, escritas en tablas, enumeradas en listas, y saben de oídas las cosas que han aprendido; mas no hablan *de lo que han visto*, como se dice de los discípulos de Cristo. Y sobre todo no hablan *de lo que son*, como se dice del propio Cristo, puesto que la enseñanza de Cristo consiste en *ser*. Cristo es el Ser y nos enseña a ser. Por eso es importante saber y afirmar con firmeza que no son éstos meros símbolos fabulosos, pero sí *hechos simbólicos*.

XXVIII

LA MUJER SAMARITANA

*9 de mayo de 1947.
Calle Saint-Paul.*

TOMAREMOS hoy un pasaje de Juan IV, 5:

Vino pues a una ciudad de Samaria, que se llamaba Sicar, cerca del campo que dió Jacob a su hijo José. Allí estaba el pozo de Jacob. Jesús pues, cansado del camino, se sentó al borde del pozo. Era cerca de la hora sexta (mediodía) cuando vino una mujer de Samaria a sacar agua. Jesús le dijo: Dame de beber. (Porque sus discípulos habían ido a la ciudad a comprar de comer). Y aquella mujer samaritana le dijo: ¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mi, que soy mujer samaritana? Porque los judíos no tienen trato con los samaritanos. Respondió Jesús y le dijo: Si conocieses el don de Dios, y quien es el que te dice: Dame de beber, tu misma se lo pedirías a él y él te daría agua viva. La mujer le dijo: Señor no tienes con qué sacarla y el pozo es hondo, ¿como vas a conseguir el agua viva? ¿Por ventura eres tú mayor que nuestro padre Jacob, el cual nos dió este pozo, y bebió de él y sus hijos, y sus ganados? Jesús respondió y le dijo: Todo aquel que bebe de este agua, volverá a tener sed; mas el que

bebiere del agua que yo le dé nunca jamás tendrá sed, pues el agua que yo le dé, se hará en él un manantial que brotará hasta la vida eterna. La mujer le dijo: Señor, dame esa agua, para que no tenga sed, ni tenga que venir aquí a saciarla. Jesús le dijo: Ve, llama a tu marido y ven acá. La mujer respondió y le dijo: No tengo marido. Jesús le dijo: Bien has dicho no tengo marido. Porque cinco maridos has tenido y el que ahora tienes no es tu marido: esto has dicho con verdad. La mujer le dijo: Señor, veo que tú eres profeta. Nuestros padres adoraron a Dios en este monte, pero vosotros decís que es en Jerusalén donde es menester adorar. Jesús le dijo: Mujer créeme, que viene lo hora en que ni en este monte, ni en Jerusalén adorareis al Padre. Vosotros adoráis lo que no sabéis; nosotros adoramos lo que sabemos porque lo salvación viene de los judíos. Sí, viene la hora, y ahora es cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad. Porque esa clase de adoradores es la que el Padre busca. Dios es espíritu; y es menester que aquellos que le adoran le adoren en espíritu y con sinceridad. La mujer le dijo: Yo se que ha de venir el Mesías (el llamado Cristo); y cuando venga él nos explicará todas las cosas. Jesús le dijo: Yo soy, el que está hablando contigo. En esto, llegaron sus discípulos; y se maravillaban de que hablase con una mujer. Pero ninguno le dijo: ¿qué preguntabas?, o ¿por qué qué hablas con ella? La mujer, entonces, dejó su cántaro y se fue a la ciudad y dijo a aquellos hombres: Venid y ved a un hombre que me ha dicho todas cuantas cosas he hecho: ¿será este el Mesías? Salieron entonces de la ciudad y vinieron a él. Entretanto le rodearon sus discípulos, diciendo: Maestro, come. Jesús les dijo: Yo tengo para comer un manjar que vosotros no sabéis. Se decían entonces los discípulos unos a otros: ¿Le habrá traído alguien de comer? Jesús les dijo: Mi comida es hacer la voluntad del que me envió y que cumpla su obra. ¿No decís vosotros que aún hay cuatro meses hasta la siega?

Pues yo os digo: Alzad vuestros ojos y mirad los campos que están ya blancos para ser segados. Y el que siega, recibe jornal y recoge fruto para la vida eterna, de modo que se alegran juntos el que siembra, y el que siega. Porque en esto el refrán es verdadero: una cosa es sembrar y otra segar. Yo os he enviado a segar lo que vosotros no labrasteis; otros han hecho el trabajo y vosotros os aprovecháis de él. Muchos samaritanos de aquella ciudad creyeron en él por la palabra de la mujer, que atestiguaba diciendo: Me ha dicho todo cuanto he hecho. Por eso, los samaritanos que vinieron a él le rogaron que se quedase con ellos. Y se quedó allí dos días. Y creyeron en él muchos más al oírle hablar. Y decían a la mujer: Ya no creemos por lo que nos dijiste; porque nosotros mismos le hemos oído, y sabemos que éste es verdaderamente el Salvador del mundo.

Como de costumbre, el texto necesita explicaciones. Hay más de un salto de pensamiento y en el diálogo encontramos extraños virajes, giros que no esperábamos. Jesús pasa por Samaria. La Samaria es desde la antigüedad una tierra prohibida, una tierra de descreídos, de heréticos. Los judíos ortodoxos sostienen que sólo es válido el sacrificio hecho en Jerusalén. Por eso, todo el que se llamaba hijo de Israel, desde las cuatro rincones de Palestina y desde todas las tierras en que se habían instalado los hijos de Israel, acudía para celebrar la Pascua en Jerusalén, lo cual creaba un inmenso movimiento de peregrinos. En la institución de ese centro terreno de toda piedad, reside una idea grandiosa del Legislador, que quiere señalar y afirmar en cierto modo la unidad del pueblo elegido, del pueblo que es una familia, del único pueblo entre todos los pueblos donde familia y nación son la misma cosa. Y el legislador quiso señalar que esta reconciliación del pueblo consigo mismo debe obtenerse mediante el sacrificio solemne en

la Ciudad Santa. Y todo otro sacrificio en cualquier otro lugar está vedado a los hijos de Israel. Por eso ya no hubo sacrificio después de la destrucción del templo. Y hoy no hay templo para los israelitas; las sinagogas esparcidas por todas partes del mundo no son templos, sino apenas lugares de reunión y escuelas. Mientras el templo permanezca destruido no habrá sacrificio válido. Ahora bien, ya en los tiempos bíblicos ciertas tribus de israelitas, ciertos pueblos mezclados con los extranjeros pretenden erigir su propio templo o sacrificar sin templo en los Lugares Altos, o sea en la cumbre de las montañas. Cosa que los aparta de la comunidad y los condena a la maldición. Esta maldición está en ellos fuertemente impresa, como hasta hace muy poco la maldición de los intocables entre los hindúes. Un hombre de buenas costumbres y de pura observancia no quiere tener contacto alguno con esos extranjeros; sobre todo no ha de comer ni beber con ellos. Por eso a la mujer samaritana le sorprende que Jesús, un rabino judío, le diga sencillamente: «Mujer, dame de beber». ¿Cómo es posible, pregunta la mujer, que tú, un judío, me pidas de beber? Porque los judíos no quieren tener contacto con los samaritanos. Pero ambos interlocutores son algo más que un rabino judío y una samaritana de contacto vedado. Y la explicación que seguirá no es una mera respuesta, sino un salto del sentido y un paso a otro plano. La mujer samaritana es mujer e hija de Eva, caída en el pecado, y por tanto dos veces caída, puesto que los hombres la condenan. Y la mujer se encuentra ante el Hijo del Hombre y el Hijo de Dios. Y le sorprende que le pida de beber. Todas las mujeres (y toda la humanidad es mujer) pueden preguntarse por qué el Hijo del Hombre y el Hijo de Dios pide de beber; por qué consiente en fatigarse al borde de un camino,

en sentarse junto al pozo y en pedir de beber esa agua corruptible, esa agua humana. Y el Señor responde a la mujer: «Si conocieses el don de Dios, y quien es el que te dice: Dame de beber, tu misma se lo pedirías a él y él te daría agua viva». La mujer, desde luego, no entiende una sola de esas palabras y se inclina sobre el pozo y dice: «Señor no tienes con qué sacarla y el pozo es hondo, ¿como vas a conseguir el agua viva?». El Hijo de Dios se presenta a la humanidad desprovisto de todos los instrumentos del don y del sacerdocio; se presenta con las manos vacías, como un peregrino extenuado, como un peregrino menesteroso, como alguien que pide cuando en verdad es él quien puede darlo todo. Es cierto que si pide es para que le pidan. Quiere ser a la vez el que pide, el que recibe y el que da. No basta con dar, no basta con ser caritativo: el que da agiganta su grandeza mediante el don y aplasta sin quererlo a quien necesita y pide. Los grandes hombres dan y no quieren recibir, mas la grandeza de Dios es siempre más que grande: es tan humilde como generosa, es tan profunda como sublime. Por eso Dios no quiere sencillamente dar; por eso Dios pide, pide y exige, pide lo que en modo alguno necesita. No necesita de nuestros dones, de nuestras plegarias, de nuestros sacrificios, de nuestras alabanzas. Todo lo tiene, él mismo es todo. Y nosotros no somos nada y sólo podemos dar un poco de desorden, un poco de ilusión, de error y de inmundicia. Si Dios pide, si llega a exigir, si llega a exigir nuestra sangre, es por caridad, porque dar o creer que damos es cosa buena. Porque la caridad completa es una doble relación. Porque es una relación viviente y activa, es un intercambio de bienes y es una igualdad en el bien, por desiguales que sean ambos seres amantes. Eso es lo que os permitirá comprender el fin del

relato, cuando explica que quien recoge no ha sembrado, que quien siembra no recogerá, mas unos y otros se regocijarán en la siega.

«Todo aquel que bebe de este agua, volverá a tener sed; mas el que bebiere del agua que yo le dé nunca jamás tendrá sed, pues el agua que yo le dé, se hará en él un manantial que brotará hasta la vida eterna». La respuesta nos parece clara, pero no lo es tanto para la mujer samaritana, que dice: «Señor, dame esa agua, para que no tenga sed, ni tenga que venir aquí a saciarla». Lo cual demuestra que sigue creyendo obstinadamente que se trata de agua potable. «Ve, llama a tu marido y ven acá». Jesús sabe muy bien que la mujer no tiene marido. ¿A qué ese pedido, entonces? Para suscitar una toma de conciencia: ve a buscar a tu marido, o sea tu complemento. Eres la mitad de un ser, ven a mí con la otra mitad, ¡oh, mujer!. «No tengo marido», confiesa la mujer. «Bien has dicho no tengo marido —responde Jesús—, porque cinco maridos has tenido y el que ahora tienes no es tu marido». Sí, ¡oh mujer, oh alma!, has tenido cinco maridos, cinco complementos. Por medio de tus cinco sentidos te has aferrado a lo que es. Y los cinco sentidos te han engañado y decepcionado, y el que ahora tienes, el marido del placer y del pecado, el que no es marido, el *intelecto* to con que procuras aprehender la realidad total, no es un marido. Es hueco y sin sustancia, carece de vínculo legítimo con el alma, es una máscara y no puedes, no te atreves a ir en su busca para presentarlo al Hijo del Hombre. «Esto has dicho con verdad»: has visto la verdad de tu vacío. «Tú eres profeta», grita la mujer. Y la causa convencional de su reprobación vuelve a presentársele: la causa de la reprobación de todo su pueblo. Al creer que Jesús es profeta,

la mujer quiere obtener de él la explicación de esa condena y le dice: «Nuestros padres adoraron a Dios en este monte, pero vosotros decís que es en Jerusalén donde es menester adorar». «Mujer créeme —le responde Jesús—, que viene la hora en que ni en este monte, ni en Jerusalén adoraréis al Padre, sino en espíritu y en verdad». Y así vuelve a mostrarse profeta en el sentido histórico de la palabra: «adorarán a Dios en espíritu y en verdad». «Adorarán al Padre en espíritu y en verdad. Porque esa clase de adoradores es la que el Padre busca». El Padre pide tales adoradores y lo pide formalmente, con palabras explícitas y formuladas, y envía su palabra encarnada en un hombre para pedir tales adoradores, ya que Dios es espíritu y verdad y pide que lo adoren en espíritu y verdad, y el espíritu y la verdad no están ni en Jerusalén ni en la alto de una montaña, mas en el corazón del hombre, en el pozo profundo del que no se saca agua con el cubo. Pero en ese preciso instante Jesús pronuncia una frase sorprendente: «Vosotros adoráis lo que no sabéis; nosotros adoramos lo que sabemos porque la salvación viene de los judíos». En el instante mismo en que afirma que el lugar del culto no está en Jerusalén ni en parte alguna, en el instante en que proclama una religión de espíritu y de verdad —es decir, absolutamente universal—, en ese preciso instante afirma en presencia de una samaritana que la salvación viene de los judíos, los cuales condenan a los samaritanos. Él, el Cristo, que será condenado, que ya ha sido condenado por los judíos. ¿Qué significan esas palabras tuyas? Toda la discusión, como podéis ver, ha comenzado con este encuentro entre la samaritana y el judío. Mas la respuesta de Jesús no se vincula tan estrechamente a la exaltación del pueblo elegido como parecía al principio. Aún cuando no sub-

sistiera sobre la tierra un solo judío, la respuesta no perdería validez. Traducida a nuestro lenguaje actual, significa poco más o menos esto: la salvación no viene de quienes fundan pequeñas religiones ignorando cuál es el objeto de su adoración, ni más ni distinto a los sacerdotes de la religión tradicional. La salvación viene de los judíos, es frase que podemos traducir de este modo a nuestro español actual: la salvación vendrá de los católicos. La salvación no vendrá de los samaritanos, o sea de los profanos, los heréticos, los fundadores de sectas, los falsos profetas, los maestros heterodoxos. Vendrá de quienes son *ortodoxos*, de quienes se inclinan ante la Tradición, pero *comprendiéndola*. Durante toda su vida el propio Jesús dió ejemplo de esta sumisión a la Tradición. Todos los años, para la Pascua, subía a Jerusalén como lo prescribía la Ley y acudía al templo como lo hacía de niño. Y tenemos el recuerdo de su madre que sacrifica dos tórtolas para su purificación: la ofrenda de los pobres.

Si la religión cristiana se desgajó de la judía, no es por mandamiento de Jesús ni por voluntad deliberada de los discípulos de Jesús. Es porque los detentores de esa tradición los expulsaron. Y si ellos fundaron otra religión fue, por así decirlo, contra su propia voluntad; otra religión que, sin embargo, afirma ser la misma y se basa en los mismos libros sagrados y repite los mismos Salmos. De nada vale hacer reformas religiosas: con eso no conseguimos más que multiplicar las disensiones

En eso llegan los discípulos, que se habían marchado en busca de víveres. Ved el mismo asombro en los discípulos que en la mujer extranjera y de contacto vedado. «Yo tengo para comer un manjar que vosotros no sabéis. Señor, danos ese manjar», suplican los discípulos sin comprender, como la sa-

maritana cuando pedía: dame de esa agua. « Mi comida es hacer la voluntad del que me envió y que cumpla su obra ». Hacer la voluntad del que nos envió es un pan y un alimento, pues quien nos ordena hacer su voluntad nos da también las fuerzas para hacerla. Nos alimentamos con las fuerzas que consagramos a su servicio, pues las fuerzas que Dios pone en nosotros son una fuente de agua viva. Y un granero inagotable. Y ved cómo reaparecen en este relato los símbolos que ya conocíamos: el pan y el vino o el agua. Los dos símbolos de Cristo. « ¿No decís vosotros que aún hay cuatro meses hasta la siega? Pues yo os digo: Alzad vuestros ojos y mirad los campos que están ya blancos para ser segados. Y el que siega, recibe jornal y recoge fruto para la vida eterna, de modo que se alegran juntos el que siembra, y el que siega. Porque en esto el refrán es verdadero: una cosa es sembrar y otra segar ». ¿No veis que os hablo de una siega eterna que está pronta en cualquier hora? ¿Y no sabéis todavía de qué pan os hablo?

¿Tenéis alguna pregunta que hacerme?

UNA COMPAÑERA: ¿Por qué has dicho: Dios no necesita de nosotros?

RESPUESTA: Una necesidad es una falta. ¿Y qué puede faltar al Todopoderoso? Si quiere tener necesidad de nosotros es porque nosotros necesitamos que Él necesite de nosotros. Tal es su infinita delicadeza. Pone en nosotros la necesidad de recibir y también la necesidad de darle, a fin de que la caridad tenga dos caras, libre y viviente.

XXIX

EL SERMÓN EN LA BARCA

30 de mayo de 1947.

Calle Saint-Paul.

COMENTAREMOS hoy el relato en Mateo, XIII, 1: *En aquel día saliendo Jesús de la casa, se sentó a la orilla del mar. Y se llegaron o él muchas gentes, por manera que entrando en un barco se sentó; y toda lo gente estaba en pie a la ribera. Y les habló muchas cosas por parábolas, diciendo: He aquí que salió un sembrador a sembrar. Y cuando sembraba, algunas semillas cayeron junto al camino, y vinieron las aves del cielo, y las comieron. Otras cayeron en lugares pedregosos, en donde no tenían mucha tierra; y nacieron enseguida, porque no tenían tierra profunda. Mas en saliendo el sol, se quemaron; y se secaron, porque no tenían raíz. Y otras cayeron en tierra buena; y rendían fruto, una a ciento, otro a sesenta, y otra a treinta por uno. El que tiene orejas para oír, oiga. Y llegándose los discípulos, le dijeron: ¿Por qué les hablas por parábolas? Y él les respondió, y dijo: Porque a vosotros os es dado saber los misterios del reino de los cielos; más a ellos no les es dado. Porque al que tiene, se le dará, y tendrá más; mas al que no tiene, aún lo que tiene, se le quitará. Por*

eso les hablo por parábolas; porque viendo no ven, y oyendo no oyen, ni entienden. Y se cumple en ellos la profecía de Isaías, que dice:

Oiréis, sí, mas no entenderéis
y miraréis, pero no veréis.
Porque el corazón de este pueblo se ha embotado,
duros se han vuelto de oído
y han cerrado sus ojos,
no sea que vean con sus ojos,
oigan con sus oídos,
y entiendan con su corazón,
y se conviertan, y yo los sane.

Mas bienaventurados vuestros ojos, porque ven, y vuestros oídos, porque oyen. Porque en verdad os digo, que muchos profetas y justos codiciaron ver lo que veis, y no lo vieron; y oír lo que oís, y no lo oyeron. Vosotros, pues, oíd lo parábola del que siembra: Cualquiera que oye la palabra del reino, y no la entiende, viene el Maligno, y le arrebató lo que se sembró en su corazón, este es el que fue sembrado junto al camino. Más el que fue sembrado sobre las piedras, es el que oyendo la palabra la acepta enseguida con gozo. Pero, al no tener raíz en sí mismo no dura mucho, y cuando le sobreviene una tribulación o persecución a causa del mensaje, no tarda en desanimarse. Lo que fue sembrado entre los abrojos representa el que oye la palabra con atención, pero queda ahogado por las preocupaciones del mundo y el atractivo de los riquezas, y no da fruto. Y lo que fue sembrado en tierra buena, éste es el que oye la palabra, y la entiende, dando fruto y rindiendo al ciento, al sesenta, y al treinta por uno.

Otra parábola les propuso, diciendo: Semejante es el reino de los cielos a un hombre, que sembró buena simiente en su campo. Y

mientras dormían los hombres, vino su enemigo, y sembró cizaña en medio del trigo, y se fue. Y después que creció la hierba, e hizo fruto, apareció también la cizaña. Y llegando los siervos del dueño, le dijeron: Señor; ¿por ventura no sembraste buena simiente en tu campo?, ¿de dónde sale, pues, esa cizaña? Y les dijo: Algún enemigo ha hecho esto. Y le dijeron los siervos: ¿quieres que vayamos a arrancarla? No, les respondió; no sea que cogiendo la cizaña, arranquéis también con ella el trigo. Dejad crecer las dos cosas hasta la siega, y en el tiempo de la siega diré a los segadores: Coged primeramente la cizaña, y atadla en manojos para quemarla; mas el trigo recogedlo en mi granero.

Otro parábola les propuso, diciendo: Semejante es el reino de los cielos a un grano de mostaza que tomó un hombre, y sembró en su campo. Ésta, en verdad, es la menor de todas las simientes; pero cuando ya ha crecido es mayor que todas las legumbres, y se hace árbol, de modo que las aves del cielo vienen a anidar en sus ramas.

Les dijo aún otra parábola: Semejante es el reino de los cielos a la levadura que una mujer tomó y mezcló con tres medidas de harina, hasta que todo fermentó.

Todas estas cosas habló Jesús al pueblo por parábolas; y sin parábolas no le decía nada.

Éste es el sermón que podríamos llamar de la barca pues Jesús, sofocado por la multitud, busca refugio en una barca, es decir que se aparta de la multitud a fin de ponerse en condiciones de hablarle. Y su palabra también es llevada a una barca, la barca es la parábola. ¿Por qué se vale de la parábola? Los discípulos se lo preguntan y Jesús responde: para que oyendo no oigan, para que viendo no vean, aquellos que no deben ver ni deben oír y no comprenden. Y, así, se dirige a la multitud, a todos y a cualquiera, mientras afirma que sus

palabras no son para la multitud ni para cualquiera. A veces se pretende presentarnos el mensaje evangélico como una vulgarización de las verdades secretas. En verdad Jesús nunca se entrega a la vulgaridad de la vulgarización y nunca descubre su secreto. Desde que empezamos a leer juntos este Libro pudimos comprobar qué secreta y misteriosa es cada articulación de sus discursos. Y subsiste misteriosa y secreta, aunque ha pasado de boca en boca —y a veces por bocas impuras o ignorantes— a través de dos mil años.

Ya nos ocuparemos más adelante de la injusticia de esta sentencia: *Al que tiene, se le dará, y tendrá más; mas al que no tiene, aún lo que tiene, se le quitará.*

Pasemos a la parábola y al comentario que el propio Jesús hace de ella. La primera habla de la semilla sembrada en tierras más o menos buenas, y el comentario de Jesús nos explica que ese grano de trigo es la palabra. Ya estamos habituados a este modo de hablar. A través del Evangelio hemos oído hablar del pan y del grano de trigo. Y ese grano de trigo que vive y crece, que se hará pan y alimento es la palabra viva, es la palabra hecha carne, es el propio Verbo y es el don que el Verbo entrega al mundo. El don es inmenso pero el beneficio que obtiene de él quien lo recibe es limitado. La Gracia es infinita, pero el beneficio que la gracia hace a quienes la reciben es limitado, puesto que el hombre no puede extraer de esta Gracia inmensa más de lo que merece extraer o de lo que puede llevar. Tal es la primera enseñanza de la primera parábola. Al grano de trigo no le basta con ser grano de trigo: sólo crecerá en tierra buena, bien trabajada, y la buena tierra bien trabajada es el hombre todo, consagrado a lo que recibe, trabajando por entero, trabajando hasta el fondo para recibir

el don de vida.

Tres son las posibilidades consideradas porque tres son las naturalezas del hombre. El cuarto caso, el bueno, el de la realización y la plenitud, es el caso en que se concentran las tres naturalezas del hombre.

El hombre es trabajado primero por la *inteligencia*. La inteligencia está simbolizada en el borde del camino. La inteligencia es un lugar seco, es el camino que lleva a la meta y es el camino que separa de la meta: no es la meta. La simiente que cae en el borde del camino no germina puesto que se la llevan las aves. Lo que cae en la inteligencia es destruido por las aves de la inteligencia. Y ya sabéis vosotros qué entendemos por *aves*, ¿no es cierto? Las aves de la inteligencia son la *distracción*, que destruye la buena simiente y la arrebató; es el demonio de la inteligencia, el *maligno*, como dice el comentario del Señor.

La simiente que cae en lugar pedregoso y polvoriento es el grano sembrado en nuestro *corazón* delicado y sensible, y en nuestras dulces ensoñaciones (polvo) o entre el pedregal de las pasiones. El que recibe la palabra con emoción y la sostiene con alegría ha de perderla, pues la palabra estará sembrada en terreno movedizo y poco profundo: en un terreno que no es *el hombre mismo*, que no es el Ser, porque *ese hombre no tiene raíces en sí mismo*.

La palabra que cae entre los espinos es la palabra reconocida por las profundidades del hombre y, por así decirlo, *comprendida orgánicamente*. Pero nuestros órganos son también el asiento de las cóleras, los arrebatos y las preocupaciones. Y al caer entre espinos tan vivaces como esas pasiones, la semilla muere.

Para que la palabra sea entendida ha de caer en la buena tierra, ha de adueñarse del hombre todo: intelecto, cuerpo y corazón. Esta buena tierra debe ser trabajada, laborada con intención, con voluntad, con inteligencia y con emoción. Una sola faz del hombre no puede recibir la verdad total. Si alguien no recibe la verdad total, suya es la culpa y no de la verdad. Lo cual explica la injusticia de la sentencia: al que no tiene aún lo que tiene se le quitará. Pues si Dios da al hombre el *deber* de conocer la verdad es porque también le da el *poder* de conocerla, sin lo cual sería un tirano atroz.

Indaguemos ahora la enseñanza de la segunda parábola: la del padre de familia que ha salido a sembrar el grano bueno y pocos días después ve crecer la cizaña con el buen grano, mas se abstiene de arrancar la cizaña por no arrancar también el grano bueno. Esta parábola explica, o más bien ilustra una cuestión que escandaliza a los justos: ¿por qué permite Dios la prosperidad de los malvados? Es que justos y malvados mezclan inextricablemente sus raíces, ya que brotan en el mismo suelo y se nutren con los mismos alimentos. Extirpando a los malvados no dejaréis sitio más amplio para los buenos: por el contrario, corréis el riesgo de arrancarlo todo a la vez. Reparad en que en ciertos pueblos los desórdenes más extravagantes, los vicios más monstruosos se rozan con la santidad más ardiente y pura, mientras que en otros pueblos todo es honrado y razonable, pero nada más. Y tened la certeza de que si Dios espera una rica cosecha es de los primeros, mas no de los segundos, que son los desiertos del espíritu. Esto explica el poco interés de Cristo y los suyos por las reformas sociales. En verdad, una buena policía impide menos la obra del Diablo que la de Dios. Son los pecadores y son las consecuencias del

pecado, miseria y dolor, los que necesitan y suscitan el santo. Entre los que crecen juntos se entrecruzan corrientes vitales que no debemos interrumpir y Dios deja caer sobre todos su lluvia y los rayos de sol. Es en la hora de la siega cuando se hace el juicio y la separación.

Pero la mezcla del trigo y la cizaña es mucho más íntima en los hombres que en los campos, puesto que el tallo del uno y el tallo de la otra crecen de la misma raíz. En efecto, no existen buenos y malos, separados o separables, puesto que hay malos en los buenos y buenos en los malos. Y tampoco en este caso podemos extirpar sin peligros mortales. Sin duda, debemos ejercitar en nosotros mismos, en nuestros hijos, en nuestros discípulos, esa poda del Padre viñador, que «arranca todo sarmiento en mí que no da fruto; y poda todo aquel que da fruto, para que dé más fruto» (Juan XV, 2). Pero hay que dominar el arte de la poda y conocer la estación. Orígenes, que se castró con sus propias manos para seguir la sentencia del Evangelio —hay hombres que se hacen eunucos por amor del Reino de los Cielos—, es más digno de menosprecio que de admiración por su coraje. Mas por una mutilación corporal, cuántas esterilizaciones espirituales han permanecido ignoradas a través de las generaciones. Los neurólogos de nuestros días denuncian los males que pueden resultar de una represión brutal o torpe de los instintos. El peligro es menor cuando obramos sobre nosotros mismos, pero aún subsiste. San Pablo parece acertar con la salida cuando habla del agujijón que está en su carne y del que pide ser liberado, pero recibe de Dios esta respuesta: mi gracia te basta. Sí, para libraros de vuestras malas inclinaciones no os ocupéis tanto de ellas, puesto que de este modo podéis darles una virulencia que no

tenían. Volveos en cambio hacia Dios y su gracia. «No pienses en el bien, no pienses en el mal —dice el sabio chino— piensa en tu rostro original, en el que tenías antes de nacer».

El primer pecado no es haber cometido el mal, sino haber conocido el fruto del conocimiento del bien y del mal: ya es un mal esta división entre el bien y el mal. Y la verdadera manera de eliminar el mal no es encarnizarse contra el mal, sino volverse al conocimiento, exponerse a la luz, concentrar toda la atención, todo el fuego y toda la fuerza de la atención en la luz. Y entonces vuestro lado oscuro se diluirá, se borrará, sin que necesitéis cortarlo, y caerá por sí solo. Dios se encargará de cortarlo y de quemarlo el día de la siega. Volveos hacia la esperanza de la siega por temor de arrancar vuestras virtudes junto con vuestros vicios; pues virtud no significa otra cosa que fuerza, y la fuerza está tanto en el mal como en el bien. Y si arrancáis el mal corréis el riesgo de arrancar la mitad de vuestras fuerzas y toda la siembra.

La tercera parábola es la del grano de mostaza. La Palabra no se compara esta vez a un grano de trigo, a una simiente nutridora, sino al grano de mostaza, al grano sabroso, al grano excitante. Y de este grano se dice que es la más pequeña de todas las semillas y que se convertirá en el árbol más grande del huerto y que las aves del cielo (esta vez las aves no son los demonios, puesto que vienen del cielo) anidarán en sus ramas. Esto desarrolla la parte secreta y misteriosa de la eclosión de la palabra; secreta, porque si la verdad está en nosotros desde que nacemos, tiene la peculiaridad de que la ignoramos y no nos cuidamos de ella. Por eso es una semilla, pero una semilla casi imperceptible. Es la más viviente y la más sabrosa y la más alegre, pero también la más pequeña. Porque estamos

distraídos por todos los sabores y las formas de las cosas exteriores. Y la semilla es secreta porque está viva; está llena de un valor oculto porque está viva. Es más importante que las montañas, que son grandes, que fueron siempre grandes y lo serán hasta que, poco a poco, vientos y lluvias las allanen. Y la semilla es más importante aún que los astros a los cuales se asemeja, pero que en sus inmensas masas luminosas no tienen quizá la misteriosa esencia que se llama vida y conciencia.

Y, por último, la palabra es semejante a la levadura; y ésta es la faz prestigiosa y milagrosa de la palabra. Pues una sola pizca de levadura hace fermentar las tres medidas de harina. Y cuando la transformación se ha consumado podemos encontrar esa pizca tal como era antes y levantar con ella cuantas medidas tengamos de pasta blanda, informe, insípida.

XXX

LAS VÍRGENES FATUAS
Y LAS
VÍRGENES PRUDENTES

6 de junio de 1947.
Calle Saint-Paul.

MATEO XXV, 1:

Entonces será semejante el reino de los cielos a diez vírgenes, que tomando sus lámparas, salieron a recibir al novio. Mas cinco de ellas eran fatuas/necias, y cinco prudentes. Y las cinco fatuas/necias, habiendo tomado sus lámparas, no llevaron consigo aceite. Mas las prudentes tomaron aceite con sus vasijas juntamente con las lámparas. Y tardándose el novio, comenzaron a cabecear, y se durmieron todas. En mitad de la noche, sin embargo, se oyó un clamoreo: ¡Ya viene el novio!, ¡salid a recibirlo!. Entonces se levantaron aquellas vírgenes, y aderezaron sus lámparas. Y dijeron las necias a las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan. Respondieron las prudentes, diciendo: No, no sea que no alcance ni a nosotras ni a vosotras; más vale que vayáis a donde lo venden y os lo compréis. Y mientras que ellas fueron a comprarlo, vino el novio;

y las que estaban preparadas, entraron con el al banquete de bodas, y fue cerrada la puerta. Al fin vinieron también las otras vírgenes, diciendo: Señor, señor, ábrenos. Mas el respondió, y dijo: En verdad os digo, que no os conozco.

Y Lucas XII, 35:

Tened ceñidas vuestras cinturas, y antorchas prendidas en vuestras manos. Y sed vosotros semejantes a los que esperan a su señor a que vuelva de las bodas, para que cuando viniere, y llamare a la puerta, luego le abran. Bienaventurados aquellos siervos, que hallare velando el señor cuando viniere; en verdad os digo, que se pondrá un mandil y los hará sentar a la mesa, e irá él mismo a servirles. Y si viniere en la segunda vigilia o en la tercera, y así los hallare, ¡bienaventurados ellos!. Mas esto sabed, que si el padre de familia supiese la hora en que iba a llegar el ladrón, velaría sin duda, y no permitiría que nadie irrumpiese en su casa. Vosotros, pues, estad apercebidos; porque a la hora que menos penséis vendrá el Hijo del Hombre. Y Pedro le dijo: Señor, ¿dices esta parábola por nosotros, o se aplica a todos? Y dijo el Señor: ¿Quién crees que es el mayordomo fiel y prudente, que puso el señor al frente de la servidumbre, para que les distribuya regularmente sus raciones? Bienaventurado aquel siervo que cuando el señor viniere le hallare así haciendo. Verdaderamente os digo, que le pondré sobre todo cuanto posee. Mas si dijera el tal siervo para sí: tarda mi señor en venir; y comenzara a maltratar a los siervos y a los criados, y a comer, y a beber, y a embriagarse, vendrá el señor de tal siervo el día que menos espera y a la la hora menos pensada, y lo apartará y pondrá con los desleales. Este siervo que conocía los deseos de su señor será duramente azotado. Mas aquel que, no conociéndolos, hizo cosas dignas de castigo, será poco azotado. Porque a quien mucho se le ha dado, mucho le será exigido; y a quien mucho encomendaron se le pedirá mucho más.

Estos dos textos nos enseñan una virtud poco predicada que se llama *vigilancia*. Sin esta virtud, todas las demás son inútiles: esto es lo que dice explícitamente la parábola de las vírgenes necias y las vírgenes prudentes, pues entre esas diez vírgenes que forman un coro armonioso hay cinco salvadas y cinco condenadas. Bien, bien, las cinco que se pierden valen por sus virtudes tanto como las que se salvan: son vírgenes, son hermosas, son dignas (puesto que han sido llamadas a la boda) y tienen una lámpara. Sólo una cosa les falta. Y debido a esa falta es como si todo el resto no existiera, como si nada hubiesen recibido, como si no fueran vírgenes, ni hermosas, ni escogidas. Las vírgenes no han *velado*. Es preciso velar, es preciso estar alerta y esas vírgenes no lo han hecho. Aún para dormir es necesario tomar precauciones, pues las vírgenes prudentes y las vírgenes fatuas se duermen aguardando la llegada del novio y aún mientras duermen no han de abandonar la vigilancia. La falta de *vigilancia* es el que proponemos como octavo pecado capital: la *distracción*. Pecado capital en el sentido propio de la palabra: pecado cabeza, cabeza y raíz de todos los demás. Octavo pecado capital o si lo preferís el primero, ya que todos los demás se reducen a él, y la cólera, el orgullo, la glotonería, la lujuria, la pereza y los demás no son más que distracciones, faltas de atención a lo esencial.

La falta de atención destruye todo el resto. La atención lo salva todo y salva de todo; es el único puerto de salvación, el único camino para salir de la inquietud del desorden y de la perdición. Quien no está atento, quien olvida temerle todo, quien no teme porque no está lo bastante atento para conocer su peligro, ése es quien ha de temerle todo. Y quien se excusa diciéndose que había olvidado, esa excusa se vuelve contra él

y lo destruye. Conocéis todos los resultados prácticos, desastrosos de la distracción. Sabéis que por una distracción podéis morir o matar con más facilidad que por un arrebató maligno o por cálculo demoníaco. Pero no tenéis el hábito de considerar esta falta práctica como una falta de virtud, como una falta bien determinada y de la cual conviene arrepentirse antes que de cualquier otra falta. En verdad, la atención de nada vale ni de nada salva si no es atención a lo esencial, mientras que la atención más común, desprovista de todo valor, es la atención a todo lo que no salva, a todo lo que no sirve de nada, a todo lo que satisface nuestros deseos. Éstas no son atenciones, sino por el contrario encadenamientos, atracciones, absorciones en los deseos. Ni es ésa la atención que podemos llamar *vigilancia*. La atención que salva no es sino una única cosa con la conciencia; la atención que salva es la atención dirigida hacia nosotros mismos, es el temor de perderse y dispersarse, es el esfuerzo consciente y constante de recogerse, de recluirse. Y en la parábola el fruto de este esfuerzo está admirablemente representado por el aceite de las lámparas. De nada vale tener una lámpara si no tenemos qué poner en las lámparas. De nada vale tener impulsos generosos si tras ellos no hay sustancia: porque entonces no son impulsos generosos, mas ilusiones de generosidad. Son una dispersión como cualquier otra, son un abandono como cualquier otro y en la pendiente de las inclinaciones naturales. Y si la inclinación es buena, si los demás la juzgan buena porque les es agradable o útil, no es buena en sí, no vale nada porque nada cuesta. Tener aceite para la lámpara debe ser preocupación vuestra, tan importante como la de tener lámpara y encenderla. Si tenéis aceite y lo vertéis sobre vosotros mismos y el aceite os mancha las ropas en vez

de alimentar la llama, es lo mismo que si no tuvierais aceite: debéis tener aceite, lámpara y fósforo, y las tres cosas juntas, mas no solamente una.

Las vírgenes acuden a los esponsales; deben mantenerse atentas para encender sus lámparas a fin de estar presentes en las bodas, presentes en la hora de la unión, y unidas a quienes se unen. Es a ésto a lo que es llamada la atención de cada uno. Se dice que muchos serán llamados y pocos los escogidos, y esto parece injusto y lo sería si no conociéramos el valor y la llave de esta sentencia, que está aquí. Porque no solamente hay muchos llamados, sino que todos son llamados; la llamada es para todos los vivos. Pero ¿cómo lo oirán los sordos y los que duermen? Todos los ángeles del cielo pueden llamar y el propio Dios puede llamar; y llamar gritando, y llamar sangrando, y llamar llorando, y llamar amenazando. Mas, ¿qué podrá hacer el Todopoderoso de esa nada, del distraído, del ausente, de los que aguzan el oído hacia todo excepto hacia la llamada? Estar dispuesto a la llamada es *despertarse*: y la palabra es fuerte, puesto que es un verbo reflexivo. Nadie podrá despertarnos espiritualmente sino nosotros mismos. Y éste es el primero de nuestros deberes: despertarnos, puesto que dormimos, dormimos con un torpor sin sueños, con el torpor de la insensibilidad, o con el torpor lleno de esos sueños que son nuestros propios méritos y nuestras propias virtudes. ¿Cómo puede huir del sueño el que duerme? ¿Cómo podemos nosotros, los que dormimos, suscitar en nuestro ser un destello de conciencia despierta? Mediante el ejercicio de la atención, dirigiéndola a las cosas pequeñas, que serían inútiles e insignificantes si no desarrollaran en nosotros la atención. La atención hacia las cosas pequeñas ha de cultivarse al mismo tiempo que

el desapego de toda cosa. Pues la atención hacia las cosas de nada vale acompañada del apego a las cosas: es sólo una absorción. Mas la atención hacia las cosas no debe practicarse por el deseo y el logro de las cosas, sino por el logro de la atención. Las cosas deben ser un medio, y el deseo de las cosas debe ser para nosotros una ocasión de ejercitar el desapego y la vigilancia. El desapego y la vigilancia dan la conciencia, y la conciencia eternamente vigilada, o vigilada cada vez más de cerca, nos asegura esa reserva que es el aceite de la lámpara. Y observad que en la parábola la posesión del aceite se considera superior a la caridad misma, ya que las vírgenes fatuas piden a las vírgenes prudentes: «Dadnos vuestro aceite», y las demás responden con justicia: «No podemos, porque nos faltaría a nosotras mismas. Id a comprarlo. No podemos, porque sería imprudente e insensato». Salvad a los demás salvándoos a vosotros mismos, no creáis que podéis salvar a los demás perdiéndoos. Salvaos a vosotros mismos para salvar a los demás: así lo quiere la sabiduría, así lo necesita una caridad plena y sabia. El que no sabe nadar no debe arrojarse al agua para salvar al hombre que se ahoga: ambos se ahogarán o costará un esfuerzo doble salvarlos a los dos. Sólo es caritativo, necesario o generoso arrojarse al agua cuando sabemos nadar y cuando tenemos algún medio para sacar a nuestro prójimo del río. No podemos instruir a los demás cuando no sabemos nada; no podemos aconsejar a los demás cuando no sabemos guiarnos a nosotros mismos; no podemos dar cuando no tenemos nada. El primer deber es *tener*. Tener, cuando se trata del espíritu, no es un resultado de la fortuna o del azar. Todos los que tienen han adquirido y han guardado, han sabido guardar. Y por ello tienen derecho a dar. Pero los que quieren dar y no tienen,

obran por lo común impulsados por la caridad y también por la pretensión, pues se subentiende que quien da, tiene. Y por eso el fatuo que hace el ademán de dar sin tener se ilusiona y cree tener, y se complace brillando ante los demás y tal vez ante sí mismo.

Este juego del tener y el dar nos lleva inmediatamente al pasaje que sigue en Mateo XXV, 14: *Es como un hombre que al partir lejos, llamó a sus siervos mas allegados y les entregó sus bienes. Y dio al uno cinco talentos, y al otro dos, y al otro dio uno, a cada uno según su capacidad, y se marchó. El que había recibido los cinco talentos, se fue a negociar con ellos y ganó otros cinco. Asimismo el que había recibido dos ganó otros dos. Mas el que había recibido uno fue y cavó en la tierra, y escondió allí el dinero de su señor. Después de largo tiempo vino el señor de aquellos siervos y les llamó para que rindieran cuentas. Y llegando el que había recibido los cinco talentos, presentó otros cinco talentos, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste, he aquí otros cinco. Su señor le dijo: Muy bien, siervo bueno y fiel, porque fuiste fiel en lo poco, te pondré sobre lo mucho, entra en el gozo de tu señor. Y se llegó también el que había recibido los dos talentos, y dijo: Señor, dos talentos me entregaste aquí tienes otros dos que he ganado. Su señor le dijo: Bien está siervo bueno y fiel, porque fuiste fiel en lo poco, te pondré sobre lo mucho, entra en el gozo de tu señor. Y llegando también el que había recibido un talento, dijo: Señor, sé que eres un hombre de recia condición, siegas en donde no sembraste, y allegas en donde no esparciste; Y temiendo me fui, y escondí tu talento en tierra: he aquí, tienes lo que es tuyo. Y respondiendo su señor, le dijo: Siervo malo y perezoso, conque sabías que siego de donde no siembro, y que allego en donde no he esparcido. Pues por eso mismo debiste haber dado mi dinero a los banqueros, y viniendo yo hubiera recibido ciertamente con usura lo*

que era mío. Quitadle el talento y dádselo al que tiene diez talentos. Porque al que tuviere se le dará más y en abundancia; mas al que no tuviere le será quitado hasta lo que tiene. Y al siervo inútil echadlo a las tinieblas exteriores; allí será el llorar y el crujiir de dientes.

Así presenta Jesús a Dios y la obra de Dios. No lo presenta como un benefactor sempiterno, según hacen quienes suponen deber suyo el adormecernos más agradablemente. Nos lo presenta de manera impresionante, diciendo de sí mismo (Lucas, XII, 49): «Fuego vine a poner sobre la tierra, y ¡cómo quisiera que estuviera ya ardiendo!». En estos pasajes, Dios es como un señor injusto y cruel, como un señor que hace a sus siervos la mala jugada de volver cuando no lo aguardan y ya lo habéis visto presentarse como un ladrón. «Mas esto sabed —dice—, que si el padre de familia supiese la hora en que ha de venir el ladrón, velaría sin duda, y no dejaría que asaltasen su casa. También vosotros debéis velar, porque el Hijo del Hombre vendrá en la hora menos pensada»: *como un ladrón*. ¿Por qué os figuráis que el Evangelio nos presenta bajo tales especies al Ser infinitamente bueno? Para despertarnos al mismo tiempo que nos habla de vigilancia. Para sacudirnos.

La Parábola de las Talentos. La palabra *talento* significa en el latín de los Evangelios sólo una cosa: pieza de moneda con valor de... (confieso que ignoro este valor). Entre nosotros, la palabra talento tiene además otro sentido: significa don de la inteligencia. Y por una vez el juego de palabras es lícito y apropiado. Pero debemos saber que el sentido del talento confiado es mucho más amplio. Representa y significa *todo don*, toda ventaja de que gocemos: de fortuna, de nacimiento, de inteligencia o de fuerza o de belleza; y aún de bondad, de virtud nativa. Todo ello se presenta con el símbolo de los cinco ta-

lentos o los dos talentos confiados al servidor o sea al hombre común. Pues un hombre común debe saber que es deber conducirse y querer conducirse siempre como servidor. Y con los talentos que le son confiados debe hacer algo. Dios en su infinita bondad no considera en nosotros lo que no hemos hecho. Por eso se dice que *siega en donde no ha sembrado* y que *allega en donde no ha esparcido*. Él, el Todopoderoso tuvo el poder de trazar un límite a su propio poder para que nosotros podamos aumentar un poco el nuestro. Y lo conseguimos cuando tenemos unas gotas de ese aceite del cual se nos ha hablado poco antes, cuando tenemos una lámpara encendida, cuando velamos esperamos y trabajamos como servidores fieles. Su infinita bondad persuade a Dios que nos da el don inmerecido, gratuito, injusto, casi inconcebible de una cantidad de libertad proporcionada a nosotros: «cada uno según su capacidad». Él nos da gratuitamente un poco de ser, un poco de Su Ser, un poco de valor, un poco de Su Valor, un poco de libertad, un poco de Su Libertad. Él nos lo dona, pero no es ésto lo que él tiene en cuenta. Los demás hombres consideran eso y solamente eso en nosotros. Porque habréis observado que si amáis a alguien, si admiráis a alguien es siempre por los dones que ha recibido y sobre los cuales no tiene poder. Pero Dios, el único que sabe lo que nos ha dado, distingue lo que nos ha dado de lo que nos hemos dado a nosotros mismos y sólo presta atención y concede valor a aquellas cosas que no ha sembrado ni esparcido. A los dos talentos a los cinco talentos que hemos obtenido con los dos talentos y los cinco talentos que nos dio antes. Pero el servidor receloso, perezoso, ingrato, duro e injusto el servidor que enfadado por no haber recibido más que un talento (cuando los demás han recibido dos o cinco) teme perder su

miserio talento y sabe que habrán de reclamárselo —pues siente a justo título que ese talento no es suyo— el servidor que entierra y sofoca su talento es el que no tiene o sea el que no hace, ni ama, ni espera, ni ha comprendido, ni ha querido. Se cree justo porque devuelve el talento tal como lo recibió. Pero el que se lo había confiado se lo quita para dárselo al que tenía diez: ésta es la divina economía tan diferente de la economía humana como podéis verlo.

Por nuestros talentos, nuestros dones, nuestra bondad, nuestra primacía somos amados y admirados; y quizá por esos dones amamos y admiramos a nuestra vez. Pero así damos pruebas de escasa prudencia, de tener mal encendida la lámpara ya que debemos saber que *todos nuestros dones son deudas*. Tenemos poseer cuando no somos capaces de hacer y devolver. Seamos escrupulosos y hagamos y devolvamos *más* de lo que hemos recibido, porque una cantidad *igual* no basta. La devolución del talento es una ingratitud. Por lo demás, lo que no damos nos será arrebatado: si no padecemos por algo no padeceremos por nada, si no morimos por algo no moriremos por nada, pues «todo hombre será salado en fuego».

Esto nos lleva al texto de Lucas que hemos leído poco antes. Observemos de qué extraña manera Jesús responde a Pedro sin responderle, cuando Pedro dice: «Señor, ¿dices esta parábola por nosotros, o se aplica a todos?». (Se trata del padre de familia que vela porque sabe que llegará el ladrón). Y Jesús parece no responder del todo para seguir el curso de sus pensamientos. «¿Quién crees que es el mayordomo fiel y prudente, que puso el señor al frente de la servidumbre, para que les distribuya regularmente sus raciones? Bienaventurado aquel siervo que cuando el señor viniere le hallare así hacien-

do. Verdaderamente os digo, que le pondré sobre todo cuanto posee. Mas si dijera el tal siervo para sí: tarda mi señor en venir; y comenzara a maltratar a los siervos y a los criados, y a comer, y a beber, y a embriagarse, vendrá el señor de tal siervo el día que menos espera... ». Y después esta sentencia plena de sentido, llena de amenaza: *Este siervo que conocía los deseos de su señor será duramente azotado. Mas aquel que, no conociéndolos, hizo cosas dignas de castigo, será poco azotado.* Ya veis que nítida es la respuesta al que pregunta: ¿hablas para nosotros o hablas para todos?, dejando sentado de alguna manera su privilegio de discípulo y amigo. Y la respuesta es: Pedro, teme este privilegio como todos los otros; procura ser y seguir siempre siendo el servidor vigilante, porque tú que has conocido la voluntad del Señor y has conocido el rostro del Señor, si en algún momento llegas a flaquear, serás azotado con más azotes que quien nada conoció. *Porque a quien mucho se le ha dado, mucho le será exigido; y a quien mucho encomendaron se le pedirá mucho más.*

¿Tenéis alguna pregunta que hacerme?

UNA COMPAÑERA: Cuando se dice que el servidor que sólo tenía un talento debió llevarlo a los banqueros para multiplicarlo, ¿significa eso que quien tenía un poco y era incapaz de aumentarlo por sí solo debía acudir a otro?

RESPUESTA: Sí, acude al maestro que puede desarrollar tu talento ya que eres incapaz de desarrollarlo por tí mismo.

UN COMPAÑERO: ¿Por qué hay diez vírgenes?

RESPUESTA: Pienso que éste es número de la plenitud. Las diez vírgenes forman un grupo armonioso y completo. Diez es número de perfección, pero esta perfección se rompe muy

fácilmente en dos. En toda la parábola se advierte el contraste entre la perfección supuesta y concedida previamente y la pérdida ocasionada por una causa que parece desproporcionada con la amplitud de la desgracia. Las diez vírgenes son presentadas como llamadas al banquete nupcial. Mas la parábola se dirige a cualquiera. Para ser virgen, para ser escogida por hermosa es necesario que las vírgenes representen el alma que se encamina hacia la unión. No se trata de personas corrientes que corren tras sus placeres porque éstas ya han caído definitivamente en la imprudencia. Mas la falta de aceite, la imprudencia mínima rebaja a un elegido hasta el nivel de quienes ni siquiera han emprendido el camino. Pues cuanto más haya sido confiado y dado más escrupulosa y severa habrá de mostrarse la exigencia. Por una ínfima falta la catástrofe y el derrumbe pueden sobrevenir.

XXXI

ABANDONO, RECOMPENSA Y GRACIA.
EL JOVEN RICO Y LOS OBREROS DE LA VIÑA

13 de junio de 1947.
Calle Saint-Paul.

MATEO XIX, 16-30:

Y se acercó uno, y le dijo: Maestro bueno, ¿qué debo hacer de bueno para conseguir la vida eterna? Y él le dijo: ¿Por qué me preguntas sobre lo bueno? Sólo Uno es bueno. Mas si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos. Y le dijo: ¿Cuáles? Y Jesús dijo: No matarás; no adulterarás; no hurtarás; no darás falso testimonio; honra a tu padre y a tu madre; y amarás a tu prójimo como a tí mismo. El mancebo le dice: Yo he guardado todo eso desde mi juventud, ¿qué me falta aún? Jesús le dijo: Si quieres ser perfecto ve, vende cuanto tienes, y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; luego ven y sígueme. Y cuando oyó el mancebo estas palabras, se fue triste; porque tenía muchas posesiones. Y dijo Jesús a sus discípulos: En verdad os digo, que con dificultad entrará un rico en el reino de los cielos. Y además os digo: Que más fácil le es pasar a un camello por el ojo de una aguja que a un rico entrar en

el reino de los cielos. Y los discípulos, cuando oyeron estas palabras, quedaron asombrados, y dijeron: entonces, ¿quién podrá salvarse? Y mirándolos fijamente Jesús les dijo: si, esto es imposible para los hombres; mas a Dios todo le es posible. Entonces tomando Pedro la palabra, le dijo: mira, nosotros lo hemos dejado todo para seguirte: ¿qué es, pues, lo que tendremos? Y Jesús les dijo: En verdad os digo, que vosotros, que me habéis seguido, cuando en el mundo regenerado se siente el Hijo del Hombre en el trono de su majestad, os sentaréis también vosotros sobre doce sillas, para juzgar a las doce tribus de Israel. Y todo el que por mí haya dejado casa, o hermanos, o hermanas, o padres, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, recibirá ciento por uno y heredará la vida eterna. Mas muchos primeros serán últimos, y muchos que son últimos serán primeros. XX. Porque el Reino de los Cielos se parece a un propietario que salió por la mañana temprano a contratar jornaleros para su viña. Y habiendo convenido con ellos un jornal de un denario, los envió a su viña. Salió otra vez a las nueve y encontró a otros en la plaza sin trabajo. Y les dijo: Id también vosotros a mi viña y os daré lo justo. Y allá fueron. De nuevo salió a mediodía y a las tres de la tarde, haciendo lo mismo. Hacia las cinco volvió a salir, encontrando a otros parados en la calle, y les dijo: pero ¿que hacéis aquí todo el día sin trabajar? Ellos le contestaron: Es que nadie nos ha contratado. Y el les dijo: id también vosotros a mi viña. Al anochecer dijo el dueño de la viña a su administrador: llama a los jornaleros y págales el jornal, empezando por los últimos y acabando por los primeros. Llegaron los de la última hora y les dio un denario a cada uno. Cuando llegaron los primeros creyeron que les darían más pero también recibieron cada uno un denario. Al recibirlo empezaron a murmurar contra el amo diciendo: Éstos últimos han trabajado solo una hora y les trata igual que a nosotros, que hemos aguantado el peso de la jornada y el calor. Y el respondió a

uno de ellos: amigo, no te hago ninguna injusticia. ¿No convinimos un denario? Pues toma lo tuyo y vete. A estos últimos quiero darles lo mismo que a ti. ¿No tengo derecho a hacer lo que me plazca con mi dinero? ¿O es que te da envidia que yo sea generoso? Así, de este mismo modo, los últimos serán los primeros y los primeros los últimos.

He aquí dos pasajes, o tres si queréis, sobre el abandono, la recompensa y la gracia. El joven se aproxima y dice: «Maestro bueno, ¿qué haré para conseguir vida eterna?» Y el Maestro responde: «¿Por qué me preguntas sobre lo bueno? Sólo Uno es bueno». En Marcos X, 17, leemos: «Maestro bueno, ¿qué haré para conseguir la vida eterna?» Y Jesús respondió: «¿Por qué me dices bueno? No hay más que uno bueno: Dios». En ambos casos la respuesta es un primer intento del Maestro, que invita al discípulo a recogerse en sí mismo. «Maestro bueno»... ¿Por qué invocas la bondad del Maestro? ¿Por qué he de ser yo quien te diga lo que debes hacer? Sólo uno es bueno: Dios, Dios está en tí, como en mí. Por qué me interrogas sobre lo que es bueno, cuando tú mismo lo sabes o lo sabrás cuando reflexiones sobre ti mismo, cuando te recojas en ti mismo, cuando te establezcas en el Reino de los Cielos que está en tu corazón. El joven, desde luego, no entiende la respuesta e insiste, Y Jesús, con un suspiro algo fatigado, le dice, más bien le repite lo que todo el mundo sabe: «No matarás, no robarás, no adulterarás...». Y por fin este último mandamiento: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo», que por lo demás es el primero y el más importante, puesto que todos los demás se deducen lógicamente de él. El que ama a su prójimo como a sí mismo no mata. Y, asimismo, la enseñanza que ha de seguir el joven se deduce de este primer mandamiento: «¿Qué más

debo hacer?», pregunta el joven, porque todo eso lo hice ya. Y se subentiende: y eso a nada me ha llevado. «Si quieres ser perfecto, vende tus bienes, da el dinero a los pobres y sígueme. Es obvio que si quisieras a tu prójimo como a ti mismo no podrías soportar durante media hora tus riquezas. «Y de hecho, el joven se fue triste, porque tenía muchas posesiones». Y permaneció apegado a sus muchas posesiones y tuvo el mismo fin que ellas: la dispersión. Los grandes bienes que se llevan los ladrones, y que son atacados por la herrumbre y los ratones, los grandes bienes que las gentes adquieren al azar y que les son retirados al azar... Y, sin embargo, las gentes se aferran a ellos y por ellos abandonan lo mejor de su sustancia.

«Y además os digo: Que más fácil le es pasar a un camello por el ojo de una aguja que a un rico entrar en el reino de los cielos». La comparación parece forzada y la traducción aumenta la oscuridad. En realidad (si recuerdo bien y no me engaño) el Ojo de la Aguja es una de las puertas de Jerusalén, así llamada por su estrechez. Un hombre podía atravesarla solo y hasta un camello, inclinando la cabeza. Pero no un camello cargado, un camello con sus dos alforjas, con sus grandes fardos. La comparación adquiere así todo su valor poético, místico y concreto. No podéis pasar por la puerta estrecha si estáis cargados, no podéis apreciar la desnudez de las cosas si no estáis desnudos. Recordad lo que os dije acerca de la construcción de la torre cuando leímos este pasaje del Evangelio según Lucas. ¿Por qué es dañosa la riqueza? ¿Por qué le es difícil salvarse al rico? Porque ante todo la riqueza es un obstáculo para la caridad. Me diréis que no: no, yo querría ser rico, y mucho más rico de lo que soy para dar mucho más a mis amigos y distribuir entre los pobres. Pero, ¿qué podéis

dar vosotros, ¡oh ricos!, si no tenéis nada que no hayáis tomado de alguna parte? Y vosotros, pobres, que tenéis tan poco para vosotros, ¿qué podéis dar? Os diré que tenéis demasiado, y hasta el más pobre de entre nosotros tiene demasiado. Los que salvaron más hombres de la miseria nada tenían. Siempre encontraréis algo que dar, y para dar mucho, si queréis dar, pues eso os será dado. Dios nunca rehúsa abastecer a quien quiere dar. Cuando Juan Bosco fundó sus escuelas, vivió en una buhardilla con su madre y su caridad consistía en llevar a la campiña a los chicuelos que jugaban en los terrenos baldíos. Poco a poco fueron fundándose las escuelas y Juan Bosco alojaba en ellas a millares de niños y los alimentaba mientras él seguía viviendo en la buhardilla con su madre. Un día fue a verlo una hermana de caridad pan decirle: «Esta noche tenemos que dar de comer a cien criaturas y no hay en la caja más que cincuenta francos. ¿Qué será de nosotros?». Entonces el viejo sacerdote se encolerizó y le dijo: «Muéstrame esos cincuenta francos». Y la buena hermana los tomó de su alforja. El anciano los arrojó por la ventana, diciéndole: «Esto es lo que hago yo con cincuenta francos. ¿Cree usted que Dios no sabe cómo proveer a las necesidades de los suyos?». Y lo cierto es que esa misma noche llegó una donación inesperada a la comunidad. Ignoro si habéis tenido experiencias semejantes, pero sin duda habréis observado que en estos casos la donación inesperada llega siempre, a condición de que sea un don que volverá a darse. No es rico el que maneja grandes tesoros (sean o no de su propiedad: suyos ante los hombres) no es rico el que simplemente los maneja, el que los deja pasar entre sus manos. Es rico el que posee y considera suyo lo que posee y al propio tiempo es poseído por lo que posee. Pues los

pobres dicen: Por qué no seré rico para verme libre para hacer cuanto se me antoje en vez de estar encadenado a menesteres ingratos por un mísero salario. Pero si fueran ricos estarían encadenados a menesteres aún menos agradables; por lo tanto no serían más libres: y hasta es posible que lo fueran menos aún, ya que imaginarían ser libres mientras que encadenados a sus ingratos menesteres por necesidad, tienen conciencia de ello y odian sus cadenas. Los apegados a las necesidades de la vanidad o del placer creen tal vez que están desapegados, creen tal vez que pueden hacer cuanto quieren, creen tal vez que han llegado a la libertad: y ésa es su perdición, puesto que ignoran su servidumbre y no saldrán de ella.

¿Cómo despojarse de las riquezas y seguir viviendo? Solo hay dos caminos posibles: o bien aceptar la condición de mendigo y marcharse a predicar por los caminos sin llevar un céntimo en la alforja y sólo con un manto, según recomienda Cristo a sus discípulos y como siguen haciendo los monjes mendicantes; o bien huir de las riquezas y conservar la pobreza: adquiriendo así la libertad y mostrando el camino de la liberación a los demás, sin deseos de medrar en lo exterior, sin deseo de alcanzar la tan funesta seguridad de las riquezas, seguridad tan engañosa como la libertad, como la generosidad que viene de ellas. Pues nadie en verdad es tan temeroso como un rico. El rico siempre tiembla por los ladrones, por quienes abusan de él, por las revoluciones, por el recelo de perder su haber. Es preciso admitir desde el fondo del corazón que los bienes no nos pertenecen y que los peligros son buenos, que es bueno el peligro de encontrarnos absolutamente inermes y despojados. Que quien posee un tesoro en el cielo no teme el despojo de los demás bienes. Pues quien ha dejado padre,

madre, hijos, hermano, hermana, y su casa y sus riquezas y esclavos, y ha dejado de ser esclavo de sus riquezas, de sus bienes, de su padre, madre, hijos, hijas, hermanos, hermanas, ése recibirá ya en este mundo sus riquezas centuplicadas y un tesoro en el cielo y en el espíritu. Si, en este mundo mismo. Pues ¿qué busca el rico? Busca una superación y cree encontrarla en la abundancia de los bienes; busca una vida más amplia y desahogada; busca mil ocasiones de engrandecerse o de manifestar su grandeza convencional e ilusoria. Y en la acumulación de sus bienes siente no se qué orgulloso prurito que reemplaza esa impresión de íntima elevación que solamente la dicha puede dar. Buscando los mil placeres, las mil vanidades y el orgullo único y furioso de los conquistadores el rico convierte en moneda su grandeza y su dicha. Y el gran mal del rico es la tentación de la distracción, así como su principal interés es el aparato y la fiesta. Lo cual significa dispersión, destrucción de la sustancia íntima. A esto se reducen la riqueza y el poder mundanos, desviaciones artificiales de la grandeza espiritual y de la dicha interior; caricatura horrenda cuyo reverso es la miseria, puesto que las riquezas de este mundo son limitadas, están mal distribuidas por sistema: y lo que sobra a los unos por fuerza falta a los otros, y los que tienen mucho adquieren todavía más sin esfuerzo y los que tienen demasiado poco deben luchar infinitamente para no perderlo todo.

Lo que el rico busca en lo externo, en el mundo, el pobre a causa del espíritu lo encuentra centuplicado en su interior. Lo que el uno adquiere aparentemente y convencionalmente, el otro la alcanza en si mismo, en realidad y en verdad: y reúne así un tesoro que los ladrones no podrán robarle, que la herrumbre no podrá devorar.

Pasemos ahora a la extraña parábola de los obreros de la viña. No tendremos que dar un salto: nos deslizaremos naturalmente, porque hemos hablado de recompensa y de tesoro en el cielo, y de como Jesús prometió a los suyos doce tronos casi iguales al suyo. Los obreros son llamados a jornal y ya entendemos de qué jornal se trata: trátase indudablemente de la Gracia y de la Salvación. Y los últimos, los de la hora undécima, los llamados al final de la tarde, reciben el salario de la jornada ante su propio asombro, puesto que nada han pedido. Reciben el jornal, que es la Gracia y la Salvación. Los que padecieron el peso de la tarde y el calor esperan recibir más pero reciben igualmente la Gracia y la Salvación: el jornal. ¿Qué justicia es ésta? Es la justicia divina, amigos míos, siempre tan diferente de la justicia humana. Lo cual no significa que sea una injusticia. Quiere decir sencillamente que las medidas divinas son diferentes de las medidas humanas y menos estúpidas, pues la inteligencia humana y el espíritu de reivindicación no comprenden en qué consiste la Gracia y la Salvación, así como la inteligencia humana no comprende en qué consiste lo que es infinito. La Gracia y la Salvación son infinitas y ¿a qué son iguales *dos* o *tres* infinitos? A un solo infinito. No media proporción entre el jornal celeste y la obra humana que nos lo hace merecer, porque ninguna obra humana puede merecerlo nunca. Las obras terrenas merecen salarios terrenos; una obra bien llevada merece el éxito, y eso es todo. Pero las obras que son un trabajo en la viña del Señor reciben un jornal enteramente diferente y sin proporción con su mérito. El señor de la viña, o sea el propio Dios, contrata a los obreros y les paga de acuerdo a su contrato, así como llamó a los profetas y concertó su alianza con el pueblo elegido y la conservaría aún si ese pue-

blo elegido hubiese recordado su elección. Dios es justo y es mucho más justo: es infinitamente bueno. Es rico con *riqueza de iniquidad*, como se dice en la parábola del Mayordomo Injusto: *riqueza de indulgencia*. Los últimos llegados al trabajo del Señor, ¿por qué son últimos? Porque nadie nos ha contratado responden. Si no soportaron el peso de la tarde y el calor al menos permanecieron a la espera durante el día entero atentos a la llamada. Y esto es lo que ha de hacer todo hombre: estar a la espera, dispuesto a responder a la llamada, y mientras tanto negarse a todos las falsas llamadas y permanecer firmes en su vigilancia. Y no bien los contrata el Señor de la Viña, marchan sin pedir nada conscientes de que les será dado lo razonable y aún más. Lo que exige el trabajo del Señor es una disposición interior al don y al trabajo. El trabajo sin disposición interior de nada vale; mas el trabajo con la disposición interior sirve infinitamente, llena la medida desde el principio, rebasa toda medida. No debemos preguntar si el que renunció tenía grandes bienes que abandonar. El que sólo renunció a miserias o a sueños ambiciosos recibirá por su renunciamento tanto como el que renunció a tronos y palacios. Y el que se consagra a la plegaria y al ejercicio cuando siente la llamada sin inquietarse del jornal, con toda la fuerza, con todo el coraje, con todo el transporte que le son posibles y que exigen de él, ése también logrará la plenitud del resultado.

¿Quién podrá salvarse?, preguntan los discípulos con inquietud y asombro. Y Jesús les responde: *Esto es imposible para los hombres; mas para Dios todo es posible*. Y esta respuesta nos lleva otra vez a la primera, la que pedía el joven: *¿Por que me llamas bueno? Sólo Uno es bueno: Dios*. El trabajo de la salvación no es un trabajo humano, no es un trabajo natural, no es un

trabajo que pueda medirse desde fuera, según la intensidad del esfuerzo, según la duración del esfuerzo, según el precio de las renunciaciones. Sólo puede medirse con una medida interior que nadie conoce sino Dios.

La salvación no depende de ninguna circunstancia exterior y tampoco de nuestro coraje para superar los acontecimientos. Depende de nuestra independencia con respecto a las cosas exteriores y del abandono de nuestra voluntad propia a fin de que el trabajo de Dios se haga en nosotros.

LIBRO SEGUNDO

I

DIOS Y CÉSAR

*10 de octubre de 1947.
Calle Saint-Paul.*

REANUDAREMOS nuestro comentario poco más o menos donde lo habíamos dejado. Mateo XXII, 16:

Y [los fariseos] le envían sus discípulos juntamente con los Herodianos, diciendo: Maestro, sabemos que eres veraz, y que enseñas el camino de Dios en verdad y que no te cuidas de cosa alguna; porque no miras a la persona de los hombres. Dinos, pues, lo que te parece: ¿Es lícito dar tributo al César o no? Mas Jesús, conociendo la malicia de ellos, dijo: ¿Por qué me tentáis, hipócritas? Mostradme la moneda del tributo. Y ellos le presentaron un denario. Y Jesús les dijo: ¿De quién es esta figura e inscripción? Dijeron: Del César. Entonces les dijo: Pues pagad a César lo que es del César; y a Dios lo que es de Dios. Y cuando esto oyeron, se maravillaron y dejándole, se retiraron.

Y nosotros, ¿debemos asombrarnos por lo que hemos oído? ¿La lección es tan clara que no necesita explicación alguna? ¿Es posible que Cristo nos enseñe a dividir en dos partes nues-

tra vida: una para César otra para Dios? El tributo del oro, de la obediencia, quizá de la sangre, al César. Y el resto, si un resto queda, a Dios. A tal interpretación tiende la inerte, tibia, informe masa de la cristiandad actual, la de los «bien pensantes» que constituyen uno de los mayores obstáculos para el advenimiento del Reino de los Cielos. Porque sostienen con toda su firmeza los gobiernos de la tierra, porque su hambre de justicia es tan ínfima que están dispuestos a cualquier transacción con cualquier representante del Príncipe de este Mundo.

Para inclinarnos por esta interpretación existen dos textos, realmente antiguos y venerables: el primero es la Epístola a los Romanos, capítulo XIII: «Que toda persona sea sumisa a las autoridades superiores; porque no hay autoridad que no venga de Dios; y las que existen han sido instituidas por Dios. Por lo cual el que resiste a la autoridad, resiste al orden establecido por Dios; y los que le resisten, ellos mismos atraen a sí una condena. Porque los magistrados no son para temer por los que obran lo bueno, sino lo malo. ¿Quieres tú no temer a la autoridad? Haz lo bueno, y tendrás alabanza de ella; porque el magistrado es servidor de Dios para tu bien. Mas si hicieres lo malo, teme; porque no en vano lleva la espada. Pues siendo servidor de Dios hace de vengador y castiga a aquel que hace lo malo. Por lo cual es necesario que le estéis sometidos, no solamente por temor del castigo, mas también por la conciencia. —Es también por esta causa que pagáis los impuestos... Pagad a cada uno lo que le es debido: a quien impuesto, impuesto; a quien tributo, tributo; a quien temor, temor; a quien honor, honor».

El segundo texto pertenece a la Primera Epístola de Pedro, capítulo II: «Someteos, pues, a toda autoridad establecida en-

tre los hombres, y esto por Dios, ya sea el rey, como soberano que es; ya a los gobernadores, como enviados de él para tomar venganza de los malhechores, y para alabanza de los buenos; porque así es la voluntad de Dios, que haciendo bien, hagáis enmudecer la ignorancia de los hombres imprudentes e insensatos; siendo libres, sin hacer de la libertad un velo para cubrir la malicia, sino actuando como servidores de Dios. Honrad a todos; amad a los hermanos; temed a Dios; honrad al rey».

Sí, pero el Evangelio no enseña en ninguna parte (y no más aquí que en otra parte) que debemos escindir en dos partes nuestras vidas para consagrar una de ellas al mundo y los poderes mundanos. Preguntémonos qué decía Cristo de las autoridades y si las consideraba sin excepción «como enviados de Dios». El diablo le muestra los reinos de la tierra diciéndole: me han sido entregados y yo los cedo a quien quiera (Lucas IV, 6). Ciertamente el diablo es mentiroso, es el Padre de la Mentira, pero Jesús no le disputa la posesión de los Reinos y se limita a rechazar la oferta. ¿Y qué dice de los reyes y los señores? Una sola frase, pero suficiente: «Los Reyes de las gentes se enseñorean de ellas; y los que tienen el poder se hacen llamar bienhechores. Que no sea así entre vosotros» (Lucas XXII, 25). ¿Se abstuvo alguna vez Jesús de llamar hipócritas y «sepulcros blanqueados» a los sacrificadores y a los príncipes de los sacerdotes y a las autoridades del templo? ¿Se abstuvo de llamar «zorro» al rey Herodes? ¿Y por qué su respuesta al gran sacerdote le valió una bofetada del servidor del gran sacerdote? Y cuando se halló en presencia de Poncio Pilatos muy desde arriba debió de mirarlo para obtener esta respuesta: «¿Sabes que puedo hacerte crucificar?». Si Cristo enseñó que debemos someternos en todo a las autoridades como si fueran la voz de

Dios, ¿cómo es posible que su vida toda sea de protesta contra las injusticias de las autoridades civiles y religiosas, y que su resistencia le valiera la condena y la muerte? Nunca inclinó la cabeza ni dobló la rodilla frente a ninguna autoridad civil o religiosa. Discutió con todas las autoridades y afirmó la suya como proveniente de Dios, cosa que no le impidió evitar la revuelta y rehusar la corona. «¿Con qué autoridad haces estas cosas?», le preguntan quienes tienen la autoridad oficial. Y Jesús les responde con milagros, con milagros que son desafíos. ¿Qué es lo más sencillo? ¿Responder sí o no, o hacer que ande el paralítico? «Para que todos sepan que el Hijo del Hombre tiene toda autoridad: levántate, toma tu camilla y anda». Ésta es una respuesta. Y la respuesta llega hasta la cruz.

Recordemos que Cristo dijo: *Ninguno puede servir a dos maestros: porque o aborrecerá al uno, y amará al otro; o se entregará al uno, y al otro despreciará. No podéis servir a Dios y a las riquezas* (Mateo VI, 24). Si la sentencia es válida con respecto a las riquezas, ¿cómo no habría de serlo con respecto a César? Y esto corrige definitivamente el sentido de la respuesta acerca del deber santo de pagar tributo. ¿A quién pertenece la moneda, de quién es el sello? De César. Devolvédsela, pero retengámonos a nosotros mismos, porque somos de oro y llevamos otra efigie, que es la imagen y semejanza de Dios. Por consiguiente, a Dios es a quien hemos de entregarnos por entero. A nosotras, que no tenemos una moneda en el cinto ni una piedra donde posar la cabeza, ¿por qué venís a hacernos preguntas que no nos conciernen? Puesto que poseéis el dinero, seguiréis el juego según las reglas de vuestro juego. Y puesto que venís en nombre de los fuertes, debéis inclinar la cabeza ante la razón del más fuerte.

Y los enviados de los fariseos y los sectarios de Herodes debieron retirarse confundidos y hasta maravillados (*mirati sunt*) por lo que habían oído. Y cada uno se marchó por su lado, ya que se despreciaban entre sí. En efecto, los primeros representaban la resistencia nacional por deber religioso y los segundos pensaban que la colaboración con la fuerza de ocupación era la única manera de salvar lo que podía salvarse de la desdichada patria. Sólo contra Jesús poníanse de acuerdo, contra el que se presentaba como Mesías: los primeros porque no encontraban en él la gloria militar que esperaban de su liberador, los segundos porque preferían la victoria del compromiso y consideraban con recelo a todo quien se anunciara como Mesías.

Con su respuesta, Jesús demuestra su soberana indiferencia ante las discusiones políticas y la lucha nacional. Nunca tomó partido ni llegó a pronunciarse en este sentido. Sin embargo, ése era un problema ardiente por aquella época, puesto que las revueltas estallaban en todos los rincones de la comarca y los zelotes se agitaban, a tal punto que algunos decenios después se consagrarían a la destrucción total de su patria demasiado amada. No significa ésto que Jesús mirara con indiferencia la suerte de su pueblo y que no lo amara. En más de una ocasión habla de Israel con ternura y orgullo, y llora sobre la ruina de Jerusalén, que siente inminente.

Por qué se mantiene aparte de la refriega. si no porque en la refriega la justicia y las yerros se mezclan, y los mismos crímenes se cometen de una y otra parte. ¿Qué ventaja habrá en seguir una causa justa si ello implica intrigar, mentir, matar, torturar y hacerse cómplice de quienes creen que es deber suyo perpetrar semejantes abominaciones? Jesucristo, que acabará arrastrado a la presencia de Poncio Pilatos y denun-

ciado como sedicioso, se mantiene tan apartado de los rebeldes como de los opresores; y así es el único rey en su reino de entonces.

Pero, ¿cómo tomar entonces las palabras de san Pedro y san Pablo, y los prudentes consejos que dan a sus ovejas?: inclinados ante los que mandan, no por temor sino por cuestión de conciencia. ¿Será contraria su enseñanza a la de Cristo? Pero ante todo: su enseñanza sobre este asunto ¿estará completa en las epístolas en cuestión? ¿No exigirá un complemento? Sí, y precisamente un complemento que es la faz opuesta. Ya que por claras que sean las palabras, las obras tienen otro alcance. Cuando san Pedro y san Pablo y todo el ejército de los santos mártires marcharon a la muerte por haber negado homenaje a los ídolos —y entre otros al ídolo César—, probaron definitivamente e irrecusablemente que no tomaban toda orden del príncipe y de los magistrados por intimación de Dios. Y la imagen que nos transmitieron de Cristo agonizante en la cruz entre dos ladrones demuestra bien a las claras que el magistrado servidor de Dios para bien nuestro, el que no lleva la espada en vano, no zahiere solamente a quienes hacen el mal, sino también a quienes hacen un bien insólito y desmesurado.

Y ahora, para volver a la epístola de Pedro: «Siervos, sed sumisos a vuestros señores con todo temor, no tan solamente a los buenos y moderados, sino aún a los de carácter difícil. Pues es una gracia el que, cuando se sufre injustamente, las aflicciones sean soportadas porque la conciencia va hacia Dios. Porque, ¿qué gloria hay en soportar malos tratos cuando son debidos a haber cometido faltas? Mas si haciendo bien, sufrís con paciencia, ésta es gracia delante de Dios. Pues para esto fuisteis llamados, puesto que Cristo padeció también

por vosotros, dejándoos un ejemplo, para que sigáis sus pisadas... Él que llevó vuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que muertos a los pecados vivamos por la justicia». Evidentemente no es una invitación a la aceptación cobarde. Nada más noble que semejantes palabras, nada más justo y profundo que semejante enseñanza. Y estas palabras deben ponernos en guardia contra todo espíritu revolucionario. No ha sido por azar que este espíritu haya combatido y reemplazado en parte el gran soplo cristiano. Es el espíritu menos cristiano que pueda darse: consiste en hacer de todas las injusticias del mundo un tema de irritación ciega que llega a perturbar nuestro espíritu, a inspirarnos juicios temerarios y audaces con respecto a gentes y acontecimientos que están fuera de nuestro alcance; en resistirse incesantemente; en no aceptar ninguna disciplina porque creemos tener en nosotros, por mediocres y pecadores que seamos, la última palabra de toda justicia y de toda verdad; en suponer que esta justicia y esta verdad se expresan mediante nuestra opinión o más bien mediante la opinión que defendemos, porque ni es nuestra ni de los demás, es sólo un fardillo de ilusiones y brutalidades comunes y se opone a algún otro fardillo de ilusiones y brutalidades comunes, y de esta pugna no resulta ninguna verdad, sino nuevas injusticias que se llaman guerra o revolución. Y los regímenes injustos son reemplazados por otros que nos los hacen echar de menos, porque los jefes que logran el poder con toda suerte de medios dudosos, cuando no criminales, no valen más que los derrocados.

¿Habrà que ceder al escàndalo de la injusticia establecida oficialmente? ¿Habrà que resignarse a ver los pueblos oprimidos y engañados? («Siempre tenemos bastante valor pa-

ra soportar las desgracias ajenas », observaba irónicamente un moralista). ¿Debemos soportarlo todo sin comprender, o llega un momento en que no tenemos ya el derecho de soportar? Si un ladrón me arrebatara la capa debo entregarle también mi túnica. Pero, ¿quiere decir esto que si un libertino me arrebatara a mi mujer, tendré que cederle también a mi hija?

¿Como luchar contra la injusticia? ¿Cómo resistirse a ella? Sepamos ante todo que es preciso combatirla, que es preciso denunciarla, que es preciso resistirse a ella, que no es preciso aguardar hasta que su tiranía gravite sobre nosotros para encontrarla mala. Y después sepamos que es preciso combatirla con medios justos, ya que no podemos combatir la injusticia con la injusticia, ni la violencia con la violencia. Porque nadie podrá decir que hace la guerra a la guerra haciendo la guerra, porque nadie podrá juzgar a los criminales de guerra cuando él mismo es un criminal de guerra. ¿Cómo combatir la violencia sin violencia? ¿Cómo combatir la injusticia sin injusticia? «No debéis nada a nadie, salvo amaros unos a otros; pues quien ama al prójimo ha cumplido la Ley ». Pero nada de extraño hay en amar a quienes nos aman y nos hacen el bien. También las prostitutas aman a quienes les aman y les pagan, y las bestias salvajes aman a sus crías. Pero amad a vuestros enemigos, no consideréis que todo el mal está en vuestros enemigos, que vuestro enemigo encarna al diablo y el espíritu del mal. Sabed que el mal es el enemigo de vuestro enemigo, como lo es de vosotros. El mal es la *inconsciencia*. Y sabed que quienes cometen el mal, los violentos, los tiranos, los codiciosos, los incendiarios, los que bombardean ciudades abiertas, son inconscientes. Procurad combatir su inconsciencia: tratad de llevarles a la conciencia por todos vuestros medios: mediante

la palabra, mediante vuestras obras escritas, y mucho más eficazmente por medio de la acción y el sacrificio. Mirad como entró en liza la obra de Gandhi, nuestro Maestro, y como logró confirmar siempre las palabras citadas del apóstol: « toda autoridad es de Dios ». « Siempre me he considerado —dice Gandhi— un servidor leal del imperio ». « Honrad a quienes merecen honra ». Y recordad con qué cortesía y a la vez con qué altivez recibió Gandhi las condenas de los jueces. « Me honráis demasiado —les dice— si me dais el mismo castigo que a mi Maestro venerable, que antaño recibió de vosotros seis años de prisión ». ¿De qué han dependido sus éxitos? De que guió a sus enemigos hasta la comprensión de su propia injusticia, de que les hizo sentir asco de sí mismos por su obra de verdugos, de verdugos de una víctima que no se resiste y se ofrece por sí sola al sacrificio, que no aguarda a que la prendan y ataquen sino que toma el barco, el tren, el camino para correr ante el suplicio, que exige a gritos que se le aplique la ley en todo su rigor, puesto que esta ley es mala, a fin de que quienes la han dictado y la aplican no puedan no ver hasta que punto es mala, monstruosa, idiota. Esto es lo opuesto del espíritu revolucionario, ésta es la resistencia interior, la resistencia y también el ataque, el filo del espíritu. Porque el espíritu es la espada, y no el sosiego. Porque el amor a la paz y el ardor en su establecimiento exigen tal vez tantas víctimas como la continuación de la guerra. Porque nada de valor obtienen en este mundo quienes no quieren pagar un precio.

II

LOS CONVIDADOS A LAS BODAS

*17 de octubre de 1947.
Calle Saint-Paul.*

REANUDEMOS el comentario en Mateo XXII, 1: *Y respondiendo Jesús, les volvió a hablar en parábolas, diciendo: Semejante es el reino de los cielos a cierto rey, que hizo bodas, mas no quisieron ir. Y envió sus siervos a llamar a los convidados a las bodas, mas no quisieron ir. Envío de nuevo a sus siervos, diciendo: Decid a los convidados: He aquí he preparado mi banquete, mis toros y los animales cebados están ya muertos, todo está pronto; venid a las bodas. Mas ellos lo despreciaron, y se fueron, el uno a su granja, y el otro a su tráfico. Y los otros echaron mano de los siervos, y después de haberlos ultrajado, los mataron. Y el rey, cuando lo oyó, se irritó; y enviando sus ejércitos, acabó con aquellos homicidas, y puso fuego en su ciudad. Entonces dijo a sus siervos: Las bodas ciertamente están aparejadas; mas los que habían sido convidados no fueron dignos. Pues a las salidas de los caminos y a cuantos hallareis, llamadlos a las bodas. Y habiendo salido sus siervos a los caminos, congregaron a cuantos hallaron, malos y buenos; y se llenaron las bodas de con-*

vidados. Y entró el rey, para ver a los que estaban a la mesa, y vio allí a un hombre que no estaba vestido con vestidura de boda. Y le dijo: amigo, ¿cómo has entrado aquí no teniendo vestido de boda? Mas él enmudeció. Entonces el rey dijo a sus ministros: Atadlo de pies y manos, arrojadle en las tinieblas exteriores: allí será el llorar y el crujir de dientes. Porque muchos son los llamados, y pocos los escogidos.

Historia que figura en términos más sucintos en Lucas XIV, 16: *Y él le dijo: Un hombre hizo una gran cena, y convidó a muchos. Y cuando fue la hora de la cena envió a uno de sus siervos a decir a los convidados que viniesen, porque todo estaba aparejado. Y todos a una comenzaron a excusarse. El primero le dijo: He comprado una granja, y necesito ir a verla: te ruego que me tengas por excusado. Y dijo otro: he comprado cinco juntas de bueyes, y quiero ir a probarlas: te ruego que me tengas por excusado. Y dijo otro: he tomado mujer, y por eso no puedo ir allá. Y volviendo el siervo, dio cuenta a su señor de todo esto. Entonces airado el padre de familia, dijo a su siervo: Sal luego a las plazas y a las calles de la ciudad, y tráeme acá cuantos pobres, y lisiados, y ciegos, y cojos hallares. Y dijo el siervo: Señor, hecho está como lo mandaste, y aún hay lugar. Y dijo el señor al siervo: Sal a los caminos y a los cercados, fuérganlos a entrar, para que se llene mi casa. Mas os digo, que ninguno de aquellos hombres, que fueron llamados, gustará mi cena.*

Tomemos primero el texto de Lucas, que es más sencillo. En Lucas como en Mateo, esta parábola forma parte de una serie de otras que constituyen un largo debate contra los Fariseos. En Mateo este discurso habría tenido lugar cerca de la Pascua, la Pascua de la condena. Su significado es muy claro, ya que pocas líneas más arriba uno de los comensales, después de oír sus palabras, dice a Jesús: *Bienaventurado el que comerá su*

pan en el reino de Dios. Trátase, por consiguiente, de ser convidado al reino de Dios, de tener una invitación expresa. Cosa de que gozaba el Pueblo Elegido, el pueblo de Israel, y en especial los jefes y sustentadores de ese pueblo. Pero usaron de la invitación como se dice en la parábola y como sin duda hacen todos los jefes y conductores de pueblos: creyeron que el título honorífico y el cargo a ellos atribuido les era debido por naturaleza, que esa misión no tenía otro fin que su beneficio y que a nadie habían de agradecerse. En Mateo, uno dice: he comprado un campo. Y otro: he comprado cinco yuntas de bueyes. Y el tercero: me caso. He comprado un campo: o sea que mis posesiones me bastan y sobran. Tengo cinco yuntas de bueyes y debo probarlas: o sea que tengo trabajo de qué ocuparme. El tercero no se excusa siquiera. Sencillamente dice: acabo de casarme y eso me impide ir. El tercero es quien tiene deberes familiares y busca su propia complacencia. Pero en Mateo, el tercero no solo no se excusa sino que además maltrata al mensajero. En verdad, el mensajero ha llegado para transtornar sus tranquilos hábitos y sus comodidades. Por eso el señor manda llamar a los cojos, los inválidos, los ciegos, o sea a los imbéciles, los malvados, los ignorantes. Y se los llevan en gran número. Pero el número es aún insuficiente, ya que vuelve a mandar a su servidor a que busque en caminos y cercados a todos los pazguatos, a todos los tardíos, a todos los perezosos, y los fuerza a entrar. Pero aquellos a quienes había convidado antes no entraron.

En Mateo hay un detalle digno de atención: Ante todo, es cosa digna de atención que el rey, sin duda alguna imagen de Dios, se presente según la imagen habitual en la Biblia: no como un anciano benévolo, sino como un rey majestuoso y te-

rrible. Este rey no entiende que el honor que hace a quienes llama pueda menospreciarse y envía sus tropas, hace perecer a los asesinos y quemar sus ciudades. Y cuando entra para ver a los comensales, encuentra a un hombre que no estaba vestido con el traje de las bodas. En los antiguos banquetes era costumbre lavarse pies y manos al entrar en la casa amiga. y los servidores cubrían al convidado con una túnica blanca o bordada y lo coronaban de flores. Pero aquí aparece un hombre sin la túnica del banquete. Se nos ha advertido ya que se ha forzado a entrar a personas escogidas al azar. *Ha entrado allí cualquiera, pero no de cualquier modo.* Todos han sido llamados, todos los que quieren pueden entrar, y aún los que se niegan son obligados. Pero si el invitado del último minuto comete la misma afrenta que los invitados de la primera hora y persiste en ignorar dónde se encuentra, quién es el que lo llama y quién lo convida; si no sabe que para presentarse a la mesa del rey ha de prepararse, purificarse, lavarse las manos y los pies y el resto, y cubrirse con la túnica de los festines nupciales (y reparad bien: no sencillamente el ropaje que cada uno habrá llevado de su propia casa, sino el ropaje que le será dado en la casa misma del Señor, la túnica que es digna del Señor y proviene de él), ese hombre deberá explicar el porqué de esa actitud suya ante la majestad del Rey, el porqué de esos pies y manos sucias. Y si no sabe qué responder, se le echará fuera atado de pies y manos, será arrojado a las tinieblas exteriores, « porque —se nos dice— muchos son los llamados y pocos los escogidos ».

La multitud es llamada; innumerables son los llamados, todo el mundo es llamado, como no deja de advertirlo Lucas. Y aún son llamados por la fuerza. Pero pocos son los escogidos,

pues para ser escogidos, al revés de lo que suele decirse, debemos escogernos a nosotros mismos, debemos purificarnos por nosotros mismos. Si somos ciegos o cojos no es porque hayamos escogido el cuerpo ciego o cojo. Y poco importa que seamos ciegos o cojos y pobres, o sea ignorantes, imbeciles y faltos de cualidades. El rey no expulsa a quienes ve ante su mesa, *buenos o malos*, como dice Lucas, sino que expulsa a quien está *sucio*. Pues en nuestras manos está el limpiarnos y ataviarnos y aderezarnos para responder a la invitación real. Al contrario de lo que suelen decir las interpretaciones de estos pasajes, es necesario comprender que el rey no se conduce aquí con arbitraria tiranía, prefiriendo a unos y odiando a otros por su condición. Mediante la elección, motivada no por quien escoge, sino por quien es escogido, restablece la justicia en la bondad.

Las tinieblas exteriores nos explican qué entiende Jesús por el Infierno: « las tinieblas exteriores donde hay llorar y crujiir de dientes » son lo opuesto de la luz interior, donde hay serenidad y alegría. En las tinieblas exteriores, nos debatimos y andamos a tientas, pero desdichados de nosotros si una vez llamados a la luz nos precipitamos de nuevo a las tinieblas *atados de pies y manos*, porque no hemos sido dignos, porque no hemos encontrado bueno el ser dignos. Si queremos entrar en el festín es necesario que *salgamos del exterior, que salgamos de las tinieblas exteriores y nos recojamos en nosotros mismos*. Y unas páginas más arriba Jesús dice a quienes preguntan si hay muchos elegidos, con una respuesta brusca como un latigazo: « Esforzaos en entrar por la puerta angosta; porque os digo que muchos procurarán entrar, y no podrán » (Lucas XIII, 24). Ahora bien, qué puede ser más estrecho, más pequeño, más

oculto que el centro interior, escondido a los ojos de todos y a nuestros propios ojos: el punto invisible que se llama *yo*. Por ese punto minúsculo, « más pequeño en el corazón que el germen de un grano de mijo, más grande que todos los mundos », dice Shandilya, por ese punto debemos pasar para entrar en la luz inmensa donde nos aguarda el banquete preparado por el Señor de los Espíritus. Pues solo en ese punto infinitamente pequeño encontraremos una semejanza válida y un contacto real con la Inmensa Unidad que es el centro de todo, que es el Ser en sí. Y gracias a ese punto sin imagen somos imagen de Dios. Recogiéndonos en él podremos recogernos en Dios. Porque Dios es quien dice: *Soy*. Así al menos se reveló a Moisés en la zarza ardiente: « Ve y di a los hijos de Israel que soy Iœ Hœ Wœ Hœ, como habrá de llamárseme de edad en edad ». *Iœ Hœ Wœ Hœ* es mi nombre, que no ha sido revelado a Abraham ni a Jacob. Los antiguos patriarcas me conocieron como el Todopoderoso, pero yo soy I H W H o laweh. La palabra hebrea se pronunciaba como acabo de indicarlo, formada de cuatro letras, o bien se pronunciaba Yawœ, al menos según los griegos del 1^{er} siglo. Los samaritanos lo pronunciaban así y los judíos lo llamaban lao o lahu. Es la palabra que a partir del siglo XVI pronunciamos impropriamente Jehová. ¿Y qué significa esta palabra? Quiere decir: *Él es*. Ve a decir a los hijos de Israel que mi verdadero nombre es *Él Es*. Soy el que es, Soy el que *soy*. Esa palabra en inefable, estaba vedado pronunciarla en vano o incluso quizás pronunciarla en general, por temor de pronunciarla en vano, por temor de encontrarse súbitamente en la luz de ese nombre sin la túnica del festín nupcial.

III

EL HIJO PRÓDIGO

*25 de octubre de 1947.
Calle Saint-Paul.*

VAMOS a emprender Lucas XV, 1: *Y se a acercaban a él los publicanos, y pecadores, para oírle. Y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: Éste recibe pecadores, y come con ellos. Y les propuso esta parábola, diciendo: ¿Quién de vosotros es el hombre, que tiene cien ovejas, y si perdiera una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto, y va a buscar la que se había perdido, hasta que la halle? Y cuando la hallare, la pone sobre sus hombros, gozoso; Y viniendo a casa, llama a sus amigos y vecinos, diciéndoles: Dadme el parabién, porque he hallado mi oveja, que se había perdido. Os digo, que así habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepienta, que sobre noventa y nueve justos, que no han menester arrepentirse.*

O, ¿qué mujer que tiene diez dracmas, si perdiera un dracma, no enciende el candil, y barre la casa, y la busca con cuidado hasta hallarla? Y después que la ha hallado, junta a las amigas y vecinas, y dice: Dadme el parabién, porque he hallado el dracma que había

perdido. Así os digo, que habrá gozo delante de los ángeles de Dios por un solo pecador que se arrepienta.

Mas dijo: Un hombre tuvo dos hijos: Y dijo el menor de ellos a su padre: Padre, dadme la parte de la hacienda que me toca. Y él les repartió la hacienda. Y no muchos días después, juntando todo lo suyo el hijo menor, se fue lejos a un país muy distante, y allí malgastó todo su haber, viviendo disolutamente. Y cuando todo lo hubo gastado, vino una grande hambre en aquella tierra, y él comenzó a padecer necesidad. Y fue, y se arrimó a uno de los ciudadanos de aquella tierra. El cual lo envió a su cortijo a guardar puercos. Y deseaba henchir su vientre en las mondaduras que los puercos comían; y ninguno se las daba. Mas volviendo sobre sí, dijo: ¡Cuántos jornaleros en la casa de mi padre tienen el pan de sobra, y yo me estoy aquí muriendo de hambre!. Me levantaré, e iré a mi padre, y le diré: Padre, pequé contra el cielo, y delante de tí; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo, hazme como a uno de tus jornaleros. Y levantándose se fue para su padre. Y como aún estuviere lejos, le vio su padre y se movió a misericordia; y corriendo a él le echó los brazos al cuello, y le besó. Y el hijo le dijo: Padre, he pecado contra el cielo, y delante de tí; y no soy digno de ser llamado hijo tuyo. Mas el padre dijo a sus criados: Traed aquí prontamente la ropa más preciosa, y vestidle y ponedle anillo en su mano, y calzado en sus pies; Y traed un ternero cebado, y matadlo; y comamos, y celebremos un banquete. Porque éste mi hijo era muerto, y ha revivido; se había perdido, y ha sido hallado. Y comenzaron a celebrar el banquete. Y el hijo mayor estaba en el campo; y cuando vino, se acercó a la casa, oyó la sinfonía y el coro. Y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello. Y éste le dijo: Tu hermano ha venido, y tu padre ha hecho matar un ternero cebado, porque le ha recobrado salvo. Entonces se indigno y no quería entrar. Mas saliendo el padre, comenzó a rogarle. Y él respon-

dió a su padre, y dijo: He aquí tantos años que te sirvo, y nunca he traspasado tus mandamientos, y nunca me has dado un cabrito para comerle alegremente con mis amigos. Mas cuando vino éste tu hijo, que ha gastado su hacienda en ramerías, le has hecho matar un ternero cebado. Entonces el padre le dijo: Hijo, tú siempre estás conmigo, y todos mis bienes son tuyos. Pero razón era celebrar un banquete, y regocijarnos, porque éste tu hermano era muerto, y revivió; se había perdido, y ha sido hallado.

Tres historias sobre el mismo tema. Y el tema está expuesto dos veces: *Habrás más gozo en el cielo por un pecador que se arrepienta, que sobre noventa y nueve justos, que no han menester arrepentirse.* Sentencia que, como muchas otras en el Evangelio fulgura como una paradoja increíble. No debemos atenuar su brillo, pero sí procurar entenderla, cosa difícil a la luz de la razón y de la moral. Pero ya sabemos nosotros por el comentario que hemos seguido hasta aquí que la luz de la razón y de la moral no es la luz que surge del Evangelio. Es una luz diferente, muy diferente y casi opuesta. Las tres parábolas simbolizan, como todo el mundo puede entenderlo, la pérdida y el retorno del pecador. Pero no son la misma cosa reiterada tres veces: las tres iluminan diferentes aspectos del pecado. La oveja, el dracma y el hijo son tres aspectos de pecador, tres tipos de pecador, tres motivos para pecar y perderse. La oveja representa al pecador carnal, la oveja es una pobre criatura temerosa, sin dirección, sin inteligencia. Debe permanecer sujeta a la norma y no salir del rebaño, pues de lo contrario se perderá: y el menor alejamiento, el menor esfuerzo hacia la independencia la arrojará entre las zarzas y por los barrancos. El cuerpo es una oveja y debe seguir el rebaño de cien ovejas, en número completo y pleno, donde ninguna se separe de las

demás ni supere a las demás: es preciso que ninguna oveja se considere pastor, es preciso que ninguno de nuestros órganos se considere cabeza. Las enfermedades del cuerpo no siempre provienen del crecimiento parasitario de elementos extraños y minúsculos. Si un órgano cualquiera adquiere primacía y con él los deseos y gustos que le son propios, la enfermedad gana no ya el cuerpo sino el ser todo. El hombre cuyo vientre o cuyo sexo pasa de elemento de nutrición o reproducción a órgano parásito, a órgano tirano, a órgano pastor del rebaño, es un hombre enfermo en su ser. El pecador carnal es un pecador pequeño. El terrible don Juan dice de sí, no sin orgullo: Soy un pecador terrible. Pero no es, en verdad, más que un ínfimo pecador, una pobre oveja. Su pecado es casi desdeñado y como olvidado por el Pastor que lo encuentra, lo recoge en su debilidad mísera y balante, lo carga sobre los hombros y se lo lleva con alegría.

Pero el dracma representa a un gran pecador, porque el dracma lleva la efigie del rey. Es de oro, es el pecado de la inteligencia, es el pecador en que la inteligencia es un parásito, un tirano. Tan fuerte es en él la inteligencia, tan ávida, tan impaciente, que en su interior es como una araña que todo lo devora para satisfacerse, que todo lo reduce a sí misma. Y ya sabéis que la inteligencia puede comprenderlo todo, salvo lo esencial. La inteligencia es la punta del hombre, su cumbre más alta, pero una cumbre deja de ser una cumbre si no tiene base. Es el más valioso, el más noble, el más eficaz de todos los instrumentos y el más peligroso de los maestros; y nada lleva tan rápido al error como la ilusión de creer que todos los problemas pueden resolverse mediante el intelecto. No hay lujuria más dañosa que la complacencia en sí misma de la in-

teligencia. Los Muy Inteligentes son como dracmas perdidos a través de la historia: los Hegel, los Kant, los Marx. Y además todos los inventores de sistemas, todos esos saciados de saber que engordamos para que muy pronto acaben destruyéndonos y destruyendo nuestro mundo, después de alterar nuestra paz y pervertir nuestras tradiciones y esterilizar y vaciar nuestra vida interior. La mujer es quien encuentra el dracma, quien busca el dracma hecho a imagen del Señor; es la mujer, y para llamarla por su nombre es la divina sabiduría, que encuentra el dracma después de encender la lámpara para buscarlo con ella, con esa luz que no brotaba del dracma, aunque la moneda era de oro; con esa luz, con ese conocimiento de lo esencial que el dracma había ignorado siempre, puesto que la luz del dracma es sólo una luz refleja, como la luz de la inteligencia no es sino un reflejo. Y cuando desaparece la fuente de la luz es un reflejo perdido, enterrado, caído entre el polvo y los desechos en el fondo de la casa. La mujer busca en todos los rincones, barre la casa, purifica. Y así se hace la luz, así se resuelven los problemas, cambiando de estado, saliendo de nuestra propia oscuridad, barriendo la cámara, encendiendo la lámpara: y así encontramos el dracma de oro y nos alegramos cuando lo hemos encontrado, ya que es precioso, bueno, útil, hermoso.

El tercero perdido es el hijo. El hijo es el pecador por ambición, por curiosidad, por espíritu de aventura: es el hijo pródigo. ¡Prestad atención, porque el hijo pródigo es nuestro siglo y somos nosotros!. Toma su parte, se marcha al país lejano, al mundo exterior que desea explorar, conocer, dominar; y disipa todo su haber, toda su riqueza. Mas por haber querido demasiado, ya le tenemos víctima del hambre; por haber jugado al generoso, ya le tenemos caído en la servidumbre. Se ha con-

vertido en el último de los siervos, en el porquero, el siervo de los puercos. Ya querría alimentarse con el mismo alimento de los puercos, con las garrofas, que son unas vainas azucaradas y huecas. Él, el ambicioso, el codicioso de gloria, el curioso, ya querría encontrar el alimento de los puercos: con las pobres alegrías del cuerpo. Pero eso ya no está a su alcance. Entonces *vuelve sobre sí*, como dice vigorosamente el texto, y piensa: Hasta el último siervo de mi padre tenía pan en abundancia. Volveré a él y le diré: indigno soy de llamarme hijo tuyo. Este razonamiento nos demuestra qué humano es en el arrepentimiento el hijo pródigo, lo cual significa que para arrepentirse y cambiar de vida solo debemos usar un poco de buen sentido. El hijo pródigo no regresa a su padre arrastrado por un ímpetu de gran amor. No. Se dice: ¡imbécil de mí!. Y basta con ello. Vuelve y hace lo que debió hacer. Y llegado el momento, repite lo que proyectó decir, pero lo repite con el sollozo liberador: Padre mío, he pecado, he pecado, no soy digno de llamarme hijo tuyo, haz de mí el último de tus servidores. Tal arrepentimiento nace en él porque en lugar del juez severo que esperaba encontrar ve a un padre lleno de amor. El padre se precipita hacia él y lo besa en la nuca. La boca del padre es el canal de la verdad; la nuca del hijo es el lugar donde ha de asentarse el yugo. La sumisión al conocimiento de su estado bastó para lograr la reconciliación con el padre. Después de lo cual, el hijo se reviste con la túnica de que hablábamos la última vez, la túnica que proviene de la casa del padre, la túnica que cubre y blanquea. Y le dan el anillo de los esposos y las sandalias, para protegerlo a partir de entonces contra la tierra y las inmundicias. Empieza la música y se sirven los manjares. De todo hay en la casa del padre: todo lo que el hijo ha

buscado fuera sin encontrarlo. Las orgías en que ha disipado su haber son incomparables con la música del festín. Y las grandes juergas que poco a poco se transformaron en garrofas, ¿qué son junto al ternero cebado? Y todo esto es injusto, indebido, inmerecido. Es lo que piensa el hijo que trabajaba en los campos, el que cumplía con su deber, el que nunca había olvidado su deber. ¿Qué es todo este ruido? ¿Qué estoy oyendo? ¿Que músicas son éstas? ¿Qué hace mi padre? ¿Qué ha sucedido? Y el servidor le explica: Es tu hermano; ha vuelto. ¡Vaya!. El rostro del hermano no es el del padre. Se niega a entrar en la sala. El padre sale, lo llama. «¡Cómo!. Estoy en los campos todos los días, trabajo todos los días (que difícil es no adquirir un tono vulgar al decir estas cosas), yo, yo, me fatigo todos los días y éste, este granuja resuelve volver y todo han de ser fiestas para él. ¡Nunca me has dado a mí un cabrito para comerlo con mis amigos! ». Este es el justo que se muestra y se traiciona, porque la justicia no es a veces más que la herida por donde escapa la maldad de los buenos. Por justicia, por deber, por razón ha trabajado el bueno hasta ese día. Y el padre le dice: Hijo mío, tú estabas todos los días a mi lado. Él estaba todos los días junto a su padre, y todo lo que pertenece al padre le pertenece, él participaba de la justicia del padre ¿y no le bastaba con ello? Quería una recompensa, una pequeña recompensa, ya que su trabajo era pan él una fatiga que exigía compensación: quería el hijo del chivo, el cabrito: un pequeño momento de abandono, poco arriesgado y que no llevara lejos, una cana al aire que lo aliviaría, que olvidaría en seguida y gracias a la cual olvidaría de cuando en cuando su condición de justo.

La figura de este justo cubre la de las gentes a quienes se

dirige Jesús, la de quienes le reprochan que se ocupe de los malos porque ellos mismos se creen buenos. Debemos observar que Jesús nunca regaña a los malos, ni los abruma, como otros profetas antes que él, con reproches sangrientos y anuncios de catástrofes. Son los otros, los sepulcros blanqueados, los hipócritas, los doctores de la ley, los puros, los perfectamente contentos y satisfechos de sí mismos, los seguros de su salvación, éstos son el objeto continuo de sus azotes e imprecaciones.

Y ahora que hemos aclarado un poco el aspecto humano de este problema, preguntémosnos: ¿por qué hay en el cielo mucha mas alegría por un pecador arrepentido que por noventa y nueve que no necesitan de arrepentimiento? Porque una ley extraña hace que el pecador sea quien muestra, y por lo tanto conoce, su falta. Y el pecador arrepentido es ciertamente el que reconoce su falta, el que se recoge en sí mismo y se vuelve a la luz. Mientras que el justo es quien esconde sus pecados, los hunde en el fondo de sí mismo, los olvida y acaba por creer lo que los demás creen: que es perfecto. Pero existe algo más, algo infinitamente más profundo: que el pecado, o sea el desarrollo exterior de todas las fuerzas ocultas, representa un desarrollo de vida multiplicada. A tal punto que el retorno del pecador, y no del pecado, la recuperación de esas fuerzas abandonadas, la vuelta a sí mismo tras el viaje por comarcas lejanas regocija al Creador: pues ese movimiento de huída y retorno aumenta a su manera el gran movimiento de la creación. Por lo tanto, el sentido mismo de la creación se revela en la paradoja máxima que hemos formulado: «hay más alegría». Y como prueba tenemos el pasaje correspondiente en Mateo XVIII 11: «Porque el Hijo del hombre vino a salvar lo

que había perecido. —¿Qué os parece? Si tuviere alguno cien ovejas, y se descarriare alguna de ellas, ¿por ventura no deja las noventa y nueve en los montes, y va a buscar aquella, que se extravió? Y si aconteciere el hallarla, dígoos en verdad, que se goza más de ella, que con las noventa y nueve, que no se extraviaron. Así, no es la voluntad de vuestro Padre, que está en los cielos, que perezca uno de estos pequeños». (Esto forma parte del discurso que Jesús dio con un niño en los brazos). No se trata, pues, de pecadores y la frase anterior dice: «Mirad que no tengáis a poco a uno de estos pequeños; porque os digo, que sus ángeles en los cielos, siempre ven la cara de mi Padre, que está en los cielos». Trátase sobre todo de la inocencia, de aquellos cuya esencia aún subsiste en el Creador, y el extravío de que se habla no es un pecado, sino tan sólo el vivir. Porque todo viviente es un extraviado, alguien que ha salido de la cuna y busca en las tinieblas exteriores su camino para encontrarlo libremente algún día. Pues es voluntad del Padre que todos, hasta el último de los pequeños se reúnan en el fin.

IV

SAN JUAN BAUTISTA Y LA IGLESIA INVISIBLE

31 de octubre de 1947.

Calle Saint-Paul.

VOLVAMOS al Evangelio de Juan, que hemos dejado durante tan largo tiempo y retomemos Juan III, 25: *Entre los discípulos de Juan y los judíos surgió una discusión acerca de la purificación. Y fueron a Juan, y le dijeron: maestro, el que estaba contigo de la otra parte del Jordán, a quien tú diste testimonio, mira que él bautiza, y todos vienen a él. Respondió Juan y dijo: No puede el hombre recibir algo, si no le fuere dado del cielo. Vosotros mismos me sois testigos de que dije: Yo no soy el Cristo, sino que soy enviado delante de él. El que tiene la esposa es el esposo. Mas el amigo del esposo, que esta con él, y le oye, se llena de gozo con la voz del esposo. Así pues este mi gozo es cumplido. Es necesario que él crezca y que yo mengüe. El que de arriba viene, sobre todos es. Y lo que vio, y oyó, eso testifica y nadie recibe su testimonio. El que ha recibido su testimonio, confirmó que Dios es verdadero. Porque el que Dios envió, las palabras de Dios habla; porque Dios no le da el espíritu por medida. El Padre ama al Hijo; y todas las cosas puso en sus manos. El que cree en el Hijo*

tiene vida eterna; mas el que no da crédito al Hijo, no verá la vida, sino que la ira de Dios será sobre él.

Todo lo que se refiere a Juan Bautista nos toca muy de cerca, porque es nuestro santo patrono. El más grande de los nacidos de mujer, Juan Bautista, tiene en el Evangelio un sitio único: podemos decir que tiene el primer puesto después de Cristo. De otros santos, inclusive de la virgen María, Madre de Jesús, sólo se dicen algunas palabras aquí y allá. Pero sobre Juan hay páginas enteras. Y desde el principio, desde la página inicial y capital del Evangelio de Juan, se afirma la grandeza del Bautista: «Éste vino en testimonio, para dar testimonio de la luz». Y los demás Evangelistas también hablan de él ya en las primeras páginas. Ni Juan el Bienamado, ni Pedro, a quien Jesús confió las llaves, aparece descrito ni exaltado como Juan Bautista. Durante el Confiteor, cuando la Iglesia enumera los santos, le sitúa inmediatamente después de san Miguel Arcángel, que no era hombre, y antes que san Pedro y san Pablo, los más grandes apóstoles. La Iglesia sitúa su festividad en el otro extremo del año, simétricamente con la Navidad de Cristo: la de Jesús ocurre en los umbrales del invierno, la de san Juan en los umbrales del verano. Y si la tradición cristiana ha tomado, para tejer con ellos un manto real, los mitos y significaciones solares de las religiones antiguas, los misterios de Egipto, Grecia, Caldea y tal vez de la India y la China, si Cristo se revistió de significaciones solares podemos decir otro tanto de Juan Bautista y hasta esas palabras que acabamos de leer, «Es necesario que él crezca, y que yo mengüe», pueden entroncar con la significación milenaria de las dos fiestas, puesto que sabéis que a partir de la noche de San Juan los días disminuyen y a partir de Navidad aumentan.

Ahora bien, ¿habéis advertido una cosa? Una cosa evidente: el más grande de los santos, situado por la Iglesia antes que los apóstoles e inmediatamente después de los arcángeles, san Juan Bautista, nunca fue cristiano. El pasaje que acabamos de leer lo explica y expresa con tal claridad que no podemos dudar. Juan Bautista trajo testimonio de Cristo, bautizó a Cristo, y después siguió predicando y enseñando, mas no siguió a Cristo ni fue discípulo suyo. Sus discípulos, como lo prueba la página que acabamos de leer, lo consideraban superior a Cristo, ya que decían: «El que estaba contigo de la otra parte del Jordán, de quien tú diste testimonio, mira que él bautiza y que todos vienen a él». Están indignados. Como buenos discípulos, encuentran que es una injuria a su maestro erigirse en maestro. Y el Maestro es quien debe calmarlos reiterando su testimonio y afirmando la perfección de su alegría.

Juan Bautista es una figura universal, es la figura del profeta, del asceta y del santo, del maestro espiritual independiente. El lugar que la Iglesia y el Evangelio le conceden prueba que esta independencia no significa rebelión, herejía, error. Hay otras palabras en el Evangelio para afirmar que el propio Cristo admitía esta posición de independencia. En determinado momento, los discípulos hablan de un hombre que hacía milagros y predicaba en nombre de Jesús, y no era de sus discípulos. Preguntan a Jesús si deben hacerlo callar. Pero Jesús los disuade. Es cierto que dice: «Quien no está conmigo, está contra mí», pero en otra parte dice: «Quien no está contra mí, está conmigo»; y más aún: «Tengo otras ovejas en otros rebaños, mas al fin sólo habrá un rebaño y un pastor». Sí, pero dónde y cuándo. Es en este siglo y sobre esta tierra donde sobrevendrá ése «al fin». Sabemos, y la Iglesia nos lo enseña,

que existe una Iglesia Invisible junto a la Iglesia visible: esta Iglesia Invisible está formada con todas las demás ovejas que moran en otros rebaños y se reunirán «al fin».

De modo que existen otros rebaños junto al nuestro. Y así como estamos seguros de que no todos los de nuestro rebaño (todos los que dicen Señor, Señor) entrarán en las praderas eternas, así debemos creer (y esperar firmemente) que quienes pertenecen a otros rebaños no son malditos y condenados.

Si nos negamos a afirmar la superioridad de nuestra religión no es ciertamente por falta de fervor o de fe, sino por discreción y porque no creemos en la legitimidad ni en la eficacia de la discusión. No la creemos legítima, porque no podemos ser juez ni parte en el mismo proceso: Dios es el único juez en esta cuestión y debemos someternos a él. No la creemos eficaz, porque la discusión, con el apasionamiento que le acompaña, rebaja las cosas de la fe al nivel de las opiniones personales y daña el recogimiento, la humildad que permiten a los misterios revelar su sentido en nosotros y en los demás. Es más posible que de la discusión nazca la ira y el desprecio mutuo, más no la conversión. Pensamos así que nos conviene ocuparnos ante todo de las ovejas extraviadas de Israel, o sea de los errantes de nuestra religión, los tibios, los rebeldes, los abandonados.

Por lo demás, si probáramos que nuestra religión es superior a las otras no ganaríamos mucho: pues no basta que la religión cristiana sea excelente. Es preciso que seamos cristianos excelentes, y eso es lo que ha de salvarnos. Pero si somos malos cristianos estaremos dos veces perdidos, dos veces más si nuestra religión es dos veces santa, ya que «el siervo inútil

a quien más ha sido confiado será azotado con más golpes». Jesús lo dijo: «¡No es suficiente decir Señor, Señor!. No todo el que dice Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos». «Muchos me dirán aquel día: Señor, ¿acaso no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre hicimos muchos milagros? (si, milagros). Y entonces yo les diré claramente: No os conozco; apartaos de mí».

Pero si nos piden a nosotros, los cristianos, que respondamos si creemos que Jesús de Nazareth es en verdad el Hijo único de Dios, diremos sin vacilar: Sí. Responderemos que sí como cristianos y en general como hombres espirituales. Por respeto, por admiración que tengamos por las demás religiones, debemos destacar que ninguna de ellas ha situado a su fundador en el plano en que nosotros situamos a Jesús, ninguna ha afirmado que su fundador es el Hijo único de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, Dios él mismo.

Los demás fundadores de religiones no se sitúan en la categoría de Cristo sino en la de Juan Bautista: como él, son profetas o ascetas. El tipo más acabado es el profeta Mahoma, a menudo confundido con un impostor y que sin embargo se caracteriza por su lealtad absoluta, tan modesta, tan justa como la de san Juan Bautista. El profeta nace como los demás hombres, es un hombre en que a veces sopla el viento del Espíritu. Cuando sopla el viento del Espíritu, se agita como un gran árbol y profetiza. Cuando el soplo lo abandona recae en su humanidad, y es otra vez falible. Cuando los prójimos de Mahoma le preguntan en su Consejo: «¿Nos interrogas sobre algo que te ha sido inspirado por el cielo?». El profeta les responde: «Os ruego que creáis que si algo me fuera inspirado por el cielo, os lo ordenaría y no tendríais más que obedecerme».

De modo que distingue claramente en sí lo que es inspiración de lo que no es inspiración. Y no oculta sus errores y sus faltas: por el contrario, sus discípulos las publican sin omisión y el mundo entero las conoce. Mas ello nada quita a la grandeza del profeta, o por lo menos a la santidad de la Voz que ha pasado a través de él.

De otra índole son los Avatares hindúes. Los Hindúes concibieron la Encarnación divina en un hombre y enumeran diez encarnaciones. Asimismo, el porvenir sigue abierto para innumerables encarnaciones. Afirman que toda vez que la justicia yerra en esta tierra o que la verdad se pierde, Dios se encarna en un jefe, un rey, un héroe. Ahora esperan la undécima encarnación, que tal vez ya ha sobrevenido para ellos. El prototipo de estos Avatares son Rama y Krishna. Son héroes legendarios. Creo que sus propios adoradores no tendrían gran dificultad en admitir esto: o bien nunca fueron hombres, sino tan sólo seres fabulosos, o bien la fábula recubrió a tal punto su humanidad que ya no sabemos lo que en verdad fueron. Por lo demás, poco importa a sus adoradores que hayan sido o no de carne y hueso, puesto que tampoco ellos creen en la carne y el hueso y consideran la naturaleza toda como una fábula y una fantasmagoría: Maya.

Otro tipo de Avatar es el yogui. Buda o Shankar. Los yoguis nacen como todos los hombres, son de la tierra y no lo ocultan. El yogui rompe a fuerza de luchas sobrehumanas su corteza para descubrir y llegar hasta su médula íntima y divina. Y cuando lo ha conseguido, «realiza» la encarnación.

Cristo no pertenece a ninguno de estos tipos. No creemos en él sólo a causa de la belleza, la verdad, la justicia de su doctrina. Creemos en él también por su naturaleza misma. El pri-

mer eslabón de su enseñanza es su nacimiento, y el último es su muerte en la cruz, más significativos, más importantes que las más importantes y significativas de sus palabras. Cristo es Palabra en sí y no un formulador de palabras, no un repetidor de palabras. El mismo se formula y dice, es Dios quien Le dice, Le quiere y Le suscitó. Si está vinculado a Dios o es canal y portavoz del Espíritu de Dios, no es por obra de su voluntad de hombre. Antes de su concepción misma, antes de tener voluntad o pensamiento o deseo de hombre, ya en el propio seno de su madre comienza su prédica. Y su mensaje continúa durante su vida entera: todos sus gestos, todos sus milagros, toda su vida póstuma, toda su vida anterior. Puesto que Él dice de Sí mismo: «Antes de que Abraham fuera, yo soy». Y continúa mediante las palabras y gestos que le place poner en todos los hombres inspirados, en todos los hombres concentrados, en todos los conversos, en todas las ovejas de todos los apriscos que al fin se reunirán en un solo rebaño.¹

Ahora bien, si esto es así ¿no puede decirse que el mensaje de Juan Bautista queda desfasado desde que aparece el Cristo?

Es verdad en cierto sentido y el propio Juan Bautista lo reconoce.

Pero si fuese completamente cierto debería haber desaparecido o seguir a Jesús.

Si fuese completamente cierto los Evangelistas no tendrían razón para insistir hasta tal punto sobre su figura y su predicación.

Pero Juan Bautista y su bautismo son figuras eternas y su papel es un papel eterno.

¹Los párrafos que vienen a continuación no aparecían en la primera edición francesa, sino que aparecen en la edición de 1994.

Pues los caminos del Señor están siempre por preparar para los nuevos adeptos, y la conversión está siempre por rehacerse, incluso para los conversos.

Y lo que digo de Juan Bautista se aplica también al Arca y a su enseñanza, de la cual nadie puede decir sin ligereza que está desfasada y no tiene ya razón de ser, pues todo hombre tiene siempre necesidad de prepararse para recibir, mediante la purificación, el ejercicio y la reflexión, y de repararse para contener lo que ha recibido.

V

UN MILAGRO DE LA FE

*7 de noviembre de 1947.
Calle Saint-Paul.*

TOMEMOS Juan IV, 46: Había en Cafarnaúm un señor de la corte, cuyo hijo estaba enfermo. Éste, habiendo oído que Jesús venía de la Judea a la Galilea, fue a él, y le rogaba que sanase a su hijo, porque estaba muriendo. Y Jesús le dijo: Si no viéreis milagros y prodigios, no creéis. El de la corte le dijo: Señor, ven antes que muera mi hijo. Jesús le dijo: Ve, que tu hijo vive. Creyó el hombre a la palabra que le dijo Jesús, y se fue. Y cuando volvía, salieron a él sus criados, y le dieron nuevas, diciendo, que su hijo vivía. Y les preguntó la hora en que había empezado a mejorar Y le dijeron: Ayer a las siete le dejó la fiebre. Y entendió entonces el padre que era la misma hora en que Jesús le dijo: Tu hijo vive; y creyó él, y toda su casa.

Este milagro, como tantos otros de los que relata Juan, es una advertencia, una enseñanza, un mandamiento relativo a la fe. Casi todo este Evangelio es como un gran poema que manifiesta el poder de la fe e insiste en la necesidad, en el deber de creer.

«Si no veis milagros no creéis», dice Jesús. Y el oficial del rey, un extraño para las cosas de la religión, le responde con rudeza, casi con insolencia: «¡Rápido, que se muere!». En otros términos: «Déjate de sermones, apúrate o se morirá». Jesús, que como Dios «sondea los corazones», no se ofusca ante semejante descortesía, pues en esa crudeza descubre una fe evidente, una fe que quizá ha sido suscitada por la frase de Jesús: «Si no veis milagros no creéis». Pues en efecto el padre acude para sanar a su hijo y no por otro motivo. «Puesto que dicen que este profeta ha curado a otros, y puesto que no tengo ya esperanzas en ningún médico ni en ningún remedio, ¡iré a verlo!, después de todo, nada tengo que perder». Y Jesús, que lo sabe, le responde con su admonición: «Si no veis milagros, si no veis prodigios no creéis». Y en el interlocutor sobreviene una conversión que el Evangelio, siempre directo, siempre ocupado de los hechos mismos, no se cuida de analizar. Pero las pocas palabras de ese diálogo tan apretado nos introducen en el drama mejor de lo que podría hacerlo cualquier novelista. Y el milagro estalla, estalla a la distancia, sin que el oficial pueda comprobarlo hasta el día siguiente: pero ya ha sucedido, pues el hombre creyó. Por intermedio de la fe de este hombre, el poder de Jesús se proyecta por así decirlo en la distancia: y no sobre el hombre mismo, mas sobre su hijo.

Pero ¿qué significa la fe, cual es ese mandamiento casi inconcebible para los hombres actuales? ¿Cómo creer en lo que no veo, o no creer en lo que veo? ¿Cómo no creer en lo que veo y creer en lo que no veo?

Esa fe que salva, esa fe que es objeto de un mandamiento y de una enseñanza no es lo que entendemos corrientemente por la palabra *creer*. Pues al decir creo pensamos: «Vacilo al

decir si en verdad se». El Evangelio de Juan ¿hablará entonces de esa especie de conocimiento vacilante? ¿Y se referirá a él cuando dice: si tuviéramos de él una sola pizca podríamos hacer retroceder la montaña? Desde luego que no. Creer no es cosa inferior al saber. Creer es cosa superior al saber. Creer es agregar todo el peso de nuestro ser a lo que sabemos y Dante afirma (repitiendo a san Pablo): *Fede è sostanza di cose sperate*: «La fe es la sustancia de las cosas esperadas». Sustancia, mas no relación del intelecto. Entrada directa en la sustancia, comunicación con el ser. La fe no consiste en formular una doctrina, o al menos esa formulación puede prescindir de la fe. La fe no se detiene, en todo caso, en la formulación por vías del intelecto de una doctrina determinada. La fe no es una conciencia, comprobación de hechos y leyes naturales, ni una filosofía, en el sentido trivial de la palabra. La fe concierne al intelecto, pero lo atraviesa, lo emplea como instrumento lo atraviesa y pasa a otra cosa, atraviesa las apariencias y se afina en lo opuesto de las apariencias. La ciencia solo desmiente las apariencias por ligarse a un sistema de apariencias diferentes y más abstractas, necesarias para explicar las primeras. Pero la fe pasa por encima de todo ello y no sólo induce como el lógico a partir de los hechos, sino que pasa a lo opuesto del hecho, a la sustancia, y la ley que llega contradice toda la naturaleza y toda la realidad. No vemos a nuestro alrededor sino cosas limitadas y caducas, y debemos creer en lo infinito y lo eterno; no vemos sino cosas naturales y debemos creer en las sobrenaturales.

¿Y por qué *debemos*? ¿Qué clase de deber es éste? Es el deber de la superación: la fe es la condición de la superación. El que no cree en nada subsistirá por siempre tal cual es; sub-

sistirá enclaustrado en sus límites, así como quien nada ama nunca saldrá de sus límites y ni siquiera llegará a colmarlos. No colmará su deber, no colmará siquiera su propio ser: no conocerá su ser. Si sé permanezco encerrado en mi saber. Puedo aumentar mi saber, mas sin salir del ámbito del saber. Mi saber no cambiará en nada mi naturaleza. Pero si quiero *crecer* es necesario que crea.

La fe no es única en su especie, no es la única que plantea los mismos problemas. Hay una fórmula aprendida (si no comprendida) en nuestra niñez: Fe, Esperanza y Caridad, las tres virtudes teologales. ¿Qué significa esto? ¿Crear, esperar y amar son otras tantas virtudes? ¿Cómo puede exigírsenos que creamos, que esperemos y amemos? Y si no creemos, ni esperamos, ni amamos, ¿cómo forzarnos a creer, a esperar, a amar? Si tales virtudes son un deber, sin duda alguna son además un poder. Y cuántas veces la experiencia nos demuestra nuestra imposibilidad de creer, esperar y amar.

¿Qué son en sí mismas, o más bien las unas con relación a las otras, esas tres virtudes estructuradas en sistema y, por así decirlo, en trinidad? Reconoced en este sistema el de la organización humana, observad que estas tres virtudes son la cumbre última, la salida y la superación de las demás virtudes del hombre, de sus tres centros, de sus tres almas, de sus tres cuerpos, según los nombran las diversas doctrinas: la cabeza, el corazón y el cuerpo. La fe es la superación por la cabeza; la caridad, por el corazón; la esperanza, por el cuerpo (cosa extraña de decir). Y recordad lo que hemos dicho del amor, del primer mandamiento, y del segundo semejante al primero, y de los tres mandamientos deducidos de los dos anteriores: amarás a Dios, amarás a los demás, al prójimo como a

tí mismo, amarás a tí mismo. Mediante la fe conocerás a Dios, mediante la caridad conocerás a los demás, mediante la esperanza te conocerás a tí mismo.

Hemos dicho de la caridad que no es un sentimiento, pero sí una actitud del ser todo. Asimismo podemos decir de la fe que no es una doctrina, pero sí una actitud de la inteligencia toda, una superación de la inteligencia por sí misma. Y la esperanza es una extraña superación del amor de nosotros mismos. Pues la esperanza es eso que tan bien cantáis y recitáis: «Espero la resurrección y la vida de los siglos venideros». Yo la espero, la espero *para mí*, y la considero ya mía porque yo la espero. Quien *espera* está *dirigido hacia algo*, y con su punta última ya toca el objeto hacia el cual está dirigido, Mediante la esperanza el hombre ya alcanza su propia perfección, su propia realización, su propia fijación en el centro de todo, en la cumbre de todo, en el Cielo.

¿Pero cómo he de adquirir la fe si carezco de fe? ¿Cómo he de adquirir el amor si carezco de amor? ¿Cómo he de adquirir la voluntad si carezco de voluntad? ¿Cómo hacer ese trabajo de doble fondo para el cual me falta un instrumento y un punto de partida? No podemos adquirir estas virtudes lisa y llanamente porque las deseamos. Y quizá sea éste el sentido de la palabra *teologal*, índice de que estas virtudes no son humanas y no se adquieren únicamente por voluntad nuestra. O sea que aún cuando tengamos una pizca de ellas, tampoco la habremos obtenido por mérito nuestro. Pero todos tienen una pizca, a Dios gracias. Digo «a Dios gracias» en sentido estricto: por la gracia de Dios, si preferís. Por Su piedad. A nosotros corresponde no matar ese germen, a nosotros corresponde buscarlo si lo hemos perdido, a nosotros corresponde

hacerlo crecer si está mal plantado o medio helado. No podemos obrar directamente sobre él, como no podemos obrar sobre una semilla, que hemos plantado. Si tiramos del tallo de una planta no la haremos crecer: a lo sumo la arrancaremos o la destruiremos. Asimismo es inútil forzarnos para adquirir esos poderes maravillosos y misteriosos. Sólo podemos obrar sobre ellos negativamente, apartando lo que mataría la semilla o la dañaría. Sólo podemos prohibirnos las cosas perjudiciales a esa semilla o extrañas a su crecimiento. O sea que debemos prohibirnos casi todo lo que hacemos, ya que todo lo que hacemos ahoga e impide el crecimiento, y nos distrae de él, y se lleva al mundo exterior nuestra sustancia. Sólo podemos entibiar la semilla con nuestra atención, con nuestras precauciones, con nuestro repudio de lo que nos tienta y seduce. Puesto que la fe es la superación del conocimiento, el principal enemigo de la fe es la complacencia en el conocimiento, es la curiosidad y la crítica. Cesemos de endiosar nuestra propia inteligencia, cesemos de alimentarla con el saber, de abreviarla con la poesía; sepamos que es sólo un instrumento y que debe servirnos para guiarnos hacia las cosas esenciales y cada vez que la empleamos para abrirnos un camino en la práctica, o para solucionar hábilmente nuestros asuntos, o para progresar en la cultura de las ciencias estériles y más o menos vagas, o en los júbilos artificiales más o menos vagos y vanidosos, ofendemos la fe y apartamos la inteligencia de su rumbo. Apliquémonos al estudio de las cosas de la fe y de la vida, busquemos las palabras de vida, la ciencia de vida que no existe en los tratados científicos, sino en la palabra y la presencia de los sabios y de los santos. Busquemos la compañía de esos hombres o sus huellas, estudiémoslas y tengamos al menos esa fe débil y tibia

que es indispensable para adquirir la Fe, que consiste en creer que la Fe germina por sí sola por la Gracia de Dios cuando no se lo impedimos.

VI

EL ENFERMO EN LA PISCINA DE LOS CINCO
PÓRTICOS

*14 de noviembre de 1947.
Calle Saint-Paul.*

HEMOS comentado la última vez el milagro del oficial del rey. Y la enseñanza que se desprendía de él era la necesidad de la fe. Hemos de ver que el milagro siguiente no es una mera repetición, mas contiene una nueva enseñanza. Juan V, 1:

Después de estas cosas, era el día de fiesta de los judíos, y subió Jesús a Jerusalén. Y en Jerusalén, junto a la puerta de las ovejas, hay una piscina que en hebreo se llama Bethsaida, la cual tiene cinco pórticos. En éstos yacía grande muchedumbre de enfermos, ciegos, cojos paralíticos, esperando el movimiento del agua. Porque un ángel del Señor descendía en cierto tiempo a la piscina, y se movía el agua. Y el primero que entraba en la piscina después del movimiento del agua, quedaba sano de cualquier enfermedad que tuviese. Y estaba allí un hombre, que tenía treinta y ocho años, que estaba enfermo. Y cuando Jesús vió que yacía aquel hombre, y conoció que estaba ya de mucho tiempo, le dijo: ¿Quieres sanarte? El enfermo le respondió:

Señor, no tengo hombre que me meta en la piscina cuando el agua fuere revuelta; porque entre tanto que yo voy otro entra antes que yo. Jesús le dijo: Levántate, toma tu lecho, y anda. Y al punto fue sano aquel hombre, y tomó su camilla y se puso a andar. Aquel día era Sábado es...

Como podéis observar esta vez no se trata de fe. Y Jesús no dice al enfermo, como al oficial del rey: «Si no veis milagros y prodigios no creéis». Esta vez le dice: «¿Quieres sanarte?». Y con su respuesta el enfermo da muestra que ni siquiera tiene idea de que Jesús puede curarlo. En efecto, más tarde responderá a los judíos: «Aquel que me sanó me dijo: Toma tu camilla, y anda». «Y el que había sanado —continúa el texto— no sabía quién era; porque Jesús había desaparecido (declinaverat) del tropel de gente, que había en aquel lugar». Por consiguiente, Jesús no supone que el hombre que va a ser curado cree en él, y hasta lo rehuye para evitar que el reconocimiento de esta cura regrese a él.

En el relato abundan los detalles, los nombres y los números. Indaguemos qué símbolos encubren La piscina de las ovejas era un estanque donde se lavaban las víctimas de los sacrificios antes de ofrendarlas, ya que toda víctima debía ser perfecta e inmaculada. Qué piscina puede ser ésta, con sus cinco pórticos y sus aguas que se hacen milagrosas cuando pasa un ángel y las agita: milagrosas para el primero que se precipita en ella. La piscina de las ovejas, la fuente del pueblo de Dios rodeada de cinco pórticos para proteger a los que aguardan. Toda la antigua Ley de Israel está representada en ella. Para justificarse de acuerdo a la Ley eran preciso cinco condiciones: ser descendiente de Abraham y miembro del pueblo elegido, Primer Pórtico; ser circunciso, Segundo Pórtico; conocer y se-

guir la Ley, Tercer Pórtico; conocer las Escrituras y examinarlas, Cuarto Pórtico; sacrificar en el templo de Jerusalén y en ninguna otra parte, Quinto Pórtico. El ángel que de cuando en cuando revuelve el agua de la fuente, el agua que sin ello es tan sólo agua, que sin ello abreva la sed del cuerpo y lava sus manchas, sus pringues y costras, pero no quita las impurezas del alma ni purifica las enfermedades; el ángel que agita el agua y le comunica una virtud purificadora y curativa es el profeta que de cuando en cuando pasa y agita las aguas: y el primero que se precipita en ellas recoge el beneficio de este paso del Espíritu, pues el primero es el que acude por sí solo, es el que para comprender que ha soplado el Espíritu no aguarda que todo el mundo lo haya comprendido y se encamine en rebaño hacia el lugar milagroso o sagrado, o hacia el hombre consagrado por el reconocimiento oficial, por el reconocimiento de todo el mundo. Y los enfermos, y los cojos, los ciegos y los paráliticos se echan bajo los pórticos porque la fuerza de la Ley nos conserva tal como somos, pero no nos hace revivir ni corrige nuestras flaquezas naturales, sea cual fuere su origen: para ello es necesario que el Espíritu turbe el liso mantel de las aguas.

Entre los enfermos hay uno que espera su curación desde hace treinta y ocho años. De él no recibimos *una lección de fe* pero sí *una lección de paciencia*: durante treinta y ocho años, durante cuarenta años menos dos, aguarda la cura junto a la fuente de las curaciones, bajo el amparo de los cinco pórticos. Es el hombre que trata de cumplir la Ley con paciencia inmovible. Cuarenta años, cuatro veces diez años: las decenas de años expresan el cumplimiento de la Ley, del Decálogo. Y el número cuatro significa «en todos los sentidos y en todos los

planos». Pero faltan dos para la última decena, porque faltan dos cosas al cumplidor de la Ley para ser curado: sin duda las dos cosas que serán resumidas y *reveladas* en el mandamiento de Jesús: «Toma tu camilla, y anda».

Es de otra Parte, es del estanque de donde aguarda el hombre su salvación. De otra parte, y no del hombre que está junto a él y a quien llama Señor. Por eso espera al que le llevará al estanque para precipitarse en él antes que nadie. «Señor, no tengo hombre que me meta en la piscina cuando el agua fuere revuelta». No sospecha que la curación está a su lado, tras él y, más aún, como ha de enseñarle Jesús, con tres palabras fulgurantes: *en él mismo*. Cuántos hombres están enfermos porque no saben que en ellos mismos existe el médico y la medicina; cuántos son desdichados porque no encontraron la mujer de su vida o el amigo que los comprenda; cuántos son ignorantes y perversos porque no han dado con el maestro que los guíe, y ninguno de ellos sospecha que todo lo tienen ya en sí mismos.

«¿Quieres sanarte?», pregunta Jesús. No dice: pídemelo que te sane, porque ya he sanado a otros hombres; bastará con que creas en mí para que yo te sane. Tampoco le revela quién es. «Levántate, toma tu camilla y anda». Afírmate sobre tus propios pies, no aguardes que otro hombre te empuje al estanque, no esperes que haya un estanque cuando el agua viva existe en tí. Y el mandamiento es tan imperioso, tan irresistible, tan revelador en su brevedad que el parálitico camina: no puede dejar de creer que es capaz de caminar, que sabe tenerse en pie, que sabe levantarse por sí solo. Entre las dos fuentes de milagros: la del estanque en que había puesto sus esperanzas, y la del Señor a quien ignoraba y que estaba junto a él, el milagro se produce entre las dos, en el centro mismo del hombre:

«Toma tu camilla », no te quedés echado sobre las cuatro patas de madera de ese hecho fabricado por mano de hombre, entre esas prescripciones dictadas por el hombre. Mantente en pie sobre tus propias piernas vivas, sobre las dos piernas que te pertenecen y que no has utilizado hasta este momento. Y las cosas que hasta ahora te habían sostenido, las prescripciones de los hombres, pónelas bajo el brazo y sostenlas a tu vez, sin esperar de ellas apoyo. Esa ayuda de los hombres que aguardaste hasta ahora y que ha fallado, puesto que no encontraste siquiera un hombre que te empujara al estanque, olvídala y deja de contar con ella. Pero ayuda a los hombres, ayúdate a tí mismo y ayuda a los demás, y el milagro se hará. Ésta es la enseñanza del Señor en esta página. Y después se retira.

VII

LA VIOLACIÓN DEL SÁBADO

*21 de noviembre de 1947.
Calle Saint-Paul.*

RETOMEMOS el texto de Juan V, 10: *Era sábado aquel día. Dijeron entonces los judíos al hombre que había sido sanado: Sábado es, y no te es lícito llevar tu camilla. Les respondió: Aquel, que me sanó, me dijo: Toma tu camilla y anda. Entonces le preguntaron: ¿quién es aquel hombre, que te dijo: Toma tu camilla y anda? Y el que había sanado, no sabía quién era; porque Jesús se había retirado del tropel de gente, que había en aquel lugar. Después le halló Jesús en el templo, y le dijo: Mira, que ya estás sano; no peques más, para que no te acontezca alguna cosa peor. Fue aquel hombre y dijo a los judíos que Jesús era el que le había sanado. Por esta causa los judíos perseguían a Jesús, porque hacía estas cosas en sábado.*

En nuestra última reunión hemos hablado del enfermo tendido junto al estanque de los cinco pórticos, del sano que ahora encuentra a Jesús en el templo. Y hemos tratado de comprender quién era ese hombre. Ese hombre que había aguardado pacientemente su curación durante cuarenta años menos dos

años. El hombre de la paciencia, el hombre de la observancia, el hombre de la Ley Antigua, el que había respetado en toda forma todos los preceptos del Decálogo, en realidad cuatro veces diez menos dos, menos dos preceptos que quizá había olvidado y que sin duda eran la causa de su parálisis. Y lo que nos confirma en nuestra interpretación es que Jesús, cuando vuelve a encontrarlo, le dice sólo una cosa: «No peques más para que no te acontezca alguna cosa peor». Esas dos observancias olvidadas, esos dos pecados habituales en los hombres de pura observancia se resumen en el doble mandamiento de Jesús: «Toma tu camilla y anda». Anda, puesto que puedes andar, puesto que no sabías que podías andar. Pero ahora que lo sabes anda. y advierte que sabías caminar aún cuando te suponías enfermo. La falta escondida es ésta: no te conocías a tí mismo, te faltaba el conocimiento de tus propios recursos. La llegada de Cristo a la vida de este hombre le revela súbitamente lo que él mismo puede hacer. Le ordena hacerlo. Así lo cura Cristo, y además le dice: «Toma tu camilla», o sea toma aquello con que pensabas sostenerte y a tu vez sostenlo. Puesto que te has levantado por tí solo, puedes levantar, sostener, llevar contigo a los demás: tú, que no habías encontrado un hombre que te llevara al agua del estanque en el instante en que el ángel la agitaba. Tú, que sólo mirabas a los hombres como fuente posible de ayuda, a partir de este momento has de considerarlos muy de otra manera: a tu vez los ayudarás. Los dos pecados del hombre de pura observancia son el pecado contra los dos primeros (y principales) mandamientos: amarás a tu Dios, o sea levántate; amarás a tu prójimo, o sea toma tu camilla. Es decir que amarás y te conocerás a tí mismo: o sea anda. *Y fue aquel hombre y dijo a los judíos que Jesús era el*

que lo había sanado. Lo cual prueba que está bien curado, puesto que da testimonio de Cristo ante quienes pretenden destruir a Jesús y desearían que ese hombre callara. Mas el testimonio no desarma a los enemigos de Cristo, que lo persiguen porque hacía tales cosas en sábado. Circunstancia que merece una explicación.

No es ésta la primera vez ni la última que Jesús viola el sábado. Casi siempre lo hace, y este sacrilegio será uno de los motivos de su condena a muerte. Los judíos no hacían bromas con el sábado. La fiesta semanal, la Fiesta de Reposo basada en la creación del mundo, ya que según dice el Génesis, después de la Obra de los Seis días Dios descansó. Por consiguiente, tras seis días de trabajo los hombres reposan y deben reposar y suspender todo trabajo y toda obra útil, sin alejarse de sus casas más que unos pasos ni atender siquiera a los menesteres más cotidianos e indispensables. Extraña fiesta que representa claramente al pueblo judío, fiesta sin alegría, fiesta que es casi una penitencia: porque, ¿cómo podría recrearse, cómo podría comer el hombre que apenas tiene derecho a moverse? Fiesta que cae en día sábado, el día consagrado por los gentiles a Saturno, dios negro, dios de plomo, dios de tierra, dios de la Edad, dios de vejez, de la tristeza y la muerte. Fue necesaria la Pasión de Jesús, su descenso a los infiernos en el día sábado y su resurrección al tercer día para que nosotros, los cristianos, que sin embargo hemos conservado la Biblia como nuestra Santa Escritura, trasladáramos la fiesta del día de Saturno al día del sol, puesto que el domingo es el día del sol. El sábado era una mezcla de lo que es para nosotros el viernes y de lo que es para nosotros el domingo. Ha sido preciso, además, que la Pasión dolorosa de Cristo transformara el viernes, día

de Venus, día festivo, en día de penitencia.

La violación del sábado es un crimen, uno de esos extraños crímenes que no dañan a nadie, como podría afirmar un profano. Crimen mortal, en verdad, con relación a nosotros mismos, con relación a Dios, con relación a los hombres: porque es crimen no celebrar la Fiesta. El que no la celebra y continúa sus menesteres cuando debió suspenderlos por la Gloria de Dios, es como el gusano en el fruto. Pues con las preocupaciones y las necesidades del cuerpo roe la memoria del Eterno. Sin la fiesta ninguna comunidad humana podría subsistir, puesto que todas las comunidades humanas se basan en la fe jurada y en la comunión de un mismo Dios. Esta fe jurada, esta comunión se renueva públicamente el día de la Fiesta con el despliegue del fausto más grande, con la mayor atención y con toda la magnificencia posible; es el día del Sacrificio, del Recuerdo y la Renovación de todos los vínculos humanos; es el día más importante de la semana, y cuando se trata de una fiesta solemne, del año. Para las tribus más antiguas el día festivo es aquel en que los hombres toman el Totem, el animal sagrado que encarna la virtud de los antecesores, a la vez signo de unión, el dios y padre del pueblo, y lo sacrifican solemnemente y lo comen para que cada uno de los miembros del grupo participe de la virtud secreta de esta víctima hecha dios, puente entre Dios y el pecador, vínculo entre los hombres: y así la fe jurada es sellada una vez más en la sangre y en la participación de la misma sangre.

¿Por qué motivo Cristo convierte sus milagros en provocación para los judíos piadosos quienes tienen razones para recordar su fiesta y exigir que nadie viole los usos? Porque Cristo, inspirado por el Espíritu, juzga que han olvidado el

verdadero sentido de la fiesta. Los que afirman que el sábado es el día del reposo han olvidado. Los hombres de pura observancia han olvidado como han olvidado los dos mandamientos de que acabamos de hablar. Sin duda nosotros no merecemos el mismo reproche que ellos: el reproche de secarnos en el escrúpulo del rito y de anquilosarnos en el temor. Porque ya no tenemos observancias ni temor porque somos los alegres del domingo. Los festivos libertinos, los brutales, los distraídos, y no observamos el domingo ni sabemos cuál es su significado. Y aún quienes lo observan ignoran su significado y creen que no han llenado bien su domingo si no han ido al espectáculo o al baile, si no se han hartado de carne y emborrachado de vino. En un sentido y otro, todos hemos olvidado el significado de la fiesta, hemos olvidado que la fiesta no es el día del reposo o de la diversión, sino de la conversión y el recogimiento en nosotros mismos, el día de la Presencia, el día de la Plenitud, lo opuesto de la distracción y la alegría, y lo opuesto de la inercia. Si Cristo se encarnara hoy entre nosotros quizá obraría de otra manera para enseñarnos. Para aplicarnos la enseñanza acerca del sábado tenemos que invertir los términos de la admonición. Pues debemos observar que Jesús no es un negador de los ritos ni de la Ley y que, por el contrario, practica los preceptos de la religión según el espíritu de la religión y que sube al templo de Jerusalén para celebrar las grandes festividades con piadosa sumisión.

Pero no es ésta la primera vez ni la última que arroja a los judíos el desafío de un milagro hecho en el día del sábado. Recordemos la ocasión en que, en plena sinagoga y mirando en los ojos a todas las gentes que lo rodeaban, les preguntó en el silencio: ¿Es lícito hacer un milagro el día del sábado? Y todos

callan, se aproximan entre sí, guardan, con la mirada hostil, los dientes apretados, quizá llenos de miedo, quizá llenos de odio, quizá llenos de curiosidad. Jesús les dice: « Para que todos sepan que el Hijo del Hombre tiene poder, toma tu camilla, y anda ». ¿Y quién de vosotros, les dice, cuando vuestro asno o vuestro buey caen en el fonda del pozo no acude a retirarlo en el día del sábado?

La sola enunciación del veto, *Prohibido hacer milagros en sábado*, es cosa de risa. Como si curar a alguien, salvarlo, iluminarlo, fuera una obra servil, un trabajo utilitario, una cosa prohibida en el día en que debemos celebrar la gloria de Dios y renovar los vínculos de la fraternidad humana. Hermoso ejemplo de la rutina de los devotos, que degeneran el respeto de las instituciones más sabias. Más aún, hermoso ejemplo de presunción de los sacerdotes que manejan a Dios según su conveniencia y conforman Su naturaleza a sus vidas y limitan Su gracia a su capricho y antojo, pecado mortal contra el espíritu. Mientras que Cristo, con todos los profetas, clama que el Dios Viviente hace lo que quiere, que el Espíritu sopla donde quiere: Pues si es cierto que el sábado está hecho para el hombre, y no el hombre para el sábado, cuanto más cierto aún es que el sábado está hecho para Dios, y no Dios para el sábado. Si el milagro es obra de Dios, el sábado es el día escogido entre todos para que se haga el milagro. La lección del sábado no sólo es válida para los judíos, sino para todos los hombres de religión en quienes la devoción se degrada a costumbre, y el temor de Dios a temor de toda novedad (aunque esta novedad sea una nueva intervención del divino), y el fervor en ceguera, y la fe en prejuicio: para todos los hombres de religión y especialmente para nosotros, los buenos católicos, sacerdotes

o laicos, que nos declaramos herederos legítimos de Cristo y los Apóstoles y a veces nos conducimos como bastardos de los fariseos.

Por eso los judíos tenían más interés en matarle; porque no solamente quebrantaba el sábado, sino porque llamaba Dios a su propio Padre haciéndose igual a Dios. Ésta es la segunda blasfemia, que ligada a la primera ocasiona a Cristo la condena a muerte. No son únicamente sus enemigos quienes atribuyen a Cristo la pretensión de hacerse igual a Dios: él mismo es quien lo declara con temible firmeza. Y en el capítulo X, 30 encontramos: Yo y el Padre somos una cosa. Entonces los judíos tomaron piedras para apedrearlo. Jesús les respondió: Muchas buenas obras os he mostrado de mi Padre, por cual obra de ellas me apedreáis? Los judíos le respondieron: No te apedreamos por una buena obra, sino por la blasfemia, y porque tú, siendo hombre, te haces Dios a tí mismo. Jesús respondió: ¿No está escrito en vuestra ley: yo dije, Dioses sois?. La cita proviene del Salmo LXXXII: Pues si llamó dioses a aquellos a quienes vino la palabra de Dios, y la Escritura no puede ser quebrantada, ¿a mí, a quien el Padre santificó, y envió al mundo, vosotros decís: tu blasfemas, y ello porque he dicho: « Soy hijo de Dios »? Si no hago las obras de mi Padre, no me creéis. Mas si las hago, y si a mí no me queréis creer, creed a las obras, para que conozcáis y creáis que el Padre está en mí y yo en el Padre. —Entonces intentaron otra vez prenderle, pero él se escapó de sus manos. Con voz bien firme habla el dulce Jesús, el manso Jesús. No tiene miedo de decir: Yo y mi Padre.

Pero volvamos a Juan V, 19: *En verdad, en verdad os digo: el Hijo no puede hacer por sí cosa alguna, sino lo que viere hacer al Padre; porque todo lo que el Padre hiciere, lo hace también el Hijo. Porque el Padre ama al Hijo, y le muestra las cosas que él hace; y*

mayores obras que éstas le mostrará, de manera que os maravilléis vosotros. Porque así como el Padre resucita a los muertos y les da vida, así el Hijo da vida a los que quiere.

Y la declaración de monstruoso y satánico orgullo: «Yo soy el hijo de Dios, Yo y el Padre somos una cosa» va acompañada de esta otra: «Yo no puedo hacer por mí mismo cosa alguna». Va acompañada de otras declaraciones y gestos que hicieron decir al profeta Isaías del Hijo del Hombre que es como la oveja que se deja llevar al matadero, que calla como la oveja cuando la esquilan. Esta afirmación en el absoluto de su grandeza absoluta tiene por consecuencia la remisión hasta la muerte.

Pero ignoran la clave para comprender esta doble actitud quienes creen poseer una sola palabra y no saben dónde situarla; quienes creen que dicen palabra clara cuando dicen *yo*; quienes ignoran qué son ellos mismos. Pero Jesús es Cristo y sabe quién es Él mismo y no confunde el Yo con el Ser (el Yo mismo). No se confunde cuando dice: «Nada puedo hacer». Sabe que está con el Padre y que lo puede todo, todo lo que desea el Poder Absoluto. La palabra del Salmo, de la Escritura que no puede abolirse, coincide con las antiguas metafísicas: el «Soham» del Vedanta, de los Upanishad: «Yo soy Él». «Y tú —enseña el padre a su hijo y discípulo— eres Eso». Pero ¿cuál tú? No el tú que los demás han hecho y te han aplicado, no la persona de que te han revestido, no el tú que crees ser, puesto que no sabes qué eres, puesto que no has sondeado tu naturaleza ni tu esencia, puesto que no sólo no te conoces, sino que tampoco te has hecho, pues en verdad no eres uno sino múltiple, y por consiguiente disímil de Aquel que es Uno y por ello eres débil y estás disperso, a mitad de camino entre el ser y el no ser. Pero algo hay en tí del ser y puesto que el ser

es uno e indivisible habría en tí la plenitud del ser si llegaras a saberlo. Ahora bien, en nuestra tradición cristiana se nos dice que todo cristiano tiene «el poder de ser hecho hijo de Dios» (Juan I, 13). Y el Cristo, Hijo de Dios, dice de sí mismo: Yo y el Padre somos una cosa. Es la voz opuesta de la serpiente que dice a Eva tendiéndole el fruto: semejantes seréis a los dioses. Porque en la lengua de la serpiente sólo importan las apariencias las falsas semejanzas y los falsos dioses. Mas en la lengua de Cristo no se trata de apariencia ni similitud sino de conformidad. «Yo y el Padre somos uno». Sólo hay Uno y todo lo que es uno está en el Uno; si sois Uno, estáis en Dios y sois divinos en vuestro ser¹, pero habéis caído en la diversidad y vuestra apariencia no engaña únicamente a los demás sino también a vosotros mismos. Ignoráis qué sois y esta ignorancia no es solamente negativa y pasiva: es además activa, es algo más que la nada, es el mal, o sea la nada concreta, sombra que existe.

¹Para evitar todo equívoco acerca de la identificación con Dios diremos que estamos *unidos* a Dios por semejanza y participación de la unidad del Hijo con el Padre: Nuestro ser en su perfección se hace conforme a Dios, pero como la sombra al objeto.

VIII

«YO Y MI PADRE»

*28 de noviembre de 1947.
Calle Saint-Paul.*

HEMOS tocado el centro de este capítulo V de Juan y así hemos entrado en el corazón del tema, en la médula misma de este Evangelio. Podríamos decir que todo el Evangelio de Juan se distingue de los demás por las últimas palabras que hemos leído y que se desarrollarán en los dos o tres capítulos siguientes. La primera página del Evangelio sobre el Verbo que era en el Principio nos las hacía prever. Jesús se revela aquí como Verbo, revela su naturaleza en palabras descubiertas, cosa que, por así decirlo, nunca hace en los demás Evangelios. En otras partes se afirma mediante obras, actos, milagros, tras el velo de los símbolos y quizá, aquí y allí, mediante una frase descubierta. Pero aquí, durante un capítulo entero y tal vez durante dos o tres capítulos, afirma abiertamente su naturaleza y su lugar, los afirma en presencia de un auditorio hostil que nada quiere oír o bien de un auditorio favorable, pero horrorizado. Y la sustancia de lo que dice se resume en estas palabras: *Yo*

y el Padre somos Uno, completadas y como contradichas por lo que sigue casi inmediatamente: *El Hijo no puede hacer por sí cosa alguna*.

Lo que Jesús dice es oscuro, grave, insólito y no es de asombrarse que sus oyentes se alarmen o rehusen entenderlo. Lo que Jesús dice no es comprensible para quien confunde el *yo* con el *ser* (yo mismo), para quien confunde la Persona y la Esencia. Con la misma palabra designamos en el lenguaje corriente una cosa y la otra, y el oyente común oye hablar de una cosa cuando el orador habla de otra y él grita blasfemia. «Yo y mi Padre»: extraña igualdad. Yo y Dios: «Palabras duras» difíciles de soportar cuando se es hombre piadoso. E inmediatamente algunos de sus discípulos se marcharán, con pesar. Con pesar, pero se marcharán porque es demasiado y no pueden soportar palabras tan duras.

Sabéis, en efecto, que en nosotros, hombres exteriores, el yo y el ser están confundidos y cuando decimos *yo* entendemos *nuestra persona*. El otro, el que está detrás de la persona y para el cual la persona no es más que un ropaje y un instrumento, ese otro nos es desconocido, nunca lo hemos visto, nuestros ojos vueltos hacia lo exterior nunca lo han distinguido, ignoran quién es. Y sólo podemos ir hacia Dios partiendo de lo que llamamos yo y prolongando infinitamente este movimiento hasta llegar a lo que no se nombra, hasta lo que es verdadero Yo. Quienes más han avanzado en el camino saben que el *yo* y el *ser* no son la misma cosa; saben que el uno permanece tras el otro como el carozo en el fruto, como el cuerpo tras las ropas, como el alma en el cuerpo, como el espíritu en el alma. Y llegan a confundir el Ser con Dios, puesto que ambos son desconocidos. El uno y el otro son la imposible unidad,

el ser, nuestro ser de quien se dice que es « una partícula del Ser ». Pero puesto que el Ser es indivisible, no existen de él partículas. Por lo tanto es el Ser mismo en su integridad, aunque parcialmente revelado.

Cristo dice de sí mismo: « Yo y mi Padre somos Uno ». Por otra parte se nos enseña que quienes creen en su nombre tienen el poder de ser hechos hijos de Dios, « los cuales no son nacidos de sangre, ni de voluntad de carne, sino de Dios » (Juan I, 13). En última instancia nos es lícito no formar sino una sola cosa con Cristo, que no es sino una sola cosa con el Padre. Así la doctrina cristiana, establecida por el texto que acabamos de leer, se opone menos de lo que creemos a la doctrina hindú, que afirma la identidad del Alma, o sea del Ser, del alma y del núcleo del alma con Brahma, o sea con Dios.¹

Las religiones que conocemos se escalonan y distinguen por su posición respecto de este problema. Los semitas se niegan en general a aceptar la posibilidad de semejante equivalencia, cosa que explica el espanto de los hijos de Israel cuando oyen a Cristo hablar del tema vedado. El Islam mantiene esta posición de rechazo absoluto: sólo hay un Dios que es Dios y el profeta más alto que reconoce el islamita no se confunde con el soplo que ha pasado a través de él, que ha hablado por su voz. Los profetas de Israel también hablaron en nombre de Dios, pero nunca dijeron que eran el Dios que hablaba.

En el otro extremo, los hindúes admiten la identidad del Alma y de Dios con sorprendente y desconcertante facilidad.

¹No hay ninguna oposición cuando se trata de Cristo. Afirmamos, sin embargo, que el término Uno no se aplica a Cristo y al cristiano en el mismo sentido: en Cristo significa identidad de ser como del Hijo con el Padre; en el cristiano es una unión de amor.

No hay asceta afincado en un árbol, no hay santón aldeano que no se considere y no sea lisa y llanamente adorado como Dios, como Dios encarnado. En ese país Dios se encarna por cualquier motivo.

La doctrina católica se mantiene en posición intermedia. No admite la identidad del alma con Dios mismo siquiera en la unión extática o en la eternidad bienaventurada. Mantiene la distinción entre ambas naturalezas, pero tal distingo es la condición verdadera de la unión, puesto que sin distingo la unión se convertiría en mezcla y equivaldría a aniquilamiento para el alma. Admitido lo cual, la unión puede ser tan íntima como deseamos y expresarse en el lenguaje místico en términos de fusión y hasta de identidad: *Noverim me noverim te*, dice san Agustín en los Soliloquios.

Sin embargo, quien entra en intimidad inmediata con Dios y ve confirmado su estado por una vida pura e ilustrada por milagros, corre el albur de no ser mejor recibido por sus coreligionarios que Jesús por los suyos. Las autoridades eclesíásticas locales inmediatamente lo tacharán de impostor, le acusarán de magia, brujería o herejía, lo harán sufrir controles y una vigilancia que a menudo llegará a la persecución, lo abrumarán con advertencias amenazadoras y a veces con la excomunión. Sólo encontrará su bienaventuranza y su santidad después de la muerte. Y aun deberán pasar muchos siglos, al cabo de los que tendrá que iniciarse una investigación definitiva lo cual es un proceso normalmente pleiteado.

Y está bien que así sea. Está bien para el pueblo y para el santo. Está bien para el pueblo, porque no conviene permitir que la afirmación de un contacto inmediato con Dios y el recurso directo a Él sean cosas fáciles y gratuitas. Es necesario

poner al pueblo en guardia contra los falsos profetas que abundan más que los verdaderos y son más gratos de escuchar. Y está bien para el santo, puesto que tal vez encontrará así el martirio que necesita para convertirse en santo. Y por fin es necesario que podamos dudar de todos quienes se presentan como representantes de Dios, sin lo cual no sería posible la fe ni la libertad y el amor que exige la fe. Si el profeta se presentara armado con argumentos tales que aniquilara a todo opositor, si debiéramos creer en él como en la piedra que cae, no habría ninguna fe, ningún camino, ningún mérito, ninguna salvación. Cristo es uno de los que afirmaron más altamente la inutilidad de los conocimientos oficiales de la autoridad. Quiere que lo admitamos a pesar de todas las contradicciones; quiere escandalizar y no recibe más que a quienes se resisten a la tentación de escandalizarse. Responde punto por punto a las profecías y a la descripción que los profetas hicieron del Mesías y difiere punto por punto de la imagen que nos habíamos hecho del Mesías según las predicciones. En efecto, el es y no es Hijo de David, puesto que no es Hijo de José; viene de Bethlehem y no viene, puesto que es galileo; es judío y no lo es, puesto que es de Nazareth, y «¿qué podrá venir de bueno de Nazareth?». Es Maestro, Rey poderoso y no lo es, puesto que es pobre, hijo de un carpintero, sin una piedra siquiera donde apoyar la cabeza. Y se afirma y no se afirma, habla en parábolas para que quienes tengan oídos oigan y para que no oigan quienes no tienen oídos, a fin de que el discípulo acuda a él por sí solo, reconozca al maestro en sí mismo, se reconozca a sí mismo en el maestro. Y el propio Maestro se afirma y se borra. Permite decir que es «el Hijo de Dios», pero de sí mismo dice: «Soy el Hijo del Hombre». Y: «Yo no puedo

nada por mí». La humanidad de Jesús debe borrarse, debe inclinarse, debe servir, debe sufrir, debe padecer, debe morir. Y su afirmación suprema es la Cruz.

IX

LA VIDA EN SÍ

*6 de diciembre de 1947.
Calle Saint-Paul.*

RETOMEMOS el capítulo V, 21, de Juan: *Porque así como el Padre resucita a los muertos y les da vida, así el Hijo da vida a los que quiere. Y el Padre no juzga a ninguno; mas todo el juicio ha dado al Hijo. Para que todos honren al Hijo, como honran al Padre. Quien no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió. En verdad en verdad os digo: que el que oye mi palabra, y cree en aquel que me envió, tiene vida eterna, y no vendrá a juicio, pues ha pasado de muerte a vida. En verdad en verdad os digo, que llega la hora, y de hecho ya está aquí, en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren vivirán. Porque así como el Padre tiene vida en sí mismo, así también dio al Hijo el tener vida en sí mismo; y le dio poder para juzgar, porque es Hijo del hombre. No os maravilléis de esto, porque viene la hora, cuando todos los que estén en los sepulcros, oirán su voz y saldrán. Y los que hicieron el bien irán a resurrección de vida; mas los que hicieron el mal, irán a resurrección de juicio. No puedo yo de mí mismo hacer cosa alguna. Así como oigo, juzgo; y mi juicio*

es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad de aquel que me envió.

Si yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio no es verdadero. Es otro el que da testimonio de mí; y sé que es verdadero el testimonio que da de mí. Vosotros enviasteis gente a Juan, y dio testimonio de la verdad. Yo no tomo testimonio de hombre, pero digo esto para que vosotros seáis salvos. Él era una antorcha que ardía y alumbraba. Y vosotros quisisteis por breve tiempo alegraros con su luz. Pero yo tengo un testimonio mayor que el de Juan. Porque las obras que el Padre me dio para que cumpliera, las mismas obras que yo hago, dan testimonio de mí, de que el Padre me ha enviado. Y el que me ha enviado, el mismo Padre, dio testimonio de mí. Vosotros nunca habéis oído su voz, ni habéis visto su apariencia, ni habita en vosotros su palabra, porque no creéis en aquel que el envió. Escudriñáis las Escrituras porque creéis que os darán la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí. Sin embargo, ¿no queréis venir a mí, para tener vida!.

No pretendo recibir gloria de los hombres. Pero yo os conozco y se que no tenéis el amor de Dios en vosotros. Yo vine en nombre de mi Padre y no me recibís; si otro viniere en su nombre a aquel recibiréis. ¿Cómo podéis creer vosotros que recibís la gloria los unos de los otros, y no buscáis la gloria que sólo de Dios viene? No penséis que yo os he de acusar delante del Padre; aquel que os acusa es Moisés, en quien vosotros tenéis puesta vuestra esperanza. Porque si creyeseis a Moisés también me creeríais a mí; pues el escribió de mí. Mas si no creéis en sus escritos, ¿cómo creeréis en mis palabras?.

El tema dominante en este pasaje es: «Porque así como el Padre tiene vida en sí mismo, así también dio al Hijo el tener vida en sí mismo». ¿Tener la vida en sí? Nosotros no tenemos la vida en nosotros. Nosotros no somos la vida, no somos

nuestra vida: pasamos por la vida y la vida pasa a través de nosotros. Cuando digo yo no entiendo por esa palabra mi vida. Cuando digo yo entiendo por ello mi nudo de carne, mi cuerpo visible, mi persona, que los demás conocen como yo la conozco, que ni siquiera conozco directamente, que más bien conozco (por extraño que parezca) como un reflejo del conocimiento que los demás tienen de ella. Por eso *yo* moriré, puesto que este nudo de carne se deshará cuando haya cumplido su ciclo, y esta persona es una máscara, un ropaje que ha de caer. Y esta máscara, este despojo no podía sostenerse por sí solo y necesitó un ser desnudo que lo revistiera. El ser desnudo, esa vida que vale más que el cuerpo, que vale más que el ropaje, esa vida no me pertenece. Y por eso soy mortal y caduco. Si me perteneciera, aún si yo le perteneciera, si la llamara yo con conocimiento de causa, si la convirtiera en mi yo, si me convirtiera en ella, entonces no podría morir, puesto que la vida no puede morir. Puede morir el cuerpo. Cuando decimos que un cuerpo está muerto, decimos que la vida lo ha abandonado. Pero esta vida que lo ha abandonado no puede abandonarse a sí misma. La vida sale, pues, del cuerpo que muere y el cuerpo moribundo, la persona que muere, devuelve el alma, como suele decirse, o sea que devuelve la vida. Pero si mientras vivía he vivido mi propia vida, si me he establecido en la vida, distinguiendo y conociendo en mí lo que debe morir y despegándome de lo que debe morir para vincularme a lo que no puede morir, entonces no devolveré el alma, mas entregaré el cuerpo a la tierra, me despojaré de mi persona como de un traje gastado, dejaré caer mi nombre « como un juguete inútil ». Dios tiene en sí la vida, Dios es en sí la vida y ha dado al Hijo del hombre, o sea a Él mismo encarnado, el poder de tener en

sí la vida. Y aquel que tiene en sí la vida está encerrado en un cuerpo semejante al nuestro, en un cuerpo que es el nuestro, para mostrarnos cómo se maneja ese instrumento, cómo se llena ese lugar, cómo se lleva ese ropaje, cómo se lo abandona cuando llega la hora. « No os asombréis de ello, pues viene la hora, y de hecho ya está aquí, en que los muertos oirán la voz del Hijo del Hombre ». En verdad, para quien tiene en sí la vida no transcurre el tiempo y quienes ayer vivían pero hoy están muertos, quienes hoy viven pero mañana estarán muertos, todos están igualmente vivos e igualmente muertos. No existen ya dos imperios, negro el uno, blanco el otro, con la flotante barrera del presente. Sólo hay ese imperio gris que siempre nace y nunca llega a la vida, como la ola que rompe y cae incesantemente. Los muertos le oirán tan bien como los vivos, pues hay tanta vida en los muertos como muerte en los vivos, ya que la vida no está en los unos ni en los otros. Pero quienes escuchan la voz, o sea quienes tienen contacto interior con él (escuchar significa tener un contacto invisible, sentir con el centro de nosotros mismos, sentir en nosotros la voz que brota del otro), quienes le oyen serán vivificados por esa voz y por esa palabra que es la luz en las tinieblas y la vida en la muerte. Y resucitarán para el Juicio en la medida en que ellos mismos no son. Quienes son vida resucitarán para la vida, quienes son a medias vida y a medias muerte, resucitarán para el Juicio, es decir para la Separación: la separación de los buenos y los malos, a diestra las ovejas y a siniestra los chivos. Pero ¿qué significa bien y qué significa mal? Esa no es la cuestión. La cuestión es: ser o no ser. La separación del Juicio Final es la separación de lo que es eterno de aquello que es caduco, de lo que es real y lo que es aparente. Es el retorno de cada

cosa a sí misma, es el retorno del polvo al polvo y del espíritu al espíritu, de la apariencia a la nada y del Ser a Dios. El Padre ha concedido el Juicio al Hijo porque es el Hijo del Hombre, y en otras palabras porque es el Hombre Perfecto, el Prototipo, el Modelo según el cual los hombres han sido moldeados, el óvalo perfecto de todos los rostros humanos no son más que una mueca ridícula. Es el Hijo del Hombre y el Hombre realizado, mientras que nosotros somos apenas piezas desparejas, seres vivos a medias. El, que es el Hijo del Hombre y juzga desde dentro, es nuestro juez. Lo cual significa que toda cosa se juzga en cierto modo por sí sola y desde dentro, que se juzga «al fin»: en el instante que debería señalar la completación de la realización, mas no durante la realización. Cosa que expresa la contradicción: «El Padre dio al Hijo el Juicio», y en otro pasaje del Evangelio: «No he venido al mundo para juzgar al mundo, mas para salvarlo». Sí, porque el Hijo del Hombre, el Verbo encarnado, tiene dos faces: una sumida en la naturaleza y humana, y otra retenida en Dios y superior a la naturaleza. Cuando Jesús dice que «ha venido al mundo para salvarlo», para traerle la vida divina y los medios de la salvación, dice que Él es el Camino, la verdad y la vida. La Verdad, o sea la conciencia del Ser; la Vida, o sea el Ser en su unidad y visto desde dentro y causa de sí mismo; y el Camino, o sea el puente tendido entre la vida y la muerte, entre el pecado y la salvación, entre la debilidad y la fuerza, entre lo aparente y lo eterno. Es esta vida y los que tienen en sí la vida los que se juzgan: se juzgan a sí mismos. Los seres se sitúan por sí solos a derecha o a izquierda; cada ser tiene al cabo de su vida cierto peso que lo señala en razón de la sustancia acumulada en su vida. Y este peso determina el lugar que tiene y que no puede

no tener en el Absoluto.

Durante el período misterioso en que esta acumulación se hace en secreto por las vías más diversas, más difícilmente apreciables desde fuera y hasta desde dentro, durante este período el juicio permanece suspendido y esta suspensión está simbolizada, me parece, en la parábola en que el Padre de familia, que ha sembrado el trigo en su campo y encuentra la cizaña crecida junto al trigo, responde a sus servidores: «Dejad que ambas crezcan hasta el momento de la siega». Porque la naturaleza y el tiempo son el asiento de la confusión, el punto de confluencia de todas las confusiones. Ignoro si esta definición es de Heráclito o de Empédocles, y poco importa. La naturaleza significa *lo que es antes de nacer*, lo que siempre ha de nacer y deberá morir: la naturaleza donde nada es en sí, donde todo desborda, donde nada tiene principio en sí, donde cada ser tiene su principio en otro ser, sus causas y sus resultados en otra parte que el mismo, razón por la cual el hijo paga por el padre y el vecino padece por la caída del vecino. Cosa que lo confunde todo ante nuestros ojos, y falsea todos nuestros juicios, y justifica el mandamiento de Cristo —No Juzguéis—, y parece indicar que el propio Dios no existe para juzgarnos mientras vivimos, sino para salvarnos hasta que en el fin lo que está en sí, como el Padre está en Sí, permanezca en sí y en el Ser y lo que está fuera de sí caiga en las Tinieblas Exteriores.

X

CRISTO ANDA SOBRE LAS AGUAS
«SI NO COMIÉREIS MI CARNE»

*12 de diciembre de 1947.
Calle Saint-Paul.*

HEMOS terminado la lectura del capítulo V de san Juan, en que Cristo afirma su naturaleza. Iniciaremos el capítulo VI, que empieza con un milagro que ya hemos comentado el año pasado: el de la Multiplicación de los Panes. Comprobaréis cómo ambos capítulos se vinculan, cómo el relato evangélico no es una serie de episodios recogidos al azar y cómo a través de esos acontecimientos y milagros se desarrolla lógicamente la doctrina.

Del milagro de la Multiplicación de los Panes hemos hecho un comentario al descifrar los números y hemos vislumbrado de qué pan se trataba. De la afirmación de su naturaleza que Cristo nos hace en el capítulo V hemos de pasar a sus consecuencias: a los aspectos por los cuales nos concierne esta afirmación metafísica. En efecto, puede ser sublime conocer la naturaleza de Cristo como Unidad con la naturaleza del Pa-

dre; pero al fin y a la postre eso podría no tener relación con nosotros: sólo nos atañó cuando esa Unión puede alcanzarnos y ayudarnos. ¿Cómo es posible que Aquel que participa de la naturaleza del Padre nos permita participar de su naturaleza y elevarnos hacia el Padre? Eso es lo que con palabras oscuras y con símbolo misterioso enseña Cristo en el milagro de los panes. Pero desarrollará esa enseñanza en el párrafo que se inicia: *Aquellos hombres, cuando vieron el milagro que había hecho Jesús decían: Éste es verdaderamente el profeta que ha de venir al mundo. Y Jesús cuando entendió que habían de venir para arrebatarle, y hacerle rey huyó otra vez al monte él solo.* (Juan VI, 14).

Después de indicar de manera oscura el modo en que daría a la humanidad toda posibilidad de identificarse con él, se retira al monte «él solo». La multitud, que no comprende, que se exalta y manifiesta su exaltación a tuertas y derechas, quiere hacerlo rey. Pero el repudio de la realeza terrena ya ha tenido lugar en el desierto, durante la tentación del diablo. Cristo nada odia tanto como las glorias mundanas, a nada se opone tanto como al orgullo del saber o al de la tiranía. Y en el instante en que la multitud quiere hacer de él un rey se retira a la montaña «él solo», recordando cuál es la realeza a que por nacimiento tiene derecho.

Y como se hiciese tarde, descendieron sus discípulos al mar. Y habiendo entrado en un barco, pasaron de la otra parte del mar hacia Capharnaúm; y era oscuro; y no había venido Jesús a ellos. Y se levantaba el mar con el viento recio, que soplabá. Y cuando hubieron remado como unos veinticinco o treinta estadios vieron a Jesús andando sobre el mar, y que se acercaba al barco y tuvieron miedo. Más él les dice: Yo soy, no temáis. Y ellos quisieron recibirle en el barco, y el barco llegó luego a la tierra, adonde iban. (Juan VI, 16).

Este viaje y este milagro indican el grado de la disciplina espiritual en que el discípulo es abandonado a sí mismo. Jesús, retirado «él solo» en el monte, se ha alejado cuanto permiten las posibilidades humanas. Cosa indicada por el número de los estadios: veinticinco o treinta. Veinticinco: cinco veces cinco. O treinta: seis veces cinco. En otros términos: Cinco o Seis. Y ya sabéis que ambos números representan la naturaleza humana en sus dos polos o en sus dos veces dos polos; de arriba abajo, en largo y en ancho: como polo corporal (2) y polo divino (3) el Cinco, y como polo masculino y como polo femenino el Seis: los dos triángulos enlazados que forman la estrella de seis cabos. La naturaleza humana se compone de elemento sólido, de elemento líquido, de elemento ígneo de elemento aéreo. El elemento líquido: el agua, es elemento sensible. Y los discípulos se aventuran en el mar tempestuoso y se alejan cinco o seis estadios de su punto de partida. Es el momento en que Jesús se reúne con ellos, el momento en que el primer temor, el de perderse en la tempestad, cede al segundo temor, el de ser salvado. Porque sabéis muy bien que hay una parte en nosotros y en nuestra segunda naturaleza que nada teme tanto como la salvación en que debe desaparecer. Por eso los discípulos temen como Moisés temió cuando vio la zarza ardiente, como los discípulos temieron cuando Cristo se transfiguró ante ellos, como los pastores temieron cuando los ángeles les anunciaron el Adviento, como todo hombre teme cada vez que siente el roce del Divino. Temieron porque el hombre teme perderse. Pero la palabra de Jesús les da una respuesta: «Soy yo». ¿Quién está allí? Soy yo. Una frase cotidiana, la frase que decís a alguien cuando llamáis a la puerta y os preguntan: ¿Quién está allí? Frase que nada significa en boca de

un hombre corriente, frase que quiere decirlo todo en boca de Cristo. Todo el Evangelio está hecho de estas frases, transfigurando su sentido. Cristo les responde y responde a su temor diciéndoles: «Soy yo». Lo cual nos recuerda la respuesta de Dios a Moisés: «Soy el que Es, mi nombre es Yo soy». Al decir «Soy yo» Cristo les dice al mismo tiempo que Él es el Ser, y por lo tanto que es todo lo que se llama Yo. Y con esa respuesta los tranquiliza por completo, ya que los discípulos temían perderse en la tempestad, o sea perder el yo, y es entonces, en el momento en que tememos perderlo, cuando lo encontramos. Es el momento en que Cristo sube a la barca después de andar sobre las aguas e inmediatamente la barca toca tierra: el viaje termina por ese hecho mismo.

El día siguiente la gente que estaba de la otra parte del mar vio que no había allí sino un solo barco y que Jesús no había entrado en el barco con sus discípulos, sino que sus discípulos se habían ido solos. Y llegaron otros barcos de Tiberíades cerca del lugar en donde habían comido el pan, después de haber dado gracias al Señor. Pues, cuando vio la gente que no estaba allí Jesús, ni sus discípulos, entraron en los barcos y fueron a Capharnaúm en busca de Jesús. Y cuando le hallaron de la otra parte del mar le dijeron: Maestro, ¿cuando llegaste acá? Jesús les respondió y dijo: En verdad, en verdad os digo: Me buscabais no por los milagros que visteis mas porque comisteis del pan y os saciasteis. Trabajad no por la comida que perece mas por la que permanece para vida eterna, la que os dará el Hijo del hombre. Porque a éste señaló Dios el Padre. Y le dijeron: ¿Que haremos para hacer las obras de Dios? Respondió Jesús y les dijo: ésta es la obra de Dios que creáis en aquel que me envió.

Entonces le dijeron: Pues, ¿qué milagro haces para que lo veamos y te creamos? ¿Qué obras tú? Nuestros padres comieron el maná en

el desierto como está escrito. Pan del cielo les dio a comer. Y Jesús les dijo: En verdad, en verdad os digo: No os dio Moisés pan del cielo, mas mi Padre os da el pan verdadero del cielo. Porque el pan de Dios es aquel que descendió del cielo y da vida el mundo. Ellos pues le dijeron: Señor danos siempre este pan. Y Jesús les dijo: Yo soy el pan de la vida: el que a mí viene nunca tendrá sed. (VI, 22).

Jesús no se digna dar ninguna explicación de su milagro, el milagro de haber andado sobre las aguas. Es un milagro íntimo y secreto que no concierne a las multitudes. Por lo demás, sabe que las multitudes no se preocuparán demasiado por ello: han comido su pan y su vientre está lleno, así como su espíritu se ha llenado con esa excitación de que están ávidas las multitudes. Pero tal excitación no es un alimento: Venís a mí porque habéis comido el pan, y la discusión se inicia acerca de la naturaleza del pan que comieron, ya que ese pan es terreno porque ellos creen que es terreno, aunque en verdad es divino. Ahora bien, sólo es divino para quienes conocen la verdad. Y ese pan es Cristo mismo, que da su carne y su sangre a quienes creen en Él, cosa revelada en todo este capítulo VI.

Es un misterio incomprensible para los oyentes de Jesús y para muchos de sus discípulos que, tras una discusión harto prolongada, declaran: «Duras son éstas palabras» y se marchan. Por qué asombrarnos, si al cabo de dos mil años no hemos progresado más que los primeros testigos de esta afirmación increíble: «Si no comiereis la carne del Hijo del hombre, y bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros. Mi sangre verdaderamente es una bebida, y mi carne verdaderamente es una comida». Y los judíos murmuran y se preguntan: ¿Cómo podrá darnos de comer su carne? Este sesgo místico y expiatorio, al propio tiempo que corporal y cotidiano, distingue la

doctrina cristiana de toda otra filosofía. Porque una filosofía no tiende con sus sistemas más que a aclarar el intelecto, a dirigir los pensamientos, mientras que este *conocimiento particular* que es la fe es un poder de vida y de amor que toma la forma del intelecto, y forma y transforma la naturaleza toda. En verdad, así como Jesús rechaza la realeza civil (acaba de rechazarla), rechaza también la realeza filosófica y moral y acude en busca de sus discípulos en el mar. En otros términos: toma al hombre desde abajo. Acude al hombre desde sus raíces, lo penetra por lo que tiene de más bajo, por sus instintos, y emplea lo que existe de más bajo en él —su cuerpo— como vínculo con lo divino. Los filósofos olvidan el cuerpo, los religiosos no lo olvidan nunca y menos que nadie los cristianos. De lo contrario olvidan que son cristianos: si lo desprecian cometen un acto sacrílego, puesto que Dios santificó ese mismo cuerpo asumiéndolo. Y san Gregorio Palamas llega a afirmar la superioridad de la naturaleza humana sobre la de los propios ángeles en razón de la posesión del cuerpo.

Pero no basta tener un cuerpo en el vago sentido que damos a la palabra tener. Se trata de poseerlo en el sentido propio e intenso; se trata de convertirlo en un instrumento de unión y conocimiento: y a esto nos incita Cristo en las páginas que hemos leído. Nos pide que comamos su cuerpo y bebamos su sangre, y éste es el modo en que Él, que es la vida, entrará en nuestra vida, no por el doble intelecto (aunque también por él), no por el corazón amable y amante (aunque también por él), sino por el instinto y por el instinto más bajo, por el de comer. Pero ¿qué es comer?, ¿qué es el hambre? Fuego que atraviesa la naturaleza toda, que de algún modo fuerza a todos los hombres a penetrarse mutuamente, a destruirse mu-

tuamente, a intercambiar sus sustancias. Comer es destruir una forma: y adquirir fuerza en esta destrucción; es probar la equivalencia de las sustancias y las esencias; es borrar las diferencias en el dolor; es la universal hostilidad que conduce a no sé qué forma terrible de unión. Y el hambre y el amor se reúnen, y son la misma cosa, aunque esta verdad permanezca oculta para los ojos de nuestra flaqueza. El Hambre no es más que un amor inferior y si queréis infernal, pero es también el amor más grande; «Dios es un fuego devorador»: cuando se dice devorador se piensa en una manera de Hambre. Cristo logra la unión de lo que es alto con lo que es bajo y mezcla el Amor con el Hambre. Todo el mal del mundo proviene de que no queremos ser comidos y queremos comer. Y todo el dolor de que acabaremos por ser comidos. Actitud que nos deja ciegos ante la gran verdad. Si en vez de defendernos desesperadamente cedemos al impetuoso torrente de la naturaleza; si en vez de negarnos marchamos de buen grado hacia el punto que nos aguarda; si preferimos ser devorados a devorar, todas las pendientes de nuestra naturaleza cambiarían de dirección y miraríamos la horrible realidad con mirada serena, libre, maravillada.

Cristo nos enseña esta conversión. Pide, exige que lo devoremos, y al comerlo es Él quien nos come. La vida que nos come, que destruye nuestro cuerpo de muerte, nuestra persona de mentira, es la que desciende en la carne para santificar el fango, redimir el pecado, la que desciende a la tumba para vivificar la muerte.

XI

LA FIESTA DE LOS TABERNÁCULOS O SOLEDAD DE JESÚS

*16 de enero de 1948.
Calle Saint-Paul.*

RETOMEMOS Juan VII, 1: *Y después de esto andaba Jesús por Galilea; porque no quería pasar a la Judea, por cuanto los judíos le buscaban para matarle. Y estaba próxima la fiesta de los judíos, llamada de los Tabernáculos.*

Y sus hermanos le dijeron: Sal de aquí, y ve a la Judea, para que tus discípulos vean también las obras que haces. Pues ninguno hace cosa en oculto, y procura ser conocido en público: si esto haces, manifiéstate al mundo. Porque ni aún sus hermanos creían en él. Y Jesús les dijo: Mi tiempo aún no ha venido; mas vuestro tiempo siempre está preparado. No puede el mundo aborreceros a vosotros; mas a mí me aborrece porque yo doy testimonio de él, que sus obras son malas. Subid vosotros a esta fiesta, yo no subo todavía a esta fiesta, porque mi tiempo no es aún cumplido.

Y habiendo dicho esto, se quedó él en Galilea. Mas después que sus hermanos hubieron subido, el entonces subió también a la fiesta

no públicamente, más en oculto. Y los judíos le buscaban el día de la fiesta, y decían: ¿En dónde está aquél? Y había entre la gente un gran murmullo acerca de él. Unos decían: Bueno es. Y otros decían: no, engaña a la gente. Mas ninguno hablaba abiertamente de él por miedo a los judíos. Y en medio de la fiesta subió Jesús al templo, y enseñaba. Y se maravillaban los judíos, y decían: ¿Cómo sabe éste letras, no habiéndolas aprendido? Jesús les respondió, y dijo: Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me ha enviado. El que quisiere hacer su voluntad, conocerá de la doctrina si es de Dios o si yo hablo por mi propia cuenta. El que habla por su propia cuenta busca su propia gloria; mas el que busca la gloria de aquel que le envió, éste veraz es, y no hay en el injusticia. ¿Por ventura no os dio Moisés la ley? Y ninguno de vosotros cumple la ley. ¿Por que me queréis matar? Respondió la gente, y dijo: Demonio tienes; ¿quién te quiere matar? Jesús les respondió, y dijo: Hice una obra, y todos os maravilláis. Por esto os dio Moisés la circuncisión — no porque ella es de Moisés, sino de los Padres—; y circuncidáis al hombre en sábado. Si recibe el hombre la circuncisión en sábado, sin que la ley de Moisés sea quebrantada, ¿por qué os ensañáis contra mí, por haber sanado en sábado a todo un hombre? No juzguéis según lo que parece, mas juzgad justo juicio.

Y decían algunos de Jerusalén: ¿No es éste el que buscan para matarle? Pues ved aquí que habla en público, y no le dicen nada. ¿Por ventura han reconocido los príncipes, que éste es el Cristo? Mas este sabemos de dónde es; y cuando viniere el Cristo, ninguno sabe de dónde sea.

Y Jesús alzaba la voz en el templo, enseñando, y diciendo: Vosotros me conocéis, y sabéis de dónde soy; empero yo no vine de mí mismo, mas es veraz el que me envió, a quien vosotros no conocéis. Yo le conozco, porque de él soy, y él me envió.

Y le querían prender, mas ninguno le echó mano, porque todavía no era llegada su hora. Y muchos del pueblo creyeron en él, y decían: Cuando viniere el Cristo, ¿hará acaso más milagros que los que éste hace? Oyeron los fariseos estos murmullos que había en el pueblo acerca de él, y los príncipes de los sacerdotes y los fariseos enviaron guardianes para que le prendiesen.

Y Jesús les dijo: aún estaré con vosotros un poco de tiempo; y luego iré a aquel que me envió. Me buscaréis, y no me hallaréis; y donde yo esté, vosotros no podéis venir.

Dijeron los judíos entre sí mismos: ¿A dónde se ha de ir éste, que no hallaremos? ¿Querrá ir a las gentes que están dispersas, y enseñar o los gentiles? ¿Que palabra es ésta, que dijo: Me buscaréis, y no me hallaréis; y donde yo esté, vosotros no podéis venir?

Y en el último día de la fiesta, el principal, estaba allí Jesús, y decía en la alta voz: Si alguno tiene sed, venga a mí, y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su vientre correrán ríos de agua viva.

Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él; porque aún no había sido dado el Espíritu, por cuanto Jesús no había sido aún glorificado.

Contra mi costumbre seguiré leyendo, porque quiero que entendáis el pasaje en su conjunto. Muchas, pues, de aquellas gentes, habiendo oído estas palabras, decían: Éste verdaderamente es un profeta. Otros decían: Éste es el Cristo. Mas algunos decían: Pues, qué ¿de la Galilea ha de venir el Cristo? ¿No dice la Escritura: Que de linaje de David, y del castillo de Bethlehem, en donde estaban David, ha de venir el Cristo? Así que había disensión en el pueblo acerca de él. Y algunos de ellos le querían prender; mas ninguno puso las manos sobre él.

Volvieron los guardianes a los príncipes de los sacerdotes y a los

fariseos. Y éstos les dijeron: *¿Por qué no le habéis traído? Respondieron los guardianes: Nunca así habló hombre, como este hombre. Los fariseos les replicaron: Pues qué ¿vosotros habéis sido también seducidos? ¿Por ventura ha creído en él alguno de los príncipes, o de los fariseos? Pero estas gentes del vulgo, que no saben la ley: malditas son. Nicodemo, aquel que vino a Jesús de noche, que era uno de ellos, les dijo: ¿Por ventura nuestra ley juzga a un hombre, sin haberlo oído primero, y sin informarle de lo que ha hecho? Le respondieron, y dijeron: ¿Eres tú también Galileo? Escudriña las Escrituras, y entiende que de la Galilea no se levantó jamás profeta. Y se volvieron cada uno a su casa.*

Todo un capítulo lleno de saltos, de puntos oscuros, de « pues » que unen frases sin conexión. El capítulo empieza en Galilea con los hermanos de Jesús y continúa en Judea, entre la multitud. Los hermanos de Jesús no creen en él; la multitud murmura y está dividida por su causa. Y Jesús continúa con los guardianes enviados para prenderlo, que vuelven cabizbajos y acusados de haber cedido a su hechizo, y acaba por fin con los sacrificadores y los fariseos, con los irreductibles.

Todo ha surgido a propósito de la fiesta de los Tabernáculos. La fiesta de los Tabernáculos, de la peregrinación en el desierto, podría llamarse: soledad de Jesús. Soledad y peregrinación en el desierto de Jesús, desconocido en medio de su propia gloria; de Jesús, sobre el cual murmura el pueblo; de Jesús, ignorado y renegado por sus hermanos; de Jesús, señalado por las Escrituras y las profecías, y denunciado como impostor por los lectores de la Escritura a causa de esa designación misma.

El capítulo se inicia con las escenas de Nazareth, donde se habla de los hermanos de Jesús. Renan y los demás, los Muy inteligentes, nos hablan de seis o siete hermanos de Jesús,

basándose en la consulta de no sé qué archivos y registros civiles. Es un modo de poner en ridículo la expresión de nuestra tradición, que habla de santa María, siempre Virgen. Mas no es preciso haber estado en Oriente para saber con qué facilidad se llama allí « hermanos » a los miembros de nuestra tribu, cualquiera sea su vinculación con nuestra sangre. Los « hermanos » de Jesús no fueron en su totalidad detractores de Jesús, puesto que san Santiago, el Menor, dice, era uno de ellos.¹ Los hermanos de Jesús podían muy bien ser primos suyos. San Agustín lo afirma, y agrega: « Así como el sepulcro donde fue depuesto Jesús nunca había recibido otro cadáver, el vientre de la virgen no concibió otro mortal, antes o después del nacimiento del Hijo del Hombre ». Lo cierto es que, consanguíneos o no, los hermanos de Jesús no creyeron en él, afirma el Libro. Pero si atendemos a sus palabras sorprende ese *porque*: « Porque sus hermanos no creían en él », Sus hermanos le dicen: vete a Judea y muéstrate; puesto que sabes hacer cosas tan hermosas, no debes tenerlas ocultas. Y las gentes te creerán y te glorificarán. Pero la conclusión del texto señala que esas frases amables se dicen con ironía y con malicia: vete a hacer milagros, que son cosas hermosas de ver. Aprovecha que llega la fiesta y que, como todo buen israelita, iremos a la fiesta (ir a la fiesta representa para un galileo un viaje de diez o quince días, a pesar de lo cual lo emprenden dos y tres veces por año, o al menos una vez, para la Pascua, puesto que ésas

¹El Evangelio cita entre las santas mujeres que asisten al Calvario a cierta María, hermana de la madre de Jesús, y madre de Santiago el Menor. De modo que ese « hermano » del Señor resultaría primo suyo. Pero es imposible que dos hermanas tengan el mismo nombre, lo cual aleja por lo menos en un grado el parentesco.

son fiestas de observar). Pero los hermanos de Jesús sabían muy bien que empujándolo a la fiesta lo empujaban a la muerte. Y Jesús sabe muy bien lo que dice cuando responde: No ha llegado mi hora. Id vosotros a la fiesta, porque no arriesgáis nada. El mundo no puede odiaros porque sois del mundo, porque pensáis y sentís como él. Pero a mí me odia porque atestigo que sus obras son malas: yo solo contra el mundo todo. En otra parte dice: He vencido al mundo. Es en la época de la Pasión, de la Condena y de la Muerte cuando dice esto. Pero aquí no dice: He vencido al mundo. Esta vez dice que juzga al mundo, que lo supera, que se aparta de él, que se opone a él; dice que está solo: y en verdad lo está.

Permanece, pues, algunos días más en Galilea y después acude a la fiesta de los Tabernáculos. Debemos observar cómo se resiste Jesús invariablemente a la observancia estricta y cómo da ejemplo incesante de observancia. El hombre no fue hecho para el sábado, mas el sábado para el hombre. La fiesta fue hecha para el hombre y no el hombre para la fiesta. Hay cosas más importantes que observar las prescripciones sin comprenderlas; y quien comprende las prescripciones, por este mismo hecho tiene el derecho de observarlas o de no observarlas: está libre con relación a ellas, lo cual no significa que esta libertad lo obligue automáticamente a renegar o rechazar la prescripción y la tradición. En verdad, Jesús no falta a una sola de las fiestas prescritas por la Ley; y si lo prendieron y crucificaron fue por observar las prescripciones de la Pascua.

Hemos aludido muy de prisa a su familia. Reconsideremos este asunto. Los demás Evangelistas nos proporcionan algunos datos acerca de la actitud de Jesús con respecto a su familia y acerca de la actitud de su familia con respecto de él.

Tenemos descripciones de otras visitas suyas a Nazareth. Las descripciones coinciden. Las gentes de Nazareth dicen: ¿No es el hijo de José y de María? ¿A qué decimos que es el Mesías? Lo conocemos, es el chicuelo que hemos visto jugar con los nuestros. Pero como el chicuelo es vivo de genio y el pueblo israelita tiene la sangre ardiente, llega a empujarlo hasta el borde de un precipicio (que todavía se muestra en Nazareth), y Jesús dice esta frase amarga: Nadie es profeta en su tierra.

A veces pretenden presentarnos a Jesús, al dulce Jesús, como un dios bonachón para familias. Cuando su madre y sus hermanos se presentaron durante una de sus prédicas y le anunciaron: he aquí a tu madre y hermanos, exclamó: ¿Quién es mi madre, quiénes son mis hermanos? Vosotros, que me escucháis, sois mis hermanos y mi padre y mi madre. Otros parientes no tengo. La dura respuesta dada a sus padres, que lo encontraron en medio de los doctores al cabo de tres días de busca (¿No sabéis que tengo que ocuparme de los asuntos de mi padre?), demuestra que a los doce años ya había empezado el aprendizaje de la soledad, la peregrinación a los desiertos que es la vida espiritual. No es asombroso que quienes son llamados «hermanos» quisieran precipitarlo en un abismo.

La peregrinación continúa. Aquí lo vemos en medio de la multitud, la multitud de los celosos: «Si viniere el Cristo, ¿hará acaso más milagros que los que éste hace?». Y otros dicen: «Pero nosotros sabemos de donde viene éste». Es el mismo argumento que han empleado sus hermanos; en éstos el argumento tenía mucha más fuerza que en la otra gente, pues esos otros no lo sabían más que vagamente. «Y no sabremos de donde vendrá el Cristo». Por causa de él hubo, pues, discordia en la multitud. Es sólo una imagen de esta división el

anuncio que Cristo hace a los que creen en él: A causa de mí y de mi padre, el padre odiará al hijo, el hijo al padre, la madre a la hija, la hija a la madre. He venido a traer el escándalo y la división, la división entre los que se aman, la división entre los que creen en la verdad, la división entre los que buscan la verdad, pues no todos la buscan de la misma forma ni con la misma sinceridad. Y sobre todo hay división entre los que buscan la verdad y los que creen haberla encontrado, pues para éstos no hay esperanza, éstos son los Fariseos: los que se dicen puros, los que quizá se creen puros, los que se justifican con todo, salvo con la Justicia interna. Y los escribas, que se justifican con su saber, y su saber proviene de lo que han leído u oído decir.

Tras la multitud, los guardianes. Los guardianes avanzan para prenderlo en nombre de los Príncipes y de los Sacrificadores. Y Jesús les acoge con estas palabras que les desarmen: «Hacéis bien en venir a mí ahora, porque dentro de muy poco tiempo ya no estaré aquí y no podéis ir a buscarme donde me haya marchado» (Subentendido: en el reino de mi Padre, al que habré retornado, no podréis entrar vosotros, los soldados). Los soldados no entienden sus palabras, desde luego, porque de lo contrario no serían soldados. Y regresan ante sus señores diciéndoles: «Nadie habló nunca como ese hombre». Lo cual no significa que crean en él o sencillamente que les haya dado por defenderlo, sino tan sólo que sus armas se les han caído de las manos.

Luego aparecen los propios Sacrificadores, Y aún entre ellos hay división, porque uno de su clase, llamado Nicodemo acudió en otro momento a Jesús durante la noche y a él enseñó Jesús que es preciso renacer. Este Nicodemo —que la Tradición hi-

zo santo— es el mismo que, según se dice, siguió a José de Arimatea y a las santas mujeres hasta el sepulcro. Es el defensor de Jesús, el admirador nocturno de Jesús. Es su defensor tímido. ¿Es de veras un santo? Lo ignoro. Es el defensor y el testigo que no se compromete. Intenta desarmar a sus pares como Jesús ha desarmado a los guardianes. «¿Por ventura nuestra ley juzga a un hombre, sin haberle oído primero, y sin informarse de lo que ha hecho?». Y recibe esta dura respuesta: «¿También tú has sido seducido?». ¿Eres tú también Galileo?, lee un poco las Escrituras, y verás que de la Galilea no puede salir nada bueno. Por tanto, es un pasaje de los Profetas en que está escrito: «Se le llamará Nazareno». Es cierto que nazareno no significaba necesariamente un habitante de la aldea de Nazareth, porque también llamábase así al miembro de una secta de ascetas de cabellos largos: de cabeza enteramente consagrada a Dios.

De modo que por boca de la multitud y por boca de los sacerdotes, todas las profecías acerca del Hijo del Hombre son revisadas y todas niegan el parecido del recién llegado con la figura del Mesías, tal como se deduce de la descripción de los profetas. Y en verdad, de tales profecías hay que decir lo que se dice de las parábolas: «Hablaban en parábolas para que quienes no tienen oídos para oír, no oigan». Lo mismo puede decirse de las profecías: fueron dichas de modo que no reconocan quienes no tienen corazón para reconocer.

¿Qué lección podéis sacar de estas páginas? Ésta: «Debemos vivir solos, puesto que morimos solos», como dice Pascal. Y ésta otra: nosotros, nuestro verdadero yo, nuestro Ser, está a solas con Dios. «He venido de Dios y lo conozco, y si dijera que no lo conozco sería un mentiroso como vosotros». La fra-

se está incompleta: «Sería un mentiroso como vosotros cuando decís que lo conocéis: vosotros, que juzgáis por el rostro, que no estáis en la sustancia, que sois amados por el mundo porque pertenecéis al mundo. Vosotros, mis hermanos y hermanas y mis prójimos por la sangre. Vosotros, los extranjeros necios, los soldados imbéciles, los príncipes arrogantes, los sabios que tenéis la desdicha de creer en vuestra ciencia. Vosotros, que sois del mundo, concertaréis fácilmente un compromiso con el mundo. Pero yo no he de ir a vuestra fiesta, no he de ir a vuestra fiesta ineludible, no he de ir a exhibir mis habilidades de taumaturgo y hacedor de milagros, como tenéis a bien aconsejarme, para que la multitud entera me admire y cada uno me alabe. He de ir a la fiesta *en secreto*, he de ir a la fiesta secreta, a la fiesta de la peregrinación en los desiertos, a la fiesta de los Tabernáculos, puesto que yo, el hombre de quien todo el mundo habla y murmura, el hombre que todo el mundo execra y admira, estoy en el desierto, estoy solo bajo la mirada del Padre». Y el narrador termina: «Y se volvieron cada uno a su casa».

XII

LA MUJER ADÚLTERA

23 de enero de 1948.

Calle Saint-Paul.

RETOMAMOS Juan VIII: *Y se fue Jesús al Monte de los Olivos. Pero al amanecer volvió al templo, y vino a él todo el pueblo, y sentado los enseñaba.*

Y los escribas y los fariseos le trajeron una mujer sorprendida en adulterio, y la pusieron en medio. Y le dijeron: Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en adulterio. Y Moisés nos mandó en la Ley apedrear a estas tales. Y tú ¿qué dices? Y esto lo decían tentándole, para poder acusarle. Mas Jesús, inclinándose hacia abajo, escribía con el dedo en tierra. Y como porfiasen en preguntarle, se enderezó y les dijo: El que entre vosotros esté sin pecado tire contra ella la piedra el primero. E inclinándose de nuevo, continuó escribiendo en tierra. Ellos, cuando esto oyeron, se fueron unos tras otros, los más ancianos los primeros; y quedó Jesús solo, y la mujer que estaba de pie en medio.

Y enderezándose Jesús, le dijo: Mujer, ¿en dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te ha condenado? Dijo ella: Ninguno Señor.

Y dijo Jesús: Ni yo tampoco te condenaré; vete, y no peques más.

¿Será preciso comentar cosa tan clara? Jesús vuelve del Monte de los Olivos, donde solía pasar la noche durante las grandes fiestas de Jerusalén. El monte del óleo de crisma, del óleo de la unción de los reyes. El monte de la soledad, de la paz, del olivar, de la realeza interior, del óleo. Pero al romper el día vuelve a su tarea, regresa al templo, y sentado en medio de la multitud enseña. Entonces una turba rompe el círculo entre gritos, quiebra el silencio y se precipita adelante, arrastrando a la desdichada. Y la arrojan frente a él para tentarlos, pues saben muy bien que lo tientan (... sus enemigos conocían su dulzura, lo habían visto en muchas ocasiones volverse o taparse el rostro cuando pasaba junto al lugar del suplicio). Porque Jesús conoce qué vale la justicia de los hombres, esa extraña balanza que equilibra un mal con un castigo y compensa, repara, como suele decirse, un pecado con un golpe. Conoce esta manera de corregir a los demás, conoce esta maldad de los justos, esta ocasión maravillosa de alegrarse inoportunamente por el dolor ajeno. Mas el posee otros medios de purificación (pena significa purificación). Jesús conoce otros medios para utilizar la pena para purificación, aplicándola ya al culpable, ya a sí mismo.

Dijo Moisés que deben ser apedreadas personas como éstas. Y tú, ¿qué dices? Jesús se inclina hacia la tierra y escribe en el polvo, lo cual significa que se recoge en sí mismo, se inclina sobre su naturaleza profunda, escribe en ella, lee las figuras de la justicia y del consejo interior, y con este gesto opone un muro a quienes gritaban a la vez, a quienes lo asaltaban con sus preguntas agresivas. Después, aprovechando un instante de calma, alza la cabeza y les dirige una mirada. El Evangelista

habla de la cabeza erguida, mas no nos muestra la mirada. Y sentimos que esa mirada penetrante viene hacia nosotros de entre las líneas. Y Jesús les dice, ¡ah!, pero sin levantar el tono, con voz casi baja, casi en un suspiro: «El que entre vosotros esté sin pecado, tire contra ella la piedra el primero». Y después vuelve a dibujar en el polvo. Algunos comentaristas no dejaron de preguntarse qué podía escribir en tierra, y varios de ellos, no sin fineza, pensaron que escribía los pecados de los asistentes en letras que borra en seguida, porque acusados por su propia conciencia los acusadores se retiraron uno tras otro; los más viejos primero, ya porque tuviesen más pecados sobre la conciencia, ya porque supiesen distinguirlos mejor que los demás. Y todos se van, hasta el último. Jesús se encuentra solo frente a la mujer, pero solo quiere decir que todos los acusadores se han retirado. No quiere decir que el pueblo mudo, que asistía desde el principio a la escena, no estuviera presente hasta el fin. En efecto, se nos dice que la mujer estaba «en medio» y hemos de ver que la enseñanza proseguirá en cuanto la mujer se marche. «Mujer, ¿en dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te ha condenado?». Y la mujer respondió: «Ninguno, Señor. Y Jesús le dijo: «Ni yo tampoco te condenaré». ¿Quiere esto decir, que acepta el pecado, que acepta el perjurio, que acepta la mancha? No. Los condena, pero no condena al pecador. No dice: «Vete, y haz lo que quieras», sino que dice: «Vete, y no peques más». Y considera que con ello basta, que la mujer no ha de pecar en lo futuro, que la ha curado del pecado, perdonándola. Tampoco yo te acuso porque eres como los demás, ignorante y desdichada, con malas inclinaciones (la «mala inclinación» lleva a *caer mal*). [En el original francés se dice: tú eres *méchante*, palabra que quiere

decir « mal chéant » (del verbo « choir ») *tombant mal*]. Ved como el lenguaje, que es la ciencia secreta de los pueblos, sabe bastante más de las cosas fundamentales que los moralistas y filósofos, y sobre todo que los justicieros. En tí, desdichada, el pecado de todos se revela mientras que en los demás sigue escondido. No te acuso porque tu pecado, que es feo y repulsivo, no es tuyo, no hace más que pasar por tí, y tú misma no te pertenesces, tú misma no eres tú, no eres nada, eres una forma, una ola, una agitación. No te acuso, mas te compadezco. Que mi piedad te ilumine, que sea el rocío que te haga renacer, que el choque recibido, el espanto por el que acabas de pasar y la casualidad, quiero decir la intención divina que te puso en mi camino, te hagan encontrar tu conciencia y te lleven hasta tí misma, hasta tu pureza. Que conozcas así las fuentes de la vida, que asciendas desde tus profundidades hasta un plano en que el pecado se vuelve tan imposible como insensato.

Y otra vez les habló Jesús, diciendo: Yo soy la luz del mundo: el que me sigue, no anda en tinieblas, mas tendrá la luz de la vida. Jesús se vuelve, pues, hacia la multitud de los que aguardaban, y entre esa multitud no sólo había pueblo: había también escribas y fariseos, siempre al acecho, siempre dispuestos al ataque. Siempre había puros y sabios, y contra ellos se levanta Cristo. Ya veréis que no los trata con la misma mansedumbre que ha mostrado hacia la pecadora. Y disculpadme si vuelvo sin cesar al mismo tema, porque no soy yo, sino el texto que comentamos el que lo retoma: *No he venido a juzgar el mundo, sino a salvarlo.* Su compañía favorita son los pobres y las gentes de mala vida, pues, ¿quién necesita médico, sino el enfermo? Y el enfermo necesita remedios, no injurias. Contra los puros la emprende Jesús; contra los sabios lanza el cargo de imbeci-

lidad; contra los puros fulmina su cólera.

Y dice al pueblo: *Yo soy la luz del mundo*, lo cual no significa sino ésto: Soy Dios mismo en el mundo. Es, sin duda, la definición de la Segunda Persona de la Trinidad. Con qué exactitud se reitera esta definición en el Evangelio de Juan a partir de la primera página, donde está escrito: *Y la luz en las tinieblas resplandece, mas las tinieblas no la recibieron.* Jesús no dice: Soy la luz del cielo, como nunca dice: Soy Dios. Dice: Soy el Hijo. Dice: Yo soy la luz del mundo. Soy Dios encarnado en la naturaleza.

El que me sigue, no anda en tinieblas, mas tendrá la luz de la vida. Reparad en el tiempo futuro del verbo: « El que me sigue no anda en tinieblas », puesto que le sirvo ya de luz; pero « *tendrá la luz de vida* », la tendrá cuando se me haya reunido. La luz de vida es la luz interior, la visión de su propia esencia, de su esencia solar, luminosa y divina. La tendrá en este mundo o en el otro mundo, en esta vida o en otra vida, cuando se me haya reunido.

Y los fariseos le dijeron: Tú das testimonio de tí mismo; tu testimonio no es verdadero. Jesús les respondió y dijo: *Aunque yo de mí mismo doy testimonio, verdadero es mi testimonio, porque sé de dónde vine, y a dónde voy; mas vosotros no sabéis de dónde vengo, ni adónde voy. Vosotros juzgáis según la carne; mas yo no juzgo a ninguno; y si juzgo yo, mi juicio es verdadero, porque no soy solo; mas yo y el Padre, que me envió. Y en vuestra ley está escrito, que el testimonio de dos hombres es verdadero. Yo soy el que doy testimonio de mí mismo; y testimonio da de mí el Padre, que me envió. Y le decían: ¿En dónde está tu Padre? Respondió Jesús: Ni me conocéis a mí, ni a mi Padre; si me conociérais a mi en verdad conoceríais también a mi Padre. Estas palabras dijo Jesús junto al tesoro, enseñando*

en el templo; y ninguno le echó mano, porque no había venido aún su hora.

Jesús enseña estas cosas en el lugar del templo donde está el tesoro, lo cual significa que la doctrina es un lugar donde se esconde un tesoro. Y quien entiende este punto de la doctrina entiende toda la doctrina escondida. Quienes juzgan según la carne no ven en Jesús más que al hijo de José, un carpintero galileo, y no saben de dónde viene ni adónde va, de dónde saca sus afirmaciones, sus certezas, su doctrina, su conocimiento de las Escrituras, que nunca estudió.

No lo saben, pero Jesús sabe que no está solo y por eso es válido su testimonio contra el de la multitud. Sabe que tiene acceso a la fuente de las certidumbres, y que importan las objeciones de quienes están fuera, de quienes juzgan según las apariencias, de quienes juzgan según las leyes aprendidas, de quienes —pecadores como los demás— se creen justificados por su aspecto imponente y por su mecánica sumisión a la Ley aprendida. Jesús está en contra de quienes han convertido la Ley en defensa y caparazón que los proteja de la Luz de Vida. *Y les decía: Vosotros sois de abajo, yo soy le arriba. Vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo. Por eso os dije, que moriréis en vuestros pecados; porque si no creyéreis que yo soy, moriréis en vuestro pecado.* Éste no es el lenguaje con que ha hablado a la pecadora.

La pecadora le ha dicho «Señor» y se ha demostrado más digna que ellos, los Justificados, para creer que *Él es*; y estando recogida en sí misma, más capaz que los sabios de conocer qué es el Yo.

XIII

«SI NO CREYÉREIS QUE YO SOY»

*30 de enero de 1948.
Calle Saint-Paul.*

HABÍAMOS quedado en esta frase del capítulo VIII de Juan: «Por eso os dije que moriréis en vuestros pecados; pues, si no creyéreis lo que yo soy moriréis en vuestros pecados». Leo lo que tengo ante mis ojos: «Si no creyéreis lo que yo soy». Pero si vuelvo al texto encuentro que Cristo no dijo eso, sino el traductor. Cristo dice: *nisi credideritis quia ego sum*, que en latín, en el pésimo latín de los Evangelios, significa algo muy hermoso e intenso: «Si no creéis *que yo soy*, moriréis en vuestros pecados»¹. No se trata de saber lo que el Cristo *es*, sino de saber *que* el Cristo *es*. Eso es lo que lo distingue de los demás hombres que no *son*, que transcurren. Dios dice de Sí a Moisés en la zarza ardiente: «Soy el que Es». Y algo después agrega: «Ve y di que mi nombre es: Yo soy». Si Cristo dice: «Si no creyéreis que soy, moriréis en vuestros pecados», quiere decir: si no creéis en el Ser, moriréis en vuestros pecados, que

¹Ésta, por lo demás, es la traducción de Scio. de San Miguel. (N. del T.)

son vuestra forma de pasar, de no ser, de faltar; que son vuestras faltas: vuestra falta de ser. Y sus interlocutores: ¿Tú, quién eres?. Jesús les respondió:

« El principio, el mismo que os habló ». Esta es la traducción correcta, y no otras que leen:

« Lo que os dije desde el comienzo ». Cosa que no significa nada: nada dijo desde el comienzo, y se guardó muy bien de hacerlo. Fue diciéndolo poco a poco, o más bien lo hizo decir a sus discípulos: « ¿Y vosotros, quién decís que soy? ». Y San Pedro exclama en el capítulo VI,9: « Hemos conocido que eres el Cristo, el Santo de Dios » Pero decir: « Yo soy », es decir, más que « el Santo de Dios », es decir más que el Cristo, más que el Rey y el Mesías aguardado. Es decir: Dios. Y en verdad, si acudimos al texto encontramos que *Jesús les respondió: Principium et qui loquor vobis*, que únicamente puede traducirse por « el Principio » (y no « desde el principio »), *el mismo que os habló*. « ¿Quién dices que eres? —Digo que soy el Principio » o Dios. Y soy Dios y os hablo, soy Dios encarnado y con voz, soy la palabra de Dios. « Y el Verbo era con Dios y el Verbo era Dios ».

Muchas cosas tengo que decir de vosotros, y que juzgar. Mas el que me envió es verdadero; y yo, lo que oí de él, eso hablo en el mundo. Y no entendieron que les hablaba del Padre. Otro falso sentido: No entendieron que les decía que Dios era su Padre: Ejus, en la Vulgata. Pero muchos traductores alardean de traducir del griego y de ser doctores en teología. Es preferible la Vulgata. Es inútil conocer el griego y ser erudito cuando no estamos en el secreto de las cosas y tenemos el vacío dentro: de ese modo se vacían las palabras al pronunciarlas o repetir las. Desconfiemos de los escribas y confiemos más bien en san Jerónimo, que estaba en

el secreto de las cosas y cuyos errores mismos están a veces llenos de sentido.

Y no entendieron (igual que esos traductores) *que a su Padre llamaba Dios*. Esta frase resume todo el debate: cada vez que entienden que Jesús habla de Dios como de su padre se encolerizan los oyentes. Como habréis de verlo dentro de poco, los que reprochaban a Jesucristo el llamarse Hijo de Dios y tenían por blasfemia tal revelación, se consideraban a sí mismos Hijos de Dios, pero entendiéndolo diversamente.

Jesús, pues, les dijo: Cuando exaltareis al Hijo del Hombre, entonces entenderéis que yo soy. Una sentencia que es como un monumento. ¡Cuando exaltareis al Hijo del Hombre!... ¿Cómo exaltarlo, cómo ponerlo en la altura? Mediante la cruz, mediante la muerte. « Cuando alzareis al Hijo del Hombre, entonces entenderéis que soy ». Entonces sabréis que no muero, que no paso, que soy, que no me habréis fijado en la cruz, que no me habréis matado sino para alzarme en la eternidad. *El que me envió, conmigo está, y no me ha dejado solo, porque yo hago siempre lo que a él agrada*. Yo solo frente a vosotros, puesto que ninguno me comprende, puesto que estáis divididos entre vosotros por mi causa, puesto que estáis perturbados y ninguna perturbación puede entrar en mí. Estoy solo frente a vosotros, pero en mí mismo no lo estoy, puesto que soy yo mismo, es decir, Yo y el Mismo, yo y el Padre, el Padre que me envió pero no lejos de él, pues me envió y permanece en mí, y el habita en mí y yo en él.

Diciendo Jesús estas cosas, muchos creyeron en él. Y decía Jesús a los judíos que habían creído en él: Si vosotros perseveráis en mi palabra, verdaderamente seréis mis discípulos. Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres. Si no habéis creído en mí solamente

por una exaltación súbita del espíritu, por un destello de revelación, mas si persistís en mi palabra, si es fe en vosotros. Lo cual se reconoce en ésto: en que subsiste. Si perseveraseis en mi palabra, si vuestra fe persevera y prueba así que existe, entonces conoceréis la verdad y la verdad os hará libres. La verdad os traerá la libertad. En las escuelas filosóficas se discute infinitamente acerca de la libertad; y aún se llega a afirmarla en los discursos políticos. Nos preguntamos si el hombre es libre, declaramos que está determinado, demostramos que todas las causas de sus acciones están fuera de él y que por ellas es movido, que no es responsable de sus crímenes ni, por supuesto, de sus obras buenas, que su destino está trazado en los astros o en alguna otra parte e inscrito en el orden de la naturaleza. Y otros nos dicen que el hombre es como pluma al viento que no depende de nada, que dispone de su libre albedrío (mientras que la pluma no dispone de él, ya que la pluma sigue su ley, su ley que no es suya, como los engranajes de una máquina tirados por una cadena). El hombre no es libre sino cuando posee la verdad. Pero Cristo enseña: sólo hay una liberación: la verdad. Debatirse contra una obligación es elegir otra obligación, rehusar la obediencia es caer en otro engranaje. De la libertad sólo hay una definición correcta: es libre quien sigue su propia ley. No es libre quien no sigue ninguna ley. Está encadenado el que sigue una ley extraña. Es esclavo el que no es causa de sus propias acciones. O sea que todos los hombres son hasta cierto punto esclavos. No podemos hablar de liberación sino con respecto a la verdad que es el conocimiento de nuestra ley, obediencia a nuestra ley propia. Esto es lo que Cristo entiende por: « Conoceréis la verdad y la Verdad os hará libres ».

Los Judíos respondieron... Aquí terminan las palabras que

Jesús dice a los judíos que habrían creído en él. Pero los otros empiezan ahora:

Los Judíos respondieron: Linaje de Abraham somos, y nunca servimos a ninguno; pues, ¿cómo dices tú: Seréis libres?. Aquí tenemos reunidas la grosería y la jactancia: ésta es la noble indignación que se apodera de un cuerpo herido en su orgullo. El pueblo elegido de Dios es único entre los pueblos; todos los pueblos todas las naciones son únicas desde luego. Y la nuestra desde luego es única, y tiene una misión divina, desde luego... Y cada uno de nosotros es hombre libre y héroe desde luego... Nunca hemos sido esclavos exclama el pueblo judío que fue esclavo en Babilonia, que fue esclavo en Egipto, que lo es de los romanos y no dejó de serlo a partir de ese momento. Esta es la verdad que podemos esperar de esta clase de reacciones: las reacciones del espíritu del cuerpo. Jactancia y grosería. Pero no es esto lo que importa aquí.

Cristo les responde: *En verdad, en verdad os digo, que todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado.* Sois esclavos del pecado mientras no seáis la causa de vosotros mismos y de vuestras acciones. Mientras vuestras causas estén fuera de vosotros, mientras obréis con vuestro vacío y no con vuestro Ser mientras busquéis vuestras fuerzas en vuestras necesidades que son vuestras carencias, en vuestras faltas y defectos que son vuestra nada. Soportáis el doble pecado: el pecado original, el pecado de todo el mundo, el pecado de no ser uno entre todo el mundo, de no ser vosotros mismos, de no estar liberados, redimidos por la verdad, de no ser responsables; y también vuestro pecado propio, el pecado de que sois responsables.

Y el esclavo no queda en casa para siempre; mas el hijo queda

para siempre. Así que si el Hijo os hiciere libres, verdaderamente seréis libres. Y henos de retorno a la concepción del ser como una gran morada en que habitamos o transcurrimos. El Hijo habita porque es la morada, porque es la casa. Pero el siervo pasa por ella porque sus necesidades y menesteres le llaman a otra parte.

Yo sé que sois hijos de Abraham; mas me queréis matar, porque mi palabra no cabe en vosotros. El texto dice *non capit*, o sea «no prende». «Mi palabra no prende», no muerde, vosotros no mordéis como se dice del pez que muerde el anzuelo (y sabéis que el símbolo pertenece a los cristianos: «Os haré pescadores de hombres», dice Él a sus discípulos). Y porque mi palabra no prende en vosotros tratáis de matarme: vosotros, los que pasáis, los que os irritáis porque subsisto, porque serenamente os digo que subsisto. Queréis ilusionaros con la idea de que subsistiréis más tiempo que yo al matarme. Pero al matarme os habéis matado a vosotros mismos, puesto que yo soy vosotros, soy el que subsiste de vosotros, soy lo que merece subsistir de vosotros. Si no subsisto en vosotros moriréis en vuestros pecados y pasaréis; pero si subsisto en vosotros tendréis la verdad que subsiste, tendréis la eternidad en vosotros. Y esto os liberará, os liberará de todas las causas, os liberará de todo lo que pasa, os liberará del mundo y del tiempo.

«Sé que sois hijos de Abraham», dice al principio. Pero poco después, cuando insisten y dicen: *Nuestro padre es Abraham. Jesús les dijo: Si sois hijos de Abraham, haced las obras de Abraham. Mas ahora me queréis matar, a mí que os he dicho la verdad que oí de Dios: Abraham no hizo esto. ¡Oh, extraña declaración!, asombrosa en varios sentidos: y ante todo en cuanto a lo que debe entenderse por paternidad y filiación. Jesús dijo al*

principio: «Sé que sois hijos de Abraham». Y ahora que la discusión se reanuda y envenena: «Si fueseis hijos de Abraham, haríais las obras de Abraham». Y de vosotros podría decirse lo que se dice de Abraham en las Escrituras: que fue encontrado precisamente frente al Eterno. Si fuerais hijos de Abraham, haríais las obras que él hizo; pero queréis hacerme morir, cosa que no hizo Abraham. Abraham no quiso hacer morir al Cristo. Siento que estáis a punto de decir: ¿Cómo podía quererlo? Es precisamente lo que responden los oyentes a Jesús: ¡Vaya, no tienes todavía cincuenta años y dices que has visto a Abraham!. Y Jesús les contesta con esta frase asombrosa, con esta alternancia de los tiempos verbales que sólo en la Biblia puede encontrarse: *Antes que Abraham fuera, yo soy.*

XIV

EL CIEGO Y LA FUENTE DE SILOÉ

*6 de febrero de 1948.
Calle Saint-Paul.*

JUAN IX, 1-38:

Y al pasar Jesús, vió un hombre ciego de nacimiento. Y le preguntaron sus discípulos: Maestro, ¿quién pecó, éste, o sus padres, por haber nacido ciego? Respondió Jesús: Ni éste pecó, ni sus padres; más para que las obras de Dios se manifiesten en él. Es necesario que yo obre de las obras de aquel que me envió, mientras que es de día; vendrá la noche, cuando nadie podrá obrar. Mientras que estoy en el mundo, luz soy del mundo.

Cuando esto hubo dicho, escupió en tierra, e hizo lodo con la saliva, y ungió con el lodo sobre los ojos del ciego. Y le dijo: Ve, lávate en la piscina de Siloé (que quiere decir Enviado). Se fue, pues, y se lavó, y volvió con vista.

Y los vecinos, y los que le habían visto antes pedir limosna, decían: ¿No es este el que estaba sentado, y pedía limosna? Los unos decían: Éste es. Y los otros: No es ese, sino que se le parece. Más él decía: Yo soy. Y le decían: ¿Cómo te fueron abiertos los ojos? Res-

pondió él: Aquel hombre que se llama Jesús, hizo lodo, y ungió mis ojos, y me dijo: Ve a al piscina de Siloé, y lávate. Y me fuí, y me lavé, y veo. Y le dijeron: ¿En dónde está aquel? Respondió él: No sé.

Llevaron a los fariseos al que había sido ciego. Y era sábado, cuando hizo Jesús el lodo y le abrió los ojos. Y de nuevo le preguntaban los fariseos, como había recibido su vista. Y él les dijo: Lodo puso sobre mis ojos, y me lavé, y veo. Y decían algunos de los fariseos: Este hombre no es de Dios, pues que no guarda el sábado. Y otros decían: ¿Cómo puede un hombre pecador hacer estos milagros? Y había disensión entre ellos. Y vuelven a decir al ciego: Y tú, ¿qué dices de aquel que abrió tus ojos? Y él dijo: Que es profeta.

Mas los judíos no creyeron de él que hubiese sido ciego y que hubiese recibido la vista, hasta que llamaron a los padres del que había recibido la vista. Y les preguntaron, y dijeron: ¿Es éste vuestro hijo, el que vosotros decís que nació ciego? Pues, ¿cómo ve ahora? Sus padres les respondieron y dijeron: Sabemos que éste es nuestro hijo, y que nació ciego. Mas no sabemos cómo ahora tiene vista; o quién le haya abierto los ojos, nosotros no lo sabemos; preguntadle a él; edad tiene, que hable él por sí mismo.

Esto dijeron los padres del ciego, porque temían a los judíos; porque ya habían acordado los judíos, que si alguno confesase a Jesús por Cristo, fuese echado de la sinagoga. Por eso dijeron sus padres: Edad tiene, preguntadle a él.

Volvieron, pues, a llamar al hombre, que había sido ciego, y le dijeron: Da gloria a Dios. Nosotros sabemos que ese hombre es pecador. Él les dijo: Si es pecador no lo sé. Una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo. Y ellos dijeron: ¿Qué te hizo? ¿Cómo te abrió los ojos? Les respondió: Ya os lo he dicho, y lo habéis oído; ¿por qué lo queréis oír otra vez? ¿Por ventura queréis vosotros también hacerlos sus discípulos? Y le maldijeron, y dijeron: Tú seas su discípulo,

que nosotros somos discípulos de Moisés. Nosotros sabemos que habló Dios a Moisés; mas éste no sabemos de dónde sea. Aquel hombre les respondió, y dijo: Ciertamente que es esta cosa maravillosa, que vosotros no sabéis de dónde es, y abrió mis ojos. Y sabemos que Dios no oye a los pecadores; mas si alguno es temeroso de Dios, y hace su voluntad, a éste oye. Nunca fue oído que abriese alguno los ojos de uno que nació ciego. Si éste no fuese de Dios, no pudiera hacer cosa alguna. Respondieron, y le dijeron: ¿En pecado eres nacido todo, y tú nos enseñas? Y le echaron fuera.

Oyó Jesús que le habían echado fuera; y cuando le halló le dijo: ¿Crees tú en el Hijo de Dios? Respondió él: ¿Quién es, Señor, para que crea en él? Y Jesús le dijo: Ya lo has visto, y el que habla contigo, éste mismo es. Y él dijo: Creo, Señor. Y postrándose, le adoró.

Preguntan los discípulos: ¿Nació ciego a causa de sus pecados o a causa del pecado de sus padres? He aquí un gran problema sobre el cual discutieron no sólo hombres de religiones diferentes, de tradiciones diferentes, sino también hombres de una misma religión. ¿Por qué caen sobre los hombres desdichas e invalideces? Casi todos los sabios, casi todos los predicadores os dirán que la culpa es del pecado. Pero cuando el hombre nace con taras, ¿dónde está el pecado? ¿Cómo explicar el mal? Decís que el mal viene con el pecado y vemos cómo prosperan los peores pecadores. Y vemos caídas en la desgracia a las personas más santas que podamos concebir. Diréis vosotros: sí, es cierto en cuanto a los males del cuerpo; pero en cuanto a los males del espíritu no lo es. Porque el pecador tarde o temprano será atormentado por el remordimiento, mientras que el justo dormirá en paz. Pero también esto es falso. Vemos que los pecadores duermen a veces con el sueño del

justo y vemos a los justos o sea a los santos, atormentados por el remordimiento y los escrúpulos.

Es preciso decir que la razón humana es muy pobre de argumentos en este ámbito y que las explicaciones más claras no nos satisfacen. Quiero hablaros de la explicación hindú porque no podemos negarle, por ejemplo, la cualidad de ser clara. Esta explicación consiste en decir, que no vivimos una sola vida sino varias; y a través de esa serie de vidas acumulamos méritos o deméritos; y nuestros deméritos acarrearán castigos en las vidas siguientes, mientras que no recordamos siquiera los crímenes que hemos cometido. Pero esta explicación tan clara no satisface nuestra concepción de la divinidad, puesto que reduce la justicia divina a una suerte de experiencia de vasos comunicantes, a una suerte de balanza mecánica y natural. La hipótesis de que padecemos el castigo de nuestros padres surge más bien del Antiguo Testamento donde Dios maldice al pecador por siete generaciones sucesivas. También aquí se nos presentan dificultades inextricables. Sin duda heredamos de nuestros padres tanto el mal como el bien. Pero el mal que nos llega, ¿nos llega realmente de sus pecados, y su herencia de crímenes se transmite en virtud de la importancia del crimen? El beber, por ejemplo, es crimen ínfimo comparado con otros. Pero los hijos de los borrachos soportan una grave carga de miserias, mientras que el hijo del asesino está libre de ellas.

En el Libro de Job se insinúa otra explicación más satisfactoria. La desgracia, se nos enseña allí, no cae para castigar al hombre, mas para probarlo. Recordáis la imagen de Job en el muladar: no sólo debe soportar su duelo, su pena y su inmundicia, su enfermedad y su ruina, sino también las discusiones de los buenos amigos, las cuales le dicen a guisa de consuelo

que, sin duda, ha cometido algún pecado horrendo y secreto para verse reducido a semejante estado, ya que Dios es justo.

Y oigamos por fin una última explicación: la de Jesús. El mal y el pecado de nacimiento sólo fueron autorizados por Dios para que se manifieste su gloria. Y ésta es, sin duda, la respuesta más satisfactoria, la única satisfactoria. ¿Acaso ha nacido el ciego diferente de nosotros, que somos ciegos natos? ¿Cuál es su pecado? El que soportan todos los hombres, el pecado original, el pecado de nacer, el pecado de ser hombres, y por consiguiente limitado, ciego. A la vez limitado y no unido; a la vez separado y mezclado: separado por los odios y los temores, mezclado por los deseos y las distracciones, por las impurezas y los apegos, por la participación en la corriente común. Lo que distingue la justicia divina de la justicia humana es que la justicia humana considera artificialmente al hombre como unidad, como ser en sí, absolutamente libre y perfectamente responsable. Cosa que no es verdad, o de la cual es apenas germen. Puesto que el hombre, el hombre corriente arrastrado por la corriente no tiene principio, no tiene fin, no conoce su destino, no tiene meta, no tiene unidad, no tiene coherencia, no tiene su causa en sí. Por eso no es libre. Y esto no excusa sus faltas: es la falta misma. Y no hay más redención para la falta que salir de la corriente, crear en nosotros la unidad, llegar al desapego, adquirir la responsabilidad que no tenemos, que no tenemos porque no somos capaces de adquirirla ni somos dignos de tenerla. Y todo esto significa alcanzar la libertad que suponían en nosotros, que nos acordaban de manera abstracta.

¿Qué hace Jesús? Hace lodo con su saliva y le unge los ojos. Este milagro, este signo se presenta muy de otra manera que

todos los milagros que le hemos visto hacer hasta ahora. Jesús ha hecho milagros por virtud de su palabra, diciendo: «Toma tu camilla, y anda». Y el hombre se ha levantado. Jesús ha hecho milagros a causa de la firme creencia que había en el hombre: por su intermedio ha tocado al hombre en su interior. Jesús ha hecho milagros *sin* esta creencia, pero suscitándola. Aunque no sin excepción, ya que hay beneficiados por el milagro que siguen sin creer o sin saber de dónde les ha venido el beneficio, y se marchan sin dar siquiera las gracias. Jesús ha hecho milagros a distancia cediendo a la súplica no ya de quien recibiría el beneficio sino de otro. Milagros hechos por el amor y el intercambio de las gracias entre los hombres. Jesús ha hecho milagros por el solo contacto: ha curado a la mujer que tenía flujos de sangre y que toca el borde de su túnica; ha curado casi a pesar de sí mismo, puesto que en el momento en que la mujer lo ha tocado siente nacer en sí una virtud y se vuelve. Y ahora hace un milagro nuevo: no directamente, sino indirectamente. Lo hace por medio del polvo y la saliva, aplicando el polvo mezclado con la saliva sobre los ojos enfermos, como si se tratara de un remedio. Y el polvo mezclado a la saliva, ¿no es una prefiguración de la harina de la hostia, que será la senda blanca y gris por donde baja a las almas? Este milagro parece venir a expresar el brusco paso de la primera página de Juan: «Y el Verbo era la Luz de los hombres». Puesto que la saliva es lo que proviene de la lengua es como la sustancia del Verbo que mezclándose infinitamente con el polvo, con la harina de la tierra y penetrándole y haciéndose una con ella, va a aplicarse sobre los ojos ciegos sobre la ceguera, para producir la luz. Mas esta aplicación no basta, ya que le dice al ciego: «Ve a lavarte a la fuente de Siloé». Y el

Evangelista no olvida decirnos qué significa esa frase para que reflexionemos acerca de ella. Ya estás curado y no verás si no te lavas en la fuente de Siloé. Es toda una enseñanza relativa a los sacramentos, desde la Comunión al Bautismo. Tales sacramentos son la cura, son la purificación, son la unión, pero en estado latente. El hombre que tiene los ojos cubiertos con ese lodo y esa saliva continúa ciego porque no ha *lavado* esos mismos ojos en la fuente de la purificación, en la purificación del enviado. Es un poco el desarrollo de esta frase del Señor: «No todo el que dice: Señor, Señor, entrará en el Reino de los Cielos. Mas el que hace la voluntad del Padre, ése entrará en el Reino de los Cielos». El que reza y no hace nada, el que recurre a los sacramentos y se limita a eso, inutiliza su piedad y el poder de los sacramentos carecerá de eficacia sobre él. El hombre debe entrar en el camino de la purificación: que es el de hacer la voluntad del Padre, que nos envía hacia los que ya ha liberado del pecado. Liberación de quienes van hacia las obras que les han sido encomendadas.

Y habiéndose lavado los ojos, el ciego vió. Aquí se inicia un drama, o más bien continúa un drama, puesto que lo hemos visto prolongarse durante todos los capítulos precedentes: el debate sobre la violación del sábado.

Y el ciego comienza su misión, que es atestiguar simplemente que ve, para consternación de quienes hacen los esfuerzos más cómicos, más impotentes para negar la evidencia. Todos los recursos se esgrimen:

—¡No, no es el mismo!. ¡No, no es cierto que te hayan curado!. ¡No estabas ciego!. —Sí, me curaron.

—¿Cómo ha sido posible?

—Me ha puesto saliva y lodo sobre los ojos.

—Sí, pero, ¿cómo lo ha hecho?

—¡Oh!, acabo de decíroslo, pero no me escucháis.

—¿Qué dices de él?

—Que es un profeta.

—No, no es un profeta, es un impostor.

—Ignoro si es un impostor, pero sé que me ha curado, y nunca se habrá oído decir que Dios concede su gracia a los impostores.

Por fin, como último argumento le dicen:

—Cállate. Empiezas a mostrarte insolente.

Y lo expulsan. Jesús lo encuentra y le dice:

—¿Crees ahora en el Hijo de Dios?

—Dime dónde está.

—¡Ah!, todavía ciego, ¡Delante de tus ojos tienes al que buscas!.

Y repentinamente el ciego adquiere la segunda vista y se produce el milagro supremo.

Cristo estaba en el lodo y la saliva. Y Cristo estaba en la luz que inunda los ojos del ciego, en la luz del día. Y Cristo estaba por fin en el cuerpo de Cristo.

XV

LA PUERTA DEL APRISCO

*13 de febrero de 1948.
Calle Saint-Paul.*

TOMAREMOS el final del capítulo IX de Juan, versículos 39-41, que es la conclusión del milagro del ciego de nacimiento, quien no estaba ciego a causa de sus pecados, sino por la gloria de Dios.

Y dijo Jesús: Yo vine a este mundo para juicio, para que vean los que no ven, y los que vean sean hechos ciegos.

Y lo oyeron algunos de los fariseos, que estaban con él, y le dijeron: Pues qué, ¿nosotros somos también ciegos?

Jesús les dijo: Si fuereis ciegos, no tendríais pecados; mas hora porque decís: Vemos, por eso permanece vuestro pecado.

Pero la lectura no nos permite percibir el tono de esta pregunta: «¿somos nosotros también ciegos?». Es el tono de quien, dando por sentada su luminosa inteligencia, dice a otro: ¿Es que me tomas por imbécil? ¿Es que supones que también somos ciegos nosotros, los fariseos, los puros, los que conocemos

las Escrituras y tenemos autoridad? ¿Y eres tú, que no tienes autoridad ninguna ni conoces las Escrituras, quien nos trata de ciegos? A lo cual Cristo ni siquiera, se digna responder que sí. Desdichados de vosotros: no sois ciegos de nacimiento, puesto que el ciego de nacimiento no es ciego por sus pecados ni a causa de sus padres, sino por algún motivo oscuramente divino y cuando llegue la hora será redimido de sus tinieblas y dará testimonio de la luz que recibió de aquel que tiene poder de otorgarla. Y a vosotros os fue concedida desde vuestro nacimiento la gracia de la luz, os fueron dadas las Escrituras y las Profecías. Pero habéis creído que todo ello os era debido, habéis creído que con ello os bastaba y no procurasteis devolver algo por lo que recibisteis. Ahora mismo rehusáis dar lo que se os pide y no queréis decir que veis, pues desde el principio del Evangelio hemos visto a los puros, a los sabios, a los bien pensantes, a los inteligentes negarse a la evidencia, negar lo que veían y más que nunca en el pasaje que acabamos de leer, donde con obstinación casi cómica tratan de arrancar al ciego la afirmación de que no ha sido curado, de que no es el mismo ciego, de que es un impostor el que lo curó.

«Si fuereis ciegos no tendríais pecado»: no sería vuestra la culpa de no ver. Pero puesto que veis y os negáis a decir lo que habéis visto y a comprender lo que es evidente pecáis y vuestro pecado permanece. Y yo he venido para formular este juicio: «Para que vean los que no ven, y los que vean sean hechos ciegos». Extraña manera de emplear la palabra *juicio*, asombrosa en nuestra lengua profana, mas no en el Evangelio. El juicio es la separación del Ser y del No Ser; por eso el juicio solo tendrá lugar al final, en el día de la muerte. El juicio es el acto de separación. Y por eso los vivos no tienen derecho a

juzgarse los unos a los otros, pues juzgar es detener y separar, es suponer acabado el curso de la vida, es suponer muerto a quien juzgamos y en cierto sentido es matarlo. Por eso el propio Dios no juzga al vivo mientras vive sino que aguarda la hora de la siega para separar la cizaña del trigo: pues cizaña y trigo, bien y mal, ser y no-ser, crecen juntos confundidos, y tanto el uno como el otro sirven para cumplir el ciclo libre de la vida.

He venido para ese juicio y para esa subversión tantas veces formulada en el Evangelio: Los primeros serán postreros; los postreros serán primeros. Los que lloran son bienaventurados; los que triunfan merecen piedad.

Y el capítulo X comienza:

De verdad, de verdad os digo: El que no entra por la puerta en el aprisco de las ovejas, mas sube por otra parte, el tal es ladrón y salteador.

Mas el que entra por la puerta, el pastor de las ovejas es.

A este abre el portero, y las ovejas oyen su voz: y a sus ovejas llama por su nombre, y las saca.

Y como ha sacado fuera sus ovejas, va delante de ellas; y las ovejas le siguen, porque conocen su voz. Mas al extraño no le siguen, antes huyen de él, porque no conocen la voz de los extraños.

Este proverbio les dijo Jesús; mas ellos no entendieron lo que les decía.

Y Jesús les dijo otra vez: En verdad, en verdad os digo, que yo soy la puerta de las ovejas.

Todos cuantos vinieron, ladrones son y salteadores; mas no los oyeron las ovejas.

Yo soy la puerta: quien por mi entrara, será salvo; y entrará, y saldrá, y hallará pastos.

El ladrón no viene sino para hurtar, y matar, y destruir: yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en más abundancia.

Yo soy el buen pastor: el buen pastor su vida da por las ovejas.

Mas el asalariado, y que no es el pastor, del que no son propias las ovejas, ve venir al lobo y deja las ovejas, y huye, y el lobo las arrebató, y esparce las ovejas.

Y el asalariado, huye, porque es asalariado y porque no tiene parte en las ovejas

Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas, y las mías me conocen, como el Padre me conoce, y yo conozco al Padre; y doy mi vida por las ovejas.

También tengo otras ovejas que no son de este aprisco; aquellas también me conviene traer, y oirán mi voz; y será hecho un solo aprisco, y un pastor.

Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi alma para volverla a tomar.

No me la quita ninguno; mas yo la pongo de mí mismo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre.

Al leer creo soñar. Es como los sueños en que vemos un árbol o un lago y de pronto nos convertimos en el árbol o en el lago, y no sabemos ya si somos nosotros mismos u otra cosa. Cristo habla aquí de la puerta del aprisco, del aprisco, de la entrada al aprisco, del pastor y las ovejas, y dice de sí que es la puerta y que es el aprisco, y dice de sí que es el pastor. Y en verdad es todo eso a la vez, y es el vínculo entre todas esas cosas.

«Yo soy la puerta del aprisco: y su figure se vacía. Estoy vacío de mí mismo como la puerta está vacía y por eso mismo

sirve de entrada. Así es cómo me convierto en entrada, así es como me niego a mí mismo y así es cómo me afirmo. Yo soy el que se vacía de sí mismo y deja entrar en sí a quienes van más allá. Pero quienes pretenden pasar más allá sin vaciarse de sí mismos, quienes no traspasan la puerta son ladrones y salteadores: *Fur* y *latro*. Ambas palabras podrían parecer sinónimas, pero no lo son en modo alguno. Ladrón es el que entra con astucia, salteador es el que entra por fuerza en las cosas y violencia en las personas. Y cuando entra en el aprisco, el aprisco deja de serlo, pues el aprisco de que es puerta Cristo es el Reino celeste, y el aprisco donde pueden entrar por fuerza los ladrones y salteadores es el reino terreno. Y los ladrones y los salteadores entran para matar, disipar y destruir, o bien para dejar que se disperse el rebaño en cuanto se presenta el peligro, ya que nada les importa lo que no concierne a ellos, mercenarios en pos de provecho y gloria personal. Y son extranjeros quienes gobiernan los reinos terrenos, quienes conducen sus ovejas desde fuera. Pero el buen pastor conoce las ovejas *numinatim*, por su nombre, cada una por su nombre. Y el nombre es el signo del alma. Y el pastor las conoce una a una, las conoce en su unidad, las llama y en el llamado se une a ellas desde dentro, y ellas reconocen su voz como la suya propia, él las conoce desde dentro y ellas lo conocen desde dentro, y ellas lo conocen y reconocen como guía y, más aún, lo reconocen como ellas mismas, como lo mejor que existe en ellas mismas. Entonces él las conduce al exterior para el pastoreo y para la abundancia de la vida, pero él las conduce desde dentro y no las dispersa al llevarlas fuera, no deja que se pierdan y mueran, porque nada toma de ellas, mas por el contrario les da de sí mismo.

La traducción nos dice: «Yo doy mi vida para volverla a tomar». Pero el texto es más discreto y misterioso: *pono*, yo *deposito* mi alma. La palabra justa es: «Yo deposito», término medio entre *quitar* y *dar*. La *deposito*. Es también el sentido en que Cristo deposita su aliento vital en lo más secreto de cada alma, la deposita para volverla a tomar. ¿Cuándo la recobra? Yo la recobro cuando mis ovejas vuelven a mí, cuando regresan por la puerta que soy yo al aprisco que soy yo, la recobro cuando mis ovejas mueren, como dice el mundo: o sea cuando retornan a la fuente de la vida, a fin de encontrar la vida con más abundancia. Por eso dice unos versículos más arriba: «El que me sigue no probará la muerte». La muerte no será para él pérdida ni partida, sino el regreso a la fuente abundante de vida.

Y así vemos cumplido el ciclo de los milagros y discursos que Cristo hizo durante la fiesta de los Tabernáculos, que hemos definido como la fiesta de la peregrinación por el desierto. Estos discursos empiezan con los debates con los extranjeros y la angustia de la soledad, y terminan con la promesa del fin de las peregrinaciones, del fin de la soledad y del desierto, con la promesa del retorno a la fuente y la entrada en la tierra prometida y en el aprisco.

XVI

LA FIESTA DE LA DEDICACIÓN
O LA CONSAGRACIÓN DEL CUERPO

*20 de febrero de 1948.
Calle Saint-Paul.*

REANUEDEMOS el comentario de Juan X, 22: *Y se celebraba en Jerusalén la fiesta de la dedicación; y era invierno. Y Jesús se paseaba por el Templo, por el pórtico de Salomón.*

Nos encontramos con una nueva fiesta: la de los Tabernáculos, la de la Dedicación; pronto será la de Pascua. Hemos de ver que estas fiestas se suceden casi como las diferentes partes de la Misa: La Confesión, el Gloria, el Evangelio, el Credo, el Canon, la Consagración, la Comunión, la acción de Gracias. Hemos llegado a la Consagración: la fiesta de la Dedicación del Templo.

Recordaréis que Jesús dijo en otros tiempos: «Destruid este templo y lo reconstruiré en tres días». Y el Evangelista agrega: «Él hablaba del templo de su cuerpo». La Dedicación del templo, o sea la consagración del lugar del sacrificio, es fiesta a la cual no ha de faltar Jesús, sobre todo en este último año de

su vida. Hubo tres consagraciones del templo de Jerusalén: la primera por el fundador mismo, por Salomón, y su fiesta tenía lugar *en otoño*; la segunda durante las grandes batallas de la liberación de Israel, por Judas Macabeo, y su fiesta tenía lugar *en la primavera*; la tercera al regreso del exilio en Babilonia, y su fiesta tenía lugar *en invierno*. Celebrábase, pues, la fiesta de la Dedicación en invierno. Este es un dato histórico, como todo lo que figura en este librito de historicidad generalmente exacta y escrupulosa (como fue preciso reconocer a pesar de todas las objeciones formuladas). Y al mismo tiempo nada es en él histórico, pues todo tiene un contenido simbólico. La fiesta de la Dedicación del cuerpo del Salvador y del lugar del sacrificio se celebra en invierno, en el solsticio hiemal, en el momento más hondo y oscuro del año, en el lugar más estrecho del invierno de los corazones. Y el debate iniciado durante la fiesta de los Tabernáculos se reanuda después de una corta interrupción: es el debate del hombre amoroso entre los hombres fríos y celosos; el debate de quien se afirma entre los que se mezquinan, se preservan y endiosan su propia pureza.

Jesús acaba de decir: «Deposito mi alma para recobrarla, doy mi vida por mis ovejas». Es, sin duda, la consagración y la preparación para el último sacrificio y el último recobro. Y en verdad, el discurso continúa:

Y los judíos le rodearon y le dijeron: ¿Hasta cuando nos tendrás el alma en vilo? Si tú eres el Cristo, dínoslo abiertamente.

Jesús les respondió: Os lo digo, y no me creéis. Las obras que yo hago en nombre de mi Padre, éstas dan testimonio de mí.

Mas vosotros no creéis, porque no sois de mis ovejas.

(Y fijaos que el discurso continúa): *Mis ovejas oyen mi voz; y yo las conozco, y me siguen.*

Yo les doy la vida eterna, y no perecerán jamás, y ninguno las arrebatará de mi mano.

Mi Padre, que me las dio, es más grande que todos; y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre.

Mis ovejas oyen mi voz, oyen mi voz como quien se oye hablar a sí mismo, como quien se oye pensar. Mis ovejas oyen mi voz entre ellas, desde su interior, desde su centro, y me reconocen porque reconocen mi voz como su propia voz. Por eso me pertenecen y por eso nadie puede arrebatarlas de mi mano, como nadie puede impedirles que sean ellas mismas y se sostengan a sí mismas. Mi mano es la fuerza que las preserva desde dentro, y nadie puede arrebatarlas de mi mano. Y algo más lejos: «Mi Padre, que me las dio, es más grande que todos; y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre.». Ambas frases se recubren como una ola cubre el espacio dejado por otra ola, y ambas olas no forman sino una. En efecto, brota la conclusión: *Yo y el Padre somos uno*. La conclusión suprema y peligrosa, la frase que merece la muerte, la declaración que desde hace algún tiempo procuran hacerle decir *abiertamente*. Cosa peligrosa de decir en Israel, como sería peligrosa de decir en Islam. En Israel, tan celoso del celo del Dios Único.

Entonces los judíos volvieron a tomar piedras para apedrearlo. (Es la segunda vez que lo hacen, y no ha pasado mucho tiempo). Jesús les respondió: Muchas buenas obras os he mostrado de mi Padre, ¿por cuál de ellas me apedreáis?

Atrevida pregunta, tan irónica e hiriente que detiene las manos. Y los judíos olvidan la piedra, porque responden: *No te apedreamos por la buena obra, sino por la blasfemia, porque tú, siendo hombre, te haces Dios a tí mismo.*

Pero en esta tradición tan celosa de los derechos de Dios,

tan partidaria de la unidad y la unicidad divina, existían fallas y nada puede impedir que los profetas, arrebatados por el Espíritu, dejen escapar algo de una revelación irreprimible. *Jesús les respondió: ¿No está escrito en vuestra Ley «Yo dije: Dioses sois»?*

En vuestra Ley, o sea en las Escrituras, pues Jesús cita el Salmo LXXXII versículo 6: «Yo Dije: Dioses sois, hijos sois todos del Altísimo». *Pues si llamó dioses a aquellos a quienes vino la palabra de Dios, y la Escritura no puede ser quebrantada, ¿a mí, a quien el Padre santificó, y envió al mundo, vosotros decís: tu blasfemas, y ello porque he dicho: «Soy hijo de Dios»?*

«Vuestra Ley», dice Jesús con cierto desdén, y no porque desdeñe las Escrituras (puesto que dice: Si creéis en ellas creeréis en mí, ya que ellas os hablan de mí), sino porque la Ley que es *suya* no es ley que pueda borrarse, ya que no está escrita.

Esta afirmación, peligrosa en Israel, lo sería menos en otros países: el dios uno y único, sin dejar de ser único se encarna en grados diversos en la creación, y no se sitúa fuera de todas las cosas, sino por encima de ellas y a la vez en su interior; y el único medio de encontrarlo es buscarlo en lo íntimo y no en lo externo, por vía de la Escritura y de la autoridad, mas también (y mucho mejor aún) en virtud de esa verdad «que habita el hombre inferior», como dice san Agustín. Que Dios pueda encarnarse, que el hombre tenga el poder de convertirse en Hijo de Dios —afirmación que hace levantar los brazos y arrojar piedras a los judíos— sería en la India y en una escuela de sabiduría hindú una declaración edificante y una verdad admitida.

Jesús cita aquí la Escritura y un Profeta, pues la Escritura

no puede ser refutada. Y también pudo citar a quienes querían apedrearlo poco antes, pues leemos en el capítulo VIII, 41: «Y ellos le dijeron: Nosotros no somos nacidos de fornicación; un padre tenemos, y es Dios». A lo cual Jesús responde con rudeza: «Vosotros sois hijos del Diablo, vosotros que procuráis matarme y que mentís; pues el Diablo fue homicida y mentiroso desde el principio». Sois hijos de aquel a quien os parecéis. En la filiación han de considerarse dos cosas, y no sólo una: el paso de la simiente y el contacto corporal a través del tiempo, pero sobre todo el parecido. Cuando los judíos le dicen: Nosotros, los hijos de Abraham, Jesús les responde primero: «Sé que sois hijos de Abraham», pero después: «Si sois los hijos de Abraham, haced las obras de Abraham». Es el mismo argumento en virtud del cual Cristo se dice Hijo de Dios, puesto que hace la voluntad de su Padre, puesto que hace la obra de su Padre: «Muchas buenas obras os he mostrado de mi Padre, ¿por cuál de ellas me apedreáis?». «Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis. Mas si las hago, y si a mí no me queréis creer, creed a las obras, para que conozcáis y creáis que el Padre está en mí, y yo en el Padre».

La revelación hace juego con la cita: «Dioses sois». Como explica el comentario, significa que si son llamados dioses e hijos de Dios aquellos a quienes se dirigió la palabra divina, cuánto más, con cuánta mayor limpieza puede llamarse Dios e Hijo de Dios a esa Palabra misma hecha hombre. Es, pues, una revelación acerca de la naturaleza de Cristo, pero asimismo una revelación acerca de nuestra naturaleza. Y es el desarrollo de lo que, como recordarán, se dice en la primera página del Evangelio de Juan: «Mas a cuantos le recibieron, a aquellos que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de

Dios», que repite exactamente: Hijos sois todos del Altísimo.

Y ellos querían prenderle; mas se salió de entre sus manos. Escapó de entre sus manos. Se dice que si alguien ponía sus manos sobre el Arca quedábanle las manos pegadas al Arca como la hoja seca al pavimento mojado. Aquel que era el Arca viviente pasa en medio de los judíos sin que ninguno se atreva a ponerle encima la mano porque su hora no ha llegado. Su hora no ha llegado pero se aproxima; nadie le quita la vida mas Él la deposita por sí mismo, y pronto ha de depositarla. Y antes se consagra a la gran preparación: Y otra vez se fue a la otra ribera del Jordán, a aquel lugar en donde antes había bautizado Juan; y se estuvo allí. Cumplido el ciclo nos encontramos de nuevo en el punto de partida, en el bautismo de Juan: estas palabras son, sin duda, la causa por la cual la preparación de la Pascua se practica entre los cristianos mediante el recuerdo de los cuarenta días en el desierto, transcurridos en época del Bautismo y de la Tentación.

Ya veis qué oportuno es que leamos hoy estas palabras, puesto que hemos entrado en la Cuaresma, los cuarenta días y el desierto del alma. Hemos entrado en la Cuaresma, y con un duelo único.¹

Que el duelo y la penitencia, la aridez del espíritu y el frío exterior os sirvan, ¡oh amigos míos!, para recogeros, para retomaros, para mirar con ojos impávidos vuestra propia vida, para revisar vuestras faltas pasadas. Sabed ayunar, sabed aceptar con alegría los contratiempos de la vida, sabed hundir vuestro corazón, vuestro espíritu, bajo la superficie de la tierra. Si la simiente no muere permanecerá sola, mas si logra hundirse en la tierra dará su fruto y vendrá la fiesta del despertar y de la siega.

¹No había pasado un mes desde la muerte de Gandhi.

XVII

LA RESURRECCIÓN DE LÁZARO

*27 de febrero de 1948.
Calle Saint-Paul.*

JUAN, capítulo XI:

Y había un enfermo, llamado Lázaro de Bethania, aldea de María y de Marta, su hermana.

(Y María era la que había ungido al Señor con un unguento, y limpiado sus pies con sus cabellos; cuyo hermano Lázaro estaba enfermo.)

Enviaron, pues, sus hermanos a decir a Jesús: Señor, he aquí el que amas está enfermo.

Y cuando lo oyó Jesús, les dijo: Esta enfermedad no es para muerte, sino para gloria de Dios, para que sea glorificado el Hijo de Dios por ella.

Y amaba Jesús a Marta y a María su hermana y a Lázaro.

Y cuando oyó que estaba enfermo, se detuvo aún dos días en aquel lugar.

Y pasados estos, dijo a sus discípulos: Vamos otra vez a Judea.

Los discípulos le dijeron: Maestro, ¿ahora querían apedrearte los judíos, y vas allá otra vez?

Jesús respondió: ¿Por ventura no son doce las horas del día? El que anduviere de día, no tropieza, porque ve luz de este mundo; Mas si anduviere de noche, tropieza, porque no hay luz en él.

Esto dijo; y después les dijo: Lázaro nuestro amigo duerme; mas voy a despertarle del sueño.

Y dijeron sus discípulos: Señor, si duerme, será sano.

Mas Jesús había hablado de su muerte; y ellos entendieron que decía dormir de sueño.

Entonces Jesús les dijo abiertamente: Lázaro es muerto;

Y me huelgo por vosotros de no haber estado allí, para que creáis Mas vamos a él.

Dijo entonces Tomás, llamado Dídimo, a los otros condiscípulos: Vamos también nosotros, y muramos con él.

Vino pues Jesús, y halló que había ya cuatro días que estaba en el sepulcro.

Y Bethania distaba de Jerusalén como unos quince estadios.

(Y muchos judíos habían venido a Marta y a María, para consolarlas de su hermano.)

Marta, pues, cuando oyó que venía Jesús, le salió a recibir; mas María se quedó en casa.

Y Marta dijo a Jesús: Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no hubiera muerto.

Mas también se ahora que todo lo que pidieres a Dios, te lo otorgará Dios.

Jesús le dijo: Resucitará tu hermano.

Marta le dice: Bien se que resucitará en la resurrección en el último día.

Jesús le dijo: *Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque hubiere muerto, vivirá;*

Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá jamás ¿Crees esto?

Ella le dijo: *Sí, Señor; yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo, que has venido a este mundo.*

Y dicho esto, fue y llamó en secreto a María, su hermana, y dijo: El Maestro está aquí, y te llama.

Ella cuando lo oyó, se levantó luego, y fue a él;

Porque Jesús aún no había llegado a la aldea; sino que se estaba en aquel lugar, en donde Marta había salido a recibirle.

Y los Judíos, pues, que estaban en la casa con ella, y la consolaban, cuando vieron que María se había levantado apresurada, y había salido, la siguieron, diciendo: Al sepulcro va a llorar allí.

Y María, cuando llegó a donde Jesús estaba, luego que le vio se postró a sus pies, y le dice: Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no hubiera muerto.

Jesús, cuando la vio llorando, y que también lloraban los judíos que habían venido con ella, gimió en su ánimo, y se turbó a sí mismo.

Y dijo: ¿En dónde lo pusisteis? Le dicen: Ven, Señor, y lo verás.

Y lloró Jesús.

Y dijeron entonces los judíos: Ved cómo le amaba.

Y algunos de ellos dijeron: ¿Pues éste, que abrió los ojos del que nació ciego, no podía hacer que éste no muriese?

Mas Jesús, gimiendo otra vez en sí mismo, fue al sepulcro; era una gruta, y había puesta una losa sobre ella.

Dijo Jesús: Quitad la losa. Marta, que era la hermana del difunto, le dice: Señor, ya hiede, porque es muerto de cuatro días.

Y Jesús le dijo: ¿No te he dicho que si creyéreis verás la gloria le Dios?

Quitaron pues la losa; y Jesús alzando los ojos a lo alto, dijo: Padre, gracias te doy porque me has oído.

Yo bien sabía que siempre me oyes; mas por el pueblo, que está alrededor, lo dije, para que crea que tú me has enviado.

Y habiendo dicho esto, gritó en alta voz, diciendo: Lázaro, ven fuera.

Y en el mismo punto salió el que había estado muerto, atados los pies, y las manos con vendas, y cubierto el rostro con un sudario. Jesús les dijo: Desatadle, dejadle ir.

Muchos, pues, de los judíos, que habían venido a ver a María y a Marta, y vieron lo que hizo Jesús, creyeron en él.

Mas algunos de ellos se fueron a los fariseos.

Asistimos aquí a un drama semejante a esos misterios que en Alemania se llaman *Jederman*, o sea «Misterios de todo el mundo». Lázaro, el enfermo de Bethania, soy yo, somos todos nosotros, son todos los pecadores, es todo hombre. El texto no olvida transcribir su nombre y el lugar en que vivía, y agrega: el que Jesús amaba. En efecto, no existe hombre que no sea único; y nadie existe a quien Jesús no ame. Cristo, que es la vida interior, que es Dios en nosotros; ama a cada uno de nosotros como si estuviéramos solos en el mundo. Dios nos hizo únicos a cada uno de nosotros; Dios resumió en nuestro cuerpo todas las fuerzas y las virtudes de la tierra; todas las grandezas del cielo y todas las luces de los astros y los ángeles las concentró en nuestra alma y en nuestro espíritu. Cada uno lo es todo, y todo hombre es cada vez uno. El hombre enfermo es el pecador que va a morir. Y el pecador a quien Jesús ama, como amaba a sus hermanas, muere: es el pecador, el que muere en el pecado. Y al decir esto no pienso que Lázaro haya sido necesariamente ladrón o asesino que bebía o fornicaba.

Pienso que vivía, como todo hombre la vida del pecado la vida de la carne y la vida de la inteligencia. Del pecado, que tiene dos grados; el de los deseos del cuerpo que es el inferior y el de las virtudes cívicas, las curiosidades de la inteligencia, las riquezas inútiles y arrolladoras del espíritu. Pues tanto quienes viven contra la ley como quienes viven en la ley habitan a la vez en esa casa de dos pisos que tiene por techumbre el pecado, o si queréis por piedra fundamental. Puesto que en las primeras páginas del Génesis está escrito que el hombre cayó en el pecado no al morder el fruto del deseo o del pecado sino al morder el fruto del *Conocimiento del bien y del mal*. Pues lo que llamamos bien y lo que llamamos mal forman parte de la casa de dos pisos. Y el ladrón, el mentiroso y el asesino y también el hombre honrado, glorioso y glorificado y seguro de sí, son humanamente desiguales, pero están igualmente alejados de la vida espiritual.

El pecador ha muerto, pues, y a él acude Jesús. Acude a él diciendo: esta enfermedad no está destinada a la muerte sino a la gloria de Dios. O bien, como ha dicho ya de la cura del ciego de nacimiento: este hombre no está ciego a causa de sus pecados ni a causa de los pecados de sus padres, sino por la gloria de Dios. El pecado no existe para el pecado ni para la muerte, existe para que resplandezca la gloria de Dios, para que la fuerza espiritual salte por encima de las barreras, para que la luz brille en las tinieblas e ilumine las tinieblas.

Jesús acude a su última obra, y también al peligro. Sus discípulos le advierten: «Maestro, ¿ahora querían apedrearte los judíos, y vas allá otra vez?» Mas Jesús les responde con palabras oscuras: «¿Por ventura no son doce las horas del día?», y ha llegado la última hora. Pero mientras no se cumple el ci-

clo de las doce horas o de las doce grandes obras, de los doce trabajos de Cristo, de los doce signos, nada podrá detenerme. En su día —que llamamos año— el sol pasa por los doce signos del Zodíaco. El héroe de la leyenda Hércules, se perfecciona en los doce trabajos. Doce significa cumplimiento del ciclo. Los milagros de Cristo tienen el mismo nombre que las figuras del Zodíaco: *signo*. No es difícil encontrar doce signos principales: el de Caná; el agua transformada en vino; el pan dos veces multiplicado; Jesús andando sobre las aguas; los paralíticos curados; los ciegos curados; los leprosos curados; los endemoniados curados; la Transfiguración; la resurrección del hijo de la viuda de Naim: la resurrección de la niña llorada en su aposento; y por fin el duodécimo signo que debe cumplirse: «Es necesario que yo obre las obras de aquel que me envió mientras que es de día; vendrá la noche cuando nadie podrá obrar». Es una frase que Cristo dijo unos capítulos antes, como recordaréis; y ahora repite que «el que anduviere de día no tropieza», como para anunciar que después de los doce signos de luz, después de los doce trabajos o milagros vendrán los Signos de sombra: la agonía del olivar, la traición de Judas, el juicio, los insultos y bofetadas, la negación de Pedro, la flagelación y la cruz, las cinco llagas, la esponja de vinagre y la corona de espinas, el último grito, la deposición y el sepulcro.

Lázaro «es muerto de cuatro días», lo cual significa que está absolutamente muerto, ya que cuatro es el número de la materia inerte, el número de la doble oposición, de la doble división de todas las cosas de la naturaleza y del espíritu humano. Lázaro está muerto, con la muerte de la carne y con la muerte del pecado, hecha de la división en dos, de la división del bien y del mal, y no tan sólo de la división del mal.

Marta y María son las hermanas de Lázaro. Y Jesús amaba a Marta, y Jesús amaba a María, y Jesús amaba a Lázaro. La tradición ha confundido a esta María de Bethania con María Magdalena, de la cual sólo se dice que era pecadora y que los fariseos se burlaban de ella. Y no estoy del todo seguro de que la confusión sea injustificada, aunque es lógico preguntarse por qué esa muchacha de Bethania había de llamarse María de Magdalena. Pero el Evangelista no olvida explicarnos que era la muchacha que secó los pies del Señor y lo ungió con perfumes, refiriéndose a una historia narrada en los otros Evangelios. Y en otra parte se habla de María y de Marta, y de la dulce intimidad que las unía a Cristo. De esa relación consérvase este dialogo: Ya ves, Señor, cómo me atareo en la casa para servirte, mientras mi hermana permanece sentada a tus pies. Dile que venga a ayudarme, dice Marta. Y Jesús le responde: Marta, Marta, tu hermana ha escogido la mejor parte. Ven y reposa. Ya empezamos a entrever quiénes son Marta y María: son las hermanas de Lázaro, las hermanas de todo Hombre. La hermana activa y la hermana contemplativa, las buenas obras, las obras útiles, o sea buenas a medias; y el pensamiento, el estudio, la plegaria y la meditación, que es la mejor parte. Y acuden una tras otra, mas no juntas, ante el Salvador. Y Marta dice: «Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no hubiera muerto». Mientras que María, la contemplativa, permanece sentada en la casa —puesto que es el pensamiento que se oculta y llora en todo hombre—, rodeada por quienes procuran consolarla. Y cuando se presente al Señor, le dirá lo que su hermana ya ha dicho: «Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no hubiera muerto». Lo cual significa que ni las obras, ni los pensamientos, ni los rezos, ni cualquier esfuerzo huma-

no pueden evitarnos la muerte: mas la sola presencia del Dios vivo en nosotros aparta toda enfermedad, toda inquietud, todo peligro; y el retorno *en persona* del Dios vivo puede lograr lo que ninguna obra natural consigue, lo que no nos atrevemos a pedir. Ninguna de las hermanas, que sin embargo creen en Cristo como Hijo de Dios, se atreve a dirigirle la súplica: Haz que mi hermano resucite. Y aun cuando Cristo anuncia la obra que ha de hacer, Marta no lo comprende. Resucitará, dice Cristo. Y ella responde: «Bien sé que resucitará en la resurrección en el último día». Resucitará como todos resucitaremos.

María cae a los pies de Jesús, y su «Señor, si hubieras estado aquí», el mismo en el texto escrito que el de su hermana, es diferente en la voz hablada, porque es un verdadero grito, un grito que llega hasta Dios. Y todos los que la rodean lloran, a tal punto que el espíritu de Jesús se estremece y se turba. Y poco después vemos que llora. Oh textos extraños, tan imprevisibles, tan imposibles de imitar. Toda doctrina puede extraerse como partícula, como aspecto de esta verdad viviente; mas la verdad viviente no puede deducirse de una doctrina. Si Cristo es el propio Dios encarnado ¿cómo puede estremecerse su espíritu, cómo puede conmoverse hasta las lágrimas? ¿Cómo puede turbarse? ¿No sabemos acaso que los Sabios están desapegados y se distinguen por la absoluta uniformidad de su alma? ¿No sabemos que los Héroes no tiemblan frente a la muerte, que los Santos ignoran el deseo y el temor? ¿De dónde puede venir a ellos la turbación, y ante qué puede estremecerse Cristo? ¿Tal vez ante la muerte de quien va a resucitar en seguida, y del que sabe que su enfermedad o su muerte no son de la muerte, sino de la gloria de Dios?

Todas estas observaciones procuran mostrarnos que el tex-

to debe considerarse interiormente, y no por su faz exterior. No con el intelecto únicamente, sino como si se dirigiera a las tres almas del hombre: al alma de la cabeza, al alma del corazón y al alma de los sentidos. ¿De qué se apiada Jesús? De la turbación, quizá, y del temor y del dolor de los otros, de quienes lo rodean. De esa turbación, ese temor, ese dolor que sabemos vanos. Y porque los sabe vanos tiene dos veces piedad. Mientras que para nosotros, el saberlos vanos nos impide toda piedad y hasta nos hace reír. En cierto modo, sentimos el mismo asombro ante la singular preferencia de Cristo por los pecadores. Si se apiada de ellos no es *a pesar* de sus pecados, sino *a causa* de ellos. A causa de sus pecados los busca y cuando puede salvarlos se regocija dos veces más y hasta noventa y nueve veces más, como afirma el Evangelio. Nosotros, los pecadores, nos contentamos con decir: este o aquel merece lo que le ocurre, porque nos sentimos relevados de todo sentimiento fraternal y humano. Es el lado brusco y malo de la justicia, es una de las razones por las cuales se nos prohíbe juzgar... En suma, este pasaje y muchos otros prueban que la sensibilidad santa es lo contrario de la sensibilidad vulgar, así como es lo contrario de la indiferencia y la insensibilidad.

El resto de la historia, con la losa levantada (la losa que es el peso de la inercia, del pecado, y también el peso de la Ley), y con las vendas que atan pies y manos, y con el sudario que cubre el rostro del resucitado, y con el grito: «Lázaro, ven afuera», sal de tu prisión, ven al aire libre, ven a esta verdad que te hará libre, ven a la vida... El resto de la historia, decíamos, es tan claro e intenso que prescinde de todo comentario.

XVIII

LA TRANSFIGURACIÓN

5 de marzo de 1948.
Calle Saint-Paul.

NOS ocuparemos en los sinópticos de los pasajes que no hemos tratado y que preceden al misterio de la Pascua (puesto que en San Juan habíamos llegado a las proximidades de este misterio).

Mateo XVII:

Y después de seis días toma Jesús consigo a Pedro, y a Santiago, y a Juan su hermano, y los lleva aparte a un monte alto.

Y se transfiguró delante de ellos. Y resplandeció su rostro como el sol; y sus vestiduras se pararon blancas como la nieve.

Y he aquí les aparecieron Moisés y Elías hablando con él.

Y tomando Pedro la palabra, dijo a Jesús: Señor, bueno es, que los estemos aquí: si quieres, hagamos aquí tres tiendas, una para ti, otra para Moisés, y otra para Elías.

Él estaba aún hablando, cuando vino una nube luminosa que los cubrió. Y he aquí una voz de la nube, diciendo: Éste es mi Hijo el amado, en quien yo mucho me he complacido: a él escuchad.

Y cuando lo oyeron los discípulos, cayeron sobre sus rostros, tuvieron grande miedo.

Mas Jesús se acercó, y los tocó; y les dijo: Levantaos, y no temáis.

Y alzando ellos sus ojos, a nadie vieron, sino sólo a Jesús.

Destruid este templo y lo reconstruiré en tres días, dice Jesús. Mas él hablaba del templo de su cuerpo, explica el Evangelista. La vida toda de Jesús es una construcción, una iglesia y un templo, y no es asombroso que de la contemplación de Cristo hayan nacido tantas arquitecturas hermosas, puesto que su vida misma es una arquitectura, un templo y un vitrail. Encontramos ahora una de las piezas de esta construcción que corresponde a otras doce piezas: el Bautismo en el Jordán, en los comienzos de la vida pública de Cristo, y la Ascensión, en el final de su vida pública. De modo que la Transfiguración es como el punto medio de su vida. Admiremos la construcción arquitectural de la escena: tres discípulos suben con Jesús al monte. Este monte es el Thabor, una gran pirámide desnuda, un fragmento del desierto semejante a la gran pirámide rosa del Monte Sinaí. Tres discípulos suben al monte con Jesús; tres, de entre los doce: Pedro, el que seis días antes confesó que Jesús es Cristo, el Hijo de Dios, el detentor de la doctrina perfecta; Juan, el Inspirado, y Santiago, su hermano, el apóstol de la acción. Los tres suben al monte con Jesús y allí Jesús se transfigura frente a ellos. Y de pronto aparecen otras dos personas: Moisés, el Legislador, el hombre que no entró en la Tierra Prometida, pero guió hasta ella a su pueblo; Moisés, que es la Antigua Ley, y Elías, el Inspirado, el que nunca murió, mas fue arrebatado al cielo en un carro de fuego; Elías, del que se dijo que volvería antes de la fundación del Reino por el Mesías. Moisés, Elías y Jesús forman una nueva tríada: Jesús

todavía con su apariencia humana, el Padre Eterno y la Nube luminosa. Las tres personas de la Trinidad.

Y Jesús, presente ante los discípulos por su cuerpo, presente ante los profetas por su espíritu, presente ante Dios por su ser, aparece como el eje y el centro de los tres planos e inicia una circulación entre las tres tríadas.

Después de elevar a los discípulos hasta la cumbre desierta del monte de ellos mismos, les hace atravesar los grados de su propia naturaleza celeste.

Y llegado a este punto, ya no enseña con parábolas, ni con palabras, ni con símbolos, ni con ejemplos, ni con milagros. Ahora inicia directamente a los suyos en la contemplación y los atrae al éxtasis.

Y cuando han descendido hasta el primer grado de la visión, que es el estado de los profetas, Pedro, la roca de la Iglesia que ha de construirse, comienza a delirar. . .

Pero en las palabras de su delirio, «Señor, bueno es, que nos estemos aquí... hagamos tres tiendas...», se revela el pensamiento más razonable que pueda concebirse: subsistir, subsistir en ese estado construir en él una morada humana para retener a esas grandes figuras sobrenaturales y ponerlas al abrigo de las intemperies.

Entonces, en la cumbre del cielo, estalla la grandeza de Dios de manera que ni siquiera nos hubiéramos atrevido a soñar. Estalla como una tempestad, pero como una tempestad que habla. Barre las últimas resistencias, hace callar todo delirio y toda voz y todo pensamiento y toda Visión.

Y toda figura se borra en la nube luminosa y ya nada subsiste en el abismo tonante, salvo la Sombra Luminosa de la Revelación.

La misma nube envolvió a Moisés en el Monte Sinaí cuando Dios le habló cara a cara. Y cuando regresó entre los hombres, Moisés tenía la frente radiante que quienes lo miraban sentían abrasarse los ojos, a tal punto que por caridad debió cubrirse con un velo.

Es la misma nube que encendió la madera del holocausto de Elías en el Monte Carmelo.

Y presa de vértigo, ciegos de terror los tres discípulos caen con el rostro en el polvo, aplastados por la evidencia de su nada.

En este momento la figura humana de Jesús los toca y los levanta. Y los discípulos ya no ven sino a Él, o mis bien la parte de Él que está a su alcance.

Jesús ha vuelto a velarse con su carne para no abrasarlos totalmente.

XIX

EL SERVIDOR DEL CENTURIÓN, EL HIJO DE LA VIUDA

DUDA DE JUAN BAUTISTA

*12 de marzo de 1948.
Calle Saint-Paul.*

LUCAS capítulo VII:

Y había allí, muy enfermo y casi a la muerte, un criado de un Centurión, que era muy estimado de él.

Y cuando oyó hablar de Jesús, envió a él unos ancianos de los judíos, rogándole que viniese a sanar a su criado.

Y ellos, luego que llegaron a Jesús, le hacían grandes instancias, diciéndole: Merece que le otorgue esto.

Porque ama a nuestra nación, y él nos ha hecho una sinagoga.

Y Jesús iba con ellos. Y cuando estaba cerca de la casa, envió a él el Centurión sus amigos, diciéndole: Señor, no tomes este trabajo; que no soy digno de que entres dentro de mi casa.

Por lo cual ni aún me he creído yo digno de salir a buscarte; pero mándalo con uno palabra, y será sano mi siervo.

Porque también yo soy un oficial subalterno, que tengo soldados a mis órdenes, y digo a éste: Ve, y va; y al otro: Ven, y viene; y a mi siervo: Haz esto, y lo hace.

Cuando lo oyó Jesús, quedó maravillado, y vuelto hacia el pueblo, que le iba siguiendo, dijo: En verdad os digo, que ni en Israel he hallad una fe tan grande.

Y cuando volvieron a casa los que habían sido enviados, hallaron sano al criado, que había estado enfermo.

Esta cura es muy importante en la tradición cristiana, puesto que las palabras « Señor... no soy digno de que entres dentro de mi casa... , pero mándalo con una palabra... » son las mismas que la Iglesia retuvo y puso en nuestros labios para preparar nuestra alma a recibir al Señor y la cura que nos trae en la Eucaristía.

Lo peculiar de este milagro es que Adorador y Adorado no hacen más que aproximarse sin llegar a verse las caras. Y eso no porque el Adorado no haga un movimiento hacia el Adorador sino porque el Adorador lo detiene con humildad suprema: « No te tomes este trabajo; que no soy digno de que entres dentro de mi casa ». Por lo demás, esta humildad está como compensada exactamente por una fe que la iguala puesto que el Adorador dice: Inútil será que te molestes— « pero mándalo con una palabra »; bastará con ello. Yo que « soy un oficial subalterno », yo tengo apenas cien hombres a mis órdenes y estoy sujeto a centenares de otros hombres sé lo que es mandar y sé lo que es obedecer. Y si digo a mis hombres: id irán. Y si les digo venid vendrán. Y si les digo: haced harán. Pero tú que eres el jefe de las virtudes de los espíritus y de los ángeles ordena: bastará con ello. El centurión sabe —¿cómo lo sabe?—

que una palabra basta cuando es la palabra del Verbo nacida del Verbo como el Verbo es nacido de Dios: nacido sin nacer, nacido de Él a su lado desde el principio y Uno con Él. El centurión es un extranjero un soldado romano un subalterno, un subalterno de la naturaleza humana. Y este soldado enviado lejos de su tierra para oprimir y para dominar demuestra una humanidad que no viene de la ley ni de las órdenes recibidas sino de él mismo. Es amigo de la nación que le ordenaron oprimir; ha reconstruido a su costo la sinagoga de Cafarnaúm y todas las enseñanzas espirituales de esa nación en medio de la cual ha caído por casualidad lo emocionan como cosas suyas. Tiene un siervo y ese siervo le inspira tal afecto que no vacila en recurrir a una fuerza milagrosa y divina para librarlo de la enfermedad. Y éste es un nuevo indicio del carácter de nuestro centurión: humano, honrado, piadoso, humilde y lleno de fe. Apenas ha oído hablar de Jesús y ya cree en él mientras quienes lo vieron nacer quienes lo rodean quienes han asistido a sus milagros se encuentran divididos a causa de él: o creen o no creen o pasan de la fe al recelo. Jesús queda *maravillado* ante esa muestra de fe del centurión y ve en ella un anuncio: esa fe ha de extenderse largamente entre los extranjeros mucho más que entre los hijos de Israel. Y los postreros serán los primeros, como ha anunciado ya en otra ocasión.

¿Qué significa este milagro a distancia? ¿Qué enseñanza podemos deducir de él? ¿Cuál es nuestro servidor, nuestro servidor mis querido?: es nuestro cuerpo enfermo y a punto de morir. Es nuestro servidor y podemos suplicar su salvación, que es la salud. Tal súplica no es cosa prohibida y nos autoriza la intercesión de otras personas pues no pedimos la salud del cuerpo como pedimos la salvación del alma. La humildad

es el secreto que conviene a las cosas del cuerpo y es preciso conservarla. El centurión envía « a los ancianos de los judíos ». En otros términos: la súplica puede hacerse por intermedio del clero. Si la frase que mencionábamos se ha conservado como introducción a los Sacramentos no es por casualidad: este milagro es una especie de explicación al milagro espiritual de los Sacramentos. Y el milagro mismo resulta como escamoteado: el Evangelio no lo muestra explícitamente, sino que nos habla del asombro de Jesús ante la fe del centurión. Y poco después los enviados que regresan a la casa advierten que el milagro se ha producido. No ha ocurrido como en los demás milagros donde hemos visto a Jesús obrar directamente donde lo hemos oído decir: « ábrete », « levántate », « tu fe te ha salvado », « lávate »... El milagro ha ocurrido en secreto al margen de toda apariencia sensible, precisamente como ocurre en el misterio de los Sacramentos.

Y aconteció después, que iba a una ciudad, llamada Naím, y sus discípulos iban con él, y una grande muchedumbre de pueblo.

Y cuando llegó cerca de la puerta de la ciudad, he aquí que sacaban fuera a un difunto, hijo único de su madre, la cual era viuda; y venia con ella mucha gente de la ciudad.

Luego que la vió el Señor, movido de misericordia por ella, le dijo: No llores.

Y se acercó, y tocó el féretro. (Y los que lo llevaban se pararon.) Y dijo: Mancebo, a ti digo: levántate.

Y se sentó el que había estado muerto, y comenzó a hablar. Y lo dio a su madre.

Y tuvieron todos grande miedo, y glorificaron a Dios, diciendo: Un gran profeta se ha levantado entre nosotros: y Dios ha visitado

su pueblo.

Y la fama de este milagro corrió por toda Judea, y por toda la comarca.

Nos encontramos, pues, con un nuevo milagro y mayor aún, ya que se trata nada menos que de una resurrección. Y su protagonista no es el servidor, mas el hijo único de la viuda, lo mas valioso que posee la viuda, más valioso que el servidor, más valioso que la salud del cuerpo más valioso que ella misma. El hijo único de la viuda es el tesoro de la vida, el tesoro del espíritu, la verdad y la fe en nosotros, la razón de vivir del alma. Y la viuda ha perdido su razón de vivir, sigue el féretro de quien debía sobrevivirla y continuar su propia vida más allá de ella. Y la viuda es como quien ha perdido su fe y su razón de vivir, y frente a ella todo es tinieblas... Todo es tan oscuro, y el grito de las plañideras, el tañido de las flautas y el fragor del cortejo la ensordecen a tal punto que ni siquiera ve avanzar al Hijo del Hombre con su propio cortejo. La viuda no mira hacia el Salvador, no lo llama, no espera de él milagro, no espera ningún milagro, no espera ya nada, está sumida en las tinieblas absolutas, tan absolutas como puedan imaginarse en la vida. También hay hombres y mujeres que siguen el féretro; y también están sumidos en las tinieblas, anegados de llanto. Pero otros existen que lo han perdido todo—quiero decir, todo lo que es valioso en ello— y ni siquiera lo advierten y siguen entregados a la disipación y la vida desenfrenada: sin embargo, son viudos, están secos y dos veces muertos. «Quienes nada sienten—dice el bienaventurado Tauler— deben temer lo todo». Pero quien se hunde en el dolor de la pérdida, en el dolor de haber perdido la luz, presa de pánico a causa del

vacío que se ha hecho en él, urgido por la presión arrolladora de la angustia y de su abandono, pide socorro sin palabras, sin miradas hacia lo Alto, bajando los ojos a tierra, nublada su mirada por el llanto, desfigurada la voz en el grito, destrozado el corazón en el sufrimiento. Pero algo en él conmueve la compasión divina; y Jesús, que pasa casualmente por allí —como pasa casualmente junto a todo el que sufre—, acude por sí solo al que sufre, sin que se lo pidan, sin intercesión de ninguna especie, por don libre y gratuito. El hombre Jesús está conmovido por esa viuda en la cual ve quizá a la viuda que mañana lo llorará crucificado, en cuyos brazos estará muerto junto al agujero del sepulcro, bajo el cielo infinito cubierto de nubes pesadas y dividido por las tres cruces. Y Jesús se encuentra a sí mismo en esa viuda que lo ha perdido todo; se ve a sí mismo, en la agonía del Huerto de los Olivos: y por ello responde sin que explícitamente le hayan suplicado, responde al pedido secreto, toca el féretro, toca el corazón del desesperado, y en seguida despierta el muerto y comienza a hablar. El Evangelista muestra así la vida que ha recobrado sus aspectos más vivos. El resucitado habla, y ésa es la manifestación vital propia de quien hemos reconocido como nuestra propia alma.

Y contaran a Juan sus discípulos todas estas cosas.

Y Juan llamó dos de sus discípulos, y los envió a Jesús, diciendo: ¿Eres tú el que ha de venir, o esperamos a otro?

Y como vinieren estos hombres a él, le dijeron: Juan, el Bautista, nos ha enviado a ti, y dice: ¿Eres tú el que he de venir, o esperamos a otro?

(Y Jesús en aquella misma hora sanó a muchos de enfermedades, de llagas, y de espíritus malignos, y dio vista a muchos ciegos.)

Y después les respondió, diciendo: Id, y decid a Juan lo que habéis oído, y visto: Que los ciegos ven, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos resucitan, a los pobres es anunciado el Evangelio.

Y bienaventurado es el que no fuere escandalizado en mí.

Esta pregunta nos asombra, como todo cuanto atañe al Bienaventurado Juan. Las relaciones entre el Bautista y Cristo son muy oscuras para nosotros, aunque los Evangelistas se hayan referido varias veces a ellas y las traten desde el principio de los Evangelios. Podemos maravillarnos de muchas actitudes del uno con respecto al otro. Ya hemos observado que después de admitir a Cristo como mayor que él, como el Cordero de Dios que borra todos los pecados, y aún después de ver el signo de la Paloma durante el Bautismo, Juan Bautista sigue como antes, continúa siendo el Anunciador y no marcha tras Cristo, no se incluye en el número de los cristianos y los discípulos, y persiste como maestro independiente, enseñando y bautizando. Algunos de sus discípulos acuden a Jesús, entre ellos dos de los primeros. Pero otros llegan a oponerse y violentamente a los discípulos de Jesús y se indignan al verlos bautizar. Corren a decírselo al maestro, que procura calmarlos. Ahora asistimos a una nueva actitud de Juan Bautista, quizá más sorprendente aún: «¿Eres tú el que ha de venir, o esperamos a otro?» Juan Bautista está ya prisionero, a punto de ser decapitado; y ha transcurrido un año o dos desde que bautizó a Cristo y lo reconoció como más grande que él y lo admitió como el Cordero de Dios. ¿Cómo es posible, entonces, que uno o dos años después siga preguntando: «¿Eres tú el que ha de venir?» ¿Era del todo consciente el anuncio

del Bautista? ¿No habría sido como suelen ser las profecías de los inspirados: ímpetus nocturnos, visiones fragmentarias y deslumbrantes? Como toda la nación de Israel, Juan Bautista esperaba, sin duda, al Mesías, o sea al liberador del pueblo, el jefe anunciado que debía expulsar al extranjero y restablecer el reino de Israel. Quizá Juan Bautista aceptó al principio al Mesías y al Cristo en Jesús, pero después, con el tiempo, empezó a sentir dudas: Si es el Mesías, ¿qué espera para manifestarse? ¿Tal vez no sea el Mesías anunciado? Y la respuesta de Jesús es, a la vez una afirmación y una corrección. Pues no dice: «Id a anunciar a vuestro maestro que soy el Mesías, aguardado por Israel», sino que responde: «Id, y decid a Juan lo que habéis oído y visto: que los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos resucitan, a los pobres es anunciado el Evangelio». Decidle que los imbéciles son iluminados, que los ignorantes reciben la luz, que los pecadores (los leprosos) son purificados, que los pobres (y no los ciudadanos), los desechados, los parias son llamados a la buena nueva. Id y decídselo, para que Juan sepa no sólo que soy el Mesías, sino además que mi figura y mi misión no son las que se me atribuyeron de antemano, pues tengo otro fin que no concierne únicamente al pueblo de Israel, pero sí a un pueblo universal: que concierne a todos los cojos, a todos los imbéciles, a todos los ciegos, a todos los ignorantes, a todos los sordos, a todos los obstinados, a todos los muertos, a todos los incrédulos, a todos los paganos, a todos los impuros. Decídselo, y bienaventurado quien no se escandalizare de mí como lo hará el pueblo de Israel por dos motivos: porque soy para él mucho menos que el Mesías aguardado (puesto que no los liberaré porque nada podrá liberarlos, porque están

consagrados a la abominación de la desolación anunciada por el profeta Daniel, a la destrucción que no dejará piedra sobre piedra) y porque, al mismo tiempo, soy infinitamente más que todo lo esperado del Salvador de Israel: soy el Salvador de los hombres.

XX

LOS RAMOS

*19 de marzo de 1948.
Calle Saint-Paul.*

PUESTO que estamos en vísperas de Ramos podríamos ocuparnos del relato de este suceso en los cuatro Evangelios. Empezaremos por Mateo XXI, 1-14:

Y cuando se acercaron a Jerusalén, y llegaron a Bethphage al monte del Olivar, envió entonces Jesús a dos discípulos.

Diciéndoles: Id a esa aldea que está en frente de vosotros, y luego hallaréis una asna atada, y un pollino con ella: desatadla, y traédme-los;

Y si alguno os dijere alguna cosa, respondedle que el Señor los ha menester; y luego los dejará.

Y esto todo fue hecho, para que se cumpliese lo que había dicho el profeta, que dice:

Decid a la hija de Sión: He aquí tu Rey viene manso para ti, sentado sobre una asna, y un pollino hijo de la que está debajo yugo.

Y fueron los discípulos, e hicieron como les había mandado Jesús.

Y trajeron la asna y el pollino, y pusieron sobre ellos sus vestidos, y le hicieron sentar encima.

Y una grande multitud le pueblo tendió también sus ropas por el camino; y otros cortaban ramos de los árboles, y los tendían por el camino.

Y las gentes que iban delante, y las que iban detrás, gritaban, diciendo: Hosanna al Hijo de David: bendito, el que viene en nombre del Señor: Hosanna en las alturas.

Y cuando entró en Jerusalén, se conmovió toda la ciudad, diciendo: ¿Quién es éste?

Y entró Jesús en el templo de Dios, y echaba fuera todos los que vendían y compraban en el templo; y trastornó las mesas de los banqueros, y las sillas de los que vendían palomas.

Y les dijo: Escrito está: Mi casa, casa de oración será llamada; mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones.

Y vinieron a él ciegos y cojos en el templo y los sanó.

Marcos XI, 1-17:

Y cuando se acercaron a Jerusalén y a Bethania, cerca del monte de los Olivos, envía a dos de sus discípulos.

Y les dice: Id al lugar que está enfrente de vosotros, y luego que entrareis en él, hallaréis un pollino atado, sobre el que no ha, subido aún ningún hombre: desatadlo y traedlo.

Y si alguno os dijere: ¿Qué hacéis?, decid que el Señor lo ha menester; y luego os lo dejará traer aquí.

Y fueron y hallaron el pollino atado a la puerta fuera en la encrucijada; y le desataban.

Y algunos de los que estaban allí, les decían: ¿Qué hacéis desatando el pollino?

Ellos les respondieron como Jesús les había mandado, y se lo dejaron.

Y trajeron el pollino a Jesús; y echaron sobre él sus ropas, se sentó sobre él.

Y muchos tendieron sus vestidos por el camino; y otros cortaban hojas de los árboles, y las tendían por el camino.

Y los que iban delante, y los que seguían detrás, daban voces, diciendo: Hosanna;

Bendito el que viene en el nombre del Señor; bendito el reino de nuestro padre David, el cual viene: Hosanna en las alturas.

Y entró en Jerusalén en el templo; y después de haberlo reconocido todo, como fuese ya tarde, se salió a Bethania con los doce.

Y al otro día, como salieran de Bethania, tuvo hambre.

Y viendo a lo lejos una higuera que tenía hojas, fue allá por si hallaría alguna cosa en ella; y cuando llegó a ella, nada halló sino hojas; porque no era tiempo de higos.

Y respondiendo, le lijo: Nunca más coma nadie fruto de ti para siempre. Y lo oyeron sus discípulos.

Vienen, pues, a Jerusalén. Y habiendo entrado en el templo, comenzó a echar fuera a los que vendían y compraban en el templo; y trastornó las mesas de los banqueros, y las sillas de los que vendían palomas.

Y no consentía que alguno transportase mueble alguno por el templo;

Y les enseñaba, diciendo: ¿No está escrito: Mi casa, casa de oración será llamada de todas las gentes? Mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones.

Lucas XIX, 29-38:

Y aconteció, que cuando llegó cerca de Bethphage y de Bethania,

al monte que se llama del Olivar, envió dos de sus discípulos.

Diciendo: Id a esa aldea, que está enfrente; y luego que entrareis en ella, hallaréis un pollino de asna atado, sobre el cual nunca se sentó hombre alguno: desatadlo, y traedlo.

Y si alguno os preguntare: ¿Por qué lo desatáis?, le responderéis as: Porque el Señor lo ha menester.

Fueron, pues, los que habían sido enviados, y hallaron el pollino, que estaba como les había dicho.

Y cuando desataban al pollino, le dijeron sus dueños: ¿Por qué desatáis el pollino?

Y ellos respondieron: Porque el Señor lo ha menester.

Y lo trajeron a Jesús. Y echando sobre el pollino sus ropas, pusieron encima a Jesús.

Y yendo él así, tendían sus vestidos por el camino.

Y cuando se acercó a la baja del monte del Olivar, todos los discípulos en tropas, llenos de gozo comenzaron a alabar a Dios en alta voz por todas las maravillas que habían visto.

Diciendo: Bendito el rey, que viene en el nombre del Señor, paz en el cielo, y gloria en las alturas.

Y Juan XII, 9-16:

Entendió, pues, un crecido número de judíos, que Jesús estaba allí, y vinieron no solamente por causa de él, sino también por ver a Lázaro, al que había resucitado de entre los muertos

Y los príncipes de los sacerdotes pensaron matar también a Lázaro;

Porque muchos por él se separaban de los judíos, y creían en Jesús.

Y el día siguiente una grande muchedumbre de gente, que había venido a la fiesta, cuando oyeron que venía Jesús a Jerusalén,

Tomaron ramos de palmas, y salieron a recibirle, y clamaban: Hosanna, bendito el que viene en el nombre del Señor, el rey de Israel.

Y halló Jesús un jumentillo, y se sentó sobre él, como está escrito:

No temas, hija de Sión: he aquí tu rey que viene sentado sobre un pollino de una asna.

Esto no entendieron sus discípulos al principio; mas cuando fue glorificado Jesús, entonces se acordaron, que estaban estas cosas escritas de él, y que le hicieron estas cosas.

Como comprobaréis los cuatro relatos son exactamente paralelos: hablan en los mismos términos y se desarrollan de manera semejante. Jesús envía a dos discípulos en busca del asno, el asno del triunfo. Es la tercera vez en la historia de Jesús que aparece el asno: la primera en el pesebre donde da calor al niño con su aliento; la segunda durante la huída a Egipto, donde lo aleja del peligro; y la tercera aquí, donde lo lleva en su último triunfo, anuncio de la tragedia que se prepara. El asno es un animal humilde o mejor dicho humillado, injustamente considerado vulgar y cargado de torpezas. Es la animalidad escarnecida por la pretensión humana y mundana. Y Dios lo acoge para que dé calor al Hijo para alejarlo de los peligros, para llevar en triunfo a la Divinidad encarnada en un rey ignorado por los Reyes y los Grandes y los Muy inteligentes. Jesús no hace su última entrada en la ciudad sagrada montado en un caballo o en un elefante sino que escoge un asno para demostrarnos cuál ha de ser la majestad del Rey Secreto. Y la majestad ¿qué es sino una especie de temblor y de pánico que se apoderan de quien ve venir al Jefe, al Rey, al Señor? Y todos los reyes y quienes rodean a los reyes procuran mantener ese terror que, cuando proviene de un tirano, tiene por

origen una noción muy clara y fácil de entender: basta una fantasía para que nos cuelguen o decapiten. Y el tirano pone todo su empeño en rodearse de un aparato que no podemos olvidar siquiera un instante. Como dice Pascal, se rodea de «mascarones armados» de guardias con la espada desenvainada. Se rodea de una belleza rica y terrible, pero el hombre en quien reside el espíritu no posee una majestad menor, no inspira un terror menor. Quien haya podido aproximarse a un hombre en quien reside el espíritu —como me ha ocurrido varias veces, y en un momento decisivo de mi vida— sabe que no necesita de armas para inspirar un respeto que linda con el terror. Dondequiera que se haga sentir la presencia de Dios pasa un soplo de terror; aunque sabemos que Dios es infinitamente bueno, que es nuestra vida y nuestro bien supremo, tememos por algún oscuro motivo. Y frente a todo hombre en quien reside el espíritu aunque venga para abrazarnos, sentimos el deseo de caer de rodillas sencillamente porque su grandeza nos recuerda nuestra pequeñez, porque su fuerza nos recuerda nuestra fragilidad y en fin, y sobre todo porque Dios es un fuego devorador, una luz que deslumbra. En esta procesión solemne, Jesús se presenta como el Rey de los Pobres. Cuando el hombre en quien reside el espíritu llega a cierto punto de simplicidad y despojamiento sabe que todo le pertenece: sólo tiene que pedir o mandar pedir. Y hasta los indiferentes saben que le deben todo cuanto les pida. Así manda a sus discípulos en busca del asno y de la asna, mientras él se dispone a exhibirse con tan ridículo porte. Pero tal es su majestad que nadie en el mundo se atreve a reír, ni siquiera sus enemigos. Toda la ciudad está conmovida y cada uno arroja su manto, la vestidura que cubre el cuerpo, para cubrir la tierra. Con los

mantos —símbolo de la persona individual— cada uno hace un tapiz. Y también toman ramas de los árboles y palmas para que la naturaleza toda participe de la fiesta despojándose de su manto. Y la multitud regocijada bendice al que viene en nombre del Señor. Un gran movimiento la agita y las voces de los simplotes se mezclan a las voces de los discípulos que vieron los milagros y las resurrecciones. El ruido aumenta cada vez más. Los que hace un instante preguntaban: «¿Qué sucede?» gritan ya más fuerte que los demás. Son los mismos que seis días después gritarán: «¡Crucifícadlo!» Tal es la multitud y tal es el hombre de la multitud: el que no es uno entre muchos sino multitud en sí mismo y parte de la multitud. El soplo divino puede atravesarlo y alzarlo; pero como las aguas se agitan en el viento para caer más bajo aún, tal es la multitud. ¡Oh, perennidad del Evangelio! El día de Ramos es casi el único del año en que todos los infieles, todos los supuestos cristianos, todos los que blasfeman contra Dios en los días hechos por Dios, todos los que ignoran su propia religión, todos los que se burlan del clero, todos los que persiguen la Iglesia, todos los que viven su propia vida acuden a la iglesia como si reconocieran su filiación con esa multitud de Jerusalén que al día siguiente gritará: «¡Crucifícadlo!» Es el día de la exaltación de los tibios, los débiles, los indiferentes, los locos, los vulgares. Y Aquel que todo lo sabe acude al encuentro de esa gloria sin fundamento, sin verdad, sin valor. Pasa a través de ella con la cabeza erguida y el rostro ya triste. Sube al templo y allí derriba la mesa de los banqueros y expulsa a los mercaderes. Poco antes, o el día anterior, ha maldecido una higuera porque no era la estación de los higos y no tenía higos que ofrecerle. Dos actos de cólera injusta que terminan la fiesta de

Ramos. El momento de la Pasión se acerca: He venido a arrojar un fuego en este mundo; y qué puedo desear, sino que ya esté encendido... Se aproxima el momento de los rayos y el suplicio, la hora en que los tibios serán malditos y vomitados: allí están en medio del templo en el lugar sagrado en el lugar consagrado al silencio al canto a la alabanza a la sombra de la majestad divina. Y allí cuentan sus dineros y murmuran. Inician un comercio honrado y lícito: decir que son ladrones en una cueva es injuriarlos. Son los vendedores de reliquias de escapularios y medallas; son los silleros que en el instante de la Elevación cuentan honradamente las monedas y sacuden los bolsos llenos. ¡Salid basura salid! Y tú, higuera, el más femenino de los árboles... «Hay miel y leche bajo tu lengua» dice el Cantar; hay leche un poco agria y miel un poco gomosa en el higo, pero el fruto es bueno como la mujer es buena cuando da fruto. Y el ramaje de la higuera es rizado, y su sombra medianamente fresca y su tronco suavemente enrollado. Allí está para exhibir sus hojas por toda respuesta al Señor, allí está para mostrar qué son los tibios, los que siempre encuentran «que no es la estación de los frutos» cuando el Señor pasa y tiene sed. La higuera es inocente en su dulzura y tiene razón en no dar frutos cuando no es la estación exacta. Y todos nosotros encontramos excelentes razones para responder con palabras hábiles y sonrisas graciosas a quien nos pide el fruto. Y éste es el motivo por el cual nos secaremos.

XXI

INTRODUCCIÓN A LA PASCUA

*9 de abril de 1948.
Calle Saint-Paul.*

HACE dos años que venimos comentando el Evangelio y en dos ocasiones hemos tratado la Natividad pero sin abordar el misterio esencial: el de la Pascua. Hoy hemos de ocuparnos de él. Os diré que si hasta ahora no lo he hecho es en parte por cobardía o al menos por temor, por pudor porque me es difícil desarrollar en palabras lo que este texto suscita cada vez en lo más hondo de mí mismo. Y temo traicionar el texto y hasta mi propio pensamiento. La Pascua es una fiesta milenaria. El misterio de la Pascua cubre varios misterios varias capas de misterios y sentidos. Esta fiesta, como la Navidad, está situada en una de las encrucijadas del año. Señala el equinoccio de la primavera. Es una fiesta a la vez solar y lunar celebrada por los hombres desde el principio desde los tiempos históricos. Es la fiesta de la gran renovación, del paso del invierno al verano. Es la fiesta de la renovación de la manada para los antiguos pastores; por eso su nombre significa «cordero», a menos que

vinculemos la palabra Pascua con una palabra que significa paso, etimología que destaca el aspecto solar de la fiesta. Es la fiesta de la renovación de los pueblos para los antiguos reyes. Para que la vida se reanude es preciso saber sacrificar la mejor vida, la flor de toda vida a Aquel que es toda vida. Y entre los antiguos pueblos la Pascua era el momento escogido para inmolar lo que existía de más valioso, los primogénitos, y en especial el primogénito del rey, la flor del pueblo, el verdadero héroe. Después por un paso histórico señalado en la Biblia con estas palabras: «La nuca del cordero reemplazó la nuca del hombre, el corazón del cordero reemplazó el corazón del hombre», el cordero, el nacido del rebaño reemplazó al héroe humano. Entre los judíos la Pascua se celebraba como entre las tribus primitivas, por medio de la inmolación de un cordero que sustituía al hombre y por medio de un banquete en que ese cordero de la alianza del sacrificio y de la alianza con el Objeto del sacrificio, o sea con Dios, era consumido en común para dar a todos los miembros de la misma tribu del mismo pueblo la misma sangre y la misma sustancia: la sangre y la sustancia de la víctima que en el momento de la inmolación entra en Dios y por lo tanto transmite a los hombres que la comen juntos algo de Dios. Para los judíos la Pascua era todavía la fiesta del Paso. Ése fue el momento elegido por Moisés para dejar la tierra del exilio la comarca egipcia y para guiar a su pueblo hacia la tierra prometida. Y en recuerdo de esa partida precipitada los judíos comían y aún comen el ázimo: el pan sin levadura y amasado a toda prisa. Según su costumbre, Cristo retoma la tradición milenaria, se inscribe en ella, le da un nuevo aspecto y una nueva significación y de un misterio natural o una conmemoración histórica hace una fiesta espiritual que

nos concierne a todos. Y la Pascua cristiana es aún la fiesta del Paso la salida de la tierra de Egipto, de la tierra del exilio, a través del desierto, la región de la prueba; es la fiesta de la entrada en el Reino de la promesa, en la Tierra de los Vivos: el paso de la vida común a la vida espiritual. Hoy sólo hemos de hablar de la preparación de este paso. Veamos cómo lo presentan los cuatro Evangelistas empezando por Mateo XXVI:

Y el primer día de los ázimos llegaron los discípulos a Jesús, y le dijeron: ¿En dónde quieres que dispongamos para que comas la Pascua?

Y dijo Jesús: Id a casa de cierta persona, y decidle: El Maestro dice: Mi tiempo está cerca, en tu casa hago la Pascua con mis discípulos.

Y los discípulos hicieron como Jesús les había mandado, y dispusieron la Pascua.

Marcos XIV:

Y el primer día de los ázimos, cuando sacrificaban la Pascua, le dicen sus discípulos: ¿Dónde quieres que vamos a disponerte, para que comas la Pascua?

Y envía dos de sus discípulos, y les dice: Id a la ciudad, y encontraréis un hombre, que lleva un cántaro de agua, y seguidle;

Y en donde quiera que entrare, decid al dueño de la casa, el Maestro dice: ¿Dónde está el aposento, en que he de comer la Pascua, con mis discípulos?

Y él os mostrará un cenáculo grande, aderezado; y disponed allí para nosotros.

Y partieron los discípulos, y fueron a la ciudad; y lo hallaron, como les había dicho, y aderezaron la Pascua.

Lucas XXII:

Vino pues el día de los ázimos en que era menester matar la Pascua.

Y envió a Pedro y a Juan, diciendo: Id a aparejarnos la Pascua, para que la comamos.

Y ellos dijeron: ¿En dónde quieres que la aparejemos?

Y les dijo: Luego que entréis en la ciudad, encontraréis un hombre, que lleva un cántaro de agua; seguidle hasta la casa, en donde entrare.

Y decid al padre de familias de la casa: El Maestro te dice: ¿En dónde está el aposento, donde tengo de comer la Pascua con mis discípulos?

Y él os mostrará una grande sala aderezada, disponedla allí.

Y ellos fueron, y lo hallaron así como les había dicho, y prepararon la Pascua.

El texto autoriza varias deducciones. Ante todo, que el Hijo del Hombre no tiene una piedra donde posar la cabeza en vísperas de su muerte. Cuando dice a sus discípulos: Preparad la Pascua, ellos le preguntan dónde y con qué. Y Jesús les enseña que el hombre dispuesto al servicio siempre encuentra lo necesario para su servicio en cualquier parte y no importa dónde. Y cuando se trata del servicio de Dios que exige cierta magnificencia también encuentra la gran sala con el estrado y los tapices preparados y toda la casa abierta. Y puede disponer de todo ello: él, más pobre que el mendigo. Y puede decir a cualquier dueño de casa: ¿Dónde está mi sala para celebrar la fiesta? Dos Evangelistas hablan del hombre que lleva un cántaro de agua, esa agua que según san Francisco «es tan útil y tan humilde y tan preciosa y tan casta». De esa agua que sirve a Juan para el Bautismo de la purificación y la preparación y para allanar los caminos del Señor. De esa agua que Jesús

transformó en vino en su primer milagro. El hombre que lleva el agua no es el dueño de la casa, es un servidor; lleva el agua de la necesidad y la pureza. Seguir al hombre que lleva un cántaro de agua significa: tomad el camino del servicio y de la humildad para entrar en la casa donde ha de cumplirse la transformación y el paso. Y esa casa es el cuerpo de quien está preparado para la transformación y el paso. Ese cuerpo ha de purificarse y se purificará por el arrepentimiento, la humildad y el servicio. Y esta misma preparación está indicada de manera más explícita en el cuarto Evangelio, en Juan XIII:

Antes del día de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que era venida su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos, que estaban en el mundo, los amó hasta el fin,

Y acabada la cena, como el diablo hubiese puesto ya en el corazón a Judas, hijo de Simón Iscariote, que le entregase,

Sabiendo Jesús que el Padre le había dado todas las cosas en las manos, y que de Dios había salido, y a Dios iba,

Se levanta de la cena, y se quita sus vestiduras, y tomando una toalla, se la ciñó.

Echó después agua en un lebrillo, y comenzó a lavar los pies de los discípulos, y a limpiarlos con la toalla, con que estaba ceñido.

Vino, pues, a Simón Pedro. Y Pedro le dice: Señor, ¿tú me lavas a mí los pies?

Y respondió Jesús, y le dijo: Lo que yo hago, tú no lo sabes ahora, mas lo sabrás después.

Pedro le dice: No me lavarás los pies jamás. Jesús le respondió: Si no te lavare, no tendrás parte conmigo.

Simón Pedro le dice: Señor, no solamente mis pies, mas las manos también, y la cabeza.

Jesús le dice: El que está lavado, no necesita sino lavar los pies, pues está todo limpio. Y vosotros limpios estáis, mas no todos.

Porque sabía quién era el que le había de entregar; por esto dijo: No todos estáis limpios.

Y después que les hubo lavado los pies, y hubo tomado su ropa, volviéndose a sentar a la mesa, les dijo: ¿Sabéis lo que he hecho con vosotros?

Vosotros me llamáis: Maestro y Señor; y bien decís; porque lo soy.

Pues si yo, el Señor y Maestro, os he lavado los pies; vosotros también debéis lavar los pies los unos a los otros

Por ejemplo os he dado, para que como yo he hecho a vosotros, vosotros también hagáis.

En verdad, en verdad os digo: El siervo no es mayor que su señor, ni el enviado es mayor que aquel que le envió.

Si esto sabéis, bienaventurados seréis si lo hicieréis.

La lección es clara, y ya veis qué uso tiene el cántaro de agua que pasaba casualmente por la calle y que era necesario para la preparación del misterio. Asistimos aquí a una de esas inversiones de todas las medidas propias de la enseñanza evangélica, que afirma: los postreros serán los primeros, y quien se humille será ensalzado. También se dice: el que manda servirá, y el que quiere mandar será esclavizado, y el que se proclama hombre libre —como hicieron los interlocutores de Jesús en el templo poco antes— será declarado siervo. Y quienes por sí mismos se titulan Hijos de Dios serán llamados Hijos del diablo. Y el que sin duda alguna es el Maestro da el ejemplo del servicio para que le sirvan. No rinde un servicio cualquiera, pero sí un servicio harto peculiar: lava los pies de sus discípulos. El más alto lava lo que hay en nosotros de más

bajo. Sirve purificando, sirve imponiéndose al que sirve. Este honor desproporcionado atemoriza justamente al hombre que lo recibe de manera tan gratuita e inmerecida. El servicio humilla al hombre que lo recibe. Y el primero de los discípulos no puede soportar este honor humillante. «¿Tú me lavas los pies a mí?», exclama. Nunca, no soportaré semejante inversión. ¿No comprendes qué estoy haciéndote?, le dice el Maestro. Y obliga a permanecer en su lugar a su discípulo, que se inclina para estar más bajo de quien se inclina ante él. Si no te lavare, no tendrás parte conmigo. Señor, no solamente mis pies, mas las manos también, y la cabeza, contesta el discípulo en un arranque. Pero el Maestro recoge esas mismas palabras y las profundiza al recogerlas: el hombre que ha tomado un baño no necesita que le laven la cabeza y las manos. Pedro ya está bañado y bautizado: la cabeza —asiento de la fe y la doctrina— ya está limpia. Y las manos, los instrumentos de las obras, ya están limpias y santificadas. Pero aún quedan por lavar los pies o sea lo más bajo que existe en nosotros, el instinto, lo que nos lleva hacia nuestros fines (hacia nuestros fines no nuestros). Hacia la purificación de los pies, o sea del cuerpo, hacia la purificación del cuerpo tenderá toda la ceremonia que se llama Pascua y que se traduce en un banquete del cuerpo. Es necesario que el cuerpo participe de las bodas espirituales mediante un banquete espiritual; es necesario que el cuerpo mismo esté preparado para el paso y pueda servir como escenario del paso. Y para que el cuerpo esté puro es necesario que sirva. El servicio y la sumisión son el agua que lavará el cuerpo, que lo justificará, lo santificará y dispondrá.

XXII

JUDAS

*16 de abril de 1948.
Calle Saint-Paul.*

CONTINUÓ con el relato de la Pascua en Lucas XXII, 21-23:

Pero ved ahí que la mano d el que me entrega, conmigo está a la mesa.

Y en verdad el Hijo del hombre va, según lo que esta decretado, mas ¡ay de aquel hombre por quien será entregado!

Y ellos comenzaron a preguntarse unos a otros cuál de ellos sería el que esto había de hacer.

En Marcos XIV, 18-21:

Y cuando estaban sentados, y comiendo a la mesa les dijo Jesús. En verdad os digo que uno de vosotros que come conmigo me entregará.

Entonces ellos comenzaron a entristecerse y a decirle cada uno de por sí: ¿Acaso soy yo?

Y el les respondió: Uno de los doce, el que mete conmigo la mano en el plato.

Y el Hijo del hombre va en verdad, como está escrito; mas ¡ay de aquél hombre, por quien fue entregado el Hijo del hombre! Bueno le fuera a aquel hombre, si nunca hubiera nacido.

En Mateo XXVI 23-25:

Y cuando ellos estaban comiendo, dijo: En verdad os digo que uno de vosotros me ha de entregar.

Y ellos muy llenos de tristeza, cada uno comenzó a decir: ¿Por ventura soy yo Señor?

Y él respondió, y dijo: El que mete conmigo la mano en el plato ése es el que me entregará.

El Hijo del hombre va ciertamente, como está escrito de él; pero ¡ay de aquel hombre por quien será entregado el Hijo del hombre! Más le valiera a aquel hombre no haber nacido.

Y respondiendo Judas, que lo entregó, dijo: ¿Soy yo por ventura Maestro? Dícele: Tú lo has dicho.

Y en Juan XIII, 21-30:

Cuando esto hubo dicho Jesús, se turbó en el espíritu y protestó, y dijo: En verdad, en verdad os digo, que uno de vosotros me entregará.

Y uno de sus discípulos, el cual amaba Jesús, estaba recostado a la mesa, en el seno de Jesús.

A éste, pues, hizo una seña Simón Pedro y le dijo: ¿Quién es de quién habla?

Y entonces recostándose sobre el pecho de Jesús le dijo Señor ¿quién es?

Jesús le respondió: Aquel es, a quien yo diere el pan mojado. Y mojado el pan, se lo dio a Judas, hijo de Simón Iscariote.

Y tras el bocado entró en él Satanás. Y Jesús le dijo: Lo que haces hazlo pronto.

Mas ninguno de los que estaban en la mesa supo por qué se lo decía.

Porque algunos pensaron que porque Judas traía la bolsa, le había dicho Jesús: Compra lo que habemos menester para el día de la fiesta; o que diese algo a los pobres.

Y cuando él hubo tomado el bocado, se salió luego. Y era de noche.

Éstas son las cortas frases enigmáticas y contradictorias que conmovieron e hicieron reflexionar a toda la cristiandad. Tema de misterios y dramas, de innumerables poesías y meditaciones... ¿Quién es Judas? ¿Por qué traicionó Judas? ¿Traicionó realmente Judas? ¿Está realmente perdido Judas? Pero si era necesario para la redención del mundo que Judas traicionara, si Judas estaba predestinado a traicionar si era el instrumento y como el dedo de Dios ¿cómo culparle? ¿Tenía libertad para traicionar o para no traicionar? ¿Qué es tener libertad? Todo el problema del mal, del bien, de la libertad, del juicio, de la salvación, todo ese problema insoluble por los métodos especulativos y filosóficos vuelve a plantearse y se agita suscitado por la figura de Judas. Pienso que el tema suscitó muchos argumentos falsos, muchas razones torcidas. Y aún las buenas razones pudieron encontrarse malas. Pienso, en efecto, que el único medio de tratarlo con comprensión es hacerse una intensa representación del drama como drama interior. Así, entre quienes abordaron esta difícil y arriesgada cuestión, los poetas estuvieron más cerca que los teólogos y los especuladores de alcanzar la ardiente verdad. Toda una parte de la conciencia cristiana rehúsa admitir la falta de Judas. Y a través

de la historia se vieron nacer verdaderas sectas heréticas cuyo principal argumento era la justificación de Judas y de Caín: de allí su nombre de Cainitas o hijos de Caín.

Pienso que quienes procuran justificar a Judas invierten el problema en lugar de plantearlo. Y que Judas fuera un engranaje indispensable en el mecanismo de la redención también es falso. ¿Acaso no enseñaba Jesús todos los días en el templo? ¿No tenía millares de enemigos y detractores? Los que durante tres años procuraban hacerle preguntas, tenderle trampas, contradecirlo, denigrarlo ¿no eran bastante abundantes ni encarnizados para que fuera alguien que lo señalara con el dedo en el Huerto de los Olivos gritando acremente: ¿Ése es, apresadlo y atadlo bien? La necesidad del crimen de Judas no parece evidente; y es preciso creer que si los sacerdotes y enemigos de Cristo lo emplearon como delator fue porque Judas se ofreció espontáneamente y aceptó por ello una paga (por extraño que esto pueda parecer a un apóstol). La necesidad de la figura de Judas surge de que la Pascua y la Pasión no son, sencillamente acontecimientos, sino en primer término enseñanzas, y todo lo que ocurre durante esos momentos tiene la misión de enseñarnos. Porque, como lo hemos dicho a menudo, si Cristo nos interesa tan profundamente, es porque su historia es la nuestra, porque Él es nosotros, porque nosotros somos Él. Y es necesario ahondar esta verdad y comprender que nosotros somos también los discípulos, que somos también los Doce, que ellos están en nosotros, que Judas está en nosotros. Por este motivo no fue un enemigo el traidor de Cristo, sino el amigo, uno de los Doce, uno de los escogidos, un apóstol, uno que daba todas las muestras de la pureza y hasta de la santidad. Y la pregunta que los demás apóstoles se hacen en su humil-

dad, «¿Seré yo, Señor?», es la misma que cada uno de nosotros debe dirigirse a sí mismo. Si la figura de Judas se impone a nuestra atención con tal insistencia es para suscitar esa pregunta. ¿Existe la falta? ¿Podemos juzgarla? ¿Podemos juzgar a otro hombre? La cuestión no está aquí, ¿Es posible la falta? Lo sabemos demasiado. No necesitamos el conocimiento de los demás hombres; tengamos el conocimiento de nosotros mismos y de esa terrible posibilidad que nos acecha en todo momento de la vida, en todos los recodos del camino, en todos los grados del espíritu y especialmente en el último grado, puesto que más elevado es quien cae desde más alto.

He pasado muchos años de mi vida meditando sobre la figura de Judas y sobre las palabras que dicen de él los Evangelios. De tal meditación es consecuencia el primer libro que he escrito. En ese libro, por lo demás confuso y leído por pocas personas (¿y comprendido por cuántas?), procuré descubrir quién podía ser el traidor. Y no sólo el traidor ladrón, el espía trivial, el hombre perverso, sino el apóstol, el hombre que durante tres años había vivido en la plenitud de la luz, el que quizá había hecho milagros en nombre de su Maestro, el que había seguido y amado a su Maestro, el más curioso, el más brillante, el más inteligente, el más sutil, el más desenvuelto, el más libre, el que suprime los obstáculos, el que se da a sí mismo la apariencia del desapego porque sabe jugar con la ley, el que hace de la verdad un objeto de curiosidad, el que hace de las cosas santas un objeto de placer, el que hace del ejercicio ascético una experiencia interesante, el que sabe dividirse en sí mismo, olvidarse en todo instante, rebotar, vivir una vida multiplicada, el que ama igualmente el pro y el contra, el que encuentra igual sabor en la verdad y la mentira, el que a fuerza

de mentir olvida que miente y se engaña a sí mismo. El hombre de hoy, en suma el que nada considera sagrado y todo lo toca y todo lo vuelve; el más próximo a nosotros, el que mejor conocemos: vosotros y yo. «¿Seré yo, Señor?» Recuerdo que vacilé en publicar este libro mío, temiendo que perturbara a algunas personas. Confié mis dudas a un sacerdote dominicano, que me respondió: «Hay personas que debemos perturbar». Alentado por esa respuesta resolví publicar el libro.

El problema es el de la libertad y la predestinación, la determinación y el libre albedrío: puesto que los cuatro puntos son igualmente verdaderos y coexistentes, aunque contradictorios. Coexisten en nosotros en grados diversos. Hay en nosotros un destino y una libertad de seguir ese destino y colmarlo. Es fácil elaborar una teoría correcta negando uno de los contrarios, pero eso significa mutilar la realidad, que mantiene unidos ambos contrarios y los entrecruza en cada momento de nuestra vida. Por eso he dicho que el poeta, que puede hacer pasar diferentes sentidos a través de las mismas palabras e insufla en las mismas imágenes y símbolos corrientes de vida opuestas, tiene más posibilidad de alcanzar esta ardiente verdad que quienes hablan en nombre de un absoluto en el cual no han entrado¹. Sí, esto es lo que falsifica todas nuestras especulaciones sobre la libertad, la vida y el tiempo. Afirmamos justamente que el tiempo no existe, que es una ilusión y que por consiguiente el futuro ya está presente. Pero esto es cierto para el Eterno aunque no para nosotros, que no somos el Eterno, que no vemos las cosas como las ve el Eterno. Afirmamos, pues, verdades cuyas derivaciones en la realidad ignoramos y esto falsea nuestra visión y nos lleva a simpli-

¹Véase también la irrupción de Judas en *La Pasión* (XII^a estación).

ficar, a mutilar arbitrariamente lo vivo de las cosas. Pero la poesía, la música y en general el arte es lo que nos permite penetrar vivos en la vida, insinuarnos en los contornos de los acontecimientos, penetrarlos sin hacer que los entendamos en el sentido que el intelecto da a este término, ya que el intelecto sólo aprehende por entero lo que es abstracto y definido como el espacio geométrico o como los números: cosa que por definición no poseen ninguna vida ni ninguna sustancia. Es preciso que otras facultades del intelecto entren en juego para seguir los dédalos de lo que está vivo. El poeta es quien puede mostrarnos a Judas realizando libremente su destino terrible. Pero el evangelio no es un poema y el Evangelista no ha querido conmovernos con la belleza de la forma de su relato. Ha querido punzarnos, alcanzarnos, gritarnos: «¡Cuidado!» Ha querido que cada uno de nosotros le pregunte: «¿Seré yo, Señor?» Que cada uno de nosotros se pregunte en todo momento, en cada uno de sus pensamientos, si no es el ladrón, el traidor, el que mete la mano en el plato, el que traiciona en el beso, el que sale con el bocado en la boca. Y fuera es de noche.

XXIII

« ÉSTE ES MI CUERPO », « ÉSTA ES MI SANGRE »

*23 de abril de 1948.
Calle Saint-Paul.*

RETOMEMOS el texto en el pasaje donde lo habíamos dejado.

Mateo XXVI, 26-28:

Y cenando ellos, tomó Jesús el pan, y lo bendijo, y lo partió, y lo dio a sus discípulos, diciendo: Tomad, y comed: éste es mi cuerpo.

Y tomando el cáliz, dio gracias, y se lo dio, diciendo: Bebed de este todos.

Porque ésta es mi sangre del nuevo Testamento, que será derramada por muchos para remisión de pecados.

Marcos XIV, 22-24:

Y estando ellos comiendo, tomó Jesús el pan; y bendiciéndolo, lo partió, y se lo dio, y dijo: Tomad, éste es mi cuerpo.

Y tomando el cáliz, dando gracias, se los alargó; bebieron de él todos,

Y les dijo: Ésta es mi sangre del nuevo Testamento, que por muchos será derramada.

Lucas XXII, 17-20:

Y tomando el cáliz, dio gracias, y dijo: Tomad, y distribuidlo entre vosotros.

Porque os digo, que no beberé más fruto de vid, hasta que venga el Reino de los cielos.

Y habiendo tomado el pan, dio gracias, y lo partió, y se los dio diciendo: Éste es mi cuerpo, que es dado por vosotros; haced esto en memoria de mí. Y asimismo el cáliz, después de haber cenado, diciendo: Testamento en mi sangre, que será derramada por vosotros.

Y Juan XIII, 31-34:

Y como hubo salido, dijo Jesús: Ahora es glorificado el Hijo del hombre; y Dios es glorificado en él.

Si Dios es glorificado en él, Dios también lo glorificará a él en sí mismo; y luego le glorificará.

Hijitos, aún estoy un poco con vosotros. Me buscaréis, y así como dije a los judíos: Adonde yo voy, vosotros no podéis venir, y lo mismo digo ahora a vosotros.

Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis los unos a los otros, así como yo os he amado, para que vosotros os améis también entre vosotros mismos.

Hemos tocado el misterio del Nuevo Testamento, de la Nueva Alianza, el corazón del misterio cristiano. San Agustín dice en alguna parte de *Las Retracciones*: « La que hoy llamamos religión cristiana fue conocida desde el principio; mas la llamamos cristiana desde que el Verbo se encarnó en Cristo ».

Esta Nueva Alianza no es sino una renovación de una mas antigua alianza. Este nuevo sacrificio no es sino la consumación última del sacrificio de los primeros hombres. Vosotros lo sabéis, y de él subsisten innumerables huellas; es el sacrificio primero, el sacrificio en su plenitud: es el sacrificio humano. Sacrificio que, a nosotros, los cobardes, nos parece bárbaro. Los primeros hombres religiosos sintieron esa verdad: que debían darse por entero a Aquel que lo es todo; que debían agradecer a Aquel que lo hizo todo, que debían agradecerse todo: la alegría y el dolor, por ellos mismos y por el mundo. Y sabían que la verdadera forma de adorar es darse por entero al Adorado por medio de la muerte. Pero en el instante mismo en que se manifiesta esa necesidad interior, un estremecimiento recorre al hombre hecho de carne y deseos, y el hombre busca un reemplazo. Lo que debía dar es su ser exterior, su persona, su cuerpo. Lo que debía sacrificar es lo mejor de su ser exterior. Lo que sacrificaba en los orígenes era lo mejor de todo un pueblo: el primogénito, y con preferencia el primogénito del rey. Ése, el más hermoso, el más amado, el más alabado, el príncipe soñado por las vírgenes y los guerreros, ésa era la víctima ofrecida, consagrada desde la niñez al sacrificio. Es el Héroe y el tipo eterno del héroe cuya forma hemos visto degenerarse a través de la historia, puesto que salvo los mártires, sólo conocemos héroes impuros en que víctima y verdugo se confunden: tal el héroe guerrero.

Pero con la razón y el cálculo se produce un nuevo reemplazo, señalado en la propia Biblia por un pasaje que todos conocéis: aquel en que Abraham, dispuesto a sacrificar a su primogénito, según la costumbre de las tribus pastorales primitivas, encuentra entre las zarzas al carnero, el animal de

sacrificio que reemplazará a la víctima humana. Si estudiamos el gran desarrollo de las religiones, encontraremos hasta nuestros días el sacrificio cruento, el sacrificio de los animales entendido como sacrificio de reemplazo. Lo cual nos da de las religiones antiguas una peculiar visión que convierte sus grandes y admirables templos en carnicerías llenas de moscas y embadurnadas de sangre. El hombre sacrifica con facilidad un centenar de bueyes para preservarse *tal cual es*, y al propio tiempo para crearse a si mismo la ilusión de que se *entrega*. Ya los profetas empiezan a advertir en nombre del Eterno a los hombres que lo han olvidado que eso no es lo exigido por Dios: «Me espanta el olor de la grasa quemada y la sangre de los chivos y los bueyes», dice el Eterno. No es el corazón del animal el que os pido, sino el vuestro. La sustitución no es legítima y no puede redimiros. Y el día de la Pascua, el día en que se sacrificaba el cordero, fue restituído el sacrificio tal como se lo entendía en el principio: y el primer héroe entró ese día en el ámbito de la vida religiosa. El Cordero que borra los pecados del mundo, el Hijo del Rey, el Hijo de Dios, el Hijo del Hombre, el hombre perfecto y completo, va a llenar los cuadros viciados y falseados mediante un gesto cuyo recuerdo está vivo en nuestras vidas y seguirá estándolo en los siglos venideros. Ya ha distribuído su propia carne de antemano, antes de la inmolación, lo cual nos demuestra que su obra es eterna: así han dado sentido a su vida toda y ha hecho de su muerte una obra y un acto de amor. Ha reemplazado al cordero, ha dado nuevo sentido no sólo al sacrificio de las tribus primitivas, sino también a esos sacrificios secretos que en las religiones paganas se llamaban misterios y que en esa misma época del año se desarrollaban en torno al pan, el grano

de trigo y el vino, emblema de la sangre, del sol, de la sustancia universal. Y de tal modo acaba de anudar todos los hilos que nos unen al origen de la humanidad mediante un gesto a la vez ritual y familiar: «Tomad y comed, tomad y bebed». Y también con esta sencilla frase: «Esto haced en memoria de mí».

Esta frase no se presta a todas las sutilezas teológicas, a todas las discusiones filosóficas tejidas en torno de la Transubstanciación, de la Presencia real de Dios en la Hostia. De esas palabras es imposible sacar ningún argumento a favor de esa presencia real o en contra de ella. Todo lo que puede decirse es que la creencia en su presencia real puede confirmar en nosotros la fe, que si no transporta las montañas, al menos atraviesa, levanta y arrebatada nuestra carne temerosa y mísera y le permite participar de la sustancia divina en el acto de comer y beber, cosa que únicamente puede hacer un sacramento y no la mera conmemoración. Y después de los textos de los tres Evangelistas os he leído adrede el pasaje de Juan en que se habla de un nuevo Mandamiento después de la Nueva Alianza: «Amaos los unos a los otros». Es la consumación y la plenitud del sacrificio. «Prefiero la caridad al sacrificio», está escrito. Frase que nuestra época sensiblera ha explotado para apoyar nuestra tibieza y nuestra comodidad, pero que no se presta a confusión en este Libro y de acuerdo a la interpretación de los acontecimientos, según la cual la caridad es preferible al sacrificio *porque es un sacrificio completo*, mientras que el sacrificio es o puede ser una caridad incompleta.

En efecto, tal sacrificio no es una privación o un mero sufrimiento, aunque aceptado. Es un *don*; y la plenitud del sacrificio es darse, es darse a Dios. Pero, ¿cómo darse a Dios, si no

en el servicio y la ofrenda interior? Si el sacrificio es un sacrificio de muerte, la caridad es un sacrificio de vida, y el primero ha de ir acompañado por el otro. «Y Jesús, que amaba a sus discípulos, los amó hasta el fin». Es decir, que encontró su fin y su realización en esa muerte que era un don de vida y de muerte al mismo tiempo.

Todos estamos hechos de un carozo y una corteza, y para que el carozo germine y brote es necesario que se rompa la corteza. Y es necesario además que la corteza se rompa por la fuerza del crecimiento. Si el carozo no crece, la corteza se romperá igualmente. Si el carozo se pudre, también se pudrirá la corteza. Si no morimos por algo, moriremos por nada; si no vivimos dando un sentido a nuestra vida, viviremos una vida insensata, que no por ello ha de ser tranquila o dichosa. O bien es dichosa en un sueño cuyo despertar es la muerte.

Lo que todas las religiones enseñan, y en especial la religión cristiana, es que debemos dar a la vida y a la muerte un sentido. Que no debemos padecer la muerte y el dolor. ¿Qué significa *padecerlos*? Significa huirles. Huid de la muerte, y la muerte os alcanzará a pesar de todo y de vosotros mismos. Buscad la muerte, o más bien aceptadla y aspirad al don de la vida, de vuestra vida, y así habréis vencido la muerte y el peso del cuerpo, del dolor y de la ignorancia. Porque la ignorancia consiste en creer que somos la envoltura, en tomarnos por la corteza y olvidar el núcleo, el carozo que al germinar no puede sino romper la corteza. Pero quien la rompe conocerá el más jubiloso de los sufrimientos, puesto que sólo hay júbilo en el crecimiento y en la unión.

Ya veis, amigos míos, cómo esta historia nos concierne muy de cerca, cómo nos habla de nosotros mismos, cómo nos exi-

ge que examinemos nuestra vida y cambiemos su sentido y la convirtamos haciendo externo lo interior e interno lo exterior. ¿Cuál es el deseo de todo hombre? Su deseo es tomar. El hombre de especie más baja quiere tomar y aprovechar sin que nadie lo advierta: es el ladrón. Le sigue el que comprende que es imposible tomar sin riesgo, a menos que dé algo en cambio; pero espera que en ese subterfugio del intercambio podrá deslizar algún provecho y así se consagra a tomar y dar, a cambiar y ganar. Le sucede el que corre su riesgo en el juego y toma por la fuerza y se hace admirar por esa fuerza, no sólo por el bárbaro y el profano, sino también por nosotros, que somos bárbaros y profanos: es el conquistador. ¿Y a qué lo lleva todo eso? Sin duda a caer bajo el golpe de sus enemigos antes de terminar su conquista. Hasta ahora ninguna conquista pudo lograrse en este mundo sin que los conquistadores acabaran aniquilados. Porque al fin son derrotados en el día de su muerte. ¿Y de qué les habrá servido conquistar el mundo si se han perdido a sí mismos? Todo lo que arrebataron se esfuma súbitamente de sus manos, y todo lo que olvidaron, lo que había de más valioso en ellos mismos, está seco, hueco, podrido, perdido. El que busca su hálito de vida lo perderá, mas el que está dispuesto a perderlo, el que lo da, ése ha de encontrarlo. Por encima del conquistador, por encima de todos los conquistadores está el hombre generoso que da por amor de alguien, por el amor de una mujer o de un amigo. Y éste es ya más glorioso en su espíritu que el más poderoso de los conquistadores, aunque su gloria permanezca secreta y tenga, por lo demás, poco mérito. Porque también en él hay cierto cálculo de intercambio, y si da es porque procura obtener amistad, amor y gloria. Es difícil dar y darse sin esperar

ninguna retribución. Sin embargo, se nos ha enseñado que ésa es la única manera de obtenerlo todo, de obtener lo que es todo para nosotros de entrar en el todo, de conocer lo esencial, de poseer nuestra propia vida o, lo que es mejor, de recibirla como gracia. Y se nos ha enseñado que por esta concesión la gracia entra en la conciencia y subsiste en ella más allá del tiempo.

XXIV

ANUNCIO DE LA NEGACIÓN DE PEDRO
 VARIAS MORADAS. LA VIDA, LA VERDAD, EL
 CAMINO

CREED EN MÍ

*30 de abril de 1948.
 Calle Saint-Paul.*

MATEO XXVI, 31-35:

Entonces Jesús les dijo: Todos vosotros padeceréis escándalo en mí esta noche. Porque escrito está: Heriré al Pastor, y se descarriarán las ovejas del rebaño.

Mas después que resucitare, iré delante de vosotros a la Galilea.

Respondió Pedro, y le dijo: Aunque todos se escandalizaren en ti, yo nunca me escandalizaré.

Jesús le dijo: En verdad te digo, que esta noche, antes que cante el gallo, me negarás tres veces.

Pedro le dijo: Aunque sea menester morir yo contigo, no te negaré. Y todos los otros discípulos dijeron lo mismo.

Acerca de este episodio doloroso coinciden los cuatro Evangelistas. Por eso no leo los cuatro textos, que son poco más o menos sinónimos.

Pedro reniega después que Judas ha traicionado. Y en cuanto a los demás discípulos, ya sabéis qué harán: huirán todos. Así empieza la historia de la cristiandad, así empieza una gran obra que conmoverá el mundo. El advenimiento de Jesús ha agitado a las multitudes durante tres años, ha producido milagros y prodigios, ha trastornado a las gentes. Muchos creían que había llegada el Reino de los Cielos, mientras que los menos dispuestos a creer proclamaban que al menos había venido al mundo un gran profeta. Y de pronto llega la hora sombría en que todo desaparece. Es la hora de la prueba de la fe. Y el que es roca de fe, el llamado Pedro o Roca por su fe incommovible, ése mismo y no otro renegará por tres veces. Y los escogidos, los doce más próximos, los que han asistido a los milagros, los que han escuchado la enseñanza, los que han dicho: ¿Cómo podríamos abandonarte, si tienes las palabras de la vida?, ésos huirán. Y todo ello con el fin de enseñarnos. ¿Qué dice Pedro cuando le anuncian su negación, cuando le anuncian que se turbará? ¿Yo? ¡Nunca! Podrá turbarse otro, pero yo nunca. Allí está la causa de la caída: Yo no, yo no soy como los demás, estoy al abrigo de las flaquezas, no temo la muerte. ¡Oh Pedro!, ¡oh Pedro!, ¡oh roca humana!... ¡Oh Jefe de la Iglesia, que amarga es tu primera enseñanza! Fue inútil que esta mancha sobre la Iglesia naciente no haya sido ocultada, sino por el contrario divulgada. Es inútil que haya llegado hasta nosotros por obra de la Iglesia misma. Todos los veredictos más terribles contra la Iglesia provienen de esa mancha, así como todas las verdades en nombre de las cuales es fácil

acusarla. Éste es el vínculo que une el Nuevo Testamento a la tradición del Antiguo, y la Iglesia a la tradición del pueblo de Israel. ¿Qué son las Santas Escrituras del pueblo hebreo? Una historia. Todas las historias, la historia griega y la historia romana y la historia de Francia, no son más que el elogio que un pueblo se hace a sí mismo, no son sino la glorificación de los antepasados, la mentira ventajosa, la justificación póstuma que prepara la justificación del presente y del futuro. Pero la Escritura, la Biblia, es más que una historia: es una confesión, la confesión de un pueblo que en ningún momento deja de reconocerse abyecto y no presenta ningún héroe sin mostrarnos también su « parte de sombra », sin cargo de crímenes y de vergüenza. . . Y por tal motivo esta historia puede llamarse la Historia Sagrada. . .

Y Jesús les dijo:

Cuando os envié sin bolsa, y sin alforja, y sin calzado, ¿por ventura os faltó alguna cosa?

Y ellos respondieron: Nada. Luego les dijo: Pues ahora quien tiene bolsa, tómela, y también alforja: y el que no la tiene, venda su túnica, y compre espada.

Porque os digo, que es necesario que se vea cumplido en mí aún esto que está escrito: Y fue contado con los inicuos. Porque las cosas que miran a mí, tienen su cumplimiento.

Mas ellos respondieron: Señor, he aquí dos espadas. Y él les dijo: Basta. (Lucas XXII, 35-38.)

Este es, pues, el anuncio de la gran prueba de la dispersión. Para la primera prueba, para la siembra de la palabra, cuando el Maestro estaba en su gloria les había dicho: Id despojados y

encontraréis todo cuanto os haga falta. Y encontraron. Y ahora, para la segunda dispersión, a punto de ser víctima de la vergüenza y la muerte, el Maestro les dice: Quien tenga una bolsa, que la tome. La bolsa es la talega en que se guardan las monedas de oro. Quien haya recogido algunas partículas del oro de mi inteligencia, póngalas en su bolsa y llévelas consigo y en sí. Cada uno tome su alforja y haga como el peregrino, que lleva consigo todo cuanto posee. Y quien tenga un manto véndalo, y cómprese una espada: es el momento de desembarazaros de vuestras envolturas, de vuestras ropas cómodas, de venderlas por una espada. Con ese dinero podréis adquirir lo que es agudo y recto y filoso: la virtud que ahora habéis menester para marchar por el mundo en la hora de la reprobación, « porque os digo que es necesario que se vea cumplido en mí aún esto que está escrito: Y fue contado con los inicuos ». Tenéis que pasar la prueba y resistir el juicio de los demás. El juicio de los hombres rebaja a la categoría de los malhechores a quien considerabais más puro, más fuerte, más grande, más iluminado que nadie. A vosotros corresponde hacer valer vuestro juicio frente al juicio del mundo. Asombra que ello sea difícil, pero es realmente una de las cosas más arduas: lo sabríamos si lo hubiéramos vivido.

« Señor —dicen los discípulos, que han oído hablar de espada—, he aquí dos espadas ». Respuesta semejante a la que dieron cuando la multiplicación de los panes. Los discípulos creen fácilmente que parábolas y símbolos se reducen a objetos de utilidad corriente. Y Jesús, con un suspiro o una sonrisa, declara: « Basta ». Dos espadas es más de lo necesario para resistir a las legiones romanas y a las gentes enviadas por los ajusticiadores. Y en otros términos: las espadas no sirven de nada,

mas será preciso llevarlas para que tenga lugar esa demostración que recordáis: para que Pedro empuñe una de esas espadas y corte la oreja del servidor del gran sacerdote, y la espada vuelva a la vaina, y el Señor deje caer esas palabras que desarmarán para todos los siglos futuros a todos los cristianos... porque todos los que tomaren espada, a espada morirán.

No se turbe vuestro corazón. Creéis en Dios, creed también en mí.

En la casa de mi Padre hay muchas moradas. Si así no fuera, yo os lo hubiera dicho: Pues voy a aparejaros el lugar.

Y si me fuere, y os aparejare lugar: vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy estéis también vosotros.

También sabéis adónde yo voy, y sabéis el camino.

Tomás le dice: Señor, no sabemos adónde vas; pues, ¿cómo podemos saber el camino?

Jesús le dice: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida. Nadie viene al Padre, sino por mí.

(Juan XIV, 1-6.)

Estas palabras son bastante oscuras como para obligarnos a detenernos un poco: *Creéis en Dios, también en mí*: éste es el tema que se va a desarrollar. «En la casa de mi Padre hay muchas moradas», palabras harto oscuras. «Si así no fuera, no os lo hubiera dicho». ¿Cuándo ha hablado Jesús de esas moradas? ¿Tal vez cuando prometió a sus apóstoles doce tronos? Pero esas imágenes populares no explican el significado de «En la casa de mi Padre hay muchas moradas». Hay muchos lugares en el lugar de la unidad y de la unión; hay lugar para muchos en la unidad y en la unión. Y os prepararé el

lugar, prepararé a cada uno de vosotros su lugar. Lo cual significa que conviene desechar una imagen en que se complacen los místicos orientales y según la cual la beatitud y la salvación son la fusión en Dios, la caída del alma en Dios, como una gota de agua en el océano... No, no hay fusión o confusión: «Hay varias moradas». Las varias son varias en el seno de la unidad y cada uno encuentra en ellas su lugar. El alma no se disuelve en la morada, mas permanece intacta y distinta. Y en verdad, si se disolviera la unión no podría perdurar, ya que se borraría en el momento mismo de la disolución. Y si yo debiera salvarme en ese instante mismo, me perdería sin reencontrarme nunca más. Pero está escrito: Perderás tu alma para encontrarla. Y está escrito: Hay varias moradas. Para que la unión perdure es necesario que los términos de la unión se mantengan distintos, no separados, pero sí distintos. Es necesario que se mantengan como son. ¿Y qué son? Son ya una unidad en sí. El alma salvada es un yo. Por eso dijo Jesús: «Creéis en mí, creed también en Dios».

Voy a aparejaros el lugar... para que donde yo estoy, estéis también vosotros. Aprended en Cristo el modo de encontrar el yo a fin de encontrar a Cristo en vosotros, o sea vosotros mismos en vosotros. Tomás interrumpe y dice: «Señor, no sabemos adónde vas; pues, ¿cómo podemos saber el camino?» Jesús le responde: «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida». Si no recuerdo mal, san Agustín dice: «Si quieres saber por dónde debes ir: yo soy el camino; si quieres saber adónde te conduzco: yo soy la verdad; si quieres saber dónde has de morar: yo soy la vida». Y otro padre de la Iglesia: «En cuanto concierne a los actos: yo soy el camino; en cuanto concierne al conocimiento: yo soy la verdad; en cuanto concierne al amor y la beatitud y la

contemplación: yo soy la vida ». « Y soy el camino », el camino pasa por *mí*, pasa por el *yo*, pasa por el Ser.

Si me conocieseis a mí, ciertamente conoceríais también a mi Padre; y desde ahora lo conoceréis; y lo habéis visto.

Felipe le dice: Señor, muéstranos al Padre, y nos basta.

Es la impaciencia. Todo lo que Jesús procura explicar a los discípulos es harto complicado: muéstranos la meta sin mostrarnos el camino y sin decirnos la sustancia, vamos al grano. ¡Pues bien! Hemos llegado al grano.

¿Tanto tiempo ha que estoy con vosotros, y no me habéis conocido? Felipe, el que me ve a mí, ve también al Padre. ¿Cómo, pues, tú dices: Muéstranos al Padre?

¿No creéis que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo de mí mismo. Mas el Padre, que está en mí, él hace las obras.

¿No creéis que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí?

Y si no creedlo por las mismas obras. En verdad, en verdad os digo: El que en mí cree, el también hará las obras que yo hago, y mayores que éstas, porque yo voy al Padre.

Y todo lo que pidieris al Padre en mi nombre, yo lo daré, para que sea el Padre glorificado en el Hijo.

Crear es ver las apariencias y saber que las apariencias son una pantalla a través de la cual se manifiesta lo invisible. Cómo creeríais en mí directamente si no me vierais. . . Veis mis obras o asistís a mis obras, y ésa es la apariencia a partir de la cual podéis ascender hasta mí. Si ascendéis hasta mí podréis con mi ayuda ascender hasta el Padre. Y si no me vierais ni vierais las

obras de un hombre perfecto, contemplaríais la naturaleza sin encontrar en ella más que la naturaleza, sin encontrar más que briznas de belleza, pompas de realidad, estallidos de razón y un encadenamiento de causas. Y no ascenderíais desde esas apariencias hasta la causa consciente que las produjo, y que es Dios, sino por medio de una deducción filosófica que no es la fe ni puede suscitarla en vosotros. Pero si me conocéis y me veis obrar, podéis ascender desde mis obras hasta mí mismo y vislumbrarme a través de todas mis acciones. Y cuando me hayáis vislumbrado a través de mis acciones, también podréis vislumbrar al Creador por sus obras, que son las criaturas. Lo vislumbraréis como un yo, pues en él reside la fe en Dios. Decir que Dios existe porque hay razones, armonías, resonancias a través del mundo, decir que existe porque hay algo superior a todo lo que vemos, eso no es creer en Dios. Eso no puede ser el objeto de una religión, sino tan sólo de un ímpetu poético o musical. Por mí podréis ir hacia Dios, mas para comprenderme tendréis que revestiros con mi imagen, haceros semejantes a mí, poner vuestra mano en mi mano. ¿Cómo lo conseguiréis? Mediante la plegaria y la meditación lograréis revestir mi forma imaginaria. Pero, ¿cuándo entraréis realmente en mí? Haciendo mis obras. Y por otra parte, ¿cómo haríais mis obras si no entrarais en mí y si yo no entrara en vosotros? Ambos movimientos deben producirse al mismo tiempo. El que cree en mí; el que entra en mí y se hace semejante a mí, « él también hará las obras que yo hago, y mayores que éstas hará ». Pues, ¿qué son las obras de Cristo? Milagros y acciones: signos. Su grandeza es la grandeza de un signo. Cualquiera que crea en él puede dar signos iguales y aún mayores. Porque el objeto no es ampliar el signo en el mundo, sino ir del signo a la signi-

ficación. A partir del signo, a partir de la obra, ir hacia el frente de la obra. No practicar la obra por sus resultados exteriores y su éxito en el mundo, sino como ocasión para entrar en la vida interior y tomar posesión de su centro y concentrarse en el Ser. « Porque yo voy al Padre », dice Cristo.

XXV

EL MANDAMIENTO DE AMAR
EL ESPÍRITU DE CONSUELO

*7 de mayo de 1948.
Calle Saint-Paul.*

LLEGAMOS a las últimas enseñanzas de Jesús. Juan XIV, 15-17:

Si me amáis, guardad mis mandamientos.

Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que more siempre con vosotros.

El espíritu de la verdad, a quien no puede recibir el mundo, porque ni lo ve, ni lo conoce. Mas vosotros lo conoceréis, porque morará con vosotros, y estará en vosotros.

Es la segunda vez que Juan insiste en estas palabras y en la nueva enseñanza de amar. Más aún, es la tercera vez que habla de ello desde el comienzo de su Evangelio, puesto que el capítulo XIII empieza así: « ... habiendo amado a los suyos, que estaban en el mundo, los amó hasta el fin ». Hasta el fin, hasta la muerte. Y algo después, en ese mismo capítulo: « Un mandamiento nuevo os doy: que os améis los unos a los otros, así como yo os he amado, para que vosotros os améis también

entre vosotros mismos». Y aún insistirá otras dos veces sobre el mismo precepto antes del fin de la cena.

Si me amáis, guardad mis mandamientos. Esta vez nos dice algo acerca del amor a que exhorta. Os doy un nuevo mandamiento: amaos. Y después: «Si me amáis, guardad mis mandamientos». ¿Qué amor es éste que puede ser objeto de un mandamiento? ¿Cómo es posible decir ama a alguien? Podemos decir haz, pero a nadie podemos decir siente. Por lo tanto, es necesario que ese amor se traduzca en obras. Y en efecto, el texto dice: «Si me amáis, guardad mis mandamientos». Y en otra parte: «No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi padre que está en los cielos ...» ¿Y qué es amar? ¿Tan solo decir: te amo, te amo, y suspirar? ¿Es soñar, imaginar, vivir en la ilusión, cubrir el objeto amado de cualidades, de bellezas que no posee? ¿Cómo podría ser objeto un amor semejante de un mandamiento del Dios de Verdad? No, el amor es lo contrario de todo eso, es la forma más alta de la busca de la Verdad. El amor consiste en olvidar los atractivos y bellezas del otro ser, en buscar su belleza verdadera, que esta en su esencia real. Amar es conocer y comprender a otro ser en verdad, es conocer el Ser del otro como nos conocemos a nosotros mismos. Y ambos movimientos, el conocimiento de nosotros mismos y el conocimiento del otro ser, van juntos y se compensan, y no es posible llegar al uno sin el otro. Todo lo que es efusión o sueño o ilusión o atractivo o espíritu de provecho o codicia de placer no es amor: todo eso se mezcla al amor en nosotros, impuros, incompletos, incapaces de amor verdadero. Y al mezclarse con el amor lo daña. El amor que es objeto del mandamiento de Dios de Verdad es un acto total, un tra-

bajo que pone en marcha todas las fuerzas que existen en el hombre. Sin duda el sentimiento no puede faltar en él; y en efecto está escrito: *amarás con todo tu corazón.* Pues un amor no sentido no sería amor. Pero el sentimiento del amor, más que una emoción es coraje, fidelidad, fervor: amarás a tu Dios con todo tu corazón y toda tu inteligencia y toda tu alma y todas tus fuerzas. Al sentimiento del corazón se une la inteligencia (Jesús es quien agrega a su cita del Deuteronomio la frase: *con toda tu inteligencia*) y el amor de la inteligencia es la fe por la cual la razón conoce en Dios su razón de ser y la inteligencia en el amor de los hombres es el conocimiento del Ser en los demás, o sea de su semejanza con Dios. Y a todo ello se unen el alma, o sea la conciencia de la sustancia vital y secreta, y por fin las fuerzas (lo *Demás*, el suplemento en hebreo), o sea la acción y el servicio. Y si está escrito: «Amarás a tu prójimo como a tí mismo», preguntémonos cómo nos amamos a nosotros mismos, o más bien cómo deberíamos amarnos. Porque si nos miramos, debemos admitir que nos amamos mal, que nos ignoramos. Amarnos a nosotros mismos es ante todo conocernos, o sea buscar y encontrar nuestra verdadera esencia, volvernos hacia lo que es nosotros mismos. Este es el deber místico del amor de nosotros mismos, y la consecuencia natural y legítima del amor de nosotros mismo es servirnos, hacer por nosotros lo que necesitamos, proteger nuestro cuerpo del hambre, del frío y la miseria, y también proteger nuestra persona del deshonor y la ruina. Y si debemos amar al prójimo como a nosotros mismos, debemos amarlo, servirlo como servimos este cuerpo nuestro, y protegerlo asimismo del hambre, del frío, de la miseria y del deshonor. Y hay todavía otra manera de entender esa sentencia: «Amar como a nosotros

mismos»; consiste en traducirla: Ama a tu prójimo como si fuera tú mismo. Amad a los demás como si fueran vosotros mismos, y no sólo en virtud de una comparación, como admitiendo una similitud, sino por verdadera fusión. El otro es él mismo como vosotros sois vosotros mismos; y sólo hay un Uno y sólo hay un Ser. Y asimismo sólo hay un error cuando nos acercamos a los demás para cubrirlos con bellezas imaginarias o para odiarlos: el error de creerlos otros. Tal es la ignorancia fundamental de que hablan los hindúes y que consideran fuente de todos los pecados, el pecado original (como tal vez lo es también para nosotros): tomar el Ser por el Otro y el Otro por el Ser. Y amar es restablecer la verdad que existe, pero que estaba velada.

Al hablar del amor, Jesús anuncia a otro Consolador que permanecerá junto a nosotros para siempre: «El Espíritu de la verdad, a quien no puede recibir el mundo. porque ni lo ve. ni lo conoce». El Espíritu de la verdad es el espíritu de esta verdad de que acabo de hablaros, de esta conformidad del Ser con el Ser. Es, en suma, el Espíritu del amor.

En verdad, la inteligencia es un movimiento de lo interior a lo exterior, un movimiento extensivo que va directamente al infinito. El primer paso de la inteligencia es ir hasta la meta y más allá de los horizontes. Lo primero que conoce la inteligencia es el espacio geométrico, o sea el infinito. Es el conocimiento más claro y más nítido, es el conocimiento puro. Todos los demás conocimientos intelectuales están más o menos armonizados con ella y son verdaderos y evidentes en la medida en que pueden armonizar con ella, son oscuros y dudosos en la medida en que no pueden armonizar con ella. No existe inteligencia de la materia, ni de la vida, ni del espíritu

porque la vida, el espíritu y también la materia son sustancias, y la inteligencia carece de poder sobre ella. Sólo tiene poder sobre las relaciones formales cuya superficie abarca y sobrevuela, por así decirlo. Y sobrevolando, llega al infinito. El principio de infinidad es verdaderamente divino y se dice que la inteligencia es el más noble de los dones del alma. Pero es un don peligroso porque es divino. Su ejercitación supone en cierto modo lo divino y nunca puede alcanzarlo, puesto que la inteligencia nunca alcanza el Ser. Y Dios es el Ser. Por eso la inteligencia vela la verdad, pero la supone. La inteligencia está en la verdad sin saber que está en la verdad; y los hindúes dicen justamente que todas las ciencias occidentales son ciencias de la ignorancia. Todas las ciencias occidentales ignoran la materia, la vida y el espíritu, las tres formas de la sustancia. Para que la inteligencia pueda entrar en la sustancia, para que sea posible amar a Dios como nos lo enseña el precepto, con toda nuestra inteligencia (*tota mente tua*), es preciso que la inteligencia se invierta. Por movimiento natural, la inteligencia marcha de lo interior a lo exterior y llega hasta el infinito. Por un segundo movimiento llegará desde el infinito a la unidad interior. Y ¿ste es el Espíritu: un movimiento que llega del infinito y penetra hasta la unidad sustancial, hasta el corazón. Es la inteligencia que en vez de salir del hombre entra en el hombre, que en vez de partir desde mí mismo hasta el último horizonte viene desde el último horizonte y entra en mí, y por venir del infinito pertenece al infinito. Es el Espíritu de Dios, y no ya mi espíritu; es una fuerza y un fuego que vienen sobre mí, y no una claridad que sale de mí. ¿Y cómo obra toda religión sobre la inteligencia? Obligándola a hacer su trabajo a la inversa. ¿De qué se vale para comprender la inteligencia?

De signos, símbolos y palabras. ¿Y cómo los combina? Los combina de manera lógica, formando con ellos combinaciones y leyes que se aplican a los objetos exteriores. Mas ahora hemos de emplear signos, símbolos y palabras después de cerrar los ojos al mundo exterior. Y con esas palabras y esos signos no iremos hacia las cosas ni buscaremos la medida y sobre todo el manejo de las cosas, sino que romperemos el movimiento lógico. En lugar de buscar combinaciones siempre nuevas, nos fijaremos en series de signos siempre iguales que acabarán con nuestro espíritu de cálculo, de investigación, de curiosidad, de combinación. Emplearemos las palabras como en la plegaria: repitiéndolas. Repetiremos siempre las mismas a través de todos los momentos de nuestra vida, como ya fueron repetidas en las generaciones precedentes. Y cuanto más antiguas, menos gastadas; y cuanto menos atractivos tengan, más válidas y eficaces. Obligarán a nuestra lógica a hacer el movimiento inverso, también a nuestra curiosidad, a nuestro ímpetu hacia el exterior, a nuestro espíritu de cálculo. Y asimismo detendrán la imaginación para fijarla en alguna imagen ya conocida y hacerla dar vueltas en torno de esa imagen antes de borrar la imagen misma y enmudecerlo todo.

Cuando haya partido os enviaré el Espíritu del Consuelo; os conviene que parta a fin de que llegue a vosotros el Espíritu del Consuelo... Y aquí: Yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador...: el Espíritu de la Verdad. Y en seguida: Mas vosotros lo conoceréis, porque morará con vosotros. Y en otras traducciones: Mas vosotros lo conocéis... Ese futuro y ese presente se refieren al mismo objeto. Significa que ese Espíritu de la verdad que os dará el Padre, que «recibiréis cuando haya partido», lo habéis reci-

do ya, está ya en vosotros, no será cosa nueva, no os traerá nada nuevo. Lo nuevo es que lo veréis, cuando el mundo no lo ve ni aún vosotros mismos mientras estéis en el mundo.

No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros.

Todavía un poquito, y el mundo ya no me ve. Mas vosotros me veis, porque yo vivo, y vosotros viviréis.

En aquel día vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros.

Quien tiene mis mandamientos, y los guarda, aquél es el que me ama. Y el que me ama, será llamado de mi Padre; y yo le amaré, y me le manifestaré a mi mismo.

Ya veis cómo las mismas cosas vuelven a presentarse con nuevos tintes, cargadas de sentido nuevo, con fuerza nueva. Son las mismas frases que hemos leído poco antes: «Si me amáis, guardad mis mandamientos». Y quien me ama, ama al Padre y el Padre lo ama. Sólo hay un amor para esa criatura y para mí y para el Padre, y los tres somos como tres direcciones de un mismo amor, como tres sentidos de una misma sustancia. El mundo no lo ve, el mundo no me ve, mas vosotros me veis, porque vivo y vosotros vivís, o al menos viviréis. Los muertos no ven a los muertos y tampoco a los vivos, y los hombres que están muertos en su espíritu no ven a los hombres del Espíritu. Y quienes están muertos para el amor, no ven el amor que no tienen en sí.

«Vendré a vosotros». Y en otro texto: Conviene que parta, porque si no parto, el Espíritu del Consuelo no vendrá a vosotros. Hay aquí toda una gradación de la purificación. Es necesario que el hombre renuncie de sí mismo, se olvide, se anule para conocer a Cristo. Debe aniquilar ese falso ser que llamo

yo para conocer el yo verdadero que se llama Rey, Cristo. Pero es necesario además que el propio Cristo le sea retirado como persona, a fin de que conozca a Cristo como Espíritu de verdad. Este es el sentido de la fiesta que en estos días celebra la cristiandad: la Ascensión.

Es necesario que el hombre se entregue a otro objeto más alto que él, más fuerte que él, más grande que él, y que de tal modo salga de sí mismo. Y después es necesario que ese otro —y bien digo «ese otro»— le sea arrancado y vedado para que conozca que el otro, el grande, el puro en nombre del cual ha renunciado de sí mismo, no era sino él mismo. Entonces entra en él el Espíritu de la verdad, entonces se hace amor el conocimiento y el amor se convierte en la vida misma y la justicia y la ley se vuelven amor. La justicia y la ley son siempre cosas exteriores, mas entonces la verdad que hasta ese instante era exterior se hace amor, armonía interior, aprehensión de la unidad y de la esencia. Y este espíritu, reverso de la inteligencia, se llama Espíritu del Consuelo. El nombre significa: Alegría en la Soledad. Estar solo en la unión, lo contrario de estar desolado: solo y lejos de todo. Ser consolado es estar solo con todo y en todo, es estar solo con Dios y en Dios: unido. Ser consolado es saber que somos uno con el Uno. El Espíritu del Consuelo es la entrada en la última verdad y es la conciliación de la justicia, de la verdad y del amor.

XXVI

LA VIÑA. EL AMOR DIVINO. EL ODIOS DEL MUNDO

*14 de mayo de 1948.
Calle Saint-Paul.*

JUAN XV, 1-8:

Yo soy la verdadera vid, y mi Padre es el labrador.

Todo sarmiento que no diere fruto en mí, lo quitará; y todo aquel que diere fruto, lo limpiará, para que dé más fruto.

Vosotros ya estáis limpios por la palabra, que os he hablado.

Estad en mí, y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede de sí mismo llevar fruto, si no estuviere en mí.

Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que está en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque sin mí no podéis hacer nada.

El que no estuviere en mí será echado fuera, así como el sarmiento, y se secará, y lo cogerán, y lo meterán en el fuego, y arderá.

Si estuviéreis en mí, y mis palabras estuvieren en vosotros, pediréis cuando quisieréis, y os será hecho.

En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, en que seáis mis discípulos (et efficiamini mei discipuli).

Otra vez el tema del amor. Lo curioso es aquí la relación entre el Padre Viñador y el Hijo, la Vid. Observad cómo el uno obra sobre el otro. El Padre arranca lo que está seco y poda lo que está verde, a fin de que aparezca el fruto. Porque quiere el fruto, y hace lo que es justo y duro. Pero el Hijo no vino al mundo para juzgar al mundo ni para que nada se pierda... Ha venido como la vid, trayendo de su interior la savia, la savia sabrosa que pasará al fruto embriagador. El lugar y la función de las dos Personas Divinas queda así precisado. El uno como Dios, el Padre y el Amo, el Justiciero, el que en cierto modo obra en lo exterior, o por lo menos desde encima («en lo exterior» es falso, pero «desde encima» es justo, mientras que «encima» entraría la idea de lo exterior). Mientras tanto, el Hijo obra desde dentro y hasta podríamos decir que desde abajo; desde abajo, como la savia que afluye y sube en la planta para producir el fruto y alimentar la planta toda.

Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que no persevera en mí y no me retiene en sí mismo, se seca. Y es extirpado. Se seca: la savia espiritual no sube hasta él. Se seca, sale del mundo espiritual y entra en la masa o en la multitud o en el mundo, es arrancado (lo contrario de «reunido en un ramo viviente», que es la planta). Y lo recogen y con los demás muertos hacen un fardo y lo dan a las llamas. Cada vez que se habla de arder en el Evangelio, pienso que debemos pensar no en el infierno, sino sencillamente en el mundo y el tiempo. El que es recogido de tal modo recae o permanece en el tiempo, donde todo arde, donde todo pasa y se transforma en humo, se transforma en nada. Los sufrimientos del mundo son, en cierto modo, eternos en el sentido de que son definitivos, puesto que van hacia la nada; son eternos en sentido opuesto al que damos

generalmente al término eternidad: van hacia la eternidad de la nada, van hacia ella por medio del sufrimiento, así como los verdaderos vivos llegarán a la eternidad del júbilo también por medio del sufrimiento.

Y reaparece el tema: Como el Padre me amó, así también os he amado. Perseverad en mi amor. A través de todo el discurso, y desde el comienzo de la cena, vemos reaparecer los mismos motivos como el mimbre en un cesto trenzado.

Observemos cómo reaparece este motivo del amor: *Si guardareis mis mandamientos, perseverareis en mi amor, así como yo también he guardado los mandamientos de mi Padre, y estoy en su amor. Estas cosas os he dicho, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido.* El motivo ha reaparecido, pues, con el tinte de la alegría. Lo hemos visto insinuarse poco a poco con otras coloraciones. Si volvemos al capítulo precedente, veremos que este amor se presenta primero bajo el aspecto de la fuerza y el servicio. Recordad el capítulo XIV, 16-16: *El que no ama, no guarda mis palabras. Y la palabra que habéis oído, no es mía, sino del Padre, que me envió.*

Y bajo el aspecto del conocimiento: *Y el Consolador, el Espíritu Santo que enviará el Padre en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo aquello que yo os hubiere dicho.*

Y con el aspecto de la paz: *La paz os dejo, mi paz os doy; no os la doy yo, como la da el mundo.*

Y bajo el aspecto de la fe: *Ya habéis oído que os he dicho: Voy, y vengo a vosotros. Si me amaseis, os gozaríais ciertamente, porque voy al Padre, porque el Padre es mayor que yo. Y ahora os lo he dicho antes que sea, para que lo creáis, cuando fuere hecho.*

De modo que vemos desarrollarse poco a poco todos los elementos de lo que es el amor divino o el amor humano en

Dios: servicio, conocimiento, paz, fe y por fin gozo. Y después no sólo gozo, sino conciencia y libertad, sacrificio, pero sacrificio mutuo. «Este es mi mandamiento, que os améis los unos a los otros, como yo os amé» (XV, 12). No sólo de amante a amado en el mundo, sino también de amante a amado entre el hombre y Dios. Porque dice: «Ninguno tiene mayor amor que éste, que es poner su vida por sus amigos». Y el propio Dios ofrece su vida por quienes ama. «Vosotros sois mis amigos, si hicieréis las cosas que yo os mando. No os llamaré ya siervos, porque el siervo no SABE lo que hace su señor. Mas a vosotros os he llamado amigos, porque os he hecho CONOCER todas las cosas, que he oído de mi Padre». En otros términos, el conocimiento y la conciencia os libera, y de servidores de Dios os convertís en sus amigos. El conocimiento de la voluntad de Dios y el amor os han hecho libres. «No me elegisteis vosotros a mí; mas yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis, y llevéis fruto, y que permanezca vuestro fruto; para que os de el Padre todo lo que le pidieréis en mi nombre». Y otra vez el mandamiento del principio, anunciado como mandamiento nuevo: «Esto os mando, que os améis los unos a los otros».

Y en seguida (XV, 18):

Si el mundo os aborrece, sabed que me aborreció a mí antes que a vosotros.

Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo que era suyo; mas porque no sois del mundo, antes yo os escogí del mundo, por eso os aborrece el mundo.

Acordaros de mi palabra, que yo os he dicho: El siervo no es mayor que su señor. Si a mí han perseguido, también os perseguirán a

vosotros; si mi palabra han guardado, también guardarán la vuestra.

Mas todas estas cosas os harán por causa de mi nombre, porque no conocen a aquel que me ha enviado.

Si no hubiera yo venido, ni les hubiera hablado, no tendrían pecado; mas ahora no tienen excusa de su pecado.

El que me aborrece, también aborrece a mi Padre.

Si no hubiese hecho entre ellos obras, que ninguno otro ha hecho, no tendrían pecado; mas ahora, y las han visto, y me aborrecen a mí y a mi Padre.

Mas para que se cumpla la palabra que está escrita en su ley: Que me aborrecieron de grado.

Palabras duras y también oscuras. También se trata de un motivo que ya ha aparecido. Como recordaréis, lo hemos conocido el día en que Judas (no el Iscariote) dice: Señor, ¿qué ha ocurrido para que debas manifestarte a nosotros y no al mundo? Y Jesús no le responde directamente, sino que dice: Si me amáis, guardad mis mandamientos... De modo que inmediatamente después de la cuarta enunciación del mandamiento nuevo, «amaos los unos a los otros», surge la comprobación del odio, la afirmación del odio. Y este odio será y deberá ser mutuo. También vosotros odiaréis el mundo y todo lo que es del mundo, aún cuando este mundo es vuestro padre y vuestra madre y vuestro hijo y vuestra casa. Quien no odie a su padre... Tengo que enterrar a mi padre, dice alguien, y no puedo seguirte en este momento. Y la respuesta: Dejad que los muertos entierren a los muertos...

¿Cómo conciliar el amor al prójimo, o sea a todos los hombres, con el odio al mundo, o sea a todo el mundo? Para ello es preciso comprender que la misma cosa y las mismas perso-

nas son al mismo tiempo mundo y no son mundo; que nosotros mismos somos mundo bajo ciertos aspectos y bajo otros salimos del mundo. El Espíritu nos ha hecho salir del mundo. Hay gentes que no han salido de él y merecen nuestro amor, lo merecen únicamente en el sentido de que hay en ellos algo que podría salir del mundo: pero la parte que permanece adherida al mundo es odiosa, y si procuran arrastrarnos con ellos, a pesar de nuestro amor debemos repudiar ese deseo como ajeno a nosotros y a ellos mismos. Cada cosa que existe puede encarnarse desde dentro o desde fuera. Podemos obrar desde fuera y podemos obrar desde dentro, o sea amar. Debéis saber que cada ser, cada hombre puede y debe ser salvado, pero que ninguna multitud, ninguna masa merece estima o amor. La masa es lo pesado, lo que está hecho para caer, lo que es exterior y por lo tanto seco, lo que es leña seca y destinada a ser recogida para la hoguera. Y he aquí que el fuego arrasa multitudes y naciones, porque las multitudes y las naciones no están hechas para salvarse, no traen la salvación ni la piden. Pero la salvación puede surgir desde dentro en cada uno de los hombres de esa masa, que de inmediato sale de la masa como está escrito: «Yo os elegí a vosotros», y en seguida: «El mundo os aborrece porque ama su bien». Si amáis con amor espiritual seréis odiados por todos cuantos no tengan ese amor. Intentadlo, siquiera en la medida de vuestras ínfimas fuerzas, y lo sabréis. Si queréis ser amigos del mundo, sed agradables, halagad a las gentes y os amarán; mostraos sonrientes y correctos y cordiales y hábiles y brillantes. Y hermosos, si es posible, o al menos adornados y armados. Enriqueceos, dad un poco de lo que os sobra con muchas garantías a quienes pueden devolveros en ganancia o en honor, y todo el mundo os amará, os

estimaré, os alabaré. Pero no busquéis el placer, sino el bien de los demás, procurad que en él brille el destello espiritual que al principio lo perturbará, y veréis cuál es la respuesta del mundo. Veréis con qué recelo se embestirán todos vuestros esfuerzos. El hombre a quien os dirigís pensará: ¿Qué quiere éste de mí, para qué viene a turbarme, por qué me ha dicho esto? El hombre que enfrentáis con sus propios monstruos no os lo agradecerá. Es el hombre cuyos cómodos hábitos trastornáis, en el cual encenderéis escrúpulos que nunca pasaron por su mente, es el hombre que empezará a pecar y a sentir que peca porque habéis pasado junto a él, mientras que antes... Como dice Cristo: «Si no hubiera yo venido, ni les hubiese hablado, no tendrían pecado; mas ahora no tienen excusa de su pecado». Y san Pablo dice: «Antes no conocía pecado, porque ignoraba la ley». En otros términos: Tan hundido estaba en el pecado, que el pecado no existía para mí como no existe el aire que no vemos mientras estamos en él. El hombre a quien enseñamos que una parte de él mismo le es ajena y debe repudiarla, llama yo precisamente a esa parte: y a ella se aferra con todas sus fuerzas, con toda su carne y con todo su corazón. ¿Creéis que ese hombre puede amarnos?

Por eso el demonio no se llama el Espíritu del Mal, mas sencillamente el Príncipe de este Mundo.

XXVII

ÚLTIMA PLEGARIA DE JESÚS

*21 de mayo de 1948.
Calle Saint-Paul.*

JUAN XVI, 5:

... Mas ahora voy a aquel que me envió; y ninguno de vosotros me pregunte: ¿Adónde vas?

Antes porque os he dicho estas cosas, la tristeza ha ocupado vuestro corazón.

Mas yo os digo la verdad: os conviene a vosotros que yo me vaya; porque si no me fuere, no vendrá a vosotros el Consolador; mas si me fuere, os lo enviaré.

Y cuando él viniere, argüirá al mundo de pecado, y de justicia, y de juicio.

De pecado ciertamente, porque no han creído en mí;

Y de justicia, porque voy al Padre, y ya no me veréis;

Y de juicio, porque el príncipe de este mundo ya es juzgado.

De la primera parte de este pasaje ya hemos hablado: «Os conviene a vosotros que yo me vaya ... ». Quedan estas ex-

trañas palabras: «Y cuando él viniere, argüirá al mundo de pecado, y de justicia, y de juicio». Y aquí se inicia, como es frecuente en el Evangelio, un período en que los « porque » o los « pues » unen proposiciones que aparentemente no se explican mutuamente. En efecto: El espíritu acusará al mundo en cuanto al pecado porque no han creído en mí. Y a la Justicia: porque voy al Padre y no me veréis ya nunca. Y al juicio: porque el Príncipe de este Mundo ya está juzgado. . .

Expliquemos ante todo la extraña expresión *et arguet*, atribuida a un Espíritu que se llama el Consolador. Sabéis que en el Antiguo Testamento el término Espíritu de Dios aparece con frecuencia. Y cuando aparece, es casi siempre para expresar la cólera: «Entonces Sansón fue arrebatado por el espíritu de Dios, se precipitó sobre sus enemigos ... ». Del Antiguo al Nuevo Testamento evoluciona la concepción de la Divinidad, pero todos los Libros Santos tienen unidad y en ellos se repiten las mismas imágenes. Ésta es una de las raras ocasiones, quizá la única en el Evangelio, en que vemos al Espíritu presentarse nuevamente con el aspecto de quien trae la cólera y el juicio. Y ahora trae la cólera y el juicio como *argumento*, como *condena*. De modo que entablará al mundo un proceso por su pecado, « porque no han creído en mí ». ¿Quiénes son los que no han creído? Los del mundo, y como se dice durante la fiesta de los Tabernáculos, « porque no creyeron que soy, morirán en su pecado ». Porque se han cerrado a sí mismos el camino del perdón.

Y de justicia, porque voy al Padre, y ya no me veréis. La justicia del mundo, la justicia del Príncipe de este Mundo siempre ha sido la misma, ya provenga de Caifás o de Pilatos, de Nerón o de Hitler, de Lenin o de quienes los seguirán en la historia. Tal

justicia siempre ha sido un repudio del espíritu, una condena a muerte del Verbo. Siempre ha sido la misma, y esta justicia es la que condenó y condenará siempre al Verbo encarnado. Será muerto y vencido según el juicio del mundo; mas la sentencia sólo tendrá una consecuencia: hacerlo volver al Padre, a la beatitud y la serenidad, cosa perfectamente justa. «Y ya no me veréis». Completemos la frase: ya no me veréis mortal y condenado a muerte, como hoy me veis. Lo cual no significa que ya no me veréis en la gloria del Padre, si lográis alcanzarla.

Y de juicio, porque el príncipe de este mundo ya es juzgado, porque el Príncipe de este Mundo hace las leyes y juzga según las leyes que ha hecho, es prisionero de esas leyes, padece la violencia que ha provocado, es víctima del miedo y el odio que él mismo ha creado. Y podemos decir que su propio juicio lo excluye de todo amor, de toda verdad, de toda justicia, que su juicio lo juzga: ya es juzgado.

Aún tengo que deciros muchas cosas; mas no las podéis llevar ahora.

Mas cuando viniere aquel Espíritu de verdad, os enseñará toda la verdad. Porque no hablará de sí mismo; mas hablará todo lo que oyere, y os anunciará las cosas que han de venir.

El Espíritu Santo recobra aquí la figura del Espíritu de Verdad. «No hablará de sí mismo», frase que nos recuerda otra frase dicha por Jesús de sí mismo: Nada puedo por mí mismo, mas digo lo que he oído. Vemos así que las Personas de la Trinidad obran la una sobre la otra, o la una con relación a la otra. No hablará de sí mismo, pero dirá todo lo que habrá oído y sin duda lo que habrá oído de mí, el Verbo. Estas mismas palabras que os he dicho yo, y que son la *Palabra*, el Espíritu las tomará, las dará, las iluminará, como se dice poco

antes: «De lo mío tomará y lo anunciará a vosotros». Os anunciará las cosas venideras. O sea que no hablará solamente de los acontecimientos futuros al daros el don de la profecía, que es siempre don incompleto, sino también de la beatitud eterna que aguarda en el futuro. ¿Por qué ignoramos el porvenir? Porque somos incompletos. Lo ignoramos como ignoramos la sustancia, lo ignoramos porque el objeto de nuestros deseos está en el mundo exterior y el porvenir ya existe, es parte de nosotros es una parte de nosotros que hemos perdido y sólo podemos encontrar completándonos. La encontraremos íntegra, y no en destellos, en las previsiones de los acontecimientos. Encontraremos el porvenir íntegramente más allá de todos los acontecimientos, en el acto de completarnos.

Él me glorificará, porque de lo mío tomará, y lo anunciará a vosotros.

Todas cuantas cosas tiene el Padre mías son. Por eso os dije: Que de lo mío tomará y lo anunciará a vosotros.

Un poco, y ya no me veréis; y otro poco, y me veréis, porque voy al Padre.

Entonces algunos de sus discípulos se dijeron unos a otros: ¿Qué es ésto que nos dice: Un poco, y no me veréis; y otro poco, y me veréis, y porque voy al Padre?

Y decían: ¿Qué es ésto que nos dice: Un poco?, no sabemos lo que dice.

Y entendió Jesús que le querían preguntar, y les dijo: Disputáis entre vosotros de ésto que dije: Un poco, y no me veréis; y otro poco, y me veréis.

En verdad, en verdad os digo que vosotros lloraréis, y gemiréis, más el mundo se gozará; y vosotros estaréis tristes, mas vuestra tris-

teza se convertirá en gozo.

Nos asombra ver que los apóstoles comprenden tan difícilmente el « un poco, y ya no me veréis » y después « otro poco, y me veréis ». *Todavía un poco* es uno de los motivos que reaparecen con frecuencia en Juan, por ejemplo, en el capítulo VII, 33: « Aún estaré con vosotros un poco de tiempo; y voy a Aquel que me envió ». En el capítulo XIII, 33: « Hijitos, aún estoy un poco con vosotros. Me buscaréis, y así como dije a los judíos: Adonde yo voy, vosotros no podéis venir, y lo mismo digo ahora a vosotros ». En el capítulo XIV, 19: « Todavía un poquito, y el mundo ya no me ve. Mas vosotros me veis, porque yo vivo, y vosotros viviréis ». Y ahora encontramos nuevamente el anuncio, tan sobrecogedor porque supera el acontecimiento histórico: « Un poco, y ya no me veréis ». El tiempo es el signo y la marca de nuestra imperfección. El tiempo nos hace separarnos de nosotros mismos. El tiempo es la pérdida de nuestra sustancia por la vía de nuestros deseos; el tiempo es el paso del deseo a la satisfacción, al nacimiento del nuevo deseo y su realización. . . Realización que no se realiza, marcha que es una serie de caídas. « Un poco, y ya no me veis . . . ». Aún quienes han conocido el gozo de la vida interior recaen paso a paso en el deseo y el fluir del tiempo; y así no me verán ya nunca. Pero el tiempo es también el paso de la acción a su objeto, y el hombre puede remontar la corriente, puede urdir proyectos para su propia salvación. « Y otro poco, y me veréis »: si vuestro tiempo no es un fluir, sino una construcción.

Lloraréis y gemiréis, mas el mundo se gozará; y vosotros estaréis tristes, mas vuestra tristeza se convertirá en gozo. La mujer, cuando pare, está triste, porque vino su hora; mas cuando ha parido un niño,

ya no se acuerda del apuro, por el gozo de que ha nacido un hombre en el mundo.

La comparación es conmovedora en labios de Cristo. Todos sabemos, en efecto, qué rápido olvidan las mujeres los dolores del parto. Y la comparación no es sólo psicológica, porque en efecto ese gozo en que se mudará vuestra tristeza es el gozo de un nacimiento, de ese segundo nacimiento doloroso para el vientre, más dichoso para el corazón cuando se ha consumado: es el nacimiento de que Cristo habló a Nicodemo.

... y se gozará vuestro corazón; y ninguno os quitará vuestro gozo. Vuestro gozo os pertenecerá como el rojo al rubí; vuestro gozo os pertenecerá porque es vosotros, porque sois todo gozo, aunque lo ignorabais cuando estabais en la tristeza. Conoceos a vosotros mismos, uníos a vosotros mismos y tendréis el gozo que es el signo de la unión y la marca de la vida profunda. Sabed que no hay dolor profundo. Los dolores son todos corporales y superficiales, o bien son dolores del corazón, y por lo tanto transitorios. Pero toda la profundidad del espíritu es gozo.

En verdad, en verdad os digo: Os dará el Padre todo cuanto le pidieréis en mi nombre: y recibiréis así la plenitud que pedís.

Estas cosas os he hablado en parábolas. Viene la hora en que ya no os hablaré por parábolas, mas os anunciaré claramente de mi Padre.

En aquel día pediréis en mi nombre; y no os digo que yo rogaré al Padre por vosotros.

Porque el mismo Padre os ama, porque vosotros me amasteis, y habéis creído que yo salí de Dios.

El Padre mismo sabrá recibir vuestra plegaria, porque yo

os introduje en la plegaria. El Padre mismo os ama porque me amáis y os amáis los unos a los otros.

Sus discípulos le dicen: *He aquí ahora, hablas claramente, y no haces ningún proverbio.*

Ahora conocemos que sabes todas las cosas, y que no es menester que nadie te pregunte. Subentendido: porque nos respondes de antemano. No necesitas interrogación para saber lo que nos inquieta, lo que nos turba. Lo que íbamos a preguntarte nos lo dices antes de la pregunta y más allá de toda pregunta.

Jesús les respondió: *¿Ahora creéis?*

He aquí vine, y ya es venida la hora, en que seáis esparcidos cada uno por su parte, y me dejéis solo; mas no estoy solo, porque el Padre está conmigo.

Esto os he dicho, para que tengáis paz en mí. En el mundo tendréis apretura; mas tened confianza, que yo he vencido el mundo.

Ya os he comentado esta declaración asombrosa: «Yo he vencido el mundo», dicha en el instante mismo en que Cristo aguarda la condena. Del mismo modo, hablando de la Crucifixión, dice: «Y exaltarán al Hijo del Hombre». Y como se dice en la profecía de su muerte a los griegos: «Cuando el Hijo del Hombre haya sido exaltado, atraerá hacia él a todos los hombres».

XVII, 1-26:

Estas cosas dijo Jesús, y alzando los ojos al cielo, dijo: Padre, viene la hora, glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti.

Como le has dado poder sobre toda carne, para que todo lo que le diste a él, les dé a ellos vida eterna.

Y ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti solo Dios verdadero, y a Jesucristo a quien enviaste.

Yo te he glorificado sobre la tierra: he acabado la obra, que me diste a hacer.

Ahora, pues, Padre, glorifícame tú en ti mismo con aquella gloria, que tuve en ti, antes que fuese el mundo.

He manifestado tu nombre a los hombres, que me diste del mundo. Tuyos eran, y me los diste a mi, y guardaron tu palabra. Ahora han conocido que todas las cosas, que me diste, de ti son.

Porque les he dado las palabras, que me diste, y ellos las han recibido, y han conocido verdaderamente que yo salí de ti, y han creído que tú me enviaste.

Yo ruego por ellos. No ruego por el mundo, sino por éstos, que me diste, porque tuyos son.

Y todas mis cosas son tuyas, y tuyas son mías; y en ellas he sido clarificado.

Y ya no estoy en el mundo, mas éstos están en el mundo, y yo voy a ti. Padre santo, guarda por tu nombre a aquellos, que me diste, para que sean una cosa, como también nosotros.

Mientras que yo estaba con ellos, los guardaba en tu nombre. Guardé a los que me diste, y no pereció ninguno de ellos, sino el hijo de perdición, para que se cumpliese la Escritura.

Mas ahora voy a tí, y hablo esto en el mundo, para que tengan mi gozo cumplido en si mismos.

Yo les di tu palabra, y el mundo los aborreció, porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo.

Santifícalos con tu verdad. Tu palabra es la verdad.

Como tú me enviaste al mundo, también yo los he enviado al mundo.

Y por ellos yo me santifico a mi mismo, para que ellos sean tam-

bién santificados en verdad.

Mas no ruego sino solamente por ellos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos.

Para que sean todos una cosa, así como tú, Padre, en mí y yo en tí, que también sean ellos una cosa en nosotros para que el mundo crea que tu me enviaste.

Yo les he dado la gloria, que tú me diste, para que sean una cosa como también nosotros somos una cosa.

Yo en ellos, y tú en mí, para que sean consumados en una cosa [o «para que sean consumados en el uno (consummati sint in uno), es decir, a la vez quemados, consumidos, consumados y realizados en la perfección.], y que conozca el mundo que tú me has enviado, y que los has amado, como también me amaste a mí.

Padre, quiero que aquellos, que tú me diste, estén conmigo en donde yo estoy, para que vean mi gloria, que tú me diste, porque me has amado antes del establecimiento del mundo.

Padre justo, el mundo no te ha conocido; y éstos han conocido que tú me enviaste.

Y les hice conocer tu nombre, y se lo haré conocer, para que el amor, con que me has amado, esté en ellos, y yo en ellos.

Esta vez he leído el pasaje sin interrumpirlo ni comentarlo, porque en esta última plegaria Jesús resume y retoma los motivos que hemos comentado durante las tres últimas semanas. Los resume y reúne de manera sobrecogedora. Citaré algunos pasajes: «Y ésta es la vida eterna: que te conozcan a tí solo Dios». «No te ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal». «Para que sean todos una cosa, así como tú, Padre, en mí, y yo en tí, que también sean ellos una cosa en nosotros». Toda la plegaria es un desarrollo de este motivo: «Yo

soy el camino, la verdad, la vida». Y también de esta declaración: «El mundo os aborrecerá» (y por lo demás, vosotros aborreceréis el mundo). Al aborrecer el mundo no aborreceréis a nadie, porque el mundo no es nadie, porque la masa, la multitud no es nadie. Amaréis al prójimo, o sea a todo el mundo, y aborreceréis al mundo, o sea el Otro. Y vosotros, que amáis, no estáis en el mundo y conoceréis en vosotros y en los demás el Ser y el Otro. En vosotros mismos y en el otro aborreceréis igualmente lo que es *Otro*: lo impuro, lo exterior, lo aparente. Y no aborreceréis nada al aborrecer el mundo: aborreceréis la sombra, aborreceréis el error, negaréis la negación. Entraréis, en suma, en el Ser y en la Verdad.

XXVIII

LA AGONÍA

*28 de mayo de 1948.
Calle Saint-Paul.*

LA semana anterior hemos comentado las últimas palabras de Jesús y en especial su última plegaria. Y el resumen de esas palabras y de esa plegaria podría ser: « Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí. Amaos los unos a los otros como yo os amo. El Padre os ama porque me ama y yo os amo. Os digo estas cosas para que seáis consumados en el Uno ». En otros términos, Cristo se presenta con insistencia que no le conocíamos hasta ahora: se declara presente en Dios, establecido en Dios por la eternidad y desde el instante en que habla.

Volvemos una página, y un capítulo nuevo comienza como la tierra cae en la noche: la agonía comienza como una respuesta inmediata y casi como una consecuencia de las afirmaciones absolutas que acaba de hacer Cristo.

Mateo XXVI, 30-45:

Y dicho el himno, salieron al monte de los Olivos.

Entonces Jesús les dijo: Todos vosotros padeceréis escándalo en mí esta noche. Porque escrito está: heriré al Pastor, y se descarriarán las ovejas del rebaño.

Mas después que resucitare iré delante de vosotros a la Galilea.

Respondió Pedro, y le dijo: Aunque todos se escandalizaren en tí, yo nunca me escandalizaré.

Jesús le dijo: En verdad te digo, que esta noche, antes de que cante el gallo, me negarás tres veces.

Pedro le dijo: Aunque sea menester morir yo contigo, no te negaré. Y todos los otros discípulos dijeron lo mismo.

Entonces fue Jesús con ellos a una granja, llamada Getsemaní, y dijo a sus discípulos: Sentaos aquí, mientras que yo voy allí, y hago oración.

Y tomando consigo a Pedro, y a los dos hijos le Zebedeo, empezó a entristecerse y angustiarse.

Y entonces les dijo: Triste está mi alma hasta la muerte: esperad aquí, y velad conmigo.

Y habiendo dado algunos pasos, se postró sobre su rostro e hizo oración, y dijo: Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz; mas no como yo quiero, sino como tú.

Y vino a sus discípulos, y los halló dormidos, y dijo a Pedro: ¿Así, que no habéis podido velar una hora conmigo?

Velad, y orad para que no entréis en tentación. El espíritu en verdad pronto está, mas la carne enferma.

Se fue de nuevo por segunda vez, y oró diciendo: Padre mío, si no puede pasar este cáliz sin que yo beba, hágase tu voluntad.

Y vino otra vez, y los halló dormidos; porque estaban cargados los ojos de ellos.

Y los dejó, y de nuevo fue a orar por tercera vez, diciendo las mismas palabras.

Entonces vino a sus discípulos, y les dijo: Dormid ya, y reposad: ved aquí llegada la hora, y el Hijo del hombre será entregado en manos de pecadores.

Levantaos, vamos: ved que ha llegado el que me entregará.

Lucas y Mareos relatan la agonía más o menos en los mismos términos, con menos detalles. Por eso no leo sus textos, que reproducirían este relato casi palabra por palabra, salvo este detalle en Lucas XXII: «Y puesto en agonía, oraba con mayor vehemencia. Y fue su sudor como gotas de sangre, que corría hasta la tierra».

Tenemos ante nosotros un relato tremendo que responde a esta pregunta: ¿Jesucristo era un dios, Jesucristo era un sabio? Y la respuesta es: No. El sabio lo es únicamente por el desapego perfecto, por la imposibilidad, por su virtud que nada puede conmover, por el coraje que no retrocede ante la muerte ni vacila. Y de pronto el Maestro se nos aparece sudando sangre ante la cercanía de la muerte, y suplicando a Dios misericordia. En cuanto a los dioses, reinan en el éter y nuestras miserias no los alcanzan, nuestros defectos no los rozan; viven en la luz y su omnisciencia los lleva a ignorar las desdichas de este mundo. Pero Jesucristo no es un dios, porque es Dios encarnado; no es un sabio, porque es la Sabiduría hecha hombre. Y esta escena, única y nueva en todos los libros sagrados de la humanidad, señala una de esas inversiones de que he hablado en la concepción de la divinidad y la conciencia religiosa de los hombres. La meditación sobre la Agonía y la Pasión del Señor representa un ahondamiento de la conciencia; y ésto, sobre todo, es lo que nos permite hablar de la religión cristiana como de una religión nueva, ya que tal meditación poco tiene

que ver con los lamentos de las mujeres por la muerte y la desmembración de Osiris, o por Adonis desgarrado por el jabalí: dioses que también debían resucitar —al menos en la fábula— con la estación nueva.

Ésta es, pues, la sabiduría de Dios en la agonía, el desgarramiento de Dios, la caída de Dios, el descenso de Dios no sólo en la tierra, sino además en el infierno. Ésta es la inmersión asombrosa, desgarradora, abrumadora. Jesucristo no era un sabio: se habla de la demencia de la Cruz y muchos autores han representado la Divina Sabiduría encarnada en un demente, como un caso clínico. La grandeza de Dios consiste en conciliar los opuestos, y más sabio que el sabio es quien a fuerza de sabiduría comprende y contiene también la demencia. Cristo no muestra aquí la impasibilidad del sabio, ni menos aún la impasibilidad tal como la comprendemos los que no somos sabios. Pues por impasible entendemos «indiferente», y no «sabio». Y si el sabio llegara a la indiferencia, si llegara a secarse hasta el punto de no sentir ya nada, no sería un sabio sino un cadáver. Y le aconsejaríamos que extremara un poco su sabiduría hasta empezar a sentir. Porque sentir es vivir, y quien no siente no vive. Y la sensibilidad no es el atributo de los aspectos más bajos de nuestra naturaleza, sino de los más altos. La sensibilidad completa la inteligencia, y si el sabio no sintiera nada no podría alcanzar la beatitud y el gozo, que son las cumbres del espíritu la punta más *sensible* del espíritu.

Y cuando digo que Jesús es lo contrario de un sabio, quiero decir que avanza en sentido contrario. Porque el sabio parte de la ignorancia, de la perturbación, de la confusión, de la debilidad, que son el legado de nuestra naturaleza. Y poco a poco, merced a esfuerzos sucesivos, mediante ejercicios, es-

tudios, reflexiones, se eleva, se aproxima al desapego, transforma su naturaleza, se desliga no sólo del pecado, como el santo, sino también de las raíces del pecado al obrar sobre la dirección de sus deseos, al extinguir los deseos exteriores, las nostalgias, los pesares, las preocupaciones, que son el indicio del apego. Así es como, nacido hombre, poco a poco va asemejándose a un dios. Pero Jesucristo, el Hijo de Dios, es Dios mismo, ha bajado de lo Alto: y por eso digo que marcha a la inversa. Durante su vida toda no se apercebe a un desapego progresivo, sino a un hundimiento paulatino que empieza con el nacimiento, continúa con la prédica y termina en la Agonía y la Pasión. Y no es la flaqueza o el abandono o el temor lo que le hace sudar sangre antes del suplicio: si entra en el sufrimiento es por voluntad deliberada, cosa que indican las palabras: « Empezó a entristecerse y a angustiarse ». Jesús lleva a Pedro, a Santiago y a Juan consigo, y empieza a ser invadido por el sufrimiento y la angustia. Acude a un lugar determinado y después, con una orden, *priva del sostén de la Divinidad a su alma*, donde se precipitan de inmediato la angustia y el terror. Entra en la agonía mortal por un acto tan definido como si se hubiera tratado de un tormento físico: el fuego o el potro. Ahora comprenderéis hermanos míos, que es insensato decir que Nuestro Señor pudo soportar Sus pruebas sostenido por la certeza de Su inocencia y la anticipación de Su triunfo, puesto que Sus pruebas consistían precisamente en el abandono de esa certeza y de esa anticipación, como también cualquier otro motivo de consuelo. El mismo acto voluntario que entregaba Su alma al influjo de una angustia determinada, la entregaba al mismo tiempo a todas las angustias. No fue ésa una lucha entre impulsos o ideas contrarias llegadas desde fuera,

sino el efecto de una resolución interior. Así como los hombres dueños de sí pasan a su antojo de un tema de reflexión a otro, Nuestro Señor Se rehusó deliberadamente todo consuelo y Se sació de dolor. En ese momento Su alma no pensaba en el porvenir: sólo pensaba en el fardo del presente que abrumaba sus hombros y que había venido a llevar en la tierra.

Vino aquí para sufrir, y quiso sufrir. Quiso descender por un camino que está abierto a todos, pero que nadie sabe tomar. Quiso descender por nosotros, para que pudiéramos remontar el mismo camino, pero su camino no era el nuestro, o más bien la dirección en que Él lo siguió no era la nuestra. Por eso sólo podemos imitar a Cristo desde dentro. Nos conviene imitarlo como a un modelo, pero recibirlo como un grano que germina y como una savia que sube y como un camino que se abre y como una vía que se inicia y como una verdad que lleva a la Verdad. El Camino, la Verdad, la Vida son grandes líneas sin imagen.

Jesús quiso sufrir, pero, ¿cómo es posible en tal caso que suplique tres veces a Aquel que podía evitarle todo sufrimiento? ¿Por qué le ruega que aleje de Él este cáliz? Porque al asumir el dolor humano quiere asumir todo lo que entraña ese dolor, quiere ignorar lo que sabe, así como quiere rehusar el consuelo. Y quiere ser tentado. Ignoro si recordáis nuestro comentario de la Tentación en el Desierto, que coincide con la entrada de Jesús en la vida pública y que empieza en seguida del Bautismo, o sea de la purificación. Esta purificación, este Bautismo también son concebidos al revés de lo que para nosotros significan bautismo y purificación. Pues nosotros dejamos el pecado, nos lavamos del pecado en las aguas del bautismo, mientras que en las aguas del Jordán, Jesús asume

los pecados de los demás, los pecados que los demás abandonaron a la corriente del río. Y Juan Bautista exclama: ¡He aquí al Cordero de Dios que borra todos los pecados! Hubiese podido agregar: Yo se los impongo mediante el Bautismo. Y al fin de la Tentación se dice: «Se retiró de él el diablo hasta el tiempo», hasta que se presente un momento favorable. El Evangelio nunca dice nada en vano. ¿Cuándo se presentará el momento favorable? *Ya se ha presentado*: en la hora de la agonía regresa el Demonio y, sepámoslo, creámoslo, la angustia que Jesús siente en la agonía no es el miedo de los clavos ni de la CRUZ ni de la esponja de vinagre. El dolor que padece no es el dolor de su cuerpo martirizado, sino el de su corazón. La última vez he asombrado a algunos diciendo que sólo existe el sufrimiento corporal. El asombro se explica si por cuerpo entendemos cierta masa de materia. Sabemos muy bien, por lo demás, que el cuerpo no es el único que sufre. Sabemos que podemos sufrir por la muerte de un amigo más que a causa de una herida, aún cuando nuestro cuerpo esté bien alimentado y al abrigo, sufrimos doblemente. No sólo sufre el cuerpo, sino también el corazón. Y el corazón tiene dos sentidos que conocemos: es un órgano del cuerpo, un músculo que impulsa la sangre a través de la carne, y también es la sede de las emociones. No empleamos la palabra corazón en el mismo sentido cuando decimos que tenemos una enfermedad del corazón y cuando decimos que queremos a un amigo *con todo el corazón*. Pero si es cierto que el corazón tiene dos sentidos, debemos admitir que también el cuerpo tiene dos sentidos, que no tenemos únicamente un cuerpo de carne. Si tuviéramos sólo un cuerpo de carne, la resurrección no habría sido prometida ni sería posible, mas el corazón, en su sentido segundo, entra en

el cuerpo en este segundo sentido. Y Orígenes dice que «el corazón es el alma de la carne». Cuando digo que sólo hay sufrimiento del cuerpo, me refiero al cuerpo y al corazón en ambos sentidos, y lo que niego es que haya un sufrimiento espiritual, pues el espíritu no es el alma de la carne sino el hálito del alma, el hálito del hálito, ya que alma significa hálito y espíritu significa hálito. El alma del alma, la punta de Dios dirigida hacia Dios, hacia su fuente o bien hacia sí misma. Como ya lo hemos dicho, es el reverso de la inteligencia, la inversión de la inteligencia que emprende en sentido opuesto sus rutas habituales, las corrientes que van de lo interior a lo exterior. El espíritu es la corriente de la que proviene el Infinito y se dirige al interior. Y el sufrimiento espiritual no existe, porque el espíritu es todo gozo, porque el espíritu es una rosa roja. Pero la agonía de Jesús alcanza, hiere el corazón de Cristo, que en determinada época de la evolución cristiana se ha convertido para sí mismo en objeto de adoración, así como el *cuerpo* de Cristo es desde el principio objeto de adoración y argumento de salvación, puesto que se dice a cada comulgante: «Que el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo guarde tu alma en la vida eterna».

No. No es el temor de los clavos y los golpes lo que hace entrar a Jesús en la agonía. Otro es el fardo que su corazón soporta, y cito aquí al cardenal Newman: «¡Ay, es un fardo que conocemos bien, que nos es familiar, pero que es para Él un tormento inexpresable! Cristo debió llevar un peso que nosotros soportamos tan fácilmente, tan naturalmente, tan de buen grado, que apenas podemos imaginarlo bajo las especies de un gran tormento, pero que tenía para Él el hedor ponzoñoso de la muerte. Tuvo que soportar el peso del pecado, amigos

míos; tuvo que soportar nuestros pecados; tuvo que soportar los pecados del mundo entero. El pecado es leve para nosotros, que no hacemos gran caso de él ni comprendemos que horrorice al Creador, ni concebimos que merezca el castigo. Mas cuando el pecador recibe su castigo, encontramos para ello alguna explicación o volvemos nuestro espíritu hacia otro lado. Pero considerad qué es el pecado en sí mismo: es una rebelión contra Dios, es el gesto de un traidor que procura derrocar a su soberano y matarlo, es un acto que, para emplear una expresión fuerte, bastaría para aniquilar al Divino Señor del Mundo, si pudiera ser aniquilado. El pecado es el enemigo mortal del Santísimo, de modo que ambos no pueden estar juntos. Y así como el Santísimo arroja de Su presencia el pecado hacia las tinieblas exteriores, si Dios pudiera ser menos que Dios, sería el pecado el que podría arrojar a Dios. Y observad, hermanos míos, que cuando el Amor Todopoderoso al encarnarse ingresa en este sistema creado y se somete a sus leyes, el adversario del bien y de la verdad aprovecha de inmediato la ocasión, se precipita sobre esa Divina Carne y la martiriza. La envidia de los fariseos, la traición de Judas y la demencia del pueblo no eran más que el instrumento o la expresión de la enemistad que el pecado sentía hacia la Pureza Eterna desde el momento en que, llevado por Su misericordia infinita hacia los hombres, Dios se puso y su alcance. El pecado no podía herir Su Divina Majestad, pero podía atacarla, ya que Dios mismo consentía en ser atacado por intermedio de Su humanidad. Y el desenlace, la muerte de Dios encarnado, nos enseña qué es el pecado en sí mismo y cual es el fardo que caería a su hora y con todo su peso sobre la naturaleza humana de Dios cuando Él permitió que esta naturaleza fuera invadida

por el horror y el espanto ante la perspectiva de este asalto. En esa hora tremenda, el Salvador del mundo se echó de rodillas, desechando las garantías de su divinidad, apartando casi por la fuerza a los ángeles dispuestos a responder por miríadas a Su llamado, abriendo los brazos y descubriendo Su pecho para exponerlo en Su inocencia al ataque del enemigo, de un enemigo cuyo aliento era de pestilencia mortal, cuyo abrazo era una agonía. Y así permaneció, de rodillas, inmóvil y silencioso, mientras el impuro demonio envolvía Su espíritu con una túnica empapada en todo lo que el crimen humano tiene de más odioso y atroz, y la apretaba en torno de Su corazón. Y mientras tanto invadía Su conciencia, penetraba en todos los sentidos, en todos los poros de Su espíritu, y extendía sobre Él su lepra mortal, hasta que Él sintiose convertido casi en lo que nunca puede llegar a ser, en lo que Su enemigo hubiera querido convertirlo. Cual fue su horror cuando, al mirarse, no se reconoció, cuando se sintió semejante a un impuro, a un detestable pecador, en su percepción aguda de ese montón de corrupciones que llovía sobre Su cabeza y chorreaba hasta el borde de Su túnica. Cuál no fue su extravío cuando vió que Sus ojos, Sus manos, Sus pies, Sus labios, Su corazón eran como los miembros del pérfido y no como los de Dios. ¿Son ésas las manos del Cordero inmaculado de Dios, hasta ese instante inocentes, pero rojas ahora por mil actos bárbaros y sanguinarios? ¿Son éstos los labios del Cordero, los labios que ya no pronuncian las plegarias, ni alabanzas, ni acciones de gracia y están inmundos de juramentos, de blasfemias y doctrinas demoníacas? ¿Son éstos los ojos del Cordero, ojos profanados por las visiones malignas y las fascinaciones idólatras en pos de las cuales abandonaron los hombres y su adorable Creador?

En sus oídos resuena el fragor de las fiestas y los combates; Su corazón está congelado por la avaricia, la crueldad, la incredulidad; Su memoria misma está cargada con todos los pecados cometidos desde la caída en las regiones terrestres ». Y más lejos agrega: « Sólo Dios podía soportar semejante carga ».

Catalina Emmerich desarrolla el mismo tema en sus visiones, con menos elocuencia pero acaso con más fuerza, puesto que hizo suya la visión de Cristo y sufrió en su carne la Pasión.

Y mientras tanto, mientras el Inocente absoluto sufre por todos los culpables, sabemos qué hacen los malvados: intrigan, comercian, traicionan, avanzan en la noche con las espadas, los garrotes y las teas.

Pero, ¿qué hacen los buenos, los discípulos fieles, los apóstoles, los santos?

Duermen¹.

¹Todos estos pensamientos están tomados del primer acto de *La Pasión*.

XXIX

LA CRUCIFIXIÓN

4 de junio de 1948.

Calle Saint-Paul.

HABÍAMOS quedado en la agonía del Huerto de los Olivos: la agonía bajo el olivar, una agonía en que el cuerpo de carne sólo se insinúa en un sudor de sangre que brota directamente del corazón acongojado. Una agonía bajo el olivo que es el árbol de la paz, el árbol coronado de palidez transparente, de follaje no verde, sino blanco, y tronco enteramente hendido: el árbol de la paz, retorcido desechado, abierto por la naturaleza y por la mano de los hombres a fin de que la luz descienda en él hasta las entrañas secas.

Suprimiré el relato tan conocido de la prisión y el juicio. De la traición de Judas ya he hablado, y también de la huída de los discípulos, de su impulso defensivo y de la oreja cortada. La violencia primero y después la huída: los dos aspectos correspondientes y correlativos de la cobardía que se debate, lo contrario de la no violencia. Pero éste es el momento de poder de las tinieblas: nada subsiste de la enseñanza de Aquel que

habló durante tres años, ni siquiera en el corazón de los más íntimos. Nada subsiste de su obra, porque es el momento del poder de las tinieblas y del desencadenamiento de los demonios. Y el que mostró tanto poder en sus milagros parece absolutamente abandonado por su propia fuerza. Y lo está, aunque voluntariamente, lo cual prueba que hay en él una fuerza superior a la fuerza. Después de la huída de los discípulos y de la negación de Pedro, el mejor de los discípulos, y del encarnizamiento de los sacerdotes, sus enemigos, y de los aullidos de la multitud que ayer lo aclamaba al grito de: «Bendito sea el que viene en nombre del Señor», viene el juicio de las autoridades civiles y extranjeras, tan extranjeras que no lo juzgan siquiera, y sin comprender qué historia es ésa se lavan las manos. Pero lo flagelan y crucifican por indiferencia. Y uno de los Evangelistas añade un suplemento de parodia jurídica ante el rey Herodes, el «Zorro», el mundano, encantado de ver por fin a ese profeta de quien todo el mundo le ha hablado... Quisiera obtener de él un milagrillo bien hecho para divertir a sus huéspedes, pero sólo obtiene (como por lo demás, y en todos los tiempos, todas las autoridades de este mundo) una mirada de juez y el silencio. Por eso, de divertido el rey pasa a desdeñoso y devuelve al acusado a la muerte, vestido con una túnica escarlata y ridícula. Pues el carnaval empieza al mismo tiempo que el suplicio y después de la flagelación, que el texto comenta muy de prisa, aunque es de por sí un suplicio espantoso que puede acarrear la muerte. Y se suceden las burlas del pretor y el disfraz del dios verdadero como falso rey, y la púrpura irrisoria del disfraz, y la púrpura real de la sangre, y la corona de risa que es la corona de espinas. Y la espina entra en la carne y llega hasta el hueso del pensamiento. Y después,

el desenlace.

Mateo XXVII, 32:

Y al salir fuera, hallaron un hombre de Cirene, por nombre Simón: a éste obligaron a que cargase con la cruz de Jesús.

Y vinieron a un lugar, llamado Gólgota, esto es, lugar de la Calavera.

Y le dieron a beber vino mezclado con hiel. Y habiéndolo probado, no lo quiso beber.

Es preciso observar que esta mezcla de vino con hiel en un texto, y con hisopo en el otro, era una bebida piadosa para los condenados, puesto que los sumía en una pesada embriaguez que en parte les permitía soportar el atroz suplicio. Mas Cristo rehusó beber el olvido. Jesús quiso gustar la muerte hasta las heces.

Y después que lo hubieron crucificado, repartieron sus vestiduras, echando suerte, para que se cumpliese lo que fue dicho por el profeta, que dice: Se repartieron mis vestiduras, y sobre mi túnica echaron suertes.

Y pusieron sobre su cabeza su causa escrita: ÉSTE ES JESÚS, EL REY DE LOS JUDÍOS.

Entonces crucificaron dos ladrones con él: uno a la derecha y otro a la izquierda.

Y los que pasaban le blasfemaban, moviendo sus cabezas.

Y diciendo: ¡Ha! tú, el que destruyes el templo de Dios, y lo reedificas en tres días, sálvate a tí mismo: si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz.

Asimismo insultándole también los príncipes de los sacerdotes con los escribas y ancianos, decían:

A otros salvó, y a sí mismo no puede salvarse: si es el rey de Israel, descienda ahora de la cruz, y le creemos.

Confió en Dios: líbrelo ahora, si le amas; pues dijo: Hijo soy de Dios.

Y los ladrones que estaban crucificados con él, le improperaban del mismo modo.

Mas desde la hora de la sexta, hubo tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora de la nona.

Y cerca de la hora de la nona clamó Jesús con grande voz, diciendo: ELI ELI LAMMA SABACTHANI? esto es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?

Algunos pues de los que allí estaban, cuando esto oyeron, decían: A Elías llama éste.

Y luego corriendo uno de ellos, tomó una esponja, y la empapó en vinagre, y la puso sobre una caña, y le daba a beber.

Y los otros decían: Dejad, veamos si viene Elías a librarlo.

Mas Jesús, clamando con grande voz, entregó el espíritu.

El relato es breve, no insiste en los detalles, y sin embargo, es vivo y esencial. El suplicio de la cruz —hemos visto crucifijos de madera o de marfil con formas más o menos graciosas— es muy difícil de concebir para nosotros. Entre todos los suplicios inventados por la maldad de los hombres es el más atroz, increíblemente atroz: por eso lo escogieron para el Señor. El Santo Sudario de Turín, que en primer lugar nos da la prueba de la verdad irrefutable de los cuatro relatos de los cuatro Evangelios y que conserva nítidas huellas de todo lo que padeció el Hombre del Dolor, nos da asimismo detalles de esa práctica —a Dios gracias desaparecida— que no conocíamos. Hoy aseguran (cosa que por lo demás exige la lógica) que los clavos de Cristo no se clavaron en las manos

sino en las muñecas, que el crucificado no estaba como expuesto en la picota sino literalmente colgado de sus tendones, que por consiguiente, y sin dañar ninguno de los órganos vitales, el suplicio enganchaba al hombre por cuatro llagas y estiraba los músculos de tal modo que el calambre sobrevinía desde el primer momento en todo el cuerpo. No bien comenzaba el suplicio, el cuerpo se cubría de sudor frío y la sofocación ponía en el rostro esa lividez de que Isaías habló tantos siglos antes: «su enfermedad nos devolvió la salud». Y el término que el profeta emplea por enfermedad es «lividez»: *livore suo*.

Éste es, pues, el suplicio que el hombre padecía hasta que llegaba la muerte. Para Jesús era el último suplicio, precedido por muchos otros, a tal punto que llegó a él extenuado y murió muy pronto. Pero más que este abismo de sufrimientos corporales nos consterna el último grito de la última angustia: «¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?» Fuente de estupor para el cristiano, para quien cree que Jesús es el Hijo de Dios, Dios Él mismo en perpetua contemplación del Padre, perpetuamente consolado por el conocimiento de su esencia profunda y del desenlace beatífico y glorioso de toda su vida. Más como lo hemos visto ya en el texto leído en nuestra última reunión, el propio Cristo quiso privarse del sostén último de su divinidad para descender hasta nuestra ignorancia. Pero si ésa es la explicación que podemos dar verbalmente, el misterio de este drama sigue velado para nosotros.

Para algunos todo esto ha sido una ocasión más para humanizar enteramente a Cristo, para afirmar que ese grito era como la confesión del fracaso de toda su obra y la desesperación final. Pero quienes hablan así olvidan que ese grito que brota de labios de Jesús como una confesión de desesperación

era una cita, una plegaria consagrada, y que Jesús a punto de muerte escogió la plegaria que conviene exactamente a la circunstancia. Es un himno de David y diré más: es un himno profético recordado oportunamente, un himno de esperanza y un grito de alabanza. Es el Salmo XXII:

Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

¿Por qué estabas lejos de mi salud, y de las palabras de mi clamor?

Dios mío, clamo de día, y no oyes;
y de noche no hay para mí silencio.

Tú empero eres santo, tú que habitas entre las alabanzas de Israel.

En tí esperaron nuestros padres:
esperaron y tú los libraste.

Clamaron a tí, y fueron liberados:
esperaron en tí, y no se avergonzaron.

Mas yo soy gusano, y no hombre;
oprobio de los hombres, y desecho del pueblo.

Todos los que me ven, escarnecen de mí: estiran los labios,
menean la cabeza

diciendo: Remítese a Jehová, líbrelo;
sálvelo,

puesto que en él se complacía.

Empero tú eres el que me sacó del vientre,
el que me haces esperar
desde que estaba a los pechos de mi madre.

Sobre tí fuí echado desde la matriz:

desde el vientre de mi madre,

tú eres mi Dios.

No te alejes de mí,

porque la angustia está cerca;
porque no hay quien ayude.
Hanme rodeado muchos toros;
fuertes toros de Basán me han cercado.
Abrieron sobre mí su boca,
como león rampante y rugiente.
Heme escurrido como aguas,
y todos mis huesos se descoyuntaron:
mi corazón fue como cera,
desliéndose en medio de mis entrañas.
Secose como un tiesto mi vigor,
y mi lengua se pegó a mi paladar;
y me han puesto en el polvo de la muerte
Porque perros me han rodeado,
hanme cercado cuadrilla de malignos:
horadaron mis manos y mis pies. Contar no puedo todos
mis huesos;
ellos miran, considérame.
Partieron entre sí mis vestidos,
y sobre mi ropa echaron suertes.
Mas tú, Jehová, no te alejes:
fortaleza mía, apresúrate para mi ayuda.
Libra de la espada mi alma;
del poder del perro mi túnica.
Sálvame de la boca del león,
y óyeme librándome de los cuernos de los unicornios.
Anunciaré tu nombre a mis hermanos:
en medio de la congregación te alabaré.
Los que temisteis a Jehová, alabadle;
glorificadle, simiente toda de Jacob;

y temed de él, vosotros, simiente toda de Israel.
 Porque no menospreció ni abominó la aflicción del pobre,
 ni de él escondió su rostro:
 sino que cuando clamó a él, oyole.
 De tí será mi alabanza en la grande congregación;
 mis votos pagaré delante de los que le temen.
 Acordarse han,
 y volveranse a Jehová
 todos los términos de la tierra;
 y se humillarán delante de tí
 todas las familias de las gentes.

XXX

EL CUÁDRUPLE SUPPLICIO Y LA ACEPTACIÓN

*18 de junio de 1948.
 Calle Saint-Paul.*

UNAS palabras más sobre la Pasión de Cristo y sobre la demencia de la Cruz, que es una lección de sabiduría desmesurada.

Este acontecimiento terrible no es sólo real, es también un drama eterno. Ha sido para los santos un tema de meditación asidua, ha sido revivido a través de los siglos por inspirados, es un tema universal de reflexión y meditación. Esta Pasión no es otra cosa que un itinerario de la vida espiritual y de su último y supremo paradero. La enseñanza que de ella resulta podrá no gustarnos, pero es de una evidencia deslumbrante: para entrar en el Reino, para alcanzar la Resurrección hay que pasar por el absoluto despojamiento, el desapego del sabio no basta; también se requiere el desgarramiento de todo el ser; no es posible traspasar el velo del conocimiento sin desgarrarnos la carne y la inteligencia y asimismo el honor y todos los afectos del corazón.

Seguimos esas etapas en el relato de la Pasión. El primer suplicio, el primer desgarramiento es el del corazón y el de los nobles afectos, es la agonía en el Huerto de los Olivos donde el corazón de Cristo sufre tres clases de suplicios: primero, estar expuesto a los suyos « que no le recibieron », como se dice desde la primera página del Evangelio de san Juan, verse condenado por el pueblo de Israel, su pueblo, ser infamado por las suyos como fue infamado en su aldea. Así es renegado por toda su nación y por todos los representantes de su nación, y no debemos creer que esta circunstancia no le haya sido particularmente penosa. En muchos puntos del Evangelio vemos los fuertes vínculos que lo aferran a su patria. ¿No ha dicho acaso a la mujer cananea: « ¿Cómo daría a los perros el pan que debe ser dado a mis hijos? » « He venido a reunir a los hijos de Israel ». « ¡Cuántas veces he querido reunir en torno de mí a los hijos de Israel como la gallina reúne a sus pollitos! », y ha llorado sobre la anunciada destrucción de Jerusalén. « ¡Oh Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas! » « Nadie es profeta en su tierra ». « Oh Jerusalén, que no supiste que eras visitada. . . »

Es éste el primer desgarramiento; el segundo es la traición, el perjurio o la huída de los que eligió entre todos para enseñarles, de sus discípulos que en la hora trágica se apartarán de él.

Y el tercer desgarramiento lo produce su amor a los hombres, su amor a la pureza, puesto que ha asumido los pecados de la humanidad entera, y estos pecados lo torturan al punto de hacer brotar de su piel sudor de sangre.

La tercera clase de suplicio es la crucifixión del honor. Especial suplicio para Cristo, de quien nos hablan a menudo co-

mo de un dulce y humilde corazón, y que lo fue, en efecto, y que no faltó nunca a la dignidad y al honor. « Yo honro a mi padre y vosotros me deshonráis », dice a sus interlocutores, a sus acusadores durante la fiesta de los Tabernáculos. No baja la cabeza ante los poderosos de este mundo cuando le advierten que pueden crucificarlo. No baja la cabeza ante el rey Herodes. Cuando la pecadora rompe el vaso de alabastro y lo cubre de perfumes, cuando le hacen notar que con el precio de esos perfumes podría socorrerse a los pobres. Cristo dice: « Siempre tenéis pobres con vosotros, pero a mí no siempre me tenéis. » Y también: « Porque derramando este unguento sobre mi cuerpo, para sepultarme lo hizo. » « Me llamáis Maestro y Señor, y hacéis bien porque lo soy », dice sin falsa humildad. « Quien me ve, ve al Padre, quien me honra, honra al Padre. » « ¿En verdad eres rey?, le pregunta Pilatos. Y Jesús le responde: Tú lo has dicho ».

Pero la valerosa carga de ese manto y de esa máscara lo conducirá primero a entrar a Jerusalén sobre un burro, entre las aclamaciones de una multitud ignorante y dudosa, y por último a la horrible escena del pretorio, en que el verdadero Rey, más que Rey, se ve disfrazado de rey, en que el Hijo del Hombre se ve llamado por Pilatos: « Éste es el hombre. » La corona se ha transformado en corona de espinas y los rayos de la aureola se han endurecido, se han vuelto hacia adentro y entran ahora en la carne con dolor. El cetro, símbolo del poderío viril y del dominio, es reemplazado por la caña del pantano, signo de fragilidad y de bajeza. Y como si no bastaran las llagas de la flagelación, están las bofetadas y las escupidas y la caña que le arrancan de las manos y con la cual lo golpean en la cabeza. Y está también el letrero encima de la presa: Jesús

de Nazareth, Rey de los Judíos. Los propios judíos se alarman, puesto que protestan ante Pilatos para que lo modifique. Y Pilatos les da una respuesta simbólica y llena de sentido (como todas las respuestas de Pilatos): «Lo escrito, escrito está».

Existe aún el cuarto suplicio, que es el desgarramiento de la carne, el despojamiento y el desvestimiento de la carne, fibra por fibra y tendón por tendón: el suplicio más atroz que pueda imaginarse. Allí están las cinco plagas como para señalar que todos los elementos de que se compone el hombre deben ser alcanzados y golpeados, arrebatados a la vida uno por uno. Jesús padece ese cuádruple martirio sin dar muestras de una particular impasibilidad y entrega su espíritu lanzando un gran grito.

La advertencia, la lección que conviene extraer de ese relato está en la actitud que debemos adoptar con respecto al dolor necesario. Debemos saber que para entrar en el Reino es menester sufrir, que este dolor es necesario, que este despojamiento es indispensable. Y sin embargo, nos está vedado quererlo directamente y realizarlo en nosotros mismos, pues debemos advertir que Cristo *sobrelleva* su Pasión más no la *quiere*. «Señor, si puedes alejar de mí este cáliz, te ruego que lo hagas, pero que tu voluntad se cumpla.» Y es ésta la actitud justa con respecto al dolor. Nos está prohibido buscarlo tanto como huir de él. Nos está prohibido buscarlo tanto como nos está prohibido darnos muerte. Para darnos muerte o infligirnos sufrimientos nos sería necesario violar el orden de la naturaleza, que en cierto sentido y hasta cierto punto es el orden de Dios. Tampoco debemos tratar de eludir este sufrimiento, porque es necesario, y para que un sufrimiento sea válido debe ser sufrido. Quizá os parezca que balbuceo, pero todos sabe-

mos de hecho que hay maneras de eludir el sufrimiento sobrellevando sus servicios. Todos hemos conocido u oído hablar de fakires sentados sobre maderas llenas de clavos o atravesados de puñales. Ninguna relación tiene la Pasión de Cristo con esta clase de exhibiciones. Esta clase de exhibiciones pueden inspirarnos algún asombro, pero no veneración. Más que una gracia divina, veremos en ellas una proeza. He conocido a uno de esos fakires que, cuando se había tragado la lengua y tenía los ojos fuera de las órbitas, se hacía atravesar por espadas sin decir una palabra, y sin mérito también, porque nada sentía. Una noche, como yo durmiera no lejos de su aposento, oí lamentaciones, y a la mañana siguiente lo interrogué: supe que había padecido un dolor de muelas. Me confesó que era incapaz de resistir al dolor de muelas porque el dolor de muelas lo hacía sufrir efectivamente y me confesó también que era bastante temeroso y harto delicado. Conocemos también gentes que buscan el dolor y lo cultivan: hasta es una moda que se ha desarrollado considerablemente desde la época llamada romántica. Pero en todas las épocas ha habido personas que protegieron todo aquello que podía destruirlas. Y podríamos decir que toda pasión y todo vicio es la busca del veneno y de lo que puede destruirnos. Es una busca del placer en el sufrimiento. Toda delectación en el sufrimiento, ya sea un sufrimiento del cuerpo o del corazón, es enfermedad y es perversión. Personas que tomamos a veces por santos y que el vulgo considera santos, no eran en realidad sino enfermos de esta índole, y sus espectaculares penitencias no eran a menudo sino un vicio, un vicio religioso, una manía y una locura. Nadie podrá traer de la Pasión de Cristo una regla que los impulse o los dirija en ese sentido. Y lo que decimos del sufrimiento cor-

poral y del sufrimiento sentimental puede también aplicarse a la humillación. Las novelas actuales, las confesiones públicas y los diarios íntimos nos dan muchos ejemplos de personajes y autores que se regodean con la afirmación de su propia infamia, con la delectación de su ignominia. ¿Qué es esto, sino una enfermedad y una subversión del orgullo? Y la mayoría de las veces, cuando un hombre alardea de monstruoso y satánico, sentiríase hartó humillado si supiera la verdad: que es un pobre hombre como todo el mundo.

¿Cuál ha de ser, pues, nuestra actitud frente a ese sufrimiento que no podemos eludir, que nos es necesario para pasar de un plano a otro y de un mundo a otro, que no debemos buscar y que no debemos eludir? ¿Cuál es la enseñanza de Cristo y la regla justa? Aceptar y comprender. No precisamos suicidarnos para morir, porque moriremos cuando llegue nuestra hora. No debemos huir de la muerte ni buscarla, y hasta es justo que nos defendamos de ella si no lo hacemos en detrimento de nadie. Es justo que hasta retardemos su hora. Lo que precisamos es saber aceptarla, comprenderla, darle un sentido cuando llegue, cuando caiga sobre nosotros y sobre los nuestros. Sobre el hombre de espíritu quizá sea prematura y violenta. Allí está el mundo y sus necesidades, allí están los hombres, allí están los enemigos y los amigos, con todos los instrumentos del suplicio preparados, y en modo alguno es necesario que el mártir apesure su hora. Basta con que no caiga sobre él como una red, que espere recibirla de un momento a otro: con ello basta y ello es, en verdad, mucho más difícil. Aceptar es mucho más difícil que forzar. En la aceptación de la muerte reside la justa medida de querer y del no querer, de la virtud, del coraje, de la voluntad y también del renunciamien-

to al orgullo, al apego de la voluntad. El paso supremo de la voluntad es suspender la acción y esperar que una voluntad distinta de la nuestra se haga en nosotros.

XXXI

CRISTO DESPUÉS DE LA RESURRECCIÓN

*18 de junio de 1948.
Calle Saint-Paul.*

LOS cuatro Evangelistas nos hablan de unas diez apariciones del Señor después de su muerte.

La primera es a María Magdalena en la tumba misma (Marcos XVI, 9 y Juan XX, 11); después a las mujeres al regreso del enterramiento (Mateo XXVII, 9); después a los discípulos de Emaús (Lucas XXIV, 13 y Marcos XVI, 12); después a los discípulos reunidos en cenáculo sin Tomás (Lucas XIV, 36; Juan XX, 19 y Marcos XVI, 14); después a los discípulos, con asistencia de Tomás (Juan XX, 24); después durante la pesca milagrosa relatada por Juan (XXI); después sobre una montaña en Galilea (Mateo XXVIII, 16 y Marcos XVI, 15); después en Jerusalén (Lucas XXIV, 44); y por último durante la Ascensión (Marcos XVI, 19 y Lucas XXIV, 50).

En la sencillez del estilo evangélico, tan vivo y tan poco descriptivo, estas apariciones se nos presentan como peculiarmente misteriosas. Ante todo debemos advertir que en las pri-

meras, los discípulos de Jesús, sus más íntimos, no reconocen en Jesús al Maestro. Cuando María Magdalena, que sin embargo le ha servido, le ha seguido, le ha ungido en vida y después de muerto con perfumes, y ha escuchado su palabra sentada a sus pies mientras su hermana Marta se afanaba por la casa, cuando esta María le encuentra en el lugar mismo de su suplicio colmada por su imagen, le toma por el jardinero y le pregunta dónde han enterrado a su Señor. Es difícil creer que las lágrimas le impidan ver que tiene ante sí al mismo a quien buscaba, es difícil que al llorar no reconozcamos a quien lloramos cuando lo tenemos delante de nosotros, y sin embargo Jesús se inclina sobre ella y le dice: «Mujer, ¿por qué lloras?» Y al fin tiene que decirle: «María», con una voz que ella, sin duda, conoce bien; al fin tiene que llamarla por su nombre, es decir por el signo de su nacimiento y de su alma, al fin tiene que volverla en sí, hacerla entrar de nuevo en sí misma para que le reconozca.

Los discípulos de Emaús, que sin duda conocen bien su rostro y sus gestos familiares, caminan con él a lo largo de la ruta, hablan y discuten con él, le invitan al albergue y se sientan a la mesa y creen encontrarse con un caminante cualquiera hasta que él rompe el pan. Y sabéis lo que significa romper el pan para Cristo; para que lo reconozcan es necesario en verdad que rompa su momentánea apariencia y presente su esencia mediante ese gesto que es un don. Y también durante la pesca, cuando se queda en la orilla y los discípulos, que están en la barca, conversan con él como con un caminante (puesto que Jesús les grita desde lejos: «¿Nada tenéis de comer?» Y sólo después del milagro ellos exclaman: «Es Él, es el Señor»), es difícil creer que una distancia de doscientos codos les impida

reconocer su voz y su fisonomía.

¿En qué forma, pues, se aparecía a sus discípulos, en qué forma de carne y en qué carne? En determinado momento le vemos comer con sus discípulos después de la Resurrección, pero al mismo tiempo sabemos que ha entrado en la sala con las puertas cerradas, es decir que su cuerpo ha pasado a través de las paredes. Muestra a sus discípulos y muestra a Tomás las huellas de su Pasión, pero se diría que los rasgos de su rostro se han borrado. Se aparece súbitamente como una llama que brota o como un caminante que se presenta y al principio permanece inadvertido. Y no se dice cómo desaparece y no se dice nada de su aspecto. Y es ésta la ocasión en que advertimos — porque apenas lo habíamos advertido— que en ninguna parte del Evangelio se habla de su aspecto: que tuviera una barba espesa, el cabello partido al medio y caído sobre las orejas, que fuera alto, de miembros largos, de pecho majestuoso, nariz grande y recta sobre la boca grave, fuerte y bondadosa, las cejas unidas, la línea de la nariz como la guarda de una espada cruza la hoja, de frente ancha y apacible, ojos profundos y serenos, todo eso lo sabemos por algún texto canónico, lo sabemos por la tradición y por la imagen de él que los pintores no han cesado de presentarnos a través de los siglos. Pero que la imagen que nos hacemos de él es su verdadera imagen lo sabemos por el Santo Sudario de Turín, donde sus huellas subsisten y donde todavía podemos contemplarlas. Nos asombra que se hayan transmitido intactas, pasando de boca en boca y conservada por el aliento de los hombres durante veinte siglos.

No tenemos tiempo, puesto que hoy es nuestro último encuentro del año, para seguir, describir y comentar cada una de esas apariencias. Sólo leeremos una, pero antes leeremos el re-

lato del primer contacto con la tumba vacía, pues es como una introducción necesaria a la aparición.

Y el primer día de la semana vino María Magdalena de mañana al sepulcro, cuando aún era oscuro, y vió quitada la losa del sepulcro.

Y fue corriendo a Simón Pedro, y al otro discípulo, a quien amaba Jesús, y les dijo: Han quitado al Señor del sepulcro, y no sabemos en donde lo han puesto.

Salió pues Pedro, y aquel otro discípulo, y fueron al sepulcro.

Y corrían los dos a la par: mas el otro discípulo se adelantó corriendo más aprisa que Pedro, y llegó primero al sepulcro.

Y habiéndose abajado, vió los lienzos puestos, más no entró dentro.

Llegó pues Simón Pedro, que le venía siguiendo, y entró en el sepulcro, y vió los lienzos puestos.

Y el sudario, que había tenido sobre la cabeza, no puesto con los lienzos, sino envuelto en un lugar aparte.

Entonces entró también el otro discípulo, que había llegado primero al sepulcro; y vió, y creyó. (Juan XX.)

Henos ante el vacío de la tumba, que es como una aparición en hueco y como una sombra de la Resurrección. Y la primera en asombrarse es María Magdalena, la mujer y la pecadora. Y el segundo y el tercero son Simón Pedro y Juan. Pues bien, ¿cómo se comportan? El Evangelista tiene la precaución de explicárnoslo detalladamente. Juan se precipita con más prontitud que Pedro y se detiene al borde de la tumba. Y Pedro, que camina con paso más lento y mesurado, llega después de él pero entra primero en la tumba y no sólo ve las vendas y las cuerdas rotas que retenían el cadáver, sino también el sudario que conserva sus huellas y la imagen envuelta y es-

condida. ¿Por qué esos tres y no otros, por qué ese orden y por qué esos gestos? A través de los textos vislumbramos a los tres y sus caracteres se nos delinean. Oh, están descritos con extrema sobriedad y sin una atención sostenida no percibiríamos su significado: sin embargo, es nítido y se revela ya por su nombre mismo. Los tres son tres formas del amor: el discípulo Juan es llamado «aquel que Jesús amaba»; Pedro es aquel que amaba más que los otros a Jesús, como se dice un poco después, en el capítulo XXI, 3:

Y cuando hubieron comido, dice Jesús a Simón Pedro: ¿Simón, hijo de Juan, me amas más que éstos? Le responde: Sí, Señor, tú sabes que te amo. Le dice: Apacienta mis corderos.

Le dice por tercera vez: ¿Simón, hijo de Juan, me amas? Pedro se entristeció, porque le había dicho la tercera vez: ¿Me amas? y le dijo: Señor: tú sabes todas las cosas: tú sabes que te amo. Le dijo: Apacienta mis ovejas.

Juan era aquel que descansaba sobre el pecho del Señor durante la Cena, el único que ante el anuncio del traidor no dijo: «¿Soy yo, acaso?», sino: «¿Quién es, Señor?», hablando como en un sueño. Juan es el único que permaneció al pie de la cruz cuando todos los demás habían huído, cuando Pedro mismo lo había renegado y había huído, como para demostrar que el amor interior y espiritual es el mayor coraje. Juan es aquel de quien, entre todos los otros, puede decir Jesús: «Vosotros no me habéis elegido, soy yo quien os ha elegido». Es el discípulo elegido, llamado y elegido, el discípulo atraído, asumido e inspirado. Es el santo de la contemplación interior, de la gracia espiritual. Y de hecho su nombre significa: Dios es la gracia. Pero Simón Pedro tiene un nombre que significa *Obediencia*. Y

Jesús reemplaza ese nombre por una palabra que quiere decir Roca, o sea firmeza inquebrantable, firmeza en la fe, en una fe de roca, en una fe que no abre los ojos al mundo exterior sino que se mantiene compacta, apretada en ella misma, fuerte por su propia sustancia. Simón Pedro (y sus dos nombres están aquí unidos) es la obediencia y la fe, y se expresa por la acción, por la gran acción de conquista que será el establecimiento de la nueva Cristiandad. Por este motivo las llaves serán entregadas, no al más amado, sino al que ama más, a aquel cuya santidad está fundada en sus propios esfuerzos.

Pues es justo que Juan, el inspirado, corra con más rapidez y llegue el primero, y es justo también que Pedro sea el primero en bajar, en tocar y ver, y que en seguida baje el otro toque y vea, es decir, no vea nada y crea. Y en cuanto a la tercera y primera figura, la de María Magdalena, aquella de cuyo seno fueron arrojados siete demonios, es ante todo el amor efectivo y humano, y será la primera en ver.

Tomaré el texto de Juan en el capítulo XXI:

Después se mostró Jesús otra vez a sus discípulos en el mar de Tiberíades. Y se mostró así:

Estaban juntos Simón Pedro y Tomás, llamado Dídimo, y Nathanael, que era de Caná de Galilea, y los hijos de Zebedeo, y otros dos de sus discípulos.

Simón Pedro les dice: Voy a pescar. Le dicen: Vamos también nosotros contigo. Salieron pues, y subieron en un barco: y aquella noche no cogieron nada.

Mas cuando vino la mañana, se puso Jesús a la ribera: pero no conocieron los discípulos que era Jesús.

Y Jesús les dijo: ¿Hijos, tenéis algo de comer? Le respondieron: No.

Les dice: Echad la red a la derecha del barco: y hallaréis. Echaron la red, y ya no la podían sacar por h muchedumbre de los peces.

Dijo entonces a Pedro aquel discípulo a quien amaba Jesús: El Señor es. Y Simón Pedro cuando oyó que era el Señor, se ciñó su túnica (porque estaba desnudo) y se echó en el mar.

(En general nos quitamos el cinto y las ropas para echarnos al mar. Pero si el autor le hace hacer lo contrario no es por inadvertencia; porque Pedro no se echa al mar para nadar libremente, sino para encontrar al Señor, y no es conveniente que se presente desnudo ante él.)

Y los otros discípulos vinieron con el barco: (porque no estaban lejos de tierra, sino como ¿doscientos codos) tirando la red con los peces.

Y luego que saltaron en tierra vieron brasas puestas, y un pez sobre ellas, y pan.

Jesús les dice: Traed acá de los peces, que cogisteis ahora.

Entonces subió Simón Pedro, y trajo la red a tierra llena de grandes peces, ciento cincuenta y tres. Y aunque eran tantos, no se rompió la red.

Jesús les dice: Venid, comed. Y ninguno de los que comían con él osaba preguntarle: ¿Tú quién eres? Sabiendo que era el Señor.

Llega pues Jesús, y tomando el pan se lo da, y asimismo del pez.

Es el único milagro narrado después de la Resurrección. Y en verdad, cada una de las apariencias del Señor después de su muerte es de por sí un milagro y basta para colmar a los suyos de alegría y también de terror.

Aquí tenemos, pues, a nuestros Apóstoles pescando; a siete de ellos, ni uno más ni uno menos. Aquí los tenemos vueltos hacia sus redes: ¿Han olvidado acaso que han sido enviados

por el mundo para anunciar el Reino? ¿Han vuelto a sus apacibles ocupaciones tan pocos días después del drama atroz que ha destrozado sus vidas y les ha quitado toda esperanza? Recordemos la otra pesca milagrosa, que termina con estas palabras: « En adelante seréis pescadores de hombres ». Eso basta para que pensemos que no han abandonado la predicación, que conservan la enseñanza del Señor. Pero están en medio de la noche, y están sobre el agua, y nada consiguen, porque se les responde: « A vuestro profeta le han tomado los sacerdotes y han hecho con él lo que han querido. El Salvador de los otros se ha perdido a sí mismo; algunas mujeres dicen haberlo encontrado por los caminos, pero todos saben que le han robado de su tumba para esconderle en alguna parte ». Están pues librados a sus propios medios y lanzados en el mundo tan bien representado por el agua tumultuosa, y pescan y buscan peces, pero todos sabéis qué significan los peces: el pez es el ser vivo de las profundidades, el pez es el agua hecha vida, el pez es el resumen viviente del agua, el pez a aquel del cual se dice en la primera página de Juan: *Nada de lo que fue hecho se hizo sin él*. Era la vida de todo lo que vive, era la esencia profunda de todo lo que es, de toda la creación, de las aguas tumultuosas y estancadas, agitadas y estancadas que es la creación, era el pez, es decir el agua viva y consciente y libre. que va adonde quiere, agua en el agua y vida en el movimiento. El pez es Cristo, pero es Cristo en nosotros, Cristo en el agua, es Cristo y el cristiano, es la esencia divina del cristiano, y esta esencia está en todo hombre. Pero es necesario pescarla para que el hombre pueda llamarse cristiano, es necesario que coja el pez, que conozca el pez. Los discípulos, pescadores de hombres, en vano han echado las redes y están en su barca, y están en me-

dio de las aguas, y se hace la noche. Pero Jesús aparece al alba y está en la orilla, porque ha llegado del otro lado del agua, y del otro lado de la noche, y les grita: «¿Hijos, tenéis algo de comer?» Pero ellos no lo reconocen aún, y lo toman por un caminante. Lo toman por un caminante, y es Jesús. A Jesús le gusta que lo tomen por un caminante, afirma que está en todos los caminantes y en todos los pobres. Está en el llamado de todos aquellos que necesitan; él también necesita comer, tiene hambre de comer pescado, de retomarse a sí mismo, de encontrarse a sí mismo. Los discípulos no lo han reconocido, pero él les grita como una voz a la cual obedecen: «Echad la red a la derecha del barco». Porque es a la derecha del barco y no junto a la orilla donde está él, donde los discípulos irán a buscar y tomarán a Cristo, que al mismo tiempo está en el pez y en la orilla. Y es a la derecha y no a la izquierda, o en cualquier parte, donde tienen que echar la red. Pero sobre todo es necesario que haya despuntado el alba, y que el Señor haya aparecido y hablado, y que la red caiga en el agua para que los peces queden presos en ella y en cantidad tan grande que ya no pueda recogerse. Y no bien se produce el milagro, aquel que Jesús amaba, y que sin duda es siempre quien corre más ligero, exclama antes que los otros: «Es el Señor». Pero también esta vez es Pedro el primero en bajar al agua y en juntarse con el Señor, a quien ama más que todos los demás.

Había en la red ciento cincuenta y tres grandes peces. Estad seguros de que cuando el Evangelio determina así un número, una significación se esconde detrás de ese número. No habría ninguna razón, en verdad, para fijar en ciento cincuenta y tres el número de los grandes peces. San Agustín, y una larga serie de padres griegos, procuraron descifrar la signifi-

cación de ese número. No puedo decir que siempre podamos seguir la sutil interpretación que nos dan. Sin buscar las grandes complicaciones metafísicas, debemos advertir, no obstante, que el número está como dividido en tres: Cien, Cincuenta y tres, que son como tres pisos de la realidad. Cien, como Diez, es la perfección de naturaleza; Cincuenta, como Cinco, es la perfección del hombre; tres es la perfección divina. Ese número no es, pues, un adjetivo numeral, sino más bien un sustantivo y la expresión de una sustancia. Nos comenta las palabras «grandes peces», pues la grandeza del pez depende de que sea perfecto en los tres planos: el natural, el humano y el divino. Y aunque hubiera tantos peces y tan grandes y tan llenos de vida, la red no se rompió. Esos grandes están en la Tradición que va a seguir a los discípulos: los grandes Santos, los grandes Doctores, los grandes Fundadores. Y aunque sean tan grandes y tan fuertes y tan llenos de vida, no romperán la red, la red que los ha cogido. No romperán la tradición en la cual han sido cogidos y reunidos. Y en verdad, si comparáis la tradición de los Santos Doctores con la de los Filósofos, advertiréis que en los primeros la inteligencia se presenta en forma de sumisión, de aceptación, de comprensión y se aplica a la unión. Mientras que para el Filósofo el primer cuidado es afirmar su independencia del modo más agresivo, y es denigrar y negar a todos sus predecesores y afirmar su verdad (acaso muy parecida a la de sus predecesores) como absolutamente nueva y diferente. De hecho, la inteligencia es una forma del hambre vuelta hacia fuera, por dentro toda garras y toda dientes. Es una forma de aprehensión, es decir un modo de asir la cosa exterior y despojarla; es una forma de dominación, de conquista, de reducción a sí, de digestión. Pero la fe es el don

de esa misma hambre, de ese mismo apetito. Es una inversión de ese apetito, no es una toma de posesión del objeto sino una introducción al interior, es decir una comprensión. Por eso, cuando el santo afirma una doctrina nueva tiene el cuidado de conformarla y aferrarla por todos los medios posibles a la estela de la Tradición y a la autoridad de sus predecesores.

Jesús les dice: Venid, comed. Cuando descienden con la marea, encuentran el pescado ya cocido, y junto al pescado (no nos asombremos por ello), el pan. Recordaréis el milagro de la multiplicación de los panes, que también podría llamarse la multiplicación de los peces. Así como en la Cena Jesús se ha entregado en forma de pan y de vino, en varias ocasiones y aquí mismo Jesús se entrega en forma de pan y de pescado.

Llega pues Jesús, y tomando el pan se lo da, y asimismo del pez. Salto un pasaje, pero lo he leído ya, o al menos en gran parte: es el que concierne al amor de Pedro y al llamado de Jesús a ese amor:

¿Me amas más que éstos?

En verdad, en verdad te digo, que cuando eras mozo, te ceñías, e ibas a donde querías; mas cuando ya fueras viejo, extenderás tus manos, y te ceñirá otro, y te llevará a donde tú no quieras.

Y Juan agrega:

Esto dijo, señalando con qué muerte habría de glorificar a Dios.

Y como sucede a veces cuando el Evangelista se digna explicarnos lo que acaba de decirnos, agrega un enigma más. Porque en vano daremos vueltas y vueltas a esta predicción: no vemos qué relación tiene con la muerte de san Pedro.

La Tradición nos enseña, en efecto, que murió en Roma crucificado cabeza para abajo. Pero, ¿qué relación hay entre

esta crucifixión agravada y la imagen del anciano que ha perdido el uso de los sentidos y es cuidado sin amor y llevado en contra de su voluntad?

Fuerza nos es pensar que la profecía no concierne al Santo que escapará a la vejez por el martirio, sino a la Iglesia de Roma surgida de él y destinada a una larga vejez.

Y Cristo, entristecido, predice lo que acaecerá a su Iglesia cuando haya sufrido la prueba de la senectud, cuando hayan pasado los tiempos heroicos en que ella marchaba a su antojo, abriendo el camino: en adelante le será necesario, a causa de su debilidad, sufrir la vigilancia y quizá el yugo de otro.

Conocemos a este otro, el pariente sin amor o mercenario. Es el poderoso del día, que reina por la voluntad engañada del pueblo o por la gracia de su propia fuerza y astucia. Y el anciano venerable pero debilitado avanzará, oh miseria, a paso vacilante junto a su comprometedor padrino, ceñido por él (es decir a la vez mantenido y limitado por él) y llevado a todas las concesiones y a todos los pactos que hace contra su voluntad...

Una sola palabra nos consuela de esta visión lamentable: la palabra *glorificará* (*glorificaturus*). Esta opresión y esta dependencia soportadas no serán, pues, efectos de un arreglo cobardemente consentido, sino de un mal sobrellevado con la paciencia, la longanimidad, la prudencia, la sabiduría propias del digno anciano: un largo, milenarismo martirio aceptado para que la herencia de Cristo pueda ser conducida hasta el fin de los tiempos. Y otra frase del Señor nos conforta y alienta: las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia, que hasta el fin seguirá las huellas del Salvador.

De hecho, habiendo hablado así, le dice:

Sígueme.

Volviéndose Pedro vió que le seguía aquel discípulo, a quien amaba Jesús, y que en la Cena estuvo recostado sobre su pecho, y le había dicho: ¿Señor, quién es el que te entregará?

Y cuando Pedro le vió, dijo a Jesús: ¿Señor, y éste qué?

Jesús le dijo: Si quiero que él quede, hasta que yo venga, ¿que te va a tí? Tú sígueme.

Henos, pues, con nuevas revelaciones entre Pedro y Juan, entre el fundador de la Iglesia, el detentor de la llave. y aquel que viene antes que él y después de él. ¿Cómo acabará? ¿Cómo acabará el que está en la Tradición de los Profetas, que es la Iglesia invisible y libre, la de la Inspiración, el único que sabe lo que sucede entre Dios y él? Sí, entre los discípulos corrió el rumor de que Juan no moriría antes de la vuelta del Señor, antes del fin del mundo, y la Tradición nos informa que es el autor de este Evangelio como él firma aquí mismo, diciendo: *Éste es aquel discípulo que da testimonio de estas cosas, y escribió estas cosas.* Sabemos que este Evangelio fue escrito en la vejez extrema de Juan. Ahora bien, en Éfeso se tuvo noticia de un Juan sacerdote, es decir de un Juan Anciano (*Presbyteros*), de un Juan el Viejo de quien se sabía, de quien se decía que era aquel que Jesús reclinó contra su pecho durante la Cena. Y era tan viejo que las gentes pensaban que nunca moriría. Por eso la muerte de Juan el Sacerdote produjo honda consternación entre los cristianos del primer siglo o de los comienzos del segundo. Pero Juan había tenido la precaución de explicar que Jesús no dijo en modo alguno que él no moriría, sino: *Así quiero que quede hasta que yo venga, ¿a tí qué te va?* De hecho, Juan no ha muerto y nunca morirá. Y tampoco morirá Pedro. Junto a la Iglesia y en la Iglesia visible existirá siempre una Iglesia

invisible, y Jesús pone especial cuidado en evitar en el susceptible y celoso Pedro toda prevención contra aquel a quien amaba: *Así quiero que quede hasta que yo venga, así quiero que esta inspiración permanezca viva en los cuadros o fuera de los cuadros de la autoridad y la Tradición: ¿A tí qué te va? ¿En qué ofusca eso el esplendor de tu magisterio?*